VICTORIA SCHWAB



El equilibrio de poder finalmente se ha roto… La precaria estabilidad entre los Londres finalmente ha llegado a su punto de quiebre. La oscuridad ha proyectado sus sombras sobre el Imperio Maresh, alguna vez vibrante con la vivacidad roja de la magia. ¿Aprovechará otro Londres para resurgir? ¿Quién caerá? Kell, que creyó ser el último Antari vivo, comienza a flaquear bajo la presión de lealtades rivales.

Frente a la tragedia, ¿podrá sobrevivir Arnes? ¿Quién se alzará? Lila Bard, alguna vez una ladrona común —pero jamás corriente—, ha sobrevivido y se ha vuelto cada vez más fuerte al atravesar una serie de combates mágicos. Pero ahora deberá aprender a controlar la magia, antes de que esta pueda consumirla.

Mientras tanto, el desprestigiado capitán del Aguja Nocturna, Alucard Emery, reúne a su tripulación y juntos emprenden una carrera contra el tiempo para conseguir lo imposible. ¿Quién tomará el control? Además, un viejo enemigo regresa a reclamar la corona, mientras un héroe caído intenta salvar a un mundo de la descomposición.

Victoria Schwab

Conjuro de luz

Shades of magic - 3

ePub r1.0
Titivillus 16.11.2018

Título original: *A Conjuring of Light*
Victoria Schwab, 2017
Traducción: Julieta Gorlero

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0







Para los que han encontrado el camino a casa.



Covent Garden Market
the Savoy
Savoy St
STRAND
LONG ACRE
R E G E N T S
P A R K
York Terrace
Park Square
Manchester House
MANCHEST
erkley Street
S Q U A R
St J A M E S'S
S Q U A R E
TOTTENHAM COURT

La magia pura no tiene entidad. Simplemente es una fuerza de la naturaleza,
la sangre de nuestro mundo, la médula de nuestros huesos.
Nosotros le damos forma, pero nunca debemos darle alma.

MAESTRO TIEREN,
sumo sacerdote del Santuario de Londres

UNO

MUNDO EN RUINAS

I

Delilah Bard —una ladrona desde siempre, una maga recientemente y algún día, con suerte, una pirata— corría tan rápido como podía.

«Resiste, Kell», pensó mientras aceleraba por las calles del Londres Rojo, aún aferrada al fragmento de piedra que alguna vez había sido parte de la boca de Astrid Dane. Un *souvenir* robado en otra vida, cuando la magia y la idea de mundos múltiples eran novedades para ella. Cuando recién había descubierto que la gente podía ser poseída o amarrada como una soga o convertida en piedra.

Fuegos artificiales resonaron a lo lejos, seguidos de hurras y cantos y música, todos los sonidos de una ciudad que celebraba el final del *Essen Tasch*, el torneo de magia. Una ciudad ajena al horror que ocurría en su propio corazón. Y allá en el palacio, el príncipe de Arnes —Rhy— se estaba muriendo, lo que significaba que en algún lugar, a un mundo de distancia, también moría Kell.

«Kell». El nombre resonó a través de ella con la fuerza de una orden, de una súplica.

Lila llegó a la calle que estaba buscando y trastabilló al detenerse, el cuchillo ya desenvainado, el filo presionado contra la palma de su mano. El corazón le golpeaba el pecho cuando giró para quedar de espaldas al caos y apoyar la mano ensangrentada —y la piedra aún en ella— contra la pared más cercana.

Lila había hecho este viaje dos veces antes, pero siempre como pasajera.

Siempre usando la magia de Kell.

Nunca la suya.

Y nunca sola.

Pero no había tiempo para pensar, no había tiempo para tener miedo y ciertamente no había tiempo que perder.

Con el pecho agitado y el pulso acelerado, Lila tragó saliva y dijo las palabras con tanta valentía como pudo. Las palabras solo para los labios de los magos de sangre. Para un *antari*. Como Holland. Como Kell.

—*As Travars*.

La magia vibró en su brazo y a través de su pecho, y luego la ciudad se tambaleó alrededor de ella, al retorcerse la gravedad mientras el mundo cedía.

Lila pensó que sería fácil o, al menos, *simple*.

Algo a lo que sobrevivías o no.

Estaba equivocada.

II

A un mundo de distancia, Holland se estaba ahogando.

Luchó para llegar a la superficie de su propia mente, solo para ser forzado a regresar a lo profundo de la oscuridad por una voluntad tan fuerte como el hierro. Batalló y arañó y luchó por respirar, perdiendo fuerzas con cada sacudida violenta, con cada esfuerzo desesperado. Era peor que estar agonizando, porque eso daba paso a la muerte y esto no.

No había luz. Ni aire. Ni fuerza. Todo había sido arrebatado, cercenado, solo quedaba oscuridad y, en algún lugar más allá del aplastamiento, una voz que gritaba su nombre.

La voz de Kell…

Demasiado lejos.

El agarre de Holland se debilitó, resbaló, y se hundía otra vez.

Todo lo que siempre había querido era traer la magia de regreso, ver que su mundo se libraba de su lenta e inexorable muerte; una muerte causada, primero, por el miedo de otro Londres y, luego, por su propio temor.

Todo lo que Holland quería era ver su mundo recuperado.

Resucitado.

Conocía las leyendas —los sueños— de un mago lo suficientemente fuerte para hacerlo. Suficientemente fuerte para llevar aire a sus pulmones ahogados, para acelerar su corazón agonizante.

Desde que Holland podía recordar, eso era todo lo que había querido.

Y desde que Holland podía recordar, había querido que ese mago fuese él.

Incluso antes de que la oscuridad floreciera en su ojo, marcándolo con la seña de poder, había querido ser él. De niño, se había parado en las orillas del Siljt, había lanzado piedras para que patinasen sobre la superficie congelada e imaginado que él sería quien rompiera el hielo. Ya siendo todo un hombre, se había parado en el Bosque Plateado y rezado para tener la fuerza para proteger su hogar. Nunca había querido ser *rey*, aunque en las historias el mago siempre lo era. No quería gobernar el mundo. Solo quería salvarlo.

Athos Dane había dicho que esto era arrogancia, aquella primera noche cuando Holland fue arrastrado, sangriento y semiconsciente, a los aposentos del nuevo rey. Arrogancia y orgullo, lo había regañado mientras tallaba su maleficio en la piel de Holland.

«Cosas que romper».

Y Athos lo había hecho. Había roto a Holland un hueso, un día, una orden por vez. Hasta que todo lo que Holland quiso, más que la habilidad para salvar su mundo, más que la fuerza para traer la magia de regreso, más que nada, era que terminara.

Era cobardía —él lo sabía—, pero la cobardía venía con más facilidad que la esperanza.

Y en aquel momento al lado del puente, en el que Holland bajó la guardia y dejó que el principito malcriado de Kell enterrara la barra de metal en su pecho, la primera cosa que sintió —la primera y la última y la única cosa que sintió— fue alivio.

De que finalmente acabase.

Solo que no lo hizo.

Matar a un *antari* es difícil.

Cuando Holland se despertó, agonizando, en un jardín muerto, en una ciudad muerta, en un mundo muerto, lo primero que sintió entonces fue dolor. Lo segundo, libertad. El amarre de Athos Dane había desaparecido y Holland estaba vivo, roto pero vivo.

Y varado.

Atrapado en un cuerpo herido, en un mundo sin puertas, a merced de otro rey. Pero esta vez, tenía *elección*.

Una chance de enderezar las cosas.

Se había parado, casi muerto, ante el trono de ónix y había hablado con el rey tallado en piedra y había intercambiado su libertad por la chance de salvar su Londres, de verlo florecer otra vez. Holland había hecho el trato, pagado con su propio cuerpo y alma. Y con el poder del rey sombra, finalmente había traído la magia de regreso, había visto a su mundo florecer en colores, visto la esperanza de su gente revivir, su ciudad recuperada.

Había hecho todo lo que podía, había dado todo para mantenerla a salvo.

Aun así no había sido suficiente.

No lo era para el rey sombra, quien siempre quería más, quien se hacía cada día más fuerte y ansiaba caos, magia en su forma más pura, poder sin control.

Holland perdía el control del monstruo en su piel.

Así que había hecho lo único que podía hacer.

Le había ofrecido a Osaron otro recipiente.

—*Muy bien…* —había dicho el rey, el demonio, el dios—, *pero si no pueden ser persuadidos, mantendré tu cuerpo como propio*.

Y Holland había aceptado, ¿cómo no hacerlo?

Haría lo que fuese por Londres.

Y Kell, el malcriado, infantil, terco de Kell, roto y sin poder y atrapado por ese maldito collar, aun así se había negado.

Por supuesto que se había negado.

Por supuesto…

Entonces, el rey sombra había sonreído, con la boca del mismísimo Holland, y él había luchado, con todo lo que pudo invocar, pero un trato es un trato, y el trato estaba hecho, y sintió a Osaron elevándose —un solo movimiento violento— y él fue empujado hacia abajo, a las profundidades oscuras de su propia mente, hundido por la corriente de la voluntad del rey sombra.

Inerme, atrapado dentro de su propio cuerpo, confinado por un trato, incapaz de hacer nada, excepto mirar y sentir y ahogarse.

—¡Holland!

A Kell se le quebró la voz mientras luchaba con el cuerpo quebrado contra el armazón, como Holland había hecho una vez, cuando Athos Dane lo había amarrado. Lo había quebrado. La jaula drenaba casi todo el poder de Kell; el collar alrededor de su cuello bloqueaba el resto. Había terror en los ojos de Kell, una desesperación que lo sorprendió.

—¡Holland, bastardo, pelea!

Lo intentó, pero su cuerpo ya no era suyo, y su mente, su mente agotada, se hundía cada vez más…

«Ríndete», dijo el rey sombra.

—¡Muéstrame que no eres débil! —La voz de Kell se coló a la fuerza—. ¡Prueba que no sigues siendo esclavo de la voluntad de otro!

«No puedes luchar conmigo».

—¿Realmente regresaste hasta aquí para perder de este modo?

«Ya gané».

—¡Holland!

Holland odió a Kell y en ese momento, el odio fue casi suficiente para impulsarlo hacia arriba, pero incluso aunque quisiera alzarse contra el señuelo del otro *antari*, Osaron era inflexible.

Holland escuchó su propia voz, en ese momento, pero por supuesto, no era suya. Una imitación retorcida por el monstruo que vestía su piel. En la mano de Holland, una moneda roja, un *souvenir* de otro Londres, el Londres de Kell, y Kell maldecía y se lanzaba contra sus ataduras, hasta que se le agitó el pecho y las muñecas le sangraron.

Inútil.

Todo era inútil.

Una vez más, era un prisionero en su propio cuerpo. La voz de Kell resonó a través de la oscuridad.

«Solo has intercambiado un amo por otro».

Se estaban moviendo ahora, Osaron guiaba el cuerpo de Holland. La puerta se cerró tras ellos, pero los gritos de Kell aún se lanzaban contra la madera y se quebraban en sílabas rotas y alaridos estrangulados.

Ojka estaba en el pasillo afilando sus cuchillos. Levantó la mirada, revelando la cicatriz con forma de media luna en su mejilla y sus ojos de dos colores, uno amarillo

y el otro negro. Una *antari* forjada por sus manos, por su merced.

—Su Majestad —dijo ella, enderezándose.

Holland intentó alzarse, intentó forzar que su voz saliera por sus labios —*suyos* —, pero cuando vino el habla, las palabras fueron de Osaron.

—Vigila la puerta. No dejes pasar a nadie.

El destello de una sonrisa por la línea carmesí de la boca de Ojka.

—Como desee.

El palacio pasó como un borrón y luego estaban afuera, dejando atrás las estatuas de los mellizos Dane en la base de las escaleras, avanzando con rapidez debajo del cielo morado por un jardín ahora flanqueado por árboles, en lugar de cuerpos.

¿En qué se convertiría sin Osaron, sin él? ¿Continuaría floreciendo la ciudad? ¿O colapsaría, como un cuerpo privado de vida?

«Por favor», rogó en silencio. «Este mundo me necesita».

—*No tiene sentido* —dijo Osaron en voz alta, y Holland se sintió descompuesto por ser el pensamiento en su cabeza en vez de la palabra—, *ya está muerto* —continuó el rey—. *Comenzaremos de nuevo. Encontraremos un mundo digno de nuestra fuerza*.

Llegaron al muro del jardín y Osaron sacó una daga de la vaina que llevaban a la cintura. La dentellada del metal sobre la piel fue nada, como si a Holland le hubiesen amputado los sentidos, enterrado él tan profundo como para sentir algo más que el agarre de Osaron. Pero cuando el rey sombra tocó la sangre con los dedos y levantó la moneda de Kell hacia la pared, Holland luchó una última vez.

No iba a poder recuperar su cuerpo —aún no—, pero quizá no lo necesitara todo.

Una mano. Cinco dedos.

Lanzó cada ápice de fuerza, cada pizca de voluntad, hacia esa extremidad y a mitad de camino del muro, se detuvo y quedó como flotando en el aire.

Le chorreaba sangre por la muñeca. Holland sabía las palabras para destruir un cuerpo, para convertirlo en hielo o ceniza o piedra.

Todo lo que tenía que hacer era guiar la mano a su propio pecho.

Todo lo que tenía que hacer era darle forma a la magia…

Holland pudo sentir la irritación que se propagaba en Osaron. Fastidio, no rabia, como si este último levantamiento, esta gran protesta, fuera nada más que una picazón.

«*Qué tedio*».

Holland continuó luchando, incluso logró mover la mano un centímetro, dos.

«*Suelta, Holland*», advirtió la criatura en su mente.

Con lo que le quedaba de voluntad, Holland forzó la mano un centímetro más.

Osaron suspiró.

«*No tenía que ser de esta manera*».

La voluntad de Osaron lo golpeó como una pared. Su cuerpo no se movió, pero su mente salió disparada hacia atrás y quedó clavada bajo un dolor demoledor. No como

el dolor que había experimentado miles de veces, del tipo que había aprendido a superar para existir más allá de él, por fuera, del tipo del que podía escapar. Este dolor estaba arraigado en su mismísimo núcleo. Lo quemaba, repentino e intenso, y cada nervio le ardía con un calor abrasador de tanta intensidad que gritó y gritó y gritó dentro de su cabeza, hasta que la oscuridad finalmente —misericordiosamente— se cerró sobre él y lo obligó a bajar y caer.

Y esta vez, Holland no intentó asomarse.

Esta vez, se dejó hundir.

III

Kell siguió lanzándose contra la jaula de metal por mucho tiempo más, después de que la puerta se hubo cerrado con fuerza y el cerrojo se hubo deslizado a su lugar. Su voz todavía hacía eco contra las paredes de piedra blanca. Había gritado hasta quedarse ronco. Aun así, nadie se había acercado. El miedo latía en él, pero lo que más asustaba a Kell era el aflojamiento, el dislocamiento de una conexión vital, la sensación de pérdida en expansión.

Apenas podía sentir el pulso de su hermano.

Apenas podía sentir nada que no fuera el dolor en sus muñecas y un frío horrible y entumecedor. Se retorció contra el marco metálico, luchó contra los amarres, pero se mantuvieron firmes. Las palabras del encantamiento estaban garabateadas en los costados del aparato y pese a que había una gran cantidad de sangre de Kell frotada sobre el acero, el collar que le rodeaba el cuello bloqueaba todo lo que necesitaba. Todo lo que tenía. Todo lo que *era*. El collar arrojaba una sombra sobre su mente, una película de hielo sobre sus pensamientos, una pena y un temor gélidos y una ausencia de toda esperanza que lo atravesaba. Ausencia de fuerza. «Ríndete», susurraba por su sangre. «No tienes nada. No eres nada. No tienes poder».

Nunca había estado sin poder.

No sabía cómo estar sin poder.

El pánico se alzó en lugar de la magia.

Tenía que escapar.

De esta jaula.

De este collar.

De este mundo.

Rhy había tajeado una palabra en su propia piel para traer a Kell a casa y él se había dado vuelta y se había ido otra vez. Había abandonado al príncipe, a la corona, a la ciudad. Había seguido a una mujer de blanco a través de una puerta en el mundo porque ella le dijo que lo necesitaban, le dijo que podía ayudar, le dijo que era su culpa, que tenía que arreglarlo.

Kell sintió que el corazón le flaqueaba en el pecho.

No, no era *su* corazón. Era el de Rhy. Una vida amarrada a la suya con magia que ya no *tenía*. El pánico se reavivó, un aire cálido contra el frío insensibilizante, y Kell se aferró a él para luchar contra el temor hueco del collar. Se enderezó dentro del marco, apretó los dientes y tiró contra las esposas hasta que sintió el crac de un hueso

en su muñeca, el desgarro de músculos. Cayeron gotas espesas de sangre al piso, un rojo vibrante pero inútil. Reprimió un grito mientras el metal se arrastraba contra —y dentro de— la piel. El dolor le subió como un filo por el brazo, pero siguió tirando y el metal rasgó músculo y luego hueso hasta que finalmente su mano derecha estuvo libre.

Kell se dejó caer hacia atrás con un grito sordo e intentó envolver el collar con los dedos sangrientos y débiles, pero en cuanto tocó el metal, un frío horrible y punzante le subió como un disparo por el brazo y le inundó la cabeza.

—*As Steno* —rogó. *Romper*.

No pasó nada.

No hubo poder que se alzara para unirse con la palabra.

Kell dejó escapar un sollozo y se dejó caer contra el marco. La habitación se movió y se estrechó y sintió que su mente se escurría hacia la oscuridad, pero se obligó a mantener el cuerpo erguido, se obligó a tragar la bilis que le trepaba por la garganta. Cerró la mano despellejada y astillada alrededor del brazo que aún tenía atrapado y comenzó a tirar.

Pasaron minutos —pero los sintió como horas, años— hasta que Kell finalmente logró soltarse.

Salió del marco a los tropezones y tambaleándose. Las esposas de metal le habían dejado cortes profundos —demasiado profundos— en las muñecas y la piedra blanca bajo sus pies estaba roja y resbaladiza.

«¿Es tuyo esto?», susurró una voz.

Un recuerdo del rostro joven de Rhy retorcido de horror ante la imagen de los antebrazos arruinados de Kell, del pecho del príncipe manchado de sangre.

«¿Es tuyo *todo* esto?».

Ahora del collar caían gotas rojas, Kell tironeaba del metal. Le dolían los dedos por el frío cuando encontró el cerrojo y lo sacudió, pero este de todas formas resistió.

Tenía que levantarse.

Tenía que regresar al Londres Rojo.

Tenía que detener a Holland, detener a Osaron.

Tenía que salvar a Rhy.

Tenía que, tenía que, tenía que… pero en ese momento, todo lo que Kell pudo hacer fue yacer sobre el mármol frío, donde el calor se expandía junto con el charco rojo a su alrededor.

IV

El príncipe volvió a desplomarse sobre la cama, empapado en sudor, atragantándose con el gusto metálico de la sangre. Alrededor de él, voces que subían y bajaban; la habitación, un borrón de sombras y esquirlas de luz. Un alarido le atravesó la cabeza, pero su propia mandíbula estaba trabada de dolor. Un dolor que era y no era suyo.

Kell.

Rhy se dobló hacia adelante al toser y escupió sangre y bilis.

Intentó levantarse —tenía que levantarse, tenía que encontrar a su hermano—, pero de la oscuridad surgieron manos que lucharon con él y lo mantuvieron acostado contra las sábanas de seda, dedos que presionaron contra sus hombros y muñecas y rodillas, y el dolor regresó, salvaje y desgarrador, rasgando carne, enterrándole sus uñas en los huesos. Rhy intentó recordar. Kell… arrestado. Su celda… vacía. Había buscado en el huerto moteado de sol. Gritado el nombre de su hermano. Después, de la nada, dolor que se deslizaba entre sus costillas, igual que había hecho aquella noche, una cosa horrible, cercenante, y no pudo respirar.

No podía…

—No te rindas —dijo una voz.

»Quédate conmigo.

»Quédate…



Rhy aprendió a muy temprana edad la diferencia entre querer y necesitar.

Ser el hijo y heredero —único heredero— de la familia Maresh, la luz de Arnes, el futuro del imperio, significaba que él nunca (como le había informado una vez un niñero de la guardería, antes de ser removido del servicio real) había experimentado verdaderamente una *necesidad*. Ropa, caballos, instrumentos, galas… todo lo que tenía que hacer era pedir algo y se lo darían.

Y sin embargo, el pequeño príncipe quería —intensamente— una cosa que no podía serle traída. Quería lo que circulaba por la sangre de tantos niños y niñas de clase humilde. Lo que les salía sin esfuerzo alguno a su padre, a su madre, a Kell.

Rhy quería *magia*.

La quería con un fuego que le ganaba a cualquier necesidad.

Su padre, el rey, tenía un don con los metales y su madre tenía una destreza especial con el agua, pero la magia no era como el pelo negro o los ojos marrones o la alta alcurnia, no seguía las reglas del linaje, no se pasaba de padre a hijo. Elegía su propio curso.

Y cuando tenía nueve años, ya había comenzado a parecer que la magia no lo había elegido para nada.

Pero Rhy Maresh se negó a creer que lo había salteado por completo; *tenía* que estar ahí, en algún lugar dentro de él, esa llama de poder, en espera de un soplo oportuno, un empujoncito del atizador. Después de todo, él era un príncipe. Y si la magia no venía a él, él iba a ir a *ella*.

Era esa lógica la que lo había llevado ahí, al piso de piedra de la vieja biblioteca ventosa del Santuario, donde temblaba por el frío que se le filtraba por las piernas del pantalón (confeccionado para el palacio, que siempre estaba cálido).

Siempre que Rhy se quejaba del frío en el Santuario, el viejo Tieren arrugaba la frente.

«La magia genera su propio calor», diría él, lo que estaba muy bien y todo si eras mago, pero Rhy no lo era.

Aún no.

Esta vez no se había quejado. Ni siquiera le había dicho al sumo sacerdote que estaba allí.

El pequeño príncipe se agachó en un rincón en el fondo de la biblioteca, escondido detrás de una estatua y del una mesa larga de madera, y desplegó el pergamino robado sobre el suelo.

Rhy había nacido con dedos largos, pero obviamente, al ser de la realeza, casi nunca los tenía que usar. La gente siempre estaba deseosa de ofrecerle cosas, siempre dispuesta a darle, ante el mínimo indicio, desde un abrigo en un día helado hasta un pastel glaseado de la cocina.

Pero Rhy no había pedido ese pergamino; lo había tomado del escritorio de Tieren, uno de una decena de los que estaban atados con la cinta blanca que marcaba que se trataba del hechizo de un sacerdote. Ninguno de ellos era demasiado sofisticado o elaborado, para pesar de Rhy. En vez de eso, se enfocaban en la utilidad.

Hechizos para evitar que la comida se pudriera.

Hechizos para proteger árboles frutales de la escarcha.

Hechizos para que el fuego siguiera ardiendo sin aceite.

Y Rhy iba a probar cada uno hasta encontrar un hechizo que pudiera hacer. Un hechizo que le hablara a la magia que, sin dudas, dormía en sus venas. Un hechizo que pudiera *despertarla*.

Una brisa se revolvió por el Santuario cuando Rhy sacó un puñado de lines rojos de su bolsillo y le puso peso al pergamino en el piso. En el papel, con la letra prolija del sumo sacerdote, había un mapa, no como el que había en la sala de guerra de su

padre, que mostraba todo el reino. No, este era el mapa de un hechizo, un diagrama de magia.

A lo largo de la parte superior del pergamino, había tres palabras en la lengua vulgar.

«*Is Anos Vol*», leyó Rhy.

La Llama Eterna.

Debajo de esas palabras, había un par de círculos concéntricos conectados por delicadas líneas y salpicados de pequeños símbolos, las abreviaturas taquigráficas preferidas por los hechiceros de Londres. Él tenía un don para los lenguajes, podía reproducir la cadencia etérea de la lengua faronesa, las olas picadas en cada sílaba veskana, las colinas y valles de los dialectos fronterizos del propio Arnes; pero las palabras en el pergamino parecían cambiar y borronearse ante sus ojos, escurriéndose dentro y fuera de foco.

Se mordió el labio (era un mal hábito, uno por el que su madre siempre lo reprendía, por no ser digno de un príncipe), luego plantó las manos a cada lado del papel, con los dedos rozando el círculo exterior, y comenzó el hechizo.

Concentró los ojos en el centro de la página mientras leía, pronunciando cada palabra; cada fragmento, torpe y quebrado en su lengua. Pero Rhy mantuvo la unidad del hechizo, lo sostuvo a pura fuerza de voluntad, y al acercarse al final, un hormigueo cálido se encendió en sus manos; podía sentir que se escurría por sus palmas, a sus dedos, que rozaban el borde del círculo, y luego…

Nada.

Ninguna chispa.

Ninguna llama.

Dijo el hechizo una, dos, tres veces más, pero el calor ya se desvanecía de sus manos, se disolvía en un hormigueo de entumecimiento ordinario. Abatido, dejó que las palabras se apagaran y con ellas también se fue lo que quedaba de su concentración.

El príncipe se dejó caer hacia atrás contra las piedras frías.

—*Santos* —masculló, aunque sabía que maldecir estaba mal y peor hacerlo *allí*.

—¿Qué estás haciendo?

Rhy levantó la vista y vio a su hermano parado en la entrada del rincón, con una capa roja sobre su espalda angosta. Incluso a la edad de diez y tres cuartos, Kell tenía los rasgos de un hombre serio, la arruga entre las cejas. Su pelo cobrizo destellaba incluso bajo la luz suave de la mañana y sus ojos —uno azul, el otro negro como la noche— hacían que la gente bajara la mirada, que la apartara. Rhy no entendía por qué, así que él se esmeraba en mirar a su hermano a la cara, en mostrarle a Kell que no importaba. Los ojos eran ojos.

Kell no era *verdaderamente* su hermano, por supuesto. Incluso un vistazo al pasar los marcaría como diferentes. Kell era una mezcla, como diferentes tipos de arcilla entrelazados juntos; tenía la piel clara de un veskano, el cuerpo desgarbado de un

faronés y el pelo cobrizo que solo se encontraba en el borde septentrional de Arnes. Y después, obviamente, estaban sus ojos. Uno natural, aunque no particularmente arnesiano, y el otro *antari*, marcado por la magia misma como *aven*. Bendecido.

Rhy, por otra parte, con su cálida piel morena, su cabello negro y sus ojos ámbar, era completamente Londres, completamente Maresh, completamente noble.

Kell advirtió que el príncipe estaba sonrojado y después vio el pergamino desplegado ante él. Se arrodilló frente a Rhy, la tela de su capa como un charco en las piedras alrededor de él.

—¿De dónde sacaste esto? —preguntó, con una pizca de disgusto en la voz.

—De Tieren —dijo Rhy. Su hermano le lanzó una mirada escéptica, y Rhy corrigió—: Del estudio de Tieren.

Kell echó una ojeada al hechizo y frunció el ceño.

—¿Una llama eterna?

Rhy sacó uno de los lines del piso con indiferencia y se encogió de hombros.

—Fue lo primero que agarré. —Intentó que sonara como que el estúpido hechizo no le importaba, pero tenía la garganta cerrada, los ojos brillosos—. No importa —dijo, arrojando la moneda para que saltase por el suelo como si fuera una piedrita contra el agua—. No logro que funcione.

Kell cambió el peso del cuerpo de un lado a otro y movió los labios en silencio mientras leía los garabatos del sacerdote. Sostuvo las manos arriba del papel, ahuecadas como si estuvieran meciendo una llama que ni siquiera estaba ahí todavía, y comenzó a recitar el hechizo. Cuando lo había intentado Rhy, las palabras habían caído como rocas, pero en los labios de Kell eran poesía, suaves y sibilantes.

El aire alrededor de ellos levantó temperatura al instante y comenzó a salir vapor de los lines que sujetaban el pergamino antes de que la tinta se reuniera y levantara para formar una gota de aceite, que se encendió.

La llama quedó flotando en el aire entre las manos de Kell, brillante y blanca.

Lo hacía parecer tan fácil, y Rhy sintió un destello de furia hacia su hermano, ardiente como una chispa e igual de breve.

No era culpa de Kell que Rhy no pudiera hacer magia. Rhy comenzó a levantarse cuando Kell lo tomó del puño. Guio las manos de Rhy a cada lado del hechizo, llevando al príncipe hacia el pliegue de su magia. El calor hormigueó en las palmas de Rhy y él se debatió entre el placer de sentir el poder y la decepción de saber que no era suyo.

—No está bien —murmuró—. Soy el príncipe heredero, el hijo de Maxim Maresh. Debería poder encender una maldita vela.

Kell se mordió el labio —su madre jamás lo regañaba a él por ese hábito— y luego dijo:

—Hay diferentes tipos de poder.

—Preferiría tener magia que una corona —dijo enfurruñado Rhy.

Kell estudió la llama blanca entre ellos.

—Una corona es un tipo de magia, si lo piensas. Un mago gobierna un elemento. Un rey gobierna un imperio.

—Solo si el rey es suficientemente fuerte.

Kell entonces levantó la mirada.

—Vas a ser un buen rey, si no terminas muerto antes.

Rhy largó un suspiro, haciendo estremecer la llama.

—¿Cómo lo sabes?

Ante eso, Kell sonrió. Era una cosa rara, y Rhy quería aferrarse a ella —él era el único que podía hacer que su hermano sonriera y llevaba esa habilidad como una medalla ganada—, pero entonces Kell dijo:

—Magia.

Y entonces Rhy quiso golpearlo.

—Desgraciado —murmuró, intentando alejarse, pero los dedos de su hermano lo presionaron con más fuerza.

—No me sueltes.

—Quítate —dijo Rhy, al principio en broma, pero cuando el fuego se volvió más ardiente y brillante entre sus manos, repitió con seriedad—: Detente. Me estás lastimando.

El calor le lamió los dedos y un dolor blanco avanzó como una lanza por sus manos y brazos.

—Detente —suplicó—. Kell, *basta*. —Pero cuando Rhy alzó la vista desde el fuego resplandeciente hasta el rostro de su hermano, no era un rostro en absoluto. No era más que un charco de oscuridad. Rhy contuvo el aire, intentó huir, pero su hermano ya no era de carne y hueso, sino piedra, manos esculpidas como esposas alrededor de las muñecas de Rhy.

Esto no estaba bien, pensó, tenía que ser un sueño —una pesadilla—, pero el calor del fuego y la presión demoledora en sus muñecas eran muy reales y empeoraban con cada latido, con cada respiración.

La llama entre ambos se hizo larga y delgada, afilándose en una espada de luz cuya punta primero apuntó al techo y luego, despacio, horriblemente, hacia Rhy. Luchó y gritó, pero eso no ayudó en nada a detener el cuchillo, que ardió y se enterró en el pecho del príncipe.

Dolor.

«Haz que se detenga».

Le atravesó las costillas, le encendió los huesos, rasgó un camino hacia su corazón. Rhy intentó gritar y vomitó humo. Su pecho era una herida desgarrada de luz.

La voz de Kell salió, no de la estatua, sino de algún otro lugar. Un lugar lejano, desvaneciente. «No te sueltes».

Pero dolía. Dolía tanto.

«Detente».

Rhy se quemaba de adentro hacia afuera.

«Por favor».

Moría.

«Quédate».

Otra vez.



Por un momento, el negro cedió a manchas de color, un techo de telas onduladas, un rostro familiar que flotaba a los bordes de su vista borrosa de lágrimas, ojos tempestuosos y alarmados.

—¿Luc? —dijo Rhy con voz áspera.

—Estoy aquí —respondió Alucard—. Estoy aquí. Quédate conmigo.

Intentó hablar, pero el corazón se le estrelló contra las costillas, como si fuese a atravesarlas.

Este redobló el ritmo, luego flaqueó.

—¿Han encontrado a Kell? —dijo una voz.

—Aléjense de mí —ordenó otra.

—Todos *afuera*.

A Rhy se le empañó la vista.

La habitación tembló, las voces se opacaron, el dolor cedió hacia algo peor, la agonía de calor blanco causada por el cuchillo invisible dio paso al frío, y su cuerpo luchaba y fallaba y luchaba y fallaba y fallaba y…

«No», suplicó, pero podía sentir que los hilos se quebraban uno a uno dentro de él, hasta que no quedó nada que lo sostuviera.

Hasta que la cara de Alucard despareció y la habitación se disipó.

Hasta que la oscuridad envolvió a Rhy con brazos pesados y lo enterró.

V

Alucard Emery no estaba acostumbrado a sentirse impotente.

Hacía apenas unas horas, había ganado el *Essen Tasch* y había sido nombrado el mago más fuerte de los tres imperios. Pero ahora, sentado junto a la cama de Rhy, no tenía idea de qué hacer. Cómo ayudar. Cómo salvarlo.

El mago observaba cómo el príncipe se retorcía sobre sí mismo, pálido de muerte, contra las sábanas enredadas, observaba mientras Rhy gritaba de dolor, atacado por algo que Alucard ni siquiera podía ver, contra lo que no podía luchar. Y él hubiese… hubiese ido hasta el fin del mundo para mantener a Rhy a salvo. Pero lo que fuese que lo estaba matando no estaba aquí.

—¿Qué está *pasando*? —había preguntado docenas de veces—. ¿Qué puedo *hacer*?

Pero nadie respondía, así que tuvo que darles sentido a las súplicas de la reina y las órdenes del rey, a las palabras urgentes de Lila y los ecos de las voces de búsqueda de los guardias reales, todas ellas llamando a Kell.

Alucard se sentó hacia adelante, aferrado a la mano del príncipe, y observó cómo los hilos de magia que rodeaban el cuerpo de Rhy se deshilachaban, amenazaban con quebrarse.

Otros observaban el mundo y veían luz y sombra y color, pero Alucard Emery siempre había sido capaz de ver más. Siempre había sido capaz de ver la urdimbre y la trama del poder, el patrón de magia. No solo el aura de un hechizo, el residuo de un encantamiento, sino el tinte de la verdadera magia que rodeaba a la persona, que latía en sus venas. Todos podían ver la luz roja del Isle, pero Alucard veía el mundo entero con manchas de color vívido. Los pozos de magia naturales resplandecían de carmesí. Los magos elementales estaban envueltos en verde y azul. Las maldiciones manchaban de púrpura. Los hechizos fuertes ardían dorados. ¿Y los *antari*? Solo ellos brillan con una luz oscura pero iridiscente, no un color, sino todos los colores plegados juntos, naturales y antinaturales, hilos resplandecientes que los envolvían y bailaban sobre su piel.

Alucard ahora observaba esos mismos hilos deshilachándose y quebrándose alrededor de la forma retorcida del príncipe.

No podía ser, la magia magra de Rhy siempre había sido verde oscuro (se lo había dicho al príncipe una vez, solo para ver cómo sus rasgos se arrugaban de desagrado; a Rhy nunca le había gustado el color).

Pero en cuanto posó los ojos en Rhy otra vez, tres años más tarde, Alucard había sabido que el príncipe estaba distinto. *Cambiado*. No era la tensión en su mandíbula ni las sombras bajo sus ojos. Era la magia amarrada a él. El poder vivía y respiraba, debía moverse en la corriente de vida de las personas. Pero esta magia nueva alrededor de Rhy estaba quieta, en hilos que lo envolvían con fuerza, como una soga alrededor del cuerpo del príncipe.

Y todos y cada uno de ellos brillaban como aceite en el agua. Color y luz fundidos.

Esa noche, en el dormitorio de Rhy, cuando Alucard había deslizado la túnica a un lado para besar el hombro del príncipe, había visto el lugar donde los hilos plateados se unían con la piel de Rhy, entrelazados directamente con los círculos cicatrizados sobre su corazón. No había tenido que preguntar quién había hecho el hechizo —solo un *antari* se le vino a la mente—, pero Alucard no podía ver *cómo* lo había hecho Kell. Normalmente podía desglosar una obra de magia con solo mirar sus hilos, pero las hebras de la magia de Kell se sumergían en el corazón de Rhy y se perdían —no, no se perdían, se *enterraban*—, el hechizo rígido, inquebrantable.

Y ahora, de alguna manera, se desmoronaba.

Los hilos se rompían uno a uno bajo una presión invisible, cada cuerda rota provocaba un sollozo, una respiración estremecida del príncipe semiinconsciente. Cada amarre que se deshilachaba…

Eso era, se percató. No era un simple hechizo, sino *una* especie de *conexión*.

Con Kell.

No sabía por qué la vida del príncipe estaba amarrada a la del *antari*. No quería ni imaginárselo —aunque ahora veía la cicatriz entre las costillas temblorosas de Rhy, tan ancha como el filo de una daga, y la compresión le llegó de todas maneras, y se sintió descompuesto e inútil—, pero la conexión se estaba rompiendo, y Alucard hizo lo único que podía hacer.

Sostuvo la mano del príncipe e intentó verter su propio poder en los hilos que se raían, como si la luz azul tempestad de su magia pudiera fusionarse con la iridiscencia de Kell, en vez de dejar que se drenara inútilmente. Le rezó a todo poder en el mundo, a todo santo y todo sacerdote y toda figura bendita —aquellos en los que creía y aquellos en los que no— para pedirles fuerza. Y cuando no respondieron, le habló a Rhy. No le pidió que resistiera, no le dijo que fuera fuerte.

En vez de eso, le habló del pasado. *Su* pasado.

—¿Recuerdas la noche anterior a que me fuera? —Luchó por mantener el miedo lejos de su voz—. Nunca respondiste mi pregunta.

Alucard cerró los ojos, en parte para poder ver el recuerdo, y en parte porque no podía soportar ver al príncipe tan dolorido.

Era verano y habían estado acostados en la cama, sus cuerpos enredados y calientes. Había recorrido la piel perfecta de Rhy con una mano y cuando el príncipe se había vanagloriado, él había dicho:

—Un día serás viejo y estarás arrugado, y aun así te amaré.

—Nunca seré viejo —dijo el príncipe con una certeza exhibida solo por los jóvenes sanos y extremadamente inocentes.

—¿Entonces planeas morir joven? —había bromeado, y Rhy se había encogido de hombros con elegancia.

—O vivir para siempre.

—¿Ah, sí?

El príncipe se había corrido un rizo de los ojos.

—Morir es tan mundano.

—Y ¿cómo exactamente —preguntó Alucard, incorporándose para apoyarse en un codo— planeas vivir para siempre?

Entonces, Rhy lo había empujado hacia abajo y terminado la conversación con un beso.

Ahora se estremecía en la cama, un sollozo se le escapaba de entre los dientes apretados. Tenía los rizos negros apelmazados contra el rostro. La reina pidió un trozo de tela, luego llamó al sumo sacerdote, llamó a Kell. Alucard se aferró a la mano de su amado.

—Lamento haberme ido. Lo lamento. Pero estoy aquí ahora, así que no te puedes morir —dijo, y finalmente se le quebró la voz—. ¿No ves lo descortés que sería eso, cuando he llegado tan lejos?

La mano del príncipe lo apretó con más fuerza al agarrotarse su cuerpo.

El pecho de Rhy se agitó hacia arriba y hacia abajo en un último y violento estremecimiento.

Y luego se quedó quieto.

Y por un momento, Alucard sintió alivio, porque Rhy por fin estaba descansando, por fin dormía. Por un momento, todo estaba bien. Por un momento…

Luego se hizo añicos.

Alguien gritaba.

Los sacerdotes avanzaban a los empujones.

Los guardias lo tiraban hacia atrás.

Alucard miraba fijo al príncipe.

No comprendía.

No podía comprender.

Y entonces la mano del príncipe se desprendió de la suya y cayó en la cama.

Sin vida.

Los últimos hilos plateados perdían su agarre, se escurrían de su piel como sábanas en verano.

Y entonces él gritaba.

Alucard no recordaba nada después de eso.

VI

Por un momento aterrador, Lila dejó de existir.

Sintió que se desintegraba, que se disgregaba en millones de hilos, cada uno de los cuales se estiraba, deshilachaba, amenazaba con quebrarse, mientras ella salía del mundo, de la vida, a la nada. Y luego, igual de súbito, se trastabillaba y caía en cuatro patas a la calle.

Dejó escapar un grito breve e involuntario al aterrizar, con las extremidades temblorosas y un pitido en la cabeza como si sonara un timbre.

Debajo de sus manos, el suelo —y *había* suelo, lo que al menos era una buena señal— era áspero y frío. El aire estaba quieto. No había fuegos artificiales. No había música. Lila se puso de pie con esfuerzo, le goteaba sangre de los dedos, de la nariz. Se la limpió, salpicando de rojo las piedras, sacó su cuchillo y cambió de posición para ponerse de espaldas a la pared helada. Recordaba la última vez que había estado allí, en ese Londres, donde hombres y mujeres con ojos hambrientos estaban ávidos de poder.

Una salpicadura de color le llamó la atención, así que levantó la vista.

El cielo encima de ella estaba manchado de atardecer: rosado y púrpura y dorado bruñido. Solo que el Londres Blanco no *tenía* color, no como este, y por un segundo espantoso, pensó que había cruzado a *otra* ciudad más, otro mundo, que se había quedado atrapada incluso más lejos de casa… donde sea que fuera eso ahora.

Pero no, Lila reconoció la calle bajo sus botas, el castillo que se elevaba en agujas góticas contra el sol poniente. Era la misma ciudad y, sin embargo, completamente cambiada. Solo habían pasado cuatro meses desde que había puesto un pie aquí, cuatro meses desde que ella y Kell habían enfrentado a los mellizos Dane. Entonces, había sido un mundo de hielo y ceniza y gélida piedra blanca. Y ahora… ahora un hombre pasaba al lado de ella caminando por la calle e iba sonriendo. No con el rictus sonriente de los famélicos, sino la sonrisa íntima de los satisfechos, de los bendecidos.

Esto no estaba bien.

Cuatro meses y en ese tiempo ella había aprendido a percibir la magia, su presencia aunque no su propósito. No podía *verla*, no como Alucard, pero con cada respiración saboreaba el poder en el aire como si fuese azúcar, dulce y tan fuerte que era empalagoso. El aire nocturno resplandecía con él.

¿Qué demonios estaba pasando?

¿Y dónde estaba Kell?

Lila sabía dónde estaba *ella*, o al menos adónde había elegido pasar, y entonces siguió el elevado muro hasta doblar una esquina hacia las puertas del castillo. Estaban abiertas, con hiedra invernal retorcida en el hierro. Lila se detuvo por segunda vez. El bosque de piedra —alguna vez lleno de cuerpos— había desaparecido, reemplazado por un tramo de árboles verdaderos y por guardias en armaduras pulidas que flanqueaban las escaleras del castillo, todos alertas.

Kell tenía que estar dentro. Había una conexión entre ellos, fina como un hilo, aunque extrañamente fuerte, y Lila no sabía si estaba hecha de la magia de ambos o de otra cosa, pero la atraía hacia el castillo como un peso. Intentó no pensar acerca de lo que eso significaba, sobre cuán lejos iba a tener que ir, contra cuántas personas tendría que pelear para encontrarlo.

¿No había un hechizo de localización?

Lila se devanó la mente en busca de las palabras. *As Travars* la había trasladado entre mundos y *As Tascen* era para moverse entre distintos lugares en el *mismo* mundo, pero ¿y si quería encontrar a una persona y no un lugar?

Se maldijo a sí misma por no saberlo, por no haber preguntado. Kell le había contado una vez que había encontrado a Rhy después de que se lo llevaron cuando era niño. ¿Qué había usado? Repasó con esfuerzo el recuerdo… algo que Rhy había hecho. ¿Un caballito de madera? Otra imagen le saltó a la mente, la del pañuelo —su pañuelo— estrujado en la mano de Kell cuando la conoció en Tiro de Piedra. Pero Lila no tenía nada de él. Ningún *souvenir*. Ninguna chuchería.

El pánico comenzó a inundarla y ella lo empujó hacia abajo.

Así que no tenía un amuleto que la guiara. Las personas eran más de lo que tenían y seguramente los objetos no eran lo único que contenía marcas. Estaban hechas de piezas, palabras… recuerdos.

Y Lila tenía de esos.

Presionó la mano ensangrentada contra las puertas del castillo, el hierro frío le mordió la herida superficial, cerró los ojos e invocó a Kell. Primero con los recuerdos de la noche en que se conocieron, en el callejón donde le había robado y, después, más tarde, cuando él había atravesado la pared de su habitación. Un extraño atado a su cama, el sabor de la magia, la promesa de libertad, el miedo de quedar atrás. Las manos agarradas a través de un mundo y luego en otro, apretadas mientras se escondían de Holland, cuando se enfrentaban al astuto Fletcher, y luchaban contra el falso Rhy. El horror en el palacio y la batalla en el Londres Blanco, el cuerpo de Kell cubierto de sangre y alrededor del de ella en los escombros del bosque de piedra. Las piezas rotas de sus vidas, separadas. Y luego, reunidas. Un juego detrás de máscaras. Un nuevo abrazo. La mano de Kell que ardía en su cintura mientras bailaban, su boca que ardía contra la suya mientras se besaban, sus cuerpos chocando como espadas en el balcón del palacio. El calor aterrador y luego, demasiado pronto, el frío. Su colapso

en el estadio. El enojo de él lanzado como un arma antes de darse media vuelta e irse. Antes de que ella lo dejara ir.

Pero ella estaba ahí para llevarlo de regreso.

Lila se preparó otra vez, con las mandíbulas apretadas ante la previsión del dolor que vendría.

Sostuvo los recuerdos en su mente, los presionó contra la pared como si fueran un *souvenir*, y dijo las palabras.

—*As Tascen Kell*.

Contra su mano, la verja tembló y el mundo se disipó mientras Lila lo atravesaba tambaleante, salía de la calle y entraba al blanco pulido de un corredor en el castillo.

El fuego ardía en antorcheros a lo largo de la pared, sonaban pasos a lo lejos, y Lila se permitió un instante de satisfacción, quizá incluso de alivio, antes de darse cuenta de que Kell no estaba ahí. Le latía la cabeza, una maldición estaba a medio camino de sus labios cuando, detrás de una puerta a su izquierda, escuchó un grito ahogado.

A Lila se le heló la sangre.

Kell. Se estiró hacia la perilla de la puerta, pero cuando sus dedos se cerraban alrededor de esta, percibió el silbido bajo del metal avanzando por el aire. Se movió a un lado para ver un cuchillo enterrado en la madera donde había estado un momento antes. Un cordón negro dibujaba un camino desde la empuñadura hacia atrás por el aire, y Lila se dio vuelta y siguió la línea hasta una mujer con una capa blanca. Una cicatriz marcaba el pómulo de la mujer, pero eso era lo único ordinario en ella. Uno de sus ojos estaba lleno de una oscuridad, que se derramaba como cera por su mejilla y hacia arriba por su sien, siguiendo la línea de su mandíbula para desaparecer adentro del cabello tan rojo —más rojo que el abrigo de Kell, más rojo incluso que el río en Arnes— que parecía quemar el aire. Un color demasiado brillante para este mundo. O, al menos, demasiado brillante para el mundo que había sido. Pero Lila sentía lo impropio en este mundo, y era más que colores vívidos y ojos arruinados.

Esta mujer no le recordaba a Kell, ni siquiera a Holland, sino a la piedra negra robada meses atrás. Ese extraño impulso, un latido pesado.

Tras un movimiento rápido de la muñeca, un segundo cuchillo apareció en la mano izquierda de la extraña, cuya empuñadura estaba conectada al otro extremo del cordón. Un ligero tirón y el primer filo se liberó de la madera y salió volando de regreso a los dedos de su mano derecha. Elegante como un ave que planea en formación.

Lila estaba casi impresionada.

—¿Quién se supone que eres? —preguntó.

—Soy la mensajera —dijo la mujer, aunque Lila reconocía a un asesino entrenado cuando lo veía—. ¿Y tú?

Lila sacó dos de sus propios cuchillos.

—Soy la ladrona.

—No puedes entrar.

Lila apoyó la espalda contra la puerta, el poder de Kell era como un pulso agonizante contra su columna vertebral. «Resiste», pensó desesperadamente y luego en voz alta:

—Intenta detenerme.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la mujer.

—¿Y a ti qué te importa?

La mujer, entonces, mostró una sonrisa asesina.

—Mi rey querrá saber a quién he…

Pero Lila no esperó a que terminara.

Su primer cuchillo voló por el aire y cuando la mano de la mujer se movió para desviarlo, Lila atacó con el segundo. Estaba a medio camino de encontrar carne, cuando el filo encordado se precipitó hacia ella y lo tuvo que esquivar, lanzándose fuera de su camino. Giró, lista para acuchillar otra vez, pero se encontró bloqueando otro ataque de escorpión. El cordón entre los cuchillos era elástico y la mujer blandía los filos igual que Jinnar el viento, Alucard el agua o Kisimyr la tierra; las armas envueltas en voluntad, de modo que al volar, ambas tenían la fuerza del impulso y la elegancia de la magia.

Y además de todo eso, la mujer se movía con una gracia perturbadora, con los gestos fluidos de una bailarina.

Una bailarina con dos cuchillos muy afilados.

Lila se agachó y el primer filo pasó mordiendo el aire al lado de su cara. Varios hilos de pelo oscuro flotaron hacia el piso. Las armas se borroneaban por la velocidad, atrayendo su atención en diferentes direcciones. Todo lo que Lila podía hacer era esquivar los destellos plateados.

Había estado en muchas peleas de cuchillos. Había comenzado la mayoría ella misma. Sabía que el truco era encontrar la guardia y meterse detrás de esta, forzar un momento de defensa, una abertura para atacar, pero esto no era un combate mano a mano.

¿Cómo se suponía que debía pelear contra una mujer cuyos cuchillos ni siquiera se quedaban en sus manos?

La respuesta, obviamente, era simple: igual que como peleaba contra todos los demás.

Rápido y sucio.

Después de todo, el objetivo no era verse bien. Era mantenerse viva.

Los filos de la mujer arremetían como serpientes, atacando hacia adelante con una velocidad repentina y aterradora. Pero había una debilidad: no podían cambiar de curso. Una vez que el cuchillo volaba, lo hacía derecho. Y por eso, justamente, era mejor cuchillo en mano que volando.

Lila amagó a la derecha y cuando el primer filo vino, se lanzó hacia el otro lado. El segundo la siguió, trazando otro camino, y Lila volvió a esquivarlo, marcando una

tercera línea mientras los cuchillos estaban, ambos, atrapados en sus rutas.

—¡Te tengo! —gruñó Lila, abalanzándose hacia la mujer.

Y luego, para su horror, los cuchillos *cambiaron de curso*. Giraron bruscamente en el aire y se precipitaron, Lila saltó con desesperación y las armas se enterraron en el piso donde ella había estado agachada un momento antes.

Por supuesto. Una forjadora de metal.

A Lila le corrió sangre por el brazo y le cayó de los dedos en gotas. Había sido rápida, pero no lo suficiente.

Otra sacudida de la muñeca y los cuchillos regresaron a las manos de la mujer.

—Los nombres son importantes —dijo ella, haciendo girar el cordón—. El mío es Ojka y tengo órdenes de dejarte afuera.

Detrás de las puertas, Kell dejó escapar un grito de frustración, un sollozo de dolor.

—Me llamo Lila Bard —respondió, desenvainando su cuchillo favorito— y me importa un bledo.

Ojka sonrió y atacó.

Cuando vino la siguiente embestida, Lila no apuntó al cuerpo ni a las armas, sino al cordón. El filo de su cuchillo bajó sobre la tela estirada y mordió…

Pero Ojka era demasiado rápida. El metal apenas rozó el cordón antes de que volviera a sus dedos.

—*No* —gruñó Lila, atrapando el material con su mano desnuda.

En el rostro de Ojka, un destello de sorpresa, y Lila soltó un breve sonido de triunfo, justo antes de que un dolor se le disparara por la pierna al enterrarse una tercera cuchilla —corta y ferozmente afilada— en su pantorrilla.

Lila aspiró aire, se tambaleó.

El piso blanco se manchó de sangre cuando ella arrancó el cuchillo y se enderezó.

Más allá de esa puerta, Kell aullaba.

Más allá de este mundo, Rhy moría.

Lila no tenía tiempo para esto.

Raspó sus cuchillos entre sí y estos sacaron chispas, se prendieron fuego. El aire ardió alrededor de ella y esta vez, cuando Ojka lanzó su cuchilla, los filos llameantes de Lila encontraron el tramo de cordón y el fuego lo encendió. Avanzó por el amarre, y Ojka siseó mientras retrocedía. A mitad de camino a su mano, el cordón se quebró y el cuchillo flaqueó, fallando en el regreso a sus dedos. Una bailarina fuera de tiempo. El rostro de la asesina ardió con furia mientras acortaba distancias hacia su oponente, ahora armada con una sola cuchilla.

A pesar de eso, Ojka siguió moviéndose con la elegancia terrorífica de un depredador y Lila estaba tan concentrada en el cuchillo que la mujer tenía en la mano que se olvidó de que la habitación estaba llena de otras armas que un mago podía usar.

Lila eludió un destello de metal e intentó saltar hacia atrás, pero se dio contra un taburete bajo detrás de las rodillas y, al perder el equilibrio, se tropezó. Se apagó el fuego de sus manos y la mujer pelirroja estaba sobre ella antes de que golpeara contra el piso, con el filo que ya trazaba un arco hacia su pecho.

Los brazos de Lila se alzaron para bloquear el cuchillo cuando este bajaba para apuñalarla y las empuñaduras chocaron en el aire sobre su rostro. Una sonrisa cruel se asomó en los labios de Ojka cuando el arma en su mano de repente comenzó a extenderse, afilándose el metal en una estaca de acero que avanzaba hacia los ojos de Lila…

La cabeza se le corrió hacia un lado cuando el metal golpeó vidrio y el crujido agudo de un resquebrajamiento le resonó contra el cráneo. El cuchillo, que había resbalado en su ojo falso, hizo una raya profunda en el piso de mármol. Una gotita de sangre le corrió por la mejilla donde el filo le había cortado la piel, una única lágrima de sangre.

Lila parpadeó consternada.

La perra había intentado clavarle un cuchillo en el ojo.

Afortunadamente, había elegido el equivocado.

Ojka tenía la mirada fija hacia abajo, atrapada en un instante de confusión.

Y ese instante era todo lo que Lila necesitaba.

Su propio cuchillo, todavía levantado, ahora rebanó de un lado a otro, dibujando una sonrisa roja en la garganta de la mujer.

La boca de Ojka se abrió y se cerró en una mímica de la piel separada en su cuello, mientras la sangre se derramaba por su torso. Cayó al piso al lado de Lila, cubriendo la herida con los dedos, pero era tan amplia y profunda… un golpe mortal.

La mujer se retorció y quedó inmóvil, y Lila se movió hacia atrás, afuera del creciente charco de sangre, aún le ardía de dolor la pantorrilla herida, todavía le retumbaba la cabeza.

Se puso de pie, cubriendo con la mano su ojo destruido.

Su segundo cuchillo sobresalía de un antorchero y lo liberó haciendo palanca. Dejó un rastro de sangre al avanzar a los tropezones hacia la puerta. Detrás de esta, todo estaba en silencio. Intentó mover la perilla, pero la encontró trabada.

Probablemente había un hechizo, pero Lila no lo conocía y estaba demasiado cansada como para invocar aire o madera o cualquier otra cosa, así que simplemente reunió lo que le quedaba de fuerza y abrió la puerta de una patada.

VII

Kell tenía la mirada clavada en el techo, el mundo tan lejos arriba, y se alejaba cada vez más con cada respiración.

Y entonces escuchó una voz —la voz de *Lila*— y fue como un gancho que lo tiró de regreso a la superficie.

Jadeó e intentó incorporarse. Fracasó. Lo intentó de nuevo. El dolor lo hizo temblar cuando se apoyó sobre una rodilla. En algún lugar a lo lejos, escuchó el estruendo de una bota contra la madera. Una traba que se rompía. Logró ponerse de pie justo cuando la puerta se abría de golpe, y allí estaba ella, una sombra delineada en la luz, y luego se le nubló la vista y ella se convirtió en un borrón que se precipitaba hacia él.

Kell logró dar un paso vacilante antes de que sus botas se resbalaran en el charco de sangre y el *shock* y el dolor lo sumergieran en la oscuridad. Sintió que le cedían las piernas, luego, cuando se caía, unos brazos cálidos le rodearon la cintura.

—¡Te tengo! —dijo Lila, que se hundió al suelo con él. La cabeza de Kell se desplomó contra su hombro y le susurró con voz ronca a su abrigo, intentando formar las palabras. Cuando ella pareció no entender, él arrastró sus manos ensangrentadas y rotas y se entumeció los dedos al cerrarlos alrededor del collar que tenía en la garganta.

—Q-quítamelo —dijo sofocado.

La mirada de Lila —¿había algo mal con sus ojos?— se disparó hacia el collar un instante antes de que sus manos se cerraran alrededor de este. Siseó cuando apoyó los dedos en el metal, pero no lo soltó y, con una mueca de dolor, lo recorrió hasta encontrar el cierre en la nuca de Kell. Este se soltó y ella arrojó el artilugio al otro lado de la habitación.

El aire volvió rápido a los pulmones de Kell, el calor fluyó por sus venas. Por un instante, cada nervio de su cuerpo se encendió, primero de dolor y luego con poder, a medida que la magia regresaba como una sobrecarga eléctrica. Tomó una bocanada de aire y se dobló hacia adelante, tenía el pecho agitado y lágrimas en el rostro; el mundo alrededor de él vibraba y se estremecía y amenazaba con prenderse fuego. Hasta Lila debió sentirlo, ya que dio un salto hacia atrás para salir del camino mientras el poder de Kell resurgía, se asentaba y recobraba cada gota robada.

Pero aún faltaba algo.

«No», pensó Kell. «Por favor, no». El eco. El segundo pulso. Bajó la mirada a sus manos arruinadas, a sus muñecas, que aún goteaban sangre y magia, pero nada de eso importaba. Desgarró su túnica a la altura del pecho, donde debía estar el sello. Aún estaba ahí, pero debajo de las cicatrices y las marcas del hechizo, solo un latido. Solo uno…

—Rhy… —dijo; la palabra, un sollozo. Un ruego—. No puedo… él está…

Lila lo tomó de los hombros.

—Mírame —dijo—. Tu hermano todavía estaba vivo cuando me fui. Ten un poco de fe. —Las palabras sonaron vacías y el propio miedo de Kell rebotó dentro de ellas, llenando el espacio—. Además —agregó ella—, no puedes ayudarlo desde acá.

Miró toda la habitación, el marco de metal, con las esposas cubiertas de sangre, la mesa al lado llena de herramientas descartadas, el collar metálico tirado en el piso, hasta que su atención volvió a él. Había algo mal con los ojos de ella: uno era del marrón usual, pero el otro estaba lleno de grietas.

—Tu ojo… —comenzó a decir él, pero Lila hizo un gesto con la mano.

—Ahora no. —Se puso de pie—. Tenemos que irnos.

Pero Kell sabía que no estaba en condiciones de ir a ningún lado. Tenía las manos quebradas y lastimadas, aún le salían hilos de sangre de las muñecas. La cabeza le daba vueltas cada vez que se movía y cuando ella intentó ayudarlo a ponerse de pie, solo consiguió apoyarse en sus pies antes de que su cuerpo se tambaleara y colapsara otra vez. Dejó escapar un sonido ahogado de frustración.

—Este *look* no te queda bien —dijo ella, mientras presionaba los dedos en un tajo que tenía arriba del tobillo—. Quédate quieto, te voy a curar.

Los ojos de Kell se abrieron de par en par.

—Espera —dijo, alejándose de ella.

La boca de Lila hizo una mueca.

—¿No confías en mí?

—No.

—Qué lástima —dijo ella, presionando la mano ensangrentada en su hombro—. ¿Cuál es la palabra, Kell?

La habitación dio vueltas cuando él negó con la cabeza.

—Lila, yo no…

—¿Cuál es la maldita palabra?

Él tragó saliva y respondió tembloroso.

—*Hasari*. *As Hasari*.

—Bien —dijo ella y apretó con más fuerza—. ¿Estás listo? —Y entonces, antes de que él pudiera responder, lanzó el hechizo—: *As Hasari*.

No pasó nada.

Lila frunció el ceño.

—¿Lo hice bi…?

Una explosión de luz surgió entre ellos, la fuerza de la magia los lanzó en direcciones opuestas, como metralla.

La espalda de Kell golpeó contra el piso y la de Lila chocó contra la pared más cercana.

Él se quedó tirado ahí, jadeando, tan aturdido que por un segundo no pudo saber si en realidad había funcionado o no. Pero después flexionó los dedos y sintió que los despojos de sus manos y muñecas se curaban, la piel se volvía suave y cálida debajo de los rastros de sangre, el aire se movía libremente en sus pulmones, el vacío se llenaba, lo roto se remendaba. Cuando se incorporó, la habitación no dio vueltas. Le resonaba el pulso en los oídos, pero la sangre estaba de vuelta dentro de sus venas.

Lila estaba desplomada en la base de la pared y se frotaba la nuca mientras dejaba salir un suave quejido.

—Maldita magia —masculló mientras él se arrodillaba al lado de ella. Al verlo intacto, le lanzó una sonrisa triunfal—. Te dije que funciona…

Kell la interrumpió al tomarle el rostro con las manos ensangrentadas y la besó una vez, profunda, desesperadamente. Un beso enredado con sangre y pánico, dolor y miedo y alivio. No le preguntó cómo lo había encontrado. No la regañó por hacerlo, solo dijo:

—Estás *loca*.

Ella logró mostrarle una sonrisa pequeña, exhausta.

—De nada.

Él la ayudó a ponerse de pie y después buscó su abrigo, que estaba apoyado hecho un bollo en la mesa donde Holland —Osaron— lo había dejado.

Lila escaneó la habitación.

—¿Qué pasó, Kell? ¿Quién te hizo esto?

—Holland.

Vio cómo el nombre aterrizaba como un puño, se imaginó las imágenes que le llenaban la mente, las mismas que habían llenado la suya cuando se encontró cara a cara con el nuevo rey del Londres Blanco y vio que no era un extraño en lo absoluto, sino un enemigo familiar. El *antari* con los ojos de dos colores, uno verde esmeralda, el otro negro. El mago forzado a servir a los mellizos Dane. El que él mismo había asesinado y lanzado al abismo entre los mundos.

Pero Kell sabía que Lila tenía otra imagen en la mente: la de un hombre que había matado a Barron y le había arrojado a los pies el reloj ensangrentado que le pertenecía a este, a modo de insulto.

—Holland está muerto —dijo con frialdad.

Kell negó con la cabeza.

—No. Sobrevivió. Regresó. Está…

Se escucharon gritos detrás de la puerta.

Sonaron pasos contra la piedra.

—Mierda —gruñó Lila, y su mirada se disparó hacia el *hall*—. Tenemos que irnos ya.

Kell se dio vuelta hacia la puerta, pero ella ya estaba un paso más adelante, con un lin del Londres Rojo en una mano ensangrentada, mientras se estiraba para tomar la de él y apoyaba la suya en la mesa.

—*As…* —comenzó a decir ella.

Kell abrió los ojos de par en par.

—Espera, no puedes simplemente…

—… *Travars*.

Los guardias entraron a la fuerza justo cuando la habitación se disolvía, el piso cedió y ellos cayeron.

Abajo a través de un mundo y adentro de otro.

Kell se preparó, pero el piso nunca llegó a ellos. No estaba ahí. El castillo se transformó en noche, las paredes y el piso fueron reemplazados solo por aire frío, la luz roja del río y las calles abarrotadas y los techos empinados, todo se acercaba a ellos mientras caían.



Había reglas cuando de hacer puertas se trataba.

La primera —y, para Kell, la más importante— era que podías moverte entre dos lugares en el mismo mundo o entre dos mundos en el mismo lugar.

El mismo lugar *exacto*.

Por eso era importante asegurarse de que tus pies estaban en el suelo y no, por ejemplo, apoyados en una habitación en el segundo piso de un castillo, porque las chances eran que a un mundo de distancia no hubiese segundo piso de ningún castillo.

Kell intentó decirle esto a Lila, pero fue demasiado tarde. La sangre ya estaba en su mano, el *souvenir* también, y antes de que él pudiera emitir las palabras, antes de que pudiera decir algo más que «no», ya estaban cayendo.

Se sumergieron a través del piso, del mundo y de varios metros de noche invernal, antes de golpear contra el techo inclinado de un edificio. Las tejas estaban semicongeladas y se resbalaron unos cuantos metros antes de lograr frenar finalmente contra el desagüe. O mejor dicho, Kell logró frenar. Debajo de las botas de Lila, el metal cedió rápidamente y ella se hubiese caído por el costado si él no la hubiese agarrado de la muñeca y arrastrado de regreso a las tejas, al lado de él.

Por un largo rato, ninguno habló, solo se quedaron apoyados contra el techo inclinado, resoplando inestables nubes de respiración hacia la noche.

—En el futuro —dijo finalmente Kell—, asegúrate de estar parada *en la calle*.

Lila exhaló una nube temblorosa.

—Anotado.

El techo frío ardía contra la piel acalorada de Kell, pero él no se movió, no enseguida. No podía… no podía pensar, no podía sentir, no podía convencerse de hacer nada, solo mirar hacia arriba y concentrarse en las estrellas. Delicados puntos de luz contra un cielo negro azulado —*su* cielo— flanqueado por nubes cuyos bordes estaban teñidos de rojo por el río, todo tan normal, intacto, inconsciente, y de repente quiso gritar, porque aunque Lila había sanado su cuerpo, aún se sentía roto y aterrorizado y vacío y todo lo que quería hacer era cerrar los ojos y hundirse otra vez, encontrar ese lugar oscuro y silencioso bajo la superficie del mundo, el lugar donde Rhy… Rhy… Rhy…

Se obligó a sentarse.

Tenía que encontrar a Osaron.

—Kell —comenzó a decir Lila, pero él estaba saltando del techo hacia la calle debajo. Podría haber invocado viento para aminorar la caída, pero no lo hizo, y casi ni sintió el dolor que se le disparó por las pantorrillas cuando aterrizó en los adoquines. Un momento después, escuchó el suave zas de otro cuerpo, y Lila aterrizó en cuclillas al lado de él.

—Kell —dijo ella otra vez, pero él ya se estaba dirigiendo al muro más cercano, sacaba un cuchillo del bolsillo de su abrigo y tallaba una línea fresca en su piel recién curada.

—Maldición Kell… —Lo agarró de la manga y ahí estaba él otra vez, mirando esos ojos marrones, uno entero y el otro hecho añicos. ¿Cómo podría haberlo sabido? ¿Cómo pudo *no* haberlo sabido?

—¿Qué quieres decir con que *Holland regresó*?

—Él… —Algo dentro de él se astilló y Kell estaba de nuevo en el huerto con la mujer pelirroja (Ojka), siguiéndola a través de una puerta en el mundo, por un Londres que no tenía sentido, un Londres que debería haber estado roto, pero que no lo estaba, por un Londres con demasiado color. Y ahí lo esperaba un nuevo rey, joven y saludable, pero inconfundible. Holland. Entonces, antes de que Kell pudiera procesar la presencia del *antari*… el frío horrible del collar hechizado, el dolor aplastante de ser arrancado de su propio ser, de todo, con la jaula de metal que se le clavaba en las muñecas. Y la mirada en el rostro de Holland se convirtió en la de otro, el sonido entrecortado de la propia voz de Kell al rogar mientras el segundo corazón fallaba en su propio pecho y el demonio que se daba vuelta y se…

Kell se echó hacia atrás repentinamente. Estaba de regreso en la calle, le caían gotas de sangre de los dedos y Lila estaba a centímetros de su cara, y no pudo saber si ella lo había besado o golpeado, solo supo que le zumbaba la cabeza y algo en el fondo de su ser seguía gritando.

—Es él —dijo con voz ronca—, pero no es él. Es… —Negó con la cabeza—. No lo sé, Lila. De alguna manera Holland llegó al Londres Negro y algo se le metió

adentro. Es como Vitari pero peor. Y está… *vestido* con Holland.

—¿Entonces el verdadero Holland está muerto? —preguntó Lila, mientras él dibujaba un símbolo en las piedras.

—No —dijo Kell y le tomó la mano—. Está ahí dentro en algún lugar. Y ahora están aquí.

Kell presionó su mano ensangrentada contra la pared y esta vez, cuando dijo los comandos, la magia, misericordiosamente, se elevó sin esfuerzo para confluir con su contacto.

VIII

Emira se negó a irse de al lado de Rhy.

Ni cuando sus gritos dieron paso a sollozos entrecortados.

Ni cuando su piel afiebrada palideció y sus rasgos languidecieron.

Ni cuando su respiración se detuvo y su pulso falló.

Ni cuando la habitación se quedó en silencio y ni cuando explotó el caos y los muebles temblaron y las ventanas se agrietaron y los guardias tuvieron que sacar a Alucard Emery de la cama a la fuerza, y Maxim y Tieren intentaron sacar sus manos del cuerpo de su hijo, porque ellos no entendían.

Una reina podía dejar su trono.

Pero una madre *jamás* dejaba a su hijo.

—Kell no dejará que él muera —dijo ella en el silencio.

—Kell no dejará que él muera —dijo ella en el barullo.

—Kell no dejará que él muera —dijo ella una y otra vez para sí cuando los otros dejaron de escuchar.

La habitación era una tormenta, pero ella estaba sentada perfectamente quieta al lado de su hijo.

Emira Maresh, quien veía grietas en las cosas hermosas y se movía por la vida con miedo a hacer más. Emira Nasaro, quien no había querido ser reina, no había querido ser responsable de legiones de gente, de sus penas, sus estupideces. Quien nunca había querido traer a un niño a este mundo peligroso, quien ahora rehusaba creer que su hijo hermoso y fuerte… su corazón…

—Está muerto —dijo el sacerdote.

No.

—Está muerto —dijo el rey.

No.

—Está muerto —dijo toda voz, salvo la de ella, porque nadie entendía que si Rhy estaba muerto, entonces también lo estaba Kell, y eso no iba a pasar, eso *no podía* pasar.

Y sin embargo…

Su hijo no se movía. No respiraba. Su piel, tan recientemente fría, había tomado una horrible palidez gris, su cuerpo se había vuelto esquelético y hendido, como si se hubiese ido hacía semanas, meses, en vez de minutos. Su camisa yacía abierta,

revelando el sello contra su pecho, las costillas tan injustamente visibles debajo de la piel que había sido morena.

Los ojos de la reina estaban nublados con lágrimas, pero ella no iba a dejarlas caer, porque llorar significaba estar de luto y ella no lloraría la muerte de su hijo porque su hijo *no estaba muerto*.

—Emira —suplicó el rey al inclinarse ella sobre el pecho demasiado inmóvil de Rhy.

—Por favor —susurró y la frase no estaba dirigida al sino a la magia, los Santos o los sacerdotes o al Isle. Era para Kell—. Por favor.

Cuando arrastró los ojos hacia arriba, *casi* pudo ver un destello plateado en el aire —un hilo de luz—, pero con cada momento que pasaba, menos se parecía el cuerpo en la cama a su hijo.

Los dedos de Emira se movieron para quitar el pelo de los ojos de Rhy y tuvo que luchar contra el temblor que le surgió ante los rizos quebradizos, la piel como de papel. Él se desarmaba frente a sus ojos, en un silencio puntuado solo por el crujido de los huesos asentándose, un sonido como de las brasas de un fuego agonizante.

—Emira.

—Por favor.

—Su Majestad.

—Por favor.

—Mi reina.

—Por favor.

Ella empezó a canturrear, no una canción ni una plegaria, sino un hechizo, uno que había aprendido cuando era tan solo una niña. Un hechizo que le había cantado a Rhy cientos de veces cuando era pequeño. Un hechizo para dormir. Para tener dulces sueños.

Para soltar.

Estaba llegando al final cuando el príncipe inspiró.

IX

En un momento Alucard estaba siendo arrastrado afuera de la habitación del príncipe y al siguiente había sido olvidado. No se dio cuenta de la ausencia repentina del peso sobre sus brazos. No se dio cuenta de nada, salvo del brillo de hilos luminiscentes y el sonido de la respiración de Rhy.

El suspiro del príncipe era suave, casi inaudible, pero se propagó por la habitación, captado por cada cuerpo, cada voz, cuando la reina y el rey y los guardias contuvieron el aire, en *shock*, con asombro, aliviados.

Alucard se sostuvo contra el marco de la puerta, sus piernas amenazaban con ceder.

Había *visto* a Rhy morir.

Había visto los últimos hilos desapareciendo adentro del pecho del príncipe, lo había visto quedar inmóvil, había visto la descomposición imposible, inmediata.

Pero ahora, mientras miraba, se deshacía.

Frente a sus ojos, el hechizo volvía, una llama sonsacada repentinamente de las brasas. No, de las cenizas. Los hilos surgieron como agua por un dique de contención roto antes de envolver el cuerpo de Rhy con brazos feroces, protectores, y él respiró una segunda vez y una tercera, y entre cada inhalación y exhalación, el cadáver del príncipe volvió a la vida.

La carne creció firme alrededor de los huesos. El color inundó las mejillas vacías. Tan rápido como el príncipe se había deteriorado, ahora revivía, todos los signos de dolor y estrés se suavizaron en una máscara de calma. Su cabello negro se asentó sobre su frente en rizos perfectos. Su pecho subía y bajaba con el ritmo suave del sueño profundo.

Y mientras Rhy dormía tranquilamente, alrededor de él la habitación se sumía en un tipo de caos. Alucard se tambaleó hacia adelante. Las voces hablaban unas encima de otras, en capas de sonido sin sentido. Algunos gritaban y otros susurraban plegarias, bendiciones por lo que acababan de ver o de protección contra eso mismo.

Alucard estaba a mitad de camino a la cama de Rhy cuando la voz del rey Maxim traspasó el bullicio.

—Nadie puede hablar de esto —dijo, con voz temblorosa, mientras se erguía al máximo—. El baile en honor al ganador ha comenzado y debe terminar.

—Pero Su Majestad… —comenzó a decir un guardia cuando Alucard llegaba a Rhy.

—El príncipe se ha enfermado —interrumpió el rey—. Nada más. —Su mirada aterrizó con fuerza sobre cada uno de ellos—. Hay demasiados aliados en el palacio esta noche, demasiados enemigos en potencia.

A Alucard no le importaba ni el baile ni el torneo ni la gente más allá de esta habitación. Solo quería tomar la mano del príncipe. Quería sentir el calor de su piel y reafirmarles a sus propios dedos temblorosos, a su corazón dolorido, que no se trataba de un truco horrible.

La habitación se vació alrededor de él, primero el rey y luego los guardias y sacerdotes, hasta que solo quedaron la reina y Alucard, parados en silencio, mirando a la figura durmiente del príncipe.

Alucard se estiró, su mano se cerró alrededor de la de Rhy, y al sentir el pulso palpitando en la muñeca del príncipe, no se preocupó por la imposibilidad de lo que había visto, no se preguntó qué magia prohibida podía ser lo suficientemente fuerte para amarrar vida a la muerte.

Todo lo que importaba —todo lo que *siempre* importaría— era esto.

Rhy estaba vivo.

X

Kell salió tambaleando de la calle y entró a su habitación en el palacio, sorprendido por la repentina luz, el calor, la absurda normalidad. Como si no se hubiera hecho añicos una vida, como si no se hubiera quebrado el mundo. Había gasa ondeando en el techo y una enorme cama con dosel sobre una tarima contra la pared, los muebles de madera oscura ribeteados con oro, y desde la azotea venían sonidos del baile en honor al ganador.

¿Cómo podía seguir el baile?

¿Cómo podían no *saber*?

Por *supuesto*, el rey haría que el baile para el ganador siguiera adelante, como estaba planeado, pensó Kell con amargura. Escondería la situación de su propio hijo de los ojos curiosos de Vesk y Faro.

—¿Qué quieres decir con que Holland está aquí? —preguntó Lila—. ¿Aquí en Londres o aquí… *aquí*? —Le siguió los pasos, pero Kell ya estaba a las puertas de su dormitorio y las atravesaba. La habitación de Rhy estaba al final del pasillo, las puertas de palisandro y oro estaban cerradas con firmeza.

El espacio entre sus habitaciones estaba lleno de hombres y mujeres, guardias y *vestra* y sacerdotes. Se giraron bruscamente al ver a Kell, en cueros debajo de su abrigo, con el pelo aplastado y la piel manchada de sangre. En sus ojos, él leyó *shock* y horror, sorpresa y miedo.

Se corrieron, algunos hacia él y otros para el lado contrario, pero todos en su camino, y Kell invocó una ráfaga de viento y los forzó a moverse a un lado mientras él avanzaba por la muchedumbre hasta las puertas del príncipe.

No quería entrar.

Tenía que hacerlo.

El grito en su cabeza empeoraba con cada paso y cuando Kell abrió las puertas y se deslizó adentro de la habitación, estaba sin aire.

La primera cosa que vio fue el rostro de la reina, pálido de pena.

La segunda fue el cuerpo de su hermano, extendido en la cama.

La tercera, y última, fue el lento subibaja del pecho de Rhy.

Ante el pequeño y bendito movimiento, el pecho del propio Kell dio un tumbo.

La tormenta en su cabeza, mantenida tan débilmente a raya, ahora se desató, y la súbita descarga de miedo y pena y alivio y esperanza dio paso a una calma discordante.

El cuerpo se le dobló de alivio; Rhy estaba vivo. Kell no había sentido simplemente el vago regreso del pulso de Rhy bajo su propio pulso enfurecido y errático. Incluso ahora, era demasiado suave para ser percibido. Pero Rhy estaba vivo. Estaba vivo. Estaba *vivo*.

Kell cayó de rodillas, pero antes de golpear el piso, ella estaba ahí… excepto que no era Lila esta vez, sino la reina. No evitó que él cayera, sino que se hundió suavemente con él. Los dedos de la reina se aferraron con fuerza a los pliegues del frente de su abrigo y Kell se preparó para escuchar las palabras, para el golpe. Se había ido. Le había fallado a su hijo. Casi había perdido a Rhy… otra vez.

Pero en vez de eso, Emira Maresh apoyó la cabeza contra su pecho desnudo y manchado de sangre y lloró.

Kell se quedó arrodillado ahí, congelado, antes de alzar sus cansados brazos y envolver cautelosamente con ellos a la reina.

—Recé —susurró ella, una y otra y otra vez, mientras él la ayudaba a ponerse de pie.

El rey estaba ahí, en ese momento, en el umbral de la puerta, sin aliento, como si hubiese corrido por toda la extensión del palacio, y Tieren estaba a su lado. Maxim avanzó con velocidad y de nuevo Kell se preparó para el ataque, pero el rey no dijo nada, solo estrechó a Kell y a Emira, a ambos, en un abrazo silencioso.

No fue algo dulce, ese abrazo. El rey se aferró a Kell como si fuera la única estructura de piedra en medio de una violenta tempestad. Se aferró con tanta fuerza que dolió, pero Kell no se apartó.

Cuando finalmente Maxim se retiró, llevándose a Emira con él, Kell fue hacia la cama de su hermano. Hacia Rhy. Llevó una mano al pecho del príncipe tan solo para sentir el latido. Y ahí estaba, firme, imposible, y como su propio corazón comenzó finalmente a desacelerarse, sintió el de Rhy otra vez detrás de sus propias costillas, acurrucado contra el suyo, un eco, aún distante, pero acercándose con cada latido.

El hermano de Kell no se veía como un hombre cerca de la muerte.

Las mejillas de Rhy estaban bien sonrojadas, el cabello se rizaba contra la frente, negro y abundante, contrastando con los almohadones aplastados y las sábanas arrugadas que hablaban de sufrimiento, de padecimiento. Kell bajó la cabeza y presionó los labios contra la frente de Rhy, deseando que se despertara e hiciera alguna broma sobre damiselas en apuros o hechizos o besos mágicos. Pero el príncipe no se movió. Sus párpados no se agitaron. Su pulso no se aceleró.

Kell apretó ligeramente el hombro de su hermano, pero aun así el príncipe no se despertó, y hubiera sacudido a Rhy de no haber sido por que Tieren le tocó la muñeca y guio su mano a un lado.

—Ten paciencia —dijo el *Aven Essen* con suavidad.

Kell tragó saliva y se dio vuelta hacia la habitación, repentinamente consciente del silencio que había pese a la presencia del rey y la reina, la creciente presencia de sacerdotes y guardias, incluidos Tieren y Hastra, este último vestido ahora en ropas

comunes. Lila se quedó atrás en el umbral de la puerta, pálida de agotamiento y alivio. Y en una esquina, estaba parado Alucard Emery, cuyos ojos enrojecidos habían pasado de tener iris de un color índigo oscuro de tormenta a un azul atardecer.

Kell no podía soportar la idea de preguntar qué había pasado, qué habían visto. Toda la habitación vestía el luto de los atormentados, los rasgos demasiado inmóviles por el *shock*. Estaba tan silencioso que Kell podía oír la música del maldito baile del ganador, que aún vibraba arriba.

Tan silencioso que pudo —por fin— escuchar la respiración de Rhy, suave y constante.

Y Kell deseaba tanto que pudieran quedarse en este momento, deseaba poder recostarse al lado del príncipe y dormir y eludir las explicaciones, las acusaciones de fracaso y traición. Pero podía ver las preguntas en sus ojos, que iban de Lila a él y asimilaban su regreso, su estado, la sangre que lo cubría.

Kell tragó saliva y comenzó a hablar.

XI

La frontera entre los mundos cedió como seda bajo una hoja afilada.

Osaron no encontró resistencia, nada excepto una sombra y un paso, un momento de vacío —el hueco estrecho entre el fin de un mundo y el comienzo del otro— antes de que la bota de Holland —*su* bota— volviera a encontrar tierra firme.

El camino entre su Londres y el de Holland había sido difícil, con hechizos antiguos pero fuertes y las puertas cerradas con herrumbre. Pero como en el metal viejo, había debilidades, grietas, en aquellos años de preguntas desde su trono, Osaron las había encontrado.

Ese portal había presentado resistencia, pero este cedió.

Dio a algo maravilloso.

El castillo ya no estaba, el frío era menos crispante y donde mirara, estaba el pulso de la magia. Se extendía en las líneas frente a sus ojos, se elevaba desde el mundo como vapor.

Tanto poder.

Tanto *potencial*.

Osaron estaba parado en medio de la calle y sonreía.

Este era un mundo que valía la pena moldear.

Un mundo que veneraba la magia.

Y que lo veneraría a *él*.

La brisa traía música, tan tenue como las campanadas lejanas, y todo era luz y vida. Incluso las sombras más oscuras eran charcos superficiales en comparación con su mundo, con el de Holland. El aire estaba vivo con el aroma de las flores y el vino de invierno, la vibración de la energía, el estimulante pulso del poder.

La moneda pendía de los dedos de Osaron y él la arrojó, atraído por la luz radiante en el centro de la ciudad. Con cada paso, se sentía más fuerte, la magia inundaba sus pulmones, su sangre. Un río resplandecía rojo a la distancia, con un pulso tan fuerte, tan vital, mientras que la voz de Holland era un latido agonizante en su cabeza.

—*As Anasae* —susurraba una y otra vez, tratando de desvanecer a Osaron, como si fuera un maleficio común y corriente.

«Holland», lo regañó. «No soy un hechizo que puedas deshacer».

Había una tabla de adivinación colgada cerca de él y sus dedos la acariciaron, engancharon los hilos de magia y el encantamiento tembló y se transformó, las

palabras cambiaron a la marca *antari* para oscuridad. Para sombra. Para él.

A medida que Osaron pasaba al lado de una farola tras otra farola, los fuegos estallaban, rompiendo los vidrios, y se derramaban hacia la noche, mientras la calle bajo sus pies se volvía lisa y negra, una oscuridad que se extendía como hielo. Los hechizos se desataban a su alrededor, los elementos mutaban de uno a otro al inclinarse el espectro, fuego en aire, aire en agua, agua en tierra, tierra en piedra, piedra en magia magia *magia*…

Un grito surgió detrás de él, junto al repiqueteo de los cascos de un carruaje que se acercaba. El hombre que llevaba las riendas le escupió un lenguaje que él nunca había escuchado, pero las palabras estaban enredadas entre sí igual que los hechizos, y las letras se desataron y se volvieron a atar en la cabeza de Osaron, tomando una forma que él conocía.

—¡Sal del camino, tonto!

Los ojos de Osaron se entornaron y él se estiró para tomar las riendas del caballo.

—*No soy ningún tonto* —dijo—. *Soy un dios*. —Sujetó con más fuerzas las correas de cuero—. *Y los dioses deben ser venerados*.

Una sombra se extendió por las riendas tan rápido como la luz. Se cerró alrededor de las manos del conductor, y el hombre resolló cuando la magia de Osaron se deslizó bajo su piel, se adentró en sus venas y envolvió músculo y hueso y corazón.

El conductor no luchó contra la magia, y si lo hizo, fue una batalla perdida con rapidez. Pegó medio salto, cayó a medias del asiento del carruaje para quedar arrodillado a los pies del rey sombra y cuando levantó la vista, Osaron vio el eco de humo de su verdadera forma revolviéndose en los ojos del hombre.

Osaron lo observó; los hilos de poder que corrían bajo su propio comando eran apagados, débiles.

«Entonces», pensó, «este mundo es fuerte, pero no todos los que están en él lo son».

Les encontraría un uso a los débiles. O se desharía de ellos. Eran leña menuda, seca pero delgada, de encendido veloz, pero no lo suficiente para mantenerlo ardiendo.

—*Párate* —ordenó, y cuando el hombre gateó para ponerse de pie, Osaron estiró el brazo y envolvió la garganta del conductor con los dedos, sin apretar demasiado, curioso por ver qué pasaría si vertía más de sí adentro de un cascarón tan modesto. Preguntándose cuánto podría contener.

Apretó los dedos y las venas debajo de ellos se inflamaron y se volvieron negras y se rompieron a lo largo de la piel del hombre. Cientos de fisuras minúsculas brillaron cuando el hombre comenzó a *arder* con magia, su boca abierta en un grito eufórico y silencioso. Se le despegó la piel y su cuerpo parpadeó rojo como una brasa y luego negro, antes de *desmoronarse* finalmente.

Osaron dejó caer la mano y la ceniza voló por el aire nocturno.

Estaba tan metido en el momento que casi no notó que Holland otra vez intentaba resurgir, trepar por el hueco de su atención.

Osaron cerró los ojos, llevando su atención hacia adentro.

«Te estás volviendo desagradable».

Envolvió los hilos de la mente de Holland con los dedos y tiró hasta que, en lo profundo de su cabeza, el *antari* dejó salir un grito gutural. Hasta que la resistencia —*y el ruido*— finalmente se desmoronaron como el conductor en la calle, como cada cosa mortal que intentaba interponerse en el camino de un dios.

En el silencio subsiguiente, Osaron volvió la atención a la belleza de su nuevo reino. Las calles, llenas de vida. El cielo, lleno de estrellas. El palacio, lleno de luz. Osaron se maravilló ante esto último, porque no era un castillo de piedra de poca altura como en el mundo de Holland, sino una estructura de arcos hecha de cristal y oro que parecía atravesar el cielo, un lugar realmente adecuado para un rey.

El resto del mundo pareció borronearse alrededor de la deslumbrante punta de ese palacio mientras él avanzaba por las calles. El río apareció a la vista, un rojo vibrante, y el aire se le atoró en el pecho.

Hermoso. Desaprovechado.

«Podríamos ser tanto más».

Un mercado ardía en tonos rojos y dorados a lo largo de la orilla del río y, más adelante, las escaleras del palacio estaban cubiertas de *bouquets* de flores espolvoreadas con escarcha. Cuando sus botas golpearon el primer escalón, una fila de flores perdió su lustre de hielo y volvió a brillar con colores vívidos.

Había estado conteniéndose demasiado tiempo.

Demasiado tiempo.

Con cada paso, el color se extendía. Las flores se volvieron silvestres, brotaron los pimpollos y los tallos brillaron con espinas, todo se derramaba hacia abajo por las escaleras como alfombras verdes y doradas, blancas y rojas.

Y todo crecía —él crecía— en este mundo extraño, suculento, tan maduro y listo para ser tomado.

Oh, haría cosas tan maravillosas.

En su estela, las flores cambiaban una y otra y otra vez, los pétalos ora se convertían en hielo, ora en piedra. Un derroche de color, un caos de forma, hasta que finalmente, derrotadas por su propia transformación eufórica, se volvieron negras y pulidas como el vidrio.

Osaron llegó a la cima de las escaleras y quedó cara a cara con un tropel de hombres que lo esperaban antes de las puertas. Le estaban hablando y por un momento él simplemente se quedó parado y dejó que las palabras se desparramaran enredadas en el aire, tan solo sonidos torpes que se amontonaban en su noche perfecta. Entonces suspiró y les dio forma.

—Dije que se *detenga* —le estaba advirtiendo uno de los guardias.

—No se acerque más —ordenó un segundo centinela, mientras sacaba una espada cuyo filo resplandecía con encantamientos. Para debilitar la magia. Osaron casi sonríe, aunque el gesto aún se sentía rígido en el rostro de Holland.

Solo había una palabra para *detener* en su lengua —*anasae*— e incluso apenas era para deshacer, disipar. Una palabra para acabar la magia, pero tantas para hacerla *crecer, extender, cambiar*.

Osaron alzó una mano, un gesto relajado, el poder corrió en espiral alrededor de sus dedos y hacia esos hombres en caparazones de metal fino, donde…

Una explosión desgarró el cielo sobre ellos.

Osaron estiró el cuello y vio, sobre la cima del palacio, una esfera de luz de color. Y luego otra y otra, en una ráfaga de rojo y dorado. Le llegaron hurras con el viento y sintió el compás reverberante de los cuerpos que había en lo alto.

Vida.

Poder.

—Deténgase —dijeron los hombres en su lenguaje torpe.

Pero Osaron apenas estaba comenzando.

El aire se arremolinó a sus pies y él se elevó en la noche.

Dos

Ciudad en sombras

I

Kisimyr Vasrin estaba un poco ebria.

No de una forma desagradable, sino lo suficiente como para que se nublaran los bordes del baile del ganador, se suavizaran los rostros en la azotea y el cotorreo sin sentido se enturbiara en algo más agradable. Aún podía sostenerse a sí misma en una pelea —así es como lo juzgaba, no por cuántas copas había vaciado, sino cuán rápido podía convertir el contenido de su vaso en un arma—. Inclinó la copa, vertió el vino en una recta y observó cómo se congelaba con forma de cuchillo antes de aterrizar en su otra mano.

«Bien», pensó, recostándose sobre los almohadones. «Sigo bien».

—Estás taciturna —dijo Losen desde algún lugar detrás del sillón.

—Tonterías —dijo arrastrando las palabras—. Estoy celebrando. —Inclinó la cabeza hacia atrás para mirar a su protegido y agregó con amargura—: ¿No lo ves?

El joven soltó una risita, con los ojos encendidos.

—Como quieras, *mas arna*.

Arna. Por los Santos, ¿cuándo se había vuelto lo bastante vieja como para ser llamada señora? Ni siquiera llegaba a treinta. Losen se fue a bailar con una noble bastante joven y Kisimyr vació su copa y se acomodó hacia atrás para mirar, haciendo tintinear las borlas de oro que llevaba en las sogas de su cabello.

La azotea era un lugar bastante lindo para una fiesta —columnas que se elevaban como agujas contra el cielo nocturno, esferas de fuego de hogar que calentaban el aire frío de finales de invierno y los pisos de mármol tan blancos que brillaban como nubes iluminadas por la luna—, pero Kisimyr siempre había preferido la palestra. Al menos en una pelea sabía cómo actuar, sabía el objetivo del ejercicio. Aquí, en sociedad, se suponía que debía sonreír y hacer reverencias e, incluso peor, *socializar*. Kisimyr odiaba socializar. No era *vestra* ni *ostra*, solo de un linaje anticuado de Londres, carne y hueso y un buen favor de la magia. Un buen favor afilado en algo mejor.

Alrededor de ella, los otros magos bebían y bailaban, sus máscaras montadas como broches en los hombros o usadas como capuchas, arrojadas hacia atrás sobre el cabello. Las que no tenían rostro se registraban como adornos, mientras que las que tenían más rasgos lanzaban expresiones inquietantes sobre la parte de atrás de la cabeza y de las capas. Su propia máscara felina estaba apoyada al lado suyo en el sillón, abollada y chamuscada después de tantas peleas en el *ring*.

Kisimyr no estaba de humor para una fiesta. Sabía cómo simular elegancia, pero por dentro aún estaba furiosa por la final. Había sido cerrada, y al menos podía decir eso.

Pero de todas las personas contra las que podía perder, tuvo que ser ese odioso niñito noble de Alucard Emery.

¿Dónde estaba el bastardo, de todos modos? No había rastros de él. Ni del rey o de la reina, de hecho. Ni del príncipe. Ni de su hermano. Raro. El príncipe y la princesa veskanos estaban ahí, rondando como en busca de una presa, mientras que el regente faronés tenía su pequeña corte contra una columna, pero la familia real arnesiana no estaba por ninguna parte.

Sintió un cosquilleo de alarma en la piel, tal como lo sentía el instante previo a que un rival atacara en el *ring*. Algo estaba mal.

¿No es cierto?

Por los Santos, no sabía.

Un sirviente de rojo y dorado le pasó al lado y ella arrancó otra bebida de la bandeja, vino especiado que le acarició la nariz y le calentó los dedos antes de llegar a su lengua.

Diez minutos más, se dijo a sí misma, y podría irse.

Ella era, después de todo, una campeona, incluso a pesar de no haber ganado este año.

—¿Señora Kisimyr?

Levantó la vista hacia el joven *vestra*, hermoso y bronceado, con los párpados pintados de dorado para combinar con su faja. Ella lanzó una mirada en busca de Losen y, como era de esperar, su protegido estaba mirando, viéndose tan arrogante como un gato joven que ofrece un ratón.

—Soy Viken Rosec… —comenzó a decir el joven.

—Y yo no estoy de humor para bailar —lo interrumpió ella.

—Quizá, entonces —dijo él con falsa modestia—, podría hacerte compañía aquí.

No esperó a que le dieran permiso —ella pudo sentir que el sofá se hundía al lado suyo—, pero la atención de Kisimyr ya se había ido más allá de él, a la figura parada en el borde de la azotea. En un momento, ese espacio estaba vacío, oscuro, y al siguiente, cuando el último fuego artificial encendió el cielo, ahí estaba él. Desde aquí, el hombre no era nada más que una silueta contra la noche oscura, pero la forma en que miraba todo —como si observara la azotea por primera vez— la puso en alerta. No era un noble ni un mago del torneo y no pertenecía a ninguno de los séquitos que ella había visto a lo largo del *Essen Tasch*.

Con la curiosidad avivada, se levantó del sillón, dejando su máscara en los almohadones al lado de Viken, mientras el extraño avanzaba entre dos columnas y revelaba una piel clara como la de un veskano, pero el cabello más negro que el suyo. Una media capa azul medianoche le caía desde los hombros, y sobre la cabeza, donde debería haber una máscara de mago, había una corona de plata.

¿Un miembro de la realeza?

Pero no lo había visto antes. Tampoco había percibido este particular aroma de poder antes. La magia emanaba de él en ondas con cada paso que daba, humo de madera y cenizas y tierra recién batida, en oposición a las notas florales que llenaban la azotea alrededor de ellos.

Kisimyr no fue la única en notarlo.

Uno por uno, los rostros de quienes estaban en el baile se giraron hacia esa esquina.

La cabeza del propio extraño estaba ligeramente inclinada, como observando el piso de mármol bajo sus botas negras pulidas. Pasó al lado de una mesa sobre la que alguien había dejado un casco y pasó un dedo a lo largo del metal, casi distraído. Al hacerlo, se hizo cenizas y se derrumbó… no, no eran cenizas, sino arena, miles de brillantes granitos de vidrio.

Una brisa fría los barrió.

El corazón de Kisimyr se aceleró.

Sin pensarlo, sus propios pies la llevaron hacia adelante, igualando cada paso del extraño, que cruzaba la terraza, hasta que ambos estuvieron parados en extremos opuestos del amplio círculo pulido usado para bailar.

La música se detuvo abruptamente, fracturada en acordes malformados, y luego silencio, cuando la extraña figura caminó al centro de la pista.

—*Buenas noches* —dijo el extraño.

Al hablar, levantó la cabeza y su cabello negro se corrió para revelar dos ojos completamente negros, con sombras que se revolvían en sus profundidades.

Aquellos lo suficientemente cerca como para encontrar su mirada se tensionaron y retrocedieron. Aquellos que estaban más lejos debieron haber sentido una oleada de inquietud, porque también ellos comenzaron a apartarse.

Los faroneses observaban, sus gemas danzantes en sus rostros oscurecidos, mientras intentaban comprender si se trataba de algún tipo de espectáculo. Los veskanos estaban petrificados, esperando que el extraño sacara un arma. Pero los arnesianos se agitaron. Dos guardias se escabulleron para enviar un mensaje de alerta al palacio debajo.

Kisimyr se quedó en su lugar.

—*Espero no haber interrumpido* —continuó con una voz que se volvía dos (una suave, la otra resonante; una dispersa en el aire como aquella pila de arena, la otra clara como el cristal, en su cabeza).

Sus ojos negros registraron toda la azotea.

—¿Dónde está su rey?

La pregunta resonó por el cráneo de Kisimyr y cuando intentó correr su presencia a la fuerza, la atención del extraño voló hacia ella y aterrizó como una piedra.

—*Fuerte* —reflexionó—. *Todo es fuerte aquí.*

—¿Quién eres? —preguntó Kisimyr, cuya voz sonó débil a comparación con la de él.

El hombre pareció sopesar esto un momento y luego dijo:

—*Su nuevo rey*.

Esto se propagó como una ola por la muchedumbre.

Kisimyr estiró una mano y la jarra de vino más cercana se vació, su contenido viajó a sus dedos y se endureció en una lanza de hielo.

—¿Es una amenaza? —dijo ella, intentando concentrarse en las manos del sujeto en vez de en esos inquietantes ojos negros, esa voz resonante—. Soy una alta maga de Arnes. Campeona del *Essen Tasch*. Llevo el estandarte privilegiado de la Casa Maresh. Y no permitiré que lastimes a mi rey.

El extraño ladeó la cabeza, entretenido.

—*Eres fuerte, maga* —dijo, extendiendo los brazos como si le diera un abrazo de bienvenida. Su sonrisa se amplió—. *Pero no eres lo suficientemente fuerte para detenerme*.

Kisimyr hizo girar su lanza una vez, casi como con pereza, y luego arremetió.

Hizo dos pasos cuando el piso de mármol chapoteó bajo sus pies, de piedra un instante y agua el siguiente, y luego, antes de que ella pudiera llegar hasta él, piedra otra vez. Kisimyr aspiró aire, su cuerpo se estremeció inmóvil cuando la piedra se endureció alrededor de sus tobillos.

Losen comenzaba a avanzar hacia ella, pero Kisimyr alzó una mano sin quitarle los ojos al extraño.

No era posible.

El hombre ni siquiera se había movido. No había tocado la piedra ni había dicho nada para cambiar su forma. Simplemente la había manipulado con su voluntad para que saliera de una forma y pasara a otra, como si no fuese nada.

—*No* es *nada* —dijo él, las palabras llenaron el aire y se escabulleron adentro de la cabeza de ella—. *Mi voluntad es la magia. Y la magia es mi voluntad*.

La piedra comenzó a trepar por sus pantorrillas mientras él continuaba avanzando, cruzando hacia ella con pasos largos, lentos.

Detrás de él, Jinnar y Brost se movieron para atacar. Llegaron al borde del círculo cuando él los lanzó hacia atrás con un movimiento rápido de la muñeca. Sus cuerpos chocaron con tanta fuerza contra las columnas que ninguno se levantó.

Kisimyr gruñó e invocó otra faceta de su poder. El mármol rugió a sus pies. Se agrietó y astilló y aun así el extraño fue hacia ella. Para cuando se liberó, él estaba ahí, lo bastante cerca como para besarla. Ella no sintió los dedos hasta que estuvieron alrededor de sus muñecas. Bajó la vista, pasmada ante el contacto, que era ligero como una pluma y sólido como piedra a la vez.

—*Fuerte* —dijo otra vez, pensativo—. ¿Pero eres tan fuerte como para contenerme?

Algo se cruzó entre ellos, piel a piel, y luego más profundo, se extendió por sus brazos y por su sangre, extraño y hermoso, como luz, como miel en sus venas, dulce y cálido y…

No.

Se tiró hacia atrás, tratando de alejar la magia, pero los dedos del extraño solo se apretaron más y, de repente, el calor placentero se convirtió en ardor, la luz se volvió fuego. Se le calentaron los huesos, la piel se le agrietó, cada centímetro de su cuerpo en llamas, y Kisimyr comenzó a gritar.

II

Kell les contó todo.

O, al menos, todo lo que era necesario que supieran. No dijo que se había ido con Ojka por su propia voluntad, aún furioso por su encarcelamiento y su pelea con el rey. No dijo que había condenado la vida del príncipe y la suya por no aceptar los términos de la criatura. Y no dijo que, en un momento, se había dado por vencido. Pero sí le contó al rey y a la reina sobre Lila y cómo ella le había salvado la vida —a él y a Rhy— y lo había traído a casa. Les contó que Holland había sobrevivido y sobre el poder de Osaron, el collar de metal hechizado y el *souvenir* del Londres Rojo en manos del demonio.

—¿Dónde está este monstruo ahora? —preguntó el rey.

Kell se encogió de hombros.

—No lo sé. —Necesitaba contar más cosas, advertirles de la fuerza de Osaron, pero todo lo que logró agregar fue—: Prometo, Su Majestad, que lo encontraré. —Su furia no rugió (estaba demasiado cansado para eso), pero ardió con frialdad en sus venas—. Y lo mataré.

—Te quedarás aquí —dijo el rey, señalando la cama del príncipe—, al menos hasta que Rhy despierte.

Kell comenzó a protestar, pero la mano de Tieren se apoyó otra vez en su hombro y él sintió que tambaleaba bajo la influencia del sacerdote. Se dejó caer en una silla al lado de la cama de su hermano mientras el rey se iba a llamar a sus guardias.

Más allá de las ventanas, comenzaron a estallar los fuegos artificiales, una lluvia roja y dorada.

Hastra, que no había sacado la vista del príncipe dormido, estaba parado contra una pared cercana, susurrando suavemente. Sus rizos marrones tenían un toque dorado bajo la luz de la lámpara, y él hacía girar algo uno y otra vez con los dedos. Una moneda. Y al principio, Kell pensó que las palabras eran algún hechizo para la calma, al recordar que Hastra había sido destinado al Santuario una vez, aunque pronto registró que las palabras eran simple arnesiano. Era una especie de oración, pero sorprendentemente estaba pidiendo perdón.

—¿Qué sucede? —preguntó Kell.

Hastra se sonrojó.

—Es mi culpa que ella lo encontrara —susurró su antiguo guardia—. Es mi culpa que lo llevara.

«Ella». Hastra se refería a Ojka.

Kell se frotó los ojos.

—No lo es —dijo, pero el joven tan solo negó con la cabeza, testarudo, y Kell no pudo soportar la culpa en sus ojos, que eran casi un espejo de los suyos. Entonces miró a Tieren, quien ahora estaba parado al lado de Lila, cuyo mentón el sacerdote sostenía con una mano para alzarle la cabeza y observar el daño en su ojo sin siquiera un atisbo de sorpresa en la mirada.

Alucard Emery aún espiaba, medio en penumbras, en la esquina detrás de la cama real, su mirada fija no en Kell ni en el resto de la habitación, sino en el subibaja del pecho de Rhy. Kell conocía el don del capitán, su habilidad para ver los hilos de magia. Ahora Alucard estaba parado perfectamente inmóvil, solo sus ojos seguían algún invisible espectro que se entretejía alrededor del príncipe.

—Dale tiempo —murmuró el capitán, respondiendo una pregunta que Kell aún no había hecho. Kell respiró hondo, con la idea de decir algo civilizado, pero la atención de Alucard se disparó repentinamente a las puertas del balcón.

—¿Qué pasa? —preguntó Kell cuando el hombre se separó de la pared para mirar la noche teñida de rojo.

—Creí haber visto algo.

Kell se tensionó.

—¿Ver qué?

Alucard no respondió. Pasó la mano a lo largo del vidrio para quitar el vapor. Después de un momento, sacudió la cabeza.

—Debe haber sido una ilusión por el…

Un grito lo interrumpió.

No en la habitación, ni siquiera en el palacio, sino arriba.

En la azotea. El baile del ganador.

Kell estaba de pie antes de saber si podía pararse. Lila, siempre más rápida, ya tenía el cuchillo en la mano, aunque nadie se había ocupado de sus heridas.

—¿Osaron? —preguntó mientras Kell salía disparado hacia la puerta.

Alucard ya lo estaba siguiendo, pero Kell se dio vuelta y lo obligó a retroceder de un solo y violento empujón.

—No. Tú no.

—No puedes pretender que me quede…

—Pretendo que cuides al príncipe.

—Pensé que ese era tu trabajo —gruñó Alucard.

El golpe dio en el blanco, pero aun así Kell le bloqueó el paso al capitán.

—Si vas a la azotea, morirás.

—¿Y tú no? —lo desafió.

Tras los ojos de Kell, estalló una imagen, la oscuridad que se arremolinaba en los ojos de Holland. La vibración de poder. El horror de la horca hechizada ajustada en su cuello. Kell tragó.

—Si no voy, *todos* morirán.

Miró a la reina, quien abrió y cerró la boca varias veces, como buscando una orden, una protesta, pero finalmente, solo dijo:

—Ve.

Lila no se había quedado a esperar que le dieran permiso.

Estaba a mitad de camino por las escaleras cuando él la alcanzó, y no lo hubiese hecho si no fuera porque ella tenía herida la pierna.

—¿Cómo llegó hasta ahí arriba? —murmuró Kell.

—¿Cómo salió del Londres Negro? —argumentó Lila—. ¿Cómo paralizó tu poder? ¿Cómo…?

—Está bien —refunfuñó Kell—, ya entendí.

—Para que quede claro —dijo Lila—, no me importa si Holland sigue ahí dentro. Si tengo la oportunidad, no le voy a perdonar la vida.

Kell tragó.

—Concuerdo.

Cuando llegaron a las puertas de la azotea, Lila lo tomó del cuello del abrigo y acercó su rostro al de ella. Clavó los ojos, uno liso, otro fracturado en sombras y luz, en los de Kell. Detrás de las puertas, el grito había cesado.

—¿Eres suficientemente fuerte para ganar? —preguntó.

¿Lo era? No se trataba de un mago de torneo. Ni siquiera era una astilla de magia como Vitari. Osaron había destruido un mundo entero. Cambiado otro a su antojo.

—No lo sé —dijo con honestidad.

Lila le mostró un atisbo de sonrisa, afilada como vidrio.

—Bien —respondió ella, abriendo la puerta de un empujón—. Solo un tonto tendría certeza.



Kell no sabía qué esperaba encontrar en la azotea.

Sangre. Cuerpos. Una versión retorcida del bosque de piedra que tiempo atrás se extendía a los pies del castillo del Londres Blanco con cadáveres petrificados.

En vez de eso, lo que vio fue una multitud atrapada entre la confusión y el terror y, en el centro, el rey sombra. Kell sintió que la sangre le abandonaba el rostro, reemplazada por un odio gélido hacia la figura en el centro de la azotea —el monstruo en la piel de Holland—, que giraba en un lento círculo, observando a su público. Rodeado de los magos más poderosos del mundo y sin temor alguno en esos ojos negros. Solo diversión, y el borde filoso del deseo enredado en esta. Parado ahí, en el centro del círculo de mármol, Osaron parecía el centro del mundo. Inamovible. Invencible.

La escena cambió y Kell vio a Kisimyr Vasrin tirada en el piso a los pies de Osaron. O lo que quedaba de ella. Una de los magos más fuertes de Arnes, reducida a un cadáver negro y chamuscado, los aros de metal en su pelo ahora fundidos, puntos de luz líquida.

—*¿Alguien más?* —preguntó Osaron con esa distorsión perversa de la voz de Holland, sedosa y aberrante y, de alguna manera, en todas partes al mismo tiempo.

El príncipe y la princesa veskanos se agacharon detrás de sus hechiceros, un par de niños asustados, refugiados en verde y plateado. Lord Sol-in-Ar, pese a su falta de magia, no retrocedió, aunque se podía ver a su séquito faronés llamándolo desde atrás de una columna. El resto de los magos se juntó en el borde de la plataforma de mármol, con sus elementos invocados —llamas que se revolvían alrededor de los dedos, fragmentos de hielo blandidos como cuchillos—, pero nadie atacó. Eran luchadores de torneo, acostumbrados a desfilar por el *ring*, donde lo máximo que estaba en riesgo era el orgullo.

¿Qué le había dicho Holland a Kell, hacía tantos meses atrás?

«¿Sabes qué es lo que te hace débil?

»Nunca tuviste que ser fuerte.

»Y definitivamente, nunca tuviste que pelear por tu vida».

Ahora Kell veía ese defecto en estos hombres y mujeres, cuyos rostros desnudos estaban pálidos de miedo.

Lila le tocó el brazo, tenía un cuchillo listo en la otra mano. Ninguno habló, pero no necesitaban hacerlo. En los bailes de la realeza y los torneos, estaban en desigualdad, incómodos, pero se entendían aquí y ahora, rodeados de peligro y muerte.

Kell asintió con la cabeza y, sin decir palabra, Lila se escabulló con su sutileza de ladrona entre las sombras de los bordes de la azotea.

—*¿Nadie?* —se regodeó el rey sombra.

Apoyó una bota sobre los restos de Kisimyr y estos cedieron como ceniza bajo su pisada.

—*Para ser tan fuertes, se rinden demasiado rápido*.

Kell respiró hondo una sola vez y se obligó a avanzar fuera del refugio al borde del círculo y hacia la luz. Cuando Osaron lo vio, de hecho sonrió.

—*Kell* —dijo el monstruo—, *tu resiliencia me sorprende. ¿Has venido a arrodillarte ante mí? ¿Has venido a rogar?*

—He venido a luchar.

Osaron ladeó la cabeza.

—*La última vez que nos vimos, te dejé sumido en gritos*.

A Kell le temblaron las extremidades, pero no de miedo, sino de furia.

—La última vez que nos vimos, estaba encadenado. —El aire alrededor de él zumbó de poder—. Ahora estoy libre.

La sonrisa de Osaron se agrandó.

—Pero he visto tu corazón y está atado.

Las manos de Kell se cerraron en puños. El mármol bajo sus pies se agitó y comenzó a astillarse. Osaron movió la muñeca en un gesto rápido y la noche cayó estrepitosamente sobre Kell. Le quitó el aire de los pulmones y lo forzó a ponerse de rodillas. Necesitó toda la fuerza que tenía para mantenerse erguido bajo el peso y después de un horrible instante, se dio cuenta de que no era aire lo que forcejeaba contra él; la voluntad de Osaron se empujaba contra sus mismísimos huesos. Kell era un *antari*. Nadie jamás había conseguido forzar su propio cuerpo contra sí mismo. Ahora sus articulaciones se machacaban unas contra otras, sus extremidades amenazaban con quebrarse.

—Te arrodillarás ante tu rey.

—No.

Kell volvió a intentar llamar al piso de mármol y la piedra tembló cuando las voluntades chocaron una contra otra. Mantuvo los pies firmes, pero se dio cuenta por la expresión de aburrimiento en el rostro del otro *antari* que el rey sombra estaba jugando con él.

—Holland —gruñó Kell, intentando dominar el horror—. Si estás ahí dentro, lucha. Por favor, lucha.

Una mirada amarga cruzó el rostro de Osaron y entonces algo hizo un estruendo detrás de Kell, armaduras contra madera, al irrumpir más guardias, con Maxim en el centro, en la azotea.

La voz del rey atravesó la noche como un rugido y Kell aspiró una bocanada de aire, repentinamente libre del peso de la voluntad de la criatura. Dio un paso trastabillando, ya había desenfundado su cuchillo y obtenido sangre y gotas rojas caían a la piedra clara.

—¿Cómo te atreves a proclamarte el rey?

—Tengo más derecho que tú.

Otro ademán rápido de esos largos dedos, y la corona del rey navegó desde la cabeza de este… o lo hubiera hecho si Maxim no la hubiese agarrado en el aire con una velocidad aterradora. Los ojos del rey ardieron, como derretidos, al aplastar la corona con sus manos y blandirla tras convertirla en espada. Un gesto fluido que hablaba de días pasados, cuando Maxim Maresh había sido el «príncipe del acero» en vez del rey dorado.

—Ríndete, demonio —ordenó—, o caerás.

A sus espaldas, los guardias reales alzaron sus espadas, con el encantamiento grabado a lo largo de sus filos. La imagen del rey y sus soldados pareció sacar a los otros magos de su estupor. Algunos comenzaron a retroceder, escoltando a sus propios nobles afuera de la azotea o simplemente huyendo, mientras unos pocos eran lo bastante valientes como para avanzar. Pero Kell sabía que no eran rivales. Ni los guardias, ni los magos, ni siquiera el rey.

Pero la aparición del rey le había dado algo a Kell.

Una ventaja.

Con la atención de Osaron aún en Maxim, Kell se dejó caer en cuclillas. Su sangre se había extendido por las fracturas quebradizas a lo largo del piso de piedra, delgadas líneas rojas que llegaban a la bota del monstruo y la envolvían.

—*As Anasae* —ordenó. *Disipar*. Las palabras habían sido suficientes, alguna vez, para eliminar a Vitari del mundo. Ahora no hicieron nada. Osaron le lanzó una mirada de lástima, en sus ojos negro carbón se retorcían sombras.

Kell no retrocedió. Extendió las manos con esfuerzo.

—*As Steno* —ordenó, y el piso de mármol se quebró en cientos de astillas que se alzaron y se dispararon contra el rey sombra. La primera llegó a destino y se enterró en la pierna de Osaron, y las esperanzas de Kell aumentaron, antes de darse cuenta de su error.

Él no había atacado para matar.

Esa primera piedra afilada fue la única en dar en el blanco. Con nada más que una mirada, el resto de las astillas flaquearon, se desaceleraron, se detuvieron. Kell empujó con toda su fuerza, pero una cosa era usar su voluntad en su propio cuerpo y otra manejar a voluntad cien filos improvisados. Y Osaron pronto ganó y giró los fragmentos de piedra hacia afuera, como los rayos de una rueda, los contornos cegadores de un sol.

Las manos de Osaron se movieron perezosamente hacia arriba y las astillas temblaron, como flechas en cuerdas tensas, pero antes de que pudiera soltarlas contra los guardias y el rey y los magos en la azotea, algo pasó por él.

Un estremecimiento. Un escalofrío.

Las sombras en sus ojos se pusieron verdes.

En algún lugar profundo dentro de su cuerpo, Holland luchaba.

Los fragmentos de piedra cayeron al piso mientras Osaron estaba congelado, toda su atención enfocada hacia dentro.

Maxim vio la oportunidad e hizo una señal.

Los guardias reales atacaron, una docena de hombres abalanzándose hacia un dios distraído.

Y por un instante, Kell pensó que sería suficiente.

Por un instante…

Pero entonces Osaron alzó la vista, con ojos negros y una sonrisa desafiante. Y los dejó acercarse.

—¡Esperen! —gritó Kell, aunque era demasiado tarde.

El instante previo a que los guardias cayeran contra el rey sombra, el monstruo abandonó su caparazón. La oscuridad manó del cuerpo robado de Holland, tan densa y oscura como el humo.

El *antari* colapsó y la sombra que era Osaron se movió, serpentina, a lo largo de la azotea. A la caza de otra forma.

Kell giró, buscando a Lila, pero no la podía ver a través de la multitud, el humo.

Y entonces, de pronto, la oscuridad se volvió hacia él.

«No», pensó Kell, quien ya había rechazado al monstruo una vez. No podía concebir la idea de otro collar. El horror gélido de un latido que se detuvo en su corazón.

La oscuridad se disparó hacia él, y Kell dio un paso involuntario hacia atrás, preparándose para un ataque que nunca llegó. La sombra le acarició los dedos ensangrentados y se apartó, no repelida sino como considerando algo.

La oscuridad se rio —un sonido enfermizo— y comenzó a concentrarse sobre sí misma, a confluir en una columna y luego en un hombre. No de carne y hueso, sino de capas de sombra, tan densa que parecía piedra líquida, con algunos contornos nítidos y otros borrosos. Había una corona sobre la cabeza de la figura, con una docena de agujas que se proyectaban hacia arriba como cuernos, sus puntas disipadas en el humo.

El rey sombra en su verdadera forma.

Osaron respiró hondo, la oscuridad fundida en su centro resplandeció como brasas, y el calor se propagó en el aire a su alrededor. Y sin embargo, parecía sólido como una piedra. Mientras Osaron observaba sus manos, cuyos dedos se afilaban en puntas, más que en yemas, su boca se estiró en una sonrisa cruel.

—*Hacía demasiado tiempo que no tenía la fuerza suficiente para sostener mi propia forma*.

Su mano se disparó a la garganta de Kell, pero mientras avanzaba silbante por el aire, fue detenida en seco. El cuchillo de Lila le dio a Osaron en el costado de la cabeza, aunque el filo no se asentó; la atravesó directamente.

Entonces no era real, no era *corpóreo*. Aún no.

Osaron le echó un vistazo a Lila, quien ya estaba sacando otra cuchilla. Ella se detuvo de golpe bajo esa mirada, su cuerpo claramente forcejeaba contra su agarre. Kell aprovechó la oportunidad una vez más y presionó su mano manchada de sangre contra el pecho de la criatura. Pero la forma se volvió humo alrededor de los dedos de Kell, retrocediendo a su magia, y Osaron se retorció de nuevo hacia él, con fastidio grabado en sus rasgos de piedra. Libre otra vez, Lila llegó hasta él con la espada corta de un guardia en una mano y la blandió para trazar un arco feroz que talló hacia abajo y a lo largo del cuerpo de sombra, de hombro a cadera.

Osaron se partió alrededor de la hoja afilada y luego simplemente se *disolvió*.

Ahí un momento y al siguiente, no.

Kell y Lila se quedaron mirándose, sin aliento, estupefactos.

Los guardias levantaban bruscamente a un Holland inconsciente, al que le bamboleaba la cabeza, para ponerlo de pie, mientras el resto de los hombres y mujeres en la azotea estaba parados como hipnotizados, aunque podía ser simplemente *shock*, horror, confusión.

Kell encontró los ojos del rey Maxim a través de la terraza.

—*Tienen tanto que aprender*.

Se dio vuelta hacia el sonido y encontró a Osaron reformado y parado, no en el centro destruido de la azotea, sino sobre la baranda de los bordes, como si el lomo de metal fuera piso sólido. Su capa ondeaba con la brisa. Un espectro de hombre. La sombra de un monstruo.

—*No se mata a un dios* —dijo—. *Se lo venera*.

Sus ojos negros bailaban con oscuro regocijo.

—*No se preocupen. Yo les enseñaré cómo. Y con el tiempo…*

Osaron extendió los abrazos.

—*Haré que este mundo sea digno de mí*.

Kell se dio cuenta demasiado tarde de lo que estaba por suceder.

Comenzó a correr cuando Osaron se inclinaba hacia atrás fuera de la baranda y caía.

Kell corrió y llegó ahí justo a tiempo para ver al rey sombra golpear el agua del Isle, abajo a lo lejos. Su cuerpo se estrelló sin salpicar y al quebrar la superficie y hundirse, comenzó a extenderse como tinta derramada a través de la corriente. Lila se presionó contra Kell, esforzándose por ver. Subían gritos por la azotea, pero ellos dos se quedaron parados mirando horrorizados en silencio cómo la nube de oscuridad crecía y crecía y crecía, expandiéndose hasta que el rojo del río se volvió negro.

III

Alucard caminaba de un lado a otro por la habitación del príncipe, esperando noticias.

No había sabido más nada desde aquel único alarido, los primeros gritos de los guardias en el pasillo, los pasos desde arriba.

Las cortinas y doseles exuberantes de Rhy, sus lujosas alfombras y almohadones, todo creaba un aislamiento horrible, bloqueaba el mundo más allá de la habitación y cubría todo en un silencio opresivo.

Estaban solos, el capitán y el príncipe dormido.

El rey se había ido. Los sacerdotes se habían ido. Hasta la reina se había ido. Uno por uno habían partido, todos con una mirada a Alucard que decía «siéntate, quédate». Como si él fuese a pensar en irse. Con mucho gusto hubiese abandonado el silencio enloquecedor y las preguntas asfixiantes, por supuesto, pero no a Rhy.

La reina había sido la última en irse. Se había quedado parada por varios segundos entre la cama y las puertas, como desgarrada físicamente.

—Su Majestad —había dicho él—, lo mantendré a salvo.

Entonces su rostro cambió y la máscara regia se deslizó para revelar a una madre aterrada.

—Ojalá pudieras.

—¿Puede *usted*? —había preguntado. Los grandes ojos marrones de la reina se habían ido a Rhy, habían permanecido allí un largo momento, antes de que finalmente la reina se diera media vuelta y saliera apresurada.

Algo le llamó la atención en el balcón. No exactamente un movimiento, sino un cambio en la luz. Cuando se acercó a las puertas de vidrio, vio una sombra que se derramaba por el costado del palacio como un tren, una cola, una cortina de negro brillante que resplandecía, sólido, humo, sólido, al correr desde la orilla del río abajo todo el camino hasta el techo.

Tenía que ser magia, pero no tenía color, no tenía luz. Si seguía la urdimbre y trama del poder, él no pudo ver los hilos.

Kell les había contado de Osaron, la magia venenosa de otro Londres. Pero ¿cómo podía un mago hacer *esto*? ¿Cómo podía alguien?

—Es un demonio —había dicho Kell—. Una pieza de vida que respira magia.

—¿Una pieza de magia que se cree un hombre? —preguntó el rey.

—No —había respondido—, una pieza de magia que se cree un *dios*.

Ahora, observando fijamente la columna de sombra, Alucard entendió: esta cosa no obedecía las líneas de poder en absoluto. Las estaba hilando de la nada.

No podía dejar de mirar.

El piso pareció ladearse y Alucard sintió que se inclinaba hacia adelante, hacia las puertas de vidrio y la columna de negro detrás. Si pudiera acercarse, quizá podría ver los hilos…

El capitán alzó las manos hacia las puertas del balcón y estaba a punto de abrirlas, cuando el príncipe se movió en sueños. Un suave quejido, una intensificación sutil de la respiración, eso fue todo lo se necesitó para hacer que Alucard se diera vuelta, la oscuridad más allá del vidrio olvidada momentáneamente mientras él cruzaba hacia la cama.

—Rhy —susurró—, ¿me oyes?

Una arruga entre las cejas del príncipe. Un atisbo de tensión en la mandíbula. Pequeñas señales, pero Alucard se aferró a ellas. Corrió los rizos oscuros de la frente de Rhy, intentando quitarse la imagen del príncipe disecándose sobre las sábanas reales.

—Por favor, despierta.

Su caricia bajó por la manga del príncipe y se detuvo al sostener su mano.

Alucard siempre amó las manos de Rhy, las palmas suaves y los dedos largos, hechas para tocar, para hablar, para la música.

No sabía si Rhy seguía tocando, pero lo había hecho, y cuando lo hacía, tocaba de la misma manera en que hablaba. Con fluidez.

El asomo de un recuerdo detrás de sus ojos. Uñas que bailaban sobre la piel.

—Toca algo para mí —había dicho Alucard y Rhy había sonreído con esa sonrisa resplandeciente suya, la luz de las velas hacían que sus ojos ámbar parecieran dorados mientras sus dedos navegaban por los acordes a través de hombro, costillas, cintura.

—Prefiero tocarte a ti.

Alucard ahora entrelazó los dedos con los del príncipe, aliviado por encontrarlos tibios, aliviado otra vez cuando la mano de Rhy apretó, apenas, la suya. Con cuidado, Alucard subió a la cama. Con cautela, se estiró al lado del príncipe dormido.

Detrás del vidrio, la oscuridad comenzó a astillarse, a extenderse, pero los ojos de Alucard apuntaban al subibaja del pecho Rhy, a los cientos de hebras plateadas que volvían a entretejerse lenta, muy lentamente.

IV

Al fin, Osaron estaba *libre*.

Había habido un instante en la azotea —el espacio entre inspirar y exhalar— cuando había sentido que las partes de sí irían a esparcirse con el viento, sin carne y hueso que las contuviesen. Pero él *no* se esparció. No se disolvió. No dejó de ser.

Se había vuelto fuerte en los meses en aquel otro mundo.

Más fuerte en los minutos en este.

Y era libre.

Algo tan extraño, por tanto tiempo olvidado, que apenas si lo conocía.

Cuánto tiempo había estado sentado en ese trono en el centro de una ciudad dormida, mirando el pulso de su mundo detenerse, mirando hasta que incluso la nieve había dejado de caer y colgaba suspendida en el aire y no había nada más que hacer que dormir y esperar y esperar y esperar y esperar…

Para ser libre.

Y ahora.

Osaron sonrió y el río resplandeció. Rio y el aire se agitó. Se flexionó, y el mundo tembló.

Le daba la bienvenida este mundo.

Y quería cambiar.

Sabía, en su médula, que podía ser *más*.

Le susurraba: «Crea, crea, crea».

Este mundo ardía con promesas, de la forma en que el suyo había ardido tanto tiempo, antes de convertirse en cenizas. Pero había sido un dios joven entonces, demasiado ansioso por dar, por ser amado.

Ahora era más sabio.

Los humanos no eran buenos gobernantes. Eran niños, sirvientes, súbditos, mascotas, comida, forraje. Tenían un lugar, igual que él, y él sería el dios que necesitaban y lo amarían por eso. Les mostraría cómo.

Los alimentaría con poder. Solo lo suficiente para mantenerlos amarrados. Una muestra de lo que podía ser. De lo que *ellos* podían ser. Y al entrelazarse alrededor de ellos, a través de ellos, podría medir su fortaleza, su magia, su potencial, y eso lo alimentaría, lo avivaría, y ellos lo cederían libremente, porque él sería de ellos y ellos serían de él, y juntos harían algo extraordinario.

«Soy misericordia», les susurró al oído.

«Soy poder».

«Soy rey».

«Soy dios».

«Arrodíllense».

Y a lo largo de la ciudad —su nueva ciudad—, se *estaban* arrodillando.

Era algo natural, arrodillarse, una cuestión de gravedad, de dejar que tu peso te llevara para abajo. La mayoría de ellos *querían* hacerlo; podía sentir su sumisión.

Y aquellos que no, aquellos que se negaban…

Bueno, no había lugar para ellos en el reino de Osaron.

No había ningún lugar para ellos.

V

—*Dos hurras por el viento…*

—*Y tres por las mujeres…*

—*Y cuatro por el espléndido mar*.

Las últimas palabras se apagaron, disolviéndose en sonidos más toscos de vasos que chocaban contra las mesas, cerveza salpicada al piso.

—¿Es eso realmente lo que dice? —preguntó Vasry, inclinando la cabeza hacia atrás contra la cabina—. Pensé que era «vino», no «viento».

—No sería una saloma sin el viento —dijo Tav.

—No sería una saloma sin el vino —argumentó Vasry, arrastrando las palabras. Lenos no sabía si era por énfasis o porque el marinero (de hecho, toda la tripulación) estaba borracho.

Toda la tripulación, salvo Lenos. Nunca había sido demasiado afecto a la sustancia (no le gustaba cómo empantanaba todo y lo dejaba sintiéndose enfermo por días), pero nadie parecía notar si él realmente tomaba o no, siempre que tuviera un vaso en la mano para brindar. Y siempre lo tenía. Lenos tenía una copa cuando la tripulación brindaba por su capitán, Alucard Emery, el ganador del *Essen Tasch*, y también la tenía cuando seguían brindando por él cada media hora más o menos, hasta que perdieron la noción.

Ahora que el torneo había terminado, la mayoría de los banderines estaban sobre las mesas empapados de cerveza, y la llama azul y plateada del estandarte de Alucard se veía más embarrada con cada ronda.

Su ilustre capitán se había ido hacía rato, probablemente a brindar por sí mismo en el baile del ganador. Si Lenos se esforzaba, podía escuchar el ocasional eco de los fuegos artificiales sobre el bullicio de la muchedumbre de Camino Errante.

Habría un desfile apropiado por la mañana y una celebración final de despedida (y la mitad de Londres estaría inmersa en sus vasos), pero esta noche, el palacio era para los campeones, las tabernas para el resto.

—¿Algún rastro de Bard? —preguntó Tav.

Lenos miró en derredor, escaneando la muchedumbre en la posada. No la había visto, no desde la primera ronda de tragos. La tripulación le tomaba el pelo por la forma en que se comportaba alrededor de ella, confundían su nerviosismo con timidez, atracción, incluso miedo —y quizá fuera miedo, al menos un poco, pero si lo era, era uno inteligente—. Lenos le temía a Lila de la forma en que un conejo le teme

a un perro de caza. De la forma en que un mortal le teme a un rayo después de una tormenta.

Un escalofrío lo recorrió, repentino y helado.

Siempre había sido sensible al equilibrio de las cosas. Podría haber sido un sacerdote, si hubiese tenido un poco más de magia. Sabía cuándo las cosas estaban bien —esa maravillosa sensación como un rayo de sol tibio en un día frío— y sabía cuándo las cosas eran *aven* —como Lila, con su pasado extraño y su extraño poder— y sabía cuándo estaban mal.

Y ahora mismo, había algo mal.

Lenos tomó un sorbo de cerveza para calmar sus nervios —su reflejo en la superficie, un borrón ámbar de ceño fruncido— y se puso de pie. El primer oficial del Aguja le encontró la mirada y también se levantó. (Stross sabía de sus *momentos* y, a diferencia del resto de la tripulación, que lo llamaba raro, supersticioso, Stross parecía creerle. O, al menos, no descreer de inmediato).

Lenos avanzó por la habitación con una especie de aturdimiento, atrapado en el hechizo de la sensación y el hilo de lo extraño, que tiraba de él como una soga. Estaba a mitad de camino a la puerta cuando surgió el primer grito desde la ventana de la taberna.

—¡Hay algo en el río!

—Sí —respondió Tav—, enormes estadios flotantes. He estado ahí toda la semana.

Pero Lenos seguía avanzando hacia la entrada de la taberna. Empujó la puerta para abrirla, impasible ante la repentina mordacidad del viento frío.

Las calles estaban más vacías que de costumbre, recién comenzaban a aparecer las primeras cabezas asomadas para ver.

Lenos siguió caminando, con Stross a los talones, hasta que dobló por la esquina y vio el extremo del mercado nocturno y su muchedumbre, que giraba hacia las orillas del río y se inclinaba hacia el agua carmesí como cargamento suelto en un barco.

El corazón le golpeó el pecho al abrirse camino, su cuerpo delgado se deslizaba a través de la muchedumbre ahí donde la forma ancha de Stross se atascaba. Allí adelante, el resplandor rojo del Isle y…

Lenos se detuvo.

Algo se expandía en la superficie del río, como una fuga de petróleo, bloqueando la luz, reemplazándola con algo negro y reluciente e impropio. La oscuridad se deslizó por la orilla, derramándose por el césped marchito del invierno, por el camino de piedra, dejando una mancha iridiscente tras el avance de cada ola.

La imagen tiró de las extremidades de Lenos, esa misma atracción hacia abajo, natural como la gravedad, y cuando sintió que daba un paso adelante, arrancó la mirada de ahí, se obligó a detenerse.

A su derecha, un hombre se tropezó hacia adelante, hacia el borde del río. Lenos intentó tomarlo de la manga, pero el sujeto ya lo había pasado y una mujer lo seguía de cerca. Todo alrededor, la muchedumbre estaba dividida entre retroceder o empujar hacia adelante, y Lenos, incapaz de *irse*, solo pudo luchar para mantenerse en el lugar.

—¡Alto! —gritó un guardia cuando el hombre que había pasado al lado de Lenos se cayó de rodillas y se estiraba como para tocar la superficie del río. En vez de eso, el río lo tocó a él, extendió una mano hecha de agua negruzca y envolvió el brazo del sujeto con los dedos y se lo llevó adentro. Los gritos se elevaron, tragándose el chapuzón, en el instante de lucha anterior a que el hombre se sumergiera.

La multitud retrocedió al comenzar a aplacarse el brillo oleaginoso y quedó en silencio mientras esperaba que el hombre —o su cuerpo— saliera a la superficie.

—¡A un lado! —ordenó otro guardia, abriéndose paso a la fuerza. Estaba casi a la orilla cuando el hombre reapareció. El guardia cayó hacia atrás en *shock* cuando el sujeto salió, no falto de aire ni luchando contra el agarre del río, sino en calma y con lentitud, como si emergiera de un baño. Suspiros y susurros acompañaron al hombre mientras este se alejaba del río, indiferente a las ropas empapadas que le pesaban. Goteando por su piel, el agua se veía limpia, cristalina, pero al acumularse en las piedras, relucía y se movía.

La mano de Stross estaba sobre el hombro de Lenos, presionando, pero no podía sacar los ojos del hombre en la orilla. Había algo mal en él. Algo muy malo. Sombras se arremolinaban en sus ojos, se retorcían como volutas de humo, y las venas le sobresalían contra la piel bronceada y se oscurecían con hilos de negro. Pero era el rictus de su sonrisa lo que más le daba escalofríos a Lenos.

El hombre extendió los brazos, derramando agua, y anunció con energía:

—Ha venido el rey.

Arrojó la cabeza hacia atrás y comenzó a reírse mientras la oscuridad trepaba las orillas alrededor de él, tentáculos de bruma negra que se estiraban como dedos y avanzaban como garras hacia la calle. La multitud entró en pánico, los que estaban lo suficientemente cerca como para ver ahora se apresuraban a huir, solo para quedar encerrados por aquellos que estaban detrás. Lenos se dio vuelta para buscar a Stross, pero no estaba en ningún lado. Allá en la orilla, otro grito. En algún lugar a la distancia, un eco de las palabras del hombre, ora en los labios de una mujer, ora de un niño.

—Ha venido el rey.

—Ha venido el rey.

—Ha venido el rey —dijo un anciano con los ojos brillosos— y es *magnífico*.

Lenos intentó alejarse, pero la calle era una masa agitada de cuerpos agolpados por el alcance de la sombra. La mayoría luchaba por liberarse, pero salpicados entre la muchedumbre estaban aquellos que no podían quitar los ojos del río negro. A

aquellos parados, inmóviles como piedras, subyugados por las olas relucientes, la gravedad del hechizo los tiraba hacia abajo.

Lenos sintió que su propia mirada era atraída nuevamente a la oscuridad y la locura, tartamudeó una plegaria a los Santos anónimos, aun cuando sus largas extremidades daban un solo paso hacia adelante.

Y luego otro.

Sus botas se hundieron en el suelo margoso de la margen del río, sus pensamientos se aquietaron, la visión se le estrechó hacia esa oscuridad hipnotizante. En los bordes de su mente, escuchó la estampida de caballos, como un relámpago, y luego una voz, que atravesó el caos como un cuchillo.

—¡Aléjate! —gritó esta. Lenos parpadeó y se apartó a los tropezones del río que lo buscaba, justo antes de que un caballo real pudiese aplastarlo con las patas.

El príncipe *antari* iba a horcajadas sobre el caballo, desaliñado, con su abrigo carmesí abierto para enseñar la piel desnuda, una mancha de sangre, una cicatriz intrincada. Y detrás del príncipe del ojo negro, aferrada a él con todas sus fuerzas, estaba Lila Bard.

—Maldita bestia —murmuró, a punto de caerse, mientras intentaba salir de la montura.

Kell Maresh —*Aven Vares*— bajó con facilidad, de un salto, con el abrigo que ondeaba tras él y una mano sobre el hombro de Bard, y Lenos no podía determinar si el hombre buscaba equilibrio o si lo estaba ofreciendo. Los ojos de Bard escanearon la muchedumbre —uno de ellos estaba decididamente mal, un estallido estelar de luz vidriosa— antes de aterrizar en Lenos. Ella consiguió mostrarle una sonrisa rápida, dolorosa, antes de que alguien gritara.

Cerca de allí, una mujer colapsó, un tentáculo de sombra le envolvía una pierna. Ella quiso arañarlo, pero sus dedos lo atravesaron directamente. Lila se giró hacia ella, pero el príncipe *antari* llegó primero. Intentó hacer retroceder la bruma con una ráfaga de viento y cuando eso no funcionó, sacó un filo y talló una línea nueva sobre la palma de su mano.

Se arrodilló, con la mano alzada sobre las sombras que iban desde el río y la piel de la mujer.

—*As Anasae* —ordenó, pero la sustancia tan solo se dividió alrededor de la sangre. El aire mismo pareció vibrar de la risa mientras las sombras se filtraban adentro de la pierna de la mujer, manchando la piel antes de sumergirse en las venas.

El *antari* maldijo. La mujer tembló y, aterrada, se aferró a la mano ensangrentada de Kell. La sangre le manchó los dedos y, mientras Lenos observaba, las sombras de repente la soltaron, huyeron de su huésped.

Kell Maresh miraba fijo el lugar donde su mano se encontraba con la de ella.

—¡Lila! —llamó, pero ella ya lo había visto, ya había desenvainado su propio cuchillo. La sangre se acumuló en su piel mientras corría hacia un hombre en la orilla. Lo agarró antes de que pudieran hacerlo las sombras. Otra vez, rehuyeron.

El *antari* y… («No, los dos *antari*») pensó Lenos, ya que eso era lo que Bard era, lo que debía ser, comenzaron a agarrar a todos los que tenían al alcance, pasando sus dedos manchados sobre manos y mejillas. Pero la sangre no hacía nada a los que ya estaban envenenados —estos solo gruñían y se la limpiaban, como si fuese suciedad — y por cada uno que marcaban, dos más caían antes de que ellos pudieran alcanzarlos.

El *antari* de la realeza giró, agitado, evaluando el alcance, la escala. En vez de correr de cuerpo a cuerpo, alzó las manos, con las palmas separadas un palmo. Sus labios se movieron y su sangre se acumuló en el aire, reuniéndose en una bola. A Lenos le hizo acordar al propio Isle, con su resplandor rojo, una arteria de magia, palpitante y vibrante.

Con un solo movimiento fluido, la esfera se alzó sobre las masas aterrorizadas y…

Eso fue todo lo que Lenos vio antes de que las sombras vieran por él.

Dedos de noche reptaban hacia él, con la velocidad de una serpiente. No había adónde ir —el *antari* aún estaba lanzando su hechizo y Lila estaba demasiado lejos —, así que Lenos contuvo la respiración y comenzó a rezar, como había aprendido tiempo atrás en Olnis cuando las tormentas se ponían difíciles. Cerró los ojos y pidió por calma, cuando las sombras rompieron contra él. Por equilibrio, cuando le bañaron la piel, calientes y frías a la vez. Por quietud, cuando le murmuraron suavemente como la marea sobre la costa en su mente.

«Déjame entrar, déjame entrar, déjame…».

Una gota de lluvia le aterrizó en la mano, otra en la mejilla, y entonces las sombras retrocedieron, llevándose consigo los susurros. Lenos parpadeó, dejó escapar un suspiro tembloroso y vio que la lluvia era roja. A su alrededor, gotas diminutas como de rocío salpicaban rostros y hombros, se apoyaban como neblina sobre abrigos y guantes y botas.

No era lluvia, se percató.

«Sangre».

Las sombras en la calle se disolvieron bajo la neblina carmesí y Lenos miró al príncipe *antari* a tiempo para verlo tambalearse del esfuerzo. Había trazado un hechizo de protección, pero no era suficiente. La magia oscura ya cambiaba de foco, de forma, mutando de un puño a una mano abierta cuyos dedos sombra avanzaban tierra adentro.

—*Santos* —maldijo el príncipe ante el estruendo de cascos contra la calle.

Guardias reales llegaron al río en oleadas y desmontaron y Bard se movió tan rápido como la luz entre los hombres en armadura, pasando los dedos ensangrentados por el metal de sus uniformes.

—Reúnan a los envenenados —ordenó Kell Maresh, que ya se dirigía hacia su caballo.

Las almas afligidas no huyeron, no atacaron, simplemente estaban ahí paradas, sonriendo y diciendo cosas sobre un rey sombra que les susurraba a los oídos, que les contaba cómo podía ser el mundo, cómo sería, que tocaba sus almas como si fuesen música y les mostraba el verdadero poder de un rey.

El príncipe *antari* se montó sobre su caballo con naturalidad.

—Mantengan a todos lejos de las orillas —ordenó él. Lila Bard se alzó para sentarse junto a él y le rodeó la cintura con los brazos. Y Lenos quedó parado ahí, deslumbrado, mientras el príncipe espoleaba el caballo para ponerlo en movimiento y los dos desaparecían por las calles de Londres.

VI

Tenían que separarse.

Kell no quería, eso era obvio, pero la ciudad era demasiado grande, la bruma demasiado rápida.

Tomó el caballo porque ella se negó. Había muchas otras formas de morir esta noche.

—Lila —había dicho y ella había esperado que la reprendiera, le ordenara volver al palacio, pero él solo la tomó del brazo y dijo—: Ten cuidado. —Apoyó la frente contra la de ella y agregó, casi tan bajo como para que no lo escuchara—: Por favor.

Lila había visto tantas versiones de él en las últimas horas. El muchacho quebrado. El hermano afligido. El príncipe decidido. Este Kell no era ninguno de esos y todos, y cuando la besó, ella sintió el dolor y el miedo y la esperanza desesperada. Y luego él se había ido, una mancha de pálida piel contra la noche, que cabalgaba hacia el mercado nocturno.

Lila partió a pie, hacia el grupo de gente más cercano.

La noche debería haber sido lo suficientemente fría como para mantenerlos dentro, pero el último día del torneo significaba la última noche de celebración, así que toda la ciudad había estado en las tabernas, despidiendo el *Essen Tasch* con estilo. El gentío se vertía a las calles, algunos atraídos por el caos a las orillas del río y otros aún ajenos, bebiendo y canturreando y tropezándose con sus propios pies.

No se dieron cuenta de que faltaba la luz roja en el corazón de la ciudad ni de la bruma que se expandía, hasta que estuvo casi sobre ellos. Lila arrastró el cuchillo por su brazo y corrió velozmente entre ellos, el dolor imperceptible bajo el pánico mientras la sangre se acumulaba en su mano y, con un movimiento fugaz de la muñeca, chispas rojas se lanzaban como agujas por el aire y marcaban la piel. Los parranderos se tensionaron, en *shock*, y buscaron la fuente del asalto, pero Lila no se detuvo.

—Vayan adentro —gritaba, pasando junto a ellos a toda velocidad—. Traben las puertas.

Pero a la noche envenenada no le importaban las puertas trabadas ni las ventanas cerradas y pronto Lila se encontró golpeando puertas, intentando llegar antes de que la oscuridad entrara. Un grito distante de alguien que oponía resistencia. La risa de alguien que caía.

La mente de Lila corría incluso cuando le daba vueltas la cabeza.

Su arnesiano no era lo suficientemente bueno y cuanta más sangre perdía, peor se ponía, hasta que su discurso pasó de «Hay un monstruo en la ciudad, se mueve en la bruma, déjenme ayudar…» a un simple «Quédense».

La mayoría la miraba con ojos bien abiertos, pero ella no sabía si era por la sangre o por el ojo hecho añicos o el sudor que le caía por la cara. No le importaba. Seguía avanzando. Era una causa perdida todo esto, una tarea imposible porque las sombras se movían dos veces más rápido de lo que ella podía y una parte suya quería rendirse, retirarse, salvar lo que le quedara de fuerzas —solo los tontos peleaban cuando *sabían* que no podían ganar—, pero en algún lugar ahí afuera, Kell seguía intentándolo y ella no se rendiría hasta que él lo hiciera, así que se obligó a continuar.

Dobló una esquina y vio a una mujer acostada en la calle, su vestido claro como un charco sobre las piedras frías, mientras ella se doblaba sobre sí misma y se agarraba la cabeza, luchando contra la fuerza monstruosa que trepaba en su interior. Lila corrió, la misma mano extendida, y estaba casi al lado de ella cuando la mujer de pronto se quedó quieta. La lucha salió de sus extremidades y su respiración nubló el aire sobre su rostro mientras se estiraba lentamente contra las piedras frías, ajena al frío mordaz, y entonces sonrió.

—Puedo escuchar su voz —dijo, completamente extasiada—. Puedo ver su belleza. —Giró hacia Lila. Las sombras se deslizaban a través de sus ojos como una nube por el campo—. Déjame mostrarte.

Sin advertencia alguna, la mujer saltó y arremetió contra Lila, sus dedos le envolvieron la garganta y, por un instante, Lila sintió la presión del calor abrasador y el frío ardiente de la magia de Osaron intentando entrar.

Intentó y fracasó.

La mujer retrocedió con violencia, como si se hubiese quemado, y Lila le golpeó con fuerza la cara.

La mujer se derrumbó en el piso, inconsciente. Era una buena señal. Si hubiese estado realmente poseída, una cuchilla no la hubiese detenido, mucho menos un puñetazo.

Lila se enderezó, consciente de la magia que se deslizaba y enroscaba alrededor de ella. No podía deshacerse de la sensación de que la oscuridad tenía ojos y estaba mirando.

Atentamente.

—Ven aquí, ven aquí —la llamó suavemente, haciendo girar su cuchillo. Las sombras temblaron—. ¿Qué pasa, Osaron? ¿Tienes timidez? ¿Te sientes un poco desnudo sin cuerpo? —Se dio vuelta en un giro lento—. Soy quien mató a Ojka. Soy quien trajo a Kell de regreso. —Hizo girar el cuchillo entre sus dedos, emanando una calma que no sentía, mientras la oscuridad vibraba alrededor de ella y comenzaba a unificarse, a espesarse en una columna, a la que le crecieron extremidades, un rostro, un par de ojos negros como el hielo por la noche y…

En algún lugar cercano, un caballo relinchó.

Un alarido se elevó en la noche, no el grito estrangulado de quienes luchaban contra la bruma hechizada, sino el simple sonido gutural de la frustración. Una voz que ella conocía demasiado bien.

Las sombras colapsaron cuando Lila las atravesó corriendo hacia el sonido.

Hacia Kell.

Encontró su caballo primero. Abandonado y galopando por la calle hacia ella, con un corte superficial en un flanco.

—Mierda —maldijo, intentado decidir si bloquear el paso del caballo o si lanzarse afuera del camino. Al final, saltó a un lado, dejando que la bestia avanzara con rapidez, y luego se echó a correr hacia el lugar desde el que esta venía. Lila siguió el aroma de la magia de Kell (rosas y tierra y hojas) y lo encontró en el piso, rodeado, no por la bruma de Osaron, sino por hombres, tres de ellos con armas en las manos. Un cuchillo. Una barra de metal. Una tabla de madera.

Kell al menos estaba de pie, agarrándose un hombro, con el rostro pálido como un espectro. Parecía que no le quedaba sangre para mantenerse erguido, mucho menos devolver los golpes de los atacantes. No fue hasta que estuvo más cerca que ella que reconoció que uno de los hombres era Tav, su compañero de tripulación del Aguja Nocturna, y otro era el hombre que había hecho de Kamerov la Noche de los Estandartes, antes del torneo. El tercero estaba vestido con capa y armas de un guardia real, su media espada lista.

—Escúchenme —estaba diciendo Kell—. Son más fuertes que esto. Pueden luchar contra esto.

Los rostros de los hombres se contorsionaron con júbilo, sorpresa, confusión. Hablaban con sus propias voces, no el eco de dos que había usado Osaron en la azotea y, sin embargo, había una cadencia rítmica en sus palabras, un tono musical que a Lila le daba escalofríos.

—El rey te quiere.

—El rey te tendrá.

—Ven con nosotros.

—Ven y arrodíllate.

—Ven y ruega.

Kell se tensionó, apretó las mandíbulas.

—Díganle a su rey que no tomará esta ciudad. Díganle…

El hombre con el trozo de madera atacó y le dio a Kell en el estómago. Él atrapó la viga y la madera se encendió y se hizo cenizas en sus manos. El círculo se rompió, Tav alzó la barra de metal, el guardia avanzó, pero Lila ya estaba agachada, las manos presionadas contra el suelo frío. Recordó las palabras que Kell había usado. Invocó lo que quedaba de sus fuerzas.

—*As Isera* —dijo. *Congelar*.

El hielo se disparó desde debajo de sus manos y avanzó a lo largo del suelo y hacia arriba por los cuerpos en un suspiro.

Lila no tenía el control de Kell, no podía decirle al hielo adónde ir, pero él lo vio venir y saltó fuera del camino del hechizo y cuando el borde helado encontró sus botas, se derritió, dejándolo ileso. Los otros hombres quedaron parados, encerrados en hielo y con las sombras que aún nadaban en sus ojos.

Lila se enderezó y la noche se tambaleó peligrosamente bajo sus pies, el hechizo le había robado de las venas lo que quedaba de poder.

En algún lugar, otro grito, y Kell dio un paso hacia él, pero una rodilla casi cedió y tuvo que apoyarse contra la pared.

—Suficiente —dijo Lila—. Apenas puedes quedarte parado.

—Entonces puedes sanarme.

—¿Con *qué*? —dijo ella con voz ronca y señaló su cuerpo maltrecho y lleno de moretones—. No podemos seguir con esto. Podríamos desangrarnos hasta morir y aun así no lograríamos marcar una fracción de esta ciudad. —Dejó salir una risa exhausta, sin gracia—. Sabes que me gustan los riesgos grandes, pero esto es demasiado. Son demasiados.

Era una causa perdida y si él no podía verlo… pero lo veía, por supuesto. Ella podía ver en sus ojos, en la tensión de su mandíbula, en las líneas de su rostro, que él también lo sabía. Lo sabía y no podía dejarlo así. No podía rendirse. No podía retroceder.

—Kell —dijo ella, con suavidad.

—Esta es mi ciudad —dijo él, temblando visiblemente—. Es mi hogar. Si no puedo protegerla…

Los dedos de Lila se movieron un centímetro hacia una piedra suelta en la calle. No podía dejar que se matara, no de esta manera. No después de todo. Si él no podía escuchar razones…

Sonaron cascos contra la piedra y, un momento después, cuatro caballos tomaron la curva, montados por guardias reales.

—¡Maestro Kell! —gritó el que iba al frente.

Lila lo reconoció como uno de los guardias asignados a Kell. Era más viejo y le lanzó una mirada a Lila y luego, claramente sin saber cómo dirigirse a ella, simuló que no estaba allí.

—Los sacerdotes han protegido el palacio y usted debe regresar inmediatamente. Son órdenes del rey.

Kell pareció a punto de maldecir al rey. En lugar de eso, negó con la cabeza.

—Todavía no. Estamos marcando a los ciudadanos donde podemos, pero no hemos encontrado una forma de contener las sombras o escudar la ciudad contra…

—Es demasiado tarde —interrumpió el guardia.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó Kell.

—Señor —dijo otra voz y el hombre que venía último se quitó el casco. Lila lo conocía. Hastra. El guardia más joven de Kell. Cuando habló, su voz era amable, pero su rostro estaba tenso—. Ya está, señor —afirmó—. La ciudad ha caído.

VII

«La ciudad ha caído».

Las palabras de Hastra persiguieron a Kell por las calles, por los escalones del palacio, por los pasillos. No podía ser cierto.

No podía ser verdad.

¿Cómo podía caer una ciudad cuando había tantos aún luchando?

Kell irrumpió en el Gran Salón.

El salón de baile brillaba, ornamentado, extravagante, pero el ambiente ya había cambiado completamente. Los magos y los nobles de la gala en la azotea ahora se apiñaban en el centro de la habitación. La reina y su séquito llevaban cuencos con agua y bolsas con arena a los sacerdotes, que dibujaban amplificadores sobre el piso de mármol pulido y hechizos repelentes sobre cada pared. Lord Sol-in-Ar estaba parado con la espalda contra una columna, sus rasgos serios pero ilegibles, y el príncipe Col y la princesa Cora estaban sentados sobre las escaleras y se veían conmocionados.

Encontró al rey Maxim al lado de la plataforma donde músicos vestidos con hojas de oro habían tocado cada noche, deliberando con el Maestro Tieren y la jefa de su guardia.

—¿Qué quieres decir con que la ciudad ha caído? —cuestionó Kell, yendo a toda velocidad por el piso de mármol. Con las manos manchadas de sangre y el pecho desnudo, a la vista debajo de su abrigo abierto, sabía que se veía como un desquiciado. No le importó—. ¿Por qué me hiciste volver? —Tieren intentó bloquear su paso, pero Kell lo corrió—. ¿Tienes un plan?

—Mi plan —dijo el rey con calma— es evitar que termines muerto.

—Estaba *funcionando* —gruñó Kell.

—¿Qué estaba funcionando? —preguntó Maxim—, ¿abrir una vena sobre Londres?

—Si mi sangre puede protegerlos…

—¿A cuántos protegiste, Kell? —cuestionó el rey—. ¿A diez? ¿Veinte? ¿Cien? Hay decenas de *miles* en esta ciudad.

Kell sintió que estaba de regreso en el Londres Blanco, con la soga de metal ceñida alrededor del cuello. Impotente. Desesperado.

—Es *algo*…

—*No es suficiente*.

—¿Tienes una mejor idea?

—Todavía no.

—Entonces, por los Santos, ¡déjame hacer lo que puedo!

Maxim lo tomó de los hombros.

—Escúchame —dijo el rey, en voz baja—. ¿Cuáles son las fortalezas de Osaron? ¿Cuáles son sus debilidades? ¿Qué le está haciendo a nuestra gente? ¿Se puede deshacer? ¿Cuántas preguntas no te has hecho porque estás demasiado ocupado siendo valiente? No tienes un plan. No tienes una estrategia. No has encontrado una grieta en la armadura de tu enemigo, un lugar por donde deslizar tu cuchillo. En vez de idear un ataque, estás ahí fuera dando cuchilladas ciegamente, incapaz de conectar un golpe porque estás gastando cada valiosa gota de sangre protegiendo a otros de un enemigo que no sabemos cómo vencer.

Kell se tensionó por completo ante eso.

—Estaba ahí fuera intentando proteger a *tu gente*.

—Y por cada uno que resguardaste, una docena más cayó en manos de la oscuridad. —No había reproche en la voz de Maxim, solo absoluta determinación—. La ciudad ha caído, Kell. No se levantará otra vez sin tu ayuda, pero eso no significa que puedas salvarla solo. —El rey lo aferró con más fuerza—. No perderé a mis hijos por esto.

«Hijos».

Kell parpadeó, conmovido por las palabras, mientras Maxim lo soltaba, bajaba su enojo.

—¿Se despertó Rhy? —preguntó.

El rey negó con la cabeza.

—Aún no. —Su atención se deslizó más allá de Kell—. Y tú.

Kell se dio vuelta y vio a Lila, el pelo le caía sobre el ojo destruido y se estaba quitando la sangre de debajo de las uñas. Levantó la vista ante el llamado.

—¿Quién eres? —preguntó el rey.

Lila frunció el ceño, comenzó a responder. Kell la interrumpió.

—Esta es la señorita Delilah Bard.

—Una amiga del trono —dijo Tieren.

—Ya he salvado tu ciudad —añadió Lila— *dos veces*. —Ladeó la cabeza, la cortina oscura de pelo se corrió para revelar el estallido en su ojo destruido. Maxim, para su mérito, no se sobresaltó. Simplemente miró a Tieren.

—¿Ella es de quién me hablaste?

El sumo sacerdote asintió, y Kell se quedó pensando qué le habría contado exactamente el *Aven Essen* y desde cuándo sabría Tieren lo que ella era. El rey observó a Lila, su mirada fue desde los ojos a los dedos manchados con sangre antes de tomar una decisión. Maxim alzó el mentón ligeramente y dijo:

—Marca a todos lo que están aquí.

No era un pedido, sino la orden de un rey a un súbdito.

Lila abrió la boca y por un segundo Kell pensó que ella iba a decir algo horrible, pero la mano de Tieren se apoyó sobre su hombro, la señal universal para «no digas nada» y, por una vez, Lila escuchó.

Maxim dio un paso atrás, alzó un poco la voz para que los otros en el salón pudieran oír. Y *estaban* escuchando, notó Kell, varias cabezas ya se habían girado disimuladamente para captar las palabras del rey al dirigirse a su *antari*.

—Holland fue llevado a las celdas. —Tan solo horas atrás, *Kell* había sido el prisionero debajo del palacio—. Quiero que hables con él. Averigua todo lo que puedas sobre la fuerza que estamos enfrentando. —La expresión de Maxim se oscureció—. Sin importar qué métodos sean necesarios.

Kell se tensionó.

La fría presión del acero.

Un collar alrededor de su cuello.

Piel que se desgarraba contra un marco de metal.

—Su Majestad —dijo Kell, esforzándose por lograr el tono apropiado—. Así se hará.



Las botas de Kell hacían eco por las escaleras de la prisión, cada paso lo alejaba de la luz y el calor del corazón del palacio.

Cuando eran pequeños, el lugar favorito de Rhy para esconderse había sido las celdas reales. Ubicadas directamente bajo el salón de los guardias, talladas dentro de una de las enormes extremidades de piedra que sostenían el palacio sobre el río, las celdas rara vez estaban llenas. Una vez habían sido usadas con frecuencia, según Tieren, cuando Arnes y Faro estaban en guerra, pero ahora estaban abandonadas. Los guardias reales les daban uso ocasionalmente, solo los Santos sabían para qué, pero siempre que Rhy salía corriendo sin nada más que una risa o una nota —«Ven a buscarme»—, Kell comenzaba por las celdas.

Siempre hacía frío allí, el aire estaba cargado con el olor de las piedras húmedas y su voz hacía eco cuando llamaba a Rhy —«Sal de ahí, sal, sal»—. Kell siempre había sido mejor encontrando a Rhy que escondiéndose, y los juegos con frecuencia terminaban con los dos muchachos metidos en una celda, comiendo manzanas robadas y jugando al *sanct*.

Rhy siempre amó venir aquí, pero Kell pensaba que lo que su hermano realmente amaba era subir las escaleras de regreso, la forma en que simplemente podía no darle importancia a su entorno cuando terminaba de intercambiar el subsuelo frío y húmedo por una bata lujosa y té especiado para recordar cuánta suerte tenía de ser un príncipe.

Kell no había sido afecto a las celdas entonces.

Ahora las odiaba.

La repulsión se alzaba en él con cada paso, repulsión por el recuerdo de su encierro, repulsión por el hombre sentado ahora en su lugar.

Las farolas arrojaban una luz pálida sobre el espacio. Destellaba donde chocaba con el metal, como un abanico contra la piedra.

Cuatro guardias con armaduras completas estaban parados frente a la celda más grande. La misma que había ocupado Kell unas pocas horas antes. Tenían sus armas listas, los ojos fijos en la figura detrás de las barras. Kell observó la forma en que los guardias miraban a Holland, el veneno en sus ojos, y sabía que era la manera en que algunos querían mirarlo a él. Todo miedo y furia, nada de respeto.

El *antari* blanco estaba sentado en el banco de piedra al final de la celda, con pies y manos encadenados a la pared. Tenía una venda ceñida cubriéndole los ojos, pero Kell sabía por el sutil movimiento de sus extremidades, la inclinación de su cabeza, que Holland estaba despierto.

Había sido un trayecto corto desde la azotea a la celda, pero los guardias no habían sido dóciles. Lo habían desnudado hasta la cintura en busca de armas y tenía moretones frescos en la mandíbula y a lo largo del estómago y el pecho, su piel blanca revelaba cada maltrato, aunque habían tenido la precaución de limpiar la sangre. Varios dedos parecían quebrados y el suave movimiento de su pecho indicaba que tenía costillas rotas.

Parado frente a Holland, Kell estaba sorprendido por los cambios en él. El ancho de los hombros de Holland, el músculo esbelto que le envolvía la cintura, el gesto inexpresivo de su boca, todo eso aún estaba allí. Pero las cosas nuevas —el color en las mejillas de Holland, el rubor de la juventud— se las había llevado Osaron con él al huir. La piel del *antari* se veía cenicienta donde no estaba amoratada y su cabello ya no era del negro reluciente que había tenido brevemente cuando era rey, ni siquiera del carbón pálido al que Kell estaba más acostumbrado, ahora estaba entremezclado con gris.

Holland se veía como alguien atrapado entre dos naturalezas, el efecto era sobrecogedor, desconcertante.

Descansaba los hombros contra la gélida pared de piedra, pero si sentía el frío, no lo mostraba. Kell observó los restos del hechizo de control de Athos Dane, tallado en el torso del *antari* —y arruinado por la barra de acero con que el propio Kell le había atravesado el pecho—, antes de notar la red de cicatrices que revestían la piel de Holland. Había un orden en las mutilaciones, como si quien fuera que las hubiera tallado lo había hecho con cuidado. Metódicamente. Kell sabía por experiencia con cuánta facilidad sanaban los *antari*. Para dejar ese tipo de cicatriz, las heridas tenían que haber sido muy pero muy profundas.

Al final, fue Holland quien quebró el silencio. No podía ver a Kell, no con la venda, pero debió saber que era él, porque cuando el *antari* más viejo habló, su voz

estaba mezclada con desprecio.

—¿Has venido a cobrar venganza?

Kell respiró hondo para afirmarse.

—Váyanse —dijo, haciendo una señal a los guardias.

Estos dudaron, sus ojos fueron de un *antari* al otro. Uno retrocedió sin vacilar, los otros tuvieron la decencia de ponerse nerviosos y el cuarto parecía reticente a perderse la escena.

—Son órdenes del rey —advirtió Kell y, por fin, se retiraron, llevándose con ellos el *clanc* de las armaduras, el eco de las botas.

—¿Lo saben? —preguntó Holland, flexionando los dedos arruinados. Su voz no tenía nada del eco de Osaron, solo ese familiar tono cavernoso—. ¿Saben que los abandonaste? ¿Que viniste a mi mundo por tu propia voluntad?

Kell hizo un movimiento rápido con la muñeca y las cadenas que rodeaban a Holland se ciñeron, forzándolo a chocar contra la pared. El gesto no consiguió nada, el tono de Holland permaneció frío, impertérrito.

—Lo tomo como un no.

Incluso detrás de la venda, Kell podía *sentir* la mirada de Holland, el negro del ojo izquierdo del *antari* blanco arañaba el negro de su ojo derecho.

Kell invocó el tono del rey lo mejor que pudo.

—Me dirás todo lo que sabes sobre Osaron.

Un destello de dientes.

—¿Y luego me dejarás ir? —respondió con desprecio Holland.

—¿Qué es?

Una pausa densa y Kell pensó que Holland lo obligaría a arrancarle las respuestas. Pero entonces contestó:

—Un *oshoc*.

Kell conocía esa palabra. Era *demonio* en mahktahn, pero lo que en realidad significaba era un trozo de magia *encarnada*.

—¿Cuáles son sus debilidades?

—No lo sé.

—¿Cómo puede ser detenido?

—No es posible. —Holland retorció las cadenas—. ¿Esto nos deja empatados?

—¿*Empatados*? —gruñó Kell—. Si pudiera descartar las atrocidades que cometiste durante el reino de los Dane, no cambiaría el hecho de que *tú* eres el que dejó libre al *oshoc*. *Tú* complotaste contra el Londres Rojo. *Tú* me engañaste para llevarme a tu ciudad. *Tú* me amarraste, me torturaste, deliberadamente me desconectaste de mi magia y, al hacerlo, *tú* casi matas a mi hermano.

Una inclinación del mentón.

—Si de algo vale…

—Nada vale —estalló Kell. Comenzó a caminar de un lado a otro, dividido entre el agotamiento y la furia, con el cuerpo dolorido, pero los nervios encendidos.

Y Holland tan irritantemente calmo. Como si no estuviera encadenado a la pared. Como si estuviesen parados uno al lado del otro en una recámara real en vez de separados por los barrotes de hierro de una celda carcelaria.

—¿Qué quieres, Kell? ¿Unas disculpas?

Kell sintió que su temperamento raído finalmente se quebraba.

—¿Qué *quiero*? Quiero destruir el demonio que *tú* has desatado. Quiero proteger a mi familia. Quiero salvar mi hogar.

—Igual que yo. Hice lo que tenía que hacer…

—No —gruñó Kell—. Cuando los Dane gobernaban, quizá te forzaron a hacer cosas, pero esta vez, *tú* elegiste. Elegiste liberar a Osaron. Decidiste ser su portador. Tú decidiste darle…

—La vida no está hecha de elecciones —dijo Holland—. Está hecha de intercambios. Algunos son buenos, algunos son malos, pero todos tienen un costo.

—Intercambiaste la seguridad de *mi* mundo…

Holland se lanzó repentinamente hacia adelante contra las cadenas y aun así no levantó la voz, pero cada músculo en él se tensó.

—¿Qué crees que hizo *tu* Londres cuando vino la oscuridad, cuando la magia de Osaron consumió su mundo y amenazó con llevarse a los nuestros con él? *Ustedes* intercambiaron la seguridad de *mi* mundo por la del suyo, cerraron las puertas y nos dejaron atrapados entre el agua embravecida y las piedras. ¿Cómo se siente ahora?

Kell envolvió el cráneo de Holland con su voluntad y lo obligó a golpearse contra la pared. Una ligera contracción de la mandíbula de Holland y el ensanchamiento de sus fosas nasales fueron las únicas señales de dolor.

—El odio es una cosa poderosa —continuó Holland con los dientes apretados—. Aférrate a él.

Y en ese momento, Kell *quería* hacerlo. Quería continuar, quería escuchar el chasquido de huesos al romperse, quería ver si podía quebrar a Holland de la forma en que Holland lo había quebrado a él en el Londres Blanco.

Pero Kell sabía que no podía quebrar a Holland.

Holland ya estaba quebrado. Se notaba, no en las cicatrices, sino en la forma en que hablaba, en la forma en que se contenía frente al dolor, demasiado acostumbrado a su forma y magnitud. Era un hombre vaciado mucho antes de Osaron, un hombre sin miedo y sin esperanza y sin nada que perder.

Por un instante, Kell igual ciñó más su agarre —por furia, por rencor— y sintió que los huesos de Holland crujían por la presión.

Y luego se obligó a soltarlo.

TRES

CAER O LUCHAR

I

Alucard había estado soñando con el océano cuando escuchó que se abría la puerta. No fue un sonido fuerte, sino fuera de lugar, disonante respecto de la espuma del mar y las gaviotas de verano.

Se dio vuelta, perdido por un momento en la confusión del sueño, con el cuerpo dolorido por el maltrato del torneo y la cabeza cubierta de seda. Y luego, un paso, el crujido de las tablas de madera bajo un pie. La repentina y muy real presencia de otra persona en el dormitorio. El dormitorio de *Rhy*. Y el príncipe, todavía inconsciente, desarmado, al lado de él.

Alucard se levantó con un movimiento fluido, el agua que había en el vaso al lado de la cama se alzó con él y se congeló en forma de daga en su mano.

—Muéstrate.

Sostuvo el filo con una postura de pelea, listo para atacar mientras el intruso seguía su lenta marcha hacia adelante. La habitación alrededor de ellos estaba en penumbras, una lámpara ardía justo detrás del intruso, envolviéndolo en sombras.

—Abajo, perro —dijo una voz inconfundible.

Alucard dejó salir una maldición por lo bajo y se dejó caer contra el costado de la cama, con el corazón galopando.

—Kell.

El *antari* dio un paso adelante, la luz iluminó su sonrisa amarga y sus ojos entrecerrados, uno azul, otro negro. Pero lo que llamó la atención de Alucard, lo que la dejó atornillada, fue el sello garabateado sobre su pecho desnudo. Un patrón de círculos concéntricos. Una copia exacta de la marca sobre el corazón de Rhy, la que estaba tejida con hilos iridiscentes.

Kell hizo un movimiento rápido con los dedos y la cuchilla helada voló desde la mano de Alucard y se derritió en una cinta de agua mientras regresaba al vaso. La mirada de Kell se dirigió hacia la cama, las sábanas arrugadas donde Alucard había estado acostado unos momentos atrás.

—Veo que te tomas la tarea seriamente.

—Bastante.

—Te dije que lo mantuvieras a salvo, no que te acurrucaras con él.

Alucard extendió las manos detrás de sí sobre las sábanas.

—Soy más que capaz de hacer varias cosas a la vez. —Estaba a punto de seguir cuando advirtió la palidez de la piel de Kell, la sangre que le manchaba las manos—.

¿Qué pasó?

Kell bajó la vista para mirarse, como si se hubiera olvidado.

—La ciudad está bajo ataque.

Alucard de repente se acordó de la columna de magia oscura que fracturaba el cielo detrás de la ventana. Se dio vuelta hacia el balcón y se quedó duro ante la vista. La familiar luz roja no brillaba contra las nubes. No había un resplandor rojo abajo, desde el río. Cuando se dirigió a la puerta, Kell lo tomó de la muñeca. Los dedos clavados contra los huesos.

—No —ordenó Kell con su estilo imperioso—. Están protegiendo el palacio para mantener esto fuera.

Alucard se liberó de un tirón y se frotó la mancha que había dejado el agarre de Kell.

—¿*Esto*?

El *antari* miró más allá de él.

—El veneno o infección o hechizo, no sé… —Alzó una mano, como para frotarse los ojos, luego se dio cuenta de que estaba manchada y la dejó caer—. Lo que sea que es. Lo que sea que haya hecho… que esté haciendo. Solo mantente alejado de puertas y ventanas.

Alucard lo miró con incredulidad.

—La ciudad está bajo ataque, ¿y nosotros nos vamos a quedar encerrados en el palacio y dejar que eso pase? Hay gente ahí afuera…

Kell apretó las mandíbulas.

—No podemos salvarlos a todos —dijo con frialdad—. No sin un plan. Y hasta que tengamos uno…

—Mi *tripulación* está ahí afuera. Mi familia también. Y pretendes que simplemente me siente a mirar…

—No —estalló Kell—. Pretendo que encuentres la forma de ser útil. —Señaló la puerta—. Preferentemente, en otro lugar.

Los ojos de Alucard apuntaron a la cama.

—No puedo dejar a Rhy.

—Ya lo hiciste antes —dijo Kell.

Era un golpe bajo, pero aun así Alucard no se crispó.

—Le dije a la reina que…

—Emery —interrumpió Kell, cerrando los ojos, y fue solo entonces cuando se dio cuenta de lo cerca que estaba el mago de caerse. Su rostro estaba gris y parecía que solo se mantenía de pie por pura voluntad, pero estaba comenzando a tambalearse—. Eres uno de los mejores magos en esta ciudad —dijo Kell con una mueca, como si admitirlo le doliera—. Pruébalo. Ve y ayuda a los sacerdotes. Ayuda al rey. Ayuda a alguien que lo necesite. Ya no puedes ayudar más a mi hermano esta noche.

Alucard tragó saliva y asintió.

—Está bien.

Se obligó a cruzar la habitación, echó una última mirada atrás para ver que Kell medio que se hundía medio que se caía en la silla al lado de la cama del príncipe.



El pasillo a la habitación de Rhy estaba extrañamente vacío. Alucard llegó a las escaleras antes de ver a los primeros sirvientes pasando a las apuradas con los brazos llenos de trapos y arena y cuencos con agua. No eran las herramientas para atar heridas, sino las que se necesitaban para crear defensas.

Un guardia dobló la esquina con su casco bajo el brazo. Había una línea de sangre a lo largo de su frente, pero no parecía herido y la marca era demasiado intencionada como para tratarse del paso cansado de la mano por la frente.

Por un conjunto de puertas de madera, Alucard vio al rey rodeado de miembros de su guardia, todos ellos inclinados sobre un mapa enorme de la ciudad. Mensajeros traían noticias de nuevos ataques y, con cada uno, el rey Maxim colocaba una moneda negra sobre el pergamino.

A medida que Alucard avanzaba por pasillos, bajaba tramos de escaleras, sentía que había pasado de un sueño a una pesadilla.

Horas atrás, el palacio había rebosado de vida. Ahora, los únicos movimientos eran nerviosos, titubeantes. Las caras cubiertas de *shock*.

En un trance, sus pies encontraron el Gran Salón, el más grande del palacio, y se detuvieron en seco. Alucard Emery rara vez se sentía impotente. Dos noches atrás, hombres y mujeres habían estado bailando aquí en estanques de luz mientras sonaba la música que tocaban en la plataforma dorada. Dos noches atrás, Rhy había estado parado aquí, vestido de rojo y dorado, el centro brillante del baile. Dos noches atrás, este había sido un lugar de risas y canciones, copas de cristal y conversaciones susurradas. Ahora *ostra* y *vestra* estaban reunidos en *shock* y había sacerdotes en sotanas blancas parados al lado de cada ventana, con las palmas de las manos apoyadas contra los vidrios mientras tejían hechizos alrededor del palacio, escudándolo contra la noche tóxica. Podía ver su magia, pálida y brillante, arrojando su red sobre ventanas y paredes. Parecía frágil comparada con las sombras densas que se empujaban contra los vidrios, queriendo entrar.

Parado ahí, en la boca del salón de baile, Alucard captaba fragmentos de información, demasiado finos y confusos, todos enredados, hasta que no pudo distinguir las novedades, separar lo real de lo fabulado, la verdad del miedo.

La ciudad estaba bajo ataque.

Un monstruo había venido a Londres.

Una bruma estaba envenenando a la gente.

Invadiendo sus mentes.

Enloqueciéndolas.

Era como la Noche Negra otra vez, decían, pero peor. Esa plaga se había llevado a veinte, treinta, y se contagiaba por contacto. Pero esta, aparentemente, se movía en el mismísimo aire. Ya se había llevado a cientos, quizá miles.

Y se estaba expandiendo.

Los magos del torneo estaban parados en grupos, algunos hablaban con tonos bajos, urgentes, mientras que otros simplemente miraban fijo por las ventanas abovedadas de la galería al tiempo que tentáculos de bruma oscura envolvían el palacio, cubriendo la ciudad con manchas de negro.

Los faroneses estaban reunidos alrededor de Lord Sol-in-Ar en una formación hermética, mientras su general hablaba en su idioma serpentino. Por su lado, los veskanos estaban parados en un silencio lúgubre, su príncipe con la mirada fija en la noche, su princesa escaneaba la habitación.

La reina advirtió la presencia de Alucard, frunció el ceño y se apartó del grupito de *vestra* que la rodeaba.

—¿Está despierto mi hijo? —dijo por lo bajo.

—Aún no, Su Majestad —respondió él—, pero Kell está con él ahora.

Un largo silencio y luego la reina asintió una vez con la cabeza, su atención ya puesta en otro lado.

—¿Es verdad…? —preguntó—. Que Rhy… —No quiso darles forma a las palabras, no quería que cobraran vida y peso. Había detectado los fragmentos en el caos del colapso de Rhy, había visto la reproducción del hechizo en el pecho de Kell.

«Alguien te ha herido», había dicho noches atrás y se había ofrecido a besar el sello sobre el corazón del príncipe. Pero alguien había hecho algo peor que eso.

—Ahora se va a recuperar —dijo ella—. Eso es lo que importa.

Él quería decir algo más, contarle que también estaba preocupado (se preguntó si ella sabía —cuánto sabía— sobre el verano que había pasado con su hijo, cuánto le importaba), pero ella ya se estaba yendo, y las palabras se le volvieron agrias en la lengua.

—Muy bien, ¿quién sigue? —dijo una voz familiar cerca de él, y Alucard se dio vuelta otra vez para ver a su ladrona rodeada de guardias del palacio. Se le aceleró el pulso, hasta que se dio cuenta de que Bard no estaba en peligro alguno.

Los guardias se *arrodillaban* alrededor de ella y Lila Bard, de entre todas las personas, tocaba cada frente, como otorgando una bendición. Con la cabeza inclinada, casi parecía una santa.

Si una santa se vistiera toda de negro y llevara cuchillos.

Si una santa bendijera usando sangre.

Se acercó a ella cuando los guardias se alejaban, cada uno ungido con una línea roja.

De cerca, Bard se veía pálida, con sombras que parecían moretones bajo los ojos, la mandíbula apretada mientras se envolvía un corte con una venda.

—Mantén un poco de eso en tus venas, si es posible —dijo, estirándose para ayudarla a atar el nudo.

Ella alzó la vista y él se quedó duro ante el destello antinatural en su mirada. La superficie de vidrio de su ojo derecho, tiempo atrás de un marrón que *casi* igualaba el del derecho, estaba hecha trizas.

—Tu ojo —dijo él tontamente.

—Ya sé.

—Se ve…

—¿Peligroso?

—Doloroso. —Los dedos de Alucard se alzaron hacia la sangre seca con forma de lágrima en el rabillo externo del ojo arruinado, un arañazo donde un cuchillo le había rasgado la piel—. ¿Noche larga?

Ella dejó escapar una pequeña risa ahogada.

—Y alargándose.

La mirada de Alucard pasó de la piel marcada de los guardias a sus dedos manchados.

—¿Un hechizo?

Bard se encogió de hombros.

—Una bendición. —Él alzó una ceja—. ¿No te enteraste? —agregó ella, como ausente—. Soy *aven*.

—Ciertamente eres algo —dijo Alucard, mientras una grieta serpenteaba hacia arriba en la ventana más cercana y un par de sacerdotes se apresuraban hacia la novicia que estaba trabajando para proteger el vidrio. Él bajó la voz—. ¿Has estado afuera?

—Sí —respondió ella y sus rasgos se endurecieron—. No… no está… nada bien… —Las palabras se apagaron. Bard nunca había sido demasiado habladora, pero nunca creyó que la vería quedarse sin palabras. Ella se tomó un momento, entrecerrando los ojos hacia la extraña reunión que tenían enfrente y comenzó a hablar otra vez, en voz baja—. Los guardias están manteniendo a la gente en su casa, pero la bruma… lo que sea que está *en* la bruma es tóxico. La mayoría cae a los pocos minutos de haber sido alcanzada. No se pudren como sucedía con la gente en la Noche Negra —agregó—, así que no están poseídos. Pero tampoco son ellos mismos. Y aquellos que luchan contra el agarre terminan peor. Los sacerdotes están tratando de averiguar más, pero hasta ahora… —Largó un suspiro y movió un mechón de pelo para taparse el ojo dañado—. Logré ver a Lenos entre la muchedumbre —agregó—, y parecía estar bien, pero Tav… —Negó con la cabeza.

Alucard tragó saliva con fuerza.

—¿Ha llegado ya a la orilla septentrional? —preguntó pensando en la mansión Emery. En su hermana. Cuando Bard no respondió, se retorció hacia la puerta—. Tengo que irme…

—No puedes —dijo ella, y él pensó que vendría una reprimenda, un recordatorio de que no había nada que él pudiera hacer, pero se trataba de Bard (su Bard) y «no puedes» significaba algo simple—. Hay guardias en las puertas —explicó—. Tienen órdenes estrictas de no dejar salir a nadie.

—Tú nunca dejaste que eso te detuviera.

Un esbozo de sonrisa.

—Es cierto. —Y luego añadió—: Yo podría detenerte.

—Podrías intentarlo.

Y ella debe haber visto el acero en sus ojos, porque la sonrisa titubeó y se apagó.

—Ven aquí.

Bard enredó los dedos en el cuello de su chaqueta y tiró para acercarlo hacia ella, y por un segundo extraño y desconcertante, él creyó que pretendía besarlo. El recuerdo de otra noche se encendió en su mente —un punto logrado con cuerpos presionados uno contra otro, un argumento marcado con un beso—, pero ahora ella simplemente presionó el dedo gordo contra su frente y dibujó una breve línea sobre sus cejas.

Él levantó una mano hacia su rostro, pero ella le dio un bofetón.

—Es para protegerte —dijo ella, señalando las ventanas con la cabeza— de lo que sea que esté ahí fuera.

—Pensé que para eso estaba el palacio —dijo él, sin humor.

Lila ladeó la cabeza.

—Quizá —respondió—, pero solo si planeas quedarte dentro.

Alucard se dio vuelta para irse.

—Que dios esté contigo —dijo Bard inexpresivamente.

—¿Qué? —preguntó él, confundido.

—Nada —murmuró ella—. Solo trata de mantenerte con vida.

II

Emira Maresh estaba parada en la entrada de la habitación de su hijo y los observó dormir.

Kell estaba desplomado en una silla al lado de la cama de Rhy, sin su abrigo y con una manta sobre los hombros desnudos, y descansaba la cabeza sobre sus brazos cruzados encima de las sábanas.

El príncipe yacía estirado sobre la cama, con un brazo apoyado sobre las costillas. Tenía color en las mejillas otra vez, se le agitaban los párpados y las pestañas bailaban de la forma en que lo hacían cuando soñaba.

Dormidos, los dos se veían tan tranquilos.

Cuando eran niños, Emira solía escabullirse de una habitación a otra, después de que se hubieran ido a la cama, para alisar las sábanas y acariciarles el pelo y mirarlos quedarse dormidos. Rhy no la dejaba arroparlo —aseguraba que era poco digno— y Kell, cuando ella lo había intentado, solo la había observado con esos grandes ojos indescifrables. Él podía hacerlo, había insistido, y así lo había hecho.

Ahora Kell se movía en sueños y la manta comenzaba a deslizarse de sus hombros. Emira, sin pensarlo, se estiró para acomodarla, pero cuando lo rozó con los dedos, él se sobresaltó y se irguió de golpe, como si estuviera bajo ataque, los ojos llorosos, el rostro desfigurado de miedo. La magia ya vibraba en su piel, cargando el aire con calor.

—Soy yo —dijo ella con suavidad, pero aun cuando él asimiló su identidad, su cuerpo no se aflojó. Sus manos regresaron a los lados, pero sus hombros se mantuvieron tensos y su mirada aterrizó en ella como un piedrazo. La mirada de Emira se escapó a la cama, al piso, y ella se preguntó por qué era tanto más difícil mirarlo cuando estaba despierto.

—Su Majestad —dijo él, reverente pero frío.

—Kell —dijo ella, intentando encontrar calidez. Quería continuar, quería que su nombre fuese el comienzo de una pregunta (¿Adónde fuiste? ¿Qué te pasó? ¿Qué le pasó a mi hijo?), pero él ya estaba de pie, ya tomaba su abrigo—. No quise despertarte.

Kell se frotó los ojos.

—No tenía la intención de dormir.

Ella quería detenerlo, pero no pudo. No lo hizo.

—Lo siento —dijo Kell desde la puerta—. Sé que es mi culpa.

«No», quería decir ella. Y «sí». Porque cada vez que miraba a Kell, también veía a Rhy rogando que viniera su hermano, lo veía tosiendo sangre por la herida de otro, lo veía inmóvil como un muerto, ya no un príncipe sino un cuerpo, un cadáver, algo largamente ido. Pero había regresado y ella sabía que el hechizo de Kell lo había hecho.

Había visto ahora lo que Kell le había dado al príncipe y lo que al príncipe le faltaba y la *aterrorizaba* la forma en que estaban unidos, pero su hijo estaba acostado en la cama, vivo, y ella quería aferrarse a Kell, besarlo y decirle: «Gracias, gracias, gracias».

No le perdonaba nada.

Le debía todo.

Y antes de poder decirlo, él se había ido.

Cuando la puerta se cerró tras él, Emira se dejó caer en el asiento abandonado por Kell. Las palabras aguardaron en su boca, sin decirse. Se las tragó, con un gesto de dolor, como si la rasparan camino abajo.

Se inclinó hacia adelante y apoyó una mano cuidadosamente sobre la de Rhy.

Tenía la piel suave y cálida, el pulso fuerte. Las lágrimas se le derramaron a Emira por el rostro y se congelaron al caer, minúsculas cuentas de vidrio que aterrizaban en su regazo solo para derretirse en su vestido.

—Está bien —finalmente logró emitir, aunque no sabía si las palabras eran para Kell o Rhy o para ella misma.

Emira nunca había querido ser madre.

Ciertamente, jamás había planeado ser reina.

Antes de casarse con Maxim, Emira había sido la segunda hija de Vol Nasaro, en la cuarta línea de sucesión al trono detrás de los Maresh y los Emery y los Loreni.

Cuando niña, era el tipo de muchacha que rompía cosas.

Huevos y jarras de vidrio, tazas de porcelana y espejos.

—Podrías romper una piedra —solía bromear su padre, y ella no sabía si era torpe o si estaba maldita, solo sabía que, en sus manos, las cosas siempre se desbarataban. Había parecido una broma cruel cuando su elemento había resultado ser ni acero ni viento, sino el agua, el *hielo*. Hecho con facilidad. Con facilidad estropeado.

La idea de tener hijos siempre la había aterrorizado, eran tan pequeños, tan frágiles, se quebraban con tanta facilidad. Pero luego apareció el príncipe Maxim, con su fuerza maciza, su determinación de acero, su bondad como una corriente de agua bajo la nieve invernal. Ella sabía lo que significaba ser una reina, lo que *implicaba,* aunque entonces había deseado secretamente que no pasara, que no pudiera pasar.

Pero pasó.

Y por nueve meses, se movió como si llevara una vela en las manos contra un viento fuerte.

Por nueve meses, contuvo la respiración, animada solo por la idea de que si alguien venía por su hijo, tendría que pasar por encima de ella.

Por nueve meses, les rogó a las fuentes y a los Santos anónimos y a los nasaro muertos que levantaran su maldición o que apaciguaran su mano.

Y luego nació Rhy y era perfecto y ella sabía que pasaría el resto de su vida con miedo.

Cada vez que el príncipe se tropezaba, cada vez que se caía, era ella quien se esforzaba por contener las lágrimas. Rhy se levantaba de un salto, riendo, se frotaba los moretones para quitárselos como si fuesen tierra y luego seguía andando, arremetiendo contra la siguiente catástrofe, y Emira quedaba ahí parada, con las manos todavía estiradas como si fuese a agarrarlo.

—Relájate —le decía Maxim—. Los niños no se quiebran con tanta facilidad. Nuestro hijo será tan fuerte como el acero forjado y el hielo espeso.

Pero Maxim estaba equivocado.

El acero se oxidaba y el hielo era fuerte solo hasta que una grieta lo hacía añicos contra el suelo. Ella permanecía despierta de noche, esperando el estruendo, sabiendo que vendría.

Y en vez de eso, vino Kell.

Kell, quien llevaba un mundo de magia en su sangre.

Kell, que era irrompible.

Kell, quien podía proteger a su hijo.

—Al principio, *quise* criarlos como hermanos.

Emira no sabía cuándo había comenzado a hablar en vez de pensar, pero escuchó el eco suave de su voz por la habitación del príncipe.

—Eran casi de la misma edad, pensé que sería lindo. Maxim siempre quiso más de uno, pero yo… yo no logré atreverme a tener otro. —Se inclinó hacia adelante—. Me preocupaba, sabes, que no se llevaran bien; Kell era tan callado y tú tan locuaz, como la mañana y la medianoche, pero fueron como carne y uña desde el principio. Y estuvo bastante bien, cuando el único peligro venía de escalones resbaladizos y rodillas amoratadas. Pero luego cuando vinieron las Sombras y te llevaron, Kell no estaba ahí, porque ustedes estaban jugando a uno de sus juegos. Y después de eso, me di cuenta de que no necesitabas un hermano. Necesitabas un guardián. Intenté criar a Kell como un custodio, entonces, no un hijo. Pero era demasiado tarde. Ustedes eran inseparables. Pensé que quizá cuando crecieran, se alejarían, Kell hacia la magia y tú hacia la corona. Son tan distintos, deseé que el tiempo tallara un espacio entre los dos. Pero se unieron en vez de separarse…

Una ondulación en la cama, el movimiento de piernas contra las sábanas, y ella ya estaba de pie, quitándole los rizos oscuros de la mejilla, susurrando:

—Rhy, Rhy.

Este cerró los dedos en puño contra las sábanas, su sueño se volvía superficial, intranquilo. Una palabra escapó de sus labios, poco más que una exhalación, pero ella reconoció el sonido y la forma del nombre de Kell, antes de que, por fin, su hijo se despertara.



III

Por un momento, Rhy quedó entre el sueño y la vigilia, un negro impenetrable y un derroche de color. Una palabra se posaba en su lengua, el eco de algo ya dicho, pero se derritió, delgada como una oblea de azúcar.

¿Dónde estaba?

¿Dónde había estado?

En el patio, buscando a Kell y luego cayendo, directo a través del piso de piedra al lugar oscuro, ese que se estiraba hacia él cada vez que dormía.

También estaba oscuro aquí, pero era la sutil oscuridad en capas de una habitación por la noche. Los almohadones rojos de su cama, con sus ribetes color miel, tenían una variedad de sombras grises sobre ellos, las sábanas estaban revueltas debajo de él.

Los sueños se quedaban pegados a Rhy como telarañas —sueños de dolor, de manos fuertes sosteniéndolo en alto, sujetándolo hacia abajo, sueños de collares gélidos como el hielo y marcos de metal, de sangre contra piedra blanca—, pero él no podía aferrarse a su forma.

Le dolía el cuerpo con el recuerdo del dolor y se dejó caer hacia atrás contra las almohadas con un grito ahogado.

—Tranquilo —dijo su madre—, tranquilo. —Le caían lágrimas por las mejillas y él se estiró para atrapar una, maravillado ante el cristal de hielo que rápidamente se derretía en su mano.

No creyó haberla visto llorar antes.

—¿Qué sucede?

Ella dejó salir un sonido reprimido, algo entre una risa y un sollozo que rozaba la histeria.

—¿Qué sucede? —repitió con escalofríos—. Partiste. Te habías *ido*. Estuve sentada ahí junto a tu *cadáver*.

Rhy sintió un estremecimiento ante la palabra, la oscuridad lo alcanzaba, intentaba arrastrar su mente de regreso a ese lugar sin luz, sin esperanza, sin vida.

Su madre aún negaba con la cabeza.

—Pensé… Pensé que él había sanado una herida. Pensé que él te había traído de regreso. No me di cuenta de que él era lo único que te estaba manteniendo aquí. Que estabas… que estabas realmente… —Se le atragantó la voz.

—Estoy aquí ahora —la tranquilizó, aunque parte de él aún se sentía atrapado en otro lado. Se libraba con esfuerzo de ese lugar de a poco, momento a momento, centímetro a centímetro—. ¿Y dónde está Kell?

La reina se tensionó y se apartó.

—¿Qué pasó? —insistió Rhy—. ¿Está a salvo?

El rostro de su madre se endureció.

—Te vi morir debido a él.

La frustración golpeó a Rhy en una ola y no supo si era solo suya o también de Kell, pero la fuerza era desequilibrante.

—Estoy *vivo* otra vez debido a él —estalló—. ¿Cómo puedes odiarlo después de todo esto?

Emira se lanzó hacia atrás, como si hubiese recibido un golpe.

—No lo odio, aunque desearía poder odiarlo. Ustedes tienen una ceguera cuando se trata de uno y otro, y me aterra. No sé cómo mantenerte a salvo.

—No es necesario que lo hagas —dijo Rhy, poniéndose de pie—, Kell lo ha hecho por ti. Ha dado su vida, y solo los Santos saben cuánto más, para salvarme, para *recuperarme*. No porque sea su príncipe. Sino porque soy su hermano. Y pasaré cada día de esta vida prestada intentando retribuírselo.

—Se suponía que sería tu escudo —murmuró ella—. Tu refugio. Nunca debió ser al revés.

Rhy negó con la cabeza, exasperado.

—Kell no es el único al que no logras entender. Mi lazo con él no comenzó con esta maldición. Tú querías que él matara por mí, muriera por mí, me protegiera a toda costa. Bueno, madre, obtuviste tu deseo. Simplemente no pudiste darte cuenta de que esa clase de amor, ese lazo, es recíproco. Yo mataría por él y moriría por él y lo protegeré de todas las maneras que pueda de Faro y Vesk, del Londres Blanco y el Londres Negro, y de ti.

Rhy fue hacia las puertas del balcón y abrió las cortinas de un tirón, con el propósito de bañar el cuarto con la luz roja del Isle. En su lugar, se encontró con una pared de oscuridad. Los ojos se le abrieron de par en par, el enojo se disolvió en *shock*.

—¿Qué le pasó al río?

IV

Lila se limpió la sangre de las manos, asombrada de que aún le quedara algo en las venas. Su cuerpo era un entramado de dolor —era loco cómo este aún encontraba formas de sorprenderla— y debajo de eso, un vacío que conocía de días famélicos y noches heladas.

Se quedó mirando el bol, los ojos se le iban de foco.

Tieren se había ocupado de su pantorrilla, donde había penetrado el cuchillo de Ojka; de sus costillas, donde había golpeado el techo; su brazo, de donde había sacado sangre y más sangre. Y al terminar, le había tocado el mentón con los dedos para que lo alzara, su mirada un peso, sólido pero extrañamente bienvenido.

—¿Entera todavía? —había preguntado, y ella recordó su ojo arruinado.

—Más o menos.

La habitación se había mecido un poco entonces, y Tieren la había sujetado.

—Necesitas descansar —había dicho.

Ella había corrido la mano del sacerdote con una palmada.

—Dormir es para los ricos y los aburridos —había dicho—. No soy ninguna de las dos cosas y conozco mis límites.

—Quizá los conocieras antes de venir aquí —sermoneó él—, antes de iniciarte en la magia. Pero el poder tiene sus propios límites.

No le había dado importancia, aunque en verdad estaba cansada de una forma que rara vez había experimentado, un cansancio que llegaba bien profundo, más allá de piel y músculo e incluso hueso, que arrastraba sus garras a través de su mente hasta que todo se onduló y borroneó. Un cansancio que le dificultaba la respiración, le dificultaba pensar, le dificultaba ser.

Tieren había suspirado y se había volteado para irse cuando ella sacó del bolsillo de su abrigo la astilla de piedra de la mejilla de Astrid.

—Supongo que respondí la pregunta.

—Cuando se trata de usted y las preguntas, señorita Bard —dijo el sacerdote sin mirar atrás—, creo que apenas comenzamos.

Otra gota de sangre golpeó el agua, enturbiando el cuenco, y Lila pensó en el espejo del mercado negro de Sasenroche, la forma en que le había mordido los dedos, había tomado sangre a cambio de un futuro que podía ser de ella. Por un lado, la promesa; por otro, los medios. Cuán tentador había sido dar vuelta el espejo. No porque quisiese lo que había visto, sino porque simplemente había poder en el saber.

La sangre se arremolinó entre sus manos, se retorció casi en figuras antes de disolverse en una neblina rosada.

Alguien se aclaró la garganta y Lila alzó la mirada.

Casi se había olvidado del muchacho parado al lado de la puerta. Hastra. Él la había guiado hasta aquí, le había dado una taza plateada con té —que se posaba abandonada en la mesa—, había llenado el cuenco, luego había ido a pararse al lado de la puerta a esperar.

—¿Tienen miedo de que me robe algo o que huya? —preguntó cuando quedó claro que le habían asignado su cuidado a él.

Él se sonrojó y después de un momento, dijo con timidez:

—Un poco de ambas cosas, creo.

Ella estuvo a punto de reírse.

—¿Soy una prisionera? —preguntó y él la miró con esos ojos grandes y sinceros y le habló en un inglés suavizado por su delicado acento arnesiano:

—Todos somos prisioneros, señorita Bard. Al menos por esta noche.

Ahora se movía nerviosamente, mirando hacia ella, luego a otro lado, luego a ella otra vez, sus ojos ahora atorados en el estanque enrojecido, ahora en el ojo estallado. Ella no había conocido a nadie que mostrara tanto en el rostro.

—¿Quieres preguntarme algo?

Hastra parpadeó, se aclaró la garganta. Finalmente pareció encontrar el coraje.

—¿Es verdad lo que dicen de usted?

—¿Qué dicen? —preguntó, enjuagando la última herida.

El muchacho tragó.

—Que usted es la tercera *antari*. —A ella le dio escalofríos escuchar las palabras—. La del *otro* Londres.

—Ni idea —dijo ella, secándose el brazo con un paño.

—Realmente tengo la esperanza de que sea como él —insistió el muchacho.

—¿Por qué lo dices?

Hastra se sonrojó.

—Solo creo que el Maestro Kell no debería estar solo. Ya sabe, ser el único.

—La última vez que verifiqué —dijo Lila—, había otro en la prisión. Quizá podríamos empezar a desangrarlo a él en mi lugar. —Retorció el paño y más gotas rojas cayeron al bol.

Hastra se ruborizó.

—Solo quise decir… —Frunció los labios, buscando las palabras o quizá la forma de decirlas en la lengua de Lila—. Me alegra que la tenga a usted.

—¿Quién dice que me tiene? —Pero las palabras no tenían doble intención. Lila estaba demasiado cansada para juegos. El dolor en su cuerpo era leve pero persistente y se sentía exprimida en más de un sentido. Reprimió un bostezo.

—Hasta los *antari* necesitan dormir —dijo Hastra con amabilidad.

Ella le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Suenas como Tieren.

El rostro del muchacho se iluminó, como si fuese un halago.

—El Maestro Tieren es sabio.

—El Maestro Tieren es una molestia —disparó ella y apuntó la vista al reflejo en el agua turbia.

Dos ojos le devolvían la mirada, uno normal, el otro fracturado. Uno marrón, el otro un estallido de luz rota. Sostuvo su propia mirada —algo que nunca había tenido demasiadas ganas de hacer— y descubrió que, extrañamente, era más fácil ahora. Como si este reflejo fuera algo más cercano a la verdad.

Lila siempre había pensado en los secretos como monedas de oro. Podían ser atesorados o puestos en uso, pero una vez que los usabas o los perdías, era un fastidio conseguir más.

Por eso, siempre había guardado bien sus secretos, los había valorado más que cualquier otro botín.

Los criminales allá en el Londres Gris no habían sabido que ella era una ratera.

Los vigilantes en las calles no habían sabido que era una chica.

Ella misma no sabía qué le había pasado a su ojo.

Pero nadie sabía que era falso.

Lila pasó los dedos por el agua una última vez.

Adiós a ese secreto, pensó.

Y se estaba quedando sin ninguno que guardar.

—¿Y ahora qué? —preguntó, girando hacia el muchacho—. ¿Puedo luchar contra alguien? ¿Crear problemas? ¿Desafiar a este Osaron a una pelea? ¿O vamos a ver en qué anda Kell?

Al verificar las opciones, sus dedos bailaron inconscientemente hacia sus cuchillos, uno de los cuales faltaba. No estaba perdido. Solo lo había prestado.

Hastra sostuvo la puerta abierta para ella, mirando hacia atrás con hostilidad a la taza abandonada.

—Su té.

Lila suspiró y tomó la taza plateada, cuyo contenido estaba frío hacía tiempo.

Bebió e hizo una mueca ante los sedimentos amargos, antes de apoyarla y seguir a Hastra hacia afuera.

V

Kell no se dio cuenta de que estaba buscando a Lila hasta que se chocó con alguien que *no era* ella.

—Oh —dijo la muchacha, resplandeciente en un vestido verde y plateado.

Él la sostuvo, estabilizando a ambos, mientras la princesa veskana se inclinaba hacia él en vez de en la dirección contraria. Tenía las mejillas sonrojadas, como si hubiera estado corriendo, y los ojos brillantes con lágrimas. Con tan solo dieciséis años, Cora aún tenía el andar pasilargo de las adolescentes y el cuerpo de una mujer joven. Cuando la vio por primera vez, le había impactado ese contraste, pero ahora parecía completamente niña, una niña que jugaba a vestirse de grande en un mundo para el que no estaba lista. Todavía no podía creer que ella era a quien Rhy había temido.

—Su Alteza.

—Maestro Kell —respondió ella sin aliento—. ¿Qué está pasando? No nos dicen nada, pero el hombre en el techo y esa bruma horrible, ahora la gente en las calles… Yo los vi, por la ventana, antes de que Col me apartara. —Hablaba rápido y su acento veskano la hacía trastabillar cada pocas palabras—. ¿Qué pasará con el resto de nosotros?

Estaba pegada a él ahora, Kell agradeció haber pasado por su propia habitación para ponerse una camisa.

Él la echó hacia atrás con suavidad.

—Mientras esté en el palacio, estará a salvo.

—A salvo —repitió ella, con la mirada inclinada hacia las puertas más cercanas, los paneles de vidrio escarchados con el frío invernal y manchados con sombras—. Creo que solo me siento a salvo —agregó— cuando estás al lado mío.

—¡Qué romántico! —dijo una voz mordaz, y Kell se dio vuelta para ver a Lila apoyada contra la pared y Hastra a unos pasos.

Cora se tensionó en los brazos de Kell al verlos.

—¿Interrumpo? —preguntó Lila.

Cora dijo que sí al mismo tiempo que Kell respondía que no. La princesa le lanzó una mirada herida, luego dirigió su irritación a Lila.

—Vete —ordenó con ese tono imperioso particular de la realeza y los niños mimados.

Kell se contrajo, pero Lila solo alzó una ceja.

—¿Cómo dices? —preguntó, avanzando hacia ellos. Era media cabeza más alta que la veskana regia.

Para su propio mérito, Cora no retrocedió.

—Estás en presencia de una princesa. Sugiero que aprendas cuál es tu lugar.

—¿Y cuál es ese, *princesa*?

—Por debajo de mí.

Lila sonrió ante la respuesta, una de esas sonrisas que ponían profundamente nervioso a Kell. Del tipo que usualmente precedía a un cuchillo.

—¡*Sa'tach*, Cora! —Su hermano, Col, dobló la esquina, su rostro tenso de furia. A los dieciocho, el príncipe no tenía ninguno de los rasgos aniñados de su hermana, nada de su elegante flexibilidad. Los últimos rastros de juventud vivían en sus penetrantes ojos azules, pero en todo lo demás, era un buey, una criatura de fuerza bruta—. Te dije que te quedes en la galería. Esto no es un juego.

Una nube de tormenta cruzó el rostro de Cora.

—Estaba buscando al *antari*.

—Y ahora lo has encontrado. —Le hizo un gesto con la cabeza a Kell, luego agarró a su hermana por el brazo—. Ven.

A pesar de la diferencia de tamaño, Cora logró liberarse de un tirón, pero eso fue toda su defensa. Le lanzó una mirada vergonzosa a Kell y a Lila una venenosa, antes de seguir a su hermano.

—No mates al mensajero —dijo Lila cuando ya se habían ido—, pero creo que la princesa está tratando de —recorrió con la mirada a Kell— congraciarse contigo.

Él revoleó los ojos.

—Es solo una niña.

—Las serpientes tienen colmillos ya de bebés… —Lila dejó de hablar, se tambaleó, el movimiento suave de un cuerpo que trataba de encontrar equilibrio. Se sostuvo de la pared.

—¿Lila? —Se estiró para sujetarla—. ¿Has dormido un poco?

—No, tú también —espetó, agitando la mano con desdén, y luego se volteó hacia Hastra—. Lo que necesito es un trago fuerte y un plan sólido. —Las palabras le salieron con su usual mordacidad, aunque ella no se veía bien. Tenía los pómulos moteados con sangre, pero eran sus ojos (otra vez sus ojos) lo que lo atrapó. Uno cálido y marrón, el otro un estallido de líneas dentadas.

Se veía mal y sin embargo bien, y Kell no podía apartar su mirada.

Lila ni lo intentó. Esa era la cuestión con Lila. Cada mirada era una prueba, un desafío. Kell cerró el espacio entre ambos y llevó una mano a su rostro; el pulso del corazón y del poder de Lila, fuerte contra su palma. Ella se tensionó ante el contacto, pero no se alejó.

—No te ves bien —susurró él, mientras recorría su mentón con el pulgar.

—Teniendo todo en cuenta —murmuró ella—, creo que me mantengo bastante bien…

Varios pasos más allá, Hastra parecía querer que lo tragase la pared.

—Anda —le dijo Kell sin sacar los ojos de Lila—, descansa un poco.

Hastra se corrió.

—No puedo, señor —dijo—, debo escoltar a la señorita Bard…

—Me encargaré de eso —interrumpió Kell. Hastra se mordió el labio y retrocedió varios pasos.

Lila dejó que su frente fuera a descansar contra la de él, y su rostro quedó tan cerca que se borroneaban sus rasgos. Y sin embargo, ese ojo fracturado brillaba con una claridad aterradora.

—Nunca me contaste —susurró él.

—Nunca lo notaste —respondió ella. Y añadió—: Alucard sí.

El golpe dio en el blanco y Kell comenzó a apartarse, cuando los ojos de Lila se agitaron y ella se tambaleó peligrosamente.

Él la sujetó.

—Vamos —dijo con suavidad—, tengo una habitación arriba. ¿Por qué no…?

Un destello risueño y soñoliento.

—¿Intentas llevarme a la cama?

Kell consiguió sonreír.

—Es lo más justo. Pasé bastante tiempo en la tuya.

—Si no recuerdo mal —dijo, su voz adormilada de agotamiento—, fuiste tú el que estuvo encima de la cama todo el tiempo.

—Y atado a ella —observó Kell.

Las palabras de Lila se ablandaron en los bordes.

—Qué días aquellos… —dijo, justo antes de caer hacia adelante. Pasó tan rápido que Kell no pudo hacer nada más que lanzarse a rodearla con los brazos.

—¿Lila? —preguntó, primero con suavidad y luego con más urgencia—. ¿*Lila*?

Ella murmuró contra su pecho algo sobre cuchillos filosos y esquinas suaves, pero no se despertó, y Kell le arrojó una mirada a Hastra, quien aún estaba parado ahí y se veía completamente avergonzado.

—¿Qué has hecho? —preguntó Kell.

—Fue solo un bálsamo, señor —balbució—, algo para dormir.

—¿La *drogaste*?

—Fue por orden de Tieren —dijo Hastra, escarmentado—. Dijo que ella era demente y terca y que no nos servía muerta. —Bajó la voz al decir esto, imitando el tono de Tieren con asombrosa precisión.

—¿Y qué planeas hacer cuando *finalmente se despierte*?

Hastra se encogió.

—¿Disculparme?

Kell hizo un sonido exasperado al mismo tiempo que Lila le acariciaba —realmente le *acariciaba*— el hombro con la nariz.

—Sugiero —espetó al joven— que pienses algo mejor. Como una ruta de escape.

Hastra palideció, y Kell alzó a Lila en sus brazos, asombrado por su liviandad. Ella ocupaba tanto espacio en el mundo —en *su* mundo— que era difícil imaginar que fuese tan menuda. En la mente de Kell, ella estaba hecha de piedra.

La cabeza de Lila cayó contra su pecho. Se dio cuenta de que nunca la había visto dormir… Sin el filo en su mandíbula, la arruga en su entrecejo, el destello en su mirada, ella se veía sorprendentemente joven.

Kell se apresuró por los pasillos hasta que llegó a su habitación y apoyó a Lila sobre el sillón.

Hastra le alcanzó una manta.

—¿No debería quitarle los cuchillos?

—No hay suficiente bálsamo en el mundo para arriesgarse a eso —dijo Kell.

Comenzó a cubrirla con la manta, luego hizo una pausa, para mirar con ceño fruncido las fundas que forraban los brazos y las piernas de Lila.

Una de ellas estaba vacía.

Probablemente no fuera nada, se dijo a sí mismo, arropándola, pero el hormigueo de la duda le siguió los pasos, una preocupación molesta que disminuyó a un susurro al pisar el pasillo.

Probablemente nada, pensó mientras se dejaba caer contra la puerta y se frotaba los restos de sueño de los ojos.

No había tenido la intención de quedarse dormido más temprano, en la habitación de Rhy, solo había querido un momento de calma, un segundo para recuperar el aire. Para reafirmarse para todo lo que vendría.

Ahora escuchó que alguien se aclaraba la garganta y levantó la mirada para encontrar a Hastra, que daba vueltas una moneda una y otra vez entre sus dedos.

—Déjala —dijo Kell.

—No puedo —dijo su ex guardia.

Kell llamó a la moneda entre los dedos de Hastra a los suyos. El guardia lanzó un leve quejido, pero no intentó recuperarla.

De cerca, Kell vio que no era una moneda ordinaria. Era la marca del Londres Blanco, un disco de madera con los restos de un hechizo de control grabado en la cara.

¿Qué había dicho Hastra?

«Es mi culpa que ella lo encontrara».

De modo que así era como Ojka lo había hecho.

Por esto Hastra se culpaba.

Kell cerró la mano sobre la moneda, invocó fuego y dejó que las llamas devoraran la moneda.

—Listo —dijo, dejando caer la ceniza de su mano. Se empujó contra el piso para levantarse, pero la mirada de Hastra se quedó, pegada a los mosaicos.

—¿Está realmente vivo el príncipe? —susurró.

Kell se tiró para atrás, como si hubiese recibido un golpe.

—Por supuesto. ¿Por qué preguntarías…?

Los grandes ojos marrones de Hastra estaban tensos de preocupación.

—Usted no lo vio, señor. Como estaba él antes de que usted regresara. No es que simplemente se había muerto. Era como si él hubiese… *estado* muerto. Muerto mucho tiempo atrás. Como si nunca hubiese vuelto. —Kell se puso rígido, pero Hastra siguió hablando, con voz baja pero el tono urgente, tenía las mejillas sonrojadas—. Y la reina, ella no dejaba su cuerpo, seguía diciendo una y otra vez que él volvería, porque *usted* volvería, y sé que ustedes dos tienen la misma cicatriz, sé que están amarrados el uno al otro de alguna manera, vida con vida, y, bueno, sé que no es mi lugar, sé que no lo es, pero tengo que preguntar. ¿Es una ilusión cruel? ¿Es el verdadero príncipe…?

Kell llevó la mano al hombro del guardia y sintió el temblor en él, el miedo genuino por la vida de Rhy. A pesar de las tonterías del príncipe, esta gente amaba a su hermano.

Señaló el final del pasillo.

—El verdadero príncipe —dijo Kell con firmeza— duerme detrás de esa puerta. Su corazón late con tanta fuerza como el mío y lo hará hasta el día que muera yo.

Kell se alejaba cuando la voz de Hastra lo atrajo de regreso, suave pero insistente.

—Hay un dicho en el Santuario. *Is aven stran*.

—*El hilo bendito* —tradujo Kell.

Hastra asintió vigorosamente con la cabeza.

—¿Sabe lo que significa? —Se le iluminaron los ojos mientras hablaba—. Es de uno de los mitos, el Origen del Mago. Magia y Hombre eran hermanos, verá, solo que no tenían nada en común, ya que la fortaleza de uno era la debilidad del otro. Y entonces un día Magia hizo un hilo bendito y se ató a Hombre tan fuerte que el hilo les penetró la piel… —Aquí puso las palmas hacia arriba y flexionó las muñecas para mostrar las venas—… y desde ese día, compartieron lo mejor y lo peor, su fuerza y su debilidad.

Algo se agitó en el pecho de Kell.

—¿Cómo termina la historia? —preguntó.

—No termina —dijo Hastra.

—¿Ni siquiera si ellos se separan?

Hastra negó con la cabeza.

—Ya no hay un «ellos», Maestro Kell. Magia le dio tanto a Hombre y Hombre tanto a Magia que sus bordes se disiparon y sus hilos se enredaron todos y ahora no pueden ser separados. Están atados, verá, vida con vida. Las mitades de un todo. Si alguien los dividiera, ambos se desarmarían.

VI

Alucard conocía el palacio Maresh mejor de lo que debía.

Rhy le había mostrado una docena de formas de entrar y salir, puertas escondidas y pasillos secretos, una cortina que revelaba una escalera detrás, un conjunto de puertas al ras de la pared. Todas las formas en que un amigo podía escabullirse a una habitación o un amante a una cama.

La primera vez que Alucard se metió a escondidas en el palacio, había estado tan desorientado que casi sorprende a Kell. Lo hubiese hecho si el *antari* hubiera estado en sus aposentos, pero el dormitorio estaba vacío, la luz de la vela bailaba sobre la cama aún hecha, y Alucard había temblado y salido de la misma forma en que había entrado, y había caído en los brazos de Rhy varios minutos después, riendo de alivio hasta que el príncipe le tapó la boca con la mano.

Ahora rastrillaba su mente tratando de recordar la vía de escape más cercana. Si las puertas hubiesen sido hechas —o cubiertas— con magia, él habría visto los hilos, pero los portales del palacio eran simples, de madera y piedra y tapices, lo que lo obligaba a encontrar el camino por contacto y memoria, en vez de con la vista.

Una puerta escondida llevaba desde el primer piso hacia el bastidor del palacio. Seis columnas sostenían la enorme estructura en alto, bases sólidas desde las que el arco etéreo de la residencia Maresh se abovedaba hacia el cielo. Seis columnas de piedra ahuecadas y con una red de túneles donde se encontraban con el piso del palacio.

Era simplemente cuestión de recordar cuál tomar.

Descendió por el que pensó que conducía al viejo santuario y lo encontró convertido en una especie de habitación de entrenamiento. Los círculos concéntricos de un anillo de meditación aún estaban en el piso, pero las superficies llevaban las quemaduras y manchas que le correspondían a una sala de *sparring*.

Un solitaria antorcha con su fuego blanco encantado llenaba el espacio de sombras grises y, en la confusión descolorida, Alucard vio armas esparcidas en una mesa y elementos en la otra, boles de agua y arena, astillas de piedra. En medio de todo eso, una pequeña flor blanca crecía en un bol con tierra, sus hojas se derramaban por los lados de la maceta, una cosa doméstica que se había vuelto silvestre.

Alucard fue por las escaleras en el lado contrario de la habitación y solo hizo una pausa al llegar a la puerta al final, en la cima. Qué línea delgada, pensó, entre adentro y afuera, entre a salvo y expuesto. Pero su familia, su tripulación esperaban del otro

lado. Tocó la madera, reunió fuerza y la puerta se abrió con un crujido hacia la oscuridad.

Oscuridad y, antes de ella, una red de luz.

Alucard dudó, cara a cara con la tela del hechizo de protección de los sacerdotes. Parecía una telaraña, pero cuando la atravesó, el velo no se rompió, simplemente tembló y volvió a asentarse en su lugar.

Alucard avanzó por la bruma, un poco esperando que esta se plegara alrededor suyo. Y sin embargo, las sombras salían repelidas de su abrigo, se arrastraban contra sus botas y mangas y cuello solo para caer ahuyentadas. Retrocedían con cada paso, pero no lejos, nunca lejos.

Le picaba la frente y recordó el toque de Lila, la mancha de sangre, ahora seca, a lo ancho de su frente.

Era una protección débil, las sombras intentaban encontrar una y otra vez la forma de entrar.

¿Cuánto duraría?

Se cerró bien la chaqueta y apuró el paso.

La magia de Osaron estaba *en todos lados*, pero en vez de hilos de hechizos, Alucard solo veía sombras densas, carbón que manchaba la ciudad, la completa *ausencia* de luz, como manchas por toda su vista. La oscuridad se *movía* alrededor de él, cada sombra se mecía, se hundía y rodaba de la misma forma en que lo hacía una habitación después de demasiados tragos, y entretejidos en medio de todo, aromas en colisión, de madera encendida y florescencias de primavera, nieve derretida y amapola, humo de pipa y vino de verano. Por momentos empalagoso y amargo, y todo ello atontante.

La ciudad era algo sacado de un sueño.

Londres siempre había estado hecha de sonido tanto como de magia, la música que viajaba en el aire, el canto de las copas y la risa de las multitudes, los carruajes y el barullo del mercado.

Los sonidos que ahora escuchaba estaban todos mal.

El viento soplaba y en él Alucard escuchaba los cascos de los guardias a caballo, el *clanc* del metal y una multitud de voces espectrales, un eco de palabras todas rotas antes de que le llegaran, todo formaba una música terrible. Voces, o quizá una única voz en repetición que volvía a empezar sobre y debajo de sí misma hasta parecer un coro, las palabras simplemente fuera de alcance. Era un mundo de susurros, y una parte de Alucard quería acercarse para escuchar, esforzarse hasta poder distinguir lo que decían.

En vez de eso, él dijo los nombres.

Los nombres de todos los que lo necesitaban y de todos los que él necesitaba y de todos los que no podía perder —los que no perdería—.

Anisa. Stross. Lenos. Vasry. Jinnar. Rhy. Delilah…

Las carpas del torneo estaban vacías, la bruma se acercaba en busca de señales de vida. Las calles estaban abandonadas, los ciudadanos forzados a quedarse en casa, como si la madera y la piedra fuesen suficientes para detener el hechizo. Quizá lo fuesen. Pero Alucard lo dudaba.

Más allá por la calle, el mercado nocturno estaba en llamas. Un par de guardias trabajaban furiosamente para apagar el fuego, invocando agua del apagado Isle mientras dos más intentaban arrear a un grupo de hombres y mujeres. La magia oscura se garabateaba sobre sus cuerpos, borroneando la vista de Alucard, tragando la luz de su energía, los azules y rojos y púrpuras engullidos por el negro.

Una mujer lloraba.

Otras reían ante las llamas.

Un hombre insistía en acercarse al río, con los brazos extendidos, mientras otro estaba arrodillado en silencio, con la cabeza inclinada hacia atrás para mirar el cielo. Solo las monturas de los guardias parecían inmunes a la magia. Los caballos resoplaban y batían las colas, relinchaban y pateaban con sus cascos hacia la bruma, como si esta fuera una serpiente.

Berras y Anisa esperaban del otro lado del río, el Aguja Nocturna se mecía en su atracadero, pero Alucard sintió que avanzaba hacia el mercado en llamas y los guardias, mientras un hombre corría hacia uno de ellos con una barra de metal en las manos.

—¡*Ras al*! —gritó Alucard, arrancando el tubo de la mano del sujeto justo antes de que encontrara el cuello del guardia. Voló contra el piso, pero al hacerlo les dio ideas a otros.

Aquellos en el suelo comenzaron a levantarse, sus movimientos extrañamente fluidos, casi coordinados, como guiados por la misma mano invisible.

El guardia corrió hacia su caballo, pero no había tiempo. Estaban sobre él, las manos le arrancaban ciegamente la armadura, mientras Alucard salía disparado hacia ellos. Un sujeto le había agarrado la cabeza con casco al guardia y la estrellaba contra las piedras y decía:

—Déjalo entrar, déjalo entrar, déjalo entrar.

Alucard arrancó al sujeto de ahí, pero en vez de soltar, de caerse hacia otro lado, el hombre se sostuvo con fuerza al brazo de Alucard, clavándole los dedos.

—¿Has conocido al rey sombra? —preguntó, con ojos bien abiertos y con bruma que se arremolinaba, venas a punto de volverse negras. Alucard lanzó una patada contra el rostro del sujeto y se libró de él.

—Ve adentro —le ordenó el segundo guardia—, rápido, antes de…

Su voz fue interrumpida por el chirrido del metal y el sonido húmedo de un filo al encontrar carne. El guardia bajó la mirada para ver la media espada real, *su* espada, sobresaliéndole del pecho. Al caer de rodillas, la mujer que sostenía la empuñadura le lanzó una sonrisa resplandeciente a Alucard.

—¿Por qué no lo dejas entrar? —preguntó ella.

Los dos guardias yacían muertos en el piso y ahora una decena de pares de ojos envenenados giraban hacia él. La oscuridad se tejía como una red a lo largo de su piel. Alucard se puso de pie y comenzó a retroceder. El fuego aún desgarraba las tiendas del mercado, exponiendo las cuerdas de metal que mantenían la tela tensa, el acero enrojecido por el calor.

Vinieron hacia él en una oleada.

Alucard maldijo e hizo un movimiento rápido con los dedos. El metal se cortó cuando caían sobre él. Las cuerdas serpentearon en el aire, primero hacia sus manos y luego rápidamente hacia el lado contrario. Atraparon a los hombres y mujeres en su agarre de metal, se retorcieron alrededor de brazos y piernas, pero si estos sintieron su mordisco o ardor, no lo mostraron.

—El rey te encontrará —gruñó uno, mientras Alucard se lanzaba hacia la montura del guardia.

—El rey entrará —dijo un segundo hombre, mientras él se alzaba sobre el caballo y lo espoleaba para ponerlo en movimiento.

Sus voces lo siguieron mientras se alejaba.

—Todos aclamen al rey sombra…



—¿Berras? —llamó Alucard al avanzar a caballo a través de verjas sin traba—. ¿Anisa?

La casa donde creció se alzaba frente a él, encendida como un farol contra la noche.

A pesar del frío, la piel de Alucard estaba mojada de sudor por cabalgar tan rápido. Cruzó el Puente de Cobre, contuvo la respiración todo el trecho, mientras debajo la marea negra de la magia envenenada enturbiaba la superficie del río. Tenía la esperanza —desesperada, tonta— de que la enfermedad, lo que fuera que fuese, no hubiese llegado a la orilla septentrional, pero en cuanto el caballo posó sus cascos en tierra sólida, esas esperanzas se desvanecieron. Más caos. La gente se movía en turbas, los condenados de *shal* al lado de los nobles con sus galas, aún vestidos para el último de los bailes del torneo, todos buscaban a los que no habían caído para arrastrarlos bajo el hechizo.

Y en medio de todo, el mismo cántico acechante.

—¿Has conocido al rey?

«Anisa. Stross. Lenos».

Alucard espoleaba al caballo para avanzar.

«Vasry. Jinnar. Rhy. Delilah…».

Alucard bajó del caballo prestado y se apresuró por los escalones.

La puerta de entrada estaba entreabierta.

Los sirvientes se habían ido.

El *hall* de entrada estaba vacío, salvo por la bruma.

—¡Anisa! —llamó otra vez, pasando del vestíbulo a la biblioteca, de la biblioteca al comedor, del comedor a la sala. En cada habitación, las lámparas estaban encendidas, ardía el fuego en los hogares, el aire sofocante de calor. En cada habitación, la bruma baja se retorcía alrededor de las patas de la mesa y por las sillas, trepaba las paredes—. ¡Berras!

—Por el amor de los Santos, quédate quieto —gruñó una voz detrás de él.

Alucard se dio vuelta para encontrar a su hermano mayor con un hombro apoyado en la puerta. Una copa de vino colgaba, como siempre, de sus dedos, y su rostro esculpido tenía su usual desdén. Berras, el ordinario, impertinente Berras.

El alivio le quitó el aire de los pulmones a Alucard.

—¿Dónde están los sirvientes? ¿Dónde está Anisa?

—¿Es así como me saludas?

—La ciudad está bajo ataque.

—¿Lo está? —preguntó Berras distraídamente, y Alucard vaciló. Había algo impropio en su voz. Tenía una liviandad que bordeaba lo risueño. Berras Emery nunca se divertía.

Debería haber sabido entonces que estaba mal.

Todo estaba mal.

—No es seguro aquí —dijo Alucard.

Berras se movió hacia adelante.

—No, no lo es. No para ti.

La luz dio en la mirada de su hermano y se atoró en las cuerdas de niebla que resplandecían en sus ojos, volviéndolos vidriosos, las gotas de sudor comenzaban a acumularse en los huecos de su rostro. Debajo de su piel bronceada, sus venas estaban casi negras y si Berras Emery hubiese tenido una pizca de magia para empezar, Alucard la hubiese visto apagarse en un parpadeo, sofocada por el hechizo.

—Hermano —dijo lentamente, aunque la palabra sabía mal en su boca.

Antes, Berras hubiese criticado el término. Ahora ni siquiera pareció notarlo.

—Eres más fuerte que esto —dijo Alucard, aunque Berras nunca había sido dueño de su temperamento ni de sus humores.

—¿Has venido a sostener tus laureles? —continuó Berras—. ¿Un título más que agregar al montón? —Alzó la copa y entonces, al descubrirla vacía, simplemente la dejó caer. Alucard la atrapó con su voluntad antes de que pudiera hacerse pedazos contra el piso taraceado.

—Campeón —dijo Berras alargando las palabras, caminando sin prisa hacia él—. Noble. Pirata. Puta.

Alucard se tensionó, al dar en el blanco la última palabra.

—¿Pensaste que no lo había sabido todo este tiempo?

—Detente —susurró, pero la palabra se perdió bajo los pasos de su hermano. En ese momento, Berras se parecía tanto a su padre. Un depredador.

—Fui yo quien le dijo —afirmó Berras, como leyéndole la mente—. Nuestro padre ni siquiera se sorprendió. Solo se sintió *asqueado*. «Qué *decepción*», dijo.

—Me alegra que esté muerto —gruñó Alucard—. Solo me hubiese gustado estar en Londres cuando sucedió.

La mirada de Berras se oscureció, pero la liviandad en su voz, esa soltura hueca, quedó.

—Fui al estadio, sabes —divagó—. Me quedé a verte pelear. Cada encuentro, ¿puedes creerlo? No llevé tu banderín, obviamente. No fui a verte ganar. Solo deseaba que alguien te venciera. Que alguien te *enterrara*.

Alucard había aprendido cómo ocupar espacio. Nunca se había sentido pequeño, excepto aquí, en esta casa, con Berras y a pesar de años de práctica, notó que retrocedía.

—Hubiese valido la pena —continuó Berras— ver a alguien quitar esa mirada engreída de un golpe…

Un sonido apagado desde arriba, el golpe seco de un peso al golpear el piso.

—¡Anisa! —llamó Alucard, sacando los ojos de Berras por un instante.

Fue estúpido hacerlo.

Su hermano lo estrelló contra la pared más cercana, una montaña de músculo y hueso. Al crecer sin magia, su hermano había aprendido a usar sus puños. Y los usaba bien.

Alucard se dobló hacia adelante, el aire huyó de sus pulmones cuando el golpe le quebró las costillas.

—Berras —dijo él tratando de recobrar el aliento—, escucha…

—No. Tú escúchame a *mí*, hermanito. Es hora de aclarar las cosas. Soy yo al que nuestro padre quería. Ya soy el heredero de la Casa Emery, pero podría ser mucho *más*. Y lo seré, una vez que estés muerto. —Sus dedos rollizos encontraron el cuello de Alucard—. Se ha levantado un nuevo rey.

Alucard nunca había sido de los que pelean sucio, pero últimamente había pasado demasiado tiempo observando a Delilah Bard. Levantó las manos con rapidez, la palma aplastó la base de la nariz de su hermano. El cegador, llamaba ella a ese movimiento.

Lágrimas y sangre se derramaban por el rostro de Berras, pero él ni se mosqueó. Sus dedos solo apretaron con más fuerza la garganta de Alucard.

—Ber-ras… —dijo sin voz Alucard, llamando vidrio, piedra, agua. Ni siquiera él era suficientemente fuerte para atraer a un objeto a la mano sin verlo y como Berras le bloqueaba el camino y la vista se le apagaba, Alucard se encontró a sí mismo tratando fútilmente de alcanzar algo y todo a la vez. La casa entera tembló con la atracción del poder de Alucard, su precisión perfeccionada se había perdido en el pánico, en la lucha por respirar.

Movía los labios, que invocaban en silencio, rogaban.

Las paredes temblaron. Se rompieron los vidrios. Los clavos se salieron de las tablas por la agitación y la madera crujió al descascararse del piso. Por un instante desesperado, nada sucedió, y luego el mundo se vino abajo a toda velocidad hacia un solo punto.

Mesas y sillas, obras de arte y espejos, tapices y cortinas, pedazos de pared y piso y puertas, todo se estrelló contra Berras con una fuerza ciega. Las enormes manos cayeron desde el cuello de Alucard cuando Berras fue arrastrado hacia atrás por el torbellino de escombros que se enroscaba alrededor de sus brazos y piernas, hundiéndolo.

Pero aun así, él luchó con la fuerza ciega de alguien amputado de pensamiento, de dolor, hasta que el último candelabro cayó, dejando largas grietas en techo al hacerlo, y enterró a Berras bajo hierro y yeso y piedra. El torbellino se deshizo y Alucard jadeó, con las manos en las rodillas. Todo alrededor de él, la casa aún crujía.

Desde arriba, nada. Nada. Y luego, escuchó el grito de su hermana.



Encontró a Anisa en una habitación del piso superior, metida en una esquina con las rodillas contra el pecho, los ojos abiertos con terror. Terror, Alucard pronto notó algo que no estaba ahí.

Tenía las manos presionadas contra las orejas, la cabeza enterrada contra las rodillas y susurraba una y otra vez:

—No estoy sola, no estoy sola, no estoy sola.

—Anisa —dijo, arrodillándose frente a ella. El rostro de su hermana estaba rojo, las venas le trepaban por la garganta, la oscuridad le nublaba los ojos azules.

—¿Alucard? —Su voz era un hilo. Todo su cuerpo temblaba—. Detenlo.

—Ya lo hice —respondió él, pensando que se refería a Berras, pero entonces ella negó con la cabeza y dijo:

—No deja de querer entrar.

El rey sombra.

Él escaneó el aire alrededor de ella, podía ver las sombras enredadas en la luz verde de su poder. Se veía como si una tormenta estuviese atrapada en una habitación sin luz, el aire titilaba con motas de luz al luchar su magia contra el intruso.

—Duele —susurro Anisa, enroscándose sobre sí misma—. No me dejes. Por favor. No me dejes sola con él.

—Está bien —dijo, alzando a su hermanita en brazos—. No me voy a ningún lado, no sin ti.

La casa crujió alrededor de ellos mientras cargaba a Anisa por el pasillo.

Las paredes estaban fisuradas y las escaleras comenzaron a astillarse bajo sus pies. Le había hecho daños profundos a la casa, una herida mortal que no podía ver pero que sentía con cada temblor.

La Mansión Emery se había mantenido en pie por siglos.

Y ahora se venía abajo.

Alucard la *había* arruinado, después de todo.

Le tomó toda la fuerza que tenía sostener la estructura alrededor de ellos, y para cuando cruzó el umbral de la puerta, estaba mareado por el esfuerzo.

La cabeza de Anisa cayó contra su pecho.

—Quédate conmigo, Nis —dijo—. Quédate conmigo.

Montó su caballo con ayuda de una pared baja y espoleó a la bestia para ponerla en movimiento. Cuando atravesaron las verjas, cuando el resto de la mansión se vino abajo.

CUATRO

ARMAS A MANO

I

Londres Blanco

Nasi estaba parada frente a la plataforma y no lloró.

Tenía nueve inviernos de edad, por todos los cuervos, y había aprendido hacía mucho tiempo a verse serena. A veces tenías que disimular, todos sabían eso. Simular ser feliz. Simular valentía. Simular fortaleza. Si simulas lo suficiente, tarde o temprano se hará realidad.

Simular no estar triste era lo más difícil, pero verse triste hacía que la gente creyera que eras débil, y cuando ya eras demasiado baja por una cabeza y una medida demasiado pequeña, y encima eras una niña, tenías que trabajar el doble para convencerlos de que no era verdad.

Así que aunque la habitación estaba vacía, salvo por Nasi y el cadáver, no dejó que se notara la tristeza. Nasi trabajaba en el castillo haciendo lo que se necesitara, pero sabía que no debía estar aquí. Sabía que el pasillo norte estaba más allá de los límites, los cuartos privados del rey. Pero el rey no estaba y Nasi siempre había sido buena escabulléndose y, de todos modos, no había venido a sacar nada o a robar.

Solo había venido a ver.

Y a asegurarse de que la mujer no se sintiera sola.

Lo que Nasi sabía que era ridículo, porque la gente muerta probablemente no sentía cosas como frío, tristeza o soledad. Pero no podía estar segura y si hubiera sido ella, hubiese querido a alguien ahí.

Además, esta era la única habitación que quedaba en silencio en el castillo.

El resto del lugar estaba sumido en el caos, todos estaban a los gritos y buscando al rey, pero no aquí. Aquí las velas ardían y las pesadas puertas y paredes mantenían todo en silencio. Aquí dentro, en el medio de la recámara, en una plataforma de hermoso granito negro, yacía Ojka.

Ojka, vestida de negro, estaba dispuesta con las manos abiertas a los lados, con un cuchillo apoyado en cada palma. Vides, lo primero que floreció en los jardines del castillo, envolvían el borde de la plataforma. Había un plato con agua apoyado a la cabeza de Ojka y un cuenco con tierra a los pies, lugares para que fuese la magia cuando dejara su cuerpo. Una tela negra le cubría los ojos y su corto cabello rojo formaba un charco alrededor de su cabeza. Un trozo de lino blanco había sido atado

alrededor de su cuello, pero incluso en la muerte, una mancha de negro rojizo marcaba la línea donde alguien le había rebanado la garganta.

Nadie sabía qué había pasado. Solo que el rey no estaba y la caballera elegida por el rey estaba muerta. Nasi había visto al prisionero del rey, el hombre de cabello rojo con un ojo negro, y se preguntó si sería culpa de él, ya que él tampoco estaba.

Nasi cerró las manos con fuerza y sintió el repentino pinchazo de las espinas. Se había olvidado de las flores, cosas salvajes arrancadas de un extremo del patio del castillo. Las más lindas aún no habían florecido, así que se había visto forzada a sacar un puñado de capullos pálidos tachonados con espinas feroces.

—*Nijk shösr* —murmuró al dejar el ramo de flores en la plataforma. El extremo de su trenza acarició el brazo de Ojka cuando se inclinó hacia adelante.

Nasi solía usar el pelo suelto para que cubriera las cicatrices de la cara. No importaba que apenas pudiera ver a través de esa cortina pálida, que siempre estuviese tropezando y cayendo. Era un escudo contra el mundo.

Y entonces un día Ojka pasó al lado de ella en el pasillo y la detuvo y le dijo que se quitara el cabello del rostro.

No había querido hacerlo, pero la caballera del rey se quedó parada ahí, con los brazos cruzados, esperando a que ella obedeciera, y así que ella lo hizo, contrayéndose al atar los mechones hacia atrás. Ojka observó su cara, pero no le preguntó qué había pasado, si había nacido así (cosa que no) o si la habían atrapado con la guardia baja en Kosik (cosa que sí). En vez de eso, la mujer había ladeado la cabeza y dicho:

—¿Por qué te escondes?

Nasi no pudo responderle a Ojka, no pudo decirle a la caballera del rey que odiaba sus cicatrices cuando Ojka tenía oscuridad derramada por un lado del rostro y una línea plateada le tallaba desde el ojo al labio en el otro. Como no habló, la mujer se puso de cuclillas frente a ella y la tomó de los hombros.

—Las cicatrices no son una vergüenza —dijo Ojka—, no lo son a menos que dejes que lo sean. —La caballera se enderezó—. Si no las llevas bien puestas, ellas te llevarán puesta a ti. —Y tras eso, se había ido caminando.

Nasi había llevado el pelo hacia atrás desde entonces.

Y cada vez que Ojka pasaba al lado suyo en los pasillos, sus ojos, uno amarillo, el otro negro, se disparaban hacia la trenza y ella asentía con la cabeza para mostrar su aprobación y todo en Nasi se había vuelto más fuerte, como una planta sedienta que recibe agua gota a gota.

—Llevo bien puestas mis cicatrices ahora —susurró al oído de Ojka.

Sonaron pasos detrás de las puertas, las pisadas fuertes de la Guardia de Hierro, y Nasi se alejó de prisa y casi volcó el bol de agua cuando se le enganchó la manga en las vides retorcidas alrededor de la plataforma.

Pero solo tenía nueve inviernos y era pequeña como una sombra y para cuando las puertas se abrieron, ya se había ido.

II

En las mazmorras de los Maresh, el sueño eludía a Holland.

Su mente vagaba, pero cada vez que comenzaba a asentarse, veía cómo Londres —*su* Londres— se venía abajo y caía. Veía los colores destiñéndose otra vez a gris, el río congelado y el castillo… bueno, los tronos no permanecían vacíos. Holland lo sabía bien. Se imaginaba a la ciudad buscando a su rey, escuchaba a los sirvientes gritando su nombre antes de que nuevos filos encontrasen sus pescuezos. Sangre que manchaba el mármol blanco, cuerpos que contaminaban el bosque, mientras botas aplastaban todo lo que él había iniciado, como césped nuevo pisoteado.

Holland automáticamente buscó a Ojka, su mente se estiró por la división de los mundos, pero no encontró agarre.

La celda de la prisión que actualmente ocupaba era una tumba de piedra enterrada en algún lugar profundo en el esqueleto del palacio. Sin ventanas. Sin calidez. Había perdido la cuenta del número de escaleras cuando los guardias arnesianos lo trajeron a rastras, semiinconsciente, su mente aún abatida por la intrusión de Osaron y su repentina salida. Holland apenas registró las celdas, todas vacías. Su parte animal había luchado contra el contacto del metal frío que se cerraba alrededor de sus muñecas y, en respuesta, le habían estrellado la cabeza contra la pared. Cuando había salido a la superficie, todo estaba negro.

Holland perdió la noción del tiempo. Intentó contarlo, pero sin luz alguna, su mente saltaba, trastabillaba, caía con demasiada facilidad en recuerdos que no quería.

«Arrodíllate», susurró Astrid en un oído.

«Párate», provocaba Athos en el otro.

«Dóblate».

«Quiébrate».

«Detente», pensó, en un intento de arrastrar su mente de regreso a la celda fría. Esta seguía resbalando.

«Levanta el cuchillo».

«Sostenlo contra tu garganta».

«Quédate muy quieto».

Intentó llamar a sus dedos, por supuesto, pero el hechizo de amarre se mantuvo y cuando Athos regresaba horas —a veces días— después y arrancaba el cuchillo de la mano de Holland y le daba permiso para moverse otra vez, su cuerpo se doblaba hacia el piso. Los músculos desgarrados. Las extremidades temblorosas.

«Ahí es a donde perteneces», le había dicho Athos. «De rodillas».

«Detente». El gruñido de Holland reverberó por la quietud de la prisión, como respuesta solo recibió su eco. Por unos pocos suspiros, su mente se quedó quieta, pero pronto, demasiado pronto, todo comenzó otra vez, los recuerdos se filtraban por la piedra fría y las esposas de hierro y el silencio.



La primera vez que alguien intentó matar a Holland, él tenía tan solo nueve años.

Su ojo se había vuelto negro el año anterior, la pupila se había ido agrandando día tras día hasta que la oscuridad tomó el verde y luego el blanco, envenenándolo de pestañas a párpado. Tenía el pelo suficientemente largo para esconder la marca, siempre y cuando mantuviera la cabeza gacha, algo que Holland hacía siempre.

Se despertó con el siseo del metal, se lanzó hacia un lado a tiempo para *casi* eludir el filo.

Le rozó el brazo antes de enterrarse en el catre. Holland cayó al suelo, se dio fuerte en el hombro, y rodó, esperando ver a un extraño, a un mercenario, alguien marcado con el hierro de ladrones y asesinos.

En vez de eso, vio a su hermano mayor. Del doble de su tamaño, con los ojos verde sucio de su padre y la boca triste de su madre. El único familiar de sangre que le quedaba a Holland.

—¿Alox? —dijo con voz ahogada, el brazo herido le ardía de dolor. Gotas de un rojo brillante salpicaron el piso de su habitación antes de que Holland se las ingeniara para presionar una mano sobre la herida supurante.

Alox se había parado sobre él, las venas de su garganta ya bordeaban el negro. A los quince, ya se había hecho una docena de marcas, todas para ayudar a doblegar la voluntad y amarrar la magia que se escapaba.

Holland estaba con la espalda contra el piso, la sangre aún se derramaba entre sus dedos, pero no podía gritar por ayuda. No había nadie a quien llamar. Su padre estaba muerto. Su madre había desaparecido en los antros de *sho,* ahogada en humo.

—Quédate quieto, Holland —murmuró Alox, arrancando el filo del catre. Sus ojos estaban rojos de borrachera o por un hechizo. Holland no se movió. No podía. No porque la cuchilla estuviese envenenada, aunque lo temía. Sino porque todas las noches en que había soñado con posibles atacantes, les había dado cientos de nombres y rostros, pero ninguno de ellos había sido Alox.

Alox, quien le contaba historias cuando no podía dormir. Cuentos de quien sería rey. Aquel con poder suficiente para despertar al mundo.

Alox, quien solía dejar que se sentara en tronos improvisados en habitaciones abandonadas y con quien soñaba con días mejores.

Alox, quien había visto la marca en su ojo primero que nadie y había prometido que lo mantendría a salvo.

Alox, quien ahora estaba parado sobre él con un cuchillo.

—*Vosk* —rogaba ahora Holland. *Detente*.

—Esto no está bien —dijo su hermano arrastrando las palabras, intoxicado por el cuchillo, la sangre, la cercanía del poder—. Esa magia no es *tuya*.

Los dedos ensangrentados de Holland fueron rápido a su ojo.

—Pero me eligió a mí.

Alox negó lentamente con la cabeza, lleno de remordimiento.

—La magia no *elige*, Holland. —Se tambaleó—. No pertenece a aquellos que *tienen*. Pertenece a aquellos que *toman*.

Con eso, Alox impulsó el cuchillo hacia abajo.

—¡*Vosk*! —rogó Holland, con las manos sangrientas estiradas.

Atrapó el filo y empujó con cada ápice de fuerza, no contra el arma en sí misma, sino contra el aire, el metal. Este aún así lo mordió, la sangre le brotó en las manos.

Holland miró fijo a Alox, el dolor forzó las palabras a sus labios.

—*As Staro*.

Las palabras subieron a la superficie por sí mismas, se elevaron desde la oscuridad de su mente como un sueño recordado repentinamente y, con ellas, la magia se disparó por sus manos maltrechas y alrededor del filo y envolvió a su hermano. Alox intentó apartarse, pero era demasiado tarde. El hechizo había rodado por su piel, convirtiendo carne en piedra al extenderse por su estómago, al trepar por sus hombros, al envolverle la garganta.

Solo se le escapó un grito sordo y luego había acabado, el cuerpo hecho piedra en el tiempo que le había tomado a una gota de sangre golpear el piso.

Holland se quedó acostado ahí, debajo del precario peso de la estatua de su hermano. Con Alox congelado en una postura con una rodilla en el piso, Holland pudo mirar a su hermano a los ojos y se encontró a sí mismo observando el rostro de su hermano, su boca abierta y sus rasgos atrapados entre la sorpresa y la furia. Lentamente, con cuidado, Holland se deslizó para liberarse, alejando cada centímetro de su cuerpo de debajo de la piedra. Se puso de pie, mareado por el repentino uso de la magia, temblando por el ataque.

No lloró. No huyó. Simplemente se quedó parado ahí, vigilando a Alox, buscando el cambio en su hermano, como si fuera una peca, una cicatriz, algo que debería haber visto. Su propio pulso se calmaba y algo más, algo bien profundo, también comenzaba a afirmarse, como si el hechizo hubiese convertido parte de sí mismo también en piedra.

—Alox —dijo, la palabra apenas un susurro, al estirarse y tocar la mejilla de su hermano, solo para retroceder ante la dureza. Sus dedos dejaron una marca de rojo óxido sobre el rostro de mármol.

Holland se inclinó hacia adelante para susurrar en el oído de piedra de su hermano.

—Esta magia —dijo, apoyando una mano en el hombro de Alox— es mía.

Empujó y dejó que la gravedad volcara la estatua, que cayó y se hizo pedazos contra el piso.



Sonaron pasos en las escaleras de la prisión y Holland se enderezó, sus sentidos regresaron de golpe a la celda. Al principio, asumió que el visitante sería Kell, pero luego contó las pisadas: tres pares.

Hablaban en arnesiano, superponiendo las palabras de modo que Holland no podía captarlas todas.

Se obligó a quedarse quieto mientras la traba rechinaba y la puerta de su celda se abría. Se obligó a no atacar cuando una mano enemiga le tomó la mandíbula para mantenerle la boca cerrada.

—Veamos… ojos…

Dedos ásperos se enredaron en su pelo y la venda se soltó y por un instante el mundo fue dorado. La luz de la farola arrojaba halos sobre cada cosa antes de que el hombre lo obligara a levantar el rostro.

—Deberíamos cortar…

—No se ve… para mí.

No estaban usando armaduras, pero los tres tenían la contextura de los guardias del palacio.

El primero soltó la mandíbula de Holland y comenzó a arremangarse.

Holland sabía qué venía, incluso antes de sentir el feroz tirón de las cadenas, el forcejeo de sus hombros cuando lo arrastraron para que se pusiera de pie. Le sostuvo la mirada al guardia, justo hasta que el primer puñetazo lo golpeó, un golpe brutal en la garganta.

Persiguió el dolor como una corriente, trató de encallarlo.

Realmente no era nada que no hubiese sentido antes. La sonrisa fría de Athos surgió en la mente de Holland. El fuego de ese látigo plateado.

«Nadie sufre…».

Trastabilló cuando se le quebraron las costillas.

«… con tanta belleza como tú».

La boca de Holland se llenó de sangre. Podría haberla escupido en sus rostros y usado ese mismo aliento para convertirlos en piedra, dejarlos quebrados en el piso. En vez de eso, tragó saliva.

No los mataría.

Pero no les daría la satisfacción de la exhibición tampoco.

Y entonces, un destello de acero —inesperado— cuando un guardia desenvainó un cuchillo. Cuando el hombre habló, fue en la lengua común de los reyes.

—Esto es de parte de Delilah Bard —dijo, lanzándose con la daga hacia el corazón de Holland.

La magia se alzó en él, repentina e involuntaria, las cadenas limitadoras demasiado débiles para detener el torrente cuando el cuchillo se zambulló hacia su pecho desnudo. El cuerpo del guardia se desaceleró porque Holland forzó su voluntad contra metal y hueso. Pero antes de que pudiera detener el filo, este voló desde la mano del guardia, fuera del propio control de Holland, y aterrizó con un chasquido en la palma de Kell.

El guardia se dio vuelta, el *shock* fue rápidamente reemplazado por miedo cuando asimiló quién era el hombre al pie de las escaleras, con un abrigo negro que se confundía con las sombras y el pelo rojo que brillaba a la luz.

—¿Qué es esto? —preguntó el otro *antari*, con voz cortante.

—Maestro Ke…

El guardia salió despedido hacia atrás y golpeó contra la pared entre dos farolas. No cayó, sino que quedó ahí colgado, fijo, mientras Kell se volteaba hacia los otros dos. Instantáneamente soltaron las cadenas de Holland y este un poco se sentó, un poco cayó hacia atrás contra el banco, apretando los dientes ante la punzada de dolor. Kell soltó el agarre del primer guardia y el hombre cayó con fuerza al piso.

El aire en la habitación se estaba congelando mientras Kell consideraba el cuchillo en su mano. Llevó la yema del dedo a la punta del filo y presionó hasta que surgió una sola gota roja.

Los guardias recularon al mismo tiempo, como si fuesen uno solo, y Kell alzó la mirada, como sorprendido.

—Creí que querían un deporte sangriento.

—*Solase* —dijo el primer guardia, poniéndose de pie—. *Solase, mas vares*.

Los otros se mordieron la lengua.

—Váyanse —ordenó Kell—. La próxima vez que vea a alguno de ustedes aquí abajo, no saldrán.

Huyeron, dejando la puerta de la celda abierta al hacerlo.

Holland, quien no había dicho nada desde que los primeros pasos lo sacaron del ensimismamiento, inclinó la cabeza contra la pared de piedra.

—Mi héroe.

La venda colgaba de su cuello y por primera vez desde la azotea, sus ojos se encontraron, mientras Kell tomaba y cerraba la puerta entre ambos.

Señaló la escalera con la cabeza.

—¿Cuántas veces ha pasado eso?

Holland no dijo nada.

—No diste pelea.

Los dedos hinchados se cerraron alrededor de las cadenas como diciendo «¿Cómo podría?», y Kell levantó una ceja como respondiendo «¿Realmente hacen una diferencia?». Porque ambos sabían la simple verdad: una prisión no podía contener a un *antari* a menos que este lo permitiera.

Kell regresó su atención al cuchillo y reconoció sin duda alguna la hechura.

—Lila —murmuró—. Debería haberlo sabido antes…

—La señorita Bard no me quiere.

—No desde que mataste a su única familia.

—El hombre en la taberna —dijo Holland, pensativo—. Ella lo mató cuando tomó lo que no era suyo. Cuando me llevó hasta su hogar. Si hubiese sido una mejor ladrona, quizá él seguiría vivo.

—Yo que tú, me guardaría esa opinión —dijo Kell—. Si quieres conservar la lengua, digo.

Un largo silencio. Al final, fue Holland quien lo rompió.

—¿Ya dejaste de lloriquear?

—Sabes —espetó Kell—, eres muy bueno haciendo enemigos. ¿Has intentado alguna vez hacer *amigos*?

Holland ladeó la cabeza.

—¿Para qué sirven esos? —Kell señaló la celda. Holland no mordió el anzuelo. Cambió de tema—. ¿Qué está pasando fuera del palacio?

Kell se presionó el entrecejo con la palma de la mano. Cuando estaba cansado, su compostura se resbalaba, se le veían las grietas.

—Osaron está libre —dijo.

Holland escuchó, con las cejas arrugadas, mientras Kell seguía hablando sobre el río ennegrecido, la bruma envenenada. Cuando terminó, se quedó mirando fijo a Holland, esperando alguna respuesta a una pregunta que nunca hizo. Holland no dijo nada y finalmente Kell dejó escapar un sonido de exasperación.

—¿Qué *quiere*? —preguntó el *antari* joven, claramente resistiendo la urgencia de caminar de un lado a otro.

Holland cerró los ojos y recordó el temperamento iracundo de Osaron, el eco «más, más, más, podemos hacer más, ser más».

—Más —respondió simplemente.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Kell.

Holland sopesó las palabras antes de hablar.

—Preguntas qué quiere —dijo—. Pero para Osaron no es tanto sobre *querer* sino, más bien, sobre *necesitar*. El fuego necesita aire. La tierra necesita agua. Osaron necesita caos. Se alimenta de eso, la energía de la entropía. —Cada vez que Holland había encontrado suelo firme, cada vez que las cosas comenzaban a asentarse, Osaron los había obligado a moverse, a cambiar, al caos—. Es bastante parecido a ti —agregó, mientras Kell iba de un lado a otro—. No soporta estar quieto.

Los engranajes se estaban moviendo detrás de los ojos de Kell, pensamientos y emociones parpadeaban por su rostro como luz. Holland se preguntó si sabía lo mucho que dejaba ver.

—Debo encontrar una manera de hacerlo quedarse quieto —dijo el *antari* joven.

—Si puedes —dijo Holland—. Eso solo no lo detendrá, pero lo obligará a ser imprudente. Y si un humano imprudente comete errores, entonces también lo hará un dios imprudente.

—¿De verdad crees que es un dios?

Holland revoleó los ojos.

—No importa qué es alguien. Solo qué *cree* ser.

Se abrió una puerta arriba y Holland se tensionó instintivamente y odió el sutil pero traicionero repiqueteo de sus cadenas, aunque Kell no pareció notarlo.

Momentos después, apareció un guardia al pie de la escalera. No era uno de los atacantes de Holland, sino un hombre más viejo, con las sienes grises.

—¿Qué quieres, Staff? —preguntó Kell.

—Señor —respondió el hombre con brusquedad. No sentía nada de amor por el príncipe *antari*—. El rey lo ha convocado.

Kell asintió con la cabeza y se volteó para irse. Vaciló al borde de la habitación.

—¿Tan poco te importa tu propio mundo, Holland?

Él se puso rígido.

—Mi mundo —dijo lentamente— es lo único que me importa.

—Sin embargo, te quedas aquí. Inerme. Inútil.

En algún lugar en lo profundo de Holland, alguien (el hombre que solía ser, antes de Osaron, antes de los Dane) gritaba. Luchaba. Él se mantuvo quieto, esperando que la oleada pasara.

—Una vez me dijiste —agregó Kell— que o eras el amo de la magia o su esclavo. Entonces, ¿cuál de los dos eres ahora?

Los gritos se apagaron en la cabeza de Holland, sofocados por el silencio hueco que él había entrenado para que tomara su lugar.

—Eso es lo que no comprendes —dijo Holland, dejando que el vacío se desplegara en él—. Yo siempre he sido su esclavo.

III

La sala del mapa real siempre había sido zona prohibida.

Cuando Kell y Rhy eran pequeños, jugaban en todas las habitaciones y pasillos, pero nunca allí. No había sillas en este cuarto. No había pared de libros. No había hogar ni celdas, ni puertas escondidas ni pasajes secretos. Solo la mesa con su enorme mapa. Arnes se elevaba desde la superficie del pergamino como un cuerpo bajo una sábana tirante. El mapa abarcaba la mesa de borde a borde, lleno de detalles, desde la brillante ciudad de Londres en su centro hasta los mismísimos confines del imperio. Diminutos barcos de piedra flotaban sobre mares planos y diminutos soldados de piedra marcaban las guarniciones reales colocadas en las fronteras y diminutos guardias de piedra patrullaban las calles en tropas de cuarzo rosado y mármol.

El rey Maxim les había dicho que las piezas en este tablero tenían consecuencias. Que mover un cáliz era declarar la guerra. Que derribar un barco era condenar a la nave. Jugar con los hombres era jugar con vidas.

La advertencia fue suficientemente disuasiva. Si era o no verdad, ni Rhy ni Kell se atrevieron a probar y arriesgarse a enfurecer a Maxim y a cargar con su propia culpa.

El mapa *estaba* encantado, de todas maneras: mostraba el imperio como estaba; ahora el río resplandecía como una mancha de petróleo; ahora tentáculos de bruma delgados como humo de pipa vagaban por las calles miniatura; ahora los estadios se erguían abandonados, la oscuridad se alzaba como vapor por todas las superficies.

Lo que no mostraba era a los caídos que rondaban las calles. No mostraba a los supervivientes desesperados, golpeando las puertas de las casas, rogando que los dejaran entrar. No mostraba el pánico, el ruido, el miedo.

El rey Maxim estaba parado ante el borde sur del mapa, sujetando la mesa con las manos, la cabeza inclinada hacia la imagen de su ciudad. A un lado de él estaba Tieren, que parecía haber envejecido diez años en el curso de una sola noche. Al otro estaba Isra, la capitana de la guardia de la ciudad, una londinense de espaldas anchas y cabello negro rapado y mandíbulas fuertes. Las mujeres podían ser raras en la guardia, pero si alguien cuestionaba la posición de Isra, solo lo hacía una vez.

Dos de los consejeros *vestra* de Maxim, lord Casin y lady Rosec, comandaban el lado oriental del mapa, mientras Parlo y Lisane, los *ostra* que habían organizado y supervisado el *Essen Tasch*, ocupaban el occidente. Todos y cada uno de ellos se

veían fuera de lugar, aún vestidos para el baile del ganador y no para una ciudad bajo asedio.

Kell se obligó a acercarse al borde septentrional del mapa y se detuvo directamente frente al rey.

—No podemos encontrarle sentido —estaba diciendo Isra—. Parece haber dos tipos de ataque o, mejor dicho, dos tipos de víctimas.

—¿Están poseídos? —preguntó el rey—. Durante la Noche Negra, Vitari tomó a múltiples huéspedes, se expandía como una plaga entre ellos.

—Esto no es posesión —interrumpió Kell—. Osaron es demasiado fuerte para tomar un huésped ordinario. Vitari carcomió cada caparazón que encontró, pero le tomaba horas. Osaron chamuscaría un caparazón en segundos. —Pensó en Kisimyr en la azotea, su cuerpo que se resquebrajaba y se desmoronaba bajo el peso de Osaron—. No tiene sentido intentar poseerlos.

«A menos», pensó, «que sean *antari*».

—Entonces, por los Santos —preguntó Maxim—, ¿qué *está* haciendo?

—Parece una especie de enfermedad —dijo Isra.

La *ostra*, Lisane, tembló.

—¿Los está infectando?

—Está creando marionetas —dijo Tieren con amargura—. Invade las mentes, las corrompe. Y si eso fracasa…

—Los toma por la fuerza —dijo Kell.

—O los mata en el proceso —agregó Isra—. Disminuye la manada, se acaba la resistencia.

—¿Alguna protección? —preguntó el rey, mirando a Kell—. *Además* de la sangre *antari*.

—Aún no.

—¿Sobrevivientes?

Un largo silencio.

Maxim se aclaró la garganta.

—No hemos recibido noticias ni de la Casa Loreni ni de la Casa Emery —comenzó a decir lord Casin—. ¿No pueden ser congregados tus hombres…?

—Mis hombres están haciendo todo lo que pueden —estalló Maxim. Al lado de él, Isra le disparó una mirada fría al lord.

—Hemos enviado centinelas a seguir la línea de la bruma —continuó ella con voz firme— y *hay* un perímetro de la magia de Osaron. Ahora mismo, el hechizo termina siete medidas más allá del borde de la ciudad y talla un círculo, pero nuestros reportes indican que se está expandiendo.

—Está sacando poder de cada vida que toma. —La voz de Tieren era tranquila, pero autoritaria—. Si Osaron no es detenido pronto, su sombra cubrirá Arnes.

—Y luego Faro —intervino Sol-in-Ar, quien entró como un huracán por la puerta. La mano de la capitana se movió hacia su espada, pero Maxim la frenó con la mirada.

—Lord Sol-in-Ar —dijo el rey con frialdad—. No lo llamé.

—Debería haberlo hecho —respondió el faronés, al mismo tiempo que el príncipe Col aparecía detrás de él—, ya que este asunto no solo concierne a Arnes.

—¿Cree que esta oscuridad se detendrá en sus fronteras? —agregó el príncipe veskano.

—Si la detenemos antes —dijo Maxim.

—Y si no lo hace —dijo Sol-in-Ar y sus ojos oscuros cayeron en el mapa—, no importará quién haya caído primero.

«Quién cayó primero». Una idea titiló en el borde de la mente de Kell, luchando por tomar forma en medio del ruido. La sensación del cuerpo de Lila debilitándose contra el suyo. La mirada a la taza vacía acunada en la mano de Hastra.

—Muy bien —dijo el rey. Hizo un gesto a Isra para que continuara.

—Las cárceles están llenas de gente que ha caído —reportó la capitana—. Hemos requisado la plaza y las celdas del puerto, pero nos estamos quedando sin lugares donde ponerlos. Ya estamos usando el Salón Rose para aquellos con fiebre.

—¿Y qué tal los estadios del torneo? —ofreció Kell.

Isra negó con la cabeza.

—Mis hombres no irán sobre el río, señor. No es seguro. Unos pocos lo intentaron y no regresaron.

—Las marcas de sangre no están durando —agregó Tieren—. Se debilitan con las horas y los caídos parecen haber descubierto su propósito. Ya hemos perdido a una parte de los guardias.

—Llamen al resto, que regresen de inmediato —dijo el rey.

«Llamen al resto».

Ahí estaba.

—Tengo una idea —dijo Kell, en voz baja, los hilos de esta aún se estaban uniendo.

—Estamos enjaulados —dijo el general faronés, extendiendo la mano sobre el mapa—. Y esta criatura va a coleccionar nuestros huesos a menos que encontremos una forma de combatirla.

«Hazlo quedarse quieto. Oblígalo a ser imprudente».

—Tengo una idea —dijo Kell de nuevo, más fuerte. Esta vez, la habitación se quedó en silencio.

—Habla —dijo el rey.

Kell tragó saliva.

—¿Qué tal si retiramos a la gente?

—¿Qué gente?

—Toda la gente.

—No podemos evacuar —dijo Maxim—. Hay demasiados intoxicados por la magia de Osaron. Si se fueran, simplemente propagarían la enfermedad más rápido.

No, debe ser contenida. Aún no sabemos si los perdidos pueden ser recuperados, pero debemos tener la esperanza de que sea una enfermedad y no una sentencia.

—No, no podemos evacuarlos —confirmó Kell—. Pero cada cuerpo despierto es un arma en potencia y si queremos una chance de derrotar a Osaron, necesitamos que esté desarmado.

—Habla sin rodeos —ordenó Maxim.

Kell respiró hondo, pero lo interrumpió una voz desde la puerta.

—¿Qué es esto? ¿Cómo no hay una vigilia al lado de mi cama? Me ofenden.

Kell se dio vuelta para ver a su hermano parado a la puerta, con las manos en los bolsillos y el hombro apoyado contra el marco con indiferencia, como si nada estuviese mal. Como si no hubiera pasado la mayor parte de la noche atrapado entre los vivos y los muertos. Nada de eso estaba a la vista, al menos no en la superficie. Sus ojos color ámbar brillaban, tenía el pelo peinado, el aro de oro bruñido estaba nuevamente donde pertenecía, sobre sus rizos.

El pulso de Kell se disparó al verlo, mientras el rey escondía su alivio *casi* tan bien como el príncipe escondía su calvario.

—Rhy —dijo Maxim, y la voz casi lo traiciona.

—Su Alteza —dijo Sol-in-Ar despacio—, escuchamos que había sido herido en el ataque.

—*Nosotros* escuchamos que se lo habían llevado enfermo antes del baile del ganador —agregó lord Casin.

Rhy mostró una sonrisa perezosa.

—Por dios, los rumores vuelan cuando uno está indispuesto. —Se señaló a sí mismo—. Como pueden ver… —Una mirada a Kell—. Soy sorprendentemente resiliente. Ahora, ¿qué me perdí?

—Kell estaba a punto de decirnos —dijo el rey— cómo vencer a este monstruo.

Los ojos de Rhy se abrieron y un rastro de fatiga cruzó rápidamente su rostro. Él apenas acababa de regresar. «¿Va a doler?», pareció preguntar su mirada. O quizá incluso «¿Vamos a morir?». Pero lo único que dijo fue:

—Continúa.

Kell vaciló, buscando sus pensamientos.

—No podemos evacuar la ciudad —dijo de nuevo y se giró hacia el sumo sacerdote—. Pero, ¿los podemos poner a dormir?

Tieren frunció el ceño y golpeó el borde de la mesa con sus nudillos huesudos.

—¿Quieres arrojar un hechizo sobre Londres?

—Sobre su gente —aclaró Kell.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Rhy.

—Por todo el tiempo que sea necesario —contestó seco Kell, girando nuevamente hacia el sacerdote—. Osaron lo ha hecho.

—Él es un dios —observó Isra.

—No —dijo Kell bruscamente—, no lo es.

—Entonces, ¿qué estamos enfrentando exactamente? —preguntó el rey.

—Es un *oshoc* —dijo Kell, usando la palabra de Holland. Solo Tieren pareció entender.

—Una especie de *encarnación* —explicó el sacerdote—. En su estado natural, la magia no tiene naturaleza, no tiene conciencia. Simplemente *es*. El río Isle, por ejemplo, es una inmensa fuente de poder, pero no tiene identidad. Cuando la magia adquiere una naturaleza, adquiere motivación, deseo, voluntad.

—¿Entonces Osaron solo es una pieza de magia con ego? —preguntó Rhy—. ¿Un hechizo que salió mal?

Kell asintió.

—Y según Holland, se alimenta del caos. Ahora mismo, Osaron tiene diez mil fuentes. Pero si las sacamos todas, si no tiene nada salvo su propia magia…

—Que sigue siendo considerable… —interrumpió Isra.

—Podemos llevarlo a pelear.

Rhy se cruzó de brazos.

—¿Y cómo planeas pelear contra él?

Kell tenía una idea, pero no encontraba el valor para decirla en voz alta, todavía no, cuando Rhy estaba recién recuperado.

Tieren se lo ahorró.

—Puede hacerse —dijo el sacerdote, pensativo—. En cierta manera. Nunca seremos capaces de lanzar un hechizo tan amplio, pero podemos hacer una red de muchos encantos pequeños —continuó diciendo, casi para sí— y con un ancla, puede hacerse. —Levantó la vista, sus ojos claros se iluminaron—. Pero necesitaré algunas cosas del Santuario.

Una docena de ojos se dispararon a la única ventana de la habitación, donde los dedos del hechizo de Osaron aún arañaban para entrar, a pesar de la luz de la mañana. El príncipe Col se puso rígido. Lady Rosec fijó la mirada en el piso. Kell comenzó a ofrecerse, pero una mirada de Rhy lo hizo hacer una pausa. La mirada no era una negativa. Para nada. Era permiso. Una confianza inquebrantable.

«Ve», decía. «Haz lo que debas hacer».

—Qué coincidencia —dijo una voz desde la puerta. Se dieron vuelta simultáneamente como uno solo para ver a Lila con las manos en las caderas y muy despierta—. A *mí* me vendría bien un poco de aire fresco.

IV

Lila se abrió camino por el pasillo, con un morral vacío en una mano y la lista de provisiones de Tieren en la otra. Ella había tenido el lujo de ver el *shock* de Kell y el disgusto de Tieren al mismo tiempo, si de algo servía. La cabeza aún le dolía levemente por lo que fuese que le habían dado, pero la bebida cargada había hecho su parte y el plan sólido —o al menos un paso— había hecho el resto.

«Su té, señorita Bard».

No era la primera vez que la habían drogado, pero la mayor parte de su experiencia había sido más bien… de naturaleza investigadora. Había pasado un mes a bordo del Aguja recolectando polvo para cerillas y cerveza que pretendía llevar al Ladrón de Cobre, lo suficiente para derribar a una tripulación entera. Había inhalado bastante, primero por accidente y luego con cierto propósito, entrenando sus sentidos para reconocer y soportar cierta porción, porque lo último que necesitaba era desmayarse en el medio de la tarea.

Esta vez, había percibido el polvo en el té apenas este tocó su lengua, hasta se las había ingeniado para escupir la mayor parte de nuevo en la taza, pero para entonces sus sentidos se estaban adormeciendo, apagándose como farolas en un ventarrón, y sabía lo que venía, el poco profundo y casi agradable resbalón previo a la caída. Un minuto había estado en el pasillo con Kell y al siguiente perdía el equilibrio, el suelo se inclinaba como un barco en la tormenta. Escuchó el agudo en el tono de Kell, sintió el calor de sus brazos y luego cayó, abajo, abajo, abajo, y cuando quiso acordar, se erguía como un resorte sobre un sillón, le dolía la cabeza y un muchacho de ojos grandes la miraba desde la pared.

—No debería estar despierta —había tartamudeado Hastra cuando se quitó la manta de encima.

—¿En serio eso es lo primero que me quieres decir? —había preguntado ella, tambaleándose hacia el aparador para servirse un trago. Dudó al recordar el amargo té, pero después de olfatear un par de veces, encontró algo que le ardió la nariz en una forma familiar. Bebió dos dedos, se estabilizó contra el aparador. La droga aún se aferraba a ella como telarañas y se quedó intentando poner en orden los bordes de su mente, entrecerrando los ojos hasta que todas las líneas borrosas se volvieron nítidas.

Hastra pasaba el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Te voy a hacer el favor —dijo ella, apoyando el vaso vacío a un lado— de asumir que esto no fue idea tuya. —Se giró hacia él—. Y tú te vas a hacer a ti mismo

el favor de salir de mi camino. Y la próxima vez que te metas con mi bebida —sacó un cuchillo y lo hizo girar sobre sus dedos y lo apoyó contra el mentón de Hastra—, te voy a fijar a un árbol.

El sonido de pasos que se apresuraban hacia ella trajo a Lila de regreso al presente.

Se dio vuelta, sabiendo que sería él.

—¿Fue tu idea?

—¿Qué? —tartamudeó Kell—. No. De Tieren. ¿Y qué has hecho con Hastra?

—Nada de lo que no vaya a recuperarse.



Una profunda muesca se formó entre los ojos de Kell. Dios, era un objetivo fácil.

—¿Viniste a detenerme o a despedirme?

—Ninguna de las dos cosas. —Sus rasgos se suavizaron—. Vine a darte esto. —Extendió el cuchillo que le faltaba a Lila, con la nudillera adelante—. Creo que es tuyo.

Ella tomó la cuchilla y examinó el filo en busca de sangre.

—Qué pena —murmuró mientras la guardaba en su funda.

—Si bien entiendo el deseo —dijo Kell—, matar a Holland no sería de ayuda. Lo necesitamos.

—Como una dosis de veneno —masculló Lila.

—Es el único que conoce a Osaron.

—¿Y por qué lo conoce tan bien? —espetó ella—. Porque hizo un *trato* con él.

—Lo sé.

—Dejó que esa criatura se metiera en su cabeza…

—Lo sé.

—… y en su mundo y ahora en el tuyo…

—Lo *sé*.

—Entonces, *¿por qué*?

—Podría haber sido yo —dijo Kell, con amargura. Las palabras se quedaron flotando entre ellos—. Casi lo fui.

La imagen regresó a ella, Kell en el piso frente al marco roto, la sangre acumulada en un charco alrededor de sus muñecas. ¿Qué le había dicho Osaron? ¿Qué le había ofrecido? ¿Qué había *hecho*?

Lila se encontró estirándose hacia Kell y se detuvo. No sabía qué decir, cómo suavizar la arruga entre sus ojos.

El morral que llevaba al hombro se resbaló. El sol estaba alto.

—Debo irme.

Kell asintió, pero cuando ella se dio vuelta para irse, la tomó de la mano. El contacto fue leve, aunque la atravesó como un cuchillo.

—Esa noche en el balcón —dijo él—. ¿Por qué me besaste?

A Lila se le oprimió el pecho.

—Pareció una buena idea.

Kell frunció el ceño.

—¿Eso es todo? —Él comenzó a soltarla, pero ella no. Las manos colgaban entre los dos, entrelazadas.

Lila dejó escapar una risa corta, suspirada.

—¿Qué quieres, Kell? ¿Una declaración de mi afecto? Te besé porque quería y…

Él apretó con más fuerza su mano y tiró para acercarla a él, la mano libre de ella se apoyó abierta sobre el pecho de Kell en busca de equilibrio.

—¿Y ahora? —susurró él. Su boca estaba a centímetros de la suya y ella podía sentir su corazón martilleándole las costillas.

—¿Qué? —dijo ella, con una sonrisa pícara—. ¿Soy yo la que *siempre* tiene que tomar la iniciativa? —Comenzó a inclinarse hacia adelante, pero él ya estaba ahí, ya la estaba besando. Sus cuerpos se estrellaron uno contra el otro, la última distancia despareció cuando cadera encontró cadera y costillas encontraron costillas y las manos buscaron piel. El cuerpo de ella cantó como un diapasón contra el de él, igual a igual.

Kell la aferró con más fuerza, como si pensara que ella podía desaparecer, aunque Lila no iba a ningún lado. Ella se hubiera alejado caminando de casi cualquier cosa, pero no se alejaría de esto. Y eso en sí mismo era aterrador; pero no se detuvo y él tampoco. Ella sintió chispas sobre los labios y el calor le quemaba los pulmones y el aire alrededor de ellos se agitaba como si alguien hubiese abierto todas las puertas y ventanas.

El viento les acariciaba el pelo y Kell *se rio*, apretado a ella.

Un sonido suave, resplandeciente, demasiado breve, pero maravilloso.

Y entonces, demasiado pronto, el momento terminó.

El viento se apagó y Kell se apartó, jadeante.

—¿Mejor? —preguntó ella, la palabra apenas un susurro.

Él inclinó la cabeza, luego dejó que su frente se apoyara sobre la de ella.

—Mejor —dijo, y casi en el mismo momento—: Ven conmigo.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, mientras él la llevaba hacia arriba por las escaleras y adentro de una habitación. La habitación *de él*. Había gasa inflada colgando desde el techo alto de estilo arnesiano, un retrato nublado de la noche. Un sofá lleno de almohadones, un espejo reluciente en sus molduras y, sobre una plataforma, una cama que derramaba seda.

Lila sintió que se le acaloraba el rostro.

—Este realmente no es el momento —comenzó a decir, pero entonces él la llevó más allá de las galas hacia una puerta y detrás de esta, a una alcoba llena de libros y

velas y unas pocas chucherías de repuesto. Estaban casi demasiado maltrechas para ser más que algo de valor sentimental. Aquí, el aire olía menos a rosas y más a madera pulida y papel viejo y Kell la hizo girar para que quedara frente a la puerta. Ahí vio las marcas en la madera, una docena de símbolos escritos con el marrón rojizo de la sangre seca, cada uno simple pero distintivo. Casi había olvidado sus atajos.

—Este —dijo él, dándole un golpecito a un círculo recortado en cuartos por una cruz. Lila sacó un cuchillo, se pinchó el dedo gordo para trazar la marca con sangre.

Cuando terminó, Kell puso una mano sobre la de ella. No le dijo que se mantuviera a salvo. No le dijo que fuera cuidadosa. Simplemente presionó los labios contra su cabello y dijo:

—*As Tascen*.

Y entonces él había desaparecido —la habitación había desaparecido, el mundo había desaparecido— y Lila se inclinaba hacia adelante una vez más hacia la oscuridad.

V

Alucard galopó con fuerza hacia los muelles, Anisa temblaba contra él.

Su hermana perdía y recuperaba la conciencia, tenía la piel sudada y caliente al tacto. No podía llevarla al palacio, lo sabía. Nunca la dejarían entrar ahora que estaba infectada. Aunque estuviera peleando contra la enfermedad. Aunque no había caído; no lo *haría*, Alucard estaba seguro.

Tenía que llevarla a casa.

—Quédate conmigo —le dijo cuando llegaban a la línea de barcos.

La corriente del Isle estaba alta, dejaba manchas aceitosas contra las paredes del muelle y se derramaba sobre las márgenes. Aquí en la orilla, la magia rodaba sobre la superficie del agua como vapor.

Alucard desmontó y llevó a Anisa por la rampa a la cubierta del Aguja.

No sabía si desear encontrar a alguien a bordo o si temer que lo hubiese, ya que solo los locos y los enfermos y los caídos parecían estar en la ciudad ahora.

—¿Stross? —llamó—. ¿Lenos? —Pero nadie respondió, y entonces Alucard la llevó abajo.

—Regresa —susurró Anisa mientras el cielo nocturno desaparecía, reemplazado por el techo bajo de madera de la bodega.

—Estoy aquí —dijo Alucard.

—Regresa —volvió a rogar cuando él la apoyó sobre su cama y presionó una compresa fría contra sus mejillas. Se le abrieron lentamente los ojos, enfocados, y encontraron los de él.

—Luc —dijo ella, la voz de repente clara, definida.

—Aquí estoy —dijo él, y ella sonrió y le acarició la frente con los dedos. Sus ojos comenzaron a parpadear para cerrarse otra vez, y el miedo lo atravesó, repentino, intenso.

—Ey, Nis —dijo, apretándole la mano—. ¿Te acuerdas de la historia que solía contarte? —Ella tembló, afiebrada—. Esa sobre el lugar adonde van las sombras a la noche.

Anisa se acurrucó contra él, entonces, de la misma manera en que solía hacerlo cuando él le contaba cuentos. Una flor al sol, eso solía decir su madre. Su madre, quien había muerto tanto tiempo atrás y se había llevado casi toda la luz consigo. Solo Anisa sostenía una vela hacia él. Solo Anisa tenía sus ojos, su calidez. Solo Anisa le recordaba días más felices a Alucard.

Se puso de rodillas al lado de la cama, sosteniendo las manos de la niña entre las suyas.

—Hace tiempo, una muchacha se enamoró de su sombra —comenzó a relatar él, su voz se deslizó hacia el tono lento y melódico adecuado para las historias, pese a que el Aguja se mecía y el mundo detrás de la ventana se oscurecía—. En todo el día, nadie podía separarlos, pero cuando caía la noche, ella se quedaba sola y siempre se preguntaba adónde iba su sombra. Se fijaba en todos los cajones y en todos los frascos y en todos los lugares donde a ella le gustaba esconderse, pero sin importar dónde buscara, no podía encontrarla. Hasta que finalmente la muchacha encendió una vela, para que la ayudara a buscar, y ahí estaba su sombra.

Anisa murmuró incoherencias. Le caían lágrimas por las mejillas ahuecadas.

—Verás —los dedos de Alucard se cerraron con más fuerza alrededor de los de ella—, no se había ido realmente. Porque nuestras sombras nunca se van. Verás, nunca estamos solos —se le quebró la voz—, no importa dónde estés, ni cuándo, no importa si el sol está arriba o si la luna está llena o si solo hay estrellas en el cielo, no importa si tienes una luz en la mano o nada de nada, sabes… ¿Anisa? Anisa, quédate conmigo… por favor…

Durante la siguiente hora, la enfermedad ardió en ella, hasta que lo llamó padre, lo llamó madre, lo llamó Berras. Hasta que dejó de hablar del todo, aún en su dormir afiebrado, y se hundió más, a un lugar sin sueños. Las sombras no habían ganado, pero la luz verde primavera de la magia propia de Anisa se debilitaba, se debilitaba como un fuego que se consume, y todo lo que Alucard podía hacer era mirar.

Se puso de pie. El camarote se meció bajo sus botas mientras iba a la repisa de la chimenea a servirse un trago.

Alucard captó su reflejo en la superficie rojiza del vino, frunció el ceño e inclinó el vaso. La mancha sobre su frente, donde Lila había pasado el dedo ensangrentado, ya no estaba. Había sido borrada con el contacto de la mano afiebrada de Anisa o quizá en el ataque de Berras.

Qué extraño, pensó. Ni siquiera se había dado cuenta.

El camarote volvió a bambolearse, pero Alucard se dio cuenta de que no era el piso lo que se inclinaba.

Era él.

«No», pensó Alucard, justo antes de que la voz se deslizara adentro de su cabeza.

«Déjame entrar», decía esta, y sus manos comenzaron a temblar. El vaso se le escapó de las manos y se hizo añicos contra el piso del camarote.

«Déjame entrar».

Se aferró a la repisa de la chimenea, cerró con fuerza los ojos contra las vides trepadoras de la maldición, que se enredaban a través de él, sangre y hueso.

«Déjame entrar».

—¡No! —ladró con fuerza, cerrando las puertas de su mente y obligando a la oscuridad a retroceder. Hasta entonces, la voz había sido un susurro, suave, insistente,

el pulso de la magia, un visitante gentil pero persistente que golpeaba a la puerta. Ahora, forzaba su paso con todo su poder, abriendo los bordes de la mente de Alucard a la fuerza, hasta que el camarote se disipó y él estaba de regreso en la mansión Emery, su padre frente a él, las manos del hombre llenas de fuego. El calor ardió en las mejillas de Alucard desde el primer golpe que había recibido.

—Una deshonra —rugió Reson Emery, el calor de su furia y el de su magia juntos lanzaron a Alucard contra la pared.

—Padre…

—Te has puesto en ridículo. Has puesto en ridículo tu nombre. Tu casa. —Cerró la mano alrededor de la pluma de plata que colgaba del cuello de Alucard, la llama le lamió la piel—. Y esto se termina ahora —bramó y arrancó el sello de la Casa Emery que llevaba Alucard. Se derritió en su mano, las gotas de plata golpearon el suelo como si fuesen de sangre, pero cuando Alucard levantó la mirada otra vez, el hombre parado frente a él era y no era su padre. La imagen de Reson Emery parpadeó, reemplazada por un hombre hecho de oscuridad de pies a cabeza, si la oscuridad fuese sólida y negra y reflejara la luz como la piedra. Una corona brillaba sobre el contorno de su cabeza.

—Puedo ser piadoso —dijo el rey sombra—, si me lo ruegas.

Alucard se enderezó.

—*No*.

La habitación se meció violentamente y él cayó hacia adelante sobre sus rodillas en una fría celda de piedra, sujetado hacia abajo, mientras lo forzaban a poner las muñecas, que tenía esposadas, sobre un bloque de hierro grabado. Las brasas crujían cuando el correspondiente atizador avivaba el fuego y el humo le quemaba los pulmones a Alucard cuando intentaba respirar. Un hombre sacó el atizador de los carbones, su extremo de un rojo violento, y otra vez Alucard vio los rasgos tallados del rey.

—Ruega —dijo Osaron, llevando el hierro a descansar sobre las cadenas.

Alucard apretó los dientes y no lo hizo.

—Ruega —dijo Osaron mientras las cadenas se calentaban.

Cuando el calor peló la piel, la negativa de Alucard se volvió un grito largo.

Se tiró hacia atrás, repentinamente libre, y se encontró parado de nuevo en el pasillo, sin el rey, sin su padre, solo Anisa, descalza en un camisón, sosteniendo una muñeca quemada, los dedos de su padre como una esposa alrededor de su piel.

—¿Por qué me dejaste en este lugar? —preguntó ella.

Y antes de que pudiera responder, Alucard fue arrastrado de regreso a la celda, su hermano Berras ahora sostenía el hierro y sonreía mientras la piel de su hermano se quemaba.

—No deberías haber vuelto jamás.

Dando vueltas y vueltas, los recuerdos chamuscaban carne y músculo, mente y alma.

—Detente —rogó.
—Déjame entrar —dijo Osaron.
—Puede ser verdadero —dijo su hermana.
—Puede ser piadoso —dijo su padre.
—Puede ser justo —dijo su hermano.
—Si tan solo *nos dejas entrar*.

VI

—¿Su Majestad?

La ciudad caía.

—¿Su Majestad?

La oscuridad se expandía.

—Maxim.

El rey levantó la vista y vio a Isra, quien estaba claramente esperando la respuesta a una pregunta que no había escuchado. Maxim llevó la atención al mapa de Londres una última vez, con las sombras que se extendían, el río negro. ¿Cómo se suponía que debía luchar contra un dios o un espectro o lo que sea que esta *cosa* fuera?

Maxim gruñó y se apartó enérgicamente de la mesa.

—No puedo quedarme aquí parado, a salvo dentro de mi palacio, mientras mi reino se muere.

Isra le bloqueó el camino.

—Tampoco puede ir ahí afuera.

—Hazte a un lado.

—¿Qué bien le haría al reino si muere con él? ¿Desde cuándo la solidaridad es una especie de victoria? —Pocas personas podían hablarle a Maxim Maresh con semejante franqueza, pero Isra había estado con él desde antes de que fuera rey, había luchado a su lado en la Costa de Sangre tantos años atrás, cuando Maxim era un general e Isra su segunda, su amiga, su sombra—. Está pensando como un soldado en vez de como un rey.

Maxim le dio la espalda mientras se pasaba una mano por el cabello, negro y grueso.

No, estaba pensando *demasiado* como rey. Uno que se había ablandado por tantos años de paz. Uno cuyas batallas ahora se peleaban dentro de salones de baile y en asientos de estadio con palabras y vino en lugar de acero.

¿Cómo hubiesen luchado contra Osaron allá en la Costa de Sangre?

¿Cómo hubiesen peleado contra él si fuese un enemigo de carne y hueso?

Con astucia, pensó Maxim.

Pero esa era la diferencia entre la magia y los hombres, los últimos cometían *errores*.

Maxim negó con la cabeza.

Este monstruo era magia con una mente adherida y las mentes podían ser engañadas, doblegadas, incluso quebrantadas. Aun los mejores luchadores tenían fallas en su postura, rendijas en su armadura…

—Hazte a un lado, Isra.

—Su Majestad…

—No tengo ninguna intención de meterme en la bruma —dijo—. Me conoces mejor que eso —agregó—. Si voy a caer, caeré luchando.

Isra frunció el entrecejo, pero lo dejó pasar.

Maxim abandonó el salón del mapa, pero no giró hacia la galería, sino para el otro lado, caminó por el palacio y subió las escaleras hacia los aposentos reales. Cruzó la habitación sin detenerse para mirar la cama, el enorme escritorio de madera con incrustaciones de oro, el bol de agua fresca o los decantadores de vino.

Había deseado, con egoísmo, encontrar a Emira aquí, pero la habitación estaba vacía.

Maxim sabía que si la llamaba, ella vendría, lo ayudaría de cualquier manera que pudiese a alivianar la carga de lo que tenía que hacer a continuación, ya fuera que eso significase trabajar la magia con él o simplemente presionar las manos frías sobre su frente, deslizar los dedos por su cabello como había hecho cuando eran jóvenes, canturrear canciones que funcionaban como hechizos.

Emira era el hielo para el fuego de Maxim, el baño frío para atemperar su acero. Lo hacía más fuerte.

Pero él no la llamó.

En vez de eso, cruzó solo hacia la pared más lejana de la habitación real, donde medio escondida por franjas de gasa y seda había una puerta.

Maxi llevó las diez yemas de los dedos a la madera hueca y llamó al metal colocado dentro. Rotó las dos manos contra la puerta y sintió el movimiento del mecanismo, el ruido sordo de las barras de metal al deslizarse para soltarse, escondiéndose dentro de la puerta. No era una simple cerradura, no era una combinación que girar, pero Maxim Maresh había construido esta puerta y él era el único que la había abierto jamás.

Había atrapado a Rhy intentándolo una vez, cuando el príncipe era solo un niño.

El príncipe tenía una afición por descubrir secretos, ya sea que pertenecieran a una persona o a un palacio, y en el momento en que descubrió que la puerta estaba trabada, debió haber ido a buscar a Kell, había arrastrado al niño del ojo negro —aún novato frente a esta clase de travesuras benignas— de regreso al dormitorio real. Maxim los había encontrado a los dos, Rhy alentando a Kell, que levantaba cautelosamente los dedos hacia la madera.

Maxim había cruzado la habitación al oír el sonido del metal deslizándose y había atrapado la mano del muchacho antes de que la puerta pudiera abrirse. No era una cuestión de habilidad. Kell se volvía cada día más fuerte, su magia florecía como un

árbol en primavera, pero hasta el joven *antari* —quizá el joven *antari* más que nadie — necesitaba saber que el poder tenía sus límites.

Que las reglas estaban para ser obedecidas.

Rhy se había enfurruñado y se había ido furiosamente, pero Kell no había dicho nada mientras Maxim los llevaba afuera. Siempre habían sido así, tan diferentes de temperamento, el de Rhy cálido y fácilmente inflamable, el de Kell frío, que tardaba en calentarse. Extraño, pensó Maxim mientras destrababa la puerta, en algunas cosas, Kell y la reina eran tan parecidos.

No había nada *prohibido* en la recámara detrás de la puerta. Era simplemente privada. Y cuando eras rey, la privacidad era preciada, más que ninguna gema.

Ahora Maxim descendía unos pocos escalones de piedra hasta su estudio. La habitación era fría y seca y trazada con metal, los estantes tenían unos pocos libros, pero cientos de recuerdos, *souvenirs*. No de su vida en el palacio —la rosa de oro nupcial de Emira, la primera corona de Rhy, un retrato de Rhy y Kell en el patio de las estaciones—, esos estaban todos expuestos en la recámara real. Había reliquias de otro tiempo, de otra vida.

Una bandera medio quemada y un par de espadas, largas y delgadas como una espiga de trigo.

Un timón reluciente, no de oro, sino de metal bruñido, delineado con franjas de rubí.

Una punta de flecha de piedra que Isra había quitado de su costado en su última batalla en la Costa de Sangre.

Armaduras paradas en guardia contra la pared, con las máscaras sin rostro inclinadas hacia abajo, y en este santuario, Maxim se quitó la elegante capa roja y oro, desabrochó los gemelos de cáliz que sostenían los puños de su túnica, apoyó a un lado su corona. Pieza por pieza, se despojó de su majestad y llamó al hombre que había sido antes.

An tol vares, lo llamaban.

El príncipe del acero.

Había pasado tanto tiempo desde que Maxim Maresh había usado ese cargo, pero había tareas para el rey y tareas para el soldado, y ahora este último se arremangó, tomó un cuchillo y comenzó a trabajar.

VII

La diferencia que hacía solo un día, pensó Rhy, pasando solo frente a las ventanas mientras se alzaba el sol. Un día. Una cuestión de horas. Un mundo de cambios.

Dos días atrás, Kell había desaparecido y Rhy se había tallado seis letras en el brazo para traerlo de regreso. *Perdón*. Los cortes aún estaban frescos en su piel, la palabra aún ardía con el movimiento, y sin embargo se sentía como de otra vida.

Ayer su hermano había regresado a casa y había sido arrestado y el príncipe había luchado para ver a Kell liberado, solo para perderlo otra vez, para perderse a sí mismo, perder todo.

Y despertarse a esto.

«Escuchamos, escuchamos, escuchamos».

En la oscuridad, los cambios eran difíciles de ver, pero la luz tenue del invierno revelaba una escena terrorífica.

Apenas unas horas antes, Londres había rebosado con los vítores del *Essen Tasch*, los banderines de los magos finalistas habían flameado mientras estos luchaban en el estadio central.

Ahora, los tres estadios flotaban como lúgubres cadáveres sobre el río ennegrecido, el único sonido era el cántico de las campanas matutinas que venían del Santuario. Los cuerpos subían y bajaban como manzanas sobre la superficie del Isle, y decenas —cientos— más estaban arrodillados a lo largo de la margen del río, formando un borde espeluznante. La diferencia de un solo día.

Sintió que venía su hermano.

Era extraño la forma en que eso funcionaba. Siempre había sido capaz de percibir cuando Kell estaba cerca —intuición de hermanos—, aunque estos días sentía la presencia de su hermano como una cuerda pero en reversa, se tensaba en vez de aflojarse cuando estaban cerca.

Ahora la tensión vibraba.

El eco en el pecho de Rhy se volvía más fuerte al entrar Kell en la habitación. Este hizo una pausa en el umbral de la puerta.

—¿Quieres estar solo?

—Nunca estoy solo —dijo el príncipe, como ausente, y luego, obligándose a animarse—, pero todavía estoy vivo. —Kell tragó saliva, y Rhy podía ver la disculpa trepando por la garganta de su hermano—. No lo hagas… —dijo, sin dejar hablar a su

hermano. Su atención regresó al mundo más allá del vidrio—. ¿Qué pasará después de que los pongamos a todos a dormir?

—Lo obligamos a Osaron a enfrentarnos. Y lo vencemos.

—¿Cómo?

—Tengo un plan.

Rhy alzó las yemas de los dedos hacia el vidrio. Del otro lado, la bruma se reunió en forma de mano, acarició la ventana y luego se apartó, colapsó de nuevo a niebla.

—¿Así es como muere un mundo? —preguntó.

—Espero que no.

—Personalmente —dijo Rhy con repentina liviandad, que sonó hueca—, ya me harté de esto de morir. Ya comenzó a perder su encanto.

Kell se quitó el abrigo con una sacudida de hombros y se dejó caer en una silla.

—¿Sabes qué fue lo que pasó?

—Sé lo que mi madre me contó, lo que significa que sé lo que le dijiste.

—¿Quieres saber la verdad?

Rhy dudó.

—Si te ayuda decirla.

Kell intentó sonreír, fracasó y negó con la cabeza.

—¿Qué recuerdas?

La mirada de Rhy bailó sobre la ciudad.

—Nada —dijo, aunque en verdad recordaba el dolor y la ausencia de dolor, la oscuridad como agua estancada que lo envolvía y una voz que intentaba traerlo de regreso.

«No te puedes morir… he llegado tan lejos».

—¿Has visto a Alucard?

Kell se encogió de hombros.

—Supongo que estará en la galería —respondió, de una forma que decía que realmente no le importaba.

Rhy sintió que se le estrujaba el pecho.

—Probablemente tengas razón.

Pero Rhy sabía que no estaba ahí. Ya había escaneado el Gran Salón al atravesarlo, buscando, buscando. El recibidor, los salones de baile, la biblioteca. Rhy había registrado cada habitación en busca de ese brillo familiar plateado y azul, el pelo dorado por el sol, el destello de un zafiro, y había encontrado ciento de rostros, algunos conocidos y otros extraños, y ninguno de ellos Alucard.

—Ya aparecerá —dijo Kell distraído—. Siempre lo hace.

Justo entonces, un grito se elevó no desde afuera, sino desde adentro del palacio. El estruendo de unas puertas que se abrían de golpe en algún lugar abajo, un acento veskano chocaba con uno arnesiano.

—Por los Santos —gruñó Kell, poniéndose de pie—, si la oscuridad no los mata, su temperamento lo hará.



Su hermano salió apresurado de la habitación sin mirar atrás y Rhy se quedó ahí parado solo por un largo rato, con las sombras susurrantes contra el vidrio, antes de tomar el abrigo de Kell, encontrar la puerta escondida más cercana y escabullirse afuera.

La ciudad —*su* ciudad— estaba llena de sombras.

Rhy cerró bien el abrigo de Kell alrededor de sus hombros y se cubrió la nariz y la boca con una bufanda, como uno haría antes de enfrentar un fuego, como si una franja de tela pudiera mantener a la magia afuera. Contuvo la respiración al sumergirse en la marea de bruma, pero cuando su cuerpo encontró las sombras, estas retrocedieron, otorgándole varios metros de distancia.

Miró alrededor y por un momento se sintió como un hombre que esperaba ahogarse solo para encontrar que el agua tenía medio metro de profundidad.

Y entonces Rhy dejó de pensar por completo y corrió.

El caos brotaba a su alrededor, el aire era un enredo de sonido y miedo y humo. Hombres y mujeres intentaban arrastrar a sus vecinos hacia el trecho negro del río. Algunas personas se tropezaban y caían, atacadas por enemigos invisibles, mientras otras se escondían detrás de puertas atrancadas e intentaban proteger las paredes con agua, tierra, arena, sangre.

Aun así, Rhy se movía como un fantasma entre ellos. Inadvertido. Desapercibido. Ninguna pisada lo seguía por las calles. Ninguna mano buscaba arrastrarlo al río. Ninguna muchedumbre intentaba infectarlo con sombras.

La bruma envenenada se apartaba para el príncipe, se escurría alrededor de él como el agua alrededor de una piedra.

¿Era la vida de Kell lo que lo escudaba del peligro? ¿O era la ausencia de la de Rhy? ¿El hecho de que no quedaba nada que la oscuridad pudiera tomar?

—Vayan adentro —decía a los afiebrados, pero no podían escucharlo.

—Regresen —les gritaba a los caídos, pero no escuchaban.

La locura brotaba alrededor de él y Rhy se apartó de la ciudad que se quebraba y dirigió su mira nuevamente a la búsqueda del capitán del Aguja Nocturna.

Había solo dos lugares a los que Alucard Emery iría: la mansión familiar o su nave.

La lógica decía que iría a la casa, pero algo en las entrañas de Rhy lo envió en la dirección opuesta, hacia el muelle.

Encontró al capitán en el piso de su camarote.

Una de las sillas había sido derribada, una mesa barrida y las astillas brillantes de los vasos esparcidas por la alfombra y a lo largo del piso de madera. Alucard —determinado, fuerte, hermoso Alucard— yacía enroscado sobre un costado,

temblando por la fiebre, su cálido cabello marrón pegado a sus mejillas con sudor. Se agarraba la cabeza, la respiración se le escapaba en suspiros irregulares mientras hablaba con fantasmas.

—Detente… por favor… —Su voz (esa voz firme, clara, siempre llena de risas) se quebró—. No me obligues…

Rhy estaba de rodillas al lado de él.

—Luc —dijo, tocando el hombro del capitán.

Los ojos de Alucard se abrieron de golpe y Rhy retrocedió al verlos llenos de sombras. No el negro firme de la mirada de Kell, sino manchas amenazantes de oscuridad que se retorcían y enroscaban como serpientes en su vista, los iris azules destellaban y desaparecían detrás de la bruma.

—*Detente* —gruñó el capitán de repente. Se puso de pie con esfuerzo, con las piernas temblorosas, solo para volver a caerse contra el piso.

Rhy se quedó cerca de él, impotente, sin saber si sostenerlo en el piso o ayudarlo a pararse. Los ojos de Alucard encontraron los suyos, pero la mirada lo pasó de largo. Estaba en otro lugar.

—Por favor —rogó el capitán a los fantasmas—. No me obligues a irme.

—No lo haré —dijo Rhy, preguntándose a quién veía Alucard. Qué veía. Cómo liberarlo. Las venas del capitán sobresalían como cuerdas contra la piel.

—Nunca me perdonará.

—¿Quién? —preguntó Rhy y Alucard frunció el ceño, como si estuviera tratando de ver más allá de la bruma, de la fiebre.

—Rhy… —La enfermedad se aferró con más fuerza, las sombras en sus ojos se llenaron de líneas de luz, como relámpagos. El capitán se mordió los labios para reprimir un grito.

Rhy pasó los dedos por el pelo de Alucard, tomó su rostro con las manos.

—Lucha —ordenó—. Lo que sea que te esté tomando, *lucha contra eso*.

Alucard se acurrucó, temblando.

—No puedo…

—Concéntrate en mí.

—Rhy… —sollozó.

—Aquí estoy. —Rhy Maresh se apoyó sobre el piso lleno de vidrios y se recostó sobre un lado para quedar cara a cara—. Aquí estoy.

Entonces recordó. Como un sueño que regresaba parpadeante a la superficie, recordó las manos de Alucard sobre sus hombros, su voz atravesando el dolor, llegando a él incluso en la oscuridad.

«Estoy aquí ahora», había dicho, «así que no te puedes morir».

—Estoy aquí ahora —repitió Rhy, entrelazando los dedos con los de Alucard—. Y no te voy a soltar, así que no te atrevas.

Otro grito desgarró la garganta de Alucard, se aferró con más fuerza y las líneas de negro en su piel comenzaron a brillar. Primero rojas, luego blancas. Ardían. Se

estaba quemando de adentro hacia afuera. Y dolía, dolía mirar, dolía sentirse tan impotente.

Pero Rhy mantuvo su palabra.

No lo soltó.

VIII

Kell se apresuró hacia el vestíbulo occidental, persiguiendo los sonidos de una pelea en ciernes.

Era solo una cuestión de tiempo hasta que la atmósfera del palacio cambiara. Hasta que los magos se negaran a sentarse y esperar y observar cómo caía la ciudad. Hasta que a alguien se le metiera en la cabeza actuar.

Abrió las puertas de golpe y encontró a Hastra parado ante la entrada occidental, con la espada real corta agarrada con ambas manos, como un gato rodeado por lobos.

Brost, Losen y Sar.

Tres de los magos del torneo —dos arnesianos y una veskana—, competidores ahora aliados contra un enemigo en común. Kell había esperado esto de Brost y Sar, dos luchadores con temperamentos que igualaban su tamaño, pero el protegido de Kisimyr, Losen, tenía contextura de sauce, era conocido tanto por su apariencia como por su talento incipiente. Anillos de oro tintineaban en su cabello negro y se veía fuera de lugar entre los dos robles. Pero tenía la piel bajo sus ojos oscuros amoratada y su rostro estaba gris por la pena y la falta de descanso.

—Sal del camino —exigió Brost.

Hastra mantuvo su determinación.

—No puedo dejarlos pasar.

—¿Por orden de quién? —estalló Losen, con voz ronca.

—La guardia real. La guardia de la ciudad. El rey.

—¿Qué es esto? —preguntó Kell, acercándose a grandes pasos.

—Mantente al margen, *antari* —siseó Sar, sin girarse. Era más alta incluso que Brost, su figura veskana llenaba el pasillo y llevaba un par de hachas sujetadas atrás. Había caído frente a Lila en la primera ronda, había pasado el resto del torneo enfurruñada y borracha, pero ahora sus ojos estaban llenos de fuego.

Kell se detuvo a sus espaldas, contando con que el instinto de lucha los haría darse vuelta. Funcionó y a través del bosque de sus extremidades, vio a Hastra desplomarse contra las puertas.

Kell observó a Losen primero.

—No traerá a Kisimyr de regreso.

El joven mago se enrojeció de indignación. El sudor le daba comezón en la frente y se tambaleó un poco al hablar.

—¿Viste lo que ese monstruo le hizo? —dijo, con la voz entrecortada—. Tengo que…

—No, no tienes que hacer nada —dijo Kell.

—Kisimyr hubiera…

—Kisimyr lo intentó y perdió —dijo Kell con amargura.

—Puedes quedarte aquí, escondido en tu palacio —ladró Brost—, ¡pero nuestros amigos están ahí afuera! ¡Nuestras familias!

—Y tu bravuconada no los ayudará.

—Los veskanos no nos quedamos sentados sin hacer nada esperando la muerte —estalló Sar.

—No —dijo Kell—, tu orgullo te lleva directamente a ella.

Ella le mostró los dientes.

—No vamos a escondernos como cobardes en este lugar.

—Este lugar es lo único que los mantiene a salvo.

El aire comenzaba a resplandecer de calor alrededor de los puños cerrados de Brost.

—No puedes encerrarnos aquí.

—Créeme —dijo Kell—, hay decenas de personas que preferiría mantener aquí antes que a ustedes, pero fueron los únicos con suficiente suerte para estar en el palacio cuando cayó la maldición.

—Y ahora nuestra ciudad nos necesita —rugió Brost—. Somos lo mejor que tiene.

Kell cerró la mano en un puño y pinchó la base de la palma con la punta de metal que llevaba en la muñeca. Sintió la punzada, el calor de la sangre acumulándose en su piel.

—Son caballos de exhibición —dijo— destinados a caracolear por la pista, y si creen que es lo mismo que combatir contra la magia, están completamente equivocados.

—Cómo te atreves… —comenzó a decir Brost.

—El maestro Kell puede derribarlos con una sola gota de sangre —anunció Hastra desde atrás de ellos.

Kell se quedó mirando al joven con completa sorpresa.

—Escuché que el *antari* real no tiene dientes —interrumpió Sar.

—No queremos hacerte daño, principito —dijo Brost.

—Pero lo haremos —masculló Losen.

—Hastra —dijo Kell sin alterarse—, vete.

El joven dudó, indeciso entre abandonar a Kell y desafiarlo, pero al final, obedeció. Los ojos de los magos se dispararon hacia él al pasar y en ese instante se movió Kell.

Un suspiro y estaba detrás de ellos con una mano levantada hacia las puertas exteriores.

—*As Staro* —dijo.

Las trabas dentro de las puertas cayeron con un *clanc* pesado y barras de metal nuevas se extendieron de un lado a otro sobre la madera, sellando las puertas.

—Ahora —dijo Kell, sosteniendo la mano ensangrentada con la palma hacia arriba, como ofreciéndola—, regresen a la galería.

Los ojos de Losen se abrieron más, pero el temperamento de Brost estaba demasiado alterado y Sar estaba deseosa de una pelea. Cuando ninguno se movió, Kell suspiró.

—Quiero que recuerden —dijo— que les di una oportunidad.



Se terminó rápido.

En unos pocos segundos, Brost estaba sentado en el suelo, agarrándose la cara, Losen estaba desplomado contra la pared, abrazándose las costillas lastimadas, Sar estaba inconsciente, los extremos de sus trenzas rubias chamuscados de negro.

El pasillo estaba un poco deteriorado, pero Kell se las había ingeniado para mantener la mayor parte del daño confinado a los cuerpos de los tres magos.

Atraída por el ruido, la gente abrió las puertas internas y la entrada comenzó a llenarse de personas —algunos magos, otros nobles—, que se esforzaban por ver qué sucedía en el vestíbulo. Los tres magos en el piso y Kell parado en el medio. Justo lo que necesitaba. Una escena. Comenzaban los susurros y Kell podía sentir el peso de los ojos y las palabras, que aterrizaban sobre él.

—¿Se rinden? —les preguntó a las figuras desplomadas, sin saber exactamente a cuál se estaba dirigiendo.

Un grupo de faroneses parecía bastante divertidos al ver a Brost esforzándose por ponerse de pie mientras se sujetaba la nariz.

Un par de veskanos fueron a levantar a Sar y mientras la mayoría de los arnesianos se quedaron quietos, Jinnar, el mago de viento con cabello plateado, fue directamente hasta Losen y ayudó al afligido joven a ponerse de pie.

—Vamos —dijo, con la voz más lenta y más suave que Kell le había oído jamás. Caían lágrimas silenciosamente por las mejillas de Losen y Kell sabía que no habían brotado por las costillas lastimadas o por el orgullo herido.

—No fui por ella en la azotea —murmuró—. Yo no…

Kell se arrodilló para limpiar una gota de sangre del piso de mármol antes de que lo tiñera y escuchó los pasos pesados del rey, antes de ver que la multitud se dividía alrededor de él; Hastra venía detrás.

—Maestro Kell —dijo Maxim, barriendo la escena con la mirada—, agradecería que no tirara abajo el palacio. —Pero Kell podía sentir la aprobación entretejida en

las palabras del rey. Mejor una muestra de fuerza que la debilidad de la tolerancia.

—Disculpas, Su Majestad —dijo Kell, inclinando la cabeza.

El rey giró sobre sus talones y eso fue todo. Un motín apagado. Un instante de caos que se había terminado y el orden restablecido.

Kell sabía tan bien como Maxim cuán importante era eso ahora, con la ciudad que se aferraba a cada pizca de poder, cada señal de fuerza. Tan pronto como los magos habían sido guiados o llevados a otro lado y la habitación se había vaciado de espectadores, se dejó caer en una silla apoyada contra la pared, cuyo almohadón aún humeaba por el incidente. Le dio unas palmadas para apagarlo, luego alzó la vista para encontrar a su antiguo guardia aún parado ahí, con sus cálidos ojos bien abiertos bajo el casquete de pelo acariciado por el sol.

—No hace falta que me agradezcas —dijo Kell, haciendo un gesto con la mano.

—No es eso —dijo Hastra—. Quiero decir, estoy agradecido, señor, por supuesto. Pero…

Kell sintió una sensación horrible en el estómago.

—¿Qué pasa ahora?

—La reina está preguntando por el príncipe.

—La última vez que me fijé —dijo Kell—, ese no era yo.

Hastra miró el piso, luego la pared, el techo, antes de reunir el coraje para mirarlo otra vez.

—Lo sé, señor —dijo despacio—. Pero no logro *encontrarlo*.

Kell había percibido que venía un golpe, pero aun así lo tomó por sorpresa.

—¿Has revisado el palacio?

—Desde la base a la punta, señor.

—¿Falta alguien más?

Un titubeo y luego:

—El capitán Emery.

Kell maldijo en voz baja.

«¿Has visto a Alucard?», había preguntado Rhy, mirando fijo por las ventanas del palacio. ¿Sabría él si el príncipe había sido infectado? ¿Sentiría la magia oscura arremolinándose en su sangre?

—¿Hace cuánto? —preguntó Kell, que ya se dirigía a los cuartos del príncipe.

—No estoy seguro —dijo Hastra—. Una hora, quizá un poco más.

—Santos.

Kell entró corriendo a la habitación de Rhy, tomó de la mesa el broche de oro del príncipe y se pinchó el dedo con él, con más fuerza de la necesaria. Esperaba que donde fuera que estuviese Rhy, sintiera el pinchazo del metal y supiera que Kell estaba yendo.

—¿Le digo al rey? —preguntó Hastra.

—Viniste a mí —dijo Kell—, porque sabes que no te conviene.

Se arrodilló, dibujó un círculo con sangre en el piso de Rhy y presionó la palma de la mano abierta contra este, el broche de oro quedó entre la carne y las tablas de madera del suelo.

—Vigila la puerta —dijo y luego, a la marca misma y la magia en su interior—: *As Tascen Rhy*.

El suelo cedió, el palacio desapareció, reemplazado por un instante de oscuridad y después, igual de rápido, por una habitación. El piso se mecía suavemente bajo sus pies, y Kell supo antes de asimilar las paredes de madera, las ventanas de entrada, que estaba en un barco.

Los encontró acostados en el suelo, con las frentes apoyadas una contra la otra y los dedos entrelazados. Los ojos de Alucard estaban cerrados, pero los de Rhy estaban abiertos, la mirada fija en el rostro del capitán.

La furia se elevó a la garganta de Kell.

—Lamento interrumpir —espetó—, pero este no es el momento para que los amantes…

Rhy lo calló con la mirada. El ámbar de sus ojos estaba inyectado de rojo y fue entonces cuando Kell notó cuán pálido estaba el capitán, cuán inmóvil.

Por un segundo creyó que Alucard Emery estaba muerto.

Entonces los ojos del capitán se abrieron lentamente, con cansancio. Las ojeras resaltaban debajo de estos, lo que le daba la mirada demacrada de una persona que ha estado enferma por largo tiempo. Y había algo malo en su piel. Bajo la luz tenue del camarote, líneas plateadas —no radiantes como el metal líquido, sino el brillo opaco de la piel cicatrizada— le rodeaban las muñecas, la clavícula, la garganta. Trazaban caminos por sus mejillas, como lágrimas, destellaban sobre sus sienes. Hilos de luz que marcaban caminos donde el azul de las venas debería haber estado, donde había estado.

Pero no había maldición en sus ojos.

Alucard Emery había sobrevivido a la magia de Osaron.

Estaba vivo… y cuando habló, aún era él, tan exasperante como siempre.

—Podrías haber tocado a la puerta —dijo, pero su voz era ronca, sus palabras débiles, y Kell vio la oscuridad en la expresión de Rhy, no el producto de un hechizo, solo miedo. ¿Cuán mal se había puesto? ¿Cuán cerca había estado?

—Tenemos que irnos —dijo Kell—. ¿Emery se puede poner de pie o…? —Su voz se apagó cuando se le agudizó la vista. Del otro lado del camarote se había movido algo.

Una forma, apilada en la cama del capitán, se había sentado.

Era una niña. El cabello oscuro le caía alrededor del rostro en ondas despeinadas por el sueño, pero fueron sus ojos los que lo paralizaron. No estaban oscuros por la maldición. No tenían nada. Estaban vacíos.

—¿Anisa? —dijo Alucard, haciendo un esfuerzo para ponerse de pie. El nombre agitó algo en Kell. Un recuerdo de estar leyendo pergaminos, metido al lado de Rhy,

en la biblioteca Maresh.

Anisa Emery, doceava en la línea de sucesión al trono, la tercera de los hijos de Reson y la hermana menor de Alucard.

—Quédate ahí —ordenó Kell, bloqueando el camino del capitán, pero con los ojos en la niña.

Kell había visto la muerte previamente, había sido testigo del momento en que una persona cesaba de ser persona y se convertía en un simple cuerpo, la llama de la vida extinguida dejaba solo un caparazón. Era tanto algo que se sentía como algo que se veía, la sensación de la falta.

Mirando a Anisa Emery, Kell tenía la horrible sensación de ya estar mirando un cadáver.

Pero los cadáveres no se ponían de pie.

Y ella lo hizo.

La niña sacó las piernas de la cama y cuando sus pies desnudos tocaron el suelo, las tablas de madera comenzaron a petrificarse, el color se iba de la madera, que envejecía, se deterioraba. Su corazón resplandecía en su pecho como carbón.

Cuando intentó hablar, no salió sonido alguno, solo el crujido de brasas, que provenía de la cosa en ella que continuaba ardiendo.

Kell sabía que la niña ya no estaba ahí.

—¿Nis? —dijo otra vez su hermano, dando un paso hacia ella—. ¿Me escuchas?

Kell tomó al capitán del brazo y lo empujó hacia atrás justo cuando los dedos de la niña acariciaban la manga de Alucard. La tela se puso gris con el contacto. Kell empujó a Alucard a los brazos de Rhy y regresó hacia Anisa, tratando de mantenerla a raya usando su voluntad y cuando eso no funcionó —no era la voluntad de *ella* contra lo que peleaba, ya no, sino contra la voluntad de un monstruo, de un fantasma, de un dios autoproclamado—, plegó el barco alrededor de ellos y la madera se despegó de las paredes de la cabina para bloquear el camino de la niña. Ella estaba desapareciendo, tabla por tabla, y entonces de repente Kell se dio cuenta de que estaba luchando contra una segunda voluntad, la de Alucard.

—¡Detente! —gritó el capitán, luchando contra el agarre de Rhy—. No podemos dejarla, no puedo dejarla, no otra vez…

Kell se dio vuelta y golpeó en el estómago a Alucard Emery.

El capitán se dobló hacia adelante, sin aire, y Kell se arrodilló frente a ellos, dibujó rápidamente un segundo círculo en el piso del camarote.

—Rhy, ahora —dijo Kell y apenas la mano del príncipe tocó su hombro, dijo las palabras. La niña ardiente desapareció, el camarote cedió y estaban de regreso en la habitación de Rhy, agachados en el piso taraceado del príncipe.

Hastra se dejó caer del alivio al verlos, pero Alucard ya estaba luchando para ponerse de pie, Rhy se esforzaba por contenerlo mientras murmuraba una y otra vez:

—*Solase, solase, solase*.

Lo siento, lo siento, lo siento.

Alucard agarró a Kell del cuello, con los ojos abiertos y desesperados.

—Llévame de regreso.

Kell negó con la cabeza.

—No queda nadie en ese barco.

—Mi hermana…

Tomó a Alucard de los hombros con fuerza.

—Escúchame —dijo—. *No queda nadie*.

Finalmente debió haberlo comprendido, porque la lucha desapareció de Alucard Emery. Se desplomó sobre el sillón más cercano, temblando.

—Kell… —comenzó a decir Rhy.

Se volteó hacia su hermano.

—Y tú. Eres un estúpido, ¿lo sabías? Después de todo lo que hemos pasado, ¿simplemente sales ahí afuera? Podrías haber muerto. Podrías haberte infectado. Es un milagro que no cayeras enfermo.

—No —dijo Rhy despacio—, no creo que lo sea.

Antes de que Kell pudiera detenerlo, el príncipe estaba en el balcón, destrabando las puertas. Hastra se lanzó hacia él, pero era demasiado tarde. Rhy abrió las puertas de golpe y salió a la bruma. Kell lo alcanzó justo a tiempo para ver que las sombras encontraban la piel del príncipe y se alejaban.

Rhy se estiró hacia la más cercana y esta rehuyó del contacto.

Kell hizo lo mismo. Otra vez, los tentáculos de la magia de Osaron retrocedieron.

—Mi vida es tuya —dijo Rhy suavemente, pensativo—, y la tuya es mía. —Levantó la vista—. Tiene sentido.

Pasos y entonces Alucard estaba al lado de ellos. Kell y Rhy se dieron vuelta para evitar que saliera, pero las sombras ya se apartaban.

—Debes ser inmune —dijo Rhy.

Alucard bajó la mirada a sus manos, observó las cicatrices que delineaban sus venas.

—Y pensar que todo lo que tuve que abandonar fue mi atractivo físico.

Rhy se las ingenió para esbozar una sonrisa.

—Me gusta bastante el plateado.

Alucard alzó una ceja.

—¿Ah, sí? Quizá empiece una moda.

Kell revoleó los ojos.

—Si ustedes dos terminaron —dijo—, deberíamos mostrarle al rey.

IX

Había momentos en los que Lila se preguntaba cómo demonios había terminado allí.

Qué pasos —y pasos en falso— había dado. El año pasado había sido una ladrona en otro Londres. El mes pasado había sido una pirata que navegaba en mar abierto. Una semana atrás, había sido una maga en el *Essen Tasch*. Y ahora era esto. *Antari*. Sola y no. Rota pero no a la deriva. Había demasiadas vidas enredadas con la de ella. Demasiadas personas por las que preocuparse y una vez más no sabía si quedarse o correr, pero la elección tendría que esperar, porque esta ciudad se estaba muriendo y quería salvarla. Y quizá esa fuera una señal de que ya había elegido. Por ahora.

Lila miró en derredor en la celda del Santuario, no había nada más que el catre y los símbolos en el piso. Lila había estado ahí una vez antes, con un príncipe agonizante sobre los hombros. El Santuario había parecido frío y remoto incluso entonces, pero ahora estaba más frío todavía. El pasillo más allá, antes silencioso, ahora yacía mortalmente quieto, su respiración era el único movimiento en el aire. Luz tenue ardía en candelabros a lo largo de la pared con una constancia que había llegado a reconocer como encantada. Una ráfaga sopló con suficiente fuerza como para mover ligeramente su abrigo, pero el viento no alteró las antorchas. Todos los sacerdotes se habían ido, la mayoría se había refugiado mientras levantaban las defensas del palacio y el resto se había dispersado por la ciudad, perdidos en la bruma. Extraño, pensó, que no fueran inmunes, pero supuso que estar cerca de la magia no siempre era algo bueno. No cuando la magia hacía de demonio tanto como de dios.

El silencio del Santuario se sentía antinatural. Había pasado años escabulléndose por entre las multitudes, forjando su intimidad en cuartos apretados. Ahora, se movía sola por un lugar hecho para decenas, cientos, una especie de iglesia que se sentía mal sin sus fieles, sin el calor suave y constante de su magia combinada.

Solo quietud y la voz —¿voces?— más allá del edificio que la urgía: «Ven, ven, o déjame entrar».

Lila tembló, alterada, y comenzó a cantar en voz baja mientras subía las escaleras.

—*¿Cómo sabes cuando viene Sarows?*

En la cima, el salón principal, con sus techos abovedados y pilares de piedra, todos tallados en el mismo granito moteado. Entre las columnas había grandes cuencos hechos de madera blanca, cada uno lleno de agua, flores o arena fina. Lila

pasó los dedos por el agua al pasar caminando, una bendición instintiva, un recuerdo enterrado de una infancia a un mundo de distancia.

Sus pasos hacían eco en el espacio cavernoso, y ella se contrajo y cambió su caminar al de un ladrón, mudo incluso sobre la piedra. Se le erizó el pelo de la nuca al cruzar el pasillo y…

Alguien golpeaba la puerta del Santuario.

Lila se quedó parada ahí, sin saber qué hacer.

—*Alos mas en* —gritó una voz. *Déjenme entrar*. Tras la pesada madera, no podía distinguir si era de un hombre o de una mujer, pero de cualquier manera estaba haciendo demasiado ruido. Ella había visto los disturbios en las calles, las multitudes de hombres y mujeres de ojos ensombrecidos que atacaban a aquellos que no habían caído, aquellos que intentaban luchar, atraídos a su lucha como gatos a los ratones. Y lo último que necesitaba era que vinieran *aquí*.

—Demonios —gruñó, apresurándose hacia las puertas.

Estaban trabadas y tuvo que apoyar la mitad de su peso contra el hierro, mientras sostenía un cuchillo entre los dientes, para hacer que se moviera. Cuando la tranca finalmente se deslizó y las puertas del Santuario se abrieron, un hombre entró gateando al caerse de rodillas al piso de piedra.

—*Rensa tav, rensa tav* —tartamudeó sin aire, mientras Lila cerraba las puertas con esfuerzo detrás de él y luego escupía el filo a su mano.

Se dio vuelta, lista para una pelea, pero él seguía arrodillado ahí, con la cabeza gacha y disculpándose con el suelo.

—No debería haber venido —dijo él.

—Probablemente no —respondió Lila—, pero ya estás aquí ahora.

Ante el sonido de su voz, la cabeza del intruso se levantó de golpe, la capucha se le cayó hacia atrás para revelar un rostro angosto con ojos abiertos y sin maleficio.

El cuchillo regresó a su costado.

—¿*Lenos*?

El segundo a bordo del Aguja la miraba.

—¿Bard?

Lila casi esperaba que Lenos saliera corriendo atemorizado —siempre la había tratado como un fuego incontenible, algo que podía quemarlo en cualquier momento si se acercaba demasiado—, pero su rostro era simplemente una máscara de *shock*. *Shock* y gratitud. Dejó escapar un sollozo de alivio y ni siquiera se sobresaltó cuando ella lo agarró para ayudarlo a ponerse de pie, aunque se quedó mirando fijo el lugar donde sus manos se encontraron, incluso al decir:

—*Tas ira…*

Tu ojo.

—Ha sido una larga noche… —Lila echó una mirada a la luz que se colaba por las ventanas—. Día. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—No lo sabía —dijo, su cabeza iba de un lado a otro nerviosamente—. Pero cuando sonaron las campanas, pensé que quizá uno de los sacerdotes…

—Lamento decepcionarte.

—¿El capitán está a salvo?

Lila dudó. No había vista a Alucard, no desde que le marcó la frente, pero antes de que pudiera decir eso, volvieron a tocar la puerta. Lila y Lenos se dieron vuelta.

—Déjenme entrar —dijo otra voz.

—¿Estabas solo? —susurró Lila.

Lenos asintió.

—Déjenme entrar —continuó, extrañamente invariable.

Lila y Lenos se alejaron un paso de las puertas. Estaban firmes, las trancas sólidas, el Santuario supuestamente protegido contra la magia oscura, pero no sabía cuánto tiempo la defensa resistiría sin los sacerdotes.

—Vamos —dijo Lila. Tenía la memoria de un ladrón y el mapa de Tieren desplegado en la mente, con todos los detalles de dónde estaban los pasillos, las celdas, el estudio. Lenos la siguió de cerca, moviendo los labios mientras decía en silencio una plegaria de algún tipo.

Siempre había sido el religioso a bordo del barco, rezaba ante el primer indicio de tormenta, al comienzo y al final de cada viaje. Ella no tenía idea de a qué o a quién le rezaba. El resto de la tripulación se lo permitía, pero ninguno parecía creer demasiado en ello tampoco. Lila suponía que la magia era para la gente de aquí lo que Dios era para los cristianos, y ella nunca había creído en Dios, pero incluso aunque hubiese creído, pensaba que era bastante tonto creer que Él tenía tiempo para darle una mano a cada barco que se sacudía. Y sin embargo…

—Lenos —dijo ella despacio—, ¿cómo es que estás bien?

Él se echó un vistazo, como si no estuviese del todo seguro. Luego sacó un talismán de debajo de su camisa. Lila se puso rígida al verlo, el símbolo en la parte frontal estaba muy gastado, pero tenía los mismos bordes doblados que la piedra negra, y mirarlo le provocó la misma sensación de frío y calor. En el mismísimo centro del talismán, atrapada en una cuenta de vidrio, flotaba una sola gota de sangre.

—Mi abuela —explicó él—, Helina. Ella era…

—*Antari* —intervino Lila.

Él asintió.

—La magia no se transmite —dijo él—. Así que su poder nunca hizo demasiado por mí. —Bajó la mirada al talismán—. Hasta ahora. —Los golpes a la puerta continuaron, más suaves a medida que caminaban—. El colgante era para mi hermano mayor, Tanik, pero él no lo quiso, dijo que era una chuchería inútil, así que terminó siendo mío.

—Quizá los dioses de la magia te favorecieron después de todo —dijo ella, escaneando los pasillos a cada lado.

—Quizá —dijo Lenos, medio para sí.

Lila tomó el segundo a la izquierda y se encontró frente a las puertas de la biblioteca. Estaban cerradas.

—Bueno —dijo—, o bien tienes suerte o fuiste bendecido. Tú eliges.

Lenos mostró una sonrisa nerviosa.

—¿Cuál elegirías *tú*?

Con la oreja contra la madera, ella escuchó para percibir alguna señal de vida. Nada.

—¿Yo? —respondió Lila, empujando las puertas para abrirlas—. Yo elegiría ser inteligente.

Las puertas cedieron para dar paso a filas de mesas, aún había libros abiertos sobre estas y las páginas susurraban ligeramente con la corriente de aire de la habitación.

Al final de la biblioteca, más allá del último conjunto de repisas, encontró el estudio de Tieren. Había una elevada pila de pergaminos en el escritorio. Frascos de tinta y libros llenaban las paredes. Un armario se erguía abierto, revelando estante tras estante de frascos de vidrio.

—Vigila la puerta —dijo Lila. Recorrió con dedos torpes las tinturas y hierbas mientras entrecerraba los ojos hacia los nombres, escritos en una especie de taquigrafía arnesiana que no podía leer. Olió la que parecía contener aceite antes de inclinar la boca de la botella contra la yema de su dedo gordo.

«Tigre, tigre», cantó para sí, agitando el poder en sus venas, desenfundándolo como haría con un cuchillo. Chasqueó los dedos y una pequeña llama cobró vida en su mano. Bajo su luz parpadeante, Lila escudriñó la lista de provisiones y se puso manos a la obra.



—Creo que eso es todo —dijo, poniéndose el morral de lona al hombro. Los pergaminos amenazaron con desparramarse y los viales tintinearon suavemente dentro, botellas de sangre y tinta, hierbas y arena y otras cosas cuyos nombres no tenían sentido. Además de lo que estaba en la lista de Tieren, había robado un frasco de algo llamado «dulce sueño» y una pequeña ampolla marcada como «té de vidente», pero había dejado el resto, lo que hizo que se sintiera bastante impresionada con su moderación.

Lenos se quedó parado frente a las puertas, con una mano contra la madera, y ella no supo si era porque necesitaba el apoyo o si simplemente estaba escuchando de la forma en que un marinero hacía en ocasiones frente a una tormenta venidera, no por el sonido sino con el tacto.

—Siguen golpeando —dijo en voz baja—. Y creo que hay varios más ahora.

Lo que significaba que no podrían salir, no por donde habían venido, no sin problemas. Lila salió al pasillo y miró los caminos que se abrían, mientras traía a la mente el mapa y deseaba haber tenido tiempo para estudiar más que el camino previsto para ella. Chasqueó los dedos. El fuego vino a su mano y contuvo la respiración mientras la llama se asentaba y luego comenzaba a bailar sutilmente. Comenzó a caminar, con Lenos a los talones, mientras ella perseguía la corriente de aire.

De detrás de ellos vino un sonido breve de algo que caía rodando de un estante alto.

Lila se dio vuelta, con el fuego llameando en su mano, a tiempo para ver la esfera de piedra hacerse añicos contra el piso.

Se preparó para un ataque que nunca vino. En su lugar, solo un conocido par de ojos amatista que brillaron con la luz.

—¿Esa?

La gata de Alucard se deslizó hacia adelante, con los pelos del lomo erizados, pero en cuanto se dirigió hacia la criatura, esta dio un respingo, obviamente asustada, y salió corriendo hacia la puerta abierta más cercana. Lila maldijo en voz baja. Pensó en dejarla ir —odiaba a la gata y estaba segura de que el sentimiento era mutuo—, pero quizá conocía otra salida.

Lila y Lenos siguieron al animal por una puerta y luego por otra, las habitaciones alrededor de ellos se estaban volviendo lo suficientemente frías como para cubrirse de escarcha. Detrás de la tercera puerta, encontraron una especie de claustro abierto al aire matutino. Una docena de arcos llevaban a un jardín, sin el cuidado del resto del Santuario, sino silvestre, una maraña de árboles, algunos secos por el invierno y otros verdes como de verano. Le recordó al patio del palacio donde había encontrado a Rhy el día anterior, solo que sin un ápice de orden. Las flores brotaban y las vides serpenteaban por los caminos y más allá del jardín…

Pero más allá del jardín, no había *nada*.

Ni arcos. Ni puertas. Los claustros daban al río y en algún lugar más allá del follaje silvestre, el jardín simplemente terminaba, caía en la sombra.

—¿Esa? —llamó Lila, pero la gata se había lanzado por entre setos y estaba fuera de toda vista. Lila tembló y maldijo ante el repentino frío hiriente. Ya estaba girando hacia las puertas, aunque podía ver la pregunta en los ojos de Lenos. Toda la tripulación sabía cuánto significaba el gato para Alucard. Una vez él le había dicho en broma que era el talismán donde guardaba su corazón, pero también había confesado que Esa era un regalo de su amada hermanita. Quizá, de algún modo, las dos cosas fueran verdaderas.

Lila maldijo y arrojó el morral a los brazos de Lenos.

—Quédate aquí.

Puso el cuello de su abrigo hacia arriba para cubrirse del frío y se adentró en el jardín, pisando vides silvestres y esquivando ramas bajas. Probablemente fuera una

metáfora sobre el caos del mundo natural; casi podía escuchar a Tieren dándole un sermón sobre pisar suavemente mientras sacaba su cuchillo más afilado y daba un machetazo a una molesta vid.

—Ven aquí, Esa —llamó.

Estaba a la mitad del jardín cuando se dio cuenta de que ya no podía ver el camino delante. O detrás. Era como si se hubiese ido completamente fuera de Londres, a otro mundo hecho de nada más que niebla.

—Regresa, gatita —murmuró, al llegar al borde del jardín—, o juro por Dios que te arrojaré al… —Se le apagó la voz. El jardín terminaba abruptamente frente a ella, las raíces llegaban a una plataforma de piedra blanca. Y al final de la plataforma, justo como había pensado, no había pared ni barrera. Solo una verdadera caída al aceite negro del Isle abajo.

—¿No te has enterado?

Lila se dio vuelta hacia la voz y encontró a una niña no más alta que su cintura parada entre ella y el borde del jardín. Una novicia vestida con la sotana blanca del Santuario, el cabello peinado hacia atrás en una trenza prolija. Sus ojos se arremolinaban con la magia de Osaron y los dedos de Lila aferraron con más fuerza el cuchillo. No quería matar a la niña. No si aún había una parte de ella dentro, intentando salir. No quería hacerlo, pero lo haría.

La pequeña novicia estiró el cuello para mirar el cielo pálido. Piel amoratada rodeaba sus uñas y dibujaba líneas oscuras hacia arriba por sus mejillas.

—El rey está llamando.

—¿Ah, sí? —preguntó Lila, robando un paso hacia el jardín.

La bruma se hacía más densa alrededor de ellas, tragando los bordes del mundo. Y luego, de la nada, comenzó a nevar. Un copo cayó lentamente, aterrizó en su mejilla y…

Lila se sobresaltó cuando la diminuta cuchilla de hielo le lastimó la piel.

—¿Qué demonios…?

La novicia se rio mientras Lila se limpiaba la mejilla con la manga y los copos de nieve afilados en punta comenzaron a caer como en un diluvio. El fuego estaba en las manos de Lila antes de que ella pensara en llamarlo y agachó la cabeza mientras el calor la envolvía en un escudo, el hielo derretido antes de llegar a su piel.

—Lindo truco —murmuró, levantando la vista.

Pero la novicia se había ido.

Un instante después, una mano gélida se deslizó alrededor de la muñeca de Lila.

—¡Te tengo! —dijo la niña, la voz aún rebosaba de risa cuando las sombras comenzaron a verterse desde sus dedos, solo para rehuir la piel de Lila.

El rostro de la niña se transfiguró.

—Eres uno de *ellos* —dijo la niña.

Pero en vez de soltarla, la mano se ciñó más. La niña era fuerte —una fuerza inhumana—, tenía las venas negras, que le corrían por la piel como sogas, y arrastró a

Lila lejos del jardín, hacia el lugar donde el Santuario terminaba y el mármol daba paso a la caída. Abajo lejos, el río se estiraba en un plano negro inmóvil.

—Suéltame —advirtió Lila.

La novicia no lo hizo.

—No es feliz contigo, Delilah Bard.

—*Suéltame*.

Las botas de Lila patinaron contra la superficie resbaladiza. Cuatro pasos para el borde de la plataforma. Tres.

—Escuchó lo que dijiste sobre liberar a Kell. Y si no lo dejas entrar —otra risita—, te ahogará en el mar.

—Vaya, no eres nada espeluznante —gruñó Lila, intentando liberarse de un tirón. Cuando eso no funcionó, sacó un cuchillo.

Apenas estaba fuera de su vaina cuando otra mano, enorme esta, la tomó de la muñeca y la retorció con violencia hasta que soltó el arma. Cuando Lila se dio vuelta, atrapada ahora entre dos, encontró un guardia real, más robusto que Barron, con barba oscura y los restos arruinados de *su* marca en la frente.

—¿Conoces al rey sombra? —tronó.

—Oh, demonios —dijo Lila cuando una tercera figura salió caminando del jardín. Una anciana, descalza y vestida con tan solo un camisón.

—¿Por qué no lo dejas entrar?

Lila había tenido suficiente. Lanzó las manos al aire y empujó, de la misma manera en que lo había hecho en el *ring* hacía tan poco. Físicamente. Voluntad contra voluntad. Pero de lo que fuera que estuviesen hechas estas personas ahora, no funcionó. Simplemente se doblaron alrededor de la fuerza. Esta se movió directo a través de ellas como viento en el trigal y después la arrastraban nuevamente hacia la caída escarpada.

Dos pasos.

—No quiero lastimarlos —mintió. En ese momento quería lastimarlos gravemente, pero no detendría al monstruo que manejaba sus hilos. Luchó para que se le ocurriera algo.

Un paso, y se estaba quedando sin tiempo. Las botas de Lila golpearon a la niña en el pecho y enviaron a la novicia tropezando hacia atrás. Luego hizo un movimiento rápido con los dedos para sacar un segundo cuchillo y lo lanzó entre las articulaciones de la armadura del guardia a la altura de la rodilla. Lila esperaba que el hombre se doblara, gritara o al menos la *soltara*. No hizo ninguna de esas cosas.

—Oh, vamos —gruñó cuando él la empujó medio paso más hacia el borde, mientras la novicia y la mujer le bloqueaban la huida.

—El rey quiere que pagues —dijo el guardia.

—El rey quiere que ruegues —dijo la niña.

—El rey quiere que te arrodilles —dijo la anciana.

Sus voces tenían la misma horrible entonación. La cornisa se acercaba a los talones de Lila.

—Ruega por tu ciudad.

—Ruega por tu mundo.

—Ruega por tu vida.

—Yo no *ruego* —gruñó Lila, estrellando su pie contra la cuchilla clavada en la rodilla del guardia. Al fin la pierna cedió, pero cuando se derrumbó, él se la llevó consigo. Por suerte, cayó lejos de la cornisa y ella rodó libre y se puso de pie otra vez, los brazos delgados de la mujer ya le envolvían la garganta. Lila la lanzó en el aire hacia la novicia, que ya se acercaba, y se alejó unos pasos más del borde.

Ahora al menos tenía el jardín atrás y no el precipicio de piedra.

Pero los tres atacantes estaban nuevamente erguidos, con los ojos llenos de sombras y las bocas llenas de palabras de Osaron. Y si Lila corría, simplemente la perseguirían.

La sangre le vibraba con la adrenalina de la pelea y sus dedos ansiaban que invocara fuego, pero el fuego solo funcionaba si te importaba que te quemaran. Un cuerpo sin miedo nunca frenaría frente a las llamas. No, lo que Lila necesitaba era algo material. Con peso.

Bajó la mirada a la plataforma de piedra.

Podría funcionar.

—¿Quiere que me arrodille? —dijo, dejando que las piernas se le doblaran, que la piedra fría le golpeara las rodillas.

Los caídos la observaron, amenazantes, mientras ella presionaba las manos contra el piso de mármol y rastreaba una pieza de Blake en su memoria —algo, cualquier cosa que le centrara la mente—, pero entonces, de pronto, Lila se dio cuenta de que no *necesitaba* las palabras. Buscó percibir el pulso en la roca y encontró una vibración constante, como el punteo de una cuerda.

Los caídos comenzaban a avanzar hacia ella nuevamente, aunque era demasiado tarde.

Lila se aferró a los hilos y tiró.

El suelo se sacudió debajo de ella. La niña y el guardia y la anciana bajaron la mirada para ver las fisuras que se formaban como raíces profundas en el piso de piedra. Una grieta feroz corría de borde a borde, escindiendo la plataforma del jardín, a las almas caídas de Delilah Bard. Y entonces se quebró, y los tres cayeron rodando al río que estaba debajo con un estruendo y una ola y luego nada.

Lila se enderezó, agitada, con una sonrisa desafiante que le abría los labios, mientras los últimos fragmentos de piedra se partían y caían repiqueteando fuera de la vista. No había sido la solución más elegante, pero sí efectiva.

Dentro del jardín, alguien gritaba su nombre.

Lenos.

Se giró hacia él justo cuando un tentáculo de oscuridad le envolvía la pierna y *tiraba*.

Lila cayó al suelo con fuerza.

Y siguió cayendo.

Resbalando.

La sombra estaba enroscada alrededor de su tobillo como una tenaz vid —no, como una *mano*— y la arrastraba hacia el borde. Patinó sobre el piso roto, buscó con desesperación algo, cualquier cosa a la que agarrarse porque el borde se acercaba más y más y luego lo había pasado y caía, con nada salvo el río negro abajo.

Los dedos de Lila atraparon el borde. Se aferró a él con toda su fuerza.

La oscuridad también se aferró y la empujaba hacia abajo. El borde roto de la plataforma le cortó las palmas de las manos, y la sangre se acumuló y solo entonces, cuando cayeron las primeras gotas, fue cuando la oscuridad retrocedió y la soltó.

Lila se quedó ahí colgada, jadeando. Obligó a sus manos rasguñadas a soportar su peso e impulsarlo hacia arriba. Luego enganchó una bota en la orilla dentada y arrastró el cuerpo hacia arriba y a la plataforma.

Rodó sobre su espalda, las manos le latían, le faltaba el aire.

Aún estaba en el piso cuando Lenos finalmente llegó.

Miró alrededor, a la plataforma rota, las manchas de sangre. Se le abrieron los ojos como platos.

—¿Qué *pasó*?

Lila se incorporó con esfuerzo a una posición de sentada.

—Nada —masculló mientras se ponía de pie. Aún le caían gotas gordas de sangre de los dedos.

—¿Esto es nada?

Lila rotó el cuello.

—Nada que no pudiera manejar —corrigió.

Fue entonces cuando notó la masa blanca y peluda en sus brazos. Esa.

—Vino cuando la llamé —dijo él con timidez—. Y creo que encontramos una salida.

Cinco

Cenizas y expiación

I

—Fascinante —dijo Tieren, dando vuelta las manos de Alucard, mientras pasaba un dedo huesudo por el aire sobre las cicatrices plateadas de sus muñecas—. ¿Duele?

—No —dijo Alucard despacio—. Ya no.

Rhy observaba posado sobre el respaldo del sillón, con los dedos entrelazados para evitar que temblasen.

El rey y Kell estudiaban a Tieren mientras Tieren estudiaba al capitán y punteaba el silencio profundo con preguntas que Alucard intentaba responder, aunque estaba claro que seguía sufriendo.

No decía cómo había sido, solo que había estado delirando y que en ese estado febril, el rey sombra había intentado meterse en su mente. Y Rhy no lo traicionó diciendo nada. Las manos aún le dolían de haber estado agarrando con fuerza las de Alucard, todavía tenía el cuerpo agarrotado por el tiempo pasado en el suelo del Aguja, pero si Kell sentía ese dolor, no dijo nada y por eso, entre tantas otras cosas, Rhy estaba agradecido.

—Así que Osaron *sí* necesita permiso —dijo Tieren.

Alucard tragó saliva.

—La mayoría de la gente, me imagino, lo da sin saberlo. La enfermedad surge con rapidez. Para cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, él ya estaba en mi cabeza. Y apenas intenté resistirme… —La voz de Alucard se apagó. Encontró la mirada de Rhy—. Te retuerce la mente, tus recuerdos.

—Pero ahora —interrumpió Maxim—, ¿su magia no puede tocarte?

—Así parece.

—¿Quién te encontró? —preguntó.

Kell le lanzó una mirada a Hastra, quien dio un paso adelante.

—Yo, Su Majestad —mintió el ex guardia—. Lo vi irse y…

Rhy lo interrumpió.

—Hastra no encontró al capitán Emery. *Yo* lo hice.

Su hermano suspiró, exasperado.

Su madre se tensionó.

—¿Dónde? —exigió Maxim, con una voz que siempre hacía que Rhy se contrajera. Ahora, se mantuvo firme.

—En su barco. Para cuando llegué, él ya estaba enfermo. Me quedé con él para ver si sobrevivía y lo hizo…

Su padre se había puesto rojo, su madre pálida.

—¿Saliste ahí fuera, solo —dijo ella—, en medio de la bruma?

—Las sombras no me tocaron.

—Te pusiste en riesgo —lo reprendió su padre.

—No estoy en peligro, en absoluto.

—Te podrían haber tomado.

—¡No lo entienden! —estalló Rhy—. Sea cual sea la parte de mí que Osaron podría tomar, ya se ha ido.

La habitación se quedó inmóvil. No tenía el coraje para mirar a Kell. Podía sentir que el pulso de su hermano se aceleraba, podía sentir el peso de su mirada.

Y entonces la puerta se abrió de golpe y Lila Bard entró disparada, seguida por un hombre delgado y de aspecto nervioso que sostenía nada menos que un *gato*. Ella vio —o percibió— la tensión que se agitaba en la habitación y se detuvo.

—¿De qué me perdí?

Tenía las manos vendadas, un rasguño profundo le recorría la mandíbula y Rhy observó cómo su hermano se movía hacia ella con tanta naturalidad como si el mundo simplemente se hubiese inclinado. Para Kell, aparentemente, así había sido.

—*Casero* —dijo el hombre que la seguía, cuyos ojos demacrados se iluminaron al ver a Alucard. Claramente había venido de afuera del palacio, pero no mostraba señales de enfermedad.

—Lenos —dijo el capitán, mientras la gata saltaba al piso e iba a enroscarse alrededor de sus botas—. ¿Dónde…?

—Larga historia —interrumpió Lila, lanzándole el morral a Tieren y agregó, advirtiendo las cicatrices en el rostro de Alucard—. ¿Qué te pasó *a ti*?

—Larga historia —repitió él.

Lila fue hasta el aparador y se sirvió un trago.

—En este punto, ¿no lo son todas?

Lo dijo con liviandad, pero Rhy notó que le temblaban los dedos cuando acercaba el líquido ámbar a sus labios.

El rey estaba mirando al marinero delgado y bastante desaliñado.

—¿Cómo entraste al palacio? —preguntó.

El hombre miró nerviosamente del rey a la reina, luego a Kell.

—Es mi segundo oficial, Su Majestad —respondió Alucard.

—Eso no responde mi pregunta.

—Nos encontramos… —comenzó a decir Lila.

—Él puede hablar por sí mismo —espetó el rey.

—Quizá si se molestara en interrogar a su gente en su propio idioma —disparó Lila en respuesta. La habitación se silenció. Kell alzó una ceja. Rhy, a pesar de sí mismo, casi rio.

Un guardia apareció en la puerta y se aclaró la garganta.

—Su Majestad —dijo—, el prisionero desea hablar.

Lila se quedó dura ante la mención de Holland. Alucard se dejó caer pesadamente sobre una silla.

—Por fin —dijo Maxim, comenzando a avanzar hacia la puerta, pero el guardia agachó la cabeza, avergonzado.

—No con usted, Su Majestad. —Señaló a Kell con la cabeza—. Con él.

Kell miró a Maxim, quien asintió bruscamente.

—Tráeme respuestas —advirtió— o encontraré otra forma de obtenerlas.

Una sombra cruzó el rostro de Kell, pero él solo asintió y se fue.

Rhy observó a su hermano irse, luego se volvió hacia su padre.

—Si Alucard sobrevivió, debe haber otros. Déjame…

—¿Lo sabías? —exigió Maxim.

—¿Qué?

—Cuando dejaste la seguridad de este palacio, ¿*sabías* que eras inmune a la magia de Osaron?

—Lo sospechaba —dijo Rhy—, aunque me hubiese ido de todas maneras.

La reina lo tomó del brazo.

—Después de todo…

—Sí, después de todo —dijo Rhy, soltándose de un tirón—. *Debido* a todo. —Se dirigió a sus padres—. Me enseñaron que un gobernante sufre con su gente. Me enseñaron que él es su fortaleza, su piedra. ¿No lo ven? Nunca tendré magia, pero finalmente tengo un *propósito*.

—Rhy… —comenzó su padre.

—No —lo cortó—. No dejaré que crean que los Maresh los han abandonado. No me esconderé en un palacio protegido cuando puedo caminar sin miedo por esas calles. Cuando puedo recordarle a nuestra gente que no está sola, que estoy peleando con ellos, *por* ellos. Cuando me pueden derribar, pero puedo levantarme otra vez y al hacerlo, mostrarles la inmortalidad de la esperanza. Esto es lo que puedo hacer por mi ciudad y lo haré con mucho gusto. No necesitas protegerme de la oscuridad. No, ya no puede hacerme daño. Nada puede.

Rhy se sintió exprimido, vacío, pero en esa vacuidad había una especie de paz. No, no exactamente paz. Claridad. Determinación.

Miró a su madre, quien se agarraba las manos con fuerza.

—¿Quieres que sea tu hijo o el príncipe de Arnes?

Sus nudillos se pusieron blancos.

—Siempre serás ambos.

—Entonces no tendré éxito como ninguno.

Encontró la mirada del rey, pero fue el sumo sacerdote el que habló.

—El príncipe tiene razón —dijo Tieren con su manera suave pero firme—. La guardia real y la de la ciudad están reducidas a la mitad y los sacerdotes están al límite intentando sostener las defensas del palacio. Todo hombre y mujer inmune a la

magia de Osaron es un aliado que no podemos perder. Necesitamos cada vida que podamos salvar.

—Entonces está decidido —dijo Rhy—. Saldré a caballo…

—Solo no —interrumpió su padre y agregó, antes de que Rhy pudiera protestar —: *Nadie* saldrá solo.

Alucard levantó la cabeza desde su asiento, pálido, exhausto. Sus manos apretaron contra la silla y comenzó a levantarse cuando Lila dio un paso adelante, mientras terminaba su trago.

—Lenos, lleva al capitán a dormir —dijo ella y añadió, mirando al rey—: Yo iré con Su Alteza.

Maxim frunció el ceño.

—¿Y por qué te confiaría la seguridad de mi hijo?

Ella inclinó la cabeza al hablar, haciendo que el pelo oscuro se moviera para enmarcar su ojo destruido. En ese simple gesto desafiante, Rhy pudo ver por qué ella le gustaba tanto a Kell.

—¿Por qué? —repitió Lila—. Porque las sombras no pueden tocarme y los caídos no lo harán. Porque soy buena con la magia y mejor con un cuchillo y porque tengo más poder en las venas que lo que tú tienes en todo este maldito palacio. Porque no tengo inconvenientes en matar y, por sobre todo, tengo un don para mantener a tus hijos, a los *dos*, con vida.

Si Kell hubiese estado ahí, se habría puesto pálido.

Así como estaban, el rey se puso casi bordó.

Alucard dejó escapar un sonido breve y agotado que quizá haya sido una risa.

La reina miró con perplejidad a la extraña muchacha.

Y Rhy, a pesar de todo, sonrió.



El príncipe tenía una sola armadura.

Nunca había visto batalla, nunca había visto nada más que los ojos del forjador, hecha para el pequeño retrato de piedra en la recámara de sus padres, un regalo de Maxim para Emira en su décimo aniversario. Rhy se había puesto la armadura solo una vez; había planeado usarla otra vez la noche de su vigésimo cumpleaños, pero esa noche nada había salido como lo había pensado.

La armadura era liviana, demasiada liviana para un verdadero combate, pero perfecta para posar, con un suave reborde de oro repujado y blanco perla y una capa de color crema, y hacía un levísimo repique cuando se movía, un sonido agradable como una campanada lejana.

—No eres nada sutil, ¿no es cierto? —dijo Lila cuando lo vio caminando en el vestíbulo del palacio.

Había estado parada a la entrada, con los ojos en la ciudad y en la bruma que aún se movía bajo la luz de las últimas horas de la mañana, pero al escuchar el suave sonido que hacía Rhy al acercarse, se había dado vuelta y casi había estallado en carcajadas. Y él creyó que ella tenía razones. Después de todo, Lila estaba vestida con sus botas gastadas y su abrigo negro de cuello alto, viéndose, con sus manos vendadas, como un pirata tras una noche dura. Y ahí estaba él, que prácticamente resplandecía en un oro pulido con un complemento de guardias de plata detrás.

—Nunca he sido afecto a la sutileza.

Rhy se imaginó a Kell negando con la cabeza, la exasperación luchando con lo divertido. Quizá se viera tonto, pero *Rhy* quería ser visto, quería que su pueblo —si había alguien afuera, si había alguien ahí— supiera que su príncipe no estaba escondido. Que no tenía miedo de la oscuridad.

Al descender por las escaleras del palacio, la expresión de Lila se endureció, sus manos heridas se cerraron en puños flojos a los lados de su cuerpo. Él no sabía qué había visto ella en el Santuario, pero se daba cuenta de que no había sido placentero y, por toda esa postura desenfadada que ella siempre tenía, la mirada que llevaba ahora en el rostro lo desconcertó.

—Crees que esto es una mala idea —dijo él. No era una pregunta. Pero encendió algo en Lila, avivó el fuego en sus ojos y arrancó una sonrisa.

—Sin dudas.

—Entonces, ¿por qué sonríes?

—Porque —respondió— las malas ideas son mis favoritas.

Llegaron a la explanada al pie de las escaleras, las flores que usualmente bordeaban los escalones ahora eran esculturas de vidrio negro. Se elevaba humo desde una docena de lugares en el horizonte, no el rastro sencillo de los fuegos en los hogares, sino la columna de humo demasiado oscura de un edificio en llamas. Rhy se enderezó. Lila se ajustó bien la chaqueta.

—¿Listo?

—No necesito una chaperona.

—Bien —dijo ella, al partir—, yo no necesito un príncipe que se tropiece con mis talones.

Rhy se extrañó.

—Le dijiste a mi padre…

—Que podía mantenerte con vida —dijo ella, echando una mirada hacia atrás—, pero no necesitas que lo haga.

Algo en Rhy se aflojó. Porque de toda la gente en su vida, su hermano y sus padres y sus guardias e incluso Alucard Emery, Lila era la primera —la única— persona que lo trataba como si él no necesitara que lo salvasen.

—Guardias —llamó, endureciendo la voz—. Sepárense.

—Su Alteza —comenzó a decir uno—. No debemos dej…

Se dio vuelta hacia ellos.

—Tenemos que cubrir demasiado territorio y la última vez que chequeé, todos teníamos un par de ojos que funcionaban —le lanzó una mirada a Lila, al darse cuenta de su error, pero ella solo se encogió de hombros—, así que úsenlos y *encuéntrenme a mis sobrevivientes*.

Era una búsqueda desalentadora.

Rhy encontró demasiados cuerpos y, peor, los lugares donde *debería* haber habido cuerpos, pero solo quedaban andrajos y una pila de cenizas, el resto se había ido con el viento invernal. Pensó en la hermana de Alucard, Anisa, quemándose de adentro hacia afuera. Pensó en lo que les había pasado a aquellos que habían perdido su batalla contra la magia de Osaron. ¿Y los caídos? Los miles de personas que *no* habían peleado contra el rey sombra, sino que se habían rendido, habían cedido. ¿Estaban todavía ahí dentro, prisioneros en su propia mente? ¿Podían ser salvados? ¿O ya estaban perdidos?

—*Vas ir* —murmuró sobre los cuerpos que encontró y sobre los que no.

Vete en paz.

Las calles estaban llenas, pero se movía entre las masas como un fantasma, los ojos ensombrecidos pasaban sobre él, a través de él. Caminaba con el oro brillante y aun así no lo notaban. Él los llamaba, pero ellos no respondían. No se volteaban.

«Sea cual fuese la parte de mí que Osaron podría tomar, ya se ha ido».

¿Realmente creía eso?

Su bota se patinó sobre el suelo y, al bajar la mirada, vio que un pedazo de calle había *cambiado*, de piedra a algo distinto, algo vidrioso y negro, como las flores en la escalera.

Se arrodilló, pasó su mano enguantada contra el trecho liso. No era frío. Tampoco cálido. No era húmedo como el hielo. No era *nada*. Lo que no tenía sentido. Rhy se enderezó, perplejo, y siguió buscando algo, a *alguien* a quien poder ayudar.

Plateados, así era como algunos llamaban a aquellos que habían sido quemados por la magia de Osaron y habían sobrevivido. Resultaba ser que los sacerdotes ya habían encontrado a un puñado, la mayoría de los cuales se habían levantado de las camas de afiebrados que llenaban el Salón Rose.

¿Pero cuántos más aguardaban en la ciudad?

Al final, Rhy no encontró al primer plateado.

El plateado lo encontró a él.

El muchachito vino hacia él a los tropezones desde una casa y se hundió a los pies de Rhy. Líneas bailaban como luz sobre su piel, el cabello negro le caía sobre los ojos rojos de fiebre.

—*Mas vares*.

Mi príncipe.

Rhy se arrodilló en su armadura y raspó la placa donde el oro encontró piedra.

—Está todo bien —dijo, mientras el niño lloraba y las lágrimas le dejaban nuevas marcas sobre lo plateado de sus mejillas.

—Completamente solo —murmuró el pequeño, con la voz entrecortada—. Completamente solo.

—Ya no —dijo el príncipe.

Se levantó y comenzó a avanzar hacia la casa, pero dedos pequeños le tomaron la mano. El niño negó con la cabeza y Rhy vio las cenizas que le cubrían la parte frontal al muchacho y entendió. No había nadie más dentro de la casa.

«Ya no».

II

Lila fue directo al mercado nocturno.

Alrededor de ella, la ciudad no estaba vacía. Hubiese sido menos escalofriante si lo hubiese estado. En vez de eso, aquellos que habían caído bajo el maleficio de Osaron se movían por las calles como sonámbulos que llevaban a cabo tareas recordadas mientras estaban sumergidos en la profundidad de sus sueños.

El mercado nocturno era una sombra de lo que solía ser, la mitad de él ardía y el resto continuaba en esa forma aturdida y fantasmal.

Un comerciante de frutas vendía manzanas, en sus ojos nadaban sombras, mientras una mujer llevaba flores, cuyos bordes estaban escarchados de negro. Todo tenía un aire embrujado, un mar de marionetas, y Lila continuó entrecerrando los ojos hacia el aire que los rodeaba en busca de los hilos.

Rhy se movía por la ciudad como un espectro, pero Lila era como una visita molesta. La gente la miraba al pasar, entornaba los ojos, pero los cortes en sus manos aún estaban frescos y la sangre los mantenía a raya, como si sus susurros la persiguieran por las calles.

Desparramados por el mercado, como si alguien hubiese salpicado agua turbia en el piso y esta se hubiese congelado, había trechos de hielo negro. Lila pisaba lejos de ellos con el pie seguro de un ladrón y la gracia de un luchador.

Estaba abriéndose paso hacia la familiar carpa verde de Calla al final del mercado cuando vio a un hombre lanzando una tinaja de piedras en llamas al río.

—¡No pudiste tomarme, monstruo! —estaba gritando—. No pudiste mantenerme dominado.

La tinaja cayó en el río con un estruendo, generó ondas en el agua semicongelada y lanzó una columna de vapor siseante hacia el cielo.

Y así, la ilusión se hizo añicos.

El hombre que vendía manzanas y la mujer con flores y todos los otros caídos en el mercado interrumpieron lo que hacían y comenzaron a avanzar hacia el hombre, como si se hubieran despertado de un sueño. Solo que no estaban despertando. En su lugar, era como que la oscuridad se alzaba dentro de ellos, Osaron se levantaba y giraba sus cabezas y veía a través de sus ojos. Ellos se movían como un solo cuerpo, uno que no era de ellos.

—Idiota —murmuró Lila, mirando al hombre, pero este no pareció notarlo. No pareció que le *importara*.

—¡Enfréntame, cobarde! —rugió cuando parte de la carpa más cercana se desprendió y se alzó en el aire al lado de él.

La multitud murmuró su descontento.

—Cómo te atreves —dijo un mercader, a quien los ojos le brillaron sombríamente mientras sacaba un cuchillo.

—El rey no soportará esto —dijo un segundo, retorciendo una soga entre sus manos.

El aire tembló con la repentina necesidad de violencia y Lila lo sintió como un golpe al comprender: Osaron obtenía obediencia de los caídos y energía de los afiebrados. Pero quienes habían luchado y se habían liberado de su hechizo no le servían para nada. Y lo que no podía usar…

Lila corrió.

Le latía la pierna lastimada al correr hacia él.

—¡Cuidado! —gritó, su primer cuchillo ya en el aire. Le dio en el pecho al atacante más cercano, se enterró hasta la empuñadura, pero el propio cuchillo del mercader había salido de su mano antes de que él cayera.

Lila tacleó al hombre con cicatrices para que cayera al piso justo cuando el metal pasaba zumbando por sobre sus cabezas.

El extraño la miró en *shock*, pero no había tiempo. Los caídos los rodeaban con armas en mano. El hombre estrelló un puño contra el piso y un trozo de calle tan ancho como un puesto del mercado se alzó como un escudo.

Levantó otro muro improvisado y se dio vuelta, con la clara intención de invocar un tercero, pero Lila no tenía deseo alguno de ser sepultada. Arrastró al hombre para que se pusiera de pie y corrió a la carpa más cercana antes de que una pava de acero golpeara contra el costado de lona pesada.

—Muévete —gritó, abriéndose paso a cuchilladas por una segunda pared de lona y una tercera hasta que el hombre la detuvo con un tirón.

—¿Por qué hiciste eso?

Lila se liberó a la fuerza.

—Un gracias sería agradable. Perdí mi quinto cuchillo favorito…

Él la empujó contra el mástil de una carpa.

—¿Por qué? —gruñó él, con los ojos bien abiertos. Eran de un verde chillón, con motas negras y doradas.

Una patada rápida a las costillas con la base de su bota y él se cayó hacia atrás, no tan lejos como ella había esperado.

—Porque estabas a los gritos pelados contra nada más que sombra y bruma. Un consejo: no comiences una pelea así si quieres vivir.

—No *quería* vivir. —Le tembló la voz al bajar la vista hacia sus manos llenas de cicatrices plateadas—. No quería *esto*.

—Un montón de gente intercambiaría tu lugar por el de ellos.

—Ese monstruo se llevó todo. Mi esposa. Mi padre. Luché contra eso porque pensé que habría alguien esperándome. Pero cuando desperté… cuando desperté… —Hizo un sonido estrangulado—. Deberías haberme dejado morir.

Lila frunció el ceño.

—¿Cómo te llamas?

—¿Qué?

—Tienes un nombre. ¿Cuál es?

—Manel.

—Bueno, Manel. Morirte no va a ayudar a los muertos. No encontrará a los perdidos. Un montón de gente ha caído. Pero algunos de nosotros aún estamos parados. Así que si quieres rendirte, sal por esa cortina. No te detendré. No te salvaré de nuevo. Pero si quieres darle un uso a tu segunda oportunidad, ven conmigo.

Ella giró sobre sus talones e hizo un tajo en la siguiente pared de lona y la atravesó para detenerse de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó Manel detrás de ella—. ¿Hay algo mal?

—Esta es la última carpa —dijo lentamente Lila—. Sal por la solapa y dirígete al palacio.

Manel escupió.

—El *palacio*. La realeza se escondió dentro de su palacio mientras mi familia moría. El rey y la reina se sentaron a salvo en sus tronos mientras Londres caía y ese príncipe malcriado…

—Suficiente —gruñó Lila—. Ese príncipe malcriado está registrando las calles en busca de gente como tú. Está a la búsqueda de vivos y enterrando a los muertos y haciendo todo lo que puede por evitar que los primeros se transformen en lo segundo, así que puedes ayudar o puedes desaparecer, pero hagas lo que hagas, sal de aquí.

La miró fijo por un largo rato, luego maldijo por lo bajo y desapareció por la solapa de la carpa, y a su paso tintinearon las campanas.

Lila volvió su atención a la tienda vacía.

—¿Calla? —llamó, con la esperanza de que la mujer estuviese ahí y de que no estuviera. Las farolas que colgaban en las esquinas estaban apagadas, los sombreros y bufandas y capuchas en la pared arrojaban extrañas formas en la oscuridad. Lila chasqueó los dedos y una luz se encendió en su mano, parpadeante pero brillante. Cruzó la pequeña carpa, buscando alguna señal de la mercader. Quería ver la sonrisa amable de la mujer, quería escuchar las palabras burlonas de Calla. Quería que Calla estuviera lejos, bien lejos, quería que estuviera a salvo.

Algo crujió bajo la bota de Lila.

Una cuenta de vidrio, como las que había en el baúl que Lila había traído a tierra. La caja de hilos de oro y broches de rubí y una docena de otras cosas pequeñas y hermosas que le había dado a Calla como pago por el abrigo y la máscara y la amabilidad.

Las cuentas estaban desparramadas por el piso en un rastro desprolijo que desaparecía debajo del ruedo de una segunda cortina que colgaba cerca del fondo de la tienda. La luz se filtraba por debajo, caía sobre gemas y alfombra y algo sólido.

Delilah Bard nunca leía demasiados libros.

Los pocos que había leído eran de piratas y ladrones y siempre terminaban con libertad y la promesa de más historias. Los personajes se iban navegando. Continuaban su vida. Lila siempre imaginaba a la gente de esa manera, en una serie de intersecciones y aventuras. Era fácil cuando te movías por la vida —por los mundos— como ella hacía. Era fácil cuando no te importaba, cuando la gente aparecía en una página y se iba otra vez, de regreso a sus propias historias, y podías imaginar lo que querías para ellos, si te importaban lo suficiente como para escribirlo en tu cabeza.

Barron había entrado en su vida y se había negado a irse, y después se había muerto y ella tenía que seguir recordando eso una y otra vez, en vez de dejarlo continuar con vida en alguna versión sin ella.

No quería eso para Calla.

No quería mirar detrás de la cortina, no quería saber el final de esta historia, pero su mano se estiró por su propia y traicionera voluntad y corrió la tela.

Vio el cuerpo en el piso.

«Oh», pensó estúpidamente, «ahí está».

Calla, quien pronunciaba la *i* del nombre de Lila como una *e* y siempre sonaba al borde de la carcajada.

Calla, quien había creído que Lila estaba enamorada de un príncipe con ojo negro, incluso antes de que Lila lo estuviera realmente. Calla, quien quería que Kell fuera feliz tan solo como hombre, no como *aven*. Quien había querido que *ella* —Lila— fuera feliz.

La caja de chucherías que Lila una vez había traído a casa para la mercader ahora estaba caída abierta y de costado, un centenar de puntos de luz se habían derramado al suelo alrededor de la cabeza de la mujer.

Calla yacía de costado, su cuerpo pequeño y redondeado doblado sobre sí mismo, con una mano debajo de la mejilla. Pero la otra mano estaba presionada contra su oreja, como tratando de bloquear la entrada de algo y, por un momento, Lila pensó que estaba durmiendo —deseó que lo estuviera—. Pensó que podía arrodillarse y sacudir ligeramente a la mujer y —deseó— que esta se despertara.

Obviamente, Calla ya no era una mujer. Ni siquiera era un cuerpo. Sus ojos —lo que quedaba de esos ojos cálidos— estaban abiertos, con el mismo color arruinado del resto de ella, ese gris tiza de las cenizas de un fogón después de que el fuego se apaga y se enfría.

A Lila se le cerró la garganta.

«Por esto me voy».

Porque que alguien te importara era una cosa con garras. Que se clavaban y no soltaban. Dolía más que un cuchillo en la pierna, más que unas costillas rotas, más que nada que sangrase y volviera a sanar. Que alguien te importara no te quebraba limpio. Era un hueso que no se soldaba, un corte que no se cerraba.

Era mejor que no te importara —Lila *intentaba* que no le importara—, pero a veces la gente se te metía. Como un cuchillo contra una armadura, encontraban las grietas, se escurrían por entre las defensas, y no sabías cuán profundo se habían enterrado hasta que ya no estaban y tú estabas sangrando en el piso. Y no era justo. Lila no había pedido que Calla le importase. No había querido dejarla entrar. ¿Entonces, por qué dolía tanto?

Lila sintió las lágrimas cayéndole por las mejillas.

—Calla.

No sabía por qué lo había dicho así, con suavidad, como si una voz suave pudiera despertar a los muertos.

No sabía por qué lo había dicho en primer lugar.

Pero no tenía tiempo para preguntarse nada. Al dar un paso adelante, una ráfaga de viento entró rasante por la carpa y Calla simplemente… salió volando.

Lila dejó escapar un sollozo estrangulado y se lanzó hacia la cortina, pero era demasiado tarde.

Calla ya se había ido.

Nada salvo una pila de cenizas colapsadas y cientos de pedacitos de plata y oro.

Algo se plegó en Lila, entonces. Se dejó caer al piso e ignoró la mordida de las cuentas de vidrio, que se le clavaron en las rodillas, y agarró la alfombra harapienta con los dedos.

No tuvo la intención de invocar fuego.

No fue hasta que el humo le acarició los pulmones que Lila se dio cuenta de que la carpa se incendiaba. Parte de ella quería dejar que se quemara, pero el resto no podía soportar el solo pensar que la tienda de Calla se consumiera como su vida y no quedara nada. Que nunca más fuese vista otra vez.

Lila juntó las manos y el fuego se apagó.

Se limpió las lágrimas y se puso de pie.

III

Kell se paró frente a la celda de Holland, esperando a que el hombre hablara.

No lo hizo. Ni siquiera alzó la vista para encontrar la mirada de Kell. Los ojos del hombre estaban fijos en algo en la distancia, más allá de los barrotes, de las paredes, de la ciudad. Una furia helada ardía en ellos, pero parecía dirigida hacia adentro tanto como hacia afuera, a sí mismo y al monstruo que había envenenado su mente, robado su cuerpo.

—Tú me llamaste a *mí* —dijo Kell finalmente—. Supuse que tenías algo que decirme.

Cuando Holland siguió sin responder, se dio media vuelta para irse.

—Ciento ochenta y dos.

Kell miró hacia atrás.

—¿Qué?

La atención de Holland seguía explícitamente en otro lado.

—Ese es el número de personas que Astrid y Athos Dane mataron.

—¿Y cuántos mataste *tú*?

—Sesenta y siete —respondió Holland sin titubear—. Tres antes de convertirme en esclavo. Sesenta y cuatro antes de convertirme en rey. Y ninguno desde entonces. —Por fin, miró a Kell—. Valoro la vida. He causado la muerte. Tú fuiste criado como un príncipe, Kell. Yo he observado cómo mi mundo se marchitaba, día a día, estación a estación, año a año, y lo único que me mantenía en pie era la esperanza de que ser *antari* por alguna razón. De que podía hacer algo para ayudar.

—Creí que lo único que te mantenía en pie era el hechizo de amarre marcado en tu piel.

Holland ladeó la cabeza.

—Para cuando *tú* me conociste, lo único que me mantenía en pie era pensar en matar a Athos y Astrid Dane. Y entonces me lo quitaste.

Kell frunció el ceño.

—No me voy a disculpar por privarte de tu venganza.

Holland no dijo nada. Luego continuó:

—Cuando te pregunté qué querías que hiciera cuando me desperté en el Londres Negro, me dijiste que debería haberme quedado ahí. Que debería haber muerto. Pensé en ello. Sabía que Athos Dane estaba muerto. Podía sentir eso. —Las cadenas repiquetearon cuando él alzó la mano para tocar la marca arruinada en su pecho—.

Pero *yo* no lo estaba. No sabía por qué, pero pensé en quién había sido aquellos años antes de que me redujeran al odio, en lo que había querido para mi mundo. Eso fue lo que me llevó a casa. No el miedo a la muerte (la muerte es gentil, la muerte es amable), sino la esperanza de que yo aún fuera capaz de algo más. Y la idea de ser libre… —Parpadeó, como si se hubiera ido.

Las palabras resonaron en el pecho de Kell, acordes en eco.

—¿Qué pasará conmigo ahora? —No había miedo en su voz. No había *nada* en absoluto.

—Supongo que serás juzgado…

Holland negaba con la cabeza.

—No.

—No estás en posición de exigir nada.

Holland se sentó hacia adelante, tanto como lo dejaron las cadenas.

—No quiero un juicio, Kell —dijo con firmeza—. Quiero una ejecución.

IV

Las palabras golpearon, como Holland sabía que lo harían.

Kell lo miraba fijo, esperando la vuelta, el giro.

—¿Una ejecución? —dijo, negando con la cabeza—. Tu afición por la autodestrucción es impresionante, pero…

—Es una cuestión práctica —dijo Holland, dejando que sus hombros rozaran la pared—, no de expiación.

—No te sigo.

«Nunca lo haces», pensó desoladamente.

—¿Cómo se hace aquí? —preguntó, con falsa liviandad en la voz, como si estuvieran hablando de una comida o un baile y no de una ejecución—. ¿Con filo o con fuego?

Kell lo miró con perplejidad, como si nunca hubiese visto una.

—Me imagino —dijo el otro *antari* despacio—, que se haría con filo. —Entonces Holland tenía razón—. ¿Cómo se hacía en *tu* ciudad?

Holland había visto su primera ejecución sobre los hombros de su hermano. Había seguido a Alox a la plaza durante años. Se acordaba de los brazos abiertos a la fuerza, los cortes profundos y los huesos rotos y la sangre fresca en las tinajas.

—Las ejecuciones en mi Londres eran lentas y brutales y muy públicas.

La repulsión inundó el rostro de Kell.

—Nosotros no glorificamos la muerte con exhibiciones.

Las cadenas repiquetearon cuando Holland se sentó hacia adelante.

—Esta *debe* ser en público. Algo al aire libre donde él pueda ver.

—¿Qué estás queriendo decir?

—Osaron necesita un cuerpo. No puede tomar este mundo sin uno.

—¿Eso crees? —desafió Kell—. Porque está haciendo un trabajo impresionante hasta ahora.

—Son trazos torpes, amplios —dijo Holland, con desdén—. Esto no es lo que él quiere.

—Tú lo sabrías.

Holland ignoró el golpe.

—No hay gloria en una corona que no puede usar, aunque no se haya dado cuenta aún. Osaron es una criatura de potencial. Nunca estará satisfecho con lo que tiene, no por demasiado tiempo. Y pese a todo su poder, a toda su conjuración, no puede crear

carne y hueso. Eso no lo detendrá de intentarlo y de envenenar cada alma en Londres en busca de un títere o contenedor, pero nada será suficiente.

—Porque necesita un *antari*.

—Y tiene solo tres opciones.

Kell se tensionó.

—¿Sabías de Lila?

—Por supuesto —dijo Holland sin titubear—. No soy tonto.

—Suficientemente tonto como para caer en manos de Osaron —dijo Kell con dientes apretados—. Suficientemente tonto como para pedir tu propia ejecución. ¿Con qué fin? Reducir sus opciones de tres a dos y él aún…

—Planeo darle lo que quiere —dijo Holland con amargura—. Planeo arrodillarme y rogar e invitarlo a entrar. Planeo otorgarle su recipiente. —Kell lo miraba con abierta repulsión—. Y luego planeo dejar que me mates.

La repulsión de Kell se convirtió en *shock*, luego en confusión.

Holland sonrió, en una fría, triste contracción de los labios.

—Deberás aprender a guardar tus sentimientos.

Kell tragó saliva, hizo un intento pobre de enmascarar sus rasgos.

—Aunque que me gustaría matarte, Holland, hacerlo no lo matará a él. ¿O has olvidado que la magia no muere?

—Quizá no, pero puede ser contenida.

—¿Con qué?

—*As Tosal*.

Kell se estremeció por reflejo al escuchar el comando de sangre, luego palideció al comprender finalmente.

—No.

—¿Entonces conoces el hechizo?

—Podría convertirte en piedra. Sería un fin más amable.

—No estoy buscando amabilidad, Kell. —Holland alzó el mentón, su atención se posó sobre el techo alto de la celda—. Estoy buscando terminar lo que empecé.

El *antari* joven se pasó una mano por el pelo cobrizo.

—Si Osaron no muerde el anzuelo… Si no viene, entonces morirás.

—La muerte nos llega a todos —dijo Holland con firmeza—. Simplemente preferiría que la mía signifique algo.



La segunda vez que alguien intentó matar a Holland, él tenía dieciocho años, caminaba hacia casa con una hogaza de pan duro en una mano y una botella de *kaash* en la otra.

El sol se estaba poniendo, la ciudad cobraba otra forma. Era un riesgo caminar con las dos manos ocupadas, pero el cuerpo de Holland había crecido, sus extremidades largas estaban encordadas con músculo, tenía una espalda amplia y firme. Ya no usaba el pelo negro sobre su ojo. Ya no intentaba esconderse.

A mitad de camino a casa, se dio cuenta de que lo seguían.

No se detuvo, no se dio vuelta, ni siquiera aceleró el paso.

Holland no iba buscando peleas, pero aun así, estas venían a él. Lo perseguían por las calles como animales callejeros, como sombras.

Seguía caminando ahora, dejando que el tintineo de la botella y las pisadas constantes de sus botas formaran un fondo para los ruidos de la calle alrededor de él.

El sonido de pasos.

La suave exhalación antes de soltar un arma.

El silbido de una cuchilla lanzada desde la oscuridad.

Holland dejó caer el pan y se dio vuelta con una mano alzada. El cuchillo se detuvo a unos centímetros de su garganta y se quedó flotando en el aire, esperando ser arrancado. En su lugar, él giró la mano y la cuchilla se dio vuelta sobre su eje y revirtió su curso. Con un movimiento rápido de los dedos, lanzó el metal de regreso a la oscuridad, donde encontró carne. Alguien gritó.

Tres hombres más salieron de las sombras. No por elección, Holland los estaba arrastrando hacia adelante, sus rostros se contorsionaron mientras luchaban contra sus propios huesos, la voluntad de Holland sobre sus cuerpos era más fuerte que la de ellos.

Podía sentir sus corazones acelerados, la sangre que les golpeaba las venas.

Uno de los hombres intentó hablar, pero Holland con su voluntad hizo que su boca se cerrara. No le importaba lo que tuvieran para decir.

Los tres eran jóvenes, aunque un poco más viejos que el propio Holland, ya tenían tatuajes manchándoles las muñecas y labios y sienes. Sangre y palabras, las fuentes de poder. Se le ocurrió irse caminando y dejarlos ahí sujetados a la calle, pero este era el tercer ataque en menos de un mes y se estaba hartando.

Aflojó un solo par de mandíbulas.

—¿Quién los envió?

—Ros… Ros Vortalis —tartamudeó el joven a través de los dientes apretados.

No era la primera vez que escuchaba ese nombre. Ni siquiera era la primera vez que escuchaba el nombre de la boca de un potencial asesino que lo seguía a casa. Vortalis era un matón del *shal,* un don nadie que intentaba arrancar un trozo de poder de un lugar con muy poco que dar. Un hombre que intentaba llamar la atención de Holland de la forma equivocada.

—¿Por qué?

—Nos pidió… que le lleváramos… tu cabeza.

Holland suspiró. El pan seguía en el suelo. El vino comenzaba a congelarse.

—Díganle a Vortalis que si quiere mi cabeza, va a tener que venir él mismo a buscarla.

Con eso, sacudió los dedos y los hombres salieron volando hacia atrás, igual que el cuchillo, y golpearon contra las paredes del callejón con un fuerte ruido seco. Cayeron y no volvieron a levantarse, y Holland tomó el pan, caminó sobre sus cuerpos —aún se les movía el pecho— y continuó su camino a casa.

Cuando llegó ahí, presionó la palma de la mano contra la puerta, sintió que las trabas se liberaban dentro de la madera y la abrió con facilidad. Había una hoja de papel en el suelo y estaba a punto de agarrarla cuando escuchó una ráfaga acolchonada de pasos y levantó la vista justo a tiempo para ver a la muchacha. Esta lanzó los brazos alrededor de su cuello y cuando él giró con el peso de ella, las faldas de su vestido se abrieron como pétalos, con los bordes manchados de bailar.

—Hola, Hol —dijo ella con dulzura.

—Hola, Tal —respondió él.

Habían pasado nueve años desde que Alox lo había atacado. Nueve años intentando sobrevivir en una ciudad sedienta de sangre, capeando cada temporal, cada pelea, cada señal de problemas, todo el tiempo esperando algo mejor.

Y entonces, vino algo mejor.

Y su nombre era Talya.

Talya, un punto de color en un mar de blanco.

Talya, quien llevaba el sol consigo dondequiera que fuese.

Talya, tan blanca que, cuando sonreía, el día se volvía más claro.

Holland la vio en el mercado una noche.

Y luego la vio en la plaza.

Tenía cicatrices en los rabillos de los ojos que destellaban plata bajo la luz y una risa que le quitaba el aire.

¿Quién podía reírse así en un mundo como este?

Le recordaba a Alox. No en la forma en que él desaparecía por horas o días y regresaba a casa con las ropas manchadas de sangre, sino en la forma en que su presencia lo hacía olvidar la oscuridad, el frío, el mundo agonizante detrás de la puerta.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella al bajar.

—Nada —dijo él, besándole la frente—. Nada en absoluto.

Y quizá eso no fuera estrictamente cierto, pero había una deslumbrante verdad bajo la mentira: por primera vez en su vida, Holland sentía algo como la felicidad.

Él atizó el fuego con una mirada y Talya lo llevó al catre que compartían y, entonces, mientras arrancaban trozos de pan y bebían sorbos de vino frío, ella le contó historias del algún día rey. Igual que había hecho Alox. La primera vez, Holland se había contraído ante las palabras, pero no la detuvo, porque le había gustado la forma en que las decía, tan llena de energía y luz. Las historias eran las favoritas de Talya y entonces él la dejó hablar.

Para el tercer o cuarto relato, él se había olvidado de por qué las historias sonaban tan conocidas.

Para la décima vez, se había olvidado de que las había escuchado antes de boca de otro.

Para la centésima, se había olvidado de esa otra vida.

Esa noche, se acostaron envueltos en sábanas y ella le pasó los dedos por el pelo y él sintió que se dejaba llevar por el ritmo de su contacto y el calor del fuego.

Fue entonces cuando ella intentó arrancarle el corazón con un cuchillo.

Fue rápida, pero él lo fue más, la punta del cuchillo solo se clavó un centímetro antes de que Holland se diera cuenta y la apartara a la fuerza. Él se levantó, estaba de pie, agarrándose el pecho, y la sangre le salía de entre los dedos.

Talya solo se quedó ahí parada en el medio de su diminuta habitación, su *hogar*, con la cuchilla colgándole de los dedos.

—¿Por qué? —preguntó él, anonadado.

—Lo siento, Hol. Se acercaron a mí en el mercado. Dijeron que pagarían en monedas de plata.

Quería preguntar cuándo, quién, pero nunca tuvo la oportunidad.

Ella arremetió contra él otra vez, con fuerza, con rapidez, con toda su gracia de bailarina, y el cuchillo silbó dulcemente hacia él. Pasó tan rápido. Sin pensarlo, los dedos de Holland se contrajeron y el cuchillo se retorció en la mano de ella, se congeló en el aire incluso cuando el resto de ella siguió moviéndose hacia adelante. La cuchilla se enterró suavemente entre sus costillas.

Talya lo miró entonces con tanta sorpresa e indignación como si hubiese pensado que él dejaría que lo matara. Como si ella hubiese creído que él simplemente se rendiría.

—Lo siento, Tal —dijo él, mientras ella intentaba respirar, hablar, y no podía.

Intentó dar un paso y Holland la atrapó cuando caía, toda la elegancia de bailarina ya fuera de sus extremidades en el final.

Holland se quedó ahí hasta que ella murió, luego la apoyó sobre el piso, se puso de pie y se fue.

V

—¿Que quiere qué? —dijo el rey, levantado la vista del mapa.

—Una ejecución —repitió Kell, aún cavilando.

«*As Tosal*», esas habían sido las palabras de Kell.

—Debe ser un truco —dijo Isra.

—No lo creo —comenzó a decir Kell, pero la guardia no lo estaba escuchando.

—Su Majestad —dijo ella, girando hacia Maxim—. Seguro que quiere atraer a Osaron para poder escapar…

As Tosal.

Confinar.

Kell había usado el hechizo de sangre solo una vez en su vida, sobre un pájaro, un pequeño revoloteador soleado que había atrapado en los jardines del Santuario. El revoloteador se había quedado perfectamente inmóvil en sus manos, pero no había muerto, Podía sentir el corazón del pájaro latiendo frenéticamente debajo de su pecho emplumado mientras este yacía quieto, como paralizado, atrapado dentro de su propio cuerpo.

Cuando Tieren se había enterado, el *Aven Essen* se había enfurecido. Hechizo de sangre o no, Kell había roto una regla fundamental del poder: había usado magia para lastimar a una criatura viva, para alterar su vida. Kell se había disculpado profusamente y había dicho las palabras para disipar lo que había hecho, para sanar el daño, pero para su horror y *shock*, los comandos no habían tenido efecto. Nada que dijera parecía funcionar.

El pájaro no revivía.

Simplemente yacía ahí, inmóvil como muerto, en sus manos.

—No entiendo.

Tieren negó con la cabeza.

—Las cosas no son tan simples cuando se trata de la vida y la muerte —había dicho—. Con las mentes y los cuerpos, lo que se hace no siempre puede deshacerse. —Luego había tomado en sus manos al revoloteador soleado y lo había llevado a su pecho y le había quebrado el cuello. El sacerdote había apoyado el pájaro sin vida nuevamente en las manos de Kell.

—Ese —dijo Tieren con tristeza— fue un final más amable.

Nunca había intentado el hechizo otra vez, porque nunca había aprendido las palabras para deshacerlo.

—*Kell*.

La voz del rey lo arrancó del recuerdo.

Kell tragó saliva.

—Holland hizo lo que hizo para salvar su mundo. Le creo eso. Ahora quiere que se termine.

—¿Nos estás pidiendo que *confiemos* en él?

—No —dijo Kell, sosteniéndole la mirada al rey—. Estoy pidiendo que confíen en mí.

Tieren apareció en la puerta.

Tenía los dedos manchados de tinta y las mejillas hundidas por el cansancio.

—¿Me has mandado a llamar, Maxim?

El rey exhaló con fuerza.

—¿Cuánto falta para que tu hechizo esté listo?

El *Aven Essen* negó con la cabeza.

—No es una cuestión sencilla poner a toda una ciudad a dormir. El hechizo debe ser dividido en siete u ocho más pequeños y luego ubicado alrededor de la ciudad para formar una cadena…

—¿Cuánto *tiempo*?

Tieren lanzó un sonido exasperado.

—Días, Su Majestad.

La mirada del rey regresó a Kell.

—¿Puedes acabar con él?

Kell no sabía si Maxim le estaba preguntando si tenía la voluntad o la fuerza para matar a otro *antari*.

«No estoy buscando amabilidad, Kell. Estoy buscando terminar lo que empecé».

—Sí —respondió.

El rey asintió y recorrió el mapa con la mano.

—Las defensas del palacio no se extienden a los balcones, ¿no es cierto?

—No —dijo Tieren—. Todo lo que podemos hacer es mantenerlas sobre las paredes, ventanas y puertas.

—Muy bien —dijo el rey, dejando caer los nudillos sobre el borde de la mesa—. El patio septentrional, entonces. Levantaremos una plataforma que mire hacia el Isle y haremos el ritual al amanecer y ya sea que Osaron venga o no… —sus ojos aterrizaron en Kell—, Holland muere a tus manos.

Las palabras siguieron a Kell al pasillo.

«Holland muere a tus manos».

Se dejó caer contra las puertas del salón del mapa, el agotamiento se le enroscaba alrededor de las extremidades.

«Es bastante difícil matar a un *antari*».

«Por filo».

«Un final más amable».

«*As Tosal*».

Se empujó contra la madera y comenzó a avanzar hacia las escaleras.

—¿Kell?

La reina estaba parada al final del pasillo, mirando la sombra de su ciudad hacia afuera de las puertas de un balcón. Sus ojos encontraron los de él en el reflejo del vidrio. Había tristeza en ellos y él se encontró a sí mismo dando un paso hacia ella antes de detenerse. No tenía la fuerza.

—Su Majestad —dijo, haciendo una reverencia antes de darse vuelta e irse.

VI

Rhy había buscado sobrevivientes en la ciudad todo el día.

De a uno y, a veces, de a dos, los había encontrado, perturbados, frágiles, pero vivos. La mayoría eran asombrosamente jóvenes. Solo unos pocos eran muy ancianos. Y al igual que la magia en sus venas, no había un factor común. Ningún vínculo de sangre o de género o de medios económicos. Encontró a una muchacha noble de la Casa Loreni, aún vestida para el baile del torneo, un anciano en ropa harapienta metido en un callejón, una madre en sedas rojas de luto, un guardia real cuya marca había fallado o simplemente se había desvanecido. Todos ahora con las venas plateadas de un sobreviviente.

Rhy se quedó con ellos solo lo suficiente para mostrarles que no estaban solos, lo suficiente para llevarlos hasta los escalones del palacio en busca de refugio, y luego partía otra vez, de nuevo a la ciudad, en busca de otros.

Antes del atardecer, había regresado al Aguja —a sabiendas de que era demasiado tarde, pero tenía que verlo— y encontró lo que quedaba de Anisa: una pequeña pila de cenizas que ardían en el piso del camarote de Alucard, más allá de una jaula de tablas retorcidas. Unas pocas gotas de plata de su anillo de la Casa Emery.

Rhy estaba cruzando la cubierta en un silencio entumecido cuando percibió el destello de un metal y vio a una mujer sentada en la cubierta de espaldas a un cajón y con una cuchilla en la mano.

Sus botas golpearon el muelle de madera con un ruido seco.

La mujer no se movió.

Estaba vestida como un hombre, como un *marinero*, con la faja negra y roja de capitana cruzada al frente.

A primera vista, él podía distinguir que era de una zona fronteriza, de la costa donde Arnes daba a Vesk. Tenía la contextura de un norteño y el color de un lugareño, su pelo marrón intenso estaba atado en dos enormes trenzas retorcidas como una melena alrededor de su rostro. Tenía los ojos abiertos, no parpadeaban, pero miraban adelante con una intensidad que decía que ella seguía ahí, y líneas plateadas brillaban contra su rostro bronceado en el mar.

El cuchillo en su mano estaba empapado de sangre.

No parecía ser de ella.

Una docena de advertencias le hacían eco en la cabeza a Rhy —todas ellas con la voz de Kell— cuando se arrodilló al lado de ella.

—¿Cómo te llamas? —preguntó en arnesiano.

Nada.

—¿Capitana?

Después de varios segundos, la mujer parpadeó, en un gesto lento, definitivo.

—Jasta —dijo, con la voz ronca, y luego, como si el nombre hubiese encendido algo en ella, agregó—: Intentó ahogarme. Mi primer oficial, Rigar, intentó arrastrarme adentro de ese río susurrante. —No sacó los ojos del barco—. Así que lo maté.

—¿Hay otros a bordo? —preguntó Rhy.

—Falta la mitad —respondió ella—. Los otros… —Se le apagó la voz, sus ojos oscuros bailaban sobre la nave.

Rhy le tocó el hombro.

—¿Puedes ponerte de pie?

El rostro de Jasta se movió lentamente hacia él. Frunció el ceño.

—¿Alguna vez te han dicho que te pareces al príncipe?

Rhy sonrió.

—Una o dos veces.

Estiró la mano para ayudarla a ponerse de pie.

VII

El sol se había puesto y Alucard Emery estaba intentando emborracharse.

Hasta el momento no estaba funcionando, pero estaba determinado a lograrlo. Hasta había inventado un pequeño juego.

Cada vez que su mente se iba hacia Anisa —con los pies descalzos, la piel afiebrada, los pequeños brazos alrededor de su cuello—, bebía un trago.

Cada vez que pensaba en Berras —el tono cortante de su hermano, esa sonrisa odiosa, las manos alrededor de su garganta—, bebía un trago.

Cada vez que sus pesadillas se alzaban como bilis o sus propios gritos hacían eco en su cabeza o tenía que recordar los ojos vacíos de su hermana, el corazón de ella ardiendo, bebía un trago.

Cada vez que pensaba en los dedos de Rhy entrelazados con los suyos, en la voz del príncipe que le decía «resiste, resiste, aférrate a mí», bebía un trago largo, muy largo.

Del otro lado de la habitación, Lila parecía estar jugando su propio juego; su ladrona silenciosa iba por su tercer vaso. Hacía falta muchísimo para perturbar a Delilah Bard, eso lo sabía, pero aun así, algo la había perturbado. Quizá nunca sería capaz de leer los secretos en su cara, pero podía darse cuenta de que ella los tenía. ¿Qué había visto más allá de las paredes del palacio? ¿Habían sido extraños o amigos?

Cada vez que él le hacía una pregunta, Delilah Bard jamás respondía; bebió un trago, hasta que el dolor y la pena finalmente comenzaron a borronearse en algo estable.

La habitación alrededor de él se meció y Alucard Emery —el último Emery vivo — se tiró hacia atrás en la silla, mientras tocaba la madera taraceada, los bordes finos de oro.

Cuán extraño era estar aquí, en los cuartos de Rhy. Había sido bastante extraño cuando Rhy estaba tumbado en su cama, pero entonces los detalles, la habitación, todo salvo el propio Rhy, había estado fuera de foco. Ahora, Alucard observó las cortinas brillantes, el piso elegante, la cama enorme, ahora tendida. Todos los signos de dificultad esfumados.

La mirada ámbar de Rhy no dejaba de deslizarse hacia él, como un péndulo de cuerda pesada.

Bebió otro trago.

Y luego otro y otro, en preparación para el dolor del deseo y la pérdida y los recuerdos que lo inundaban, como un pequeño barco que cabeceaba contra las olas.



«Aférrate a mí».

Eso es lo que Rhy había dicho cuando Alucard ardía de adentro hacia afuera. Cuando Rhy estaba acostado al lado de él en el camarote del barco, con la esperanza desesperada de que sus manos pudieran mantener a Alucard ahí, completo y a salvo. Evitar que desapareciera de nuevo, esta vez para siempre.

Ahora que Alucard estaba vivo y más o menos de pie, Rhy no podía mirar a su amante y no podía soportar mirar a otro lado, así que terminó haciendo las dos cosas y ninguna.

Había pasado tanto tiempo desde que Rhy había podido estudiar su rostro. Tres veranos. Tres inviernos. Tres años, y el corazón del príncipe aún se abría por las líneas que Alucard había hecho.

Estaban en el balcón cerrado, Rhy y Alucard y Lila.

El capitán desplomado sobre una silla de respaldo alto, las cicatrices plateadas y la tacha de rubí parpadeaban bajo la luz. Le colgaba un vaso de la mano y una peluda gata llamada Esa estaba enroscada bajo su asiento. Él tenía los ojos abiertos pero lejanos.

Al lado del aparador, Lila se servía otro trago. (¿Ya era el cuarto? Rhy sintió que no era quién para juzgar). Sin embargo, se estaba sirviendo con demasiada generosidad y derramó lo que quedaba del vino de verano de Rhy sobre el piso taraceado. Hubo un tiempo en el que le hubiese importado la mancha, pero ya se había ido esa vida. Se había caído entre las tablas como una pieza de joyería y ahora yacía en algún lugar fuera de alcance, vagamente recordada pero fácilmente olvidada.

—Tranquila, Bard.

Era lo primero que decía Alucard en una hora. Y no era que Rhy hubiese estado esperando.

El capitán estaba pálido, su ladrona, gris y el propio príncipe caminaba de un lado al otro, su armadura arrojada como un cascarón roto sobre una silla en un rincón.

Para el final del primer día, habían encontrado veinticuatro plateados. A la mayoría de ellos los mantenían en el Salón Rose, atendidos por los sacerdotes. Pero había más. Él sabía que había más. Tenía que haberlos. Rhy quería seguir buscando, continuar la búsqueda durante la noche, pero Maxim se había negado. Y lo peor, los guardias que quedaban lo habían puesto bajo una vigilancia inflexible.

Y lo que molestaba a Rhy tanto como su propio confinamiento cuando había almas aún atrapadas en la ciudad era el panorama de la putrefacción expandiéndose

por Londres. Una negrura como hielo sobre los adoquines de las calles y salpicada por las paredes, una película que no era una película en lo absoluto, sino un *cambio*. Roca y suciedad y agua eran tragadas y reemplazadas por algo que no era un elemento en lo absoluto, una nada satinada, oscura, una presencia y ausencia.

Le había contado a Tieren, había señalado un punto solitario en el extremo del patio, justo afuera de las defensas, donde el vacío se estaba expandiendo como escarcha. El rostro del anciano se había puesto pálido.

—La magia y la naturaleza existen en equilibrio —había dicho, pasando los dedos en el aire sobre el charco de negro—. Esto es lo que pasa cuando el equilibrio falla. Cuando la magia agobia a la naturaleza.

El mundo se estaba *descomponiendo*, había explicado. Solo que en vez de ablandarse, como las ramas caídas en el suelo de un bosque, se estaba endureciendo, calcificando en algo como piedra que no era piedra en absoluto.

—¿Puedes quedarte quieto? —estalló Lila ahora, al observar a Rhy yendo de un lado a otro—. Me estás mareando.

—Sospecho —dijo una voz desde la puerta— que eso es por el vino.

Rhy se dio vuelta, aliviado de ver a su hermano.

—Kell —dijo, intentando algo cómico, mientras inclinaba el vaso a los cuatro guardias que enmarcaban la puerta—. ¿Es así como te sientes todo el tiempo?

—Así es —dijo Kell, que levantó el licor de la mano de Lila y bebió un largo trago. Increíblemente, ella lo dejó.

—Qué enloquecedor —dijo Rhy con un quejido. Y luego, les habló a los hombres —: ¿Se pueden sentar por lo menos? ¿O están tratando de verse como armaduras en mis paredes?

No respondieron.

Kell devolvió el vaso a la mano de Lila y luego frunció el ceño al ver a Alucard. Su hermano ignoraba intencionalmente la presencia del capitán y se sirvió un trago en un vaso muy grande.

—¿Por qué estamos brindando?

—Por los vivos —dijo Rhy.

—Por los muertos —dijeron Alucard y Lila al mismo tiempo.

—Estamos siendo exhaustivos —agregó Rhy.

Su atención regresó a Alucard, quien miraba hacia afuera a la noche. Rhy se dio cuenta de que no era el único que observaba al capitán. Lila había seguido la mirada de Alucard al vidrio.

—Cuando miras a los caídos —dijo ella—, ¿qué ves?

Alucard entrecerró los ojos lentamente, como hacía siempre que intentaba imaginar algo.

—Nudos —dijo simplemente.

—¿Te importaría explicarlo? —dijo Kell, quien conocía el don del capitán, que le importaba tanto como el resto de este.

—No lo entenderías —murmuró Alucard.

—Quizá si eligieras las palabras correctas.

—No puedo hacerlas lo suficientemente simples.

—Oh, por el amor de Dios —estalló Lila—. Podrían dejar de pelear un momento, ustedes dos.

Alucard se inclinó hacia adelante en su silla y apoyó el vaso, vacío una vez más, sobre el piso al lado de su bota, donde su gata lo olió.

—Este Osaron —dijo— está extrayendo la energía de todo aquel que toca. Su magia se alimenta de la nuestra al… *infectarla*. Se mete entre las cuerdas de nuestro poder, de nuestra vida, y se enreda en nuestros hilos hasta que todo está en nudos.

—Tienes razón —dijo Kell después de un momento—. No tengo ni idea de qué estás diciendo.

—Debe ser enloquecedor —dijo Alucard— saber que tengo un poder que tú no tienes.

Kell apretó los dientes, pero cuando habló, mantuvo un tono civilizado, suave.

—Creas o no, aprecio nuestras pequeñas diferencias. Además, quizá no sea capaz de ver el mundo como tú, pero aun así puedo reconocer a un tonto cuando lo veo.

Lila se rio por la nariz.

Rhy dejó salir un sonido exasperado.

—Suficiente —dijo y luego se dirigió a Kell—: ¿Qué tenía para decir nuestro prisionero?

Ante la mención de Holland, la cabeza de Alucard se levantó de golpe. Lila se sentó hacia adelante, con un destello en los ojos. Kell se bajó su trago, hizo una mueca y dijo:

—Será ejecutado por la mañana. En una exhibición pública.

Por un largo rato, nadie habló.

Y luego Lila alzó su copa.

—Bueno —dijo alegremente—, brindaré por *eso*.

VIII

Emira Maresh vagó por el palacio como un fantasma.

Escuchó lo que la gente decía sobre ella. La llamaban distante, desatenta. Pero en realidad, ella simplemente estaba escuchando. No solo a ellos, sino a todos y todo debajo de las agujas de oro del techo. Poca gente notaba las jarras al lado de cada cama, las tinajas en cada mesa. Un bol de agua era una cosa simple, pero con el hechizo indicado, podía llevar el sonido. Con el hechizo indicado, Emira podía hacer que el palacio hablara.

Su miedo a romper cosas le había enseñado bien a cuidar sus pasos, a escuchar con atención. El mundo era un lugar frágil, lleno de grietas que no siempre se veían. Un mal paso y quizá se fisuraban, se rompían. Un movimiento en falso y todo podía desplomarse, una torre de cartas de *sanct* hecha cenizas.

Era el trabajo de Emira asegurarse de que su mundo se mantuviera fuerte, apuntalar las fracturas, escuchar en busca de nuevas grietas. Era su deber mantener a su familia a salvo, a su palacio entero, a su reino en bienestar. Era su vocación y si era lo bastante cuidadosa, lo bastante aguda, entonces nada malo pasaría. Era lo que Emira se decía a sí misma.

Solo que *había estado equivocada*.

Había hecho todo lo que podía y Rhy casi había muerto. Una sombra había caído sobre Londres. Su esposo estaba escondiendo algo. Kell no la miraba.

No había sido capaz de detener las grietas, pero ahora se había enfocado en el resto del palacio.

Al caminar por los pasillos, podía escuchar a los sacerdotes en la habitación de entrenamiento, las arrugas de los pergaminos, el arrastre de la tinta, el murmullo suave, mientras preparaban su hechizo.

Podía escuchar los pasos pesados de los guardias en armadura que se movían en los niveles más bajos, las voces profundas y guturales de los veskanos y la melodía sibilante de la lengua faronesa en el salón oriental, el murmullo de los nobles en la galería mientras se sentaban quietos, susurrando sobre el té. Hablando sobre la ciudad, la maldición, el rey. ¿Qué estaba haciendo el rey? ¿Qué podía hacer? Maxim Maresh, ablandado con la edad y la paz. Maxim Maresh, un hombre contra un monstruo, contra un dios.

Desde el Salón Rose, Emira había escuchado los movimientos de los cuerpos afiebrados aún atrapados en sueños ardientes y cuando giró su oreja hacia el ala este

del palacio, escuchó el sueño casi igual de irregular de su hijo, en eco, a su vez, con las vueltas inquietas de Kell en la cama.

Y a través de todo, un susurro constante contra las ventanas, contra las paredes, palabras amortiguadas por las defensas, quebradas en el vaivén y el susurro del viento. Una voz que intentaba meterse.

Emira escuchó tantas cosas, pero también las ausencias donde debería haber habido sonido y no lo había. Escuchó el susurro apagado de aquellos que intentaban mantenerse en silencio con fuerza. En una esquina del salón de baile, un par de guardias reunían coraje. En un rincón, un noble y un mago se enredaban como cuerdas. Y en el salón del mapa, el sonido de un solo hombre parado frente a la mesa.

Ella avanzó hacia él, pero al acercarse, se dio cuenta de que no era su esposo.

El hombre en el salón estaba parado de espaldas a la puerta, con la cabeza inclinada hacia la ciudad de Londres. Emira observó cómo estiraba un dedo oscuro y lo llevaba a descansar sobre la estatuilla de cuarzo de un guardia real frente al palacio.

La estatuilla cayó sobre un costado con un pequeño repique de piedra sobre piedra. Emira se contrajo, pero la estatua no se rompió.

—Lord Sol-in-Ar —dijo sin titubeos.

El faronés se dio vuelta, las gemas de oro blanco incrustadas en su perfil atraparon la luz. No mostró sorpresa por la presencia de la reina ni culpa por la propia.

—Su Majestad.

—¿Por qué está aquí solo?

—Estaba buscando al rey —respondió Sol-in-Ar de esa forma susurrante y suave que le era propia.

Emira negó con la cabeza, sus ojos se dispararon alrededor de la habitación. Se sentía indefensa sin Maxim. Examinó la mesa, como si faltara algo, pero Sol-in-Ar ya había enderezado la pieza caída y tomado otra del borde de la mesa. El cáliz con el sol. La marca de la Casa Maresh.

El sello de Arnes.

—Espero que no esté fuera de lugar —dijo él— decir que creo que somos parecidos.

—¿Usted y mi esposo?

Un único no con la cabeza.

—Usted y yo.

Emira sintió el rostro acalorado, a pesar de que la temperatura en la habitación bajó.

—¿Por qué lo dice?

—Ambos sabemos mucho y decimos poco. Ambos estamos parados al lado de un rey. Somos la verdad susurrada en sus oídos. La razón.

Ella no dijo nada, solo inclinó la cabeza.

—La oscuridad se expande —agregó él suavemente, aunque las palabras estaban llenas de bordes—. Debe ser contenida.

—Lo será —respondió la reina.

Sol-in-Ar asintió una sola vez.

—Dígale al rey —dijo— que podemos ayudar. Si nos deja.

El faronés comenzó a ir hacia la puerta.

—Lord Sol-in-Ar —lo llamó ella—. Nuestro estandarte.

Él bajó la vista a la figura tallada que tenía en la mano, como si se hubiera olvidado por completo de ella.

—Disculpas —dijo, apoyando la pieza nuevamente en el tablero.



Emira finalmente encontró a su marido en sus aposentos, aunque no en la cama. Se había quedado dormido en el escritorio de ella, desplomado hacia adelante sobre la mesa de madera, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados encima de un libro de notas, el aroma de la tinta aún fresco.

La única línea legible estaba arriba de su manga arrugada.

«Para mi hijo, el príncipe heredero de Arnes, cuando sea el momento…».

Emira inhaló con fuerza al ver las palabras, luego se calmó. No despertó a Maxim. No sacó el libro de debajo de su cabeza. Dio unas palmadas en el sillón en silencio, tomó una manta y la puso sobre los hombros de su esposo.

Él se movió brevemente, corrió los brazos debajo de su cabeza, el pequeño cambio no solo reveló la siguiente línea —«quiero que sepas que un padre vive para su hijo, pero un rey vive para su pueblo»—, sino también la venda que le envolvía la muñeca. Emira se quedó dura al verla, las líneas de sangre calaban el lino blanco brillante.

¿Qué había hecho Maxim?

¿Qué más estaba planeando hacer?

Ella podía escuchar el funcionamiento del palacio, pero la mente de su esposo era sólida, impenetrable. Sin importar cuánto esfuerzo pusiera en escuchar, todo lo que oía era su corazón.

IX

A medida que la noche caía, brotaban las sombras.

Corrían junto al río y la bruma y el cielo sin luna, hasta que estaba en todos lados. *Osaron* estaba en todos lados. En cada latido. En cada respiración.

Algunos habían escapado. Por ahora. Otros ya habían sido reducidos a polvo. Era una cosa necesaria, como el arrasamiento de un bosque, el despeje de tierra para que nuevas cosas —*mejores* cosas— pudieran crecer. Un proceso tan natural como el paso de las estaciones.

Osaron era el otoño y el invierno y la primavera.

Y por toda la ciudad, escuchaba las voces de sus leales sirvientes.

«¿Cómo puedo servirte?».

«¿Cómo puedo venerarte?».

«Muéstrame el camino».

«Dime qué hacer».

Estaba en sus mentes.

Estaba en sus cuerpos. Susurraba en su cabeza y corría por su sangre. Estaba en cada uno de ellos y atado a nadie.

En todos lados y en ninguno.

Era suficiente.

Y *no* era suficiente.

Quería *más*.

SEIS

EJECUCIÓN

I

Londres Gris

Ned Tuttle se despertó con un mal presentimiento.

Se había mudado recientemente de la casa familiar en Mayfair a la habitación sobre la taberna —*su* taberna—, ese mágico lugar que solía llamarse Tiro de Piedra y que él había rebautizado Cinco Puntas.

Ned se sentó y escuchó atentamente el silencio. Podría haber jurado que alguien hablaba, pero ya no podía escuchar la voz, y a medida que pasaba el tictac del reloj, no pudo estar seguro de si había sido real o simplemente los residuos de un sueño que se aferraban a él, la urgencia de escuchar un eco en algún sueño peculiar.

Ned siempre había tenido sueños vívidos.

Tan vívidos que no siempre podía distinguir cuándo algo en realidad había pasado o cuándo simplemente lo había soñado. Los sueños de Ned siempre habían sido extraños y algunas veces maravillosos, pero últimamente se habían vuelto… perturbadores, cada vez más oscuros, más amenazantes.

Cuando era niño, sus padres habían declarado que sus sueños eran el simple efecto de leer tantas novelas, de desaparecer tantas horas —a veces días— en mundos fantásticos y de ficción. En su juventud, él había visto los sueños como una señal de su sensibilidad hacia lo *otro*, ese aspecto del mundo que la mayoría de la gente no podía ver, uno que ni siquiera Ned podía ver, pero en el que creía, fervientemente, con determinación, con terquedad, hasta el día en que conoció a Kell y supo con certeza que ese *otro* era real.

Pero esta noche, Ned había estado soñando con un bosque hecho de piedra. Kell también estaba en el sueño, había estado en un momento, pero ya no estaba y ahora Ned estaba perdido y cada vez que pedía ayuda a los gritos, todo el bosque hacía eco como una iglesia vacía, pero las voces que regresaban no eran la suya. Algunas de ellas eran fuertes y otras suaves, algunas jóvenes y dulces y otras viejas y ahí en el medio, una voz que no lograba descifrar, una que se doblaba alrededor de sus oídos como la luz a veces se doblaba en una esquina.

Ahora, sentado en la cama pequeña y rígida, tenía la extraña necesidad de gritar, de la misma forma que lo había hecho en el bosque, pero una pequeña parte de él —bueno, no tan pequeña como quería— temía que, al igual que en el bosque, *otro* devolviera el grito.

Quizá el sonido había venido de abajo, de la taberna. Pasó sus largas piernas hacia el costado de la cama, deslizó los pies adentro de las pantuflas y se paró, haciendo que el viejo piso de madera crujiera bajo sus dedos.

Se movió en silencio, solo ese *cric cric cric* lo seguía por la habitación y luego un *umpf* cuando chocó contra la cómoda, el *iiih* de la farola de metal al mecerse, a punto de volcarse, luego un *eeh* al regresar a su lugar, seguido de un *shhh* de velas rodando por la mesa.

—Maldición —murmuró Ned.

Hubiese sido tremendamente práctico, pensó, si simplemente pudiera chasquear los dedos e invocar un poco de fuego, pero en cuatro meses de probar directamente, apenas se las había ingeniado para mover las piezas en el juego de elementos de Kell, así que se puso la bata a tientas en la oscuridad y salió a las escaleras.

Y sintió escalofríos.

Sin duda alguna, había algo raro.

Normalmente, Ned amaba las cosas raras, vivía con la esperanza de espiarlas, pero esta era una clase de rareza que bordeaba lo *impropio*. El aire olía a rosas y brasas de madera y hojas muertas y cuando se movió, sintió como que estaba pisando sobre un punto cálido en un charco frío o un punto frío en un charco cálido. Como una brisa en una habitación con todas las puertas cerradas, las ventanas trabadas.

Conocía esta sensación, la había percibido una vez antes en la calle fuera de Cinco Puntos, allá cuando todavía era Tiro de Piedra y él aún esperaba que Kell regresara con la tierra prometida. Ned había visto cómo una carreta chocaba y el conductor desvariaba sobre un hombre que había aplastado. Solo que no había quedado un cuerpo atrás, ni hombre, solo humo y cenizas y un leve escalofrío de magia.

Magia de la mala.

Magia *negra*.

Ned regresó a su habitación y buscó su daga ceremonial. La había comprado a un cliente la semana anterior, la empuñadura tenía runas talladas alrededor de un pentagrama de ónix incrustado.

«Mi nombre es Edward Archivald Tuttle», pensó, agarrando la daga. «Soy el tercero con ese nombre y no tengo miedo».

El *cric cric cric* lo siguió hacia abajo por las escaleras combadas y cuando llegó al final, parado en la taberna oscurecida y con solo el *tuc… tuc* de su corazón, Ned se dio cuenta de dónde venía esa sensación de extrañeza.

El silencio pesado, amortiguado, *antinatural*, como si la habitación estuviese llena de lana en vez de aire. Las últimas brasas en el hogar ardían detrás de la rejilla, el viento soplaba por entre las tablas, pero nada de eso hacía sonido alguno.

Ned fue hasta la puerta de entrada y corrió el pestillo. Afuera, la calle estaba vacía —era la hora más oscura, ese tiempo previo a los primeros rayos del amanecer—, pero Londres nunca estaba verdaderamente quieto, no tan cerca del río, y así que

instantáneamente se encontró con el *clap… clap* de los carruajes, los sonidos de risas y canciones. En algún lugar cerca del Támesis, el chirrido de un violín y más cerca, el sonidos de un gato callejero, aullando por leche o compañía o lo que fuera que los gatos callejeros quieran. Una docena de sonidos que conformaban el tejido de su ciudad y, cuando Ned cerró la puerta otra vez, los ruidos lo siguieron, deslizándose por la rendija bajo la puerta, alrededor del alféizar. La presión disminuyó, el aire en la taberna se aclaró, el hechizo se rompió.

Ned bostezó, la sensación de extrañeza ya se escurría mientras subía la escalera. De regreso en su habitación, entreabrió una ventana pese al frío y dejó entrar los sonidos de Londres. Pero al regresar a rastras a la cama y cubrirse con las frazadas y al volver el mundo a quedarse en silencio, los susurros volvieron. Y al sumergirse otra vez en ese lugar entre la vigilia y el sueño, esas palabras huidizas finalmente tomaron forma.

«Déjame entrar», decían.

«Déjame entrar».

II

Las voces sonaron más allá de la celda de Holland justo después de medianoche.

—Llegaste antes —dijo el guardia más cercano a los barrotes.

—¿Dónde está tu segundo? —preguntó el que estaba contra la pared.

—El rey necesita hombres en los escalones —respondió el intruso—, con los cicatrizados que llegan. —Su voz estaba apagada por su casco.

—Tenemos órdenes.

—Yo también —dijo el nuevo guardia—. Y nos estamos quedando cortos.

Una pausa, y en esa pausa, Holland sintió que algo extraño pasaba. Fue como si alguien hubiese tomado el aire —la energía en el aire— y lo hubiese empujado. Superficialmente. Un tirón de la voluntad. Un cambio en la balanza. Un sutil ejercicio de control.

—Además —estaba diciendo el nuevo guardia, distraídamente—, ¿qué preferirían estar haciendo? ¿Mirando a esta basura o salvando a sus amigos?

La balanza se inclinó. Los hombres se levantaron de sus lugares. Holland se preguntó si el guardia sabía lo que había hecho. Era el tipo de magia prohibida en este mundo y venerada en el suyo.

El nuevo guardia miró a los otros subir las escaleras mientras se mecía muy levemente sobre sus pies. Cuando ya no estuvieron, se apoyó contra la pared frente a la celda de Holland, la piedra raspada por el metal de su armadura, y sacó un cuchillo. Jugó con él distraídamente, con los dedos contra la punta, lo lanzó y lo atrapó y lo lanzó otra vez. Holland sintió que lo estudiaban y entonces, a cambio, él también estudió. Estudió la forma en que el nuevo guardia inclinaba la cabeza, la velocidad de sus dedos sobre el cuchillo, el aroma de otro Londres flotando en su sangre.

La sangre de *ella*.

Debería haber reconocido esa voz, incluso tras el casco robado. Quizá si hubiese dormido —¿cuánto tiempo había pasado?—, quizá si no estuviese ensangrentado y roto y tras las rejas. De todos modos, debería haberlo sabido.

—Delilah —dijo con voz firme.

—Holland —respondió ella.

Delilah Bard, la *antari* del Londres Gris, apoyó el casco en la mesa debajo de un gancho que sujetaba las llaves del carcelero. Sus dedos bailaron distraídamente sobre los dientes de estas.

—Tu última noche…

—¿Viniste a despedirte?

Hizo un sonido de asentimiento.

—Algo así.

—Estás muy lejos de casa.

Su mirada se disparó hacia él, rápida y aguda como una astilla de metal.

—Al igual que tú. —Uno de sus ojos tenía el brillo vidrioso que venía al beber demasiado. El otro, el falso, había sido destruido. Se mantenía unido por una cáscara de vidrio, pero adentro era una explosión de color y grietas.

El cuchillo de Lila desapareció dentro de su vaina. Se quitó los guanteletes, uno por uno, y también los apoyó sobre la mesa. Hasta borracha se movía como la elegancia fluida de un luchador. Le recordó a Ojka.

—Ojka —repitió ella, como leyéndole la mente.

Holland se tensionó.

—¿Qué?

Lila se dio un golpecito en la mejilla.

—La pelirroja con la cicatriz y la cara chorreada de negro. Ella hizo esto, intentó clavarme un cuchillo en el ojo, justo antes de que le rebanara la garganta.

Las palabras fueron un golpe amortiguado. Solo una pequeña llama de esperanza titilaba en su pecho. No quedaba nada. Cenizas sobre brasas.

—Estaba siguiendo órdenes —dijo sin emoción.

Lila levantó las llaves del gancho.

—¿Tuyas o de Osaron?

Era un pregunta difícil. ¿Cuándo habían sido diferentes? ¿Habían sido lo mismo alguna vez?

Escuchó el *clanc* del metal y Holland parpadeó para ver la puerta de la celda abriéndose, Lila entró.

—Si viniste a matarme…

—No —dijo ella con desdén—. Eso puede esperar hasta la mañana.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Porque la gente buena muere y la gente mala vive y no parece justo, ¿no es cierto, Holland? —Arrugó la cara—. De toda la gente que podías matar, elegiste a alguien que en verdad me importaba.

—Tuve que hacerlo.

El puño de Lila lo golpeó como un ladrillo, con suficiente fuerza como para restallarle la cabeza hacia un costado y hacer que el mundo se volviera momentáneamente blanco. Cuando se le aclaró la vista, ella estaba parada sobre él con los nudillos ensangrentados.

Intentó golpearlo de nuevo, pero esta vez, Holland le atrapó la muñeca.

—Suficiente —dijo.

Pero no lo era. Había lanzado la mano libre, con fuego bailando sobre los nudillos, pero también la había atrapado.

—*Suficiente*.

Ella intentó liberarse, pero las manos de Holland se cerraron con más fuerza y encontraron ese lugar blando donde los huesos se encuentran. Presionó más y un sonido gutural escapó de la garganta de ella, bajo y animal.

—No sirve de nada obcecarse con lo que te han quitado —gruñó—. De *nada*.

Durante siete años, la vida de Holland había sido condensada en un solo deseo. Ver a Athos y Astrid Dane sufrir. Y Kell le había robado eso. Había robado la mirada en los ojos de Astrid mientras clavaba la daga en su corazón. Robado la expresión de Athos mientras lo destrozaba parte por parte.

«Nadie sufre con tanta belleza como tú».

Siete años.

Holland empujó a Lila hacia atrás. Ella tropezó y golpeó los barrotes con los hombros. Por un momento, la celda se llenó solo de los sonidos de la respiración agitada de ambos, que se miraban uno al otro en ese estrecho espacio, dos bestias enjauladas juntas.

Y luego, lentamente, Lila se enderezó, flexionando las manos.

—Si quieres venganza —dijo él—, cóbrala.

«Uno de los dos debería tenerla», pensó él, cerrando los ojos. Respiró hondo para reafirmarse y comenzó a contar a sus muertos, comenzando por Alox y terminando con Ojka.

Cuando abrió los ojos otra vez, Delilah Bard se había ido.



Vinieron a recogerlo justo después del amanecer.

En verdad, él no sabía la hora, pero podía sentir al palacio despertándose arriba, el sutil calentamiento del mundo más allá del pilar de la prisión. Con tantos años de frío, había aprendido a percibir los cambios más diminutos de temperatura, sabía cómo marcar el paso del día.

Los guardias vinieron y liberaron a Holland de la pared y, por un momento, no estuvo atado a nada más que dos manos, hasta que le envolvieron las muñecas, hombros y cadera con las cadenas. El pesado metal era un lastre y necesitó toda su fuerza para mantenerse de pie, subir las escaleras, su avance reducido a un paso entrecortado.

—*On vis och* —se dijo a sí mismo.

De amanecer a anochecer. Una frase que tenía dos significados en su lengua materna.

Un nuevo comienzo. Un buen final.

Los guardias marcharon con Holland hacia arriba y por los pasillos del palacio, donde hombres y mujeres se habían reunido para verlo pasar. Lo guiaron afuera, al balcón, un espacio grande despojado de todo salvo por una amplia plataforma de madera, recién construida, y sobre ella, un bloque de piedra.

«*On vis och*».

Holland sintió el cambio apenas pisó el exterior, el hormigueo de la magia de las defensas del palacio dieron paso a nada más que aire fresco y luz tan clara que le ardieron los ojos.

El sol se alzaba en un día helado y Holland, aún desnudo hasta la cintura debajo de las cadenas, sintió el aire gélido quemándole con brutalidad la piel. Pero había aprendido hacía mucho tiempo a no darles a los otros la satisfacción de su sufrimiento. Y aunque sabía que estaba parado en el centro de la escena —una que él mismo había orquestado—, Holland no podía ponerse a temblar y rogar. No enfrente de esta gente.

Estaban presentes el rey y el príncipe, así como cuatro guardias más, con las frentes marcadas con sangre, y, manchados de forma similar, un puñado de magos —un hombre joven de pelo plateado, con viento que se arremolinaba alrededor de las extremidades; un par de mellizos de piel oscura, con rostros tachonados de gemas; un hombre rubio, con la contextura de una pared—. Ahí, entre ellos, con la piel cicatrizada con líneas plateadas, había un hombre que le resultaba casi familiar con una gema azul sobre un ojo; un anciano vestido con sotanas blancas, un gota carmesí en la frente; Delilah Bard, cuyo ojo destruido atrapaba la luz.

Y último —ahí, en la plataforma, al lado del bloque de piedra— estaba Kell, con una espada larga en las manos, cuya punta ancha apoyaba en el piso.

Los pasos de Holland debieron haberse desacelerado, porque uno de los guardias llevó un guantelete a su espalda para obligarlo a seguir, subir los dos escalones cortos, a la tarima recién construida. Se detuvo y se enderezó, mirando hacia el río oscurecido más allá del balcón.

Tan parecido al Londres Negro.

Demasiado parecido al Londres Negro.

—¿Reconsiderándolo? —dijo Kell, agarrando la espada.

—No —dijo Holland, con la mirada fija más allá de él—. Solo me tomaba un momento para disfrutar de la vista.

Sus ojos pasaron al joven *antari*, observó la forma en que sostenía la espada, una mano en la empuñadura y la otra apoyada sobre la cuchilla, presionándola solo lo suficiente como para extraer una línea de sangre.

—Si no viene… —comenzó a decir Holland.

—Lo haré rápido.

—La última vez, le erraste a mi corazón.

—No le voy a errar a tu cabeza —respondió Kell—. Pero espero que no llegue a eso.

Holland comenzó a hablar, pero se obligó a tragar las palabras.

No servían de nada.

Aun así, las pensó.

«Espero que sí».

La voz del rey resonó en la fría mañana.

—Arrodíllate —ordenó el soberano de Arnes.

Holland se tensionó ante la palabra, su mente trastabilló a otro día, otra vida, el acero frío y la voz suave de Athos; pero dejó que el peso de los recuerdos, al igual que el peso actual de las cadenas, lo tirara hacia abajo. Mantuvo los ojos en el río, la oscuridad que se movía apenas bajo la superficie, y luego habló, su voz era baja, las palabras no eran para la multitud en el balcón ni para Kell, sino para el rey sombra.

—Ayúdame.

Las palabras no fueron más que un suspiro de niebla. Para la multitud reunida, podrían haber parecido una plegaria, elevada a los dioses que creían que él veneraba. Y de cierta manera, lo fue.

—*Antari* —dijo el rey, dirigiéndose a él no por el nombre o siquiera el título, solo por lo que era, y Holland se preguntó si Maxim Maresh sabría su nombre completo.

«Vosijk», casi dijo. «Mi nombre es Holland Vosijk».

Pero eso no importaba ahora.

—Eres culpable de graves pecados contra el imperio, culpable de practicar magia prohibida, de incitar el caos y la ruina, de traer guerra…

Las palabras del rey le resbalaron a Holland al inclinar la cabeza hacia el cielo. Los pájaros volaban en lo alto, mientras las sombras se metían entre las nubes bajas. Osaron estaba ahí. Holland apretó los dientes y se obligó a hablar, no a los hombres a su alrededor, no al rey ni a Kell, sino a la presencia que acechaba, escuchaba.

—Ayúdame.

—Eres sentenciado a muerte por espada a causa de tus crímenes, tu cuerpo será arrojado al fuego…

Podía sentir la magia del *oshoc* enredándose en su pelo, peinando su piel, pero aun así no vino.

—Si tienes algo que decir, dilo ahora, pero tu destino ya está sellado.

Escuchó una nueva voz, entonces, como una vibración en el aire invernal.

«Suplica».

Holland se tensionó.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó el rey.

«Suplica».

Holland tragó saliva e hizo algo que nunca había hecho, nunca en los siete años de esclavitud y tortura.

—Por favor —suplicó, primero en voz baja y luego más alto—. Por favor. Seré tuyo.

La oscuridad rio, pero no vino.

El pulso de Holland comenzó a correr, las cadenas de repente demasiado ajustadas.

—*Osaron* —gritó—. Este cuerpo es tuyo. Esta vida, lo que queda de ella, es tuya…

Los guardias estaban a ambos lados de él ahora, los puños en guanteletes forzaron la cabeza de Holland hacia adelante, al bloque.

—Osaron —gruñó, luchando contra su agarre por primera vez.

La risa continuó, resonaba en su cabeza.

—Los dioses no necesitan cuerpo, ¡pero los reyes sí! ¿Cómo gobernarás sin una cabeza para tu corona?

Kell estaba al lado suyo ahora, ambas manos sobre la empuñadura de la espada.

—Acábalo —ordenó el rey.

«Espera», pensó Holland.

—Mátalo —dijo Lila.

—Quédate quieto —ordenó Kell.

La vista de Holland se redujo a la madera de la plataforma.

—¡Osaron! —bramó mientras la espada de Kell silbó al elevarse.

Nunca bajó.

Una sombra barrió el balcón. En un momento el sol estaba ahí, al siguiente, estaban sumergidos en la oscuridad y todos alzaron la vista a tiempo para ver una ola de agua negra llegar a su pico para caer con fuerza sobre ellos.

Holland se retorció hacia un lado, aferrado aún al bloque de piedra, cuando el río azotó la plataforma. Uno de los guardias, al ser golpeado, cayó por el borde al oleaje agitado, mientras el otro se aferraba a Holland.

El torrente glacial tiró la espada de la mano de Kell y lo lanzó a él hacia atrás a través de la tarima, una esquirla de hielo le fijó la manga al suelo, mientras los guardias se zambullían para cubrir al príncipe y al rey. La ola golpeó los escalones entre la plataforma y el balcón y salpicó hacia arriba, se arremolinó primero en una columna, antes de que sus bordes se suavizaran y se unieran con la forma de un hombre.

Un rey.

Osaron le sonrió a Holland.

—¿*Ves*? —dijo con esa voz en eco suya—. *Puedo ser misericordioso*.

Alguien se movía por el balcón. El mago de pelo plateado se lanzó hacia adelante, el aire como cuchillos alrededor de él.

Osaron no quitó los ojos de Holland, pero hizo un gesto rápido con sus dedos de agua y una estaca de hielo se materializó y salió despedida hacia el pecho del mago. El hombre en verdad sonrió al girar alrededor de la esquirla, con un movimiento ligero como el aire, antes de hacerla añicos con una sola ráfaga afilada.

Cabello plateado y túnicas arremolinadas bailaron otra vez hacia Osaron, un borrón, y luego el mago lanzó una cuchillada, con una mano rodeada de un filo de

viento. La forma acuosa de Osaron se partió alrededor de la muñeca del mago, luego se cerró con fuerza. El mago aéreo se detuvo de golpe, sujetado en el centro helado de la forma de Osaron. Antes de poder liberarse, el rey sombra introdujo la mano en el pecho del mago.

Sus dedos pasaron limpios, las puntas de hielo negro brillaron con el rojo derramado.

—¡Jinnar! —gritó alguien cuando el viento murió repentinamente en lo alto de la tarima y el mago colapsó, sin vida, al piso.

Osaron se sacudió la sangre de las manos mientras subía los escalones.

—*Dime, Holland* —dijo—. ¿*Parece que necesito un cuerpo*?

Usando su distracción, Kell arrancó la esquirla del hielo de su manga y se la lanzó con fuerza a la espalda del rey sombra. Holland se sintió fugazmente, a regañadientes, impresionado, pero el filo helado pasó derecho a través de la forma acuosa de Osaron. Este se dio vuelta, como entretenido, para enfrentar a Kell.

—*Tomará más que eso*, antari.

—Lo sé —dijo Kell, y Holland vio la cinta de sangre dando vueltas en la columna de agua que formaba el pecho de Osaron el instante previo a que Kell agregase—: *As Isra*.

Y así como así, Osaron se *congeló*.

Pasó en un instante, el rey sombra reemplazado por una estatua de hielo.

Holland encontró la mirada de Kell a través de la superficie congelada del torso de Osaron.

Lo vio primero y el alivio se transformó en horror cuando el mago muerto —Jinnar— se puso de pie. Sus ojos eran negros —no ensombrecidos, sino sólidos—, su piel ya comenzaba a arder con la fuerza de su nuevo huésped. Y cuando habló, salió una voz suave, familiar.

—*Tomará más que eso* —dijo Osaron otra vez, el pelo plateado ondeaba.

Los cuerpos se estaban levantando alrededor de él y Holland lo comprendió demasiado tarde. La ola. El agua.

—¡Kell! —gritó—. Las marcas de sangre…

Lo interrumpió un puñetazo que el guardia le dio con el guantelete en las costillas, el manchón carmesí de su casco lavado por el primer crecimiento del río.

—Arrodíllate ante el rey.

El hombre con cicatrices plateadas y el príncipe Maresh, ambos, corrieron hacia adelante, pero Kell los detuvo con una estocada abrupta del brazo, una pared de hielo brotó hacia arriba y los dejó aislados de la plataforma y de Osaron.

Osaron, ahora estaba parado entre Holland y Kell en su portador robado, cuya piel se descamaba como rizos de papel en llamas.

Holland se obligó a ponerse de pie, a pesar del peso de las cadenas.

—Qué pobre sustituto has elegido —dijo, atrayendo la atención del *oshoc* mientras Kell se movía hacia adelante, con sangre que le goteaba de los dedos—.

Cuán rápido se desmorona. —Su voz era baja en medio del oleaje de caos y llena de desdén—. No es un cuerpo para un rey.

—*Aún ofreces el tuyo en su lugar* —reflexionó Osaron. Su cascarón se moría rápido, encendido por un resplandor rojo sangre que le agrietaba la piel.

—Así es —dijo Holland.

—*Tentador* —dijo Osaron. Sus ojos negros ardieron dentro de su cráneo. En un *flash* estuvo al lado de Holland—. *Pero prefiero verte caer*.

Holland sintió el empujón antes de ver la mano, sintió la fuerza contra su pecho y el repentino peso de la gravedad, al moverse el mundo y desaparecer la plataforma, y las cadenas lo empujaron sobre el borde y hacia abajo, más y más y más, hasta el río debajo.

III

Kell vio a Holland caer.

En un momento el *antari* estaba ahí, al borde, y al siguiente ya no, se zambullía en el río sin magia a mano, solo el peso muerto, frío, del hierro hechizado que lo rodeaba. El balcón era un caos, un guardia estaba de rodillas peleando con la bruma, mientras Lila y Alucard se ponían en guardia contra el cadáver animado de Jinnar, quien ahora no era más que huesos chamuscados.

No había tiempo para pensar, para preguntarse, para cuestionar.

Kell se lanzó.

La caída era más alta de lo que parecía.

El impacto le quitó el aire de los pulmones, le sacudió los huesos. Kell tomó una bocanada de aire y el río se cerró sobre él, frío como el hielo y negro como la tinta.

Abajo, lejos, casi fuera de vista, se hundía una forma pálida hacia el fondo del agua contaminada.

Kell nadó hacia Holland, los pulmones le dolían mientras luchaba contra la presión del río, no solo el peso del agua, sino la magia de Osaron, que le quitaba calor y concentración al intentar entrar a la fuerza.

Para cuando alcanzó a Holland, el hombre estaba de rodillas en el fondo del río, movía los labios débilmente, sin sonido, su cuerpo pesado con los grilletes en sus muñecas y las cadenas de acero en su cintura y piernas. El *antari* luchaba por ponerse de pie, pero no lograba nada más. Después de un breve esfuerzo, perdió su batalla contra la gravedad y volvió a hundirse sobre sus rodillas, levantando una nube de cieno al golpear el hierro contra el lecho del río.

Kell flotó frente a él, su propio abrigo pesado con agua, con suficiente lastre como para mantenerlo abajo. Sacó su daga y cortó la piel, antes de darse cuenta de la inutilidad: en cuanto la sangre brotó, desapareció disipada por la corriente. Kell maldijo, sacrificando un poco de aire mientras Holland luchaba por aferrarse a lo que le quedaba de este. El pelo negro de Holland flotaba alrededor de su rostro, los ojos cerrados, una resignación en su postura, como si prefiriese ahogarse antes que regresar al mundo de arriba.

Como si tuviera la intención de terminar su vida aquí, en el fondo del río.

Pero Kell no podía dejarlo hacer eso.

Los ojos de Holland se abrieron de golpe cuando Kell lo tomó de los hombros mientras se agachaba para alcanzarle las muñecas, donde el peso las hundía al lecho

del río. El *antari* negó con la cabeza minuciosamente, pero Kell no lo soltó. Todo el cuerpo le dolía por el frío y la falta de aire, y podía ver el pecho de Holland trastabillando al luchar contra la necesidad de respirar.

Kell envolvió los grilletes de hierro con las manos y tiró, no con músculo sino con magia. El hierro era un mineral, en algún lugar entre la piedra y la tierra en el espectro de los elementos. No podía deshacerlo, pero podía —con suficiente esfuerzo — cambiar su forma.

Transmutar un elemento no era una hazaña menor, incluso en un estudio, con tiempo abundante y concentración de sobra; hacerlo debajo del agua rodeado por magia oscura mientras le gritaba el pecho y Holland se ahogaba lentamente era algo completamente distinto.

«Enfócate», lo regañó la voz de Tieren en su cabeza. «Desenfócate».

Kell cerró los ojos con fuerza e intentó recordar las instrucciones de Tieren.

«Los elementos no son completos en sí mismos», había dicho el *Aven Essen*, «sino partes; cada uno, un nudo en la misma soga en giro constante, uno da paso a otro y a otro y a otro. Hay una pausa natural, pero no junturas».

Habían pasado años desde que había aprendido a hacer esto; años desde que se había parado en el estudio del sumo sacerdote con un vaso en cada mano, siguiendo las líneas del espectro de elementos mientras vertía los contenidos de un lado a otro, transformando la taza de agua en arena, la arena en roca, la roca en fuego, el fuego en aire, el aire en agua. Una y otra vez, lentamente, concienzudamente, la acción nunca tan natural como la teoría. Los sacerdotes podían hacerlo —estaban tan sintonizados con las sutilezas de la magia, los límites entre los elementos porosos en sus manos—, pero la magia de Kell era demasiado ruidosa, demasiado brillante, y la mitad del tiempo él flaqueaba, estallaba el vidrio o volcaba contenidos que eran ahora mitad piedra, mitad vidrio.

«Enfoca».

«Desenfoca».

El hierro estaba frío en sus manos.

Inflexible.

Nudos en una soga.

Holland se estaba muriendo.

El mundo acuoso se arremolinó amenazante.

«Enfoca».

«Desenfoca».

Los ojos de Kell se abrieron de golpe. Encontró la mirada de Holland y cuando el metal comenzó a ablandarse en sus manos, algo destelló en el rostro del mago y Kell se dio cuenta, de repente, de que la resignación de Holland había sido una máscara que tapaba el pánico que había debajo. Las esposas cedieron bajo los dedos desesperados de Kell, que transformaron el hierro en arena, el cieno que formaba una nube, y luego se disolvió en la corriente del río.

Holland se sacudió hacia adelante ante la súbita ausencia de cadenas. Subió, la necesidad de aire lo propulsó hacia la superficie.

Kell se impulsó contra el lecho del río para seguirlo.

O lo intentó.

Se levantó unos pocos centímetros, solo para ser arrastrado de regreso, agarrado por una repentina fuerza invisible. El último aliento de Kell escapó en una corriente violenta al luchar él contra el agarre del agua. La fuerza se ciñó más alrededor de sus piernas, intentó aplastar la energía de sus extremidades, de su pecho, tiró de sus brazos para abrirlos en un horrible eco del marco de metal en el castillo del Londres Blanco.

El agua frente a Kell se movió y arremolinó, la corriente plegada alrededor de los contornos de un hombre.

«*Hola otra vez*, antari».

Demasiado tarde, Kell comprendió. El último momento en el balcón, cuando Osaron había mirado no a Holland, sino a él. Había empujado a Holland al río sabiendo que Kell lo salvaría. Ellos habían tendido una trampa para el rey sombra y este había tendido una para ellos. Para él.

Después de todo, Kell era el que se había resistido, el que se había negado a ceder.

«*¿Te arrodillarás ahora*?».

Los amarres invisibles forzaron a Kell hacia el suelo del río. Los pulmones le ardieron al intentar impelerse contra el agua. Intentó y falló. El pánico lo atravesó.

«*¿Suplicarás ahora*?».

Cerró los ojos e intentó luchar contra la necesidad de aire que gritaba en su pecho, ahogando su juicio. Su vista titiló con puntos de luz y negro humo.

«*¿Me dejarás entrar ahora*?».

IV

Lila vio a Kell desaparecer tras el borde del balcón.

Al principio, pensó que lo habían tirado, que ciertamente él no se lanzaría *voluntariamente* al agua negra, no por Holland, pero luego recordó sus palabras —«podría haber sido yo»— y se dio cuenta, con fría claridad, de que Kell no le había dicho la verdad. La ejecución era una farsa. La idea nunca había sido que Holland muriera.

Todo había sido una trampa y Osaron no había mordido el anzuelo y ahora Holland se estaba hundiendo al fondo del Isle y Kell se iba con él.

—Maldito infierno —mascculló Lila, mientras se sacaba el abrigo.

En el balcón, Jinnar había colapsado, el cuerpo se deshacía en cenizas fangosas, mientras que aquellos que habían caído bajo el hechizo de Osaron eran contenidos. Un par de guardias con cicatrices plateadas luchaban para restablecer el orden, al mismo tiempo que un tercero combatía la fiebre que se propagaba por su cuerpo. El rey se abrió paso a los empujones entre sus propios guardias para registrar el balcón, mientras Alucard protegía a Rhy, quien tenía una mano en el pecho como si no pudiera respirar.

Porque, por supuesto, *no podía* respirar. Kell no era el único que se ahogaba.

Lila se volteó, montó sobre el borde del balcón y saltó.

El agua la cortó como un cuchillo. Escupió, golpeada por el dolor y el frío, e iba a *matar* a alguien cuando todo esto terminara.

Sin el peso de su abrigo, su cuerpo se rebelaba, intentaba con cada brazada elevarla hacia la superficie, hacia el aire, hacia la vida. En lugar de eso, ella nadó hacia abajo, con pulmones ardidos y el agua helada que le picaba los ojos abiertos, hacia la forma en el fondo del río. Esperaba que fuera Holland, hundido por el peso de las cadenas. Pero la figura se revolvía libremente; el cabello, una nube enredada.

Kell.

Lila pataleó hacia él cuando una mano la tomó del brazo. Se retorció hacia atrás para ver a Holland, ahora libre de cadenas.

Levantó una bota para apartarlo de una patada, pero el agua la agarró y los dedos de Holland la agarraron con más fuerza para forzarla a darse vuelta otra vez y mirar a la figura que luchaba en el lecho del río.

Por un momento helado y horrible, pensó que él quería que ella mirara a Kell morir.

Pero luego lo vio, el contorno tenue de algo —*alguien*— flotando en el agua arriba de él.

«Osaron».

Holland se señaló a sí mismo y luego al rey sombra. Luego la apuntó a ella y después a Kell. Y entonces la soltó y ella comprendió.

Bucearon como si fueran uno, pero Holland llegó al fondo primero, aterrizó en una nube de cieno que atrapó los contornos del rey sombra como el polvo atrapado en un rayo de luz.

Lila alcanzó el costado de Kell tras la cobertura del agua enturbiada e intentó tirarlo hacia arriba, liberarlo, pero la voluntad de Osaron se mantuvo firme. Estiró una mano desesperada hacia Holland, una súplica silenciosa, y el mago abrió las manos y empujó.

El río retrocedió, lanzado hacia todas las direcciones, esculpiendo una columna de aire con Kell y Lila en el centro. Kell y Lila, pero no Holland.

Lila respiró hondo, con los pulmones doloridos, Kell colapsó en el suelo del río, jadeando y vomitando agua.

«Sácalo», articuló la boca de Holland, con manos temblorosas por la fuerza de sostener al río —y a Osaron— a raya.

«¿Con qué?», quería decir Lila. Podían respirar, pero aún estaban parados en el fondo del río, Kell solo y semiinconsciente y Lila con toda su fuerza, pero sin la habilidad. No podía fabricar alas de aire, no podía esculpir escalones de hielo. Su mirada bajó al cieno del piso.

La columna de aire se meció alrededor de ellos.

Holland estaba perdiendo el agarre.

Las sombras crecieron, enroscadas en el agua alrededor del *antari* que flaqueaba, como extremidades, dedos, bocas que daban vueltas.

Quería dejarlo, pero Kell los había traído aquí, a este punto, todo por la maldita vida de Holland. «Déjalo. Sálvalo. Maldita sea». Lila gruñó y, con una mano en la manga de Kell, lanzó la otra hacia la columna, ensanchando el círculo hasta que Holland se tambaleó hacia adelante, a salvo dentro de este.

A salvo como algo relativo.

Holland inhaló bruscamente y Kell, finalmente recobrando los sentidos, presionó la palma de la mano contra el suelo húmedo del río. Este comenzó a elevarse en un disco de tierra bajo sus pies hacia la superficie, mientras la columna se desarmaba debajo.

Llegaron a la superficie y se arrastraron hacia la orilla del río bajo el palacio. Cayeron al piso empapados y medio congelados, pero vivos.

Holland fue el primero en recuperarse, pero antes de que terminara de ponerse de pie, Lila ya había apoyado un cuchillo en su garganta.

—Quieto —dijo ella, mientras sus propias extremidades temblaban.

—Espera —Kell comenzó a hablar, pero el rey y sus hombres ya estaban sobre ellos, los guardias obligaban a Holland a ponerse otra vez de rodillas sobre la orilla helada. Cuando se dieron cuenta de que ya no estaba encadenado, la mitad de ellos se arrojó hacia adelante, espadas blandidas, la otra mitad se apartó. Pero Holland no hizo ningún movimiento de ataque. Lila mantuvo su cuchillo desenvainado de todos modos, hasta que los hombres del rey levantaron a su prisionero para arrastrarlo de regreso a las celdas. Como una estela, Rhy vino hacia ellos corriendo por la orilla. La mandíbula del príncipe estaba apretada, sus mejillas rojas, como si hubiese estado a punto de ahogarse. Porque, claro, lo había estado.

Kell lo vio venir.

—Rhy…

El príncipe le dio un puñetazo a su hermano en la cara.

Kell se tambaleó hacia atrás y cayó al piso y el príncipe retrocedió con el dolor en espejo, tomándose su propia mejilla.

Rhy agarró a Kell por el cuello empapado de su abrigo.

—Estoy en paz con la muerte —dijo, apuntando con un dedo a la forma de Holland que se llevaban—. Pero me niego a morir por él.

Con eso, Rhy apartó a su hermano con un empujón. La boca de Kell se abrió y se cerró, con una mota de sangre en la comisura de los labios, pero el príncipe se dio media vuelta y marchó hacia el palacio.

Lila se cepilló el cuerpo con las manos.

—Era de esperar —dijo, antes de dejar a Kell en la orilla empapado, temblando y solo.

V

«*Los dioses no necesitan cuerpo, pero los reyes sí*».

Osaron se *enfurecía* con las palabras que hacían eco en su mente. Malezas que arrancar del techo. Después de todo, él era un dios. Y un dios no necesitaba un cuerpo. Un cascarón. Una *jaula*. Un dios estaba en todos lados.

El río bulló y de él se levantó una gota, un abalorio negro brillante que se estiró y extendió hasta que tuvo una forma, extremidades, dedos, un rostro. Osaron se paró en la superficie del agua.

Holland estaba *equivocado*.

Un cuerpo era apenas una herramienta, algo para ser usado, descartado, pero nunca era algo *necesario*.

Osaron había querido matar a Holland despacio, arrancar su corazón mortal, un corazón que él conocía, un corazón que había escuchado durante meses.

Le había dado tanto a Holland —una segunda oportunidad, una ciudad renacida— y todo lo que había pedido a cambio era *cooperación*.

Habían hecho un trato.

Y Holland pagaría por haberlo roto.

La insolencia de estos antari.

En cuanto a los *otros* dos…

Aún no había decidido cómo usarlos.

Kell era una tentación.

Un regalo recibido y luego perdido, un cuerpo en el que meterse o simplemente romper.

Y la muchacha. Delilah. Fuerte y aguda. Tanto ánimo de lucha. Tanta promesa. Tanto *más* podía ser.

Él quería…

No.

Pero por otro lado…

Era un cosa diferente, que un dios quisiera y un humano necesitara.

Él no *necesitaba* estos juguetes, estos cascarones.

No necesitaba ser *confinado*.

Estaba en todos lados.

(Era suficiente).

Era…

Osaron bajo la vista a su forma esculpida en agua oscura y recordó otro cuerpo, otro mundo.

Faltaba…

No.

Pero algo *sí* faltaba.

Se elevó desde la superficie del agua, se alzó en el aire para observar la ciudad que sería *su* ciudad. Era el mediodía y, sin embargo, Londres estaba sumida en la sombra. Las brumas de su poder brillaban, se retorcían, se enroscaban, pero debajo de su cobertura, la ciudad se veía *apagada*.

El mundo —*su* mundo— debía ser hermoso, brillante, lleno de la luz de la magia, la canción del poder.

Lo *sería* una vez que la ciudad dejara de pelear. Una vez que todos se inclinaran, que todos se arrodillaran, todos lo reconocieran como el rey, entonces él haría que la ciudad fuese lo que sería, lo que *debería* ser. El progreso era un proceso, el cambio llevaba tiempo, el invierno antes de cada primavera.

Pero mientras tanto…

Faltaba…

Lo que faltaba…

Se dio vuelta en el lugar y ahí estaba.

El palacio real.

En algún lugar dentro, los desafiantes se reunían, escondidos detrás de sus defensas como si las defensas fuesen a sobrevivirlo a él. E iban a caer, con el tiempo, pero era el palacio mismo lo que brillaba en su mirada, elevado sobre el río ennegrecido como un segundo sol, lanzando rayos de luz rojiza al cielo aún ahora, cuyo eco bailaba sobre la superficie negra espejada del río.

Cada gobernante necesitaba un palacio.

Él había tenido uno una vez, por supuesto, en el centro de su primera ciudad. Una cosa hermosa esculpida con deseo y voluntad y potencia pura. Osaron se había dicho que no repetiría ese lugar, no cometería los mismos errores…

Pero esa era la palabra equivocada.

Había sido joven, estaba aprendiendo, y aunque la ciudad había caído, no era culpa del *palacio*. No era *su* culpa. Era la de ellos, la del pueblo, con sus mentes defectuosas, sus formas frágiles. Y sí, él les había dado poder, pero ahora había aprendido, ahora sabía que el poder debía ser suyo y solo suyo, y había sido un palacio *tan* espléndido. El corazón oscuro de su reino.

Sería mejor aquí.

Justo aquí.

Entonces, quizá, este palacio se sentiría como su hogar.

Hogar.

Qué idea extraña.

Aun así. Aquí. Esto.

Osaron se había alzado alto en el aire ahora, lejos sobre la extensión negra y brillante del río, los estadios sin vida, esqueletos descomunales de piedra y madera cubiertos de leones y serpientes y aves de presa, cuerpos vacíos, sus banderines aún agitados en la brisa.

Justo aquí.

Abrió las manos y tiró de los hilos de este mundo, de los hilos del poder en los estadios de piedra y el agua debajo y las inmensas siluetas comenzaron a acercarse entre sí, gruñendo al liberarse de sus puentes y agarres.

En su mente, el palacio cobró forma, humo y piedra y magia se liberaron, se recrearon en algo distinto, algo mejor. Y como en su mente, también en el mundo debajo. Su nuevo palacio se alargaba como una sombra, se alzaba en vez de extenderse, tentáculos de bruma trepaban por los costados como vides y se alisaban en piedra negra pulida, como carne nueva sobre huesos viejos. En lo alto, los banderines de los estadios se elevaron como humo antes de endurecerse en una corona de agujas sobre su creación.

Osaron sonrió.

Era un comienzo.

VI

Kell siempre había sido afecto al silencio.

Ansiaba esos momentos demasiado raros en que el mundo se calmaba y el caos de la vida en el palacio daba paso a una quietud confortable, cómoda.

Este *no* era esa clase de silencio.

No, este silencio era una cosa vacía, enfurruñada, una quietud pesada, rota solo por el goteo del agua del río al golpear el piso pulido y el fuego crujiendo en el hogar y los pasos arrastrados e impacientes de Rhy.

Kell estaba sentado en una de las sillas del príncipe, con una taza de té hirviendo en una mano, su mandíbula inflamada en la otra; el pelo, un enredo de rayas rojas; gotas de agua de río le caían por el cuello. Mientras Tieren le curaba los pulmones, Kell evaluaba los daños: dos guardas habían muerto, al igual que otro mago arnesiano. Holland estaba nuevamente en las celdas, la reina estaba en la galería y el rey estaba parado del otro lado de la habitación junto a la chimenea del príncipe, con el rostro ensombrecido, taciturno. Hastra estaba a las puertas, Alucard Emery —una sombra de la que Kell parecía no poder deshacerse— estaba sentado en el sillón con una copa de vino, mientras que su compañero de tripulación, Lenos, se cernía como una sombra a sus espaldas. Sangre y cenizas aún manchaban el torso de Alucard. Algo de eso era suyo, pero el resto pertenecía a Jinnar.

Jinnar, quien se había atrevido a luchar y había perdido.

El mejor de todos los magos de viento de Arnes, reducido a una marioneta en llamas, a un montón de cenizas.

Lila estaba sentada en el piso, con la espalda contra el sofá de Alucard, y verla ahí —cerca del maldito corsario en vez de cerca de él— avivó el fuego en el pecho dolorido de Kell.

Los minutos pasaban lentamente y su pelo húmedo finalmente comenzó a secarse, aun así nadie habló. En su lugar, el aire vibraba con la frustración de las cosas sin decir, de las peleas latentes.

—Bueno —dijo el príncipe finalmente—, creo que podemos decir con seguridad que eso no salió como lo habían planeado.

Las palabras rompieron el sello y de repente la habitación se llenó de voces.

—Jinnar era mi *amigo* —dijo Alucard, mirando con furia a Kell— y está muerto por tu culpa.

—Jinnar está muerto por su propio accionar —dijo Kell, alejándose de las atenciones de Tieren—. Nadie lo obligó a salir al balcón. Nadie le dijo que atacara al rey sombra.

Lila frunció el ceño.

—Deberías haber dejado que Holland se ahogara.

—¿Por qué no lo dejaste? —intervino Rhy.

—Después de todo —siguió ella—, ¿no se suponía que era una *ejecución*? ¿O tenías otros planes? Unos que no compartiste con nosotros.

—Sí, Kell —agregó Alucard—, cuéntanos.

Kell le disparó una mirada helada al capitán.

—¿Por qué estás aquí?

—Kell —dijo el rey, con voz baja, seria—. Diles.

Kell se pasó una mano por el pelo, que se le encrespaba.

—Osaron necesita permiso para tomar un cascarón *antari* —dijo—. El plan era que Holland dejara entrar a Osaron y luego yo mataría a Holland.

—Lo sabía —dijo Lila.

—También Osaron, aparentemente —dijo Rhy.

—Durante la ejecución —continuó Kell—, Holland estaba tratando de atraer a Osaron. Cuando Osaron apareció, supuse que había funcionado, pero cuando empujó a Holland al río, no pensé…

—No —estalló Rhy—, no pensaste.

Kell sostuvo su posición.

—*Quizá* él iba a dejar que Holland se ahogara *o* quizá simplemente estaba tratando de alejarlo de nosotros antes de reclamar su caparazón. Y si creen que Osaron es malo sin un cuerpo, deberían haberlo visto en el de Holland. No pensé que estaba detrás de *mí* hasta que fue demasiado tarde.

—Hiciste lo correcto —dijo el rey. Kell lo miró atónito. Era lo más cerca que Maxim había estado de ponerse del lado de Kell en *meses*.

—Bueno —dijo Rhy, malhumorado—, Holland sigue vivo y Osaron todavía está libre y nosotros aún no sabemos cómo detenerlo.

Kell se presionó las palmas de las manos contra los ojos.

—Osaron sigue necesitando un cuerpo.

—Él no piensa eso —dijo Lila.

—Cambiará de opinión —dijo Kell.

Rhy dejó de ir de un lado a otro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ahora mismo, puede darse el lujo de ser obstinado. Tiene demasiadas opciones. —Kell miró a Tieren, quien permanecía callado, quieto como una piedra—. En cuanto pongas a la ciudad a dormir, Osaron se quedará sin cuerpos con los que jugar. Se inquietará. Se enojará. Y entonces tendremos su atención.

—¿Y qué haremos *en ese momento*? —dijo Lila, exasperada—. Aunque podamos convencer a Osaron de tomar el cuerpo que le demos, tenemos que ser lo suficientemente rápidos para dejarlo preso en él. Es como intentar atrapar un relámpago.

—Necesitamos otra manera de contenerlo —dijo Rhy—. Algo mejor que un cuerpo. Los cuerpos vienen con mentes y estas, como ya sabemos, pueden ser manipuladas. —Sacó una pequeña esfera plateada de un estante y la estiró entre sus dedos. La esfera estaba hecha de finos cables de metal tejidos de forma tal que al separarse, se expandían en un gran globo de delicados filamentos y al plegarse se unían en una bola densa de plata enroscada bien ceñida—. Necesitamos algo más fuerte. Algo permanente.

—Necesitaríamos un legador —dijo Tieren suavemente.

La habitación miró al *Aven Essen*, pero fue Maxim el que habló. Se estaba poniendo rojo.

—Me dijiste que no existían.

—No —dijo Tieren—. Te dije que no te ayudaría a *crear* uno.

El sacerdote y el rey trabaron miradas por suficiente tiempo para que Rhy hablara.

—¿Alguno quiere explicar?

—Un legador —dijo Tieren, despacio, dirigiéndose a la habitación— es un dispositivo que transfiere magia. Y aunque pudiera crearse, es por su propia naturaleza corrupto, un desafío directo a la regla fundamental y una *interferencia* —Maxim se puso rígido ante esto— en el orden natural de la selección mágica.

La habitación se quedó en silencio. El rostro del rey estaba rígido de la furia, los rasgos del propio Rhy estaban tensos pero pálidos y la comprensión se posó sobre el pecho de Kell. Un aparato que transfiriese magia sería capaz de otorgarla a aquellos que no la tenían. ¿Qué haría un padre por un hijo nacido sin poder? ¿Qué no haría un rey por su heredero?

Cuando el príncipe habló, su voz fue cautelosa, sin titubeos.

—¿Es realmente eso posible, Tieren?

—En *teoría* —respondió el sacerdote, mientras cruzaba a un escritorio ornamentado que había en un rincón de la habitación. Sacó un pedazo de pergamino del cajón, extrajo un lápiz de uno de los muchos pliegues de su sotana blanca de sacerdote y comenzó a dibujar.

—La magia, como saben, no se transmite por sangre. Elige a los fuertes y a los débiles como quiere. Como es *natural* —agregó, lanzando una mirada severa al rey —. Pero algún tiempo atrás, un noble llamado Tolec Loreni quería una forma de legar no solo su tierra y sus títulos a su amado hijo mayor. —El dibujo en la hoja comenzaba a tomar forma. Un cilindro de metal con la forma de un pergamino, con palabras de un hechizo grabadas en su longitud—. Diseñó un artefacto que podía ser

encantado para tomar y contener el poder de una persona hasta que el familiar más cercano lo reclamara.

—De ahí, legador.

Rhy tragó.

—¿Y realmente funcionó?

—Bueno, no —dijo Tieren—. El hechizo lo mató instantáneamente. Pero —se iluminó— su sobrina, Nadina, tenía una mente bastante brillante. Ella perfeccionó el diseño y se creó el primer legador.

Kell negó con la cabeza.

—¿Por qué nunca escuché hablar de eso? Y si funcionó, ¿por qué no se sigue usando?

—Al poder no le gusta ser forzado a un linaje —dijo Tieren enfáticamente—. El legador de Nadina Loreni funcionó. Pero funcionó en *cualquiera. Para* cualquiera. No hay forma de controlar *quién* reclama los contenidos de un legador. Los magos pudieron ser *persuadidos* de ceder la totalidad de su poder en el artefacto y una vez que fue entregado al legador, cualquiera podía reclamarlo. Como pueden imaginar, las cosas se pusieron… complicadas. Al final, la mayoría de los legadores fueron destruidos.

—Pero si pudiéramos encontrar los diseños de los Loreni —dijo Lila—, si pudiéramos recrear uno…

—No es necesario —dijo Alucard, hablando por fin—. Sé exactamente dónde encontrar uno.

VII

—¿Qué quieres decir con que lo *vendiste*? —espetó Kell al capitán.

—No sabía lo que *era*.

Hacía varios minutos que esto continuaba y Lila se sirvió un nuevo trago, mientras la habitación alrededor de ella vibraba con el enojo de Kell, la frustración del rey, el fastidio de Alucard.

—No reconocí la magia —estaba diciendo Alucard por tercera vez—. Nunca había visto nada igual. Sabía que era raro, pero eso fue todo.

—*Vendiste* un *legador* —repitió Kell, arrastrando las palabras.

—Técnicamente —dijo Alucard a la defensiva—, no lo *vendí*. Lo ofrecí en un intercambio.

Todos se quejaron ante eso.

—¿A quién se lo diste? —exigió Maxim. El rey no se veía bien, ojeras oscuras resaltaban bajo sus ojos, como si no hubiese dormido en días. Ninguno de ellos lo había hecho, pero a Lila le gustaba pensar que ella llevaba la fatiga bastante bien, dada su gran práctica.

—Maris Patrol —contestó Alucard.

El rey se enrojeció ante el nombre. Nadie más pareció notarlo. Lila sí.

—La conoces.

La atención del rey se disparó hacia ella.

—¿Qué? No. Solo por reputación.

Lila conocía las mentiras, especialmente cuando eran malas, pero Rhy interrumpió.

—¿Y qué reputación es esa?

El rey no fue quien respondió. Lila también notó eso.

—Maris dirige el *Ferase Stras* —dijo Alucard.

—¿El Aguas Movedizas? —tradujo Kell, suponiendo que Lila no conocía las palabras. Las conocía—. Nunca escuché hablar de él —agregó.

—No me sorprende —dijo el capitán.

—*Er an merst…* —comenzó a decir Lenos, hablando por primera vez. *Es un mercado*. Alucard le lanzó una mirada al hombre, pero el tripulante siguió hablando, con voz suave y el acento rural arnesiano—. Provee a marineros de una clase especial, que buscan intercambiar… —Finalmente captó la mirada del capitán y se quedó en silencio.

—Quieres decir un mercado negro —ofreció Lila, inclinando su copa hacia el capitán—. Como Sasenroche.

El rey alzó una ceja ante eso.

—Su Majestad —comenzó a decir Alucard—. Fue antes de empezar a servirle a la corona…

El rey levantó una mano, claramente no estaba interesado en excusas.

—¿Piensas que el legador sigue ahí?

Alucard asintió una vez.

—La encargada del mercado quedó fascinada con él. La última vez que lo vi, estaba alrededor de su cuello.

—¿Y dónde está este *Ferase Stras*? —preguntó Tieren, empujando un pergamino hacia ellos. Sobre este, había delineado un mapa rústico del imperio. Sin nombre, solo los bordes dibujados del territorio. Verlo hizo que se moviera algo en el fondo de la mente de Lila.

—Esa es la cosa —dijo Alucard, pasándose una mano por el revoltijo de rizos marrones que era su pelo—. Se va moviendo.

—¿Puedes encontrarlo? —preguntó Maxim.

—Con un cifrado pirata, seguro —respondió Alucard—, pero ya no tengo ninguno. Por el honor de Arnes, juro…

—Quieres decir que fue confiscado cuando fuiste arrestado —dijo Kell.

Alucard lo miró envenenado.

—¿Un cifrado pirata? —preguntó Lila—. ¿Es una clase de mapa del mar?

Alucard asintió.

—Pero no todos los mapas del mar están hechos iguales. Todos tienen puertos, rutas que evitar, los mejores lugares y horarios para hacer tratos. Pero un cifrado pirata está diseñado para guardar secretos. Para el ojo pasajero, el cifrado es prácticamente inútil, solo líneas. No hay siquiera el nombre de una ciudad. —Echó una mirada al mapa rústico de Tieren—. Como ese.

Lila frunció el ceño. Ahí estaba otra vez, ese movimiento, solo que ahora cobró forma. Detrás de sus ojos, otra habitación en otro Londres en otra vida. Un mapa sin marcas extendido sobre la mesa en el ático de Tiro de Piedra, sostenido por el botín nocturno.

Debe haber bajado la guardia, dejado que el recuerdo se le notara en la cara, porque Kell le tocó el brazo.

—¿Qué pasa?

Pasó un dedo por el borde de su copa, intentando no delatar sus emociones por la voz.

—Tuve un mapa así una vez. Lo robé de una tienda cuando tenía quince. No sabía qué era (el pergamino estaba todo enrollado, atado con una cuerda), pero simplemente… *tiró* de mí, así que me lo llevé. Lo extraño fue que, después de eso, nunca pensé en vender la cosa. Supongo que me gustaba la idea de un mapa sin

nombres, sin lugares, solo tierra y mar y promesas. *Mi mapa a dondequiera*, así lo llamaba…

Lila se dio cuenta de que la habitación se había quedado en silencio. Todos la estaban mirando, el rey y el capitán, el mago y el sacerdote y el príncipe.

—¿Qué?

—¿Dónde está ahora —preguntó Rhy— este mapa a dondequiera?

Lila se encogió de hombros.

—Allá en el Londres Gris, supongo, en una habitación en la cima de Tiro de Piedra.

—No —dijo Kell, suavemente—. Ya no está ahí.

Comprenderlo fue como un puñetazo. Una última puerta que se cerraba de golpe.

—Oh… —dijo ella, casi sin aire—. Bueno… debería haber imaginado que alguien…

—Yo lo tomé —interrumpió Kell. Y luego, antes de que ella pudiera preguntarle por qué, agregó rápido—: Me llamó la atención. Es como tú dijiste, Lila, el mapa tiene cierta atracción. Debe ser el encantamiento.

—Debe ser —dijo Alucard secamente.

Kell miró al capitán con el ceño fruncido, pero fue a buscar el mapa.

Mientras él no estaba, Maxim se sentó en una silla, con los dedos aferrados a los brazos almohadonados. Si alguien más notó el estrés en los ojos oscuros del monarca, no lo dijo, pero Lila observó que Tieren también se movía y tomaba un lugar detrás de la silla del rey. Una mano fue a descansar en el hombro de Maxim y Lila vio que los rasgos del rey se suavizaban, algún dolor o padecimiento aliviados con el toque del sacerdote.

Ella no sabía por qué esto la ponía nerviosa, pero aún estaba tratando de quitarse el hormigueo del malestar cuando Kell regresó con el mapa en la mano. La habitación se reunió alrededor de la mesa, todos salvo el rey, mientras Kell desenrollaba su premio y ponía peso en los bordes. Un lado estaba manchado con sangre seca de largo tiempo atrás. Los dedos de Lila vagaron hacia la mancha, pero se detuvo a sí misma y, en su lugar, metió las manos en los bolsillos de su abrigo, donde los dedos se le cerraron alrededor de su reloj.

—Regresé una vez —dijo Kell en voz baja, con la cabeza inclinada hacia ella—, después de Barron…

«Después de Barron», dijo él. Como si Barron hubiera sido una simple cosa, una marca en el tiempo. Como si Holland no le hubiese rebanado el pescuezo.

—¿Robaste algo más? —preguntó ella con voz tensa. Kell negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo él. Y ella no supo si él lamentaba haber tomado el mapa o no haber tomado nada más o simplemente haberle recordado a Lila una vida (una muerte) que ella quería olvidar con todas sus fuerzas.

—Bueno —preguntó el rey—, ¿*es* un cifrado?

Alucard, del otro lado de la mesa, asintió.

—Parece serlo.

—Pero las puertas fueron selladas siglos atrás —dijo Kell—. ¿Cómo podría un cifrado pirata arnesiano siquiera *estar* en el Londres Gris?

Lila dejó salir un suspiro.

—Vamos, Kell.

—¿Qué? —espetó él.

—No fuiste el primer *antari* —dijo ella— y apuesto a que tampoco fuiste el primero en romper las reglas.

Alucard levantó una ceja ante la mención de los crímenes pasados de Kell, pero tuvo la sensatez de quedarse callado por una vez. Mantuvo la atención fija en el mapa, pasando los dedos por adelante y atrás como buscando una pista, un prendedor invisible.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —preguntó Kell.

Alucard emitió un sonido que no era ni un sí ni un no y quizá haya sido un insulto.

—¿Me prestas un cuchillo, Bard? —dijo, y Lila sacó una pequeña daga afilada del puño de su abrigo. Alucard tomó el arma y rápidamente se pinchó el dedo gordo, después presionó el corte en una esquina del papel.

—¿Magia de sangre? —preguntó ella, apenada por no haber sabido nunca cómo desvelar los secretos del mapa, por nunca haber sabido que tenía secretos que desvelar.

—En realidad no —dijo Alucard—, la sangre solo es la tinta.

Debajo de su mano, el mapa se estaba *desplegando* —esa era la palabra que venía a la mente—, el carmesí se extendía por el papel en delgadas líneas, iluminando todo, desde puertos y ciudades a las marcas serpenteantes de los mares y una banda decorativa alrededor del borde.

El pulso de Lila se aceleró.

Su *mapa a dondequiera* se convirtió en un mapa a todos lados, o al menos adonde fuese que un pirata pudiera querer ir.

Entrecerró los ojos, intentando descifrar los nombres dibujados en sangre. Descubrió *Sasenroche* —el mercado negro tallado en los acantilados en el lugar donde Arnes y Faro y Vesk se encontraban— y un pueblo en los acantilados llamado *Astor*, así como un punto en el extremo norte del imperio marcado solo con una estrella y la palabra *Is Shast*.

Recordó la palabra por la taberna en el pueblo, con sus dos significados.

Camino o *alma*.

Pero en ningún lado podía encontrar el *Ferase Stras*.

—No lo veo.

—Paciencia, Bard.

Los dedos de Alucard rozaron el margen del mapa y fue entonces cuando vio que el borde no era un simple diseño, sino tres bandas de números pequeños, diminutos,

que ribeteaban el papel. Mientras ella observaba, los números parecían *moverse*. Era un progreso ínfimo, lento como la miel, pero cuanto más tiempo observaba, más segura estaba: la primera y la tercera línea estaban yendo hacia la izquierda, la del medio a la derecha; con qué fin, ella no sabía.

—*Este* —dijo Alucard con orgullo, trazando las líneas— es el cifrado pirata.

—Impresionante —dijo Kell, con una voz que chorreaba escepticismo—. Pero, ¿puedes *leerlo*?

—Deberías desear que sí.

Alucard tomó una pluma y comenzó la extraña alquimia de transmutar los símbolos cambiantes del borde del mapa en algo como coordenadas: no un conjunto o dos, sino tres. Lo hizo mientras mantenía una sarta de diálogos, no con la habitación, sino consigo mismo, las palabras demasiado bajas para que Lila pudiese escucharlas.

Cerca del hogar, el rey y Tieren se enfrascaron en una conversación apagada.

Cerca de las ventanas, Kell y Rhy estaban parados lado a lado en silencio.

Lenos estaba sentado nerviosamente en el borde del sofá, jugueteando con su medallón.

Solo Lila se quedó con Alucard y lo miró traducir el cifrado, todo el tiempo pensando cuánto tenía aún que aprender.

VIII

Le tomó la mayor parte de la hora decodificar el cifrado al capitán, el aire en la habitación más tenso con cada minuto que pasaba, el silencio tirante como las velas durante un viento fuerte. Era como el sigilo de un ladrón, retorcido, recostado a la espera, y Lila no paraba de recordarse a sí misma que debía exhalar.

Alucard, con quien normalmente se podía contar para perturbar cualquier silencio antes de que se convirtiera en algo opresivo, estaba ocupado garabateando números en un trozo de papel y estallando contra Lenos cuando este se ponía a dar vueltas.

Tieren había dejado la habitación poco tiempo después de que el capitán empezara, tras explicar que tenía que ayudar a sus sacerdotes con el hechizo, y el rey Maxim se había puesto de pie varios minutos después viéndose como un cadáver revivido.

—¿A dónde vas? —le preguntó Rhy a su padre cuando este giraba hacia la puerta.

—Hay otros asuntos que atender —dijo de manera distraída.

—¿Qué puede ser más…?

—El rey no es un hombre, Rhy. No tiene el lujo de evaluar en una sola dirección e ignorar el resto. Este legador, *si* puede ser encontrado, es un solo camino. Es mi tarea trazarlos todos.

El rey se había ido con la única y breve orden de que lo llamaran cuando el maldito asunto del mapa estuviera terminado.

Rhy ahora estaba despatarrado a lo largo del sillón, con un brazo sobre los ojos, mientras Kell parecía estar enfurruñado frente al hogar y Hastra estaba parado en posición de firme con la espalda hacia la puerta.

Lila intentó enfocarse en estos hombres, sus movimientos lentos eran como engranajes que hacían tictac, pero su propia atención volvía una y otra vez a la ventana, a esos tentáculos de bruma que se enroscaban y desenroscaban del otro lado del vidrio, tomando forma y desplomándose, que se encrespaban para luego romper como olas contra el palacio.

Miró fijamente la bruma, buscando formas en las sombras igual que hacía algunas veces con las nubes —un pájaro, un barco, un pilón de monedas de oro—, antes de darse cuenta de que las sombras estaban, de hecho, tomando la forma de algo.

«Manos».

La revelación fue perturbadora.

Lila observó cómo la oscuridad se juntaba en un mar de dedos. Fascinada, levantó su propia mano hacia el vidrio frío, el calor de su contacto empañó la ventana alrededor de sus yemas. Justo detrás de la ventana, la sombra más cercana se unió en una imagen en espejo, una palma presionada contra la suya, la separación del vidrio de repente demasiado fina, vibrando mientras pared y defensa se tensaban y temblaban entre ellas.

Se le frunció el ceño al flexionar los dedos, la mano sombra la imitó en la manera pausada de un niño, cerca, pero, en el tiempo, una fracción fuera de compás.

Movió la mano adelante y atrás.

Las sombras la siguieron.

Dio golpecitos silenciosos contra el vidrio con los dedos.

La otra mano lo hizo en eco.

Estaba comenzando a cerrar los dedos en un gesto insolente cuando vio que la oscuridad más grande —la que estaba más allá de la ola de manos, la que se alzaba desde el río y cubría el cielo— empezaba a moverse.

Al principio, pensó que las sombras estaban fusionándose en una columna, pero pronto en esa columna comenzaron a crecer alas. No del tipo que encuentras en un gorrión o un cuervo. El tipo de alas que formaban un *castillo*. Contrafuertes, torres, torreones se desplegaban como un capullo en una floración repentina, violenta. Mientras observaba. Las sombras resplandecieron y se endurecieron en una piedra negra vidriosa.

La mano de Lila cayó desde el vidrio.

—¿Estoy perdiendo la razón —dijo— o hay otro palacio flotando sobre el río?

Rhy se incorporó. Kell estaba sobre su hombro al instante, intentando ver por entre la bruma. Algunas partes aún estaban floreciendo, otras se disolvían en bruma, atrapadas en el proceso sin fin de ser hechas y rehechas. Toda la cosa parecía muy real y completamente imposible al mismo tiempo.

—Por los Santos —maldijo.

—Ese maldito monstruo —gruñó el príncipe, ahora al lado de Lila— está jugando a los bloques con mis estadios.

Lenos se quedó atrás, con los ojos abiertos de horror o asombro al observar el increíble palacio, pero Hastra abandonó su lugar al lado de la puerta y se apresuró para poder ver.

—Por los Santos sin nombres… —susurró.

Lila llamó hacia atrás.

—Alucard, ven a ver esto.

—Estoy un poco ocupado —masculló el capitán sin levantar las vista. A juzgar por la arruga entre sus cejas, el cifrado estaba probando no ser tan sencillo como él esperaba—. Condenados números, quédense *quietos* —masculló, inclinándose más.

Rhy seguía negando con la cabeza.

—¿Por qué? —dijo con tristeza—. ¿Por qué tenía que usar los estadios?

—Sabes —dijo Kell—, ese realmente no es el aspecto más importante de esta situación.

Alucard lanzó un sonido triunfal y puso la pluma a un lado.

—Ahí está.

Todos se dieron vuelta hacia la mesa, excepto Kell. Se quedó en la ventana, visiblemente consternado por el cambio de foco.

—¿Entonces tan solo vamos a ignorar el palacio sombra? —preguntó, barriendo la mano hacia el espectro detrás del vidrio.

—Para nada —dijo Lila, mirando hacia atrás—. De hecho, los palacios sombra son donde yo marco el límite. Por eso estoy ansiosa por encontrar este legador.

Observó el mapa. Frunció el ceño.

Lenos bajó la vista al pergamino.

—*Nas teras* —dijo en voz baja. *No lo veo*.

El príncipe ladeó la cabeza.

—Yo tampoco.

Lila se inclinó hacia adelante.

—Quizá deberías trazar una X, como efecto dramático.

Alucard exhaló con indignación.

—Son un montón de ingratos, ¿sabían? —Tomó un lápiz y, tras sacar un libro que se veía bastante costoso de un estante, usó su lomo para dibujar una línea por la superficie del mapa. Kell finalmente se acercó cuando Alucard dibujaba una segunda y una tercera. Las líneas se cruzaban en ángulos extraños, hasta que formaron un pequeño triángulo—. Ahí —dijo al agregar una pequeña X con un floreo en el centro.

—Creo que te has equivocado —dijo Kell secamente. Después de todo, la X estaba no en la costa, ni en tierra, sino en el mar Arnesiano.

—Difícilmente —dijo Alucard—. *Ferase Stras* es el mercado negro más grande *sobre las aguas*.

Lila sonrió.

—No es un mercado, entonces —dijo—. Es un *barco*.

Los ojos de Alucard brillaban.

—Es ambos. Y ahora —agregó, dando un golpecito al papel—, sabemos dónde encontrarlo.

—Llamaré a mi padre —dijo Rhy mientras los otros leían detenidamente el mapa. Según los cálculos de Alucard, el mercado no estaría lejos en esta época del año, navegando en algún lugar entre Arnes y el borde septentrional de Faro.

—¿Cuánto tiempo para alcanzarlo?

—Depende del clima —dijo Alucard—. Una semana, quizá. Tal vez menos. Suponiendo que no encontremos problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Piratas. Tormentas. Barcos enemigos. —Y luego agregó, con un destello de zafiro—: Es el mar, después de todo. Por favor, intenta seguir el hilo.

—Aún tenemos un problema —dijo Lila, señalando la ventana con la cabeza—. Osaron ha tomado el río. Su magia mantiene a los barcos en los embarcaderos. Lo más probable es que ningún barco pueda navegar y eso incluye el Aguja Nocturna.

Vio que Lenos se enderezaba ante esto, la forma delgada de hombre pasaba de un pie a otro.

—La fuerza de Osaron no es infinita —decía Kell—. Su magia tiene límites. Y ahora mismo, su poder todavía está enfocado en gran medida en esta ciudad.

—Bueno, entonces —disparó Alucard—, ¿no puedes sacar al Aguja de Londres con magia?

Kell revoleó los ojos.

—No es así como funciona mi poder.

—Bueno, ¿y para qué sirves entonces? —murmuró el capitán.

Lila observó cómo Lenos se escabullía de la habitación. Ni Kell ni Alucard parecieron notarlo.

—Está bien —dijo Alucard—, intentaré llegar más allá del alcance de Osaron y *entonces* encontraré un barco.

—¿Tú? —dijo Kell—. No voy a dejar el destino de esta ciudad en *tus* manos.

—Fui yo el que encontró el legador.

—Y también el que lo perdió.

—Un intercambio no es lo mismo que…

—No voy a dejarte…

Alucard se inclinó sobre el escritorio.

—¿Acaso sabes cómo navegar, *mas vares*? —El título honorífico fue dicho con una dulzura serpentina—. Pensaba que no.

—¿Cuán duro puede ser —rugió Kell—, si dejan que alguien como tú lo haga?

Un destello de picardía cruzó por los ojos del capitán.

—Soy bastante bueno con las cosas duras. Solo pregunta…

El golpe sacudió a Alucard en la mejilla.

Lila ni siquiera había visto a Kell moverse, pero la mandíbula del capitán estaba marcada con rojo.

Era un insulto, ella sabía, que un mago golpeara a otro con la mano desnuda.

Como mostrando que el que recibía el golpe no merecía el uso de poder.

Alucard mostró una sonrisa salvaje, con sangre en los dientes.

El aire vibró con magia y…

Las puertas se abrieron de golpe y todos se voltearon, esperando el regreso del rey o el príncipe. En vez de ello, estaba Lenos, quien sostenía a una mujer por el codo, lo que formaba un cuadro extraño, ya que la mujer tenía el doble de su peso y no se veía como del tipo de las que se dejan llevar con facilidad. Lila la reconoció como la capitana que los había saludado en el muelle antes del torneo.

Jasta.

Debía ser medio veskana, ancha como era. Llevaba el cabello en dos enormes trenzas que le rodeaban el rostro, tenía ojos oscuros con hilos de oro y a pesar del frío invernal, vestía nada más que pantalones y una túnica ligera arremangada hasta los codos, lo que dejaba ver las líneas plateadas de cicatrices frescas en su piel. Había sobrevivido a la bruma.

Alucard y Kell se quedaron en silencio al verla.

—*Casero Jasta felis* —dijo la mujer, como forma de introducción, a regañadientes.

—*Van ness* —dijo Lenos, empujando a la capitana hacia adelante. *Diles*.

Ella le lanzó una mirada al marinero que Lila reconoció, una que ella misma había repartido una decena de veces. Una mirada que decía, con bastante simpleza, que la próxima vez que le pusiera un dedo encima, perdería el dedo.

—¿*Kers la*? —preguntó Kell.

Jasta se cruzó de brazos, sus cicatrices destellaron a la luz.

—Algunos de nosotros estamos queriendo abandonar la ciudad. —Habló en la lengua vulgar y su acento tenía el sonido de un gato grande, cortaba letras y arrastraba sílabas, de modo que Lila se perdía una de cada tres palabras si no tenía cuidado—. Quizá haya mencionado algo sobre un barco, allá en la galería. Y tu colega me escuchó y ahora estoy aquí.

—Los barcos en Londres no navegarán —dijo el rey, que apareció detrás de ella, con Rhy a su lado. Habló la lengua de la capitana como un hombre que dominaba el arnesiano pero que no disfrutaba su sabor. Jasta dio un paso formal hacia un costado, inclinando la cabeza una fracción.

—*Anesh* —dijo ella—, pero mi barco no está aquí. Está atracado en Tanek, Su Majestad.

Tanto Alucard como Lila se enderezaron al escuchar eso. Tanek era la boca del Isle, el último puerto antes del mar abierto.

—¿Por qué no navegaste con él hasta Londres? —preguntó Rhy.

Jasta le lanzó una mirada cautelosa.

—Es un esquife delicado. Del tipo particular.

—Un barco pirata —dijo Kell, sin rodeos.

Jasta mostró una sonrisa de dientes afilados.

—Sus palabras, príncipe, no mías. Mi barco lleva todos los tipos. El esquife más rápido de los mares abiertos. Ida y vuelta a Vesk en nueve días exactos. Pero si me pregunta, no, no navega con el rojo y dorado.

—Ahora sí —dijo el rey enfáticamente.

Después de un momento, la capitana asintió.

—Es peligroso, pero puedo guiarlos al barco… —Sus palabras se apagaron.

Por un momento, Maxim pareció irritado. Luego entrecerró los ojos y su temperamento se apaciguó.

—¿Qué es lo que quieres?

Jasta hizo una breve reverencia.

—El favor de la corona, Su Majestad… y cien *lish*.

Alucard siseó con los dientes apretados ante la suma y Kell frunció el ceño, pero el rey evidentemente no estaba de humor para negociaciones.

—Hecho.

La mujer levantó una ceja.

—Debería haber pedido más.

—No deberías haber pedido nada —dijo Kell.

La pirata lo ignoró, sus ojos oscuros barrieron la habitación.

—¿Cuántos vendrán?

Lila no pensaba perdérselo. Levantó la mano.

También lo hicieron Alucard y Lenos.

Y también *Kell*.

Lo hizo mientras le sostenía la mirada al rey, como desafiando al monarca a decir que no. Pero el rey no dijo nada y tampoco lo hizo Rhy. El príncipe solo miró la mano alzada de su hermano con rostro indescifrable. Del otro lado de la habitación, Alucard se cruzó de brazos y miró con ceño fruncido a Kell.

—Esto no puede salir mal —murmuró.

—Puedes quedarte —espetó Kell.

Alucard se rio por la nariz, Kell enfureció, Jasta miraba entretenida y Lila se sirvió otro trago.

Tenía la sensación de que iba a necesitar uno.

IX

Rhy oyó que venía Kell.

Un momento estuvo solo, mirando el espejismo fantasmal del palacio sombra —el extraño impostor de su *hogar*— y al siguiente encontró el reflejo de su hermano en el vidrio. El abrigo de Kell ya no era del rojo de la realeza sino negro y de cuello alto, con botones plateados en línea sobre el frente. Era el abrigo que usaba siempre que llevaba mensajes a otros Londres. Un abrigo hecho para viajar. Para partir.

—Siempre quisiste viajar más allá de la ciudad —dijo Rhy.

Kell agachó la cabeza.

—No era esto lo que tenía en mente.

Rhy se volteó hacia él. Kell estaba parado ante el espejo, así que Rhy podía ver su propio rostro repetido. Intentó suavizar sus rasgos a la fuerza —y fracasó—, intentó mantener la tristeza fuera de su voz —y fracasó—.

—Se suponía que íbamos a ir juntos.

—Y un día lo haremos —dijo Kell—, pero ahora mismo, no puedo detener a Osaron sentado aquí. Y si hay una oportunidad de que esté detrás de los *antari* en lugar de la ciudad, si hay alguna chance de alejarlo…

—Lo sé —dijo Rhy, de un modo que decía «Detente». En un modo que decía «Confío en ti». Se dejó caer en una silla—. Sé que crees que era solo una línea, pero tenía todo planeado. Podríamos haber partido al final de la estación, visitado primero la isla, ido desde los valles cubiertos de niebla hacia arriba hasta Orten y bajar por los bosques de Stasina hasta los acantilados de Astor, luego un barco hasta el continente. —Se inclinó hacia atrás y dejó que la mirada se le escapara al techo con sus pliegues de color—. Una vez en tierra, hubiésemos ido primero a Hnas, luego en carruaje hasta Linar (escuché que allí la capital un día competirá con Londres) y el mercado en Nesto, cerca de la frontera faronesa. Me imaginé que tomaríamos un barco ahí, pararíamos en el punto de Sheran, donde el agua es apenas una línea entre Arnes y Vesk (tan delgada que puedes cruzarla) y luego estaríamos de regreso a tiempo para el comienzo del verano.

—Suena como una gran aventura —dijo Kell.

—No eres la única alma inquieta —dijo Rhy, poniéndose de pie—. Supongo que ya es hora, ¿no?

Kell asintió.

—Pero te traje algo.

Metió una mano en el bolsillo y sacó dos prendedores de oro, ambos engalanados con el cáliz y el sol saliente de la Casa Maresh. Los mismos prendedores que habían usado durante el torneo —Rhy con orgullo y Kell bajo coacción—. El mismo pin que Rhy había usado para tallar una palabra en su brazo; su gemelo, el que Kell había usado para traer a Rhy y Alucard de regreso del Aguja Nocturna.

—Hice lo mejor que pude para unirlos con un hechizo —explicó su hermano—. El amarre debería mantenerse sin importar la distancia.

—Pensé que mi manera era bastante inteligente —dijo Rhy, frotándose el antebrazo, donde había tallado la palabra en su piel.

—Esta requiere mucha menos sangre. —Kell se acercó y abrochó el prendedor sobre el corazón de su hermano—. Si sucede algo preocupante y necesitas que regrese, simplemente agarra el prendedor y di «*Tol*».

Tol.

Hermano.

Rhy se las ingenió para mostrar una sonrisa triste.

—¿Y si me siento solo?

Kell revoleó los ojos y abrochó el prendedor en la pechera de su abrigo.

Rhy sintió que se le oprimía el pecho.

«No vayas», quería decir, aunque eso no fuera justo, no estuviera bien, no fuese principesco. Tragó saliva.

—Si no regresas, tendré que ser salir a salvar Londres sin ti y quedarme con toda la gloria.

Una pequeña sonrisa, un esbozo de sonrisa, pero entonces Kell llevó una mano al hombro de Rhy. Era tan liviana. Tan pesada. Podía sentir el amarre tensionándose, las sombras lamiéndole los talones, la oscuridad susurrando en su cabeza.

—Escúchame —dijo su hermano—. Prométeme que no irás por Osaron. No hasta que volvamos.

Rhy frunció el ceño.

—No puedes pretender que me esconda en el palacio hasta que se termine.

—No lo hago —dijo Kell—, pero espero que seas inteligente. Y espero que confíes en mí cuando digo que tengo un plan.

—Sería de ayuda si lo compartieras.

Kell se mordió el labio. Un hábito horrible. Nada principesco.

—Osaron no puede vernos venir —dijo—. Si vamos bramando, exigiendo una pelea, sabrá que tenemos un as bajo la manga. Pero si vamos a salvar a uno de los nuestros…

—¿Voy a ser la carnada? —dijo Rhy, simulando estar horrorizado.

—¿Qué? —bromeó Kell—. Siempre te gustó que la gente pelee por ti.

—En realidad —dijo el príncipe—, prefiero que la gente pelee por quedarse conmigo.

La mano de Kell se apretó más en su manga y el buen humor se murió en el aire.

—Cuatro días, Rhy. Estaremos de regreso en ese tiempo. Y luego puedes meterte en problemas y…

Detrás de ellos, alguien se aclaró la garganta.

Los ojos de Kell se entrecerraron. Dejó caer la mano del brazo de Rhy.

Alucard Emery esperaba en el umbral de la puerta, con el cabello atado hacia atrás, una capa de viaje azul sujeta alrededor de los hombros. A Rhy le dolió el cuerpo con ansia al verlo. Parado ahí, Alucard no parecía un noble ni un mago tríade, ni siquiera el capitán de un barco. Se veía como un extraño, como alguien que podía escabullirse por entre la multitud y desaparecer. «¿Es así como se veía aquella noche?», se preguntó Rhy. «Cuando se escurrió de mi cama y abandonó el palacio y la ciudad».

Alucard entró en la habitación, esas finas cicatrices plateadas bailaron bajo la luz.

—¿Están listos los caballos? —preguntó Kell con frialdad.

—Casi —respondió el capitán, quitándose los guantes.

Se hizo un breve silencio mientras Kell esperaba que Alucard se fuera, al mismo tiempo que Alucard no se iba.

—Esperaba —dijo finalmente el capitán— poder intercambiar unas palabras con el príncipe.

—Tenemos que irnos —dijo Kell.

—No tardaré mucho.

—No tenemos…

—Kell —dijo Rhy, dándole un empujoncito suave hacia la puerta—. Ve. Estaré aquí cuando regreses.

Los brazos de Kell fueron un círculo repentino alrededor de los hombros de Rhy y luego, igual de rápido, ya no estaban, y Rhy se quedó mareado por su peso y luego la falta de este. Un aleteo de tela negra y la puerta se cerró detrás de Kell. Un pánico extraño e irracional se alzó a la garganta de Rhy, que tuvo que luchar contra la urgencia de llamar a su hermano o correr detrás de él. Se mantuvo en su lugar.

Alucard estaba observando el lugar donde había estado Kell como si el *antari* hubiese dejado su sombra detrás. Una huella invisible que ahora flotaba entre ellos.

—Siempre odié que fueran tan cercanos —murmuró—. Ahora supongo que debo estar agradecido.

Rhy tragó mientras arrastraba su mirada desde la puerta.

—Supongo que yo debería estarlo también. —Su atención cayó sobre el capitán. En todo el tiempo que habían estado juntos los últimos días, casi no habían hablado. Estaba el delirio de Alucard a bordo del barco y los destellos de recuerdos de la mano de Alucard, su lazo en la oscuridad. El *Essen Tasch* había sido un frenesí de ingeniosas ocurrencias y miradas robadas, pero la última vez que habían estado juntos en esa habitación, *solos* en esa habitación, la espalda de Rhy había estado apoyada contra el espejo, los labios del capitán en su cuello. Y antes de eso… antes de eso…

—Rhy…

—¿Te vas? —interrumpió él, esforzándose para que las palabras sonaran ligeras —. Al menos, esta vez viniste a despedirte.

Alucard hizo un gesto ante el golpe, pero no retrocedió. En lugar de eso, cerró el espacio entre ambos. Rhy luchó por reprimir un escalofrío cuando los dedos del capitán encontraron su piel.

—Estuviste conmigo, en la oscuridad.

—Estaba devolviendo un favor. —Rhy le sostuvo la mirada—. Creo que ahora quedamos a mano.

Los ojos de Alucard registraban su rostro y Rhy sintió que se sonrojaba, que su cuerpo vibraba con la urgencia de atraer la boca de Alucard a la suya, de dejar que el mundo más allá de esta habitación desapareciera.

—Es mejor que vayas —dijo sin aliento.

Pero Alucard no se apartó. Una sombra cruzó el rostro del capitán, algo parecido a la tristeza en sus ojos.

—No me has preguntado.

Las palabras se hundieron como una piedra en el pecho de Rhy, y él se tambaleó bajo su peso. Un recordatorio demasiado pesado de lo que había pasado tres veranos atrás. De irse a la cama en los brazos de Alucard para despertarse solo. Alucard fuera del palacio, de la ciudad, de su vida.

—¿Qué? —dijo, con voz fría, pero el rostro ardiente—. ¿Quieres que te pregunte por qué te fuiste? ¿Por qué elegiste el mar abierto en vez de mi cama? ¿La marca de criminal por sobre mi contacto? No te pregunté, Alucard, porque no quiero escucharlo.

—¿Escuchar qué? —preguntó Alucard, que apoyó la mano en la mejilla de Rhy.

Este quitó la mano.

—Las excusas. —Alucard tomó aire para hablar, pero Rhy lo cortó—. Sé lo que era para ti, un pedazo de fruta que recoger, un amorío de verano.

—Eras más que eso. *Eres…*

—Fue solo una temporada.

—Eso no es…

—*Detente* —dijo Rhy con toda la fuerza sosegada de un miembro de la realeza—. Solo-para. Nunca me gustaron los mentirosos, Luc, y menos los tontos, así que no me hagas sentir como uno más. Me encontraste con la guardia baja en la Noche de los Estandartes. Lo que pasó entre nosotros pasó… —Rhy intentó calmar su respiración, luego sacudió una mano en el aire para terminar con el tema—. Pero ahora se terminó.

Alucard agarró la muñeca de Rhy, la cabeza inclinada para esconder esos ojos color azul tormenta, al decir por lo bajo:

—¿Y si no quiero que se termine?

Las palabras aterrizaron como un golpe, el aire abandonó sus pulmones en un suspiro entrecortado. Algo ardió en él y a Rhy le tomó un momento darse cuenta de

qué era. *Enojo*.

—¿Qué derecho tienes —dijo en voz baja, imperiosamente— a querer *algo* de mí?

Abrió la mano sobre el pecho de Alucard, un contacto alguna vez cálido, ahora lleno de fuerza cuando empujó a Alucard. El capitán se sostuvo y levantó la mirada, sorprendido, pero no hizo gesto alguno de querer avanzar. Alucard estaba del lado equivocado de la línea. Quizá fuese un noble, pero Rhy era un príncipe, intocable a menos que *quisiera* ser tocado, y acababa de dejar claro que no quería.

—Rhy —dijo Alucard, apretando los puños, ya sin toda su jocosidad—. No quería irme.

—Pero te fuiste.

—Si tan solo me escucharas…

—No. —Rhy estaba luchando contra otro estremecimiento, interno, profundo. La tensión entre el amor y la pérdida, entre aferrarse y soltar—. Ya no soy un juguete. No soy un jovencito ingenuo. —Hizo fuerza para eliminar el titubeo sus palabras—. Soy el príncipe heredero de Arnes. El futuro rey de este imperio. Y si quieres otra audiencia conmigo, una oportunidad para explicarte, entonces debes ganártela. Ve. Tráeme ese legador. Ayúdame a salvar mi ciudad. Y entonces, maestro Emery, consideraré su pedido.

Alucard parpadeó rápido, obviamente afectado. Pero después de un largo instante, se enderezó hasta su altura máxima.

—Sí, Su Alteza. —Se dio vuelta y cruzó la habitación con pasos firmes, sus botas un eco de los golpes del corazón de Rhy dentro del pecho. Por segunda vez, observaba a alguien amado irse. Por segunda vez, mantuvo su posición. Pero no pudo evitar la urgencia por suavizar el golpe. A ambos.

—Y, Alucard —llamó cuando el capitán llegó a la puerta. Alucard miró hacia atrás, sus rasgos pálidos pero firmes cuando Rhy añadió—: Por favor, intenta no matar a mi hermano.

Una sonrisa pequeña y desafiante cruzó el rostro del capitán. Teñida de humor, de esperanza.

—Haré lo mejor que pueda.

SIETE

ZARPA

I

Con razón Lila odiaba las despedidas, pensó Kell. Hubiera sido mucho más fácil simplemente *irse*. El corazón de su hermano aún hacía eco en su pecho cuando bajaba las escaleras internas del palacio, pero los hilos entre ellos se aflojaban un poco con cada escalón. ¿Cómo iría a sentirse cuando estuviesen a ciudades de distancia? ¿Cuándo los días y leguas se extendieran entre ellos? ¿Aún sabría qué estaba sucediendo en el corazón de Rhy?

El aire se enfrió de golpe alrededor de él, y Kell levantó la vista para encontrar a Emira Maresh bloqueándole el paso. Por supuesto, había sido demasiado simple. Después de todo esto, el rey le concedería permiso, pero la reina no.

—Su Majestad —dijo, esperando acusaciones, una reprimenda. En vez de eso, la mirada de la reina cayó sobre él, no como un golpe, sino como algo suave, sólido. Eran un ciclón de verde y dorado aquellos ojos, como hojas atrapadas en una brisa. Ojos que no habían mirado los suyos en semanas.

—Entonces te vas —dijo, las palabras quedaron entre la pregunta y la observación.

Kell se mantuvo firme.

—Sí, por ahora. El rey me ha dado permiso…

Emira ya estaba negando con la cabeza, un gesto hacia adentro, como tratando de despejar su mente. Había algo en sus manos, un trozo de tela retorcido en su mano.

—Es mala suerte —dijo, extendiendo el trapo— irse sin algo de casa.

Kell se quedó mirando la ofrenda. Era un cuadrado rojo, del tipo que se cosía en las túnicas de los niños, bordado con dos letras: *KM*.

Kell Maresh.

Nunca lo había visto y frunció el ceño, confundido por esa segunda inicial. Nunca se había considerado un Maresh. El hermano de Rhy sí y, tiempo atrás, el hijo adoptivo, pero nunca esto. Nunca familia.

Se preguntó si era alguna especie de ofrenda de paz, recién hecha, pero la tela parecía vieja, gastada por la mano de otro.

—Lo hice hacer —dijo Emira, titubeando como rara vez hacía—, cuando llegaste al palacio, pero luego no pude… No creí que fuera… —Dejó de hablar y lo intentó de nuevo—. Las personas se rompen con tanta facilidad, Kell —dijo—. De cientos de formas distintas. Y tuve miedo… pero tienes que comprender que lo eres… siempre lo has sido…

Esta vez, cuando se quedó en silencio, no tuvo la fuerza para empezar a hablar otra vez, solo se mantuvo ahí parada, mirando hacia abajo al retazo de tela, pasando el dedo gordo de un lado a otro por las letras y Kell supo que era el momento de acercarse o irse. Era su elección.

Y no era justo —él no debería *tener* que elegir—, ella tendría que haber venido a él decenas de veces, debería haber escuchado, debería, debería, pero ella lo lamentaba y, en ese momento, era suficiente.

—Gracias —dijo Kell, aceptando el cuadrado de tela—, mi reina.

Y entonces, para su sorpresa, ella se estiró y puso la otra mano en su rostro, como había hecho tantas veces, al regresar él de otros viajes, con una pregunta silenciosa en los ojos. «¿Estás bien?».

Pero ahora la pregunta había cambiado: «¿Estaremos bien?».

Él asintió una vez, inclinándose hacia el contacto.

—Vuelve a casa —dijo ella suavemente.

Kell encontró su mirada otra vez.

Él fue el primero en apartarse, los dedos de la reina se deslizaron desde su mandíbula hacia su hombro y por su manga, cuando él se iba. «Regresaré», pensó, y por primera vez en mucho tiempo, supo que era verdad.



Kell sabía lo que tenía que hacer a continuación.

Y sabía que Lila no estaría contenta con eso.

Se dirigió hacia las celdas reales y estaba casi ahí cuando sintió el suave aquietamiento de su pulso, el manto de calma sobre sus hombros que venía con la presencia del sacerdote. El *Aven Essen* no dijo nada y el silencio se arrastró como agua sobre las extremidades.

—No es lo que crees —dijo—, no estoy huyendo.

—Nunca dije eso.

—No estoy haciendo esto porque me quiero ir —continuó Kell—, nunca me… —Se trastabilló con las palabras (hubo un tiempo en que sí lo hubiese hecho, sí lo había hecho)—. Si la ciudad estuviese más segura conmigo en ella…

—Tienes la esperanza de que el demonio te siga. —No era una pregunta.

Finalmente, los pasos de Kell se fueron deteniendo.

—Osaron *desea*, Tieren. Es su naturaleza. Holland tenía razón sobre eso. Quiere cambio. Quiere poder. Quiere lo que sea que *no sea*. Hicimos una oferta y se burló de eso e intentó tomar mi vida en su lugar. No quiere lo que tiene, quiere *tomar* lo que no.

—¿Y si elige no seguirte?

—Entonces, pondrás la ciudad a dormir. —Kell comenzó a caminar otra vez, decidido—. Príválo de toda marioneta, toda persona, así, cuando regresemos con el legador, no tendrá otra elección que enfrentarnos.

—Muy bien… —dijo Tieren.

—¿Es este el momento en que me dices que tenga cuidado?

—Oh —dijo el sacerdote—, creo que el tiempo para eso ya pasó.

Caminaron juntos y Kell solo se detuvo cuando llegó a la puerta que llevaba a la prisión. Llevó una mano a la madera, los dedos abiertos sobre la superficie.

—No dejo de preguntarme —dijo en voz baja— si todo esto es mi culpa. ¿Dónde empieza, Tieren? —Levantó la vista—. ¿Con la elección de Holland o con la mía?

El sacerdote lo miró con ojos brillantes, el rostro cansado, y negó con la cabeza. Por una vez, el anciano no parecía tener la respuesta.

II

A Delilah Bard *no* le gustaban los caballos.

Nunca le habían gustado, ni cuando solo los conocía por el chasquido de sus dientes y el movimiento de sus colas y el repique de sus cascos, y tampoco cuando se encontró encima de uno, con la noche corriendo a tal velocidad que era solo un borrón alrededor de ella, y ni ahora cuando observó a un par de guardias con cicatrices plateadas ensillando tres para su cabalgata hasta el puerto.

Según su parecer, nada con tan poco cerebro debería tener tanta fuerza.

Por otro lado, podía decir lo mismo de la mitad de los magos del torneo.

—Si miras a los animales así —dijo Alucard, tomándola del hombro—, no es extraño que te odien.

—Sí, bueno, el sentimiento es mutuo. —Miró en derredor—. ¿Esa no viene?

—A mi gata le desagradan tanto los caballos como a ti —dijo—. La dejé en el palacio.

—Dios los ayude a todos.

—Chácharas, chácharas —dijo Jasta en arnesiano, su melena tirada hacia atrás bajo una capucha de viaje—. ¿Siempre cotorrean en esa lengua imperial?

—Como un pájaro cantor —se jactó Alucard, mirando alrededor—. ¿Dónde está Su Alteza?

—Aquí estoy —dijo Kell, dejando pasar el golpe. Y cuando Lila se dio vuelta hacia él, vio por qué. No estaba solo.

—*No* —ladró.

Holland dio un paso detrás de Kell, escoltado por dos guardias y con las manos atadas con hierro debajo de una media capa gris. Sus ojos, uno verde deslumbrante, el otro negro, encontraron los de ella.

—Delilah —dijo a modo de saludo.

Al lado de ella, Jasta se quedó dura como una piedra.

Lenos se puso blanco.

—¿*Kers la*? —gruñó Jasta.

A Kell se le frunció el ceño.

—No puedo dejarlo en el palacio.

—Claro que puedes.

—No lo dejaré. —Y con esas tres palabras, ella se dio cuenta de que no era solo la seguridad del *palacio* lo que le preocupaba—. Viene con nosotros.

—No es una mascota —estalló ella.

—Ves, Kell —dijo Holland con voz pareja—. Te dije que no iba a gustarle.

—*Ella* no es la única —dijo Alucard entre dientes.

Jasta gruñó algo demasiado bajo y mal pronunciado como para que Lila entendiera.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Kell, moviéndose para destrabar los grilletes de Holland.

Lila sacó un cuchillo antes de que la llave tocara el hierro.

—Se queda encadenado.

Holland levantó sus manos esposadas.

—Te das cuenta, Delilah, de que estas no me detendrán, ¿no?

—Claro que no —dijo ella con una sonrisa salvaje—, pero te retardarán lo suficiente como para que *yo* lo haga.

Holland suspiró.

—Como quieras —dijo, justo antes de que Jasta le propinara un puñetazo en la mejilla. Se le corrió la cabeza a un lado y las botas se patinaron hacia atrás un paso, pero no se cayó.

—¡Jasta! —exclamó Kell, mientras el otro *antari* movía la mandíbula y escupía sangre.

—¿Alguien más? —preguntó Holland sombríamente.

—A mí no me molestaría… —comenzó a decir Alucard, pero Kell lo interrumpió.

—Suficiente —espetó, y el suelo retumbó ligeramente con la orden—. Alucard, ya que te ofreciste, Holland puede montar contigo.

El capitán se enfurruñó ante la tarea, aun cuando arrastró al *antari* encadenado hacia el caballo.

—Intenta algo… —gruñó.

—¿Y me matarás? —terminó Holland con indiferencia.

—No —dijo Alucard con una sonrisa sanguinaria—, dejaré que Bard te acabe.

Lenos montó con Jasta; esta pareja era igual de cómica: la constitución de la capitana hacía que la del marinero pareciera aún más pequeña y más esquelética. Él se inclinó hacia adelante y le dio unas palmaditas al flanco del caballo, mientras Kell se impulsaba para subir a su propia montura. Era exasperante lo elegante que se veía a caballo, con la postura regia que solo venía, suponía Lila, con años de práctica. Era uno de esos momentos que le recordaban —como si realmente pudiese olvidarlo— que Kell era, en muchos sentidos, un príncipe. Tomó nota mental de decirle algo en algún momento, la próxima vez que estuviese particularmente cruzada, quizá.

—Vamos —dijo él, ofreciéndole una mano. Y esta vez, al alzarla, la sentó delante de él, en lugar de atrás, y le rodeó la cintura con un brazo de forma protectora—. No me apuñales —le susurró al oído y ella deseó que fuera más de noche, así nadie hubiese podido ver cómo el color le subía a las mejillas.

Echó una última mirada al castillo, el eco oscuro y distorsionado se estiraba a su lado como una sombra.

—¿Y si Osaron nos sigue? —preguntó.

Kell miró atrás.

—Si tenemos suerte, lo hará.

—Tienes una extraña idea de lo que es la suerte —dijo Jasta, espoleando a su caballo para comenzar a avanzar.

La montura de Lila se puso en movimiento con un tumbo debajo de ella y lo mismo hizo su estómago. «No es así como moriré», se dijo a sí misma cuando, con un estruendo de cascos y alientos de vapor, los caballos se sumergieron en la noche.

III

Era un palacio adecuado para un rey.

Adecuado para un *dios*.

Un lugar de promesa, potencial, poder.

Osaron caminó por el gran salón de su más reciente creación, sus pasos aterrizaron silenciosamente en la piedra pulida. El piso parpadeaba debajo de cada paso, hierba y floraciones y hielo nacían con cada pisada y se desvanecían detrás de él como huellas en la arena.

Columnas se alzaban desde el suelo y crecían más como árboles que como pilares de mármol, sus ramas se extendían hacia arriba, con flores de vidrio de tono oscuro y hojas de otoño y gotas de rocío, y en sus columnas brillantes, él vio el mundo como podría ser. Tantas transformaciones posibles, qué potencial infinito.

Y ahí, en el corazón del gran salón, su trono, cuya base echaba raíces y el respaldo se elevaba como los picos de una corona y los apoyabrazos se extendían como un amigo que esperaba un abrazo. Su superficie resplandecía con una luz iridiscente y cuando Osaron subió los escalones, se encaramó en la plataforma, tomó asiento, todo el palacio vibró con lo adecuado de su presencia.

Osaron se sentó en el centro de esta red y sintió los hilos de la ciudad, la mente de todos y cada uno de sus sirvientes enlazadas a la suya con hilos de magia. Un tirón aquí, un temblor allá, pensamientos que se transmitían como movimiento a través de miles de líneas.

En cada vida devota, ardía un fuego. Algunas llamas eran tenues y pequeñas, apenas encendidas, mientras que otras brillaban radiantes y calientes, y a esos llamaba ahora, los llamaba a avanzar desde todos los rincones de la ciudad.

«*Vengan*», pensó. «*Arrodíllense a mis pies como niños y los ascenderé. A hombres. Mujeres. Elegidos*».

Más allá de las paredes del palacio, comenzaron a florecer puentes como hielo sobre el río, manos extendidas para guiarlos hacia adentro.

«Mi rey», dijeron, levantándose de sus mesas.

«Mi rey», dijeron, dejando su trabajo.

Osaron sonrió al saborear el eco de esas palabras, hasta que un nuevo coro las interrumpió.

«Mi rey», susurraron sus súbditos, «los malos se están yendo».

«Mi rey», dijeron, «los malos están huyendo».

«Los que tuvieron la insolencia de rechazarte».

«Los que tuvieron la insolencia de desafiarte».

Osaron juntó las yemas de los dedos. Los *antari* estaban abandonando Londres.

«¿*Todos ellos*?», preguntó, y el eco vino.

«Todos ellos. Todos ellos. Todos ellos».

Las palabras de Holland regresaron a él, una intrusión desagradable.

«¿Cómo gobernarás sin una cabeza para tu corona?».

Las palabras rápidamente fueron tragadas por el clamor de sus sirvientes.

«¿Los perseguimos?».

«¿Los detenemos?».

«¿Los derribamos?».

«¿Los traemos de regreso?».

Osaron repiqueteó los dedos contra el apoyabrazos del trono. El gesto no hizo sonido alguno.

«¿Lo hacemos?».

«*No*», pensó Osaron y su orden se expandió por las mentes de miles como una vibración a lo largo de una cuerda. Se sentó hacia atrás en su trono esculpido. «*No. Déjenlos ir*».

Si era una trampa, no los seguiría.

No los necesitaba.

No necesitaba sus mentes ni sus cuerpos.

Tenía *miles*.

El primero de aquellos que había llamado estaba entrando en el salón, un hombre que caminaba hacia él con el mentón orgulloso y la cabeza en alto. Se detuvo frente al trono y se arrodilló, su cabeza oscura inclinada en reverencia.

—*Levántate* —ordenó Osaron y el hombre obedeció—. ¿*Cómo te llamas*?

El hombre se paró, tenía espaldas anchas, ojos ensombrecidos y un anillo con forma de pluma alrededor de un dedo.

—Mi nombre es Berras Emery —dijo el hombre—. ¿Cómo puedo servirte?

IV

Tanek apareció a la vista poco después del anochecer.

A Alucard no le gustaba el puerto, pero lo conocía bien. Por tres años, había sido lo más cerca de Londres que se había atrevido a ir. De muchas formas, era *demasiado* cerca. La gente aquí conocía el nombre Emery, tenía una idea de lo que significaba.

Era aquí donde había aprendido a ser otro; no un noble, sino el desenfadado capitán del Aguja Nocturna. Aquí fue donde conoció a Lenos y a Stross, en un juego de *sanct*. Este lugar le recordaba, una y otra y otra vez, cuán cerca —cuán lejos— estaba de casa. Cada vez que regresaba a Tanek, veía a Londres en tapices y adornos, lo escuchaba en los acentos de la gente, lo olía en el aire, ese aroma como a bosque en primavera, y le dolía el cuerpo.

Pero ahora mismo, Tanek no se parecía en nada a Londres. Se movía afanosamente de un modo surrealista, ajeno al peligro que acechaba tierra adentro. Los amarraderos estaban llenos de barcos, las tabernas atestadas de hombres y mujeres, y el peligro más grande era un ladronzuelo de bolsillos o una ráfaga helada de invierno.

Al final, Osaron no había mordido su tibio anzuelo y entonces la sombra de su poder había terminado una hora atrás, el peso de esta se disipó como el aire después de una tormenta. La cosa más extraña, pensó Alucard, era la *forma* en que había terminado. No repentinamente, sino despacio; en el transcurso de la cabalgata, el hechizo había ido estrechándose de modo que para el final de su alcance, las pocas personas que habían encontrado no tenían sombras en los ojos, nada salvo un mal presentimiento, una necesidad de regresar. Varias veces, habían pasado viajeros en el camino que parecían perdidos, cuando en realidad simplemente vadeaban al borde del hechizo y se detenían, repelidos por algo que no podían nombrar, no podían recordar.

—No digan nada —había advertido Kell, al pasar al primer grupo—. Lo último que necesitamos es que el pánico se extienda más allá de la capital.

Ahora, un hombre y una mujer pasaron al lado de ellos trastabillando, brazo en brazo, riéndose alcoholizados.

Evidentemente no habían llegado rumores al puerto.

Alucard bajó a Holland del caballo y lo dejó bruscamente en el piso. El *antari* no había dicho ni una palabra desde que salieron y el silencio ponía nervioso a Alucard. Bard tampoco hablaba demasiado, pero el de ella era otro tipo de silencio, presente, inquisitivo. El de Holland flotaba en el aire, hacía que Alucard quisiera hablar solo

para romperlo. Por otro lado, quizá era la magia del sujeto lo que lo inquietaba, hilos plateados que astillaban el aire como relámpagos.

Entregaron los caballos a un mozo de cuadra cuyos ojos se abrieron al ver el emblema real en los arreos.

—Mantengan un perfil bajo —dijo Kell cuando el muchacho se llevó las monturas.

—Difícilmente pasemos desapercibidos —dijo finalmente Holland, su voz como una roca áspera—. Quizá si me quitaran las cadenas…

—No hay chances —respondieron Lila y Jasta, las mismas palabras se superpusieron en distintas lenguas.

El aire se había calentado una fracción a pesar de que la oscuridad se profundizaba, y Alucard estaba mirando alrededor en busca de la fuente de ese calor, cuando escuchó botas de armadura acercándose y vio el destello del metal.

—Oh, miren —dijo—, una comisión de bienvenida.

Tal vez por los caballos reales o porque eran una extraña compañía, un par de soldados se dirigían directamente hacia ellos.

—¡Alto! —exclamaron en arnesiano, y Holland tuvo la astucia de meter las manos esposadas bajo su capa; pero al ver a Kell, los dos hombres palidecieron, uno hizo una profunda reverencia, el otro murmuró algo que pudo haber sido una bendición o una plegaria, demasiado bajo para entenderlo.

Alucard revoleó los ojos ante la demostración, mientras Kell adoptaba algo parecido a su usual arrogancia y explicaba que estaban aquí por asuntos reales. Sí, todo estaba bien. No, no necesitaban una escolta.

Finalmente, los hombres regresaron a su puesto y Lila hizo su propia reverencia burlona en dirección a Kell.

—*Mas vares* —dijo ella, luego se enderezó bruscamente, el humor había abandonado su rostro. Con un gesto que era a la vez casual y aterradoramente rápido, había liberado un cuchillo de su relajado.

—¿Qué pasa? —preguntaron Kell y Alucard al mismo tiempo.

—Alguien nos ha estado siguiendo —dijo ella.

Las cejas de Kell se alzaron.

—¿No se te ocurrió mencionarlo antes?

—Podría estar equivocada —dijo ella, haciendo girar el cuchillo entre sus dedos —, pero no lo estoy.

—¿Dónde…?

Antes que Kell pudiera terminar, ella giró y lanzó.

El cuchillo silbó por el aire y provocó un aullido al clavarse en un poste unos pocos centímetros sobre un montón de rizos marrones con hilos dorados. Un muchacho se puso de pie, con la espalda presionada contra el poste y las manos vacías, que levantó en inmediata rendición. En su frente llevaba una marca de sangre. Estaba vestido con ropas ordinarias, sin ribetes rojos y dorados, sin símbolos de la

Casa Maresh en el abrigo, pero aun así Alucard lo reconoció como alguien del palacio.

—Hastra —dijo Kell oscuramente.

El joven se agachó para salir de debajo del filo de Lila.

—Señor —dijo, mientras sacaba el cuchillo.

—¿Qué haces aquí?

—Tieren me envió.

Kell gruñó y dijo en voz baja y entre dientes:

—No podía ser de otro modo. —Y luego habló más fuerte—: Ve a casa. No tienes nada que hacer aquí.

El muchacho —y realmente no era más que un muchacho, en modales y en edad — se enderezó ante eso, hinchando su angosto pecho.

—Soy su guardia, señor. ¿De qué vale eso si no lo vigilo?

—No eres mi guardia, Hastra —dijo Kell—. Ya no.

El muchacho se contrajo ante esto, pero se mantuvo firme.

—Muy bien, señor. Pero si no soy un guardia, entonces soy un sacerdote y mis órdenes vienen del *Aven Essen* mismo.

—Hastra…

—Y realmente es muy difícil complacerlo, sabe…

—Hastra…

—Y usted me debe un favor, señor, ya que lo apoyé cuando se escabulló del palacio y entró al torneo…

La cabeza de Alucard dio un latigazo hacia Kell.

—¿Que hiciste qué?

—Suficiente —interrumpió Kell, haciendo un gesto con la mano.

—*Anesh* —dijo Jasta, quien no había estado siguiendo la conversación, que no parecía importarle—. Vete, ven, no me importa. Prefería no estar para aquí a la vista. Es malo para mi reputación ser vista con el príncipe del ojo negro y guardias reales y nobles jugando a los disfraces.

—Soy un corsario —dijo Alucard, ofendido.

Jasta solo se rio por la nariz y comenzó a irse hacia el muelle. Hastra se quedó atrás, sus grandes ojos marrones aún le sostenían, esperanzados, la mirada a Kell.

—Oh, vamos —dijo Lila—, todo barco necesita una mascota.

Kell lanzó las manos al aire.

—Está bien. Se puede quedar.



—¿Quién eras? —preguntó Alucard mientras caminaban por el muelle y pasaban al lado de barcos de todos los tamaños y colores.

Pensar que Kell había participado en el torneo —*su* torneo— era una locura.

—No importa —dijo Kell.

—¿Luchamos? —Pero no había forma. Alucard hubiese visto el hilo plateado, hubiese sabido.

—Si hubiésemos luchado —dijo Kell enfáticamente—, yo habría ganado.

El fastidio estalló en Alucard, pero cuando pensó en Rhy, en el lazo entre ellos dos, la furia se tragó la indignación.

—¿Tienes idea de cuán tonto fue eso? ¿Cuán peligroso para el príncipe?

—No es que sea de tu incumbencia —dijo Kell—, pero todo eso fue idea de Rhy. —Esa mirada bitonal se disparó hacia él—. Supongo que no intentaste detener a *Lila*.

Alucard echó una mirada hacia atrás por sobre el hombro. Bard iba a la retaguardia del grupo, Holland un paso adelante de ella. El otro *antari* iba mirando los barcos del modo en que Lila había mirado los caballos, con una mezcla de incomodidad y desdén.

—¿Qué pasa? —estaba diciendo ella—. ¿No sabes nadar?

Holland frunció los labios.

—Es un poco difícil con cadenas. —Su atención estaba nuevamente en los barcos y Alucard entendió. Reconoció la mirada en sus ojos, el recelo que bordeaba el miedo.

—Nunca has estado en un barco, ¿verdad?

El hombre no respondió. No hacía falta.

Lila dejó escapar una pequeña risa maliciosa. Como si hubiese sabido algo de barcos antes de que Alucard la recibiera.

—Aquí estamos —dijo Jasta, al detenerse al lado de algo que podría (en ciertos lugares) ser calificado como un barco, de la misma manera en que algunas cabañas podían ser calificadas como mansiones. Jasta dio una palmadita al costado del barco como un jinete podía hacerlo con el flanco de un caballo. Su nombre se extendía en un estencilado plateado a lo largo del casco blanco. *Is Hosna*. El Fantasma.

—Es un poco pequeño —dijo la capitana—, pero rápido como un rayo.

—Un poco pequeño —repitió Lila secamente. El Fantasma tenía la mitad del largo del Aguja, tres velas cortas y un casco faronés, estrecho y afilado como una pluma—. Es un *esquife*.

—Es de carrera —aclaró Alucard—. No llevan demasiado, pero hay pocas cosas más rápidas en el mar abierto. No será un viaje cómodo, de ninguna manera, pero llegaremos al mercado rápido. Especialmente con tres *antari* manteniendo el viento en nuestras velas.

Lila miró con anhelo los barcos a cada lado, altas naves de madera oscura y velas brillantes.

—¿Qué hay de aquel? —dijo, señalando un barco protuberante a dos amarraderos de distancia.

Alucard negó con la cabeza.

—No es nuestro.

—*Podría* serlo.

Jasta le lanzó una mirada y Lila revoleó los ojos.

—Era una broma —dijo, aunque Alucard sabía que no lo era—. Además —agregó—, no quisiera algo *demasiado* bonito. Las cosas bonitas tienden a atraer ojos codiciosos.

—¿Hablas por experiencia, Bard? —bromeó Alucard.

—Gracias, Jasta —interrumpió Kell—. Lo traeremos en una sola pieza.

—Oh, me aseguraré de eso —dijo la capitana, poniendo un pie en la estrecha rampa del bote.

—Jasta…

—Mi nave, mis reglas —dijo, con los brazos en jarra—. Pueden llegar a donde sea que vayan en la mitad de tiempo y si están en alguna misión para salvar el reino, bueno, también es mi reino. Y no me importaría tener a la corona de mi lado la próxima vez que *yo* esté en aguas revueltas.

—¿Qué sabes si nuestros motivos son tan honorables? —dijo Alucard—. Podríamos estar simplemente huyendo.

—*Tú*, podría ser —dijo ella y luego, apuntando un dedo a Kell—, pero él no. —Con eso, pisó en la cubierta y no tuvieron más elección que seguirla a bordo.

—Tres *antari* suben a un barco —canturreó Alucard, como si fuera el comienzo de un chiste de taberna. Tuvo el placer agregado de ver tanto a Kell como a Holland intentar encontrar el equilibrio cuando la cubierta se meció bajo el repentino peso. Uno se veía incómodo, el otro descompuesto, y Alucard podría haberles asegurado que no sería tan malo una vez que estuvieran en el mar, pero no se estaba sintiendo generoso.

—¡Hano! —llamó Jasta y una muchachita apareció sobre un pilón de cajones, llevaba el cabello negro atado en un rodete desprolijo.

—¡*Casero*! —Se subió a un cajón y dejó las piernas colgando sobre el borde—. Regresó antes.

—Tengo una carga —dijo Jasta.

—¡*Sha*! —dijo Hano, encantada.

Se escuchó un golpe seco y un insulto apagado en algún lugar a bordo, y un momento después, un anciano salió de detrás de otro cajón, frotándose la cabeza. Tenía la espalda doblada como un gancho, la piel oscura y los ojos de un color blanco lechoso.

—*Solase* —murmuró y Alucard no pudo saber si se estaba disculpando con ellos o con las cajas contra las que se habían chocado.

—Ese es Ilo —dijo Jasta, señalando al hombre ciego con la cabeza.

—¿Dónde está el resto de tu tripulación? —preguntó Kell, mirando en derredor.

—Esto es todo —dijo Jasta.

—Dejaste a una niña y a un hombre ciego a cargo de un barco lleno de mercadería robada —dijo Alucard.

Hano lanzó una risita y sostuvo en alto un monedero. El monedero de *Alucard*. Un momento después, Ilo sostuvo en alto una cuchilla. Era de Kell.

El mago chasqueó los dedos y la cuchilla regresó, empuñadura primero, a su mano, una demostración que le ganó un aplauso de aprobación de la muchachita. Alucard reclamó su monedero con un ademán similar y llegó tan lejos como para permitir que el cuero se atara solo en su cinturón. Lila se palmeó para asegurarse de que todavía tuviera todos sus cuchillos y sonrió con satisfacción.

—El mapa —apuntó Jasta. Alucard lo entregó.

La capitana desenrolló el papel, chasqueando la lengua.

—Aguas Movedizas, entonces —dijo. No sorprendió a nadie que Jasta, dados sus intereses particulares, estuviera familiarizada con el mercado.

—¿Qué hay en estas cajas? —preguntó Kell, apoyando la mano en una tapa.

—Un poco de esto, un poco de aquello —dijo la capitana—. Nada que vaya a morder.

Hastra y Lenos ya estaban desamarrando las sogas, el joven guardia seguía las direcciones del marinero alegremente.

—¿Por qué estás encadenado? —preguntó Hano. Alucard no había visto a la muchacha saltar desde su posición arriba de la caja, pero ahora estaba parada directamente frente a Holland, con las manos en las caderas, una mímica de la postura de la propia Jasta, su rodete negro caía desprolijo hacia las costillas del *antari* —. ¿Hiciste algo malo?

—¡Hano! —llamó Jasta, y la niña salió a toda prisa sin esperar la respuesta. El barco quedó desanclado y comenzó a balancearse debajo de ellos. Bard sonrió y Alucard sintió que su equilibrio se movía y luego regresaba.

Holland, entretanto, inclinó la cabeza hacia atrás y respiró hondo para reafirmarse, los ojos miraron al cielo como si eso pudiera evitar su descompostura.

—Vamos —dijo Kell, tomando por el brazo al otro *antari*—. Busquemos la bodega.

—Ese tipo no me gusta —dijo Alucard cuando Bard vino a pararse a su lado.

—¿Cuál? —preguntó ella fríamente, pero le echó una mirada y debió haber visto algo en su rostro, porque se puso seria—. ¿Qué ves cuando miras a Holland?

Alucard tomó una bocanada de aire y la exhaló en una nube.

—Así es como se ve la magia —dijo, moviendo los dedos a través del humo.

En vez de dispersarse, el aire pálido se retorció y se espiraló en delgadas cintas de niebla contra el trecho sin unión de noche y mar.

—Pero la magia de Holland es… —Abrió los dedos y las cintas de neblina se astillaron, se rayaron—. No es más débil por ello. Más bien, su luz es más brillante

que la tuya o la de Kell. Pero la luz es despareja, inestable, las líneas todas rotas, deformadas, como huesos que no se soldaron. Es…

—¿Antinatural? —adivinó ella.

—Peligrosa.

—Espléndido —dijo ella, cruzándose de brazos contra el frío. Un bostezo se le escapó, como un gruñido silencioso entre dientes apretados.

—Descansa un poco —dijo él.

—Lo haré —dijo Bard, pero no se movió.

Alucard se volteó automáticamente hacia el timón, antes de recordar que no era el capitán de este barco. Vaciló, como un hombre que ha atravesado una puerta para buscar algo solo para olvidarse de qué. Al final, fue a ayudar a Lenos con las velas, dejando a Bard en el barandal del barco.

Cuando miró diez, quince, veinte minutos después, ella seguía ahí, los ojos apuntados a la línea donde el agua se encontraba con el cielo.

V

Rhy salió a cabalgar apenas se fueron.

Había demasiadas almas que encontrar, y pensar en quedarse en el palacio otro minuto lo hacía querer gritar. Pronto la oscuridad estaría sobre ellos, sobre él, con la caída de la noche y el confinamiento. Pero por ahora, aún había luz, aún había tiempo.

Llevó a dos hombres, ambos plateados, y se adentraron en la ciudad, tratando de evitar que la atención se les fuera al espeluznante palacio que flotaba al lado del suyo, a la extraña procesión de hombres y mujeres que subían sus escalones; tratando de evitar pensar en la extraña sustancia negra que convertía tramos de camino en manchones brillantes, como de hielo, y que trepaba parte de los muros como hiedra o escarcha. «Magia que abruma la naturaleza».

Encontró a una pareja resguardada en el fondo de su casa, demasiado atemorizada para salir. A una niña que vagaba, aturdida y cubierta de las cenizas de alguien, familia o amigo o extraño, no quiso decir. En el tercer viaje, uno de los guardias vino galopando hasta él.

—Su Alteza —llamó el hombre, la marca de sangre se estaba borroneando con el sudor de su frente, mientras tiraba de las riendas de su caballo—. Hay algo que debe ver.

Estaban en el salón de una taberna.

Dos docenas de hombres, todos vestidos con el dorado y rojo de la guardia real. Todos enfermos. Todos agonizantes. Rhy conocía a todos y cada uno, no de vista, sino por nombre. Isra había dicho que algunos de ellos estaban desaparecidos. Que las marcas de sangre habían fallado. Pero no habían desaparecido. Estaban *aquí*.

—¡Su Alteza, espere! —llamó el plateado, al ver que Rhy se sumergía en el salón, pero él no tenía miedo del humo ni de la enfermedad.

Alguien había sacado las mesas y las sillas del medio, había hecho lugar, y ahora los hombres de su padre —sus hombres— estaban acostados en el piso en fila, lugares vacíos aquí y allá donde unos pocos se habían levantado o caído para siempre.

Los habían desvestido de sus armaduras y las habían puesto a un lado, apoyadas como en una galería de espectadores huecos a lo largo de las paredes, mientras que en el suelo, los guardias sudaban y se retorcían y luchaban con demonios que no podían ver, como Alucard a bordo del Aguja.

Las venas sobresalían en las gargantas y toda la habitación olía vagamente a piel quemada, al chamuscar la magia su camino a través de ellos.

El aire estaba denso con algo como polvo.

«Ceniza», se dio cuenta Rhy.

Todo lo que quedaba de aquellos que habían ardido.

Un hombre estaba desplomado contra la pared al lado de las puertas, el sudor le hacía brillar la cara, la enfermedad recién comenzaba a instalarse.

Tenía la barba recortada, el cabello manchado con gris y Rhy lo reconoció de inmediato. Tolners. Un hombre que había servido a su padre antes de que fuera rey. Un hombre asignado para servir a *Rhy*. Había visto al guardia esta mañana en el palacio, a salvo y seguro dentro de las defensas.

—¿Qué has hecho? —preguntó, tomando al guardia por el cuello de su túnica—. ¿Por qué dejaste el palacio?

La visión del hombre encontraba y perdía el foco.

—Su Majestad —dijo con voz áspera. Atrapado en la fiebre, confundió a Rhy con su padre—. Somos… la guardia real. Nosotros no… nos escondemos. Si no somos… lo bastante fuertes… para enfrentar… la oscuridad… no… no merecemos… servir… —Se quebró, sacudido por un repentino y violento escalofrío.

—Qué tontería —espetó Rhy, aun cuando apoyó a Tolners con cuidado en la silla y cerró bien el abrigo alrededor del hombre tembloroso. Rhy giró hacia la habitación de guardias moribundos, se pasó una mano cubierta de ceniza por el pelo, sintiéndose furioso, impotente. No podía salvar a estos hombres. Solo podía observar mientras peleaban, perdían, morían.

—Somos la guardia real —murmuró un hombre en el suelo.

—Somos la guardia real —repitieron dos más, tomándolo como un cántico contra la oscuridad que luchaba por tomarlos.

Rhy quería gritar, maldecir, pero no podía, porque sabía las cosas que había hecho en nombre de la fortaleza, sabía lo que estaba haciendo incluso ahora mismo, al caminar las calles malditas, al rastrillar la bruma venenosa, sabía que aunque la magia de Kell no lo hubiera protegido, hubiera salido otra vez y otra vez, por su ciudad, por su pueblo.

Y entonces Rhy hizo lo que había hecho por Alucard en el piso del Aguja.

Hizo lo único que podía hacer.

Se *quedó*.



Maxim Maresh conocía lo que valía un solo *antari*.

Había observado parado tras las ventanas cómo *tres* se iban cabalgando del palacio, de la ciudad, cuando el monstruo envenenaba el corazón de esta. Había sopesado las probabilidades, sabía que era la decisión correcta, la estrategia con mayores posibilidades, y, sin embargo, no pudo evitar sentir que sus mejores armas estaban de repente fuera de alcance. Peor aún, que él había aflojado el puño, las había dejado caer y ahora se enfrentaba a un enemigo sin espada alguna.

La suya no estaba lista, aún la estaba forjando.

El reflejo de Maxim flotaba en el vidrio. No se veía bien. Se sentía peor. Una mano descansaba contra la ventana, las sombras se contorsionaban hacia sus dedos en una mímica espectral, un eco morboso.

—Los dejaste ir —dijo una voz gentil, y el *Aven Essen* se materializó en el vidrio detrás de él, un espectro de blanco.

—Así es —dijo Maxim. Había visto el cadáver de su hijo en la cama, el pecho quieto, las mejillas hundidas, la piel gris. La imagen estaba quemada como una luz detrás de sus ojos, una imagen que nunca olvidaría. Y comprendió, ahora más que nunca, que la vida de Kell era la de Rhy, y si no podía protegerla él mismo, haría que se fuera lejos—. Intenté detener a Kell una vez. Fue un error.

—Esta vez quizá se hubiera quedado —dijo Tieren con cuidado—, si hubieras pedido en vez de ordenar.

—Quizá. —La mano de Maxim cayó desde el vidrio—. Pero esta ciudad ya no es segura.

Los ojos azules del sacerdote eran penetrantes.

—El mundo quizá termine no siendo más seguro.

—No puedo hacer nada sobre los peligros del mundo, Tieren, pero puedo hacer algo con el monstruo aquí en Londres.

Comenzó a cruzar la habitación y logró hacer tres pasos cuando esta se inclinó violentamente bajo sus pies. Por un horrible instante, se le borroneó la vista y pensó que se caería.

—Su Majestad —dijo Tieren, tomándolo del brazo. Debajo de la túnica, las líneas frescas de los cortes le dolieron, las heridas eran profundas, la carne y la sangre, arrancadas. Un sacrificio necesario.

—Estoy bien —mintió, liberándose de la sujeción.

Tieren lo miró despectivamente, y él lamentó haberle mostrado su progreso al sacerdote.

—No puedo detenerte, Maxim —dijo Tieren—, pero este tipo de magia tiene consecuencias.

—¿Cuándo estará listo el hechizo de sueño?

—Si no tienes cuidado…

—¿Cuándo?

—Es difícil hacer semejante hechizo, más difícil incluso extenderlo sobre una ciudad. La naturaleza misma de este toca la línea de lo obsceno, poner un cuerpo y

una mente a descansar sigue siendo una manipulación, una imposición de la voluntad de uno…

—¿Cuándo?

El sacerdote suspiró.

—Un día más. Quizá dos.

Maxim se enderezó, asintió. Durarían ese tiempo. Tenían que hacerlo. Cuando comenzó a caminar otra vez, el suelo se mantuvo firme bajo sus pies.

—Su Majestad…

—Ve a terminar tu propio hechizo, Tieren. Y déjame terminar el mío.

VI

Para cuando Rhy regresó al palacio, la luz se había ido y su armadura estaba pintada de gris por la ceniza. Más de la mitad de los hombres en el salón habían muerto; los sobrevivientes ahora marchaban en su estela, con los cascos bajo los brazos, los rostros demacrados por la fiebre e iluminados por líneas plateadas que parecían rastros de lágrimas por sus mejillas.

Rhy trepó los escalones de la entrada en un silencio exhausto.

Los guardias plateados apostados a las puertas del palacio no dijeron nada y él se preguntó si sabían —*tenían* que saber, al permitir que tantos de los suyos salieran a la bruma—. No quisieron encontrar los ojos del príncipe, pero intercambiaron miradas entre ellos y asintieron una sola vez, lo que pudo ser un gesto de orgullo o de solidaridad u otra cosa que Rhy no consiguió leer.

Su segundo guardia, Vis, estaba parado en el vestidor de entrada, claramente esperando saber algo de Tolners. Rhy negó con la cabeza y lo dejó atrás, dejó a todos atrás, y se dirigió a los baños reales, con la necesidad de estar limpio, pero mientras caminaba, su armadura pareció ceñirse alrededor suyo, apretándole la garganta, amarrándole las costillas.

No podía respirar y por un instante, pensó en el río, en Kell atrapado debajo de la superficie mientras él trataba de respirar arriba, pero esto no era un eco del sufrimiento de su hermano. Su propio pecho golpeaba jadeante contra la armadura, su propio corazón palpitaba, sus propios pulmones estaban cubiertos con la ceniza de los hombres muertos. Tenía que deshacerse de ella.

—¿Su Alteza? —dijo Vis, mientras él luchaba por quitarse la armadura. Las piezas cayeron al piso ruidosamente, lanzando nubes de polvo.

Pero el pecho aún le daba tumbos y el estómago también y apenas logró alcanzar la vasija más cercana antes de vomitar.

Se aferró de los bordes del bol, mientras trataba de respirar con fuerza y el corazón se le desaceleraba. Vis estaba parado cerca, sosteniendo el casco descartado en las manos.

—Ha sido un largo día —dijo Rhy con voz titubeante y Vis no preguntó qué pasaba, no dijo nada, y por eso, Rhy estaba agradecido. Se limpió la boca con una mano temblorosa, se enderezó y continuó hasta los baños reales.

Ya se estaba desabotonando la túnica cuando llegó a las puertas y vio que la habitación detrás de estas no estaba vacía.

Había dos sirvientes ataviados de plateado y verde parados cerca de la pared más lejana y Cora estaba posada sobre el borde de piedra de la gran tina montada en el suelo, sumergiendo un peine en el agua para luego pasarlo por su pelo largo y suelto. La princesa veskana solo tenía puesta una bata, abierta a la cintura, y Rhy sabía que los veskanos no eran tímidos con respecto al cuerpo, pero él aun así se sonrojó al ver tanta piel blanca.

Con la camisa todavía a medio desabotonar, las manos de Rhy se deslizaron hacia los lados.

Los ojos azules de Cora se levantaron lentamente.

—*Mas vares* —dijo ella en un arnesiano dubitativo.

—*Na ch'al* —respondió él en veskano, con la voz ronca.

Ella apoyó el peine en su regazo mientras observaba el rostro manchado de ceniza de Rhy.

—¿Quieres que me vaya?

Él honestamente no sabía. Después de horas de mantener la cabeza en alto, de ser fuerte mientras otros hombres luchaban y morían, no podía montar otro *show*, no podía simular que todo estaba bien, pero pensar en estar solo con sus pensamientos, con las sombras, no las que había afuera de los muros del palacio, sino las que venían por él a la noche…

Cora había comenzado a ponerse de pie cuando él dijo:

—*Ta'ch*.

No.

Ella se puso otra vez de rodillas mientras los propios sirvientes del príncipe venían y comenzaban a desnudarlo con movimientos rápidos y eficaces. Esperaba que Cora corriera la vista hacia otro lado, pero lo miró fijamente, con una luz de curiosidad en los ojos, mientras liberaban la última placa de su armadura, le desataban las botas, desabotonaban puños y cuello con manos más firmes que las suyas. Los sirvientes retiraron la túnica, exponiendo su pecho oscuro, suave excepto por la línea en sus costillas, la cicatriz espiralada sobre su corazón.

—Limpien la armadura —dijo suavemente—. Quemen la tela.

Rhy dio un paso adelante, luego una orden silenciosa de que se encargaría del resto él mismo.

Se dejó los pantalones puestos y vadeó descalzo, bajó los hermosos escalones taraceados y se metió en la tina, el agua cálida le fue abrazando los tobillos, las rodillas, la cintura. La piscina transparente se empañó alrededor de él, un tren nublado de cenizas a su paso.

Vadeó hasta el centro del baño y se sumergió, plegando las rodillas en el piso de la tina. Su cuerpo intentó levantarse, pero él forzó el aire a salir de sus pulmones y enterró las yemas de los dedos en la rejilla en el piso del baño y se sostuvo hasta que dolió, hasta que el agua se calmó alrededor suyo y el mundo comenzó a estrecharse y ya no le salieron cenizas de la piel.

Y cuando finalmente se levantó, rompiendo la superficie y aspirando una bocanada de aire, Cora estaba ahí, su bata descartada en el borde del baño, su largo cabello rubio levantado con un diestro movimiento del peine. Sus manos flotaron por la superficie del agua como lirios.

—¿Puedo ayudar? —preguntó ella y, antes de que él pudiera responder, lo estaba besando, las yemas de sus dedos le acariciaban las caderas bajo el agua. El calor estalló a través de él, simple y físico, y Rhy luchó por mantener la cordura cuando sus manos atraparon los cordones de su pantalón y comenzaron a desatarlos.

Él arrancó su boca de la de ella.

—Pensé que sentías cariño por mi hermano —dijo con voz ronca.

Cora mostró una sonrisa traviesa.

—Siento cariño por muchas cosas —dijo, acercándolo otra vez. Cora deslizó la mano sobre él y Rhy sintió que se levantaba cuando ella se presionó contra él, su boca era suave y buscaba contra su piel, y parte de Rhy quería permitírselo, tomarla, perderse como tantas veces había hecho después de que Alucard se había ido, mantener las sombras y las pesadillas lejos con la sola y agradable distracción de otro cuerpo.

Alzó las manos y las puso en los hombros de Cora.

—*Ta'ch* —dijo, guiándola hacia atrás.

A ella se le sonrojaron las mejillas, la humillación le cruzó el rostro antes de indignarse.

—No me quieres.

—No —dijo él con dulzura—. Así no.

La mirada de Cora bajó al lugar del cuerpo de Rhy a donde había llevado a descansar los dedos, su expresión coqueta.

—Su cuerpo y su mente parecen en desacuerdo, mi príncipe.

Rhy se ruborizó y dio un paso atrás en el agua.

—Lo siento. —Continuó retrocediendo hasta que su espalda dio contra la piedra del baño. Se hundió sobre un banco.

La princesa suspiró, dejó que sus brazos vagaran distraídamente por el agua de una forma infantil, como si esos dedos no acabasen de estar investigando hábilmente la piel del príncipe.

—¿Entonces es verdad —reflexionó— lo que dicen de ti?

Rhy se tensionó. Había escuchado la mayoría de los rumores y todos eran verdad, había escuchado a hombres hablar sobre su falta de poderes, sobre si merecía ser rey, sobre quién compartía su cama y quién no, pero aun así se obligó a preguntar.

—¿Qué dicen, Cora?

Ella avanzó lentamente hacia él —mechones de cabello rubio escapaban de su rodete con el calor del agua— y fue a descansar al lado de él sobre el banco, con las piernas dobladas debajo de sí. Se cruzó de brazos sobre el borde del baño y apoyó la

cabeza encima y así como así, pareció dejar la última pieza de seducción y volverse una niña otra vez.

—Dicen, Rhy Maresh, que tu corazón está ocupado.

Él intentó hablar, pero no supo qué decir.

—Es complicado —logró soltar.

—Claro que lo es. —Cora hizo dibujos en el agua con los dedos—. Estuve enamorada una vez —agregó, como una idea tardía—. Se llamaba Vik. Lo amé como la luna ama las estrellas; es lo que nosotros decimos cuando una persona llena el mundo de luz.

—¿Qué pasó?

Sus ojos azul claro miraron hacia arriba.

—Tú eres el único heredero del trono —dijo ella—, pero yo soy una de siete. El amor no es suficiente.

La forma en que lo dijo, como si fuera una verdad simple e inmutable, hizo que a él le ardieran los ojos, se le cerrara la garganta. Pensó en Alucard, no como había sido cuando Rhy lo mandó lejos ni como había sido en la Noche de los Estandartes, sino el Alucard que se había quedado en su cama aquel primer verano, los labios que jugaban contra su piel cuando susurró las palabras.

«Te amo».

Los dedos de Cora se quedaron quietos, se abrieron sobre la superficie del agua, y Rhy notó los rasguños profundos que le rodeaban la muñeca, la piel con moretones. Ella lo pescó mirando y quitó la mano con un movimiento de descarte.

—Mi hermano tiene mal genio —dijo como ausente—. A veces se olvida de su propia fuerza. —Y luego, con una pequeña sonrisa desafiante agregó—: Pero siempre se olvida de la mía.

—¿Duele?

—No es nada que no vaya a sanar. —Se corrió—. Tus cicatrices son mucho más interesantes.

Los dedos de Rhy fueron a la marca sobre su corazón, pero él no dijo nada y ella no preguntó nada y se quedaron en un silencio cómodo, mientras el vapor se elevaba en tirabuzones alrededor de ellos y se dibujaban patrones en la niebla. Rhy sintió que su mente vagaba, iba a las sombras y a los hombres moribundos, a cuchillas enterradas entre costillas y a lugares fríos, oscuros, llenos de sangre y más allá, más allá, el silencio, denso como el algodón, pesado como la piedra.

—¿Tienes el don?

Rhy parpadeó, las visiones se disolvieron en los baños.

—¿Qué don?

Los dedos de Cora se cerraron sobre el vapor.

—En mi país, hay gente que mira en la niebla y ve cosas que no están ahí. Cosas que aún no han ocurrido. Justo ahora, parecía que estabas viendo algo.

—Viendo no —dijo Rhy—. Solo recordaba.



Se quedaron sentando en el baño por horas, sin ganas de dejar el calor ni la compañía. Se quedaron lado a lado en el banco de piedra en el borde de la tina o en la cerámica más fría del borde, y no hablaron no sobre el pasado ni de sus respectivas cicatrices. En lugar de eso, compartieron el presente. Rhy le contó sobre la ciudad tras los muros, sobre la maldición que había caído sobre Londres, la transmutación extraña que se expandía, sobre los caídos y los plateados. Y Cora le contó sobre el palacio claustrofóbico con sus nobles enloquecidos, la galería donde se habían reunido a preocuparse, los rincones donde se juntaban a susurrar.

Cora tenía el tipo de voz que se oía en toda la habitación, pero cuando hablaba en voz baja, había una musicalidad en ella, una melodía que él encontraba sosegante. Tejía historias sobre este lord y aquella dama, los llamaba por su vestimenta, ya que no siempre sabía sus nombres. Habló de los magos también, con sus temperamentos y sus egos, recordó todas las conversaciones sin un solo titubeo y sin parar.

Cora, parecía, tenía la mente como una gema, afilada y brillante y escondida bajo sus aires infantiles. Él sabía por qué ella lo hacía: era la misma razón por la que él jugaba a ser libertino tanto como un miembro de la realeza. A veces era más fácil ser subestimado, menospreciado, descartado.

—… Y entonces de verdad lo hizo —estaba diciendo ella—. Se tragó una copa de vino y encendió una chispa y puf, se le quemó la mitad de la barba.

Rhy se rio —se sentía tan simple y mal y tan necesario— y Cora negó con la cabeza.

—Nunca desafíes a un veskano. Nos pone estúpidos.

—Kell dijo que tuvo que derribar a uno de tus magos y dejarlo inconsciente para evitar que saliera a la bruma.

Cora ladeó la cabeza.

—No he visto a tu hermano en todo el día. ¿Dónde ha ido?

Rhy apoyó la parte de atrás de la cabeza contra los cerámicos.

—A buscar ayuda.

—¿No está en el palacio?

—No está en la ciudad.

—Oh —dijo pensativa. Y luego, su sonrisa había regresado, relajada sobre sus labios—. ¿Y qué hay de esto? —preguntó, mostrando el broche real de Rhy.

Él se incorporó de golpe.

—¿De dónde lo sacaste?

—Estaba en el bolsillo de tu pantalón.

Él se estiró para agarrarlo y ella lo sacó de su alcance juguetonamente.

—*Devuélvemelo* —exigió Rhy y ella debió escuchar la amenaza en su voz, el repentino e impactante frío de una orden, porque no se resistió ni intentó juegos. La mano de Rhy se cerró sobre el metal tibio por el agua.

—Es tarde —dijo él, levantándose del baño—. Debo irme.

—No quise molestarte —dijo ella, y pareció realmente dolida.

Él se pasó una mano por los rizos húmedos.

—No lo hiciste —mintió, cuando un par de sirvientes aparecieron y le envolvieron los hombros desnudos con una bata. El enojo ardía a través de él, pero solo hacia sí mismo, por permitirse bajar la guardia, permitir que su atención se desviara. Debería haberse ido largo rato atrás, pero no había querido enfrentar las sombras que venían en sus sueños. Ahora le dolía el cuerpo, la mente se le borroneaba por la fatiga—. Ha sido un largo día y estoy cansado.

La tristeza invadió el rostro de Cora.

—Rhy —maulló—, era solo un juego. No me lo hubiese quedado.

Él se arrodilló sobre el borde de cerámicos del baño, le levantó el mentón y le besó una vez la frente.

—Lo sé —dijo.

La dejó sentada sola en el baño.

Fuera, Vis estaba desplomado en una silla, agotado pero despierto.

—Lo siento —dijo Rhy, mientras el guardia se ponía de pie al lado suyo—. No debiste esperar. O yo no debí quedarme.

El palacio se había quedado en silencio alrededor de ellos, solo el murmullo de los guardias de servicio llenaba el aire mientras Rhy subía las escaleras. Hizo una pausa frente a la habitación de Kell antes de recordar que él no estaba ahí.

Su propio cuarto estaba vacío, las lámparas tenues arrojaban sombras largas sobre cada superficie. Una colección de bálsamos brillaba en el aparador —los brebajes de Tieren para las noches en que se ponía feo—, pero el calor del baño aún se aferraba a sus extremidades y el amanecer solo estaba a unas horas de distancia, así que Rhy apoyó el broche en la mesa y se dejó caer en la cama.

Solo para ser asaltado por una pelota de pelos blancos.

La gata de Alucard había estado durmiendo en su almohada y lanzó un chillido indignado cuando Rhy aterrizó en las sábanas. No tenía la energía para echarla —sus ojos violeta lo desafiaban a intentarlo—, así que Rhy se echó hacia atrás, conforme con compartir el espacio. Se puso un brazo sobre los ojos y se sorprendió al sentir el peso suave de una patita empujándole el brazo antes de que el animal se acurrucara a su lado. Pasó los dedos distraídamente por el pelo de la criatura y dejó que el suave arrullo de su ronroneo y lo que quedaba del suave aroma del capitán —pura brisa de mar y vino estival— lo empujaran al sueño.

VII

Había un momento, al comienzo, cuando un barco zarpaba.

Cuando la tierra desaparecía y el mundo se extendía a lo ancho, nada sino el agua y cielo y libertad.

Era el momento favorito de Lila, cuando cualquier cosa podía pasar y nada había pasado aún. Estaba parada en la cubierta de El Fantasma cuando Tanek se alejó de ellos y la noche salvaje abrió sus brazos.

Cuando finalmente fue bajo cubierta, Jasta estaba esperando a los pies de la escalera.

—*Avan* —dijo Lila de forma casual.

—*Avan* —murmuró Jasta con descontento.

Era un pasillo estrecho y tuvo que esquivar a la capitana para poder avanzar. Estaba a medio camino de pasar cuando la mano de Jasta se disparó en su dirección y se cerró alrededor de su garganta. Los pies de Lila abandonaron el piso y entonces estaba colgando, sujetada bruscamente contra la pared. Se revolvió en busca de algún agarre, demasiado anonadada para invocar magia o buscar su cuchillo. Para cuando finalmente liberó un filo, la mano de la capitana se había retirado y Lila caía contra la pared. Una pierna cedió bajo su peso antes de que pudiera sostenerse.

—¿Por qué santos demonios fue eso?

Jasta solo se quedó parada ahí, mirando con desprecio a Lila como si no acabara de intentar estrangularla.

—Eso —dijo la capitana— fue por insultar a mi barco.

—Tienes que estar bromeando —gruñó.

Jasta simplemente se encogió de hombros.

—Eso fue una advertencia. La próxima te echo al mar.

Con eso, la capitana le ofreció una mano. Pareció una mala idea tomarla, pero una peor negarse. Antes de que Lila pudiera decidirse, Jasta la tomó y tiró de ella para ponerla de pie, le dio una fuerte palmada en la espalda y se fue, silbando mientras caminaba.

Lila observó a la mujer alejarse, sacudida por la repentina violencia y el hecho de que no la había visto venir. Envainó su cuchillo con dedos temblorosos y fue a buscar a Kell.



Estaba en el primer camarote a la izquierda.

—Bueno, esto es acogedor —dijo ella parada en el umbral de la puerta.

El camarote tenía la mitad del tamaño de un ropero y era igual de atractivo. Con apenas espacio para un catre, le recordaba a Lila demasiado el ataúd improvisado en el que había sido enterrada por un faronés amargado durante el torneo.

Kell estaba sentado en el catre, haciendo girar un broche real con los dedos. Cuando la vio, se lo guardó en el bolsillo.

—¿Hay espacio para uno más? —preguntó, sintiéndose tonta incluso al decirlo. Solo había cuatro camarotes y uno estaba siendo usado como celda.

—Creo que podemos arreglarnos —dijo Kell, poniéndose de pie—, pero si prefieres…

Dio un paso hacia la puerta como para irse. Pero ella no quería que se fuera.

—Quédate —dijo y ahí estaba, esa sonrisa parpadeante, como un brasa atizada con cada respiración.

—Está bien.

Una sola farola colgaba del techo y Kell chasqueó los dedos y un fuego tenue bailó sobre su dedo mientras se estiraba para encender el pabilo. Lila giró en un círculo cuidadoso, registrando el cuchitril.

—¿Un poco más pequeño que sus aposentos habituales, *mas vares*?

—No me llames así —dijo, acercándola hacia él, y ella estaba a punto de decirlo de nuevo solo para burlarse, pero desistió cuando vio la mirada en sus ojos y, en cambio, sus manos recorrieron a lo largo el abrigo de Kell.

—Está bien.

Él la atrajo más hacia sí, le acarició la mejilla con el dedo gordo y ella supo que estaba mirándole el ojo, la espiral de vidrio fracturado.

—¿En serio no lo notaste?

El rubor se extendió por las blancas mejillas de Kell y ella se preguntó, distraídamente, si su piel se llenaría de pecas en verano.

—¿Supongo que no me creerías si te dijera que me distrajo tu encanto?

Lila dejó salir una risa baja y aguda.

—Mis cuchillos, quizá. Mis dedos rápidos. Pero no mi encanto.

—Tu ingenio, entonces. Tu poder.

Ella sonrió con picardía.

—Sigue.

—Me distrajo todo acerca de ti, Lila. Aún lo hace. Eres enloquecedora, exasperante, increíble. —Ella había estado bromeando, pero él claramente no. Todo en él (la tensión en su boca, la arruga en su frente, la intensidad en ese ojo azul)

hablaba absolutamente en serio—. Nunca he sabido qué pensar de ti. Desde el día en que nos conocimos. Y me aterra. Tú me aterras. —Le tomó el rostro con las dos manos—. Y la idea de que te vayas otra vez, desaparezcas de mi vida, eso me aterra más que nada.

A ella le latía el corazón a toda velocidad, galopando con la misma canción de siempre —«corre, corre, corre»—, pero estaba cansada de correr, de dejar que las cosas se fueran antes de tener la oportunidad de perderlas. Acercó a Kell aún más hacia ella.

—La próxima vez que me vaya —susurró sobre su piel—, ven conmigo. —Dejó que su mirada subiera por su garganta, su mentón, a sus labios—. Cuando todo esto haya terminado, cuando Osaron ya no esté y hayamos salvado al mundo otra vez y todos obtengan su final feliz, ven conmigo.

—Lila —dijo él, y había tanta tristeza en su voz, que de pronto ella no quiso escuchar la respuesta, no quiso pensar en todas las maneras en que su historia podía terminar, en la posibilidad de que ninguno de ellos saliera vivo, intacto. No quiso pensar más allá de ese bote, ese momento, así que lo besó, profundamente y lo que estaba a punto de decir murió en sus labios cuando estos encontraron los de ella.

VIII

Holland estaba sentado en el catre con la espalda contra la pared del camarote.

Más allá de las tablas de madera, el mar chocaba contra el casco del barco y el balanceo del piso bajo sus pies lo mareaba cada vez que se movía. La esposa de hierro alrededor de su muñeca no ayudaba, los grilletes habían sido hechizados para debilitar la magia, el efecto era como un paño húmedo sobre un fuego, insuficiente para extinguir su llama, pero suficiente para hacerlo echar humo, como una nube que sofocaba sus sentidos.

Lo mantenía desequilibrado la segunda esposa, que ya no estaba alrededor de su muñeca, sino sujetada a un gancho en la pared del habitáculo.

Y para peor, no estaba solo.

Alucard Emery estaba apoyado contra el marco de la puerta con un libro en una mano y una copa de vino en la otra (el pensamiento de ambos descomponía a Holland) y de vez en cuando sus ojos azul oscuro se levantaban, como para asegurarse de que el *antari* siguiese ahí, bien atado a la pared.

A Holland le dolía la cabeza. Tenía la boca seca. Quería aire. No el aire viciado del camarote celda, sino el aire fresco de arriba, el que silbaba en la cubierta.

—Si me liberas —dijo—, podría ayudar a impulsar el barco.

Alucard se lamió el dedo y dio vuelta la página.

—Si te libero, podrías matarnos a todos.

—Puedo hacer eso desde acá —dijo Holland con indiferencia.

—Palabras que no ayudan a tu causa —dijo el capitán.

Había una pequeña ventana incrustada en la pared por arriba de la cabeza de Holland.

—Al menos podrías abrir eso —dijo—. Y darnos un poco de aire a ambos.

Alucard lo miró largo y tendido antes de ponerse finalmente el libro bajo el brazo. Bebió lo que quedaba de vino, apoyó la copa vacía en el piso y avanzó para inclinarse encima de él y abrir la escotilla.

Una ráfaga de aire frío se desparramó hacia adentro y Holland llenó sus pulmones cuando un rocío de agua chapoteó contra el casco y atravesó la ventana abierta hacia el camarote.

Holland se preparó para el agua fría, pero nunca le llegó.

Con un movimiento rápido de la muñeca y murmullo de palabras, el agua se alzó y dio una sola vuelta alrededor de los dedos de Alucard antes de endurecerse en una

delgada pero brutal cuchilla. La mano del capitán se cerró con fuerza alrededor de la empuñadura mientras llevaba el cuchillo de hielo a descansar contra la garganta de Holland.

Este tragó saliva, testeando el filo del cuchillo mientras encontraba la mirada de Alucard.

—Sería algo tonto —dijo despacio— derramar mi sangre.

Flexionando la muñeca, Holland sintió la astilla de madera que había deslizado debajo del grillete, la punta presionada en la base de la palma de su mano. Una gota, una palabra y las esposas se derretirían. Pero eso no lo dejaría libre.

La sonrisa de Alucard se afiló y el cuchillo se disolvió otra vez en una cinta de agua que bailó alrededor de él.

—Solo recuerda una cosa, *antari* —dijo, haciendo piruetas con los dedos y el agua—. Si este barco se hunde, tú te hundes con él. —Alucard se enderezó y echó el rocío de mar por la ventana abierta—. ¿Algún otro pedido? —preguntó, la imagen de la amabilidad.

—No —dijo Holland con frialdad—, ya has hecho tanto.

Alucard le mostró una sonrisa gélida y abrió el libro otra vez, obviamente conforme con su puesto.



La tercera vez que la muerte vino por Holland, él estaba de rodillas.

Se agachó al lado del arroyo, le caía sangre de los dedos en unas gordas gotas rojas, mientras el Bosque Plateado se alzaba a su alrededor. Dos veces por año iba hasta ahí, un lugar río arriba en donde el Siljt se bifurcaba a través de un bosquecillo de árboles que crecían desde el suelo estéril en tonos de metal bruñido —no eran de madera ni de piedra ni de metal—. Algunos decían que el Bosque de Plata había sido hecho por la mano de un mago, mientras que otros decían que era el lugar donde la magia había hecho su última parada antes de retirarse de la superficie del mundo.

Era un lugar donde, si te quedabas quieto y cerrabas los ojos, podías oler los ecos del verano. Un recuerdo de la magia natural consumida en el bosque.

Holland bajó la cabeza. No rezó —no sabía a quién rezarle o qué decir—, solo observó las aguas heladas del Siljt arremolinarse bajo su mano extendida, esperando atrapar cada gota que caía. Una pizca de carmesí, una nube de rosa y luego desaparecía, la superficie pálida de la corriente regresaba a su usual gris blanquecino.

—Qué desperdicio de sangre —dijo una voz detrás de él con desenvoltura.

Holland no se sobresaltó. Había escuchado pasos que venían desde el borde del bosquecito, botas que aterrizaban contra el pasto seco. Un cuchillo corto y afilado yacía en la orilla al lado suyo y los dedos de Holland se acercaron hacia ahí solo para

encontrar que no estaba. Se puso de pie, entonces, se dio vuelta y encontró al extraño sujetando su arma con las dos manos. El hombre era media cabeza más bajo que Holland y dos décadas más viejo, estaba vestido con un gris gastado que casi pasaba por negro, tenía el cabello marrón ceniza y ojos oscuros moteados con ámbar.

—Linda navaja —dijo el intruso, probando la punta—. Hay que mantenerlas afiladas.

La sangre caía en gotas desde la palma de Holland y los ojos del hombre se dispararon hacia el rojo vívido antes de sonreír de oreja a oreja.

—*Sot* —dijo con tranquilidad—. No vine en busca de problemas.

Se dejó caer sobre un tronco petrificado y metió el cuchillo en la tierra dura a sus pies antes de entrelazar los dedos e inclinarse hacia adelante, con los codos sobre las rodillas. Una mano estaba cubierta de hechizos de amarre, un elemento garabateado a lo largo de cada dedo.

—Linda vista.

Holland siguió sin decir nada.

—A veces vengo aquí a pensar —continuó el hombre, sacando un papel enrollado de detrás de su oreja. Miró la punta, sin encender, luego se lo ofreció a Holland.

—¿Ayudas a un amigo?

—No somos amigos —dijo Holland.

Los ojos del hombre bailaron iluminados.

—Aún no.

Cuando Holland no se movió, el hombre suspiró, chasqueó los dedos y produjo una pequeña llama del tamaño de una moneda que bailó sobre un dedo. No era una proeza pequeña esta demostración de magia natural, incluso con el hechizo grabado en su piel. Dio una larga calada.

—Mis amigos me dicen Vor.

El nombre se depositó como una piedra en el pecho de Holland.

—Vortalis.

El hombre se iluminó.

—Me recuerdas —dijo. No dijo «has escuchado hablar de mí» o «me conoces», sino «me recuerdas».

Y Holland lo recordaba. Ros Vortalis. Era una leyenda en Kosik, una historia en las calles y en las sombras, un hombre que usaba las palabras tanto como las armas y quien siempre parecía salirse con la suya. Un hombre conocido a lo largo de la ciudad como «El Cazador», nombre dado porque rastreaba a la persona o cosa que quería y nunca se iba sin su presa. Un hombre que había estado tratando de cazar a Holland desde hacía años.

—Tienes una reputación —dijo Holland.

—Oh —dijo Vortalis, exhalando—, ambos la tenemos. ¿Cuántos hombres y mujeres caminan por las calles de Londres sin armas a mano? ¿Cuántos terminan en

peleas sin mover un dedo? ¿Cuántos se niegan a meterse en las pandillas o la guard…?

—No soy un matón.

Vortalis ladeó la cabeza. Su sonrisa despareció.

—¿Qué eres, entonces? ¿Para qué sirves? Toda la magia en ese pequeño ojo negro, ¿y para qué la usas? ¿Para vaciar tus venas en un río congelado? ¿Para soñar con un mundo más lindo? Estoy seguro de que hay mejores usos.

—Mi poder no me ha traído nada más que dolor.

—Entonces lo estás usando mal. —Con eso se paró y apagó el final de su cigarro contra el árbol más cercano.

Holland frunció el ceño.

—Este es un lugar sagrado…

No tuvo la oportunidad de terminar la reprimenda, porque fue entonces cuando Vortalis se movió, tan rápido que debió ser un hechizo, algo grabado en algún lugar debajo de sus ropas, aunque, por otro lado, los hechizos solo *amplificaban* el poder. No lo generaban de la nada.

El puño estaba a centímetros del rostro de Holland cuando la voluntad de este machacó carne y hueso, lo que obligó a Vortalis a detenerse. Pero no fue suficiente. El puño del hombre tembló en el aire, luchando contra el agarre, y luego lo avanzó con violencia, como un ladrillo a través de un vidrio, y chocó contra la mandíbula de Holland. El dolor fue repentino, radiante, Vortalis sonrió mientras bailaba hacia atrás para salir del alcance de Holland. O eso intentó. El río se disparó hacia arriba detrás de él y salió en tropel hacia adelante. Pero justo antes de que arremetiera contra Vortalis por la espalda, este volvió a moverse, esquivando el golpe que no pudo haber visto, y Holland finalmente perdió la paciencia y envió dos lanzas volando hacia el hombre desde lados opuestos.

Eludió la primera, pero la segunda le dio en el estómago; la lanza iba girando sobre su eje, de modo que se destruyó de costado contra las costillas del hombre en vez de atravesarlo.

Vortalis cayó hacia atrás con un quejido.

Holland se quedó parado, esperando a ver si el hombre se levantaba. Este lo hizo, riendo por lo bajo mientras se impulsaba hacia adelante para ponerse de rodillas.

—Me dijeron que eras bueno —dijo Vortalis, frotándose las costillas—. Tengo el presentimiento de que eres incluso mejor de lo que suponen.

Los dedos de Holland se cerraron contra la sangre propia que se secaba. Vortalis tomó una astilla de hielo, manejándola más como un artefacto que como un arma.

—Así como van las cosas, podrías haberme matado.

Y Holland podría haberlo hecho. Con facilidad. Si no hubiese hecho girar la lanza, hubiese atravesado carne y músculo, se hubiera quebrado con el hueso, pero estaba Alox en su cabeza, el cuerpo de piedra que se hacía añicos contra el piso y Talya que se desplomaba contra su propio cuchillo.

Vortalis se puso de pie, agarrándose el torso.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Tú no estabas tratando de matarme a mí.

—Los hombres que envié sí. Pero tampoco los mataste.

Holland le sostuvo la mirada.

—¿Tienes algo en contra de matar? —presionó Vortalis.

—He tomado vidas —respondió Holland.

—No fue lo que pregunté.

Holland se quedó en silencio. Con los puños apretados, se concentró en la línea de dolor a lo largo de la palma de su mano. Finalmente dijo:

—Es demasiado fácil.

—¿Matar? Claro que lo es —dijo Vortalis—. Convivir con ello es lo difícil. Pero a veces, vale la pena. A veces, es *necesario*.

—No era necesario que yo matara a tus hombres.

Vortalis alzó una ceja.

—Podrían haber venido por ti otra vez.

—No lo hicieron —dijo Holland—. Tú no dejabas de mandar a hombres nuevos.

—Y tú no dejabas de dejarlos vivos. —Vortalis se estiró e hizo un leve gesto de dolor por sus costillas lesionadas—. Diría que tienes un deseo de muerte, pero no pareces tan dispuesto a morir. —Encendió otro cigarro, atascó el extremo entre sus dientes—. ¿Sabes lo que creo?

—No me importa…

—Creo que eres un romántico. Uno de esos tontos que esperan por ese rey que algún día vendrá. Que esperan que regrese la magia, que el mundo despierte. Pero no funciona así, Holland. Si quieres el cambio, tienes que generarlo. —Vortalis hizo un gesto de descarte hacia el arroyo—. Puedes vaciar tus venas en el agua, pero no cambiará nada. —Extendió una mano—. Si realmente quieres salvar a la ciudad, ayúdame a darle un mejor uso a esa sangre.

Holland miró fijo la mano cubierta de hechizos.

—¿Y qué uso sería ese?

Vortalis sonrió.

—Puedes ayudarme a matar a un rey.

Ocho

Aguas desconocidas

I

El café sabía a estiércol, pero mantenía las manos de Alucard calientes.

No había dormido, los nervios agudizados a puntas de cuchillo por el barco extranjero y el mago traidor y el hecho de que cada vez que cerraba los ojos, veía a Anisa ardiendo, veía a Jinnar deshaciéndose en cenizas, se veía a sí mismo estirando la mano como si hubiese alguna maldita cosa que pudiera hacer para salvar a su hermana, a su amigo. Anisa siempre había sido tan brillante, Jinnar siempre tan fuerte, y no había significado nada al final.

Aun así estaban muertos.

Alucard subió los escalones hasta la cubierta y tomó otro sorbo, olvidando cuán mala era la infusión realmente. Escupió el agua turbia por sobre la barandilla y se limpió la boca.

Jasta estaba ocupada amarrando una soga al palo mayor. Hastra y Hano estaban sentados en una caja a la sombra de la vela mayor, el joven guardia con las piernas cruzadas y la niña marinera apoyada como un cuervo, inclinada hacia adelante para ver algo entre sus manos ahuecadas. Parecían, de todas las cosas, los retoños iniciales de una flor de acina. Hano hizo un sonido de placer cuando la cosa se desplegó lentamente ante sus ojos. Hastra estaba rodeado por los delgados hilos blancos propios de aquellos pocos que tenían los elementos en equilibrio. Alucard se preguntó brevemente por qué el joven guardia no era sacerdote. El aire alrededor de Hano era un nido de espirales azul oscuro: una magia de viento en ciernes, igual que Jinnar…

—Ten cuidado —dijo una voz—. Un marinero no sirve sin todos los dedos.

Era Bard. Estaba parada cerca de la proa, enseñándole a Lenes un truco con uno de sus cuchillos. El marinero observaba con los ojos bien abiertos mientras ella tomaba la cuchilla entre las yemas de los dedos y la lanzaba al aire. Para cuando ella atrapó la empuñadura, el filo del cuchillo estaba en llamas. Hizo una reverencia y Lenos, en efecto, mostró una sonrisa nerviosa.

Lenos, quien había ido a ver a Alucard la primera noche de Bard a bordo del Aguja para advertirle que ella era un mal augurio. Como si Alucard no lo supiese ya.

Lenos, quien la había llamado Sarows.

La primera vez que Alucard había visto a Delilah Bard, ella había estado parada en su barco, con las muñecas atadas y encrespando el aire en plata. Solo había conocido un mago que resplandeciera así y aquel tenía un ojo negro y un aire de desdén general que hablaba más alto que cualquier otra palabra. Lila Bard, sin

embargo, tenía dos ojos marrones corrientes y nada que decir de sí misma, nada que decir del cadáver del miembro de la tripulación de Alucard, extendido sobre el tablón. Había ofrecido una sola oración rota.

«*Is en ranes gast*».

Soy el mejor ladrón.

Y mientras estaba parado ahí, asimilando su sonrisa afilada, las líneas plateadas de su luz, Alucard había pensado: «Bueno, ciertamente eres el más extraño».

La primera mala decisión que había tomado fue traerla a bordo.

La segunda fue dejarla quedarse.

Desde ahí, las malas decisiones parecieron multiplicarse como tragos durante un juego de *sanct*.

Aquella primera noche en su camarote, Lila se sentó frente a Alucard y su magia estaba enredada, era un nudo enmarañado de poder nunca antes usado. Y cuando ella le pidió que le enseñara, él por poco no se había ahogado con el vino. ¿Enseñarle magia a una *antari*? Pero Alucard lo había hecho. Había acicalado la espiral de poder, la había alisado lo mejor que había podido y observado que entonces la magia circulaba por canales despejados, más brillantes que nada que hubiese visto jamás.

Había tenido sus momentos de claridad, por supuesto.

Había pensado en vendérsela a Maris en el *Ferase Stras*.

Había pensado en matarla antes de que ella decidiera asesinarlo.

Había pensado en dejarla, traicionarla, soñado con una docena de formas de lavarse las manos respecto a ella. Ella era un problema, hasta la tripulación lo sabía y ellos no podían ver la palabra escrita en nudos plateados sobre su cabeza.

Pero por todo eso, ella le *agradaba*.

Alucard había tomado a una muchacha peligrosa y la había hecho sumamente letal y sabía que esa combinación probablemente fuera a acabar con él, de una manera u otra. Así que cuando ella lo había traicionado al atacar a un competidor antes del *Essen Tasch* para tomar su lugar pese a saber lo que eso significaría para él, su tripulación, su *barco*… Alucard no había estado realmente sorprendido. En todo caso, se había sentido aliviado. Siempre supo que los *antari* eran magos egoístas, tercos. Lila solo probaba que el instinto de Alucard estaba en lo correcto.

Pensó que sería fácil entonces deshacerse de ella, retomar su barco, su orden, su vida. Pero nada sobre Bard era fácil. Esa luz plateada lo había enganchado, había revuelto su propia luz azul y verde.

—Tú *sabías*.

Alucard no había escuchado a Kell venir, no había notado el revuelo plateado en el aire por fuera de sus pensamientos, pero ahora el otro mago estaba parado al lado suyo, siguiendo su mirada hacia Bard.

—Nos ves distintos, ¿no es cierto?

Alucard se cruzó de brazos.

—Veo a todos distintos. No hay hilos de magia iguales.

—Pero sabías lo que ella era —dijo Kell— en cuanto la viste.

Alucard ladeó la cabeza.

—Imagina mi sorpresa —dijo— cuando una carterista con una nube plateada mató a uno de mis hombres, se unió a mi tripulación y me pidió que *yo* le enseñara magia a *ella*.

—Entonces *es* tu culpa que entrara al *Essen Tasch*.

—Lo creas o no —dijo Alucard, repitiendo las palabras de Kell sobre Rhy la noche anterior—, fue su idea. E intenté detenerla. Con valentía, pero resulta que ella es bastante terca. —Su mirada ahora se dirigió hacia Kell—. Debe ser un rasgo *antari*.

Kell gruñó su molestia y se dio vuelta para irse. Siempre yéndose enojados. Ese definitivamente era un hábito *antari*.

—Espera —dijo Alucard—. Antes de irte, hay algo…

—No.

Alucard se enfureció.

—Ni siquiera sabes qué voy a decir.

—Sé que probablemente será sobre Rhy, así que sé que no quiero escucharlo, porque si tú dices algo más sobre cómo mi hermano era en la cama, te voy a romper la mandíbula.

Alucard se rio suavemente, con tristeza.

—¿Eso te parece *gracioso*?

—No… —dijo Alucard, haciendo una pausa—. Es tan fácil hacerte enojar. No puedes culparme realmente por hacerlo.

—No más que tú cuando te golpee por ir demasiado lejos.

Alucard alzó las manos.

—Es justo. —Comenzó a frotarse las cicatrices que le rodeaban las muñecas—. Mira, todo lo que quería decir es que nunca quise hacerle daño.

Kell lo miró con desprecio.

—Lo trataste como a una aventura.

—¿Cómo podrías saberlo?

—Rhy estaba enamorado de ti y tú lo *dejaste*. —Un suspiro exasperado—. ¿O te olvidaste de que huiste de Londres mucho antes de que yo intentara expulsarte?

Alucard negó con la cabeza, los ojos se le escaparon a la constante línea azul del mar. Con la mandíbula trabada, el cuerpo rebelándose contra la verdad. La verdad tenía garras y estaban hundidas en su pecho. Sería tan fácil dejarla ir sin decirla, pero cuando Kell se dio vuelta otra vez para irse, él la forzó hacia afuera.

—Me *fui* —dijo—, porque *mi* hermano averiguó dónde estaba pasando mis noches… *con quién* las estaba pasando.

Alucard mantuvo los ojos en el agua, pero escuchó los pasos de Kell detenerse a rastras.

—Lo creas o no, no todas las familias están dispuestas a hacer a un lado el decoro para consentir el gusto de un miembro de la realeza. Los Emery tienen nociones antiguas. Estrictas. —Tragó saliva—. Mi hermano, Berras, le dijo a mi padre, quien me golpeó hasta que no pude sostenerme en pie. Hasta que me quebró el brazo, el hombro, las costillas. Hasta que perdí el conocimiento. Y entonces hizo que Berras me enviara al mar. Me desperté en la bodega de un barco, el capitán diez *rish* más rico y con la orden de no regresar a Londres hasta que su tripulación me *enderezara*. Hui de ese barco la primera vez que atracó, con tres *lines* en el bolsillo y suficiente magia en las venas, y nadie en casa que me diera la bienvenida. Así que no, no regresé. Y eso es culpa mía. Pero no sabía lo que significaba para él.

Arrancó la mirada del mar y encontró los ojos de Kell.

—Nunca quise irme —dijo—. Y si hubiera sabido entonces que Rhy me amaba tanto como yo lo amaba a él, nunca hubiese permanecido lejos.

Se quedaron parados, rodeados por el rocío del mar y los chasquidos de las velas.

Por un largo minuto, ninguno habló.

Finalmente, Kell suspiró.

—Igual no te soporto.

Alucard rio aliviado.

—Oh, no te preocupes —dijo—. El sentimiento es mutuo.

Con eso, el capitán dejó al *antari* y se abrió paso hacia su ladrona. Lenos la había dejado parada sola en la barandilla y ahora ella usaba su cuchilla para sacarse la suciedad de debajo de las uñas y tenía la mirada apuntada en algo lejano.

—Una moneda por tus pensamientos, Bard.

Miró hacia él y una sonrisa le tocó las comisuras de la boca.

—No creí que fuésemos a compartir una cubierta otra vez.

—Bueno, el mundo está lleno de sorpresas. Y reyes sombra. Y maldiciones. ¿Café? —Alucard preguntó, ofreciendo la taza.

Ella le echó una mirada al agua marrón y dijo:

—Paso.

—No sabes lo que te pierdes, Bard.

—Oh, lo sé. Cometí el error de probarlo esta mañana.

Alucard puso una cara agria y vertió el resto de la bebida por un costado. Ilo estaba haciendo que el usual cocinero del Aguja pareciera el chef de un palacio.

—Necesito una comida de verdad.

—Perdón —bromeó Lila—, ¿cuándo cambiaron a mi fiel capitán por un noble llorón?

—¿Cuándo cambiaron a mi mejor ladrón por una espina en el culo?

—Ah —dijo ella—, pero siempre he sido una de esas.

Lila inclinó el rostro hacia el sol. El cabello se le estaba volviendo largo, mechones oscuros le rozaban los hombros, su ojo de vidrio destellaba bajo la luz dorada del invierno.

—Amas el mar —dijo.

—¿Tú no?

La mano de Alucard se cerró con más fuerza sobre el barandal.

—Amo algunas partes. El aire en aguas abiertas, la energía de una tripulación que trabaja unida, la oportunidad de vivir aventuras y todo eso. Pero… —Sintió que la atención de Bard se agudizaba y se detuvo. Por meses habían caminado por una cuidadosa línea entre mentiras rotundas y verdades por omisión, atrapados en un punto muerto, ninguno dispuesto a vaciar las manos. Otorgaban verdades como si se tratara de monedas preciosas y solo como intercambio.

Justo ahora, casi había ido y le había dicho una gratis.

—¿Pero? —empujó ella, con el toque ligero de un ladrón.

—¿No te cansas nunca de irte, Bard?

Ella ladeó la cabeza.

—No.

La mirada de Alucard fue hacia el horizonte.

—Entonces no has dejado suficiente atrás.

Una brisa helada atravesó la cubierta, y Lila cruzó los brazos sobre el barandal y bajó la vista al agua. Frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

Algo flotaba en la superficie, un trozo de madera. Y luego otro. Y otro. Las tablas pasaban en fragmentos rotos, los bordes quemados. Y un escalofrío desagradable recorrió a Alucard.

El Fantasma estaba navegando por entre los restos de un barco.

—Eso —dijo Alucard— es obra de las Serpientes de Mar.

Los ojos de Lila se abrieron.

—Por favor, dime que estás hablando de mercenarios y no de serpientes gigantes que comen barcos.

Alucard levantó una ceja.

—¿Serpientes gigantes que comen barcos? ¿En serio?

—¿Qué? —desafió ella—. ¿Cómo quieres que sepa dónde marcar un límite en este mundo?

—Puedes marcarlo bastante antes de serpientes gigantes que comen barcos. ¿Ves esto, Jasta? —llamó.

La capitana entrecerró los ojos en dirección a donde él apuntaba.

—Lo veo. Parece haber pasado hace una semana.

—No es suficiente tiempo —dijo Alucard entre dientes.

—Querían la ruta más rápida —exclamó Jasta, volviendo al timón, cuando el último trozo grande de casco pasaba flotando, con el nombre aún pintado en el costado.

—¿Entonces, qué son —preguntó Lila— estas Serpientes de Mar?

—Espadas a sueldo. Hunden sus propios barcos justo antes de atacar.

—¿Cómo distracción? —preguntó Lila.

Él negó con la cabeza.

—Es un mensaje. De que no van a necesitarlo más, de que una vez que terminen de matar a todos a bordo y de echar todos los cuerpos al mar, tomarán el barco de sus víctimas en su lugar y se irán navegando.

—Ajá —dijo Lila.

—Exacto.

—Parece un desperdicio destruir un barco perfectamente bueno.

Él revoleó los ojos.

—Solo tú te apenarías por el barco en lugar de los marineros.

—Bueno —dijo con simpleza—, el barco seguro no hizo nada malo. La *gente* quizá lo merecía.

II

Cuando Kell era niño y no podía dormir, se le había hecho costumbre vagar por el palacio.

El simple acto de caminar apaciguaba algo en él, calmaba sus nervios y aplacaba sus pensamientos. Perdía la noción del tiempo, pero también del espacio, levantaba la vista y se encontraba a sí mismo en una parte extraña del palacio sin saber cómo había llegado ahí, con la atención hacia adentro en vez de afuera.

No podía perderse en El Fantasma —todo el barco apenas tenía el tamaño de los aposentos de Rhy—, pero aun así se sorprendió al levantar la vista y darse cuenta de que estaba parado fuera de la celda improvisada de Holland.

El anciano, Ilo, estaba apoyado en una silla en la puerta, tallando en silencio un trozo de madera negra con la forma de un barco solo por tacto y hacía un trabajo bastante bueno. Parecía inmerso en su tarea, tal como lo había estado Kell un momento atrás, pero ahora Ilo se levantó al sentir su presencia y leer en ella un pedido silencioso para que se retirara. Dejó la pequeña madera tallada en la silla. Kell echó una mirada adentro del pequeño cuarto, esperando ver a Holland devolviéndole la mirada, y frunció el ceño.

Holland estaba sentado en el catre con la espalda contra la pared y descansaba la cabeza sobre las rodillas, que tenía levantadas. Una mano estaba esposada a la pared, la cadena colgaba como una correa. Su piel había tomado una palidez grisácea —el mar claramente no le sentaba bien— y su cabello negro, se percató Kell, estaba manchado con nuevas y brillantes canas, como si despojarse de Osaron le hubiese costado algo vital.

Pero lo que más sorprendió a Kell fue el simple hecho de que Holland estaba *durmiendo*.

Kell nunca había visto a Holland bajar la guardia, nunca lo había visto relajado, mucho menos inconsciente. Y sin embargo, no estaba completamente *quieto*. Los músculos en los brazos del otro *antari* se sacudían, tenía la respiración entrecortada, como si estuviese atrapado en una pesadilla.

Kell contuvo la respiración al levantar la silla para sacarla del camino y entró en la habitación.

Holland no se inmutó cuando Kell se acercó, ni cuando se arrodilló frente a la cama.

—¿Holland? —dijo Kell en voz baja, pero el hombre no se movió.

No fue sino hasta cuando la mano de Kell tocó el brazo de Holland que este se despertó. Levantó la cabeza de golpe y se apartó repentinamente, o eso intentó, ya que golpeó la pared del camarote con los hombros. Por un momento su mirada fue amplia y vacía, el cuerpo enroscado, la mente en algún otro lugar. Solo duró un segundo, pero en ese instante, Kell vio miedo. Un miedo profundo, domado, de la clase inducida a los golpes en animales que alguna vez mordieron a sus amos, la cuidadosa compostura de Holland se había deslizado para revelar la tensión subyacente. Y después, parpadeó, una vez, dos veces, los ojos se enfocaron.

—Kell. —Exhaló abruptamente, su postura regresó a la mímica de calma, control, mientras él luchaba con los demonios que acechaban sus sueños—. ¿*Vos osch*? —preguntó con brusquedad en su propio idioma. *¿Qué es esto?*

Kell resistió la urgencia de retroceder ante la mirada del hombre. Apenas habían hablado desde que había ido a la celda de Holland y le había ordenado que se levantara. Ahora, solo dijo:

—Luces enfermo.

El cabello negro de Holland estaba pegado a su rostro con sudor, sus ojos afiebrados.

—¿Preocupado por mi salud? —dijo con voz ronca—. Qué conmovedor.

Comenzó a juguetear distraídamente con el grillete que le rodeaba la muñeca. Debajo del hierro, la piel se veía roja, en carne viva, y antes de que Kell se hubiese decidido del todo, ya se estaba estirando hacia el metal.

Holland se tensionó.

—¿Qué haces?

—¿Qué crees? —dijo Kell, sacando la llave. Los dedos se cerraron alrededor de la esposa, y el frío metal, con su extraño peso entumecedor, lo hizo pensar en el Londres Blanco, en el collar y la jaula y su propia voz gritando.

Las cadenas cayeron, el grillete golpeó contra el piso con suficiente peso y fuerza para marcar la madera.

Holland se miró fijo la piel, el lugar donde había estado la esposa de metal. Flexionó los dedos.

—¿Es esto una buena idea?

—Supongo que ya veremos —dijo Kell, retrocediendo para sentarse en la silla contra la pared contraria. Mantuvo su guardia en alto, la mano cerca de un cuchillo incluso ahora, pero Holland no hizo movimiento alguno para atacar, solo se frotó la muñeca pensativamente.

—Es una sensación extraña, ¿no? —dijo Kell—. El rey me mandó a arrestar. Pasé algún tiempo en esa celda. Con esas cadenas.

Holland levantó una sola ceja oscura.

—¿Cuánto tiempo pasaste encadenado, Kell? —preguntó, con voz llena de desdén—. ¿Fue un par de horas o un día entero?

Kell se quedó callado y Holland negó con la cabeza, tristemente, con un sonido burlón atrapado en la garganta. El Fantasma debió chocar contra una ola, porque se meció y Holland palideció.

—¿Por qué estoy en este barco? —Cuando Kell no respondió, continuó—: O quizá una pregunta mejor es ¿por qué estás tú en este barco?

Kell siguió sin decir nada. El saber era un arma y no tenía intenciones de armar a Holland, no todavía. Pensó que el otro mago insistiría, pero en vez de eso, se acomodó hacia atrás con la cabeza inclinada hacia la ventana abierta.

—Si prestas atención, puedes escuchar el mar. Y el barco. Y la gente en este. —Kell se tensionó, pero Holland continuó—: El Hastra ese tiene una voz de esas que se oyen de lejos. Los capitanes también, a los dos les gusta hablar. Un mercado negro, un contenedor para magia… no tardaré mucho en juntar las piezas.

Entonces no había abandonado el tema.

—Disfruta del desafío —dijo Kell, preguntándose por qué seguía ahí, por qué había venido en primer lugar.

—Si estás planeando un ataque contra Osaron, entonces déjame *ayudar*. —La voz del otro *antari* había cambiado y le tomó un momento a Kell darse cuenta de qué había oído un entrelazado con las palabras. Pasión. Ira. La voz de Holland siempre había sido lisa y firme como una roca. Ahora tenía fisuras.

—Ayudar requiere confianza —dijo Kell.

—Difícilmente —contraargumentó Holland—. Solo interés mutuo. —Su mirada atravesó a Kell—. ¿Por qué me trajiste aquí? —volvió a preguntar.

—Te traje con nosotros para que no causaras problemas en el palacio. Y te traje como carnada, con la esperanza de que Osaron nos siguiera. —Era una verdad parcial, pero decirla y la mirada en los ojos de Holland aflojaron algo en Kell. Cedió—. Ese contenedor del que escuchaste hablar… se llama legador. Y lo vamos a usar para contener a Osaron.

—¿Cómo? —preguntó Holland con ímpetu, no incrédulo, sino intenso.

—Es un receptáculo de poder —explicó Kell—. Los magos lo usaban tiempo atrás para legar la totalidad de su magia transfiriéndola a un contenedor.

Holland se quedó callado, pero sus ojos aún estaban brillantes de fiebre. Después de un largo rato, habló otra vez, en voz baja, serena.

—Si quieres que use este legador…

—No es por eso que te traje —interrumpió Kell, demasiado rápido, sin certeza de si lo que Holland estaba suponiendo estaba demasiado lejos o demasiado cerca de la verdad. Ya había considerado el dilema; de hecho, había intentado no pensar en nada más desde que partieron de Londres. El legador requería un sacrificio. Sería uno de ellos. Tenía que serlo. Pero no confiaba en que fuera Holland, quien había caído antes, y no quería que fuera Lila, quien no temía a nada, incluso cuando debía, y sabía que Osaron tenía la vista puesta en él, pero él tenía a Rhy y Holland a nadie y

Lila había vivido sin poder y él prefería morir antes que perder a su hermano, a sí mismo… y así daba vueltas y vueltas en su cabeza.

—Kell —dijo Holland seriamente—. Me hago cargo de mis sombras y Osaron es una de ellas.

—Igual que Vitari era la mía —respondió.

«¿Dónde empieza?».

Se puso de pie antes de que pudiera decir algo más, antes de comenzar seriamente a contemplar la idea.

—Podemos discutir acerca de sacrificios honorables cuando tengamos el aparato en la mano. Mientras tanto… —Señaló las cadenas de Holland con la cabeza—. Disfruta del sabor de la libertad. Te daría permiso para caminar por el barco, pero…

—Entre Delilah y Jasta, no llegaría demasiado lejos. —Holland se frotó las muñecas otra vez. Flexionó los dedos. No parecía saber qué hacer con las manos. Finalmente cruzó holgadamente los brazos sobre su pecho, imitando la postura de Kell. Holland cerró los ojos, pero Kell sabía que no estaba descansando. Estaba con la guardia en alto, los pelos del pescuezo erizados.

—¿Quiénes eran? —preguntó en voz baja.

Holland parpadeó.

—¿Qué?

—Las tres personas que mataste antes de los Dane.

La tensión se expandió en el aire.

—No importa.

—Importó lo suficiente para que llevaras la cuenta.

Pero el rostro de Holland ya había regresado a su lugar detrás de la máscara de indiferencia y la habitación se llenó de silencio hasta que los inundó a los dos.

III

Vortalis siempre había querido ser rey; no el *algún día rey* que le había mencionado a Holland, sino el rey de *ahora*. No le importaban las historias. No creía en las leyendas. Pero sabía que la ciudad necesitaba orden. Necesitaba fuerza. Necesitaba un líder.

—Todos quieren ser rey —dijo Vortalis.

—Yo no —dijo Holland.

—Bueno, entonces eres un mentiroso o un tonto.

Estaban sentados en un reservado en Hueso Chamuscado. El tipo de lugar donde los hombres podían hablar de regicidio sin llamar la atención. De vez en cuando, la atención viraba hacia ellos, pero Holland sabía que eso tenía menos que ver con el tema y estaba más relacionado con su ojo izquierdo y los cuchillos de Vortalis.

—Hacemos un lindo dúo —dijo el hombre apenas entraron a la taberna—. El *antari* y el cazador. Suena como uno de esos cuentos que amas —había agregado, al servir la primera ronda de tragos.

—Londres *tiene* un rey —dijo Holland ahora.

—Londres *siempre* tiene un rey —respondió Vortalis—. O reina. ¿Y hace cuánto tiempo que viene siendo un tirano ese gobernante?

Ambos sabían que había una sola forma de que el trono cambiara de manos… a la fuerza. Un gobernante llevaba la corona por tanto tiempo como pudiera mantenerla en su cabeza. Y eso significaba que todo rey o reina había sido primero un asesino. El poder requería corrupción y la corrupción recompensaba con poder. La gente que terminaba en ese trono siempre había pavimentado el camino con sangre.

—Requiere un tirano.

—Pero no tiene por qué —argumentó Vortalis—. Tú podrías ser mi fuerza, mi caballero, mi poder y yo podría ser la ley, el bien, el orden, y juntos podríamos hacer más que tomar este trono —dijo, apoyando su copa—. Podríamos *mantenerlo*.

Era un talentoso orador, Holland podía admitir eso. El tipo de hombre que avivaba la pasión de la misma forma en que un hierro hacía con las brasas. Lo habían apodado el Cazador, pero cuanto más tiempo pasaba Holland en su presencia, más pensaba en él como el Fuelle; se lo había dicho una vez y el hombre había reído, había dicho que realmente estaba lleno de aire.

Había un encanto innegable en el hombre, no solo el aire juvenil de quien no ha visto lo peor que el mundo tiene para ofrecer, sino también el fuego de quien se las ha

ingeniado para creer en el cambio a pesar de ello.

Cuando Vortalis hablaba con Holland, siempre lo miraba a los dos ojos y en esa mirada moteada, Holland sentía que era *visto*.

—¿Sabes lo que pasó con el *antari* anterior? —estaba diciendo ahora Vortalis, inclinándose hacia adelante sobre el espacio de Holland—. Yo sí. Estaba en el castillo cuando la reina Stol le cortó la garganta y se bañó en su sangre.

—¿Qué estabas haciendo en el castillo? —preguntó Holland.

Vortalis lo miró largo y tendido.

—¿Eso es lo que tomas de mi historia? —Negó con la cabeza—. Mira, nuestro mundo necesita cada gota de magia y hemos tenido reyes y reinas que la han derramado como si fuese agua solo para saborear un poco de poder y quizá solo para que no pudiese levantarse contra ellos. Llegamos a donde estamos por miedo. Miedo al Londres Negro, miedo a la magia que no nos correspondía controlar, pero esa no es una forma de avanzar, sino solo de hundirnos. Podría haberte matado…

—Podrías haberlo intentado…

—Pero el mundo *necesita* poder. Y hombres que no le teman a eso. Piensa lo que Londres podría hacer con un líder así —dijo Vortalis—. Un rey al que le importe su gente.

Holland pasó un dedo por el borde de su copa, la cerveza en sí intacta, mientras el otro hombre vaciaba su segunda copa.

—Entonces quieres matar al rey actual.

Vortalis se inclinó hacia adelante.

—¿No es lo que quieren todos?

Era una pregunta válida.

Gorst, un hombre de montaña que se había abierto el paso violentamente hasta el trono con un ejército a sus espaldas y había transformado el castillo en una fortaleza y la ciudad en una miseria. Sus hombres cabalgan las calles, llevándose todo lo que podían, todo lo que querían, en el nombre de un rey que simulaba preocuparse, que afirmaba poder resucitar la ciudad incluso mientras la consumía hasta el agotamiento.

Y cada semana, el rey Gorst abría gargantas en la plaza de sangre, un diezmo para el mundo moribundo, como si ese sacrificio —un sacrificio que ni siquiera era suyo — pudiese arreglar el mundo. Como si el derramamiento de la sangre de *aquellos* fuera una prueba de *su* devoción a la causa.

¿Cuántos días se había parado Holland en el borde de esa plaza y observado y pensado en cortar él mismo la garganta a Gorst? ¿En ofrecerlo a él a la tierra hambrienta?

Vortalis le lanzó una mirada pesada y Holland entendió.

—Quieres que *yo* mate a Gorst. —El otro hombre sonrió—. ¿Por qué no lo haces tú?

Vortalis no tenía problema en matar —no se había ganado su apodo absteniéndose de ser violento— y era realmente bueno haciéndolo. Pero solo un tonto entraba a una

pelea sin los cuchillos más afilados, explicó Vortalis, acercándose más, y Holland era excepcionalmente idóneo para llevar a cabo la tarea.

—Sé que no eres demasiado afecto a la práctica —había agregado Vortalis—. Pero hay una diferencia entre matar por un propósito y matar por deporte, y los hombres sabios saben que algunos deben caer para que otros puedan ascender.

—Algunas gargantas fueron hechas para ser rebanadas —dijo Holland fríamente.

Vortalis mostró una sonrisa mordaz.

—Exacto. Así que puedes sentarte a esperar un final de cuento o puedes ayudarme a escribir una historia real.

Holland golpeteó la mesa con los dedos.

—No será fácil —dijo pensativo—. No con su guardia.

—Son como ratas esos hombres —dijo Vortalis, sacando un papel bien enrollado. Encendió el extremo con la farola más cercana—. No importa cuántos mate, siempre salen otros corriendo a tomar su lugar.

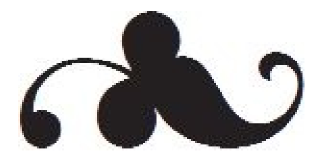
—¿Son leales? —preguntó Holland.

Salió humo de las fosas nasales de la nariz en un resoplo burlón.

—La lealtad o bien se compra o bien se gana y por lo que sé, Gorst no tiene ni riquezas ni encanto para merecer su ejército. Estos hombres luchan por él, mueren por él, limpian su trasero. Tienen la devoción ciega de los malditos.

—Las maldiciones mueren con su artífice —reflexionó Holland.

—Y así volvemos al punto. La muerte de un tirano y de un maldecidor y por qué eres idóneo para el trabajo. Según uno de los pocos espías que he conseguido, Gorst se mantiene en la cima del palacio, en una habitación protegida por los cuatro costados, encerrado como un premio en su propio cofre del tesoro. Ahora, ¿es verdad —dijo Vortalis, con los ojos bailando iluminados— que los *antari* pueden hacer puertas?



Tres noches después, a la quinta campanada, Holland atravesó las verjas del castillo y desapareció. Un paso lo llevó a través del umbral y en el siguiente aterrizó en el centro de la recámara real, una habitación rebosante de almohadones y sedas.

De la mano del *antari* caían gotas de sangre desde donde aún aferraba el talismán. Gorst usaba muchos, así que no había notado que le faltaba, birlado por uno de los espías de Vortalis dentro del castillo. Tres simples palabras —*As Tascen Gorst*— y estaba adentro.

El rey estaba sentado frente a un fuego abrasador, atracándose con un festín de ave y pan y peras caramelizadas. A lo largo de la ciudad, la gente se consumía, pero los huesos de Gorst habían sido engullidos por sus constantes banquetes.

Ocupado con su comida, el rey no había notado que Holland estaba parado ahí detrás de él, no había escuchado que desenvainaba su cuchillo.

—Intenta no apuñalarlo por la espalda —había aconsejado Vortalis—. Después de todo, él *es* el rey. Merece ver venir el cuchillo.

—Tienes unos principios muy extraños.

—Ah, pero los tengo.

Holland estaba a mitad de camino hacia el rey cuando se dio cuenta de que Gorst no estaba cenando solo.

Una muchacha, de no más de quince años, estaba agachada desnuda al lado del rey como un animal, como una mascota. Al contrario de Gorst, ella no tenía distracciones y levantó la cabeza ante el movimiento de los pasos de Holland. Al verlo, comenzó a gritar.

El sonido se interrumpió abruptamente cuando él silenció el aire de los pulmones de la muchacha, pero Gorst ya se estaba levantando, su enorme forma tapó el hogar. Holland no esperó, su cuchillo salió volando hacia el corazón del rey.

Y Gorst lo *atrapó*.

El rey arrancó el arma del aire con una mueca mientras la muchacha aún se agarraba la garganta.

—¿Es eso todo lo que tienes?

—No —dijo Holland, uniendo las palmas sobre el broche—. *As Steno* —dijo abriendo las manos mientras el broche se destruía en decenas de esquirlas de metal. Volaron por el aire, rápidas como la luz, y atravesaron tela y carne y músculo.

Gorst dejó escapar un quejido mientras la sangre brotaba contra el blanco de su túnica, manchaba sus mangas, pero aún así no cayó. Holland forzó el metal a ir más profundo, sintió que los fragmentos rechinaban contra los huesos, y Gorst cayó de rodillas al lado de la muchacha.

—¿Crees que es fácil… matar… a un rey? —jadeó y luego, antes de que el *antari* pudiera detenerlo, Gorst levantó el cuchillo de Holland y lo usó para rebanar la garganta de la muchacha.

Holland se tambaleó, soltó la voz de la muchacha mientras la sangre de ella salpicaba el piso. Gorst pasaba los dedos por el charco viscoso. Estaba intentado escribir un hechizo. La vida tomada no había valido más que como la tinta más sencilla.

La furia estalló en Holland. Abrió las manos y Gorst se retorció violentamente hacia atrás y hacia arriba, una marioneta movida por los hilos. El tirano dejó escapar un rugido gutural cuando sus brazos fueron forzados a lo ancho.

—¿Crees que puedes gobernar esta ciudad? —chilló, haciendo fuerza con los huesos contra el agarre de Holland—. Inténtalo, veremos… cuánto… duras.

Holland azotó el fuego del hogar, un lazo de llamas que se envolvió alrededor del cuello del rey como un collar ardiente. Por fin, Gorst comenzó a lamentarse, los gritos se arrastraron a gemidos. Holland dio unos pasos adelante, pisó la sangre

desperdiciada de la muchacha, hasta que estuvo lo bastante cerca para que el calor del lazo retorcido le lamiera la piel.

—Es hora —dijo, las palabras perdidas debajo de los sonidos de una angustia mortal— de un nuevo tipo de rey.



—*As Orense* —dijo Holland, cuando todo había terminado.

Las llamas se habían extinguido y las puertas de la recámara se abrieron una después de la otra, Vortalis entró caminando con una decena de hombres a su estela. En la pechera de su armadura oscura, ya llevaban el sello elegido: una mano abierta con un círculo tallado en la palma.

Vortalis mismo no estaba vestido para combate. Llevaba puesto su usual gris oscuro, los únicos puntos de color eran el espectro de sus ojos y la sangre que fue dejando como una huella de barro al entrar en la habitación.

Los cuerpos de los guardias de Gorst llenaban el pasillo detrás de él.

Holland frunció el ceño.

—Creía que habías dicho que la maldición se levantaría. No tenían que morir.

—Mejor estar seguros —dijo Vortalis y luego, al ver el rostro de Holland agregó —: No maté a los que rogaron.

Echó una mirada al cuerpo de Gorst —las heridas sangrientas, la quemadura en el cuello— y silbó por lo bajo.

—Recuérdame no hacerte enojar nunca.

La comida de Gorst seguía frente al hogar y Vortalis tomó la copa del rey muerto, echó los contenidos al fuego, un siseo, y se sirvió un trago fresco, haciendo girar el vino para limpiar el recipiente.

Alzó la copa hacia sus hombres.

—*On vis och* —dijo—. El castillo es nuestro. Quiten todos los viejos estandartes. Para el amanecer, quiero que toda la ciudad sepa que el tirano ya no está sentado en el trono. Tomen sus bodegas y este vino de mierda y vean que se extienda desde el *das* a Kosik. Háganle saber al pueblo que hay un nuevo rey en Londres y su nombre es Ros Vortalis.

Los hombres estallaron en vítores y salieron desbordados por las puertas abiertas, pasando, pisando y rodeando los cadáveres de la vieja guardia.

—¡Y encuentren a alguien que limpie este lío! —exclamó Vortalis mientras se iban.

—Estás de buen humor —dijo Holland.

—Tú también deberías estarlo —reprendió Vortalis—. Así es como sucede el cambio. No con un susurro y un deseo, como en aquellos cuentos tuyos, sino con un

plan bien ejecutado y sí, un poco de sangre, pero así funciona el mundo, ¿no? Es nuestro turno ahora. Yo seré el rey de esta ciudad y tú puedes ser su valiente caballero y juntos construiremos algo mejor. —Alzó la copa hacia Holland—. *On vis och* —dijo otra vez—. Por nuevos amaneceres y buenos finales y amigos leales.

Holland se cruzó de brazos.

—Me sorprende que te quede alguno, después de mandar tantos a matarme.

Vortalis se rio. Holland no había escuchado una risa como esa desde Talya e incluso entonces, su risa había sido el dulce de fresas venenosas y la de Vortalis era la agitación del mar.

—Nunca te envié a amigos —dijo—. Solo a enemigos.

IV

Lenos estaba parado en la popa de El Fantasma, jugaba con uno de los pequeños barcos tallados que Ilo dejaba en todas partes, cuando pasó volando un pájaro.

Levantó la vista, preocupado. La repentina aparición solo podía significar una cosa: se estaban acercando a tierra. Lo que no hubiera sido un problema si no fuera porque se suponía que se dirigían directamente al mercado de Maris en el medio del mar. El marinero se apresuró hacia la proa, mientras El Fantasma se deslizaba serenamente hacia un puerto que se alzaba sobre la costa.

—¿Por qué estamos atracando?

—Es más fácil trazar un curso desde aquí —dijo Jasta—. Además, nos estamos quedando sin provisiones. Salimos apurados.

Lenos echó una mirada nerviosa hacia Alucard, quien subía los escalones.

—¿No seguimos apurados? —preguntó Lenos.

—No tomará demasiado tiempo. —Fue todo lo que dijo Jasta.

Lenos se cubrió los ojos contra el sol —ya había pasado el cenit y ahora se hundía hacia el horizonte— y entrecerró los ojos hacia la línea de barcos amarrados en los embarcaderos.

—Puerto de Rosenal —ofreció Alucard—. Es la última parada de interés antes de la bahía septentrional.

—No me gusta esto —se quejó el príncipe *antari*, al unirse a ellos en la cubierta —. Jasta, nosotros…

—Descargamos los cajones y nos reaprovisionamos —insistió la capitana mientras ella y Hano desenrollaban las sogas y las lanzaban del otro lado—. Una hora, quizá dos. Estira las piernas. Estaremos fuera del puerto para el anochecer y en el mercado al final de la mañana.

—Por mi parte, me vendría bien una comida —dijo Alucard, desenganchando la rampa—. Sin ofender, Jasta, pero Ilo cocina tan bien como ve.

El barco se detuvo lentamente cuando un par de manos portuarias atraparon las sogas y las amarraron. Alucard se fue por la rampa sin mirar atrás, con Bard a los talones.

—Por los Santos —murmuró Jasta entre dientes. Kell y Lenos se giraron hacia ella. Había algo mal. Lenos lo sintió en sus entrañas.

—¿Vienes? —llamó Lila, pero Kell respondió:

—Me quedo en el barco. —Después se dio vuelta hacia Jasta—. ¿Qué pasa?

—Deben bajar —dijo la capitana de El Fantasma—. *Ahora*.

—¿Por qué? —preguntó Kell, pero Lenos ya había visto al trío que se dirigía hacia ellos por el muelle. Dos hombres y una mujer, todos vestidos de negro y cada uno con una espada colgada de la cintura. Un cosquilleo nervioso lo atravesó.

Kell finalmente se percató de los extraños.

—¿Quiénes son?

—Problemas —escupió Jasta y Lenos se fue advertirles a Alucard y Bard, pero ya estaban a medio camino por el muelle, y el capitán debió haber visto el peligro también, porque puso un brazo alrededor de los hombros de Lila, con aire despreocupado, pero corriéndola para el otro lado.

—¿Qué está pasando? —preguntó Kell con ímpetu cuando Jasta se dio vuelta sobre sus talones y se dirigió hacia la bodega.

—No deberían estar aquí, no tan temprano en el año.

—¿Quiénes *son*? —insistió Kell.

—Este es un puerto privado —dijo Lenos, siguiendo el paso fácilmente con sus piernas largas—, dirigido por un hombre llamado Rosenal. Ellos son sus espadas. Normalmente, no atracan hasta el verano, cuando el clima es calmo y el mar se llena. Están aquí para verificar la carga en busca de contrabando.

Kell negó con la cabeza.

—Creí que este barco *traficaba* contrabando.

—Así es —dijo Jasta, bajando los escalones en dos pasos para bajar a la bodega —. Los hombres de Rosenal se quedan con una parte. Muy conveniente, ya que solo los barcos que no ondean los colores reales pasan por aquí. Pero vinieron antes.

—Aún no entiendo porque nos tenemos que *ir* —dijo Kell—. Tu carga es tu problema…

Jasta se volteó hacia él, su forma llenó el pasillo.

—¿Lo es? Ya no estamos en Londres, principito, y fuera de la capital, no todos son amigos de la corona. Aquí fuera, el dinero es rey y, sin dudas, a los hombres de Rosenal les encantaría pedir rescate por un príncipe o vender partes de *antari* en el *Ferase Stras*. Si quieres llegar ahí intacto, busca al mago traidor y vete.

Lenos vio al otro hombre palidecer.

Sonaron pasos en la cubierta y Jasta gruñó y salió disparada otra vez, Kell tomó un par de gorras de los ganchos del pasillo y se puso una sobre el pelo cobrizo. Holland no pudo haber escuchado la advertencia de Jasta a través de la madera, pero los fuertes pasos deben haber dicho lo suficiente, porque ya estaba de pie cuando llegaron.

—Supongo que hay un problema. —El estómago de Lenos se acalambró de preocupación al verlo libre, pero Kell simplemente puso la segunda gorra en las manos del *antari*.

—¿Jasta? —llamó una voz nueva arriba de ellos.

Holland se puso la gorra de un tirón, su ojo negro quedó oculto debajo de la sombra de la visera, cuando la capitana les dio un empujón afuera del camarote hacia la ventana en la parte trasera del barco. La abrió para revelar una pequeña escalera que se metía en el agua, abajo.

—Váyanse. Ahora. Regresen en una o dos horas. —Jasta ya se estaba dando vuelta cuando una de las figuras llegó a las escaleras que llevaban a la bodega. Apareció un par de botas a la vista y Lenos interpuso su estrecha figura frente a la ventana.

Detrás de él, Kell la atravesó.

Esperó un salpicón de agua, pero no escuchó nada salvo por un respiro apresurado, un instante de silencio y luego el golpe seco atenuado de unas botas al caer en el muelle. Lenos echó una mirada hacia atrás sobre su hombro y vio a Holland saltar de la escalera y aterrizar elegantemente en cuclillas al lado de Kell justo antes de que las espadas a sueldo de Rosenal entraran en la bodega pisando fuerte.

—¿De qué se trata esto? —dijo la mujer cuando vio a Lenos, cuyas extremidades se abrían para cruzar la entrada. Este se las ingenió para mostrar una sonrisa incómoda.

—Solo estoy aireando la bodega —dijo, dándose vuelta para cerrar la puerta de un empujón. La matona lo tomó de la muñeca y lo lanzó a un lado.

—¿Ah, sí?

Lenos contuvo la respiración mientras ella sacaba la cabeza por la ventana y escudriñaba el agua y los embarcaderos.

Pero cuando se metió nuevamente en la cubierta, él vio la respuesta en la expresión aburrida de la espalda y se aflojó del alivio.

No había visto nada raro.

Los *antari* ya no estaban.

V

Lila tenía un mal presentimiento sobre Rosenal.

No sabía si era el pueblo portuario mismo lo que la perturbaba o el hecho de que los estaban siguiendo. Probablemente esto último.

Al principio, creyó que quizá no era nada, un eco de nerviosismo por haber zafado por un pelo allá atrás en los amarraderos, pero mientras subía la colina hacia el pueblo, la certeza se posó sobre ella como una capa alrededor de sus hombros, un estado de alerta que le picaba en la nuca.

Lila siempre había sido buena para saber cuándo no estaba sola. La gente tenía una presencia, un peso en el mundo. Lila siempre había sido capaz de percibirlo, pero ahora se preguntó si no era la magia en su sangre lo que había estado oyendo todo este tiempo, vibrando como una cuerda rasgada.

Y para cuando llegaron a la cuesta, Kell, si no lo había percibido también, simplemente sintió que ella se tensionaba a su lado.

—¿Crees que nos están siguiendo? —preguntó.

—Probablemente —ofreció Holland débilmente. Verlo suelto, sin cadenas, le revolvía el estómago a Lila.

—Siempre doy por sentado que me están siguiendo —dijo ella con falso entusiasmo—. ¿Por qué crees que tengo tantos cuchillos?

Kell frunció el ceño.

—Sabes, honestamente no sé si estás bromeando.

—Algunos pueblos tiene neblina —ofreció Alucard— y otros dan mala espina. Rosenal simplemente tiene un poco de ambas.

Lila deslizó el brazo para liberarse del de Kell, sus sentidos agudizados. El pueblo que miraba desde arriba al puerto era un nido apretado de calles, de edificios bajos apiñados contra el viento gélido. Los marineros se apresuraban de puerta a puerta, con capuchas puestas y cuellos en alto contra el frío. El pueblo estaba plagado de callejones, los restos de luz escasos y las sombras lo bastante profundas para engullir el lugar donde una persona podría estar esperando.

—Produce una extraña clase de encanto —continuó el capitán— esa sensación de ser observado…

Los pasos de Lila se hicieron lentos ante la boca de una calle serpentina, el peso familiar de un cuchillo cayó a su agarre. El mal presentimiento estaba empeorando. Conocía la forma en que un corazón corría a toda velocidad cuando estaba

persiguiendo a alguien y la forma en que trastabillaba cuando estaba siendo perseguido, y ahora mismo su corazón se sentía menos como un depredador y más como una presa, y a ella eso no le gustaba nada. Entrecerró los ojos hacia la oscuridad cubierta del callejón, pero no vio nada.

Los otros la estaban dejando atrás y Lila estaba a punto de darse vuelta para alcanzarlos cuando vio algo. Ahí, en el hueco donde la calle doblaba, la forma de un hombre. El brillo de dientes en descomposición. Una sombra que le envolvía la garganta. Los labios se movían y cuando el viento se levantó, trajo el extremo quebrado de una melodía.

Una canción que había cantado cientos de veces a bordo del Aguja.

¿Cómo sabes cuándo viene Sarows?

Lila sintió un escalofrío y dio un paso adelante, pasando la punta del dedo a lo largo del filo aceitado de su cuchillo.

«Tigre, tigre».

—¡Bard!

La voz de Alucard atravesó el aire, dispersando sus sentidos. Estaban esperando, todos ellos, en la cima de la calle, y para cuando Lila volvió a mirar el callejón, el camino estaba vacío. La sombra se había ido.



Lila se dejó caer en una silla vieja y desvencijada y se cruzó de brazos. Cerca, una mujer se trepó al regazo de su compañero y tres mesas más allá había estallado una pelea y las cartas de *sanct* cayeron al piso al voltear la mesa los hombres enfurecidos. La taberna era puro licor pasado, cuerpos a los empujones y bullicio.

—No es el grupo más respetable —observó Kell y bebió un sorbo de su trago.

—Tampoco es de los peores —dijo el capitán, apoyando una ronda de tragos y una bandeja llena de comida.

—¿Realmente planeas comer todo eso? —preguntó Lila.

—Solo por mi cuenta, no —dijo empujando un bol de estofado hacia ella. El estómago de Lila gruñó y ella levantó la cuchara, pero enfocó la mirada en Holland.

Estaba sentado en el fondo del reservado y Lila en la punta exterior, lo más lejos de él posible. No podía sacarse la sensación de que él la miraba debajo de esa gorra con visera, aunque cada vez que chequeaba, la atención de Holland estaba dirigida hacia la taberna detrás de su cabeza. Trazaba patrones distraídos con los dedos en un charco de cerveza derramada, pero su ojo verde parpadeaba de concentración. A ella le tomó unos largos segundos darse cuenta de que él estaba contando los cuerpos en la habitación.

—Diecinueve —dijo ella con frialdad, y Alucard y Kell la miraron como si hubiese hablado cuando no era su turno, pero Holland simplemente respondió «Veinte». A pesar de sí misma, rotó en su asiento. Hizo una cuenta rápida. Él tenía razón. Había pasado por alto a uno de los hombres detrás de la barra. Maldición.

—Si tienes que usar los ojos —agregó él—, lo estás haciendo mal.

—Entonces —dijo Kell, frunciendo el ceño a Holland antes de girar para dirigirse a Alucard—. ¿Qué sabes sobre este mercado flotante?

Alucard tomó un trago de cerveza.

—Bueno, existe desde hace casi el mismo tiempo que su dueña, Maris, lo que es decir muchísimo tiempo. Hay un viejo dicho que dice que así como la magia nunca muere, tampoco desaparece realmente. Tan solo termina en *Ferase Stras*. Es una especie de leyenda entre la gente de mar: si hay algo que quieres, el Aguas Movedizas lo tiene. Por un precio.

—¿Y qué compraste —preguntó Lila— la última vez que estuviste ahí?

Alucard dudó y bajó su vaso. Siempre la asombraban las cosas que él elegía guardar.

—¿No es obvio? —dijo Kell—. Compró su visión.

Los ojos de Alucard se entrecerraron. Los de Lila se abrieron.

—¿Es verdad?

—No —dijo su capitán—. Para su información, maestro Kell, siempre he tenido este don.

—Entonces, ¿qué?

—Compré la muerte de mi padre.

La mesa se quedó dura, una burbuja de silencio en una habitación ruidosa. La boca de Kell permaneció abierta. La de Alucard cerrada y con los dientes apretados. Lila lo miraba fijo.

—Eso no es posible —murmuró Kell.

—Estas son aguas abiertas —dijo Alucard, poniéndose de pie—. Todo es posible. Y hablando de eso… Tengo que hacer un mandado. Los veré de regreso en el barco.

Lila frunció el ceño. Había cientos de tonos entre una verdad y una mentira y los conocía a todos. Podía distinguir cuando alguien estaba siendo deshonesto y cuando solo decía una palabra de cada tres.

—*Alucard* —insistió—, ¿qué estás…?

Él se dio vuelta, con las manos en los bolsillos.

—Ah, se me olvidó decirles: todos necesitan una pieza para entrar al mercado. Algo valioso.

Kell apoyó su jarra con un crac.

—Podrías habernos dicho esto antes de partir de Londres.

—Podría —dijo Alucard—. Se me debe haber pasado. Pero no te preocupes, estoy seguro de que se te ocurrirá *algo*. Quizá Maris se conforme con tu abrigo.

Los nudillos de Kell estaban blancos alrededor del asa de su jarra mientras el capitán se iba caminando. Para cuando las puertas se habían cerrado, Lila ya estaba de pie.

—¿Adónde vas? —espetó Kell.

—¿Adónde crees? —No sabía cómo explicarlo: tenían un trato ella y Alucard, incluso aunque nunca lo habían dicho. Se cuidaban las espaldas—. No debería ir solo.

—Déjalo —murmuró Kell.

—Tiene una manía de perderse —dijo ella, abotonándose el abrigo—. Voy a…

—Dije *quédate*…

Fue un error.

Lila se enfureció.

—Qué gracioso, Kell —dijo ella con frialdad—. Eso sonó como una orden. —Y antes de que él pudiera decir nada más, Lila se subió el cuello del abrigo para protegerse del viento y se fue marchando.



En pocos minutos, Lila lo perdió.

No quería admitirlo; siempre había estado orgullosa de su forma astuta de seguir a un objetivo, pero las calles de Rosenal eran estrechas y laberínticas, llenas de aberturas escondidas y giros que hacían que fuera fácil perder de vista el rastro de quien fuese que estuvieras intentando perseguir. Tenía sentido, pensó, en un pueblo que servía mayormente a piratas y ladrones y a la clase de gente a la que no le gustaba ser vigilada.

El sol bajaba con velocidad sobre el puerto, la última luz daba paso rápidamente a las sombras. En el crepúsculo, los bordes entre luz y oscuridad comenzaron a borronearse y todo se cubría de capas aplanadas de gris. El atardecer era el único momento en que Lila realmente sentía la ausencia de su segundo ojo.

Si hubiese estado un poco más oscuro, ella se hubiera subido al techo más cercano y examinado el pueblo de esa manera, pero había suficiente luz del sol para convertir el acto en una exhibición.

Se detuvo en la intersección de cuatro callejuelas, segura de que ya había pasado por allí, y estaba a punto de rendirse —de regresar a la taberna y al trago que la esperaba— cuando escuchó la voz.

Esa *misma* voz, su melodía en el viento.

¿Cómo sabes cuándo viene Sarows?…

Un movimiento rápido de la muñeca y un cuchillo cayó en su palma, la mano libre ya buscaba otro bajo su abrigo.

Sonaron pasos y se dio vuelta, preparándose para el ataque.

Pero la calle estaba vacía.

Lila comenzó a enderezarse justo cuando un peso golpeó el suelo detrás de ella —botas sobre piedra— y ella giró, saltando hacia atrás al mismo tiempo que el filo del extraño silbaba en el aire y le erraba por un pelo a su estómago.

El atacante sonrió con sus dientes podridos, pero los ojos de Lila fueron a la daga que le cruzaba la garganta.

—Delilah Bard —gruñó—. ¿Me recuerdas?

Ella hizo girar sus cuchillos.

—Vagamente —mintió.

En realidad, lo recordaba. No su nombre, que nunca lo supo, pero conocía el tatuaje que llevaban los asesinos del Ladrón de Cobre. Habían navegado bajo el mando de Baliz Kasnov, un pirata que ella había asesinado —un tanto descuidadamente— semanas atrás, como parte de una apuesta con la tripulación del Aguja Nocturna. Se habían burlado de la idea de que ella podía tomar un barco entero por su cuenta.

Les había demostrado que estaban equivocados, había ganado la apuesta, incluso había perdonado la vida de la mayoría de la tripulación del Ladrón.

Ahora, cuando dos hombres más saltaron desde los techos detrás del atacante y un tercero emergió desde las sombras que se alargaban, ella decidió que ese acto de misericordia había sido un error.

—Cuatro a uno no parece demasiado justo —dijo, apoyando la espalda contra la pared cuando dos hombres más se acercaban hacia ella, con tatuajes que parecían heridas oscuras y dentadas bajo sus mentones.

Entonces sumaban seis.

Los había contado una vez antes, pero entonces había estado haciendo una cuenta regresiva en vez de progresiva.

—Te diré algo —dijo el primer atacante—. Si lo suplicas, será rápido.

La sangre de Lila vibró como siempre hacía antes de una pelea, clara y brillante y hambrienta.

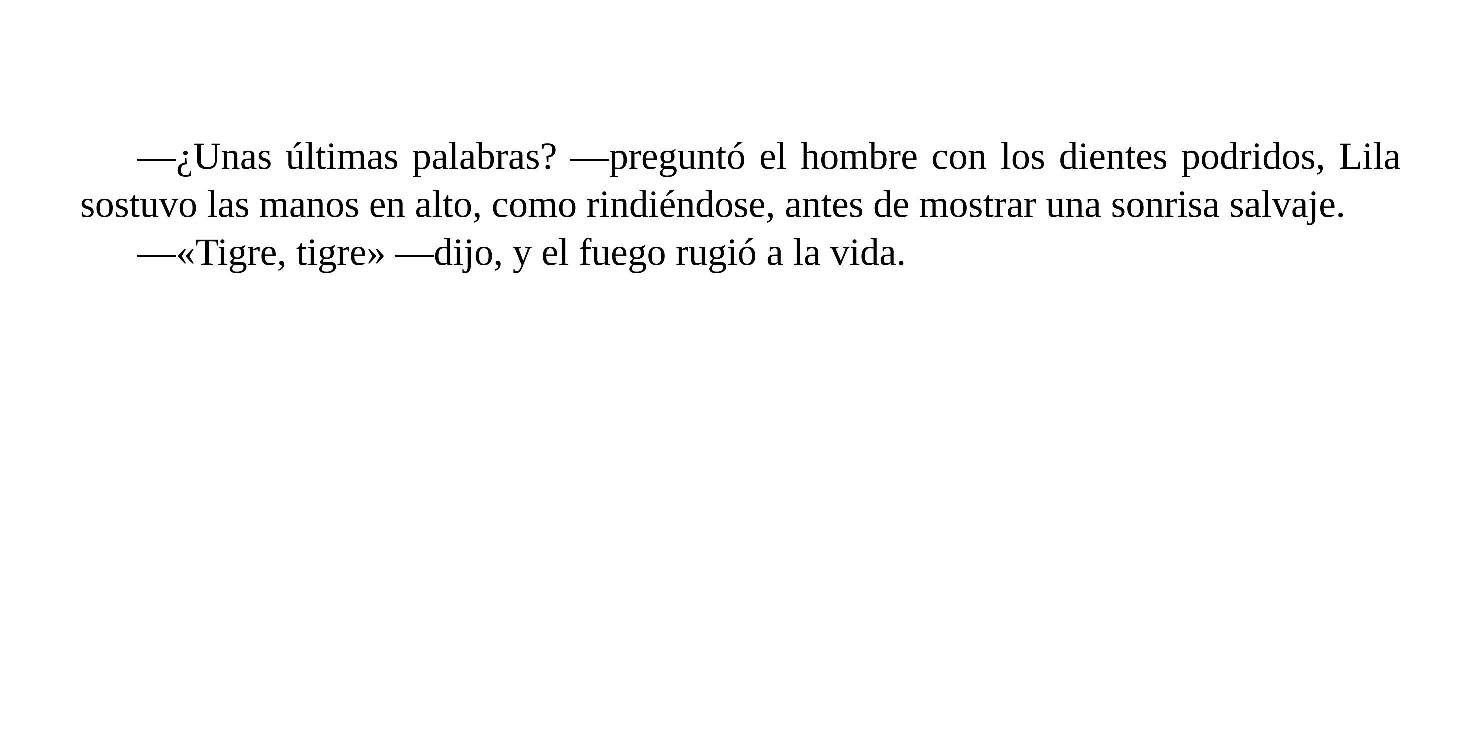
—¿Y por qué —dijo ella— querría acelerar la muerte de ustedes?

—Puta engreída —gruñó el segundo—. Te voy a…

El cuchillo de Lila siseó en el aire y se clavó en la garganta del matón. Este se tomó el cuello mientras la sangre se le derramaba sobre el torso, y cayó hacia adelante. Ella se las ingenió para meterse bajo la guardia del siguiente hombre antes de que el cuerpo del primero golpeara el piso, y enterró su cuchillo dentado hacia arriba por el mentón del sujeto antes de que el primer golpe la encontrara, un puño a la mandíbula.

Cayó con fuerza y escupió sangre sobre la calle.

Un calor le recorrió las extremidades cuando una mano la agarró por el pelo y la levantó, con un cuchillo bajo el mentón.



—¿Unas últimas palabras? —preguntó el hombre con los dientes podridos, Lila sostuvo las manos en alto, como rindiéndose, antes de mostrar una sonrisa salvaje.

—«Tigre, tigre» —dijo, y el fuego rugió a la vida.

VI

Kell y Holland estaban sentados uno frente al otro, envueltos en un silencio que se profundizaba a medida que Kell intentaba ahogar su irritación con su bebida. De todas las razones por las que Lila podría haberse ido, de toda la gente con la que pudo haberse ido, tenía que ser Emery.

Del otro lado de la habitación, un grupo de hombres estaban inmersos en sus vasos y cantaban una saloma de algún tipo.

… *Sarows está viniendo, está viniendo, está viniendo a bordo*…

Kell terminó su vaso y se estiró hacia el de ella.

Holland estaba dibujando con los dedos en lo derramado sobre la mesa, el vaso frente a él intacto. Ahora que estaban de regreso en tierra firme, el color volvía a su cara, pero incluso vestido de gris invernal con una gorra sobre la frente, había algo sobre Holland que llamaba la atención. La forma en que se sostenía, quizá, mezclado con el aroma tenue de magia foránea. Ceniza y acero y hielo.

—Di algo —masculló Kell hacia su bebida.

La atención de Holland se corrió hacia él, luego se corrió explícitamente hacia otro lado.

—Ese legador…

—¿Qué hay con él?

—Yo debería ser quien lo use.

—Quizá. —La respuesta de Kell fue simple, directa—. Pero no confío en ti. —La expresión de Holland se endureció—. Y definitivamente no voy a dejar que Lila intente meter la mano. No sabe cómo *usar* su poder, menos cómo sobrevivir tras deshacerse de él.

—Eso te deja a ti.

Kell miró lo que quedaba de su cerveza.

—Eso me deja a mí.

Si el legador funcionaba como Tieren había sugerido, el aparato absorbía la magia de una persona. Pero la magia de Kell era todo lo que ataba la vida de Rhy a la suya. Había aprendido eso por el collar, el horrible cercenamiento del poder del cuerpo, el trastabillar del corazón agonizante de Rhy. ¿Sería así? ¿Dolería tanto? ¿O sería fácil? Su hermano había sabido que él lo haría, había dado su consentimiento. Lo había visto en los ojos de Rhy cuando se despidieron. Lo había escuchado en su voz. Rhy había hecho las paces con eso mucho antes de decir adiós.

—Deja de ser egoísta.

La cabeza de Kell se levantó de golpe.

—¿Qué?

—Osaron es *mío* —dijo Holland, tomando finalmente su bebida—. Me importan una mierda tus ideas de sacrificio personal, tu necesidad de ser el héroe. Cuando llegue el momento de que uno de nosotros destruya a ese monstruo, seré *yo*. Y si intentas detenerme, Kell, te recordaré de la peor manera cuál de nosotros es el *antari* más fuerte. ¿Entendido?

Holland encontró los ojos de Kell a través del vidrio y, más allá de las palabras y la bravuconada, Kell vio algo más en esa mirada.

Compasión.

A Kell le dolió el pecho del alivio al decir:

—Gracias.

—¿De qué hablas? —dijo Holland con frialdad—. No hago esto por *ti*.



Al final, Vortalis se apodó a sí mismo el Rey del Invierno.

—¿Por qué no del verano —preguntó Holland— o de la primavera?

Vortalis rio por la nariz.

—¿Sientes calor en el aire, Holland? ¿Ves al río corriendo azul? No estamos en primavera en este mundo y ciertamente no en verano. Aquellas son estaciones para tu algún día rey. Esto es invierno y tenemos que sobrevivirlo.

Estaban parados lado a lado en el balcón del castillo mientras los estandartes —la mano abierta sobre un campo oscuro— chasqueaban en el viento. Las verjas estaban abiertas, los terrenos se llenaban de punta a punta a medida que la gente se reunía a ver al nuevo rey y esperaba que las puertas del castillo se abrieran para exponer sus casos y sus reclamos. El aire zumbaba con excitación. Sangre nueva en el trono significaba una nueva oportunidad para las calles. La esperanza de que *este* gobernante tuviera éxito donde tantos habían fallado antes, que fuera el que restaurase lo que estaba perdido —lo que había comenzado a morir cuando se cerraron las puertas— y reavivara las brasas.

Vortalis llevaba un solo aro de acero bruñido sobre el cabello, que combinaba con el círculo en su bandera. Más allá de eso, se veía como el mismo hombre que se había acercado a Holland meses atrás, en lo profundo del Bosque Plateado.

—El atuendo te queda bien —dijo el Rey del Invierno, señalando la media capa de Holland, el broche de plata con el sello de Vortalis.

Holland dio un paso atrás desde el borde del balcón.

—La última vez que miré, *tú* eras el rey. Entonces, ¿por qué estoy yo en exhibición?

—Porque, Holland, gobernar es un equilibrio entre la esperanza y el miedo. Quizá yo tenga un *don* para agradarle a la gente, pero tú tienes un don para *asustarla*. Yo los atraigo como moscas, pero tú los mantienes a raya. Juntos somos una bienvenida y una advertencia y quisiera que todos y cada uno de ellos sepa que mi caballero del ojo negro, mi espada más filosa, está firme a mi lado. —Le echó una larga mirada de costado a Holland—. Soy bastante consciente de la afición de nuestra ciudad por el regicidio, incluyendo el patrón sangriento que nosotros seguimos para estar aquí parados hoy, pero, aunque parezca egoísta, no tengo ganas de irme como lo hizo Gorst.

—Gorst no me tenía a *mí* —dijo Holland, y el rey sonrió.

—Gracias a los dioses por eso.

—¿Se supone que debo llamarte rey ahora? —preguntó Holland.

Vortalis largó un suspiro.

—Se supone que ahora me llamas «amigo».

—Como quieras… —una sonrisa atravesó sigilosamente los labios de Holland al recordar su encuentro en el Bosque Plateado—… Vor.

El rey sonrió ante eso, un gesto amplio, brillante, tan en desacuerdo con la ciudad alrededor de ellos.

—Y pensar, Holland, que todo lo que se necesitaba era una corona y…

—*Köt Vortalis* —interrumpió un guardia detrás de ellos.

El rostro de Vor se cerró, la luz reemplazada por los planos endurecidos que iban con un nuevo rey.

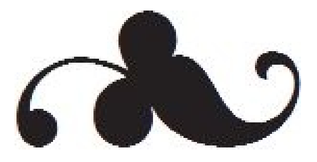
—¿Qué pasa?

—Hay un muchacho que solicita una audiencia.

Holland frunció el ceño.

—Aún no hemos abierto las puertas.

—Lo sé, señor —dijo el guardia—. No vino por la puerta. Simplemente… *apareció*.



Lo primero que notó Holland fue el abrigo rojo del muchacho.

Estaba parado en el salón del trono, estirando el cuello para mirar el esqueleto abovedado del techo del castillo, y ese abrigo… era de un color tan vívido, no un rojo gastado como el sol al atardecer o las telas usadas en verano, sino de un carmesí vibrante, el color de la sangre fresca.

Su cabello era un tono más claro, como el de las hojas de otoño, tenue, pero en absoluto descolorido, y llevaba botas de un negro nítido —negro de verdad, tan oscuro como las noches de invierno— con broches dorados que combinaban con sus puños. Cada centímetro de él era intenso y brillante como el acero nuevo. Incluso más extraño que su apariencia era el aroma que emanaba de él, algo dulce, casi empalagoso, como flores aplastadas abandonadas a la putrefacción.

Vortalis silbó por lo bajo al verlo y el muchacho se dio vuelta, revelando un par de ojos desiguales. Holland se quedó duro. El ojo izquierdo del muchacho era azul claro. El derecho era negro sólido. Sus miradas se encontraron y una extraña vibración atravesó la cabeza de Holland. El extraño no podía tener más de doce o trece años, con la piel sin marcas de un miembro de la realeza y la postura arrogante que iba con ello, pero innegablemente era un *antari*.

El muchachito dio un paso adelante y comenzó a hablar rápidamente, en un lenguaje extranjero, el acento suave y rítmico. Vortalis llevaba una runa de traducción en la base de su cuello, producto de su tiempo afuera, pero Holland no llevaba nada salvo por un oído agudo y, ante la incomprensión en su mirada, el muchacho se detuvo y comenzó de nuevo, esta vez en la lengua materna de Holland.

—Disculpas —dijo—. Mi mahktahn no es perfecto. Lo aprendí de un libro. Me llamo Kell y vengo a traer un mensaje de mi rey.

Llevó la mano a su abrigo y a lo largo la habitación los guardias salieron disparados hacia adelante, Holland ya se había puesto delante de Vor, cuando el muchacho sacó, de todas las cosas, una *carta*. El mismo aroma dulce emanó del sobre.

Vortalis bajó la vista al papel y dijo:

—Yo soy el único rey aquí.

—Por supuesto —dijo el muchacho *antari*—. *Mi* rey está en otro Londres.

La habitación quedó en silencio. Todos sabían, por supuesto, sobre los otros Londres y los mundos que iban con ellos. Había uno bien lejano, un lugar donde la magia no tenía influencia. Había uno destruido, donde la magia había devorado todo. Y luego estaba el cruel, el lugar que había sellado sus puertas, obligando al mundo de Holland a enfrentar la oscuridad solo.

Holland nunca había ido a estos otros lugares —conocía el hechizo para ir allí, había encontrado las palabras enterradas en su mente como un tesoro en los meses que siguieron después de haber convertido a Alox en piedra—, pero viajar requería un *souvenir* tal como una puerta requería una llave, y nunca había tenido nada con lo que lanzar el hechizo para adquirir su travesía.

Y sin embargo, Holland siempre había creído que ese otro mundo era como el *suyo*. Después de todo, ambas ciudades habían sido poderosas. Ambas habían sido vibrantes. Ambas habían sido desconectadas cuando las puertas fueron selladas. Pero Holland asimiló a este Kell, con su atuendo brillante, su rubor saludable, vio el salón como el muchacho debió de verlo: sombrío, cubierto con una película de descuido,

como de escarcha, las marcas de años de lucha por cada gota de magia, y sintió una oleada de furia. ¿Era *así* como vivía el otro Londres?

—Estás muy lejos de casa —dijo Vor con frialdad.

—Muy lejos —dijo el muchacho— y a un solo paso. —Su mirada no dejaba de dispararse hacia Holland, fascinado ante la presencia de otro *antari*. Tan raros también en su mundo.

—¿Qué es lo que tu rey quiere? —preguntó Vor, negándose a tomar la carta.

—El rey Maresh quiere restablecer las comunicaciones entre su mundo y el mío.

—¿Desea abrir las puertas?

El muchacho dudó.

—No —dijo con cuidado—. Las puertas no pueden ser abiertas. Pero este podría ser un primer paso para reconstruir las relaciones…

—Me importan un carajo las relaciones —estalló el Rey del Invierno—. Estoy tratando de reconstruir esta *ciudad*. ¿Puede ayudarme con eso este *Maresh*?

—No lo sé —dijo Kell—. Solo soy el mensajero. Si quiere escribir…

—Olvida el mensaje. —Vortalis se dio vuelta para irse—. Encontraste la forma de entrar —dijo—, encuentra la forma de salir.

Kell levantó el mentón.

—¿Esa es su respuesta? —preguntó—. Quizá debería regresar en unas semanas, cuando el *próximo* rey tome el trono.

—Ten cuidado, niño —advirtió Holland.

Kell dirigió su atención —esos ojos perturbadores, tan extraños y tan familiares— hacia él. Sacó una moneda, pequeña y roja, con una estrella dorada en el centro. Un *souvenir*. Una llave.

—Ten —dijo—. En caso de que tu rey cambie de opinión.

Holland no dijo nada, pero flexionó la mano y la moneda salió disparada del agarre del muchacho y fue a la suya. Cerró los dedos silenciosamente sobre el metal.

—Es *As Travars* —agregó Kell—. Por si no lo sabías.

—Holland —dijo Vortalis desde la puerta.

Holland aún le sostenía la mirada a Kell.

—Voy, mi *rey* —dijo con énfasis, alejándose.

—Espera —exclamó el muchacho, y Holland supo por su tono que las palabras no eran para Vor, sino para él. El *antari* trotó hacia él, los pasos sonaban como campanillas por sus broches dorados.

—Qué —preguntó Holland.

—Es agradable —dijo Kell— conocer a alguien como yo.

Holland frunció el ceño.

—No soy como tú —dijo y se fue caminando.

VII

Por un rato, Lila se defendió.

Llama y acero contra fuerza bruta, la astucia del ladrón contra la potencia del pirata.

Incluso había estado ganando.

Y luego, bastante repentinamente, ya no.

Seis hombres se convirtieron en cuatro, pero cuatro aún era mucho más que uno.

Un cuchillo se deslizó por su piel.

Una mano le envolvió la garganta.

Su espalda golpeó contra la pared.

No, no una pared, notó, una *puerta*. Chocó con suficiente fuerza para quebrar la madera, tornillos y clavos tintinearon en sus hendiduras. Una idea. Lanzó las manos hacia arriba y los clavos temblaron al liberarse. Algunos solo golpearon contra aire o piedra, pero otros encontraron carne y dos de los ladrones de cobre se tambalearon hacia atrás, agarrándose los brazos, el estómago, la cabeza.

Sin los tornillos, la puerta cedió tras ella y Lila cayó hacia atrás, rodó en cuclillas dentro de un pasillo ruinoso y tiró la puerta hacia arriba antes de presionar los dedos ensangrentados contra la madera.

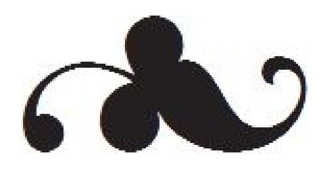
—*As Steno* —dijo, pensando que esa era la palabra que Kell le había enseñado para *sellar*, pero se equivocó.

La puerta entera se hizo añicos como un panel de vidrio, llovieron las astillas de madera y antes de que pudiera llamarlas para que volvieran a subir, fue arrojada a la calle. Algo la golpeó en el estómago —un puño, una rodilla, una bota— y el aire abandonó sus pulmones con un violento soplido.

Ella invocó viento, este atravesó velozmente la callejuela y se batió alrededor de ella, obligando a los hombres a retroceder mientras ella daba unos pasos corriendo, se empujaba contra la pared y saltaba al borde del techo.

Casi lo logra, pero uno de ellos le agarró una bota y la tiró hacia atrás. Cayó y golpeó contra la calle con una fuerza brutal. Algo se quebró en su pecho.

Y entonces cayeron sobre ella.



Holland estaba resultando ser una compañía horrible.

Kell intentó mantener la conversación viva, pero era como atizar el carbón después de que alguien le echara un balde de agua, nada más que volutas de humo. Finalmente se rindió, resignado al silencio incómodo, cuando el otro *antari* encontró su mirada del otro lado de la mesa.

—Mañana en el mercado —dijo—, ¿qué vas a ofrecer?

Kell levantó una ceja. Su propia mente había vagado hacia esa pregunta.

—Estaba pensando —dijo— en ofrecerte a ti.

Lo dijo en broma, pero Holland solo lo miró y Kell suspiró, cediendo. Nunca había sido bueno para el sarcasmo.

—Depende —respondió honestamente— de si a Maris le importa el costo o el valor. —Se palmeó los bolsillos y sacó un puñado de monedas, el pañuelo de Lila, su broche real. La mirada en el rostro de Holland reflejaba la preocupación en las entrañas de Kell, nada de todo esto era suficiente.

—*Podrías* ofrecer ese abrigo —dijo Holland.

Pero el solo pensarlo hacía que a Kell le doliera el pecho. Era *suyo*, una de las pocas cosas en su vida que no le habían sido otorgadas por la corona, que no había conseguido por intercambio o por su posición, sino que había ganado. Ganado en un juego de cartas.

Guardó sus chucherías y en su lugar desenterró el cordón de debajo de su camisa. Del extremo colgaban tres monedas, una por cada mundo. Desató el cordón y deslizó la última moneda a su mano.

Su *souvenir* del Londres Gris.

El perfil de George III estaba en el dorso, el rostro desgastado por el uso.

Kell le había dado al rey un *lin* nuevo en cada encuentro, pero él aún tenía el mismo chelín que George le había dado en su primera visita. Antes de que la edad y la locura lo acabaran, antes de que su hijo lo enterrara en Windsor.

Costaba casi nada, pero valía mucho para él.

—Odio interrumpir cualquier ensueño que estés teniendo —dijo Holland, señalando la ventana con la cabeza—, pero ahí vuelve.

Kell giró en su asiento, esperando a Lila, pero en vez de eso encontró que el que pasaba caminando era Alucard. Tenía un frasquito en la mano y lo sostenía a contraluz de la farola. Los contenidos brillaron tenuemente como arena blanca o vidrio hecho añicos.

El capitán miró en su dirección e hizo un ademán para que fueran, que se pareció demasiado a un gesto grosero.

Kell suspiró y se puso de pie.

Los dos *antari* dejaron la taberna, Alucard iba una cuadra adelante, sus pasos veloces mientras se dirigía a los embarcaderos. Kell frunció el ceño mientras buscaba en las calles.

—¿Dónde está Lila? —exclamó.

Alucard se dio vueltas, cejas alzadas.

—¿Bard? La dejé con ustedes.

El terror se revolvió a través de él.

—Y ella te siguió.

Alucard comenzó a negar con la cabeza, pero Kell se dirigía a la puerta, Holland y el capitán lo siguieron.

—Separémonos —dijo Alucard cuando salieron a la calle. Se fue por la primera calle, pero cuando Holland comenzó a ir por otra, Kell lo tomó de la camisa.

—Espera. —Su mente dio vueltas, desgarrada entre el deber y el pánico, la razón y el miedo.

Dejar al *antari* blanco sin cadenas era una cosa.

Dejarlo fuera de su vista era otra.

Holland bajó la vista al lugar de donde lo agarraba el *antari* más joven.

—¿Quieres encontrarla o no?

La voz de Rhy hizo eco en la cabeza de Kell, esas advertencias sobre el mundo más allá de la ciudad, sobre el valor de un príncipe con el ojo negro. Un *antari*. Le había dicho a Kell lo que los veskanos y los faroneses pensaban de él, pero no había dicho lo suficiente sobre su propia gente y Kell, tonto como era, nunca había pensado en el riesgo de un secuestro para pedir rescate. O peor, conociendo a Lila.

Kell gruñó, pero lo soltó.

—No hagas que me arrepienta de esto —dijo y salió corriendo.

VIII

Lila se hundió contra la pared, tratando de recuperar el aliento. Se había quedado sin cuchillos y le caía sangre en el ojo por un golpe en la sien y le dolía al respirar, pero aún estaba de pie.

Haría falta más que eso, pensó, empujándose contra la pared para avanzar pisando los cuerpos de los seis hombres que ahora yacían muertos en la calle.

Tenía una sensación de vacío en las venas, como si hubiese usado todo lo que tenía. El piso osciló debajo de ella, así que se apoyó contra la pared de la calle, dejando una mancha roja mientras avanzaba. Un pie adelante del otro, cada respiro un desgarro, el pulso intenso en sus oídos, y entonces algo que no era su pulso.

Pasos.

Alguien venía.

Lila arrastró la cabeza hacia arriba, devanándose la mente en busca de algún hechizo, al tiempo que los pasos hacían eco contra las paredes de la callejuela.

Escuchó una voz que decía su nombre, en algún lugar lejos detrás de ella, y se dio vuelta justo a tiempo para ver cómo alguien le metía un cuchillo entre las costillas.

—Esto es por Kasnov —gruñó el séptimo Ladrón de Cobre, forzando el arma adentro hasta la empuñadura. Le desgarró el pecho y salió por la espalda y por un momento (solo un momento), ella no sintió nada salvo el calor de la sangre. Pero luego su cuerpo la alcanzó y el dolor lo tragó todo.

No el dolor abrupto y radiante de la piel raspada, sino algo profundo. Cercenante.

Salió el cuchillo y las piernas cedieron debajo de ella.

«Levántate», pensó mientras su cuerpo se desplomaba al suelo.

«No es así como muero», pensó. «No es así».

Vomitó sangre a la calle.

Algo estaba mal.

Dolía.

«No».

«Kell».

«Levántate».

Intentó levantarse, se resbaló con algo pegajoso y tibio.

«No».

«No de esta manera».

Cerró los ojos, intentó invocar magia.

No quedaba nada.

Todo lo que tenía era el rostro de Kell. Y el de Alucard. La mirada de Barron. Un barco. El mar abierto. Una chance de libertad.

«No he terminado».

Se le apagó la vista.

«No de esta forma».

El pecho se le agitó con un estertor.

«Levántate».

Estaba apoyada de espaldas ahora, el ladrón daba vueltas a su alrededor como un cuervo. Arriba de ella, el cielo cambiaba de color como un moretón.

Como el mar antes de un… ¿qué?

Este se acercó, se agachó, enterró una rodilla en su pecho herido y ella no podía respirar y no era así como se suponía que pasaría y…

Un movimiento fugaz, rápido como un cuchillo, sobre el margen de su vista, y el hombre desapareció. El comienzo de un grito cortado, el sonido distante de un peso al golpear algo sólido, pero Lila no podía levantar la cabeza para ver, no podía…

El mundo se estrechó, la luz se escurría del cielo, luego se apagaba del todo por la sombra que se arrodillaba sobre ella, presionando una mano sobre sus costillas.

—Resiste —dijo una voz baja mientras el mundo se oscurecía. Luego agregó—: ¡Aquí! ¡Rápido!

Otra voz.

—Quédate conmigo.

Tenía tanto frío.

—Quédate…

Fue lo último que escuchó.

IX

Holland se arrodilló sobre el cuerpo de Lila.

Estaba pálida de muerte, pero él había sido suficientemente rápido; el hechizo se había arraigado a tiempo. Kell estaba del otro lado de Lila, desconsolado, con el rostro pálido debajo de sus rizos cobrizos, chequeando las heridas como si dudara del trabajo de Holland.

Si hubiese llegado ahí primero, podría haberla curado él mismo.

Holland no había creído que fuese sensato esperar.

Y ahora había problemas más apremiantes.

Había captado las sombras que revoloteaban lentamente sobre la pared al final de la calle. Se puso de pie.

—Quédate conmigo —murmuraba Kell a la silueta ensangrentada de Lila, como si eso fuese de alguna ayuda—. Quédate con…

—¿Cuántos cuchillos tienes? —interrumpió Holland.

Los ojos de Kell nunca abandonaron a Lila, pero sus dedos fueron a la funda sobre su brazo.

—Uno.

Holland revoleó los ojos.

—Brillante —dijo, presionando las manos. El tajo que se había hecho en la mano supuró una línea fresca de rojo.

—*As Narahi* —murmuró.

Acelerar.

La magia estalló con su comando y él se movió con una velocidad que rara vez mostraba y que definitivamente nunca había creído conveniente mostrarle a Kell. Era una pieza de magia difícil, dadas las circunstancias, y un hechizo agotador cuando se hacía sobre uno mismo, pero valía la pena, ya que el mundo alrededor de él se *desaceleraba*.

Se transformó en un borrón, piel pálida y capa gris atravesando filosamente la oscuridad. Para cuando el primer hombre agachado arriba del techo había sacado su cuchillo, Holland ya estaba detrás de él. El hombre miró con los ojos bien abiertos el lugar donde había estado su blanco mientras Holland levantaba las manos y con un movimiento elegante le quebraba el cuello al sujeto.

Dejó que el cuerpo sin vida cayera a las piedras de la calle y después lo siguió rápidamente para ponerse espalda con espalda con Kell —quien finalmente había

percibido el aroma del peligro— cuando tres sombras más, con destellos de armas, caían desde el cielo.

Y justo así, comenzó su pelea.

No duró demasiado.

Pronto más cuerpos ensuciaban el suelo y el aire invernal alrededor de los dos *antari* se sobrecargaba de agotamiento y triunfo. A Kell le caía sangre del labio y los nudillos de Holland estaban en carne viva y ambos habían perdido sus gorras, pero salvo por eso, estaban ilesos.

Era extraño pelear al lado de Kell en vez de contra él, la resonancia de sus estilos, tan distintos pero de alguna manera sincronizados; perturbador.

—Has mejorado —observó.

—Tuve que hacerlo —dijo Kell, limpiando la sangre de su cuchillo antes de guardarlo. Holland sintió una extraña necesidad de decir algo más, pero Kell ya se iba al lado de Lila cuando apareció Alucard en la boca de la callejuela, con una espada en una mano y un espiral de hielo en la otra, claramente listo para unirse a la pelea.

—Llegas tarde —dijo Holland.

—¿Me perdí toda la diversión? —preguntó el mago, pero cuando vio a Lila en brazos de Kell, su cuerpo flojo cubierto de sangre, todo rastro de humor abandonó su rostro—. *No*.

—Vivirá —dijo Holland.

—¿Qué pasó? Por los Santos, Bard. ¿Me escuchas? —dijo Alucard, mientras Kell retomaba su canto inútil, como si fuera un hechizo, una plegaria.

«Quédate conmigo».

Holland se inclinó contra la pared de la callejuela, de repente cansado.

«Quédate conmigo».

Cerró los ojos, los recuerdos se alzaron como bilis en la garganta.

«Quédate conmigo».

NUEVE

PROBLEMAS

I

Tieren Serense nunca había sido capaz de ver el futuro.

Solo podía verse a sí mismo.

Eso era lo que tantos no lograban entender sobre la clarividencia. Un hombre no podía mirar en la corriente de la vida, el corazón de la magia, y leer como si fuese un libro. El mundo hablaba su propio idioma, tan indescifrable como los trinos de los pájaros, el susurro de las hojas. Una lengua que ni siquiera estaba destinada a la comprensión de los sacerdotes.

Es arrogante un hombre que se cree un dios.

Y es arrogante, pensó Tieren, mirando por la ventana, un dios que se cree un hombre.

Entonces, cuando vertió agua en la vasija, cuando tomó el vial de tinta y echó tres gotas en el agua, cuando miró en la nube que floreció bajo la superficie, no estaba tratando de ver el futuro. No estaba mirando hacia afuera en absoluto, sino adentro.

Un plato de adivinación, después de todo, era un espejo para la mente de uno, una forma de mirarse a uno mismo, de hacer preguntas que solo el propio ser podía responder.

Esta noche, las preguntas de Tieren giraban en torno a Maxim Maresh. En torno al hechizo que su rey estaba tejiendo y cuán lejos debía dejarlo ir el *Aven Essen*.

Tieren Serense había servido a Nokil Maresh cuando era rey, había observado a su único hijo, Maxim, crecer, había estado a su lado cuando se casó con Emira y había estado ahí para guiar a Rhy al mundo y a Kell al palacio. Había pasado su vida sirviendo a esta familia.

Ahora no sabía cómo salvarla.

La tinta se extendió por la vasija, tornando el agua gris, y en la vibración de su superficie, sintió a la reina antes de verla. Un rubor frío en la habitación detrás de él.

—Espero que no le moleste, Su Majestad —dijo suavemente—. Tomé prestado uno de sus cuencos.

Ella estaba parada ahí, con los brazos cruzados al frente como si tuviese frío, o protegiendo algo frágil detrás de sus costillas.

Emira, quien nunca le había hecho confidencias, nunca había buscado su oído expectante, sin importar cuántas veces se lo había ofrecido. En su lugar, él había sabido sobre ella a través de Rhy, de Maxim, de Kell. La había conocido observando

cómo ella miraba el mundo con esos grandes ojos oscuros que nunca parpadeaban por miedo a perderse de algo.

Ahora esos grandes ojos oscuros fueron a la vasija playa entre sus manos.

—¿Qué viste?

—Veo lo que todos los reflejos muestran —dijo él con cansancio—, a mí mismo.

Emira se mordió el labio, un gesto que le había visto hacer a Rhy cientos de veces. Ciñó aún más los dedos alrededor de las costillas.

—¿Qué está haciendo Maxim?

—Lo que cree que está bien.

—¿No es lo que todos hacemos? —susurró ella.

Delgadas lágrimas se derramaron por sus mejillas y ella las quitó con el dorso de la mano. Fue apenas la segunda vez que él había visto a Emira llorar.

La primera vez había sido hacía más de veinte años, cuando era nueva en el palacio.

Él la había encontrado en el patio, con la espalda apoyada contra un árbol de invierno, se envolvía con los brazos como si tuviera frío, aun cuando dos filas más allá florecía el verano. Estaba parada perfectamente quieta, salvo por el silencioso temblor de su pecho, pero él podía ver la tormenta detrás de sus ojos, la tensión en su mandíbula, y recordaba haber pensado entonces que se veía demasiado vieja para alguien tan joven. No avejentada, sino desgastada, cansada por el peso de su propia mente. Los miedos, después de todo, eran cosas pesadas. Y los expresara Emira o no, Tieren podía sentirlos en el aire, densos como la lluvia justo antes de caer.

Ella no quería decirle qué estaba mal, pero una semana después, Tieren conoció las noticias, vio cómo el rostro de Maxim resplandecía de orgullo mientras Emira estaba a su lado, armándose de valor ante la declaración, como si fuera una sentencia.

Estaba embarazada.

Emira se aclaró la garganta, los ojos aún apuntados al agua enturbiada.

—¿Puedo preguntarle algo, Maestro Tieren?

—Por supuesto, Su Alteza.

La mirada de Emira se movió hacia él, dos estanques negros que escondían su profundidad.

—¿A qué le teme más?

La pregunta lo tomó por sorpresa, pero la respuesta se alzó para contestarla.

—Al vacío —dijo—. ¿Y usted, mi reina?

Los labios de ella se curvaron en una sonrisa triste.

—A todo —dijo ella—, o eso siento.

—No creo eso —dijo Tieren amablemente.

Ella lo pensó.

—A la pérdida, entonces.

Tieren dobló un dedo alrededor de su barba.

—El amor y la pérdida —dijo— son como un barco y el mar. Se alzan juntos. Cuanto más amamos, más tenemos para perder. Pero la única forma de evitar la pérdida es evitar el amor. Y qué mundo triste sería ese.

II

Lila abrió los ojos.

Al principio, todo lo que vio fue cielo. Ese mismo atardecer amoratado que había estado mirando un momento atrás. Solo que el momento había acabado y los colores se habían diluido, dejando un manto denso de noche. El suelo estaba frío debajo de ella, pero seco, un abrigo apretujado bajo su cabeza.

—No debería tardar tanto —estaba diciendo una voz—. ¿Estás seguro de…?

—Estará bien.

La cabeza le dio vueltas, los dedos se le fueron a las costillas, al lugar donde la cuchilla había entrado. Tenía la camisa pegajosa de sangre e hizo una mueca instintivamente, al esperar dolor. El *recuerdo* del dolor vibró a través de ella, pero no era nada más que un eco, y cuando respiró hondo tentativamente, en lugar de sangre, aire fresco le llenó los pulmones.

—Malditos ladrones de cobre —decía una tercera voz—. Deberíamos haberlos matado meses atrás, y deja de caminar, Kell, me estás mareando.

Lila cerró los ojos, tragó saliva.

Cuando parpadeó, y su vista se ubicó dentro y fuera de foco, Kell estaba arrodillado hacia ella. Levantó la vista a esos ojos de dos colores y se dio cuenta de que no eran sus ojos en absoluto. Uno era negro. El otro verde esmeralda.

—Está despierta. —Holland se enderezó, le caían gotas de sangre de un tajo a lo largo de la palma de la mano.

—Lila —dijo Kell, con tanta emoción en su nombre, y ¿cómo pudo haber pensado ella que esa voz fría, inalterable, le pertenecía a él?

Él se agachó al lado de ella, puso una mano debajo de su espalda —ella tembló ante el recuerdo repentino y visceral del cuchillo raspando hueso, sobresaliendo debajo de su omóplato— para ayudarla a sentarse.

—Te dije que estaría bien —dijo Holland, cruzándose de brazos.

—Todavía se ve bastante mal —dijo Alucard—. No lo tomes a mal, Bard.

—No lo hago —dijo ella con voz ronca. Miró sus rostros (Kell estaba pálido, Holland serio, Alucard tenso) y supo que debió haber estado cerca.

Apoyándose en Kell, se puso de pie.

Diez ladrones de cobre yacían despatarrados en la calle. A Lila le temblaron las manos cuando asimiló la escena y luego pateó el cadáver más cercano con tanta fuerza como pudo. Otra vez y otra vez y otra, hasta que Kell la tomó de los brazos y

la atrajo hacia él, el aire abandonaba sus pulmones en jadeos entrecortados, aunque su pecho había sanado.

—Conté mal —dijo ella contra el hombro de Kell—. Pensé que eran seis…

Kell le secó las lágrimas de las mejillas. No se había dado cuenta de que estaba llorando.

—Estuviste en el mar solo cuatro meses —dijo él—. ¿Cuántos enemigos *hiciste*?

Lila rio, un pequeño hipo de risa entrecortada, mientras él la traía más cerca.

Se quedaron parados ahí así por un largo rato, mientras Alucard y Holland caminaban entre los muertos, liberando los cuchillos de Lila de pechos y piernas y gargantas.

—¿Y qué hemos aprendido de esto, Bard? —preguntó el capitán, limpiando un filo en el pecho de un cadáver.

Lila bajó la mirada a los cuerpos de los hombres a los que les había perdonado la vida a bordo del Ladrón de Cobre.

—Los muertos no pueden guardar rencores.



Se abrieron camino al barco en silencio, el brazo de Kell alrededor de su cintura, aunque ya no necesitaba apoyo. Holland caminaba adelante con Alucard y Lila mantuvo los ojos en la parte de atrás de su cabeza.

No tenía por qué hacerlo.

Podría haberla dejado morir desangrada en la calle.

Podría haberse quedado parado y observado cómo moría.

Eso es lo que ella hubiese hecho.

Se dijo a sí misma que eso era lo que hubiera hecho.

«No es suficiente», pensó. «No compensa lo que le hizo a Barron, a Kell, a mí. No me olvido».

—*Tac* —dijo Jasta mientras avanzaban por el muelle—, ¿qué pasó *contigo*?

—Rosenal —dijo Lila débilmente.

—Dime que estamos listos para partir —dijo Kell.

Holland no dijo nada, pero se fue directamente hacia la bodega. Lila lo miró mientras se iba.

«Aún no confío en ti», pensó.

Como si pudiera sentir el peso de su mirada, Holland miró atrás por sobre su hombro.

«No me conoces», pareció decir su mirada.

«No me conoces en absoluto».



III

—He estado pensando en el muchacho —dijo Vor.

Estaban sentados a una mesa baja en la habitación del rey, Holland y él, jugando una mano de *ost*. Era un juego de estrategia y riesgo y era la forma preferida por Vortalis para relajarse, pero ya nadie podía jugar contra él —los guardias estaban cansados de perder el juego y su dinero—, así que Holland siempre terminaba del otro lado del tablero.

—¿Qué muchacho? —preguntó, haciendo girar las fichas en su mano.

—El mensajero.

Habían transcurrido dos años de esa visita, dos años pasados tratando de reconstruir una ciudad quebrada, de labrar un refugio en la tormenta. Tratando y fallando. Holland mantuvo la voz firme.

—¿Qué hay de él?

—¿Aún tienes la moneda? —preguntó Vor, aunque ambos sabían que sí. Siempre la tenía en el bolsillo, el metal desgastado por el uso. No hablaban de las ausencias de Holland, de las ocasiones en que desaparecía, solo para regresar oliendo demasiado a flores dulces, en lugar de ceniza y piedra. Holland nunca se quedaba, obviamente. Y nunca se iba demasiado tiempo. Odiaba esas visitas, odiaba ver lo que su mundo podría haber sido y, sin embargo, no podía evitar ir, ver, saber lo que había del otro lado de la puerta. No podía mirar para otro lado.

—¿Por qué?

—Creo que es hora de enviar una carta.

—¿Por qué ahora?

—No te hagas el tonto —dijo Vor, dejando caer las fichas a la mesa—. No te queda bien. Ambos sabemos que las provisiones están escaseando y los días se vuelven más cortos. Yo hago las leyes y la gente las rompe, hago orden y lo vuelven caos. —Se pasó una mano por el pelo, los dedos se le atoraban en el aro de acero. Su usual entereza flaqueó. Con un gruñido, lanzó la corona al otro lado de la habitación —. Sin importar lo que haga, la esperanza está decayendo y puedo escuchar los murmullos que comienzan a surgir en las calles. Nueva sangre, piden. Como si eso fuese a arreglar lo que está roto, como si derramar lo suficiente hará que la magia en este mundo sane.

—¿Y vas a arreglar esto con una *carta*? —preguntó Holland.

—Trataré de arreglarlo de cualquier forma posible —respondió Vor—. Quizá su mundo fue alguna vez como el nuestro, Holland. Quizá conozcan una forma de *ayudar*.

—Ellos fueron los que sellaron las puertas, quienes viven en esplendor mientras nos pudrimos, y tú irías a rogar…

—Haría lo que fuera si pensara que eso realmente ayudaría a mi mundo —espetó Vortalis—, y tú también. Por eso estás aquí a mi lado. No porque seas mi espada, no porque seas mi escudo, no porque seas mi amigo. Estás aquí conmigo porque *ambos* haremos lo que sea para mantener a nuestro mundo vivo.

Holland miró seriamente al rey entonces, seriamente, asimiló las canas que se hilaban en su cabello oscuro, la arruga permanente entre sus cejas. Aún era encantador, aún era magnético, aún sonreía cuando algo le gustaba, pero el acto ahora le dibujaba líneas profundas en la piel, y Kell sabía que los hechizos en las manos de Vortalis ya no bastaban para amarrar la magia.

Holland apoyó una ficha en el tablero, como si aún estuvieran jugando.

—Pensé que estaba aquí para mantener tu cabeza sobre tus hombros.

Vortalis consiguió emitir una risa forzada, una farsa de humor.

—Eso también —dijo y luego agregó, con seriedad—: Escúchame, Holland. De todas las formas de morir, solo un tonto elige el orgullo.

Un sirviente entró con una hogaza de pan, una botella de *kaash*, una pila de cigarros finos. A pesar de la corona, del castillo, Vor seguía siendo un hombre de hábitos.

Tomó un papel bien enrollado y Holland chasqueó los dedos para ofrecerle lumbre.

Vor se sentó hacia atrás y examinó el extremo ardiente de la cerilla.

—¿Por qué no quisiste ser rey?

—Supongo que no soy lo bastante arrogante.

Vor lanzó una risita.

—Quizá seas más sabio que yo. —Dio una larga calada—. Estoy empezando a creer que los tronos nos convierten en tiranos a todos.

Sopló el humo y tosió.

Holland frunció el ceño. El rey fumaba diez veces al día y nunca parecía sufrir por ello.

—¿Estás bien?

Vor ya estaba descartando la pregunta con un sacudón de la mano, pero al inclinarse hacia delante para servirse un trago, puso demasiado peso en el borde de la mesa y esta se volcó, las fichas de *ost* llovieron al piso de piedra mientras él caía.

—¡Vortalis!

El rey aún tosía, con un sonido profundo, desgarrador, y se agarraba el pecho con las dos manos, mientras Holland se arrodillaba sobre él. Cerca en el piso, el cigarro aún ardía. Vor intentó hablar, pero solo salió sangre.

—*Kajht* —maldijo, al tiempo que agarraba una astilla de vidrio que le mordió la mano, la sangre se acumuló mientras abría la túnica de Vor de un tirón y presionaba la palma contra el pecho del rey y comandaba *sanar*.

Pero la toxina había sido demasiado rápida, el corazón del rey demasiado lento. No estaba funcionando.

—Resiste, Vor…

Holland abrió las dos manos contra el pecho jadeante de su amigo y pudo sentir el veneno en su sangre, porque no era veneno después de todo, sino cientos de ínfimas esquirlas de metal hechizadas que desgarraban al rey desde adentro. Sin importar cuán rápido intentara Holland sanar el daño, las esquirlas hacían más.

—Quédate conmigo —ordenó el *antari*, con toda la fuerza de un hechizo, mientras él quitaba las esquirlas de metal y la piel del rey primero se empapaba de sudor y luego de sangre cuando las astillas de metal atravesaban vena y músculo y piel antes de alzarse en una neblina de rojo oscuro sobre el aire encima del pecho de Vor.

—*As Tanas* —dijo Holland, cerrando el puño, las esquirlas se unieron en una nube de acero antes de fusionarse en una pieza sólida, con una maldición garabateada a lo largo de la superficie.

Pero era demasiado tarde.

Él había llegado demasiado tarde.

Bajo el acero hechizado, bajo la mano de Holland, el rey se había quedado inmóvil. La sangre estaba apelmazada sobre su torso, manchaba su barba, brillaba en sus ojos abiertos, vacíos.

Ros Vortalis estaba muerto.

Holland se tambaleó sobre sus pies, el metal maldito cayó desde sus dedos y aterrizó sobre las fichas abandonadas de *ost*. No rodó, sino que chapoteó suavemente en un charco de sangre. Sangre que ya manchaba las manos de Holland, salpicaba su piel.

—Guardias —dijo una vez, en voz baja, y luego continuó, levantando la voz de una forma en que nunca lo hacía—: ¡Guardias!

La habitación estaba demasiado quieta, el castillo demasiado silencioso.

Holland volvió a llamar, aunque nadie vino. Parte de él sabía que no vendrían, pero el *shock* lo quemaba, entremezclado con la pena, volviéndolo torpe, lento.

Se obligó a ponerse de pie, se puso de espaldas al cuerpo de Vor, sacó la espada que su rey —su amigo— le había dado el día que habían estado parados en el balcón, el día que Vor se convirtió en el Rey de Invierno, el día que Holland se convirtió en su caballero. Holland dejó a su rey y salió a toda velocidad por las puertas, al castillo siniestramente silencioso.

Llamó a los guardias otra vez, pero claramente estos ya estaban muertos.

Cuerpos desplomados hacia delante sobre mesas y contra paredes, pasillos vacíos y el mundo reducido al *ploc, ploc, ploc* de la sangre y el vino al caer contra el piso de

piedra blanca. Debió haber pasado en minutos. Segundos. El tiempo que tomaba prender un cigarrillo, aspirar, exhalar un soplido de humo maldito.

Holland no vio el hechizo escrito en el piso.

Definitivamente no sintió la habitación desacelerándose alrededor de él, hasta que cruzó la línea de magia y su cuerpo se arrastró súbitamente como a través de agua en vez de aire.

En algún lugar, desde el que venía el eco contra las paredes del castillo, alguien reía.

Era una risa tan distinta a la de Talya, tan distinta a la de Vor. No tenía dulzura, ni riqueza, ni calidez. Una risa tan fría y afilada como el vidrio.

—Mira, Athos —dijo la voz—. Atrapé un premio.

Holland intentó darse vuelta, arrastrar su cuerpo hacia el sonido, pero fue demasiado lento y el cuchillo vino desde atrás, una hoja punzante que se hundió profundo en su muslo. El dolor encendió su mente como una luz, mientras caía sobre una rodilla.

Una mujer bailaba a los bordes de su vista. Piel blanca. Pelo blanco. Ojos como hielo.

—Hola, cosa bonita —dijo, retorciendo el cuchillo hasta que Holland gritó de verdad. Un sonido que resonó a través del castillo demasiado silencioso, solo para ser interrumpido por un destello de plata, una estocada de dolor, un látigo que se cerraba alrededor de su garganta, robándose el aire, robándose todo. Un tirón rápido y Holland fue forzado hacia adelante, a manos y rodillas, su garganta en llamas. No podía respirar, no podía hablar, no podía hechizar la sangre que ahora caía al suelo debajo de él.

—Ah —dijo una voz—, el infame Holland. —Una figura pálida avanzó con pasos largos, enrollando el mango del látigo alrededor de sus dedos—. Tenía la esperanza de que sobrevivieras.

La figura se detuvo al borde del hechizo y se dejó caer en cuclillas frente a la forma desplomada de Holland. De cerca, su piel y cabello eran del mismo blanco que el de la mujer, sus ojos del mismo azul glacial.

—Ahora —dijo el hombre con una sonrisa lenta—. ¿Qué hacemos *contigo*?



Alox estaba muerto.

Talya estaba muerta.

Vortalis estaba muerto.

Pero Holland no.

Estaba atado a un marco de metal, su piel ardía de fiebre y tenía las extremidades abiertas como una polilla a mitad de vuelo. Caían gotas de sangre al piso de piedra, un charco rojo intenso se había formado a sus pies.

Podría haber lanzado cien hechizos con toda esa sangre, pero su mandíbula estaba cerrada a la fuerza con unas correas. Se había despertado con la mordaza alrededor de la cabeza, los dientes cerrados con tanta fuerza que lo único que consiguió fue emitir un sonido gutural, un quejido, un sollozo de dolor.

Athos Dane nadaba en su vista, esos ojos azul helado y esa boca retorcida, una sonrisa que se asomaba bajo la superficie como un pez debajo del hielo delgado.

—Quiero escuchar tu voz, Holland —dijo el hombre, deslizando el cuchillo por debajo de su piel—. Canta para mí. —La hoja se hundió más, explorando en busca de nervios, mordiendo tendones, desplazándose entre huesos.

Holland tembló contra el dolor, pero no gritó. Nunca lo hizo. Era un consuelo pequeño al final, una esperanza voluble de que si no se quebraba, Athos simplemente se rendiría y simplemente lo mataría.

No *quería* morir. Al principio no. En las primeras horas —días—, había resistido, hasta que el marco de metal había penetrado la piel, hasta que el charco de sangre era lo bastante grande como para verse en él, hasta que el dolor se transformó en un manto y se le borroneó la mente, privado de comida, de descanso.

—Qué pena —musitó Athos cuando Holland no emitió sonido alguno. Se giró hacia una mesa que tenía, entre otras tantas cosas espantosas, un bol de tinta. Sumergió el cuchillo manchado de sangre en este, cubriendo el acero rojo de negro.

El estómago de Holland se revolvió al verlo. Tinta y sangre, estos eran objetos de *maldiciones*. Athos volvió a él y apoyó una mano abierta sobre las costillas de Holland, saboreó claramente el salto en la respiración, el traspié del corazón, las pequeñas señales del terror.

—Crees que sabes —dijo en voz baja— lo que tengo planeado para ti. —Levantó el cuchillo, llevó la punta a la piel pálida, intacta, sobre el corazón de Holland, y sonrió—. No tienes idea.



Cuando terminó, Athos Dane dio un paso atrás para admirar su trabajo.

Holland estaba desplomado en el marco de metal, sangre y tinta se derramaban sobre su pecho arruinado. Le zumbaba la cabeza con magia, aunque alguna parte vital de él había sido arrancada.

No, arrancada no. Enterrada.

—¿Terminaste?

La voz pertenecía a la otra Dane. Holland arrastró la cabeza hacia arriba.

Astrid estaba parada en el umbral detrás de su hermano, con los brazos cruzados perezosamente sobre el torso.

Athos, con su sonrisa de satisfacción, movió el cuchillo como si fuera un pincel.

—No puedes apurar a un artista.

Ella chasqueó la lengua, esa mirada gélida rastrilló el pecho mutilado de Holland, mientras se acercaba y sus botas rasgaban con dureza la piedra.

—Dime, hermano —dijo, pasando un dedo frío juguetonamente por el brazo de Holland—. ¿Crees que es sensato que nos quedemos con esta mascota? —Arrastró una uña por su hombro—. Quizá muerda.

—¿De qué sirve una bestia que *no puede* hacerlo?

Athos deslizó el cuchillo a lo largo de la mejilla de Holland, cortando la correa de cuero de la mordaza alrededor de su boca. El dolor se disparó por su mandíbula al aflojarse esta, los dientes doloridos. El aire se abalanzó a sus pulmones, pero cuando intentó hablar, invocar los hechizos que había mantenido listos en su lengua, estos se congelaron en su garganta tan súbitamente que se atragantó con ellos y casi vomita.

Una muñeca quedó libre de la esposa y luego la otra y Holland se tambaleó hacia adelante, sus extremidades encendidas de dolor casi cedieron bajo el repentino peso, mientras Athos y Astrid estaba ahí parados, simplemente *observando*.

Quería matarlos a ambos.

Quería y no podía.

Athos había tallado las líneas de la maldición una por una, había sumergido las reglas del hechizo en su piel con acero y tinta.

Holland intentó cerrar su mente a la magia, pero ya estaba adentro de él, quemándole el pecho, introducida como una estaca atravesada en la carne y la mente y el alma.

Las cadenas del hechizo eran cosas rígidas, articuladas. Se retorcían a través de su cabeza, aferradas como con hierro pesado alrededor de cada extremidad.

«Obedece», decían, no a su mente, ni corazón, solo a sus manos, a sus labios.

El comando estaba escrito en su piel, entrelazado en sus huesos.

Athos ladeó la cabeza e hizo un gesto distraído.

—Arrodíllate.

Como Holland no hizo movimiento alguno para obedecer, un bloque de piedra lo golpeó en los hombros, un repentino peso invisible y feroz lo obligó a ir hacia adelante. Luchó para mantenerse en pie y el hechizo de amarre restalló en sus nervios, machacó sus huesos.

La vista se le puso blanca y algo demasiado cercano a un grito se le escapó de la boca dolorida, antes de que las piernas finalmente se le doblaran y las espinillas encontraran el piso de piedra frío.

Astrid aplaudió una vez, complacida.

—¿Lo probamos?

Un sonido, mitad maldición, mitad llanto, sonó por la habitación cuando un hombre fue traído a rastras a la habitación, con las manos atadas detrás de la espalda. Estaba ensangrentado, golpeado, su rostro más roto que otra cosa, pero Holland lo reconoció como uno de los hombres de Vor. El hombre tambaleó y fue levantado. En cuanto vio a Holland, algo se movió en él. Cayó. Boca abierta.

—*Traidor*.

—Rebánale el pescuezo —instruyó Athos.

Las palabras se expandieron por las extremidades de Holland.

—No —dijo con voz ronca. Era la primera palabra que lograba decir en días y fue inútil, sus dedos se movieron antes de que su mente pudiera registrarlo. El rojo surgió en la garganta del hombre y este cayó, sus últimas palabras ahogadas en sangre.

Holland se quedó mirando su propia mano, el filo de cuchillo carmesí.

Dejaron el cuerpo donde había caído.

Y trajeron a otro.

—No —gruñó Holland al verlo. Un muchacho de las cocinas, de apenas catorce años, quien lo miró con ojos grandes, inseguros.

—Ayúdame —rogó.

Luego trajeron a otro.

Y a otro.

Uno por uno, Athos y Astrid hicieron desfilar los restos de la vida de Vor ante Holland y una y otra vez le ordenaron que les rebanara la garganta. Todas las veces, él intentó resistirse a la orden. Todas las veces, falló. Todas las veces tuvo que mirarlos a los ojos y ver su odio, la traición, la confusión atormentada antes de que él los tajeara.

Los cuerpos se apilaron. Athos observó. Astrid sonrió.

La mano de Holland se movía como con los hilos de una marioneta.

Y su mente gritó hasta que finalmente perdió la voz.

IV

Lila no podía dormir.

La pelea no dejaba de darle vueltas en la cabeza, calles oscuras y cuchillos afilados, el corazón le latía tan fuerte que estaba segura de que el sonido despertaría a Kell. A mitad de la noche, se levantó del catre, cruzó el pequeño camarote en dos pasos y se dejó caer contra la pared de enfrente, llevó un cuchillo a descansar sobre una rodilla, un consuelo pequeño pero familiar.

Era tarde, o temprano, ese tiempo de oscuridad intensa justo antes de los primeros rastros del día, y hacía frío en el camarote; tiró del abrigo para que cayera desde el gancho y se lo puso y metió la mano libre en el bolsillo en busca de calor. Sus dedos rozaron piedra, plata, plata, y pensó en las palabras de Alucard.

«Necesitarán una pieza para entrar. Algo valioso».

Buscó entre sus magras posesiones algo lo suficientemente precioso para comprar su entrada. Estaba el cuchillo que le había quitado a Fletcher, con su filo serrado y su mango con nudillera, y después estaba el que le había ganado a Lenos, con el artilugio oculto que dividía la hoja en dos. Estaba el trozo de mármol blanco manchado de sangre que una vez había pertenecido al rostro de Astrid Dane. Y por último, un peso cálido y constante en el fondo de su bolsillo, el reloj de Barron. El único lazo al mundo que había dejado atrás. A la vida que había dejado. Lila sabía, con una certeza que le llegaba a los huesos, que los cuchillos no serían suficientes. Eso dejaba su llave al Londres Blanco y su llave al Gris. Cerró los ojos, aferró los dos *souvenirs* hasta que dolió, sabiendo cuál era inútil y cuál le compraría el pasaje.

Detrás de sus ojos, vio el rostro de Barron el día que ella regresó a Tiro de Piedra, el humo del barco en llamas aún se elevaba tras ella. Escuchó su propia voz ofreciendo el reloj robado como pago. Sintió la pesada calidez de la mano que le cerraba los dedos alrededor del reloj, le decía que se lo quedara. Lo había dejado atrás, sin embargo, la noche que siguió a Kell, más una muestra de gratitud que otra cosa, el único adiós que podía dar. Pero el reloj había regresado a ella de manos de Holland, manchado con la sangre de Barron.

Era parte de su pasado ahora.

Y aferrarse a él no traería a Barron de vuelta.

Lila regresó sus cosas al abrigo y dejó que la cabeza se le cayera para atrás contra la pared del camarote.

En el catre, Kell se movió en sueños.

Arriba, el sonido apagado de alguien que caminaba en la cubierta.

El suave chapoteo del mar. El balanceo del barco.

Se le estaban cerrando los ojos cuando escuchó un breve suspiro de dolor. Ella se sacudió hacia adelante, alerta, pero Kell seguía dormido. Lo escuchó otra vez y se puso de pie de un salto, con el cuchillo listo, mientras seguía el sonido por el estrecho pasillo hacia el camarote donde mantenían a Holland.

Este estaba sobre su espalda en el catre, sin cadenas, ni siquiera vigilado, y soñaba… pesadillas, aparentemente. Tenía los dientes apretados, el pecho subía y bajaba como en *staccato*. Todo su cuerpo temblaba, clavaba los dedos en la manta debajo. Se le abrió la boca y un respiro se le atoró en la garganta. La pesadilla lo retorcía como una brisa helada, pero él nunca emitió un sonido.

Acostado ahí, atrapado en sus sueños, Holland se veía… expuesto.

Lila se quedó parada observando. Y después sintió que daba un paso adentro de la habitación.

Las tablas crujieron bajo su peso y Holland se tensionó en sueños. Lila contuvo la respiración, se quedó un instante donde estaba antes de cruzar el estrecho espacio y estirarse y…

Holland se disparó hacia adelante, cerró los dedos con extremada fuerza alrededor de la muñeca de ella. El dolor estalló por el brazo de Lila. No había electricidad, ni magia, solo piel sobre piel y el rechinar de los huesos.

Los ojos de Holland estaban afiebrados cuando encontraron los de ella en la oscuridad.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Las palabras salieron sibilantes como el viento por entre una grieta.

Lila se liberó de un tirón.

—Estabas teniendo una pesadilla —espetó ella, frotándose la muñeca—. Iba a despertarte.

Los ojos de Holland apuntaron hacia el cuchillo en su otra mano. Se había olvidado que estaba ahí. Se obligó a envainarlo.

Ahora que estaba despierto, el rostro de Holland era una máscara de calma, su tensión solo traicionada por un arroyuelo de sudor que le caía desde la sien, dibujando una línea lenta a lo largo de mejilla y mandíbula. Pero los ojos de él la siguieron mientras ella retrocedía hasta la puerta.

—¿Qué? —dijo ella, cruzándose de brazos—. ¿Tienes miedo de que te mate mientras duermes?

—No.

Lila lo observó.

—No he olvidado lo que hiciste.

Ante eso, Holland cerró los ojos.

—Yo tampoco.

Ella se quedó ahí, sin saber bien qué decir, qué hacer, atada por esa inhabilidad. Tenía la sensación de que Holland no estaba tratando de dormir, ni intentaba echarla tampoco. Le estaba dando la chance de atacarlo, estaba probando su determinación de no hacerlo.

Era tentador y, sin embargo, de alguna manera, no lo era y eso la enfurecía más que nada. Lila resopló y se dio vuelta para irse.

—Aunque sí te salvé la vida —dijo en voz baja.

Ella titubeó, se dio vuelta.

—Fue una vez.

El leve arqueo de una ceja, el único movimiento en el rostro de Holland.

—Dime, Delilah, ¿cuántas veces tomará?

Ella negó con la cabeza indignada.

—El hombre en Tiro de Piedra —dijo—. El del reloj. Al que le cortaste la garganta. No merecía morir.

—La mayoría de la gente no lo merece —dijo Holland con calma.

—¿En algún momento consideraste perdonarle la vida?

—No.

—¿Aunque sea titubeaste antes de matarlo?

—No.

—¿Por qué no? —gruñó ella, el aire vibró con su furia.

Holland le sostuvo la mirada.

—Porque era más fácil.

—Yo no…

—Porque si me detenía, hubiera pensado, y si hubiera pensado, habría recordado, y si hubiese recordado, habría… —Tragó saliva, el más leve movimiento en la garganta—. No, no titubeé. Le corte el pescuezo y agregué su muerte a las que cuento todos los días al despertarme. —Sus ojos se endurecieron sobre ella—. Ahora dime, Delilah, ¿cuántas vidas has terminado? ¿Sabes el número?

Lila comenzó a responder, pero se detuvo.

La verdad —la enfurecedora, crispante, repugnante verdad— era que no lo sabía.



Lila volvió a su camarote hecha una furia.

Quería dormir, quería pelear, quería deshacerse del miedo y la furia que se alzaban en su garganta como un grito. Quería disipar las palabras de Holland, arrancar el recuerdo del cuchillo entre sus costillas, sofocar el terrible instante en que esa temeraria adrenalina del peligro se transformó en miedo helado.

Quería olvidar.

Kell estaba casi de pie, con el abrigo en una mano, cuando ella entró.

Quería sentir…

—Ahí estás —dijo él, con el pelo revuelto en el dormir—. Estaba yendo a buscar… —Lila lo tomó de los hombros y presionó su boca contra la de él—… *te* —terminó de decir él, la palabra nada más que un suspiro entre sus labios.

… esto.

Kell le correspondió el beso. Lo profundizó. La corriente de magia era como una chispa en los labios de Lila.

Y entonces los brazos de Kell se ceñían alrededor de ella y en ese pequeño gesto, ella entendió, lo sintió hasta en los huesos, ese magnetismo, no el pulso eléctrico del poder, sino la cosa debajo de este, el peso que nunca había entendido. En un mundo donde todo se mecía y tambaleaba y caía, esto era tierra firme.

Estar a salvo.

El corazón le latía con fuerza contra las costillas, una parte primitiva de ella decía «corre», y ella estaba corriendo, solo que no para irse. Estaba cansada de irse corriendo. Así que corría hacia Kell.

Y él la atrapó.

El abrigo de Kell cayó al piso, y luego estaban entre retrocediendo y tropezando adentro de la pequeña habitación. Le erraron a la cama, pero encontraron la pared —no estaba tan lejos— y cuando la espalda de Lila encontró el casco del barco, todo este pareció mecerse debajo de ellos, presionando el cuerpo de Kell contra el de ella.

Ella jadeó, no tanto por el peso repentino, sino más bien por la sensación de Kell contra ella, con una pierna entre las suyas.

Deslizó una mano debajo de la camisa de él con toda la gracia practicada de una ladrona. Pero esta vez ella *quería* que él sintiera su contacto, que sintiera cómo deslizaba las manos por sus costillas y las llevaba hacia su espalda, le presionaba los omóplatos con las yemas de los dedos.

—Lila —dijo con voz ronca a su oído, mientras el barco se enderezaba, se mecía hacia el otro lado y caían al catre.

Ella sujetó el cuerpo de Kell para llevarlo consigo, y él se sostuvo con los codos, se sujetó para cernirse sobre ella. Sus pestañas eran hebras de cobre alrededor de sus ojos negro y azul. Ella no lo había notado antes. Estiró la mano y le corrió el pelo para despejarle el rostro. Era suave —plumoso— donde el resto de él era afilado. Los pómulos le rasparon la mano. La cadera de Kell se empujó contra la de ella. Sus cuerpos chispeaban uno contra el otro, la energía eléctrica les surcaba la piel.

—Kell —dijo ella, la palabra algo entre un suspiro y un gemido.

Y entonces la puerta se abrió de golpe.

Alucard estaba parado en el umbral, empapado, como si acabara de caerse al mar, o el mar hubiese caído sobre él.

—Déjense de joder en el barco.

Kell y Lila lo miraron en silencio, estupefactos, y luego estallaron de risa al mismo tiempo que la puerta se cerraba de golpe.

Volvieron a caer contra el catre, la risa se fue apagando, solo para comenzar otra vez y romper el silencio por completo. Lila se rio hasta que le dolió el cuerpo e incluso cuando creyó que ya estaba, el sonido apareció como un hipo.

—Shhh —susurró Kell sobre su cabello y eso casi la desencadenaba otra vez. Ella rodó hacia él sobre el estrecho catre, apretujándose para no caer. Él le hizo espacio, puso un brazo bajo la cabeza y con el otro le rodeó la cintura para atraerla hacia él.

Olía a rosas.

Ella recordó haber pensado eso mismo cuando se conocieron e, incluso ahora, con el mar salado y la madera húmeda del barco, ella podía percibirlo, el aroma suave y dulce a jardín.

—Enséñame las palabras —susurró Lila.

—¿Hm? —preguntó él, soñoliento.

—Los hechizos de sangre. —Ella apoyó la cabeza sobre una mano—. Quiero saberlos.

Kell suspiró con agotamiento simulado.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. —Ella rodó sobre su espalda, los ojos apuntaron al techo de madera —. Lo que pasó en Rosenal… No planeo dejar que pase otra vez. Nunca más.

Kell se incorporó sobre un codo para mirarla. La miró por un largo momento, inquisitivamente, y luego una sonrisa traviesa destelló en su rostro.

—Está bien —dijo—. Yo te enseñaré.

Las pestañas cobrizas se hundieron bien abajo sobre los ojos de dos colores.

—Está *As Travars*, para viajar entre mundos.

Ella revoleó los ojos.

—Ese lo sé.

Él descendió una fracción, llevando los labios a su oreja.

—Y *As Tascen* —continuó, su aliento cálido—. Para moverse dentro de un mundo.

Ella sintió un escalofrío de placer cuando sus labios le rozaron la mandíbula.

—Y *As Hasari* —murmuró él—, para sanar.

Su boca encontró la de ella, le robó un beso antes de decir:

—*As Staro*, para sellar.

Y ella lo hubiera dejado quedarse ahí, pero su boca continuó hacia abajo.

—*As Pyrata*.

Un respiro contra la base del cuello.

—Para quemar.

Las manos de él se deslizaron por debajo de la tela de su camisa.

—*As Anasae*.

Un calor floreció entre sus senos.

—Para disipar.

Sobre su ombligo.

—*As Steno*.

Una mano desató los nudos de su pantalón.

—Para romper.

Se lo quitó.

—*As Orense*.

Dientes le rozaron la pelvis.

—Para abrir…

La boca de Kell fue a descansar entre sus piernas y ella se arqueó hacia él, enredó los dedos en sus rizos caoba, mientras el calor circulaba a través de ella. Un hormigueo dulce en su piel. Ardió por dentro y su respiración se volvió agitada, estrujó las sábanas sobre su cabeza con una mano, mientras algo como magia se alzaba dentro suyo, una marea que creció y creció hasta que no pudo contenerla más.

—Kell —gimió cuando el beso se hizo más profundo. Le tembló todo el cuerpo de poder y cuando por fin se dejó ir, estalló en una oleada eléctrica y sublime a la vez.

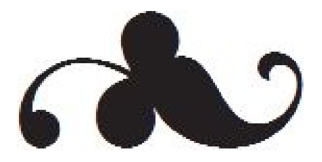
Lila colapsó hacia atrás contra las sábanas, con algo entre una risa y un suspiro, el camarote entero zumbaba como resultado, las sábanas chamuscadas donde ella las sujetaba.

Kell se levantó y se acomodó al lado de ella otra vez.

—¿Fue la lección suficientemente buena? —preguntó él, su propia respiración todavía irregular.

Lila sonrió, luego rodó sobre él y se montó sobre su cintura. Los ojos de Kell se abrieron, su pecho subía y bajaba debajo de ella.

—Bueno —dijo ella, guiando las manos de Kell hacia arriba sobre las sábanas—. Veamos si lo recuerdo todo.



Se quedaron acostados presionados uno contra el otro en el estrecho catre, el brazo de Kell alrededor de ella. El fuego del momento se había ido, reemplazado por una calidez placentera, constante. Él tenía la camisa abierta y ella llevó las yemas de los dedos a la cicatriz sobre su pecho, trazó los círculos distraídamente, hasta que los ojos de él se cerraron lentamente.

Lila sabía que no se quedaría dormida. No así, cuerpo contra cuerpo en la cama.

Usualmente dormía con la espalda contra la pared.

Usualmente dormía con un cuchillo en la rodilla.

Usualmente dormía *sola*.

Pero pronto el barco quedó en silencio; el pequeño esquife se mecía suavemente sobre la corriente y la respiración de Kell era suave y regular, su pulso como un arrullo contra su piel, y por primera vez desde que podía recordar, Lila se quedó bien y verdadera y profundamente dormida.

V

—Por los santos —murmuró Alucard—, *empeora*.

Escupió la más reciente tanda de café matutino por un costado del barco. Jasta gritó desde el timón, pero las palabras se perdieron en la brisa, y él se limpió la boca con el dorso de la mano y levantó la vista para ver el Aguas Movedizas tomando forma en el horizonte.

Primero solo un espectro y luego, lentamente, un barco.

Cuando partió por primera vez hacia la nave infame de Maris, lo hizo esperando encontrar algo como el puerto de Sasenroche o el mercado nocturno de Londres, solo que en el mar. *Is Ferase Stras* no era como ninguno. Era de hecho un barco, o mejor dicho, varios que se unían como un coral sobre el mar azul intenso. Cuadrados de lona estirados por aquí y sumergidos por allá convertían la red de cubiertas y palos en algo que se parecía a un nido de carpas.

Toda la cosa se veía inestable, una torre de naipes a punto de caerse, que subía y bajaba y se mecía con la brisa invernal. Tenía el aire desgastado de las cosas que han durado por muchísimo tiempo. Solo crecía, pero no derribado y reconstruido por capricho o vendaval, sino en capas añadidas como pintura.

Sin embargo, había una extraña elegancia en la locura, un orden en el caos, que el silencio que cubría el barco hacía más severo. No había gritos desde ninguna de las cubiertas. No había capas de voces haciendo eco en la brisa. Todo el asunto se posaba silenciosamente sobre las olas, una estancia destartalada bañándose al sol.

Habían pasado casi dos años desde que Alucard había visto el navío de Maris y verlo, aún lo dejaba extrañamente maravillado.

Bard apareció al lado suyo en la barandilla.

Emitió un silbido bajo, sus ojos bien abiertos con la misma luz hambrienta.

Ya había un pequeño barco al lado del mercado flotante y mientras El Fantasma bajaba la velocidad, Alucard pudo divisar a un hombre, delgado como un esqueleto y curtido por el sol y el mar, que era escoltado afuera del barco de Maris.

—¡Esperen! —estaba diciendo el hombre—. Pagué mi cuota. Déjenme seguir buscando. ¡Encontraré otra cosa!

Pero los hombres que le sostenían los brazos parecían ajenos a sus ruegos y protestas y lo arrojaron por la borda. Cayó varios metros antes de aterrizar en la cubierta de su pequeño navío, quejándose del dolor.

—Un consejo —dijo Alucard alegremente—. Cuando Maris dice que es hora de irte, tú vete.

—No te preocupes —dijo Bard—. Me comportaré lo mejor posible.

No era una idea reconfortante. Según le parecía a Alucard, ella sabía comportarse de una sola manera y usualmente terminaba con varios muertos.

En manos de Jasta, El Fantasma bajó la velocidad y se acercó al *Ferase Stras*. Un tablón fue deslizado al lugar entre El Fantasma y el borde del mercado flotante, que llevaba a una plataforma cubierta con una sencilla puerta de madera. Cruzaron la tabla uno a la vez, Jasta adelante, luego Lila y Kell, con Alucard a la retaguardia. Después de una hora de desacuerdos, se había tomado la decisión de dejar a Holland atrás con Hastra y Lenos.

El *antari* que se quedaba fue esposado otra vez, pero Holland y Kell deben haber llegado a un acuerdo, porque le habían concedido la libertad de moverse a bordo del barco. Alucard había entrado en la cocina y había visto al mago sentado en la angosta mesa con una taza de *té*. Ahora Holland estaba parado en la cubierta, apoyado contra el palo a la sombra de la vela mayor, con los brazos tan cruzados como las cadenas se lo permitían, la cabeza inclinada hacia el cielo.

—¿Tenemos que tocar? —preguntó Lila, sonriéndole a Alucard, pero antes de que pudiera estirarse y golpear la puerta con los nudillos, esta se abrió de golpe y un hombre dio un paso adelante, vestido con elegantes ropas blancas. Eso, más que nada, hizo la escena surrealista.

La vida en el mar era una pintura hecha principalmente de tonos apagados —el sol y la sal desteñían los colores, el sudor y la mugre transformaban el blanco en gris —. Sin embargo, el hombre estaba parado en el medio de la espuma de mar y a la luz de la media mañana impecable en sus pantalones color leche y su túnica inmaculada.

Sobre la cabeza, el hombre llevaba algo que era como un velo y un casco a la vez. Le rodeaba la cabeza y caía sobre la frente y le cruzaba los pómulos. El espacio entremedio mostraba sus ojos, que eran del tono más claro de marrón, bordeados de largas pestañas negras. Era precioso. Siempre había sido precioso.

Al ver a Alucard, la figura ladeó la cabeza.

—¿No acabo de deshacerme de ti?

—También me alegra verte, Katros —dijo contento.

La mirada del hombre pasó de Alucard hacia los otros e hizo una pausa por un instante en cada uno antes de estirar una mano.

—Sus piezas.

Las presentaron: Jasta, una pequeña esfera de metal llena de agujeros que silbaban y susurraban; Kell, una moneda del Londres Gris; Lila, un reloj de plata; y Alucard, el vial de líquido onírico que había recolectado en Rosenal. Katros desapareció detrás de la puerta y los cuatro se quedaron parados en silencio en la plataforma durante varios minutos, antes de que regresara para dejarlos pasar.

Kell atravesó la puerta primero, desapareciendo en el espacio en sombras más allá de esta, seguido por Bard, con sus pasos ligeros y silenciosos, y luego Jasta… pero cuando la capitana de El Fantasma comenzó a avanzar, Katros le bloqueó el paso.

—Esta vez no, Jasta —dijo con firmeza.

La mujer frunció el ceño.

—¿Por qué no?

Katros se encogió de hombros.

—Maris elige.

—Mi obsequio era bueno.

—Quizá. —Fue todo lo que el hombre dijo.

Jasta dejó escapar algo que pudo haber sido una maldición, o quizá simplemente un gruñido, demasiado bajo como para que Alucard pudiera analizarlo. Eran aproximadamente del mismo tamaño ella y Katros, incluso teniendo en cuenta el casco, y Alucard se preguntó qué pasaría si ella intentaba pasar a la fuerza. Dudó que terminara bien para alguno, así que sintió alivio cuando ella levantó las manos y volvió cabizbaja a El Fantasma.

Katros giró hacia él, con una sonrisa burlona apostada en sus labios como una flecha.

—Alucard —dijo, examinando al capitán con esos ojos claros. Y luego agregó, por fin—: Entren.

VI

Kell entró en la habitación y se detuvo en seco.

Había esperado una contradicción del espacio, un interior tan extraño y misterioso como la apariencia del barco.

En lugar de eso, se encontró con un habitación de más o menos el mismo tamaño del camarote de Alucard a bordo del Aguja Nocturna, aunque mucho más abarrotado. Gavetas rebosantes de chucherías, estantes llenos de libros y enormes baúles abrazaban cada pared, algunos cerrados y otros abiertos (y uno que temblaba como si dentro hubiese algo no solo vivo sino deseoso de salir). No había ventanas y, con tanto desorden, Kell habría esperado que la habitación oliese a tufo, a polillas, pero se sorprendió al encontrar el aire fresco y limpio, el único aroma era tenue pero placentero, como a papel viejo.

Había una mesa grande en el centro de la habitación, con un enorme sabueso blanco —aunque en realidad se parecía menos a un perro y más a una pila de libros metidos debajo de una alfombra peluda— que roncaba suavemente debajo.

Y ahí, detrás de la mesa, sentada estaba Maris.

La reina del mercado flotante.

Maris era vieja, vieja como nadie que Kell hubiese visto jamás. Su piel era oscura incluso para los estándares arnesianos, su superficie estaba agrietada con cientos de líneas, como la corteza de un árbol. Pero como el centinela en la puerta, su atuendo —una túnica blanca impoluta atada a la garganta— carecía incluso hasta de la arruga más pequeña. Su largo cabello gris estaba tirado hacia atrás, apartado de su rostro curtido, y se derramaba entre sus hombros en una lámina de metal angosta. Llevaba plata en ambas orejas y en ambas manos, en una de las cuales sostenía sus fichas, mientras la otra doblaba sus dedos huesudos alrededor del puño plateado de un bastón.

Y alrededor de su cuello —junto a tres o cuatro cadenas plateadas más— colgaba el legador. Era del tamaño de un pequeño pergamino, tal como Tieren había descripto, no exactamente un cilindro, sino algo de unos seis u ocho lados —no podía distinguirse desde aquí—, todos cortos y planos y moldeados para formar una columna, cada cara intrincadamente estampada, y la base se estrechaba hacia una punta de huso.

Cuando todos estuvieron ahí —todos menos Jasta, quien aparentemente había sido rechazada—, Maris se aclaró la garganta.

—Un reloj de bolsillo. Una moneda. Y un vial de azúcar. —Su voz no tenía nada de la fragilidad de la edad, era profunda y baja y llena de desprecio—. Debo admitirlo, me decepcionan.

Su mirada se alzó, revelando ojos del color de la arena.

—El reloj ni siquiera está hechizado, aunque supongo que eso podría ser la mitad de su encanto. ¿Y es esto sangre? Bueno, ahí tienes la otra mitad. Aunque sí disfruto de un objeto con historia. En cuanto a la moneda, sí, me doy cuenta de que no es de aquí, pero está bastante gastada, ¿no es verdad? Respecto al sueño líquido, capitán Emery, al menos lo recordaste, aunque es innecesario, ya que pasaron dos años desde aquel punto. Pero debo decir que esperaba más de dos magos *antari* y el campeón del *Essen Tasch*… Sí, lo sé, los rumores viajan rápido y, Alucard, supongo que te debo unas felicitaciones, aunque dudo de que hayas tenido demasiado tiempo para celebrar, con esta sombra cerniéndose sobre Londres.

Todo esto fue dicho sin pausa o, hasta donde Kell podía discernir, sin la necesidad de un respiro. Pero eso no era lo que más lo perturbaba.

—¿Cómo sabe sobre el estado de Londres?

Maris dirigió su atención hacia él y comenzó a responder, luego entrecerró los ojos.

—Ah —dijo—, parece que has encontrado mi viejo abrigo. —Las manos de Kell se levantaron defensivamente al cuello de su chaqueta, pero Maris lo desestimó con un gesto de la mano—. Si lo quisiera, no lo habría perdido. La cosa tiene una mente propia, creo que el hechizo debe estar deshilachándose. ¿Aún come monedas y escupe pelusas? ¿No? Debe ser por ti.

Kell no pudo meter ni un bocadillo, ya que Maris parecía más que satisfecha continuando su conversación sin interlocutores. Él se preguntó si la anciana estaba un poco fuera de sus cabales, pero los ojos pálidos de la mujer se disparaban de objetivo en objetivo con toda la velocidad y precisión de un cuchillo bien lanzado.

Ahora su atención aterrizó en Lila.

—Eres una chuchería —dijo Maris—. Pero ya le he apostado a un demonio para conservar. ¿Te han dicho que tienes algo en el ojo? —Inclinó la mano para que las fichas se cayeran con brusquedad a la mesa—. El reloj debe ser tuyo, mi querida viajera. Huele a cenizas y sangre en vez de a flores.

—Es la cosa más preciada que tengo —dijo Lila con dientes apretados.

—*Tenías* —corrigió Maris—. Oh, no me mires así, cariño. *Tú* lo cediste. —Sus dedos se apretaron contra el bastón, provocando un crujido de ligamento y hueso—. Deben querer algo más. ¿Qué trae a un príncipe, un noble y una extraña a mi mercado? ¿Han venido con un solo trofeo en mente o están aquí para echar un vistazo?

—Solo queremos… —comenzó a decir Kell, pero Alucard palmeó su hombro con una mano.

—Ayudar a nuestra ciudad —dijo el capitán.

Kell le lanzó una mirada de confusión, pero tuvo la sensatez de no decir nada.

—Tienes razón, Maris —continuó Alucard—. Una sombra ha caído sobre Londres y nada de lo que tenemos puede detenerla.

La anciana repiqueteó las uñas contra la mesa.

—Y yo que pensaba que Londres no quería nada que ver *contigo*, Maestro Emery.

Alucard tragó.

—Quizá así sea —dijo, echando una mirada oscura en dirección a Kell—. Pero a mí todavía me importa.

La atención de Lila estaba apuntada hacia Maris.

—¿Cuáles son las reglas?

—Esto es un mercado negro —dijo Maris—. No hay reglas.

—Esto es un barco —argumentó Lila—. Y todo barco tiene sus reglas. El capitán las impone. A menos, claro, que no *seas* la capitana de este barco.

Maris mostró los dientes.

—Soy capitana y tripulación, comerciante y ley. Todos a bordo trabajan para mí.

—Son familiares, ¿no es cierto? —dijo Lila.

—Cállate, Bard —advirtió Alucard.

—Los dos hombres que arrojaron al otro por la borda se parecen a ti, y el que hace guardia en la puerta, ¿Katros era?, tiene tus ojos.

—Eres perceptiva —dijo— para ser una chica con solo un ojo propio. —La mujer se puso de pie y Kell esperó escuchar el crujido y el ruido seco de los huesos viejos al asentarse. En lugar de eso, solo oyó una suave exhalación, el susurró de la tela al acomodarse—. Las reglas son bastante simples: sus piezas les compran la entrada a este mercado, no compran nada más. Todo lo que hay a bordo tiene un precio, elijan o no pagarlo.

—Y supongo que solo podemos elegir una cosa —dijo Lila.

Kell recordó al hombre arrojado por la borda, la forma en que pedía otra oportunidad.

—Sabe, señorita Bard, *existe* la posibilidad de ser tan filoso como para terminar rebanado uno mismo.

Lila sonrió, como si hubiera recibido un halago.

—Por último —continuó Maris, con una mirada punzante hacia ella—, el mercado está protegido de cinco maneras contra actos de magia y robo. Los aliento a que no intenten poner nada en sus bolsillos antes de que sea de ustedes. No terminará bien.

Con eso, Maris tomó asiento, abrió un libro de registros y empezó a escribir.

Se quedaron parados ahí, esperando que dijera algo más o los dispensara, pero después de varios momentos incómodos, durante los cuales los únicos sonidos fueron el traqueteo de un arcón, el chapoteo del mar y el roce de su pluma, los dedos huesudos de Maris apuntaron a la segunda puerta ubicada entre dos pilas de cajas.

—¿Por qué siguen aquí? —dijo sin levantar la mirada, y esa fue toda la despedida que obtuvieron.



—¿Por qué tomarnos la molestia de recorrer el barco? —preguntó Kell apenas atravesaron la puerta—. Maris tiene lo único que necesitamos.

—Y eso es lo último que le vas a *decir* —espetó Alucard.

—Cuanto más quieres algo de alguien —agregó Lila—, menos querrá ese alguien desprenderse de eso. Si Maris descubre qué es lo que realmente *necesitamos*, perderemos todo el poder que tenemos para negociar. —Kell se cruzó de brazos y parecía a punto de contradecirla, pero ella insistió—. Somos tres y solo un legador, lo que significa que ustedes dos deben encontrar algo que comprar. —Antes de que alguno de los hombres pudiera protestar, ella los interrumpió—. Alucard, no puedes pedir el legador, porque eres quien se lo dio, y Kell, no te ofendas, pero tú tiendes a hacer enojar a la gente.

Kell frunció el ceño.

—No veo cómo eso…

—Maris es una *ladrona* —dijo Lila—, y una extremadamente buena, por el aspecto de este barco, así que ella y yo tenemos algo en común. Déjenme el legador a mí.

—¿Y qué se supone que debemos hacer *nosotros*? —preguntó Kell, señalando al capitán y a sí mismo.

Alucard hizo un gesto con el brazo que abarcó el mercado, y el zafiro destelló sobre su ojo.

—Comprar.

VII

Holland seguía odiando estar en el mar —el subibaja del barco, la constante sensación de desequilibrio—, pero moverse ayudaba, un poco. Los grilletes aún emitían esa presión sofocante, que embotaba, pero el aire en la cubierta era fresco y vigorizante, y si cerraba los ojos, casi podía imaginar que estaba en otro lado, pero dónde estaría, Holland honestamente no lo sabía.

Sintió una punzada en el estómago, que seguía vacío desde las primeras horas a bordo, y se abrió paso hacia la bodega a regañadientes.

El anciano, Ilo, estaba parado ante el estrecho mostrador de la cocina, enjuagando papas y canturreando para sí. No se había detenido cuando Holland entró, ni siquiera bajó el volumen de su melodía, tan solo siguió como si no supiera que el mago estaba ahí.

Había un bol con manzanas en el centro de la mesa y Holland se estiró hacia ellas, las cadenas rasparon la madera. Aun así, el cocinero no se movió. Entonces, el gesto era intencionado, pensó Holland, al girar para irse.

Pero el camino estaba bloqueado.

Jasta estaba parada en el umbral de la puerta, le llevaba media cabeza de altura a Holland, sus ojos lo apuntaban. No había amabilidad en esa mirada y tampoco había rastros de los demás detrás de ella.

Holland frunció el ceño.

—Qué rápido…

Se quedó callado al ver el cuchillo en la mano de la capitana. Una muñeca esposada se apoyó en la mesa, la manzana en la otra mano, una cadena corta entre ambas. Había perdido la astilla que tenía entre el metal y la piel, pero había un cuchillo de pelar cerca en la encimera, el mango a mano. No se movió hacia este, todavía no.

Era una habitación estrecha e Ilo seguía lavando y canturreando como si nada pasara, ignorando intencionalmente la tensión creciente.

Jasta sostenía el cuchillo sin apretar, con una comodidad que le dio que pensar a Holland.

—Capitana —dijo cuidadosamente.

Jasta bajó la mirada hacia su cuchillo.

—Mi hermano está muerto —dijo lentamente— por tu culpa. La mitad de mi tripulación se ha ido por tu culpa.

Dio un paso hacia él.

—Mi ciudad está en peligro por tu culpa.

Él se mantuvo firme donde estaba. Ella estaba cerca ahora. Lo bastante cerca como para usar el cuchillo antes de que él pudiera detenerla sin que las cosas se pusieran feas.

—Quizá dos *antari* basten —dijo, llevando la punta del cuchillo a descansar sobre el cuello de Holland. Ella le sostuvo la mirada mientras presionaba hacia abajo, probando, hundiendo el cuchillo s'plo lo suficiente como para que saliera sangre, antes de que una nueva voz hiciera eco más allá en el pasillo. Hastra. Seguido por Lenos. Sus pasos bajaban rápidamente por la escalera.

—Quizá —dijo otra vez ella, dando un paso atrás—, pero no estoy dispuesta a arriesgarme.

Se dio vuelta y se fue raudamente. Holland se inclinó hacia atrás contra la encimera y se limpió la sangre de la piel, cuando aparecieron Hastra y Lenos e Ilo comenzó otra canción.

DIEZ

SANGRE Y AMARRES

I

Londres Gris

Ned Tuttle se despertó cuando alguien tocó a la puerta.

Ya terminaba la mañana y se había quedado dormido sobre una mesa de la taberna, las muescas del pentagrama de las maderas ahora marcadas en su rostro como los pliegues de una sábana.

Se incorporó, perdido un momento entre donde estaba y donde había estado.

Los sueños eran cada vez más extraños.

Todas las veces, se encontraba en un lugar distinto —en un puente que daba a un río negro, mirando hacia arriba a un palacio de mármol y carmesí y dorado— y todas las veces estaba perdido.

Había leído sobre hombres que podían caminar a través de los sueños. Podían proyectarse a sí mismos a otros lugares, otros tiempos; pero cuando caminaban, podían hablar con las personas y aprender cosas y siempre regresaban más sabios. Cuando Ned dormía, únicamente se sentía más y más solo.

Se movía como un fantasma a través de las muchedumbres de hombres y mujeres que hablaban idiomas que nunca había escuchado, cuyos ojos estaban inundados de sombras y con los bordes encendidos de luz. A veces parecían no verlo y otras veces lo veían, y esas eran las peores, porque entonces se estiraban para agarrarlo, arañarlo, y tenía que salir corriendo y todas las veces que huía, terminaba perdido. Y entonces escuchaba esa voz peculiar; el murmullo y el susurro, bajo y suave y constante como el agua sobre las rocas, las palabras apagadas por algún velo invisible entre ellos. Una voz llegaba como aquellas manos sombra que le cerraban los dedos alrededor de la garganta.

A Ned le latían las sienes *a tempo* con los golpes a la puerta, se estiró para tomar el vaso que había en la mesa que hasta recién le había servido de cama. Al darse cuenta de que el vaso estaba vacío, maldijo y tomó la botella que estaba justo tras sus dedos y la blandió de una forma que le hubiese ganado un reproche si todavía estuviera en su casa. En la misma mesa, desparramados, había papeles, tinta, el juego elemental que le había traído el caballero que se lo había comprado a Kell. Este último ítem repiqueteaba esporádicamente como si estuviese poseído (y lo *estaba,* los trocitos de hueso y piedra y las gotas de agua estaba intentando salir). Ned pensó,

adormilado, que quizá habían sido la fuente de los golpes, pero cuando puso la mano firmemente sobre la caja, el sonido aún llegaba desde la puerta.

—Voy —exclamó con voz ronca, al hacer una pausa para que su cabeza dejara de dar vueltas, pero cuando se levantó y giró hacia la puerta de la taberna, quedó boquiabierto.

La puerta se golpeaba a *sí misma,* sacudiéndose hacia adelante y atrás en su propio marco, forcejando contra la traba. Ned se preguntó si afuera soplaba un viento fuerte, pero cuando abrió las persianas, el cartel de la taberna estaba tan quieto como la muerte, bajo la luz de las primeras horas de la mañana.

Un escalofrío lo recorrió. Siempre había sabido que este lugar era especial. Había escuchado los rumores de los clientes tiempo atrás cuando había sido uno de ellos y ahora estos se inclinaban hacia adelante en sus banquetas para preguntarle a él, como si él supiera más que ellos.

—¿Es verdad…? —comenzaban a decir y la frase terminaba con una docena de preguntas diferentes.

—¿Qué este lugar está embrujado?

—¿Qué está construido sobre una línea ley?

—¿Qué está apoyado sobre dos mundos?

—¿Qué no pertenece a ninguno?

«Es verdad, es verdad», y Ned solo sabía que fuera lo que fuese, lo había atraído y ahora estaba atrayendo algo más.

La puerta siguió con su golpeteo fantasmal mientras Ned subía las escaleras a los tropezones y entraba a su habitación para buscar en los cajones. Finalmente encontró su ramo más grande de salvia y su libro de hechizos predilecto.

Estaba a mitad de camino por las escaleras, cuando el ruido cesó.

Ned regresó a la taberna, se persignó por las dudas, y dejó el libro sobre la mesa para pasar las páginas, hasta que encontró un párrafo para desterrar las energías negativas.

Fue hasta el hogar, atizó las brasas que quedaban del fuego de esa noche y las tocó con el extremo del ramo de salvia hasta que este se encendió.

—Expulso la oscuridad —entonó, barriendo el aire con la salvia—. No es bienvenida —continuó, siguiendo el contorno de ventanas y puertas—. Váyanse espíritus y demonios y fantasmas malvados, porque este es un lugar de…

Se quedó callado al ver que el humo de la salvia se retorcía en el aire alrededor de él y comenzaba a hacer *formas*. Primero bocas y luego ojos, rostros pesadillescos que se dibujaban en las pálidas nubes de humo alrededor de él.

Eso no era lo que tenía que pasar.

Ned buscó a tientas una tiza y se arrodilló para dibujar un pentagrama en el piso de la taberna. Se colocó dentro, deseando tener un poco de sal también, pero reacio a aventurarse hacia detrás de la barra mientras alrededor de él las grotescas caras

crecían y se desarmaban y volvían a crecer, con bocas que bostezaban ampliamente, como si rieran o gritaran… pero el único sonido que salía de ellas era *esa voz*.

La de sus sueños.

Estaba cerca y lejos, la clase de voz que parece venir desde la otra habitación y de otro mundo al mismo tiempo.

—¿Qué eres? —preguntó con ímpetu Ned, su voz temblorosa.

—Soy un dios —dijo esta—. *Soy un rey*.

—¿Qué quieres? —preguntó Ned, porque todos sabían que los espíritus tenían que decir la verdad. ¿O esas eran las hadas? Dios…

—Soy justo —dijo la voz—. *Soy misericordioso*.

—¿Cómo te llamas?

—Venérenme y haré grandes cosas…

—Respóndeme.

—Soy un dios… soy un rey…

Fue entonces que Ned se dio cuenta de que, fuera lo que fuese, estuviera donde estuviese, la voz no le estaba hablando a él. Estaba recitando líneas, repitiendo las palabras como uno haría con un hechizo. O un llamado.

Ned comenzó a salir del pentagrama, su pie se resbaló sobre algo liso. Al bajar la vista, vio una pequeña mancha de negro sobre el viejo piso de madera, del tamaño de una moneda grande. Al principio, creyó que se trataba de una bebida derramada que no había visto, los restos de la bebida de alguno, congelados por la reciente oleada de frío. Pero la habitación, en realidad, no estaba fría y cuando Ned tocó el extraño tizne negro, tampoco lo estaba. Le dio un golpecito con la uña y sonó casi como vidrio y luego, antes sus ojos, la mancha comenzó a *expandirse*.

El golpeteo recomenzó, pero esta vez una voz muy humana detrás de la puerta llamó:

—¡Ey, Tuttle! ¡Ábreme!

Ned miró desde la puerta hasta los rostros de humo que se disipaban en el aire, y luego al manchón de oscuridad creciente en el piso y gritó la respuesta.

—Está cerrado.

Las palabras fueron respondidas con un insulto refunfuñado y el ruido de botas arrastradas, y en cuanto el hombre se hubo ido, Ned se levantó, colocó una silla contra la puerta cerrada, por si acaso, regresó al libro abierto y comenzó a buscar un hechizo más fuerte.

II

No importó que Alucard hubiese estado en el mercado antes. Y no importó que tuviera una brújula en la cabeza por haber pasado años en el mar o una facilidad para recordar caminos. En pocos minutos, Alucard Emery estaba perdido. El mercado flotante era un laberinto de escaleras y camarotes y pasillos, todos ellos vacíos de gente y llenos de tesoros.

No había comerciantes aquí gritando tarifas. Esta era una colección privada, el acopio en exhibición de un pirata. Solo los objetos más extraños y más prohibidos en el mundo llegaban al barco de Maris.

Era una maravilla que nada se perdiera nunca o fuese robado, aunque había escuchado que no era por falta de intentos. Maris tenía una terrible reputación, pero esta solo podía llegar hasta un punto e, inevitablemente, borracho ya sea de poder o por alcohol barato, siempre habría algún ladrón al que se le metería en la cabeza intentar robarle a la reina del *Ferase Stras*.

Como ella había advertido, nunca terminaba bien.

La mayoría de las historias involucraban extremidades perdidas, aunque algunas de las más disparatadas hablaban de tripulaciones enteras esparcidas por tierra y mar en pedazos tan pequeños que nadie nunca encontraba más que un dedo, un talón.

Tenía sentido, cuando tenías una abundancia de magia negra al alcance de los dedos, también tenías una abundancia de formas de mantenerla a salvo. El mercado no estaba simplemente protegido contra los dedos ligeros. Estaba protegido, según sabía, contra la *intención*. No podías blandir un cuchillo. No podías tocar algo que no tenías intención de comprar. Algunos días, cuando las protecciones estaban volubles, ni siquiera podías pensar en robar.

A diferencia de la mayoría de los magos, Alucard apreciaba las protecciones de Maris, la forma en que apagaban todo. Sin el ruido de otra magia, los tesoros brillaban y sus ojos podían identificar los hilos de poder que se aferraban a cada artefacto, las firmas de los magos que los habían hechizado. En un lugar sin mercaderes que le dijeran lo que un objeto *hacía*, su vista era útil. Un hechizo era, después de todo, una especie de tapiz, tejido con los hilos de la magia misma.

Pero eso no evitaba que él se perdiera.

Al final, le había tomado a Alucard media hora encontrar la habitación de los espejos.

Se quedó ahí parado, rodeado de artefactos de todo tipo y tamaño —algunos de vidrio y otros de piedra pulida, unos que reflejaban su rostro y otros que le mostraban otros tiempos y otros espacios y otra gente—, y repasando los hechizos hasta que encontró el correcto.

Era una hermosa cosa ovalada con un borde de ónix y dos asas como una bandeja. No era un espejo ordinario, de ningún modo, pero tampoco estrictamente prohibido. Solo muy raro. La mayor parte de la magia reflectiva mostraba lo que estaba en tu mente, pero una mente podía inventar casi cualquier cosa, así que un reflector podía ser engañado para mostrar un cuento en lugar de la verdad.

Adentrarse en el pasado —reflejar cosas no como eran recordadas o reescritas, sino como *eran*, como realmente habían pasado— era una clase de magia muy especial.

Deslizó el espejo a su estuche, una funda que era como una vaina pero hecha de ónix delicadamente tallado, y fue a enfrentar a Maris.

Estaba regresando a la sala de la capitana cuando sus ojos se engancharon a los conocidos hilos de la magia *antari*. Al principio pensó que simplemente estaba viendo a Kell, cuya iridiscencia siempre dejaba un rastro detrás de él, como un abrigo, pero cuando dobló la esquina, el mago no estaba por ningún lado. En lugar de eso, los hilos de magia se desparramaban desde una mesa donde envolvían un anillo.

Era viejo, el metal empañado por el tiempo, y ancho, del tamaño de un nudillo completo, y estaba apoyado en la mesa con otros cientos, cada uno en una caja abierta; pero donde el resto estaba entrelazado con hilos de azul y verde, dorado y rojo, este estaba anudado con ese color inestable, como aceite y agua, que marcaba a un *antari*.

Alucard lo tomó y fue a buscar a Kell.

III

A pesar de la abundancia de magia natural y años de riguroso estudio al lado del *Aven Essen*, Kell no sabía todo lo que había que saber sobre los hechizos. *Sabía* eso, pero estar rodeado de tanta *evidencia* que respaldaba ese hecho era, de todos modos, desconcertante. En el mercado de Maris, Kell ni siquiera *reconocía* la mitad de los objetos, mucho menos los encantamientos entrelazados en ellos. Cuando un hechizo estaba escrito en la superficie de un objeto, usualmente podía identificarlo, pero la mayoría de los talismanes que había aquí no llevaban nada salvo un diseño, un adorno. De vez en cuando podía *sentir* su intención, no tanto su finalidad específica, sino más bien su sentido general, pero eso era todo.

Se daba cuenta de que el *Ferase Stras* era un lugar a donde la mayoría de la gente venía con un objeto en mente, un objetivo, y cuanto más deambulaba sin uno, más empezaba a sentirse perdido.

Probablemente fue por eso que encontró la habitación de los cuchillos tan reconfortante. Era el tipo de lugar hacia el que Lila se sentiría atraída; el arma más pequeña no era más larga que la palma de su mano, la más grande era más larga que la extensión de sus brazos abiertos.

Sabía que Maris no negociaba con armas ordinarias, pero al entrecerrar los ojos hacia los hechizos tallados en escrituras extrañas en empuñaduras y filos —cada mago tenía su propio dialecto—, se sintió asombrado por la variedad.

Espadas para tallar heridas que no sanarían.

Cuchillos para sacar verdades en lugar de sangre.

Armas que canalizaban el poder o lo robaban o mataban de un solo golpe o…

Un silbido bajo detrás de él y Alucard apareció a la entrada.

—¿Eliges un regalo? —preguntó el capitán.

—No.

—Bien, entonces toma esto. —Dejó caer el anillo en la mano de Kell.

Kell frunció el ceño.

—Me siento halagado, pero le estás preguntando al hermano equivocado.

Un sonido de exasperación escapó la garganta del hombre.

—No sé qué hace, pero es… como tú. Y no me refiero a pretencioso y enfurecedor. La magia que rodea ese anillo… es *antari*.

Kell se enderezó.

—¿Estás seguro? —Entornó los ojos hacia el aro. No mostraba ningún sello, ningún hechizo obvio, pero el metal vibraba tenuemente contra su piel, resonando. De cerca, la plata tenía estrías, no un estampado, sino anillos. Con vacilación, Kell lo deslizó por su dedo. Nada sucedió; no que hubiese esperado que algo pasara, claro, dado que el barco estaba protegido. Dejó que la sortija cayera nuevamente en su palma.

—Si lo quieres, cómpralo tú mismo —dijo, dándoselo a Alucard. Pero el capitán se apartó.

—No puedo —dijo este—. Hay otra cosa que necesito.

—¿Qué podrías necesitar?

Alucard miró deliberadamente hacia otro lado.

—Estamos perdiendo el tiempo, Kell. Solo tómalo.

Kell suspiró y tomó el anillo otra vez. Lo sostuvo con ambas manos y lo dio vuelta lentamente, en busca de marcas o pistas. Y entonces, sucedió la cosa más extraña. Tiró suavemente y parte del anillo se *separó* en su mano.

—Genial —dijo Alucard, mirando para todos lados—, ahora lo has roto.

Pero Kell no creyó eso. En vez de sostener dos piezas rotas de un anillo, ahora estaba sujetando dos *anillos*, el original de alguna manera intacto, como si no hubiese cedido nada de sí para hacer el segundo, que era una réplica exacta de su hermano. Las dos sortijas palpitaban en sus manos, vibraban contra su piel. Fueran lo que fuesen eran poderosas.

Y Kell supo que necesitaban cada gota de energía que pudiesen conseguir.

—Bien —dijo, deslizando los dos anillos a su bolsillo—, vayamos a ver a Maris.



Encontraron a Lila todavía parada al lado de la puerta de la mujer. Kell percibió que había sido toda una proeza de autocontrol para ella quedarse quieta con tantos tesoros desparramados por el barco. Se movía inquietamente, con las manos en los bolsillos de su abrigo.

—¿Y? —preguntó Alucard—. ¿Lo conseguiste?

Ella negó con la cabeza.

—Todavía no.

—¿Por qué no?

—Estoy reservando lo mejor para el final.

—Lila —la reprendió Kell—, solo tenemos una oportunidad…

—Sí —dijo ella, enderezándose—. Así que supongo que tendrán que confiar en mí.

Kell pasó el peso de su cuerpo de un pie al otro. Quería confiar en ella. *No confiaba*, pero quería hacerlo. Por el momento, tendría que bastar.

A final, ella mostró una pequeña sonrisa afilada.

—Eh, ¿quieren apostar?

—No —dijeron Kell y Alucard al mismo tiempo.

Lila se encogió de hombros, pero cuando él le sostuvo la puerta abierta para que pasara, no lo siguió.

—Confía —dijo ella otra vez, apoyándose en la baranda como si no tuviera otro lugar en el que estar. Alucard se aclaró la garganta y Maris estaba esperando y a Kell finalmente no le quedó otra opción más que dejar a Lila ahí, mirando con hambre el mercado.

Dentro, Maris estaba sentada a su escritorio, pasando las páginas del libro de registros. Se quedaron parados ahí, esperando en silencio a que ella levantara la vista para mirarlos. No lo hizo.

—Adelante, entonces —dijo, pasando la página.

Alucard fue primero. Dio un paso adelante y presentó, de todas las cosas, un *espejo*.

—Tienes que estar bromeando —gruñó Kell, pero Maris solo sonrió.

—Capitán Emery, siempre has tenido la habilidad de encontrar cosas raras y preciosas.

—¿Cómo crees que te encontré a ti?

—Los halagos no son formas de pago aquí.

El zafiro sobre el ojo de Alucard parpadeó.

—Y sin embargo, como el dinero, nunca hace daño.

—Ah —respondió ella—, pero como con el dinero, no tengo ningún interés en ellos tampoco.

Apartó el libro y estiró una mano hacia un lado de la mesa, sus dedos se dirigieron a una gran esfera que estaba posada al costado del escritorio. Al principio, Kell había creído que el objeto era un globo terráqueo, ya que la superficie se levantaba y hundía con marcas que podrían haber sido tierra y mar. Pero ahora veía que se trataba de algo completamente distinto.

—Cinco años —dijo Maris.

Alucard dejó escapar un pequeño grito ahogado, como si hubiese recibido un golpe en las costillas.

—Dos.

Maris juntó las yemas de los dedos en cúpula.

—¿Te parece que soy el tipo de persona que regatea?

El capitán tragó.

—No, Maris.

—Eres suficientemente joven para soportar el costo.

—Cuatro.

—Alucard —dijo en advertencia.

—Se puede hacer un montón con un año —argumentó—. Y ya he perdido tres.

Ella suspiró.

—Muy bien. Cuatro.

Kell seguía sin entender, no hasta que Alucard apoyó el espejo en el borde de la mesa y fue hacia la esfera. No comprendió hasta que este puso las manos en las hendiduras a cada lado mientras el disco giraba, marcando de cero a cuatro.

—¿Tenemos un trato? —preguntó ella.

—Sí —respondió Alucard, inclinando la cabeza.

Maris se estiró y tiró de una palanca en la base de la esfera y Kell observó horrorizado cómo un estremecimiento sacudía el cuerpo del capitán, cuyos hombros se habían encorvado por el esfuerzo. Y luego había acabado. El aparato lo soltó, o él lo hizo, y el capitán tomó su recompensa y retrocedió, sosteniendo el espejo contra el pecho.

Su rostro se había alterado levemente, los huecos en las mejillas más profundos, arrugas tenues en los rabillos de los ojos. Había envejecido una fracción.

Cuatro *años*.

La atención de Kell se disparó de nuevo hacia la esfera. Era, como el legador alrededor del cuello de Maris, como tantas cosas aquí, un tipo de magia prohibido. Transferir poder, transferir *vida*, esas cosas contradecían la naturaleza, esas…

—¿Y tú, principito? —dijo Maris, con ojos claros que bailaban en su rostro oscuro.

Kell arrancó la mirada de la esfera y buscó los anillos en el bolsillo de su abrigo y solo encontró uno. Se quedó helado, temiendo haber soltado el segundo de algún modo o, peor, que el abrigo se lo hubiese comido en el camino como a veces hacía con las monedas, pero Maris no pareció preocupada.

—Ah —dijo ella cuando él colocó el objeto en el escritorio—, anillos de amarre *antari*. Alucard, tu pequeño *talento* es bastante molesto a veces.

—¿Cómo funcionan? —preguntó Kell.

—¿Parezco un folleto de instrucciones? —Se sentó hacia atrás—. Esos han estado sentados en mi mercado muchísimo tiempo. Cosas caprichosas, necesitan cierto toque, y puedes decir que ese toque ha desaparecido, aunque entre mi bote y el tuyo, hemos logrado una verdadera colección. —El *shock* lo sacudió. Kell comenzó a hablar, pero ella negó con una mano—. El tercer *antari* no significa nada para mí. Mis intereses están atados a este barco. Pero en cuanto a tu compra… —Unió los dedos pensativa—. Tres.

Tres años.

Podrían haber sido más.

Pero podrían haber sido menos.

—Mi vida no es mía —dijo despacio.

Maris levantó una ceja, el pequeño gesto provocó que las arrugas se multiplicaran como grietas por todo su rostro.

—Ese es tu problema, no mío.

Alucard se había quedado en silencio detrás de él, los ojos abiertos pero vacíos, como si su mente estuviera en otro lado.

—¿De qué te sirve —presionó Kell— si nadie más puede usarlo?

—Ah, pero *tú* puedes usarlo —contraargumentó— y ahí yace su valor.

—Si yo me niego, ambos terminamos con las manos vacías. Como dijiste, Maris, soy de una raza en extinción.

La mujer lo observó por sobre los dedos.

—Hmm. Dos, por presentar un argumento válido —dijo— y uno por irritarme. El costo se mantiene en tres, Kell Maresh. —Él comenzó a retroceder cuando ella agregó—: Sería aconsejable que aceptes el trato.

Y había algo en su mirada, algo viejo y firme, y él se preguntó si ella veía algo que él no podía ver. Dudó, luego se movió hacia la esfera y colocó los dedos en las hendiduras.

El disco bajó de cuatro a tres.

Maris tiró de la palanca.

No dolió, no exactamente. De repente, la esfera pareció amarrar sus manos, sujetándolas en su lugar. El pulso se le subió a la cabeza y sintió un breve dolor apagado en el pecho, como si alguien le extrajera el aire de los pulmones, y luego había terminado. Tres años idos en tres segundos. La esfera lo soltó y él cerró los ojos contra la leve oleada de mareo, antes de tomar el anillo, que ahora era legítimamente suyo. Comprado y pagado. Quería quedar libre de esta habitación, de este barco. Pero antes de que pudiera escapar, Maris habló otra vez, con voz pesada como la piedra.

—Capitán Emery —dijo—. Denos espacio.

Kell giró para ver cómo Alucard desaparecía por la puerta, dejándolo solo con la mujer vetusta que lo había despojado de tres años de vida.

Esta se levantó de su trono, al hacerlo se le pusieron blancos los nudillos sobre el bastón, que usó para impulsar su cuerpo anciano hacia arriba, luego se ubicó detrás de la esfera.

—¿Capitana? —apuntó él, pero ella no habló, no todavía. Observó cómo la anciana abría una mano encima de la esfera. Murmuró unas palabras y la superficie del metal resplandeció, una tracería de luz que se retiraba línea por línea bajo sus dedos. Cuando terminó de desaparecer, Maris exhaló, los hombros se le aflojaron como si les hubieran quitado un peso de encima.

—*Anesh* —dijo, limpiándose las manos. Había una nueva soltura en sus movimientos, su columna más erguida—. Kell Maresh —dijo, haciendo girar el nombre en su lengua—. El premio de la corona arnesiana. El *antari* criado como un miembro de la realeza. Ya nos conocíamos tú y yo.

—No, no nos conocíamos —dijo Kell, aunque mirarla hizo que algo hormigueara en su mente. No un recuerdo, se percató él, sino la ausencia de uno. El lugar donde debería haber uno. El lugar donde *faltaba*.

Tenía cinco años cuando fue entregado a la familia real, depositado en el palacio con nada más que un cuchillo en su vaina, con las letras KL talladas en la empuñadura, y un hechizo de memoria chamuscado en el recodo del brazo, su corta vida antes de ese momento borrada.

—Eras pequeño —dijo—, pero creí que para este momento quizá lo recordarías.

—¿Me conociste antes? —La cabeza le dio vueltas al pensarlo—. ¿Cómo?

—Comercio con cosas extrañas, *antari*. Hay muy pocas cosas más raras que tú. Conocí a tus padres —continuó Maris—. Te trajeron aquí.

Kell se sintió mareado, descompuesto.

—¿Por qué?

—Quizá eran codiciosos —dijo ella, distraídamente—. Quizá tenían miedo. Quizá querían lo mejor. Quizá solo querían deshacerse de ti.

—Si sabes la respuesta…

—¿Realmente quieres saber? —interrumpió ella.

Él comenzó a decir que *sí*, la palabra automática, pero se le quedó en la garganta. ¿Durante cuántos años se había quedado despierto acostado en la cama, acariciándose la cicatriz en el codo y preguntándose quién era, quién había *sido* antes?

—¿Quieres saber qué fue lo último que dijo tu madre? ¿Qué quieren decir las iniciales en el cuchillo de tu padre? ¿Quieres saber quién era tu verdadera familia?

Maris rodeó el escritorio y tomó asiento con una lenta precisión que contradecía su edad. Tomó una pluma y garabateó algo en un trozo de pergamino, que dobló dos veces en un pequeño y prolijo cuadrado. Lo sostuvo entre dos dedos arrugados por la edad y se lo ofreció.

—Para remover el hechizo que te puse.

Kell se quedó mirando el papel, la vista se le iba de foco. Tragó saliva.

—¿Cuál es el precio?

Una sonrisa se dibujó en los labios de la anciana.

—Esto, y solo esto, es gratis. Llámalo una deuda ahora saldada, un gesto de bondad, o una puerta que se cierra. Llámalo como quieras, pero no esperes nada más.

Él se obligó a avanzar, se esforzó para que no le temblara la mano al tomar el papel.

—Aún tienes esa arruga entre los ojos —dijo ella—. Aún eres ese niño de cara triste que eras aquel día.

Kell cerró el puño alrededor del papel.

—¿Eso es todo, Maris?

Un suspiro se escapó como vapor de entre los labios de la anciana.

—Supongo que sí. —Pero su voz lo siguió por la puerta—. Lo extraño de los hechizos de olvido —agregó ella, mientras él se frenaba en el umbral, atrapado entre

sombra y luz intensa— es que la mayoría se desvanecen solos. Se aferran al principio, firmes como la piedra. Pero con el tiempo, se escurren. A menos que no *queramos* soltarlos…

Con eso, surgió una ráfaga de viento y la puerta al mercado de Maris se cerró de golpe detrás de él.

IV

El mercado llamaba a Delilah Bard.

No podía ver los hilos de magia como Alucard, no podía leer los hechizos como Kell, pero la tracción estaba ahí de todos modos, seductora como monedas nuevas, joyas delicadas, armas filosas.

Tentación: esa era la palabra adecuada, la necesidad de permitirse mirar, tocar, tomar.

Pero ese brillo, esa promesa tácita —de fuerza, de poder— le hacía acordar a Lila a la espada que había encontrado allá atrás en el Londres Gris, a la forma en que la magia de Vitari la llamaba a través del metal, sonando promesas. Casi todo en su vida había cambiado desde esa noche, pero aún no confiaba en esa clase de deseo ciego, insaciable.

Así que esperó.

Esperó hasta que los sonidos más allá de la puerta se detuvieran, esperó a que Kell y Alucard se fueran, esperó hasta que no quedara nada ni nadie para detenerla, hasta que Maris estuvo sola y el deseo en su pecho de se hubo enfriado en algo duro, filoso, utilizable.

Y entonces entró.

La anciana estaba en su escritorio, sujetando el reloj de Lila en una mano nervuda ahuecada, como si fuese una fruta madura, mientras pasaba una uña por la superficie de cristal.

«No es Barron», se dijo a sí misma Lila. «Ese reloj no es él. Es solo una cosa y las cosas están hechas para usarlas».

El perro suspiró bajo los pies de Maris y debió haber sido un truco de la luz, porque la reina del mercado se veía… más joven. O al menos, tenía unas arrugas de ancianidad menos.

—¿No hay nada que te guste, cariño? —dijo Maris sin levantar la vista.

—Sé lo que quiero.

Entonces, Maris dejó el reloj en el escritorio, con un sorprendente grado de cuidado.

—Y sin embargo, tienes las manos vacías.

Lila señaló el legador que colgaba del cuello de la mujer.

—Eso es porque lo estás usando.

La mano de Maris se alzó lentamente.

—¿Esta cosa vieja? —dijo con reparo, haciendo girar el legador entre sus dedos como si fuese un simple dije.

—¿Qué puedo decir? —dijo Lila con indiferencia—. Tengo una debilidad por las cosas anticuadas.

Una sonrisa partió el rostro de la anciana, la inocencia descartada como la piel de una serpiente.

—Sabes lo que es.

—Un pirata inteligente mantiene el tesoro más valioso cerca.

Los ojos arenosos de Maris regresaron al reloj de plata.

—Buen punto. ¿Y si me niego?

—Dijiste que todo tiene un precio.

—Quizá mentí.

Lila sonrió y dijo sin malicia:

—Entonces quizá simplemente lo rebane de tu cuello arrugado.

Una risa cavernosa.

—No serías la primera en intentarlo, pero no creo que eso termine bien para ninguna de las dos. —Siguió la línea del dobladillo de su túnica blanca—. No creerías lo difícil que es salir de estas malditas ropas. —Maris tomó el reloj otra vez, lo sopesó en su mano—. Debes saber que no suelo aceptar cosas sin poder, pero están aquellos pocos que se dan cuenta de que los recuerdos arrojan sus propios hechizos, que se inscriben en un objeto igual que la magia, esperando a ser revividos (o desmenuzados) por dedos astutos. Otra ciudad. Otro hogar. Otra vida. Todo amarrado en algo tan simple como una taza, un abrigo, un reloj de plata. El pasado es una cosa poderosa, ¿no crees?

—El pasado es el pasado.

Una mirada fulminante.

—Las mentiras no van bien conmigo, señorita Bard.

—No estoy mintiendo —dijo Lila—. El pasado es el pasado. No vive en ninguna cosa. Ciertamente no vive en algo que puede ser entregado. Si así fuera, acabo de entregarte todo lo que fui, todo lo que soy. Pero no puedes tener eso, ni siquiera por una inspección a todo tu mercado. —Lila intentó que sus pulsaciones bajaran la velocidad antes de continuar—. Lo que *sí* puedes tener es un reloj de plata.

Maris le sostuvo la mirada.

—Lindo discurso. —Levantó el legador sobre su cabeza y lo apoyó en el escritorio al lado del reloj. Su rostro no reveló esfuerzo alguno, pero cuando el objeto golpeó la madera, hizo un sonido sólido, como si pesara mucho más de lo que parecía, y los hombros de la mujer parecieron más livianos con su ausencia—. ¿Qué me darías?

Lila ladeó la cabeza.

—¿Tú qué *quieres*?

Maris se inclinó hacia atrás y cruzó las piernas, una bota blanca fue a descansar sobre la espalda del perro. A este no pareció importarle.

—Te sorprendería saber con qué poca frecuencia la gente lo pregunta. Vienen aquí creyendo que querré su dinero o poder, como si tuviera necesidad de eso.

—¿Por qué manejas este mercado, entonces?

—Alguien tiene que supervisar las cosas. Llámalo una pasión o un *hobby*. Pero en cuanto a la pregunta del pago… —Se sentó hacia adelante—. Soy una mujer vieja, señorita Bard, más de lo que parece, y solo quiero una cosa.

Lila levantó el mentón.

—¿Y qué es?

Maris extendió los brazos.

—Algo que no tenga.

—Es mucho pedir, por lo que se ve, teniendo en cuenta este lugar.

—En realidad, no —dijo Maris—. Quieres el legador. Te lo venderé por el precio de un ojo.

A Lila se le revolvió el estómago.

—Sabes —dijo, luchando por mantener un tono airoso—, necesito el que tengo.

Maris soltó una carcajada.

—Lo creas o no, cariño, no me dedico a dejar a mis clientes ciegos. —Estiró la mano—. Con el roto es suficiente.



Lila observó cómo la tapa de una pequeña caja negra se cerraba sobre su ojo de vidrio.

El costo había sido más grande, la pérdida, mayor de lo que había pensado cuando aceptó. El ojo siempre había sido inútil, sus orígenes tan extraños y olvidados como el accidente que se había llevado el verdadero. Se preguntó sobre eso, obviamente —la labor tan extraordinaria que debía ser robado—, pero así y todo, Lila no era sentimental. Nunca había sentido demasiado apego por la bola de vidrio, pero en cuanto no estuvo, se sintió repentinamente mal, expuesta. Una deformidad en exhibición, una ausencia ahora visible.

«Es tan solo una cosa», se dijo a sí misma otra vez, «y las cosas están hechas para usarlas».

Cerró los dedos con más fuerza alrededor del legador, disfrutando el dolor que le cortaba la mano.

—Las instrucciones están escritas en un costado —estaba diciendo Maris—, pero quizá debería haber mencionado que el recipiente está vacío. —La expresión de la

mujer se tornó vil, como si se las hubiese ingeniado para engañarla. Como si creyera que Lila estaba tras los restos del poder de alguien en lugar del dispositivo mismo.

—Bien —dijo con simpleza—, mejor todavía.

Los labios finos de la anciana se curvaron, entretenidos, pero si la mujer quiso saber algo más, no preguntó. Lila comenzó a avanzar hacia la puerta, peinándose el pelo para que cayera sobre el ojo que le faltaba.

—Un parche puede ser de ayuda —dijo Maris, apoyando algo sobre la mesa—. O quizá esto.

Lila regresó.

La caja era pequeña y blanca y estaba abierta y, al principio, parecía vacía, nada salvo por un retazo de terciopelo negro aplastado que forraba sus lados. Pero entonces la luz se corrió y el objeto atrapó el sol y destelló ligeramente.

Era una esfera más o menos del tamaño y de la forma de un ojo.

Y de color negro sólido.

—Todos conocen la marca de un *antari* —explicó Maris—. El ojo completamente negro. Era una moda, ah, cerca de un siglo atrás; aquellos que perdían un ojo en batalla o por accidente y se encontraban necesitados de uno falso se ponían uno de vidrio ennegrecido, haciéndose pasar por más de lo que eran. Algunos eran retados a duelos que no podían ganar, otros fueron secuestrados o asesinados por su magia y algunos simplemente no pudieron soportar la presión. Así estos ojos se volvieron bastante raros —dijo Maris—. Casi tanto como tú.

Lila no se dio cuenta de que había cruzado la habitación hasta que sintió que sus dedos acariciaban la superficie lisa del vidrio negro. Pareció vibrar bajo su contacto, como queriendo ser sujetado.

—¿Cuánto?

—Llévalo.

Lila levantó la vista.

—¿Un regalo?

Maris se rio suavemente, un sonido como el del vapor al escapar de una pava.

—Este es el *Ferase Stras* —dijo—. Nada es gratis.

—Ya te he dado mi ojo izquierdo —gruñó Lila.

—Y si bien para algunos ojo por ojo es suficiente… Por este —dijo, empujando la caja hacia Lila—, necesitaré algo más valioso.

—¿Un corazón?

—Un favor.

—¿Qué clase de favor?

Maris se encogió de hombros.

—Supongo que lo sabré cuando lo necesite. Pero cuando te llame, vendrás.

Lila dudó. Era un trato peligroso, lo sabía, de la clase que los villanos sonsacaban a las damiselas en los cuentos de hadas y los demonios obtenían de los hombres perdidos, pero aun así se escuchó a sí misma responder una sola palabra vinculante.

—Sí.

La sonrisa de Maris se abrió más.

—*Anesh* —dijo—. Pruébatelo.

Cuando lo tuvo puesto, Lilas se paró frente al espejo y parpadeó furiosamente ante el cambio de apariencia, la asombrosa diferencia de una sombra sobre su rostro, un pozo de oscuridad tan completo que se registraba como una ausencia. Como si una pieza suya faltara; no un ojo, sino un ser completo.

La muchacha del Londres Gris.

La que robaba de los bolsillos y tajeaba carteras y se moría de frío en las noches de invierno con solo el orgullo como abrigo.

La que no tenía familia, ni mundo.

Este ojo nuevo se veía asombrosamente extraño, impropio y sin embargo adecuado.

—Ahí está —dijo Maris—. ¿No es mejor así?

Y Lila sonrió, porque lo era.

V

El pedazo de papel que Maris le había dado a Kell aún le quemaba la palma de la mano, pero mantuvo el puño cerrado alrededor de este mientras Alucard y él esperaban parados detrás de la puerta.

Tenía miedo de que si cruzaban la plataforma y se iban del barco, no les permitieran volver a abordar y, dada la tendencia de Lila hacia los problemas, Kell quería quedarse cerca.

Pero entonces la puerta se abrió de golpe y Lila la atravesó caminando, con el legador en la mano. Sin embargo, no fue el aparato parecido a un pergamino lo que le llamó la atención. Fue la sonrisa de Lila, una sonrisa brillante, feliz, y justo sobre esta, una esfera de negro lustroso donde había estado la marrón hecha añicos. Kell inhaló con fuerza.

—Tu ojo —dijo.

—Oh —dijo Lila con una sonrisa de superioridad—, lo notaste.

—Por los Santos, Bard —dijo Alucard—. No quiero saber cuánto costó *eso*.

—Vale cada centavo —dijo ella.

Kell se estiró y le colocó el pelo detrás de la oreja a Lila para poder verlo mejor. El ojo se veía brutal y extraño y completamente apropiado. Su propia mirada no chocaba contra él, como sí hacía con el de Holland, y sin embargo, ahora que estaba ahí, los ojos de Lila divididos en marrón y negro, él no pudo imaginar haber pensado alguna vez que ella era común.

—Queda bien contigo.

—No quiero interrumpir… —dijo Alucard detrás de ellos.

Lila le arrojó el legador como si fuera tan solo una moneda, un simple *souvenir*, en vez del objetivo entero de una misión descabellada, su mejor —y quizá única— chance de salvar a Londres. Kell sintió un vuelco en el estómago, pero Alucard atrapó el talismán en el aire con la misma facilidad.

El capitán cruzó el tablón entre el mercado y El Fantasma, Lila le siguió los pasos, pero Kell se quedó. Bajó la vista al papel que tenía en la mano. No era nada más que un pergamino, sin embargo podría haber pesado más que una piedra, por la forma en que lo atornillaba al piso de madera.

«Tu verdadera familia».

¿Pero qué significaba eso? ¿Eran familia aquellos de los que nacías o aquellos que te acogían? ¿Acaso los primeros años de su vida pesaban más que el resto?

«Lo extraño de los hechizos de olvido».

Rhy era su hermano.

«Se desvanecen solos».

Londres era su hogar.

«A menos que no queramos soltarlos».

—¿Kell? —llamó Lila, mirando hacia atrás por sobre su hombro con esos ojos de dos colores—. ¿Vienes?

Él asintió.

—Ahí voy.

Cerró los dedos sobre el papel y con ese roce de calor, este se prendió fuego. Dejó que se quemara y cuando la nota no fue nada más que cenizas, dejó que se cayeran hacia un lado y el viento se las llevó antes de que pudieran tocar el mar.



La tripulación estaba parada en la cubierta, reunida alrededor de un cajón de madera, una mesa improvisada donde Kell había apoyado el tesoro por el que había pagado tres años de vida.

—Dime otra vez —dijo Lila— por qué, habiendo un barco lleno de cosas brillantes, compraste un anillo.

—No es solo un anillo —protestó él con mucha más certeza de la que sentía.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Jasta, con los brazos cruzados, aún visiblemente amargada por haber sido rechazada.

—No lo sé con exactitud —dijo a la defensiva—. Maris lo llamó anillo de *amarre*.

—No —corrigió Alucard—. Maris lo llamó *anillos* de amarre.

—¿Hay más de uno? —preguntó Holland.

Kell tomó el bucle de metal y tiró, como había hecho antes, un anillo se transformó en dos de la forma en que lo hacían los cuchillos de Lila, solo que estos no tenían un enganche oculto. No era una ilusión. Era magia.

Apoyó el anillo recién hecho sobre el cajón, mirando con curiosidad el original. Quizá dos era el límite de su poder, pero no creyó que lo fuera.

Otra vez Kell sostuvo el anillo con ambas manos y otra vez tiró y otra vez se separó.

—Ese nunca se achica —notó Lila cuando Kell intentaba hacer una cuarta sortija. No funcionó. No hubo resistencia, ni rechazo. La negativa fue simple y sólida, como si el anillo simplemente no tuviera más para dar.

«Toda magia tiene límites».

Era algo que Tieren diría.

—¿Y estás seguro de que está hecho por *antari*? —preguntó Lenos.

—Eso fue lo que dijo Alucard —respondió Kell, lanzándole una mirada.

Alucard alzó las manos.

—Maris lo confirmó. Los llamó anillos de amarre *antari*.

—Muy bien —dijo Lila—, pero ¿qué hacen?

—No lo quiso decir.

Hastra levantó uno de los anillos hechos por el hechizo y entrecerró los ojos para ver a través de él, como esperando encontrar, del otro lado, algo más además del rostro de Kell.

Lenos le dio un golpecito al segundo con el dedo índice y se sobresaltó un poco cuando este se alejó rodando, no un espectro, sino una sortija sólida de metal.

Se cayó del cajón y Holland la atrapó en el aire y sus cadenas repiquetearon contra la madera.

—¿Podrían quitarme estas estúpidas cosas?

Kell miró a Lila, quien frunció el ceño pero no amenazó con armar un motín. Deslizó el anillo original en un dedo para que no se cayera mientras abría los grilletes. Estos cayeron con un golpe denso y en la cubierta todos se tensionaron ante el repentino ruido, la comprensión de que Holland estaba libre.

Lila arrancó el tercer anillo de la mano de Hastra.

—Un poco sencillos, ¿no es cierto?

Comenzó a ponérselo, pero luego echó una mirada a Holland, quien aún estaba observando la sortija de metal en su mano. Los ojos de Lila se entornaron con desconfianza (después de todo, eran anillos de *amarre*), pero en cuanto Holland puso el suyo de regreso sobre el cajón, Lila sonrió con picardía a Kell.

—¿Vemos qué hacen? —preguntó, ya deslizando el anillo plateado por su dedo.

—Lila, espera… —Kell empezó a tirar del suyo para sacárselo, pero era demasiado tarde. En cuanto la sortija cruzó el nudillo de Lila, le llegó como un golpe a Kell.

Él dejó escapar un grito breve, sin aliento, y se dobló hacia adelante, se sujetó contra el cajón mientras la cubierta se inclinaba con violencia debajo de él. No era dolor, sino algo igual de profundo. Como si un hilo en el centro mismo de su ser de repente estuviera siendo tensado con fuerza y todo su ser vibrara con la súbita rigidez de la cuerda.

—*Mas vares* —estaba diciendo Hastra—, ¿qué sucede?

Nada *malo* sucedía. El poder circulaba a través de él tan radiante que iluminaba el mundo, y cada uno de sus sentidos le ardían del esfuerzo. Se le borroneó la vista, abrumada por la repentina sobrecarga, y cuando logró enfocar para mirar a Lila, casi podía *ver* los hilos que corrían entre ambos, un río metálico de magia.

Los ojos de Lila estaban bien abiertos, como si ella también lo viera.

—Hmm —dijo Alucard, cuya mirada iba de un lado al otro de las líneas de poder —. Entonces eso era lo que Maris quiso decir.

—¿Qué es? —preguntó Jasta, sin poder verlo.

Kell se enderezó, los hilos vibraban bajo su piel. Quiso intentar algo, así que se estiró, no con las manos, sino con la voluntad, y atrajo una fracción de la magia de Lila hacia él. Era como beber luz, cálida y suntuosa y asombrosamente brillante, y de repente todo se sentía posible. ¿Así era como Osaron veía al mundo? ¿Así era como se *sentía* ser invencible?

Del otro lado de la cubierta, Lila desaprobó el desplazamiento del equilibrio.

—Eso es mío —dijo, tirando con fuerza el poder de regreso a ella. Tan rápido como había venido, la magia se fue, no solo la porción tomada de Lila, sino su depósito natural, y por un momento aterrador, el mundo de Kell se volvió negro. Trastabilló y se cayó en cuatro patas a la cubierta. Cerca, Lila dejó escapar un sonido que fue en parte *shock*, en parte triunfo, al tomar su poder como propio.

—Lila —dijo, pero su voz era temblorosa, débil, tragada por el azote del viento y el vaivén del barco y esa repentina y devastadora ausencia de fuerza, demasiado parecida al collar maldito y el marco de metal. Todo el cuerpo de Kell se sacudió, su vista titiló y a través de la oscuridad moteada vio que ella unía las manos y, con nada más que una sonrisa, invocaba un arco de llamas.

—Lila, basta —jadeó, pero ella no parecía escucharlo. Su mirada estaba vacía, en otro lado, su atención consumida por la luz roja dorada del fuego que crecía y crecía alrededor de ella, amenazando con lamer las tablas de madera de El Fantasma, elevándose hacia las velas de lona. Se alzó un grito. Kell intentó levantarse, pero no pudo. Las manos le ardían, pero no pudo quitarse el anillo del dedo. Estaba trabado, fundido en el lugar por el hechizo que amarraba el uno al otro.

Y entonces, tan repentina como la adquisición de la magia de Lila, la pérdida de la suya, una nueva oleada de magia circuló por sus venas. No venía de Lila, quien aún estaba parada en el centro ardiente de su propio mundo. Era una tercera fuente, intensa y fría, pero igual de radiante. La vista de Kell volvió a estar en foco y vio a *Holland*, con el último anillo en la mano, su presencia inundaba los caminos entre ellos con magia fresca.

El poder propio de Kell regresó como aire a los pulmones ahogados, ya que el otro *antari* desprendió hilo por hilo la magia de Lila y el fuego en las manos de ella se fue achicando a medida que el poder fue retrocediendo, dividido entre ellos, y el aire alrededor de la manos de Holland bailaba con tentáculos de llama robada.

Lila parpadeó rápidamente, despertándose del encanto del poder. Sobresaltada, se quitó el anillo del dedo y casi se derrumbó ante el repentino clímax y subsecuente pérdida de poder. Apenas la sortija estuvo fuera de su mano, se derritió: primero se disolvió en una cinta de niebla plateada y luego… nada.

Sin su presencia, la conexión tembló y se acortó, volviéndose tirante entre Kell y Holland, la luz de su poder colectivo se atenuó una fracción. Otra vez Kell intentó quitarse el anillo del dedo con fuerza. Otra vez no pudo. No fue sino hasta que Holland se sacó su propia sortija, el eco del original de Kell, que se quebró el hechizo

y el anillo se liberó y al hacerlo cayó a la cubierta de madera y rodó varios metros antes de que Alucard lo frenara con la punta de su bota.

Por un largo rato, nadie habló.

Lila estaba apoyada pesadamente contra el barandal, la cubierta chamuscada bajo sus pies. Holland puso una mano contra el mástil en busca de equilibrio. Kell tenía escalofríos mientras luchaba contra la necesidad de vomitar.

—¿Qué… —dijo Lila sin aliento—… demonios… acaba de pasar?

Hastra silbó por lo bajo, mientras Alucard se agachaba y buscaba el anillo abandonado.

—Bueno —reflexionó—, yo digo que eso vale los tres años.

—¿Tres años? —preguntó Lila, que se tambaleó al intentar enderezarse. Kell miró con furia al capitán, incluso mientras se dejaba caer hacia atrás contra una pila de cajas.

—Sin ofender, Bard —continuó Alucard, arrastrando una bota donde Lila había chamuscado la cubierta—. Pero tu estado necesita algo de trabajo.

A Kell la cabeza le latía con tanta fuerza que le tomó un momento darse cuenta de que Holland también estaba hablando.

—Así es como lo hacemos —estaba diciendo en voz baja, su ojo verde brillaba afiebrado.

—¿Hacemos qué? —preguntó Lila.

—Así es como atrapamos a Osaron. —Algo cruzó el rostro de Holland. Kell creyó que *quizá* había sido una sonrisa—. Así es como *ganamos*.

VI

Rhy estaba sentado sobre su montura, mirando a través de la bruma de Londres en busca de señales de vida.

Las calles estaban demasiado inmóviles, la ciudad demasiado vacía.

En la última hora, no había encontrado ni un solo sobreviviente. Apenas si había visto a alguien, de hecho. Los que estaban bajo la maldición, que se movían como ecos a través del pulso de su vida, se habían retirado a sus hogares, dejando solo la bruma resplandeciente y la putrefacción negra extendiéndose centímetro a centímetro por la ciudad.

Rhy miró el palacio sombra, posado como aceite sobre el río, y por un momento quiso espolear a su caballo hacia el puente de hielo, hasta las puertas de ese lugar oscuro, antinatural. Quería entrar a la fuerza. Enfrentar al rey sombra él mismo.

Pero Kell le había pedido que esperara. «Tengo un plan», había dicho. «¿Confías en mí?».

Y Rhy confiaba.

Dio media vuelta con el caballo.

—Su Alteza —dijo el guardia, al encontrarlo en la bocacalle.

—¿Has encontrado a alguien más? —preguntó Rhy, que sintió que se le estrujaba el corazón cuando el hombre negó con la cabeza.

Volvieron cabalgando en silencio al palacio, el único sonido era el de los cascos que resonaban en las calles desiertas.

«Algo anda mal», le decían sus vísceras.

Llegaron a la plaza y él hizo que su caballo fuera más lento cuando los escalones del palacio aparecieron a la vista. Ahí, a los pies de la escalera, había una joven con un ramo de flores en la mano. Rosas de invierno, sus pétalos blancos de escarcha. Mientras él observaba, ella se arrodilló y colocó el ramo en los escalones. Era un gesto tan común, el tipo de cosa que un plebeyo hubiera hecho un día de invierno normal, una ofrenda, un agradecimiento, una plegaria, pero este no era un día de invierno normal y todo acerca de esto estaba fuera de lugar, con la bruma y las calles desiertas como telón de fondo.

—¿*Mas vares*? —dijo el guardia cuando Rhy desmontó.

«Algo anda mal», latió su corazón.

—Toma los caballos y entra —ordenó, comenzando a avanzar a pie por la explanada. Y cuando estuvo más cerca, pudo ver la oscuridad salpicada como puntos

por las otras flores, caída como gotas al piso de piedra blanca pulida.

La mujer no levantó la mirada, no hasta que él estuvo casi al lado de ella y entonces ella se levantó e inclinó el mentón hacia el palacio, revelando ojos arremolinados con sombras, venas trazadas de negro con la maldición del rey sombra.

Rhy se quedó quieto, pero no retrocedió.

—Todas las cosas suben, todas las cosas caen —dijo, con voz alta y dulce y rítmica, como si estuviese recitando una parte de una canción—. Hasta los castillos. Hasta los reyes.

No notó a Rhy. O eso pensó él, hasta que la mano de ella se disparó hacia adelante y sus dedos delgados le agarraron la placa del antebrazo con tanta fuerza que la armadura se abolló.

—Ahora te ve, príncipe vacío.

Rhy se liberó de un tirón y tropezó hacia atrás contra los escalones.

—Soldadito de juguete roto.

Se puso de pie otra vez.

—Osaron cortará tus hilos.

Rhy mantuvo la espalda hacia el palacio mientras retrocedía para subir un escalón, dos.

Pero en el tercero, se tropezó.

Y en el cuarto, vinieron las sombras.

La mujer lanzó una risita maníaca, el viento hizo ondear sus faldas mientras las marionetas de Osaron se vertían desde las casas y los negocios y los callejones, diez, veinte, cincuenta, cien. Aparecieron en el borde de la explanada del palacio, sujetaban barras de hierro, hachas y espadas, fuego y hielo y piedra. Algunos eran jóvenes y otros viejos, algunos altos y otros apenas más que niños, y todos ellos bajo el hechizo del rey sombra.

—Solo puede haber un castillo —gritó la mujer, siguiendo a Rhy, que subió las escaleras a gachas—. Solo puede haber un…

Una flecha le dio en el pecho, arrojada por un guardia desde arriba. La joven trastabilló un paso, antes de envolver el asta de la flecha con esos mismos dedos delicado, y se la quitó de un tirón. La sangre se derramó por su torso, más negra que roja, pero ella se arrastró tras él unos pocos escalones más antes de que le fallara el corazón; sus extremidades se plegaron, su cuerpo murió.

Rhy llegó al rellano y se dio vuelta para ver su ciudad.

La primera oleada del ataque había llegado a la base de la escalera del palacio. Reconoció a uno de los hombres al frente; pensó por un momento aterrador que era Alucard, hasta que Rhy se dio cuenta de que era el hermano mayor del capitán. Lord Berras.

Y cuando Berras vio al príncipe —y ahora *sí* lo veía—, esos ojos oscurecidos por la maldición se entrecerraron y una sonrisa salvaje, siniestra, se extendió por su rostro. Llamas bailaban alrededor de su mano.

—Destrúyanlo —estalló en una voz más grave y dura que la de su hermano—. Destruyan *todo*.

Era más que una arenga, era la orden de un general, y Rhy se quedó mirando en *shock* y horrorizado cómo la masa subía raudamente por las escaleras. Sacó su espada cuando algo resplandeció arriba en el cielo, un cometa de fuego lanzado por otro enemigo inadvertido. Un par de guardias lo arrastraron hacia atrás, adentro del palacio, un suspiro antes de que el estallido golpeara contra las defensas y se hiciera añicos en una llamarada de luz, cegadora pero inútil.

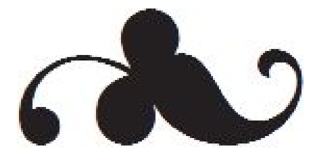
Los guardias cerraron las puertas, la vista pesadillesca más allá del palacio reemplazada súbitamente por la madera oscura y la resonancia sorda de la magia poderosa y luego, de forma repugnante, por el sonido de los cuerpos golpeando contra piedra, madera, vidrio.

Rhy se tambaleó hacia atrás desde las puertas y se apresuró hacia el conjunto de ventanas más cercano.

Hasta ese día, Rhy nunca había visto qué pasaba cuando un cuerpo prohibido se arrojaba contra una defensa activa. Al principio, simplemente era repelida, pero a medida que este lo intentaba otra vez y otra vez y otra, el efecto era casi como el del acero contra el hielo grueso, uno se cascaba mientras el otro también se arruinaba. Las defensas del palacio temblaron y se agrietaron, pero también los envenenados. Salía sangre de narices y orejas mientras ellos blandían elementos y arrojaban hechizos y puños contra las paredes, arañaban la base, se arrojaban contra las puertas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Isra con ímpetu, al entrar de golpe al vestíbulo. Cuando la líder de la guardia real vio al príncipe, retrocedió un paso e hizo una reverencia—. Su Alteza.

—Busca al rey —dijo Rhy al tiempo que el palacio se sacudía alrededor de él—. Estamos bajo ataque.



A este ritmo, las defensas no aguantarían. Rhy no necesitaba facilidad para la magia para darse cuenta de eso. La galería del palacio se sacudió con la fuerza de los cuerpos que se lanzaban contra madera y piedra. Estaban en las márgenes del río. Estaban en las escaleras. Estaban en el río.

Y se estaban matando a sí mismos.

El *rey sombra* los estaba matando.

Todo alrededor, los sacerdotes se agachaban para dibujar nuevos anillos de concentración en el piso de la galería. Hechizos para concentrar la magia. Para reforzar las defensas.

¿Dónde estaba Kell?

Estallaba una luz contra el vidrio con cada golpe, el hechizo se tensaba para resistir bajo la fuerza del ataque.

El palacio real era un armazón y se estaba resquebrajando.

Las paredes temblaron y varias personas gritaron. Los nobles se acurrucaron en las esquinas. Los magos bloquearon las puertas, preparados para que el palacio cayera. El príncipe Col estaba parado frente a su hermana como un escudo humano, mientras lord Sol-in-Ar daba instrucciones a su séquito en un rápido faronés.

Otro estallido y las defensas se fracturaron, la luz como una telaraña a lo largo de las ventanas. Rhy levantó la mano hacia el vidrio, esperando que se agrietara.

—Sal de ahí —ordenó su madre.

—Todos los magos párense dentro de un círculo —ordenó su padre. Maxim había aparecido en los primeros momentos del ataque, se veía agotado pero decidido. Había sangre salpicada en sus puños y Rhy se preguntó, atontado, si su padre había estado luchando. Tieren estaba a su lado.

—Creí que habías dicho que las defensas resistirían —espetó el rey.

—Contra el hechizo de Osaron —respondió el sacerdote, dibujando otro círculo en el piso—. No contra la fuerza bruta de trescientas almas.

—Tenemos que detenerlos —dijo Rhy. No había trabajado tan duro y salvado a tan pocos solo para ver cómo el resto de su pueblo se destrozaba a sí mismo contra estas paredes.

—Emira —ordenó el rey—, lleva a todo el resto al Cristal.

El Cristal era el salón de baile en el mismísimo centro del palacio, el más lejano a las paredes externas. La reina vaciló, los ojos grandes y perdidos mientras miraba desde Rhy a las ventanas.

—Emira, *ahora*.

En ese momento, una extraña transformación ocurrió en su madre. Pareció despertarse de un trance; se irguió y comenzó a hablar en un arnesiano claro y firme.

—Brost, Losen, conmigo. Pueden mantener un círculo, ¿verdad? Bien. Ister —dijo, dirigiéndose a una de las sacerdotisas—, ven y monta las defensas.

Las paredes temblaron, con un estruendo profundo y peligroso.

—No resistirán —dijo el príncipe veskano, sacando una espada como si el enemigo fuera de carne y hueso, algo que pudiera ser derribado con el filo.

—Necesitamos un plan —dijo Sol-in-Ar—, antes de que este santuario se transforme en una jaula.

Maxim volteó hacia Tieren.

—El hechizo de sueño. ¿Está listo?

El anciano sacerdote tragó.

—Sí, pero…

—Entonces, por el amor de los Santos —interrumpió el rey—, *lánzalo ahora*.

Tieren se acercó un paso y bajó la voz.

—Magia de este tamaño y escala requiere un ancla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rhy.

—Un mago debe mantener el hechizo en pie.

—Uno de los sacerdotes, entonces… —comenzó a decir Maxim.

Tieren negó con la cabeza.

—Las exigencias de semejante hechizo son demasiado altas. La mente incorrecta se quebrará…

Rhy comprendió de golpe.

—No —dijo—, tú no… —Al mismo tiempo que caía la orden de su padre:

—Hazlo.

El *Aven Essen* asintió.

—Su Majestad —dijo Tieren y luego agregó—: una vez que empiece no podría ayudarlo con…

—Está bien —interrumpió el rey—. Lo puedo terminar solo. Ve.

—Terco como siempre —dijo el anciano, negando con la cabeza. Pero no discutió, no se quedó. Tieren giró sobre sus talones, su sotana flameando con él, y llamó a tres de sus sacerdotes, que siguieron sus pasos. Rhy se fue corriendo tras ellos.

—¡Tieren! —llamó. El anciano bajó la velocidad, pero no se detuvo—. ¿De qué está hablando mi padre?

—Los asuntos del rey son suyos.

Rhy se paró frente a él.

—Como el príncipe real, exijo saber qué está haciendo.

El *Aven Essen* entornó los ojos, luego chasqueó los dedos y Rhy sintió que era físicamente obligado a salir del camino, mientras Tieren y sus tres sacerdotes avanzaban en fila, en una ráfaga de sotanas blancas. Él se llevó una mano al pecho, pasmado.

—No te quedes ahí parado, príncipe Rhy —exclamó Tieren—, cuando podrías ayudar a salvarnos a todos.

Rhy se impulsó contra la pared y se apresuró tras ellos.

Tieren lideró el camino por el salón de los guardias a la sala de entrenamiento.

Los sacerdotes habían dejado el espacio casi vacío, habían sacado todas las armaduras y armas y equipos excepto por una sola mesa de madera, en donde había pergaminos y tinta y viales vacíos apoyados de lado, los contenidos, con una textura como de polvo, brillaban en un bol poco profundo.

Incluso ahora, con las paredes que temblaban, un par de sacerdotes estaban trabajando duro, con manos firmes que garabateaban sobre el piso de piedra símbolos que él no podía leer.

—Es hora —dijo Tieren, quitándose la sotana externa.

—*Aven Essen* —dijo uno de los sacerdotes, levantando la mirada—. Los últimos sellos no están…

—Tendrá que bastar. —Desabotonó el cuello y los puños de su túnica blanca—. Anclaré el hechizo —dijo, dirigiéndose a Rhy—. Si me muevo o muero, se romperá. No dejes que eso pase mientras la maldición de Osaron se mantenga.

Todo estaba sucediendo demasiado rápido. Rhy se tambaleó.

—Tieren, por favor…

Pero se quedó callado cuando el anciano se dio vuelta y llevó sus manos curtidas por el tiempo al rostro de Rhy. A pesar de todo, una sensación de calma lo recorrió.

—Si el palacio cae, sal de la ciudad.

Rhy frunció el ceño.

—*No* huiré.

Una sonrisa cansada se extendió por el rostro del anciano.

—Esa es la respuesta correcta, *mas vares*.

Con eso, se fueron las manos y la oleada de calma desapareció. El miedo y el pánico se dispararon, propagándose de nuevo por la sangre de Rhy, y cuando Tieren cruzó al medio del círculo del hechizo, el príncipe luchó contra la urgencia de sacarlo.

—Recuérdale a tu padre —dijo el *Aven Essen*— que hasta los reyes están hechos de carne y hueso.

Tieren se dejó caer de rodillas en el centro del círculo y Rhy se vio obligado a retroceder cuando cinco sacerdotes comenzaron a trabajar, moviéndose con fluidez y confianza, como si el palacio no estuviera amenazando con derrumbarse alrededor de ellos.

Uno tomó un bol de arena hechizada y vertió los contenidos granulados alrededor de la línea blanca dibujada del círculo. Los otros tres tomaron sus lugares y el último le dio una vela encendida a Rhy y le explicó qué hacer.

Sostuvo la pequeña llama como si fuera una vida, mientras los cinco sacerdotes unían las manos, con las cabezas agachadas, y comenzaban a recitar un hechizo en un lenguaje que el propio Rhy no hablaba. Tieren cerró los ojos, sus labios se movían al mismo tiempo que el hechizo, que comenzó a hacer eco contra las paredes de piedra, llenado la habitación como humo.

Más allá del palacio, otra voz susurraba por entre las grietas en las defensas.

—*Déjenme entrar*.

Rhy se arrodilló, como le habían dicho que hiciera, y tocó la línea de arena que trazaba el círculo con la vela.

—*Déjenme entrar*.

Los otros continuaron el hechizo, pero cuando el extremo de la arena se encendió como una mecha, los labios de Tieren dejaron de moverse. Inspiró profundo y luego el anciano sacerdote comenzó a exhalar lentamente, vaciando los pulmones mientras el fuego sin llama quemaba el camino alrededor del círculo, dejando una línea de negro carbonizado a su paso.

—*Déjenme entrar* —gruñó la voz, haciendo eco en la habitación, cuando los últimos centímetros de arena se quemaban y lo que quedaba de aire dejaba los

pulmones del sacerdote.

Rhy esperó que Tieren respirara otra vez.

No lo hizo.

La figura arrodillada del *Aven Essen* se desplomó hacia un costado y los otros sacerdotes estaban ahí para atraparlo antes de que golpeara el suelo. Bajaron su cuerpo a la piedra, lo acostaron dentro del círculo como si fuese un cadáver, pusieron una almohada bajo su cabeza y entrelazaron sus dedos. Uno tomó la vela de las manos de Rhy y la colocó en las manos del anciano.

La llama parpadeante de repente se estabilizó.

Toda la habitación contuvo la respiración cuando el palacio tembló una última vez y luego quedó en silencio.

Más allá de los muros, los susurros y los gritos y los puños que golpeaban y los cuerpos… todo se detuvo, un silencio pesado cayó sobre la ciudad como un manto.

El hechizo estaba hecho.

VII

—Dame el anillo —dijo Holland.

Lila alzó una ceja. No era una pregunta o un pedido. Era una *exigencia*. Y considerando que quien hablaba había pasado la mayor parte del viaje encadenado en la bodega, le resultó bastante atrevido de su parte.

Alucard, quien aún sujetaba la sortija de plata, comenzó a negarse, pero Holland revoleó los ojos y chasqueó los dedos y el anillo salió disparado de la mano del capitán. Lila se lanzó por él, pero Kell la tomó del brazo y el anillo aterrizó en la mano abierta de Holland.

Este hizo girar el anillo entre sus manos.

—¿Por qué dejar que lo tenga él? —ladró Lila, soltándose de un tirón.

—¿Por qué? —repitió Holland, mientras una rodaja de plata iba volando hacia ella. Ella arrancó el segundo anillo del aire. Un momento después, Kell atrapó el tercero—. Porque soy el más fuerte.

Kell revoleó los ojos.

—¿Quieres comprobarlo? —gruñó Lila.

Holland estaba observando su anillo.

—Hay una diferencia, señorita Bard, entre el poder y la fuerza. ¿Sabes cuál es esa diferencia? —Levantó los ojos—. El control.

Su indignación se encendió como un fósforo, no solo porque ella odiaba a Holland, odiaba lo que estaba insinuando, sino porque sabía que tenía razón. Porque todo su poder bruto, era exactamente eso, bruto. Sin formar. Salvaje.

Sabía que tenía razón, pero aun así sus dedos ansiaban un cuchillo.

Holland suspiró.

—Tu desconfianza es más razón aún para dejarme hacerlo.

Lila frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices?

—El anillo original es el ancla. —Lo deslizó por su pulgar—. Como tal, está atado a sus copias y no al revés.

Lila no entendía. No era una sensación que disfrutara. Lo único que le gustaba *menos* era la mirada en los ojos de Holland, la mirada petulante de alguien que *sabía* que ella estaba perdida.

—Los anillos amarran nuestro poder —dijo lentamente Holland—. Pero *tú* puedes romper la conexión cuando quieras, mientras que *yo* estoy atado al hechizo.

Una sonrisa cruel atravesó el rostro de Lila. Chasqueó la lengua.

—No puedes pasar un día sin encadenarte a alguien, ¿no es…?

En un instante él ya estaba sobre ella. Los dedos de él alrededor del cuello de Lila y el cuchillo de Lila contra su garganta. Kell lanzó las manos hacia arriba exasperado, Jasta gritó una advertencia sobre manchar con sangre su barco y un segundo cuchillo fue a descansar debajo de la mandíbula de Holland.

—Bueno, bueno —dijo Alucard distendido—. Lo sé, he pensado en matarlos a los *dos*, pero pensando en el bien común, intentemos mantenernos civilizados.

Lila bajó su cuchillo. Holland soltó su cuello.

Cada uno dio un paso atrás. Lila ardía con irritación, pero había algo más. Le tomó un momento reconocerlo. *Remordimiento*. Se posaba como un peso frío humeante en su estómago. Holland estaba parado ahí, sus rasgos cuidadosamente fijos, como si el golpe no hubiese llegado, pero claramente lo había hecho.

Ella tragó, se aclaró la garganta.

—Estabas diciendo…

Holland le sostuvo la mirada.

—Estoy dispuesto a ser el ancla de nuestro hechizo —dijo con cuidado—. Mientras los tres estemos amarrados, mi poder será suyo.

—Y hasta que elijamos romper ese amarre —respondió ella—, *nuestro* poder es *tuyo*.

—Es la única forma —insistió Holland—. La magia de un *antari* no fue suficiente para tentar a Osaron, pero juntos…

—Podemos atraerlo —terminó Kell. Bajó la vista al anillo en su mano, luego se lo puso. Lila vio el momento en que los poderes se encontraron. Un estremecimiento que pasó como un escalofrío entre ellos, el aire zumbando con el poder combinado de ambos.

Lila miró su propia sortija de plata. Recordó el poder, sí, pero también la sensación aterradora de estar expuesta y, sin embargo, atrapada, dejada al desnudo y sujeta a la voluntad de otro.

Quería ayudar, pero la idea de atarse a otro…

Una sombra cruzó su visión cuando Holland dio un paso hacia ella. Lila no levantó la mirada, no quería ver la expresión de Holland, llena de desdén o, peor, lo que estuviera ahora visible a través de la grieta que ella misma había abierto.

—No es fácil, ¿verdad?, encadenarse a otro. —Un escalofrío la recorrió cuando él le arrojó sus palabras en la cara. Apretó el puño alrededor del anillo—. Incluso cuando es por una causa mayor —continuó él, que nunca levantó la voz—. Incluso cuando podría salvar una ciudad, sanar un mundo, cambiar la vida de todos los que conoces. —Los ojos de Lila se dispararon hacia Kell—. Es una decisión difícil.

Lila encontró la mirada de Holland, esperando —quizá incluso deseando— encontrar esa calma fría, implacable, quizá teñida de desagrado. En lugar de eso,

encontró tonos de tristeza, pérdida. Y de algún modo, fuerza. La fuerza para continuar. Para intentarlo de nuevo. Para confiar.

Lila se puso el anillo.

Once

Muerte en el mar

I

«A los Santos anónimos que calman los vientos y aquietan el agitado mar…».

Lenos giraba el talismán de su abuela con las manos mientras rezaba.

«Les ruego protección para esta nave…».

Un sonido se expandió a través del barco, seguido de una oleada de insultos. Lenos levantó la vista cuando se puso de pie Lila, a quien le salía vapor de las manos.

«… y para aquellos que navegan a bordo. Ruego por aguas amables y cielos despejados mientras nos abrimos paso…».

—Si rompen mi barco, los mato a todos —gritó Jasta.

Los dedos del marinero se cerraron con fuerza alrededor del colgante.

«… paso entre el peligro y la oscuridad».

—Malditos *antari* —murmuró Alucard, mientras subía a toda velocidad los escalones hasta el rellano donde estaba parado Lenos con los codos en el barandal.

El capitán se dejó caer contra un cajón y sacó una petaca.

—Por esto es que bebo.

Lenos continuó.

«Lo ruego como humilde servidor, con fe en el vasto mundo, en todo su poder».

Se enderezó y guardó el collar bajo el cuello de su túnica.

—¿Te interrumpí? —preguntó Alucard.

Lenos miró desde las tablas chamuscadas en la cubierta hasta Jasta, que rugía desde el timón al inclinarse el barco repentinamente hacia un lado bajo la fuerza de la magia en la que trabajaban los tres *antari*, y luego, finalmente, al hombre que estaba en el piso bebiendo.

—Para nada —dijo Lenos, que cruzó las piernas y se acomodó al lado de él.

Alucard le ofreció la petaca, pero Lenos rehusó. Nunca había sido demasiado afecto a la bebida. Nunca creyó que el durante valiera la pena del después.

—¿Cómo sabes que están escuchando? —preguntó Alucard y bebió otro sorbo—. Esos Santos a los que les rezas.

El capitán no era un hombre espiritual, a juzgar por lo que Lenos podía ver, y eso estaba bien. La magia era un río que iba marcando su curso, elegía por quién fluir y a quién esquivar, y aquellos a los que salteaba, bueno, había una razón para eso también. Para empezar, tendían a tener una mejor vista del agua desde la orilla. Lenos se encogió de hombros, buscando las palabras.

—No es… realmente… una conversación.

Alucard alzó una ceja, su zafiro destelló bajo la luz agonizante.

—Entonces, ¿qué?

Lenos se movió con nerviosismo.

—Es más como… una ofrenda.

El capitán emitió un sonido que pudo haber significado que entendía. O quizá simplemente se había aclarado la garganta.

—Siempre fuiste extraño —reflexionó Alucard—. ¿Cómo fue que terminaste en mi barco?

Lenos bajó la vista al talismán que aún sostenía en una mano.

—La vida —dijo, dado que no creía en la suerte, porque esta era la ausencia de un plan, y si en algo creía Lenos, era en que en todo había un orden, una razón. A veces estabas demasiado cerca para verlo, otra veces demasiado lejos, pero ahí estaba.

Pensó en eso y luego agregó:

—Y Stross.

Después de todo, había sido el huraño primer oficial del Aguja quien se había topado con Lenos en Tanek, recién bajado de un bote desde Hanas; quien se había fascinado con él, por alguna razón u otra, y lo había llevado a la cubierta de un nuevo barco, de casco brillante y velas azul medianoche. Ahí se congregaba un grupo raro, pero el más raro de todos para Lenos era el hombre sentado sobre el timón.

—Estamos amparando descarriados, ¿no es cierto? —había preguntado el hombre al echar un vistazo a Lenos.

Había cierto relajo en él, el tipo de sonrisa que hacía que uno quisiera sonreír también. Lenos se quedó mirándolo, en su pueblo todos los marineros estaban curtidos por el sol y tenían un aspecto descuidado. Incluso los capitanes parecían haberse quedado fuera durante un verano y un invierno y una primavera. Pero este hombre era joven y fuerte e imponente, vestido de negro intenso con ribetes plateados.

—El nombre es Alucard Emery —había dicho él y se había generado un murmullo entre los hombres ahí reunidos, pero Lenos no tenía idea de lo que era un Emery o por qué se suponía que debía importarle—. Este es el Aguja Nocturna y están aquí porque necesita una tripulación. Pero ustedes no son mi tripulación. Aún no.

Señaló con la cabeza al hombre más cercano, una figura altísima con músculos que le cubrían el cuerpo como sogas gruesas.

—¿Qué puedes hacer?

Una risa se extendió por el grupo.

—Bueno —dijo el corpulento—. Soy bastante decente levantando cosas.

—Yo puedo leer cualquier mapa —ofreció otro.

—Un ladrón —dijo un tercero—. El mejor que encontrarás.

Todos y cada uno de los hombres a bordo era más que un simple marinero. Todos tenían una habilidad —y algunos, varias—. Y luego Alucard Emery había mirado a

Lenos con esos ojos oscuros de tormenta.

—¿Y tú? —había dicho—. ¿Qué puedes hacer *tú*?

Lenos bajó la vista a su figura demasiado delgada, las costillas sobresalidas con cada respiración, las manos callosas de jugar en orillas pedregosas durante su infancia. La verdad era que Lenos nunca había sido demasiado bueno en nada. Ni con la magia natural ni con las mujeres. No era terriblemente habilidoso para navegar (aunque sabía hacer un nudo y no tenía miedo de ahogarse).

Para lo único que Lenos tenía facilidad era para percibir el peligro: no leerlo en un plato oscurecido o detectarlo en las líneas de luz, sino simplemente lo *sentía*, como uno podía percibir un temblor bajo los pies, una tormenta en camino. Sentirlo y doblar para evitarlo.

—¿Y bien? —insistió Alucard.

Lenos tragó.

—Sé cuándo se avecinan problemas.

Alucard había alzado una ceja (no había destellos de zafiro entonces, no hasta su primer viaje a Faro).

—Capitán —había agregado Lenos rápidamente, tomando la sorpresa del capitán por ofensa.

Alucard Emery había mostrado otro tipo de sonrisa.

—Bueno —había dicho—, te tomaré la palabra.

Eso fue otra noche, en otro tiempo, en otro barco.

Pero Lenos siempre había mantenido su palabra.

—Tengo un presentimiento —susurró ahora, mirando hacia el mar. El agua estaba calma, los cielos despejados, pero había un peso en su pecho, como una respiración contenida por demasiado tiempo.

—Lenos. —Alucard soltó una risita y se puso de pie—. Una pieza de magia se cree dios, una bruma venenosa está destruyendo Londres y tres *antari* están entrenando en nuestro barco —dijo el capitán—. Me preocuparía que *no* lo tuvieras.

II

«Mierda», pensó Lila, mientras se agachaba en la cubierta.

Después de horas de práctica, ella estaba mareada, la piel de Kell estaba aceitosa de sudor, pero Holland apenas si estaba agitado. Luchó contra la necesidad de golpearlo en el estómago, cuando Hano llamó desde el puesto del vigía. El barco necesitaba una brisa.

Se dejó caer sobre un cajón mientras los otros iban a ayudar. Sentía que había atravesado tres rondas del *Essen Tasch* y perdido cada una de ellas. Cada centímetro de su cuerpo —todo hasta los huesos— le dolía por el uso de los anillos. Cómo era que los otros dos *antari* aún tenían energía para poner viento en las velas, no tenía idea.

Pero el entrenamiento parecía estar funcionando.

Cuando el barco navegaba por las primeras franjas del atardecer, ya habían logrado una especie de equilibrio. Ahora eran capaces de nivelar y amplificar su magia sin excederse al atraer la de los otros. Era una sensación extraña, ser más fuerte y más débil a la vez, tanto poder pero tan difícil de blandir, como un revólver descalibrado.

Aun así, el mundo ardía con magia, los hilos del poder delineaban el aire como la luz y quedaban flotando en el espacio cada vez que Lila parpadeaba. Sentía que podía estirarse y arrancar uno y hacer que el mundo cantara.

Sostuvo una mano frente a su rostro y entornó los ojos hacia el anillo de plata que aún rodeaba su dedo mayor.

Era control. Era equilibrio. Todo lo que ella no era, y aún ahora, Lila estaba tentada de arrojarlo al mar.

Nunca había sido buena para la moderación. Ni cuando era tan solo una ratera con mal genio y cuchillo rápido, y ciertamente menos ahora, que había encendido el fuego de la magia en sus venas. Sabía esto sobre sí misma, le *gustaba*, estaba convencida de que era lo que la había mantenido viva. Viva pero también sola; era difícil cuidar de otros cuando uno necesitaba todo lo que tenía para cuidarse a uno mismo.

Lila sintió un escalofrío, el sudor se había enfriado hacía rato sobre su cuero cabelludo.

¿Cuándo habían salido las estrellas?

Se irguió con esfuerzo, saltó desde arriba del cajón y estaba a mitad de camino a la bodega cuando escuchó el canto. Le dolía el cuerpo y quería un trago, pero sus pies siguieron el sonido y pronto encontró la fuente. Hastra estaba sentado con las piernas cruzadas y la espalda contra el barandal, tenía algo entre sus manos ahuecadas.

Incluso bajo la luz tenue, los rizos marrones de Hastra tenían toques dorados. Se veía joven, incluso más joven que ella, y cuando la vio parada ahí, no se alejó de ella como Lenos. En lugar de eso, Hastra sonrió.

—Señorita Bard —dijo con calidez—, me gusta su ojo nuevo.

—A mí también —dijo ella, deslizándose hacia el suelo—. ¿Qué tienes entre las manos?

Hastra desenrolló los dedos para revelar un pequeño huevo azul.

—Lo encontré en los muelles de Rosenal —dijo—. Hay que cantarles a los huevos, ¿sabía eso?

—¿Para que nazca el pajarito?

Hastra negó con la cabeza.

—No, eso lo hará de todos modos. Hay que cantarle para que nazca contento.

Lila alzó una ceja. Tenían prácticamente la misma edad, pero había algo *aniñado* en Hastra; era joven de una manera que ella nunca lo había sido. Y sin embargo, el aire siempre era cálido alrededor de él, de la misma manera que lo era cuando estaba Tieren, la calma se escurría adentro de su mente como seda, como nieve.

—Kell me dice que deberías haber sido sacerdote.

La sonrisa de Hastra se entristeció.

—Sé que no fui un buen guardia.

—No creo que lo haya dicho como insulto.

Pasó el dedo sobre el frágil cascarón.

—¿Es tan famosa en su mundo como Kell es aquí?

Lila pensó en los carteles de *Buscado* que empapelaban *su* Londres.

—No por las mismas razones.

—Pero decidió quedarse.

—Eso creo.

La sonrisa de Hastra se volvió más cálida.

—Me alegro.

Lila sopló para quitarse el pelo de la cara.

—Yo no lo estaría —dijo ella—. Tiendo a complicar las cosas.

Hastra bajó la mirada al pequeño huevo azul.

—La vida es caos. El tiempo es orden.

Lila levantó las rodillas y las llevó hacia su pecho.

—¿Qué se supone que significa eso?

Él se sonrojó.

—No estoy seguro. Pero lo dijo el Maestro Tieren, así que sonaba sabio.

Lila comenzó a reír, luego se frenó porque el cuerpo le estallaba de dolor. Realmente necesitaba ese trago, así que dejó a Hastra con su huevo y sus canciones y se abrió camino hacia la bodega.



La cocina no estaba vacía.

Jasta estaba sentada en la mesa angosta, con un vaso en una mano y un mazo de cartas en la otra. A Lila le gruñía el estómago, pero la habitación olía a que Ilo había intentado hacer un estofado (y fallado), así que en lugar de ir por eso, fue hacia un estante para servirse una taza de lo que fuera que Jasta estuviera bebiendo. Era algo fuerte y oscuro.

Podía sentir la mirada de la capitana sobre ella.

—Este ojo nuevo —comentó Jasta— te queda bien.

Lila inclinó su taza hacia ella.

—Salud.

Jasta bajó su vaso y mezcló las cartas con ambas manos.

—Siéntate. Juega una mano.

Lila vio que la mesa estaba cubierta con los restos de un juego, vasos vacíos apilados de un lado y cartas del otro.

—¿Qué pasó con tu último adversario?

Jasta se encogió de hombre.

—Perdió.

Lila sonrió débilmente.

—Creo que paso.

Jasta lanzó un leve gruñido.

—No juegas porque sabes que perderás.

—No puedes provocarme para que juegue.

—*Tac*, quizá no seas una pirata después de todo, Bard. Quizá solo simulas serlo, como Alucard; juegan a los disfraces con ropas que no les quedan. Quizá pertenezcas a Londres, no aquí fuera, en el mar.

La sonrisa de Lila se afiló.

—Pertenezco a donde yo elija.

—Creo que eres una ladrona, no una pirata.

—Un ladrón roba en tierra, un pirata en el mar. La última vez que me fijé, era ambas.

—Esa no es la verdadera diferencia —dijo Jasta—. La verdadera diferencia es *tarnal*. —Lila no conocía la palabra. La mujer debió haberlo visto, porque buscó por varios segundos y luego dijo en inglés—: intrepidez.

Los ojos de Lila se entrecerraron. No se había dado cuenta de que Jasta no hablaba solo arnesiano. Por otro lado, los marineros tenían la manía de coleccionar palabras tanto como monedas, las guardaban para después.

—Verás —continuó Jasta, cortando el mazo—, un ladrón juega solo cuando cree que ganará. Un pirata juega incluso cuando cree que perderá.

Lila se terminó su trago y pasó una pierna sobre el banco, le pesaban las extremidades. Repiqueteó en la mesa con los nudillos, su nuevo anillo destelló bajo la luz de la farola.

—Está bien, Jasta. Reparte.

El juego era *sanct*.

—Si pierdes, bebes —dijo Jasta, repartiendo las cartas. Sisearon sobre la superficie de la mesa, boca abajo. Su dorso era negro y dorado.

Lila levantó las cartas y las analizó con indiferencia. Conocía las reglas lo suficiente como para saber que no se trataba tanto de saber cómo jugar sino de saber cómo hacer trampa.

—Ahora dime —continuó la capitana, juntando su propia mano—, ¿qué quieres?

—Esa es una pregunta demasiado amplia.

—Y simple. Si no sabes la respuesta, no te conoces.

Lila hizo una pausa, pensativa. Arrojó dos cartas. Un espectro y una reina.

—Libertad —dijo—. ¿Y tú?

—¿Qué quiero? —reflexionó Jasta—. Ganar.

Apoyó un par de Santos.

Lila maldijo.

Jasta sonrió de lado.

—Bebe.



—¿*Cómo sabes cuándo Sarows está viniendo*? —tarareó Lila mientras bajaba por el estrecho pasillo del barco, rozando con las yemas de los dedos las dos paredes en busca de equilibrio.

Justo entonces, la advertencia de Alucard sobre Jasta regresó con toda la fuerza.

«Nunca desafíes a aquella a una competencia de tragos. O a una pelea de espadas. Ni a nada en lo que puedas perder. Porque lo harás».

El bote se meció bajo sus pies. O quizá era ella la que se tambaleaba. Demonios. Lila era delgada pero no le faltaba práctica y, aun así, nunca le había resultado tan difícil aguantar el alcohol.

Cuando llegó a su habitación, encontró a Kell encorvado sobre el legador, examinando las marcas que tenía en un lado.

—Hola, guapo —dijo, sujetándose del marco.

Kell levantó la vista, con una sonrisa camino a sus labios, que se desvaneció.

—Estás borracha —dijo, mirándola largo y tendido—. Y estás descalza.

—Tu poder de observación es impresionante. —Lila se miró los pies—. Perdí los zapatos.

—¿Cómo haces para perder los zapatos?

La frente de Lila se arrugó.

—Los aposté. Perdí.

Kell se levantó.

—¿Con quién?

Un pequeño hipo.

—Jasta.

Kell suspiró.

—Quédate aquí.

Se escabulló por al lado de ella al pasillo, le había apoyado una mano en su cintura y luego, demasiado rápido, el contacto ya no estaba. Lila se abrió paso hacia la cama y se desplomó sobre esta. Levantó el legador y lo sostuvo a contraluz, el huso en la base del cilindro era lo suficientemente afilado para cortar. Dio vuelta el aparato cuidadosamente con los dedos, entrecerrando los ojos para distinguir las palabras que lo rodeaban.

«*Rosin*», se leía en un lado.

«*Cason*», se leía en otro.

Lila frunció el ceño, articulando las palabras cuando Kell reapareció en la puerta.

—*Dar y recibir* —tradujo, lanzándole las botas.

Ella se levantó demasiado rápido, hizo una mueca.

—¿Cómo lo lograste?

—Simplemente le expliqué que no se las podía quedar, que no le iban a entrar, y luego le di las mías.

Lila bajó la mirada a los pies descalzos de Kell y estalló en carcajadas. Kell se inclinó hacia ella para presionar una mano sobre su boca, «Vas a despertar a todo el bote», casi un susurro, una caricia del aire, y ella se dejó caer sobre el catre otra vez, llevándose a Kell consigo.

—Maldición, Lila. —Se sostuvo a sí mismo antes de que su cabeza se estrellara contra la pared. La cama realmente no era para dos—. ¿Cuánto bebiste?

La risa de Lila se apagó.

—Solía no beber nunca en compañía —reflexionó en voz alta. Qué extraño escucharse hablar cuando ni siquiera había pensado en hacerlo. Las palabras solo se salían—. No quería que me agarraran desprevenida.

—¿Y ahora?

Esa sonrisa titilante.

—Creo que podría tomarte.

Él descendió hasta que su pelo acarició la sien de Lila.

—¿Ah, sí? —Pero entonces algo le llamó la atención detrás del vidrio del ojo de buey—. Hay un barco ahí fuera.

Lila giró la cabeza.

—¿Cómo puedes ver en la oscuridad?

Kell frunció el ceño.

—Porque está en llamas.

Lila se levantó al instante, el mundo se ladeaba bajo sus pies. Se enterró las uñas con fuerza en las manos, esperando que el dolor le aclarara la cabeza. El peligro tendría que hacer el resto.

—¿Qué significa eso? —estaba preguntando Kell, pero ella ya estaba subiendo las escaleras a toda velocidad.

—¡Alucard! —llamó al llegar a la cubierta.

Por un segundo breve y terrible, El Fantasma se desplegó en silencio frente a ella, la cubierta vacía, y Lila creyó que era demasiado tarde, pero no había cadáveres y un segundo después el capitán estaba ahí, Hastra también, aún acunando su huevo. Lenos apareció, frotándose los ojos para quitarse el sueño y con los hombros tensos, como si se hubiera despertado de una pesadilla. Kell los alcanzó, descalzo, poniéndose su abrigo.

A la distancia, el barco ardía, un estallido rojo y dorado contra la noche.

Alucard se detuvo al lado de ella.

—Por los Santos —maldijo, las llamas reflejadas en sus ojos.

—*Mas aven*… —comenzó a decir Lenos.

Y luego hizo un sonido extraño, como un hipo atorado en la garganta, y Lila se dio vuelta justo para ver que una cuchilla punzante le sobresalía del pecho y luego lo tiraban violentamente hacia atrás por sobre el costado, y las Serpientes de Mar abordaron El Fantasma.

III

Durante meses, Kell había entrenado, solo, debajo del palacio real, dejando que sudor y sangre mancharan los pisos de la Cuenca. Ahí había enfrentado a cientos de enemigos y luchado contra cientos de formas, afilado su mente y su magia, aprendido a usar lo que fuera y todo lo que hubiese a mano, todo eso en preparación no para el torneo —en el que nunca había pensado entrar—, sino para este preciso momento. Para que cuando la muerte volviera por él otra vez, él estuviese listo.

Se había entrenado para pelear en el palacio.

Había entrenado para luchar en las calles.

Había entrenado para luchar a la luz del día y en la oscuridad.

Pero Kell no había pensado en entrenar para una pelea en el mar.

Sin el poder de Alucard llenando las velas, las lonas se desplomaron, lo que hizo que El Fantasma se torciera y el agua comenzara a golpear de costado, meciendo el barco mientras los mercenarios se volcaban a la cubierta.

Todo lo que quedó de Lenos, después de ese chapoteo breve y fugaz, eran gotas de sangre que moteaban la madera. Un cuadrado de calma en una noche que se había vuelto salvaje; agua y viento en los oídos de Kell, madera y metal debajo de sus pies, y todo cabeceaba y se mecía como bajo una tormenta. Era mucho más ruidoso y afilado que aquellas batallas imaginadas en la Cuenca, mucho más aterrador que aquellos juegos en el *Essen Tasch*, tanto que por un instante —*solo un instante*—, Kell se quedó helado.

Pero entonces el primer grito atravesó el aire y un relámpago de agua se disparó como hielo al sacar Alucard una espada del mar oscuro. No había tiempo para pensar, ni lo había para planear, no había tiempo para nada más, solo para *pelear*.

Kell perdió de vista a Lila en cuestión de instantes, y solo contó con los hilos de su magia —la persistente vibración de la magia de Lila en sus venas— para saber que ella seguía viva mientras El Fantasma se sumía en el caos.

Hastra estaba luchando contra una sombra, con la espalda contra el mástil, y Kell movió la muñeca para liberar las dos esquirlas de metal que mantenía enfundadas dentro de los puños, cuando los dos primeros asesinos vinieron por él. Sus clavos de acero volaron como lo habían hecho en la Cuenca tantas veces, pero ahora atravesaron corazones en lugar de muñecos, y por cada sombra que mataba, otra venía.

Acero susurró detrás de él y Kell se dio vuelta a tiempo para esquivar el cuchillo del criminal. Aun así encontró carne, pero rebanó su mejilla en lugar de su garganta. El dolor se registró como una cosa distante, afilado solo por el aire de mar, cuando sus dedos tocaron la herida y luego atraparon la muñeca del asesino. Hielo brotó hacia arriba por el brazo y Kell lo soltó justo cuando otra sombra lo conectó en la cintura y lo estrelló de costado contra el barandal del barco.

La madera se quebró con la fuerza del golpe y los dos cayeron al mar. La superficie era una pared congelada que le quitó el aire de los pulmones a Kell, el agua helada lo invadió mientras forceajaba con el asesino; la oscuridad revuelta, rota solo por la luz del barco en llamas en algún lugar arriba. Kell intentó calmar el agua con su voluntad o al menos quitársela de los ojos, pero el océano era demasiado grande y aunque hubiese recurrido a Holland y Lila, no hubiera sido suficiente. Se estaba quedando sin aire y no podía soportar pensar en Rhy, a un Londres de distancia, intentando respirar otra vez. No tenía opción. La siguiente vez que el criminal lanzó una cuchillada con el filo curvo, Kell dejó que el golpe lo sacudiera.

Un resoplido se escapó en una corriente de aire cuando la hoja cortó la manga de su abrigo y le mordió con profundidad el brazo. De inmediato el agua comenzó a nublarse con sangre.

—*As Steno* —dijo, las palabras apagadas por el agua, lo que le quedaba de aire exhalado, pero aún así audibles y rebosantes de intención. El mercenario se quedó rígido cuando su cuerpo pasó de carne humana a piedra, y cayó en picada al suelo del mar. Como en espejo, Kell se aceleró hacia arriba con urgencia y rompió las superficie de las olas. Desde donde estaba, podía ver las balsas playas de los atacantes, los asideros de madera y hierro hechizados llevaban desde el agua a la cubierta de El Fantasma.

Kell trepó, el brazo le latía y las ropas mojadas le pesaban a cada paso, pero logró llegar y subir a la cubierta empujándose con fuerza por un costado.

—Señor, ¡cuidado!

Kell se dio vuelta cuando el asesino se le abalanzaba, pero el hombre fue detenido por la espada de Hastra, que lo atravesó por la espalda. El asesino se dobló hacia adelante y Kell se encontró mirando los ojos aterrados del joven guardia. La sangre había salpicado el rostro y las manos y los rizos de Hastra. Parecía inestable sobre sus pies.

—¿Estás herido? —preguntó Kell inmediatamente.

Hastra negó con la cabeza.

—No, señor —dijo, con voz temblorosa.

—Bien —dijo Kell, tomando el cuchillo del asesino—. Entonces recuperemos este barco.

IV

Holland estaba sentado en su catre estudiando la sortija de plata en su pulgar cuando escuchó a Lila subiendo a toda prisa las escaleras, el chapoteo de algo pesado rompiendo las olas, los pasos de demasiados pies.

Se levantó y estaba a mitad de camino de la puerta cuando el suelo se ladeó y la vista se le puso negra, todo su poder desfondado por un repentino y violento instante.

Luchó por encontrar fuerza, sintió que sus rodillas golpeaban contra el suelo; su cuerpo, una cosa despojada de poder al tirar alguien de su magia como si fuese una soga.

Por un momento aterrador, no hubo nada y luego, igual de súbito, la habitación estaba de regreso, devuelta a como había estado antes, solo que ahora había gritos arriba y un barco en llamas detrás de la ventana y alguien bajaba las escaleras.

Holland se obligó a ponerse de pie, la cabeza aún le daba vueltas por la escasez de magia.

Arrancó las cadenas abandonadas en la pared, se envolvió las manos con ellas y salió tambaleando al pasillo.

Dos extraños venían hacia él.

—¿*Kers la*? —dijo uno, cuando él se dejó caer, tropezar.

—Un prisionero —dijo el segundo, al ver el destello de metal y creer (equivocadamente) que Holland seguía atado.

Escuchó el siseo de las cuchillas deslizándose afuera de sus vainas, y atrajo de regreso el poder que había prestado, como si fuera un respiro.

La sangre de Holland vibró, la magia inundó sus venas de nuevo, cuando la mano del intruso se enredó en su pelo y tiró su cabeza atrás con violencia para exponer su garganta. Por un solo latido, dejó que creyeran que habían ganado, los dejó pensar que sería así de fácil, y casi pudo sentir cómo bajaban la guardia, cómo disminuían su tensión.

Y luego saltó, retorciéndose hacia arriba y liberándose en un único movimiento fluido, casi despreocupado, y envolvió la garganta de su enemigo con las cadenas justo antes de convertir el torniquete de hierro en piedra. Soltó y el hombre se derrumbó hacia adelante, agarrándose inútilmente el cuello, mientras Holland sacaba la espada de su cadera y rebanaba la garganta del segundo hombre.

O eso intentó.

El asesino era rápido, eludió un paso atrás, dos, bailaba alrededor de la hoja como Ojka solía hacer, pero Ojka jamás se tropezaba y el mercenario sí, erró lo suficiente como para que Holland lo hiciera caer y le atravesara la espada por detrás, clavando al hombre en el piso.

Holland pisó sobre los cuerpos que se retorcían de dolor hacia los escalones.

La guadaña salió de la nada, silbando de esa forma especial característica.

Si Athos y Astrid no hubiesen preferido la sanguinaria curva de acero, si Holland no hubiese soñado con usar los filos corvos para cortarles los pescuezos, nunca hubiese reconocido el tono, no hubiera sabido cómo y cuándo agacharse.

Se dejó caer a una rodilla, la guadaña se encajó en la pared, y él se dio vuelta a tiempo para atrapar una segunda cuchilla con sus manos desnudas. El acero cortó rápido y profundo, incluso cuando él luchó para amortiguar el golpe, llamando al metal y el aire y el hueso con la voluntad. El asesino se inclinó contra el filo y la sangre de Holland cayó en gotas gruesas al piso; el triunfo se transformó en miedo en el rostro del mercenario cuando se dio cuenta de lo que había hecho.

—*As Isera* —dijo Holland y el hielo se disparó desde sus manos lastimadas, tragando filo y piel en el lapso de un suspiro.

La guadaña se escurrió de los dedos congelados y las manos del propio Holland ardían de dolor. Los cortes eran profundos, pero antes de que pudiera atarlos, antes de que pudiera hacer nada, una cuerda le envolvió la garganta. Las manos se le fueron al cuello, pero dos cuerdas más salieron de la nada y le ciñeron las muñecas y lo obligaron a abrir los brazos.

—Sujétenlo —ordenó una asesina, pisando alrededor y sobre los pocos cuerpos que ensuciaban el pasillo. En una mano tenía un gancho—. Quieren el ojo intacto.

Holland no atacó. Se quedó quieto, evaluando sus armas y contando las vidas que tendría que agregar a su lista.

Mientras la asesina se acercaba sigilosamente, a él las manos comenzaron a hormiguearle con un calor poco familiar. El eco de la magia de otro.

Lila.

Holland sonrió, envolvió las sogas con los dedos y tiró, no de las cuerdas mismas, sino del hechizo de la otra *antari*.

El fuego estalló por las sogas.

Los hilos retorcidos se quebraron como huesos y Holland estaba libre. Con una estocada de su mano, las farolas se hicieron añicos, el pasillo se oscureció y él fue por ellos.

V

Las Serpientes Marinas eran buenas.

Aterradoramente buenas.

Ciertamente mejores que los Ladrones de Cobre, mejores que todos los piratas con los que Lila se había cruzado durante esos meses en el mar.

Las Serpientes luchaban como si fuera importante.

Luchaban como si su vida estuviera en juego.

Pero también ella.

Lila se agachó y una cuchilla curva se incrustó en el mástil detrás de ella. Giró para salir del camino de una espada que atravesaba el aire. Alguien intentó enlazar una cuerda alrededor de su cuello, pero ella la atrapó, se retorció para liberarse y deslizó su cuchillo entre las costillas del extraño.

La magia pulsaba en sus venas, dibujaba el barco con líneas de vida. Las Serpientes se movían como sombras, pero para Lila, brillaban con luz. Deslizaba sus cuchillos por debajo de sus guardias, encontraba carne, liberaba sangre.

Un puño la golpeó en la mandíbula, un cuchillo le rozó el muslo, pero ella no se detuvo, no desaceleró. Vibraba de poder, en parte suyo y en parte prestado, y todo este resplandecía.

Cayó sangre dentro del ojo bueno de Lila, pero a ella no le importó, porque cada vez que se cobraba una vida, veía a Lenos.

Lenos, quien le había tenido miedo.

Lenos, quien había sido amable a pesar de eso.

Lenos, quien la había llamado un portento, un signo de cambio.

Lenos, quien la había visto antes de que ella supiera reconocerse.

Lenos, quien había muerto con una púa en el pecho y con la misma penosa confusión que ella había sentido en la callejuela de Rosenal, esa horrible compresión grabada en su rostro.

Podía sentir a Kell y a Holland luchando también en lados opuestos del barco, la flexión y el tensamiento de la magia de ellos en sus venas, su dolor como un miembro fantasma.

Si las Serpientes tenían magia, no la estaban usando. Quizá solo estaban intentando no dañar El Fantasma, dado que ya habían hundido su propio barco, pero Lila prefería el infierno antes que caer por intentar salvar este botecito de mierda. El

fuego ardía en sus manos. Las tablas de madera gruñeron cuando tiró de ellas. El barco se inclinó violentamente bajo sus pies.

Hundiría todo el maldito barco si fuera necesario.

Pero no tuvo la oportunidad. Una mano salió disparada y la agarró del cuello para lanzarla detrás de un cajón. Liberó un cuchillo de su vaina oculta en el brazo, pero la otra mano del atacante —mucho más grande que la suya— la tomó de la muñeca y la sujetó contra la madera sobre su cabeza.

Era Jasta quien se alzaba sobre ella y por un momento Lila pensó que la capitana estaba intentando ayudarla, intentando, por alguna razón, ponerla fuera de peligro, salvarla de la lucha. Pero entonces vio el cuerpo desplomado en la cubierta.

Hano.

Los ojos de la muchacha brillaban en la oscuridad, abiertos, vacíos, un corte limpio a lo ancho de la garganta.

La furia bulló en ella cuando la comprensión la golpeó. La insistencia de Jasta para capitanear El Fantasma, para ir con ellos al mercado flotante. El repentino peligro en los muelles de Rosenal. La competencia de tragos más temprano esa noche, con su bebida demasiado fuerte.

—Estás con ellos.

Jasta no lo negó. Solo mostró una sonrisa despiadada.

La voluntad de Lila forcejeó contra la de la capitana tránsfuga y la mujer fue obligada a retroceder, apartarse.

—¿Por qué?

La mujer se encogió de hombros.

—Aquí fuera, el dinero es rey.

Lila arremetió, pero Jasta era el doble de rápida de lo que parecía e igual de fuerte y un segundo después Lila estaba siendo estrellada hacia atrás contra el costado del barco, el barandal le dio entre las costillas con suficiente fuerza para quitarle el aire de los pulmones.

Jasta estaba parada exactamente donde había estado antes, parecía casi aburrida.

—Mis órdenes son matar al principito arnesiano —dijo, liberando un filo de su cadera—. Nadie me dijo qué hacer contigo.

Un odio gélido se extendió por las venas de Lila, rebasando incluso el calor del poder.

—Si querías matarme, ya deberías haberlo hecho.

—Pero no *tengo* que matarte —dijo Jasta, mientras el barco continuaba llenándose de sombras amenazantes—. Eres una ladrona y yo una pirata, pero ambas somos cuchillos. Lo veo en ti. Sabes que no perteneces. No perteneces aquí con ellos.

—Estás equivocada.

—Puedes simular todo lo que quieras —dijo con desprecio Jasta—. Cambia tu forma de vestirte. Cambia de idioma. Cambia tu cara. Pero siempre serás un cuchillo, y los cuchillos solo sirven para una cosa y solo una: cortar.

Lila dejó caer las manos a los lados, como si estuviera considerando las palabras de la traidora. Le caían gotas de sangre de los dedos y movió los labios lentamente, de forma casi imperceptible, las palabras —*As Athera*— se perdieron bajo el pavoneo de Jasta y el choque de los metales por todos lados.

Lila levantó la voz.

—Quizá tengas razón.

La sonrisa de Jasta se amplió.

—Sé cómo detectar un cuchillo, siempre lo he sabido. Y te puedo enseñar…

Lila cerró el puño con fuerza, llamando a la madera, y los cajones detrás de Jasta se dispararon hacia adelante. La mujer giró, intentó esquivarlos, pero la magia susurrada de Lila había funcionado —*As Athera, crecer*— y las tablas del barco se habían ramificado hacia arriba por las botas de Jasta mientras esta se regodeaba. Cayó a la cubierta debajo de las pesadas cajas.

Jasta soltó una injuria estrangulada en un idioma que Lila no hablaba, tenía la pierna trabada bajo el peso y el chasquido de huesos rotos quedó colgado en el aire.

Lila se acuclilló frente a ella.

—Quizá tengas razón —dijo otra vez, levantado su cuchillo a la garganta de Jasta —. Y quizá estés equivocada. No elegimos lo que somos, pero elegimos qué hacemos. —El cuchillo estaba listo para morder.

—Asegúrate de cortar profundo —provocó Jasta, mientras la sangre se acumulaba alrededor de la punta y se derramaba en pequeñas líneas por su cuello.

—No —dijo Lila, retirándolo.

—¿No me matarás? —dijo con desprecio.

—Oh, lo haré —dijo Lila—, pero no antes de que me cuentes todo.

VI

El barco era sangre y acero y muerte.

Y luego ya no lo era.

No hubo intermedio.

El último cuerpo se desplomó en la cubierta a los pies de Kell y así terminó. Se daba cuenta por el silencio y la repentina quietud de los hilos que corrían entre él y Holland y Lila.

Kell se tambaleó del agotamiento; mientras Holland subía los escalones, pisando sobre un charco de humedad resplandeciente, sus manos eran un revoltijo de carne desgarrada. En el mismo momento, apareció Alucard, se sujetaba un brazo contra el pecho. Alguien le había arrancado el zafiro de la ceja y la sangre le caía sobre un ojo, el gris tormenta se volvía azul violento.

Cerca, Hastra se hundió en un cajón, aún tembloroso y pálido. Kell tocó el hombro del joven guardia.

—¿Esta fue la primera vez que tomaste una vida?

Hastra tragó con esfuerzo, asintió.

—Siempre supe que la vida era frágil —dijo con voz ronca—. Mantener algo con vida es bastante difícil. Pero acabarla… —Se quedó en silencio y luego, bastante abruptamente, se dio vuelta y vomitó sobre la cubierta.

—Está bien —dijo Kell, arrodillándose al lado de él, su propio cuerpo gritaba por una docena de heridas menores, así como por ese vacío que venía tras una pelea.

Después de unos pocos segundos, Hastra se enderezó, se limpió la boca con una manga.

—Creo que estoy listo para ser sacerdote. ¿Cree que Tieren me dejará regresar?

Kell apretó el hombro del muchacho.

—Podemos hablar con él —dijo—, cuando lleguemos a casa.

Hastra se las ingenió para sonreír.

—Eso me gustaría.

—¿Dónde está Bard? —interrumpió Alucard.

Lila apareció un momento después, arrastrando a la enorme figura rengueante de la capitana de El Fantasma tras ella.

Kell se quedó mirando en *shock* cómo Lila obligaba a Jasta a ponerse de rodillas sobre la cubierta. El rostro de la mujer estaba hinchado y manchado de sangre, tenía las manos atadas con una cuerda áspera y una pierna evidentemente quebrada.

—Lila, ¿qué estás…?

—¿Por qué no les dices? —exclamó Lila, dándole un empujón a Jasta con una bota. Cuando la mujer solo gruñó, Lila agregó—: Fue ella.

Alucard lanzó un sonido de indignación.

—*Tac*, Jasta. ¿Las Serpientes de Mar?

Era turno de la mujer para mirar con desprecio.

—No todos podemos ser mascotas de la corona.

La mente cansada de Kell dio vueltas. Una cosa era ser atacados por piratas. Que los convirtiesen en el botín era otra.

—¿Quién te contrató?

—Tenía estos encima —dijo Lila, sacando una bolsa de gemas azules. No de cualquier clase, sino las pequeñas lascas usadas para adornar los rostros faroneses.

—Sol-in-Ar —dijo entre dientes Kell—. ¿Cuál era tu tarea?

Cuando Jasta respondió con un escupitajo a la cubierta, Lila presionó la pierna herida de la mujer con su bota. Un quejido se le escapó de la garganta.

—Matar al traidor hubiera significado un beneficio adicional —gruñó ella—. Me contrataron para asesinar al príncipe del ojo negro. —Su mirada se alzó para encontrar la de Kell—. Y una Serpiente no se detiene hasta que el trabajo esté hecho.

El cuchillo salió de la nada.

En un momento, las manos de Jasta estaba vacías y, al siguiente, su última pieza de metal escondida se liberó y salió volando hacia el corazón de Kell. La mente de este se dio cuenta antes que sus extremidades y levantó las manos demasiado lento, demasiado tarde.

Se preguntaría por semanas, meses, años, si podría haberlo detenido.

Si podría haber juntado suficiente fuerza para detener el cuchillo con la voluntad.

Pero en ese momento, no tenía nada más para dar.

El filo fue hacia el blanco y se enterró hasta la empuñadura.

Kell se tambaleó hacia atrás, preparado para un dolor que nunca vino.

Los rizos de Hastra flotaron frente a sus ojos, con reflejos dorados incluso en la oscuridad. El muchacho se había movido como la luz, lanzándose entre Kell y el cuchillo, con los brazos no en alto para bloquear el filo, sino hacia adelante, como para atraparlo.

Le dio en el corazón.

Un sonido animal desgarró la garganta de Kell cuando Hastra —Hastra, quien hacía que las cosas crecieran, quien hubiera sido un sacerdote, quien podría haber sido cualquier cosa que quisiera y había elegido ser guardia, guardia de *Kell*— se trastabilló y cayó.

—¡No! —gritó Kell, atrapando el cuerpo del joven antes de que golpeara contra el piso.

Ya estaba tan callado, tan quieto, ya ido, pero Kell tenía que decir algo, hacer algo. ¿De qué servía tanto poder si la gente seguía muriendo?

—*As Hasari* —rogó, presionando la mano sobre el pecho de Hastra, pese a que los últimos ritmos de un pulso se desvanecían bajo sus manos.

Era demasiado tarde.

Había reaccionado demasiado tarde.

Incluso la magia tenía sus límites.

Y Hastra ya se había ido.

Los rizos se corrieron de sus ojos, que habían estado —acababan de estar— iluminados de vida y que ahora se posaban oscuros, quietos, abiertos.

Kell bajó el cuerpo de Hastra, liberó el cuchillo del pecho de su guardia mientras se ponía de pie. Tenía el pecho agitado, la respiración entrecortada. Quería gritar. Quería llorar.

En lugar de eso, cruzó la cubierta y le rebanó la garganta a Jasta.

VII

Rhy gimió de dolor.

No fue un golpe repentino, punzante, sino el dolor profundo de músculos sobreexigidos, de energía agotada. Le latía la cabeza y tenía el corazón acelerado cuando se sentó en la cama, intentando conectarse con las sábanas de seda, con la calidez del fuego que aún ardía en el hogar.

«Estás aquí», se dijo a sí mismo, tratando de desenredar su mente de la pesadilla.

En el sueño, se había estado ahogando.

No como casi se había ahogado en el balcón, tan solo horas —¿días?— atrás cuando Kell había seguido a Holland al río. No, esto era más lento. El Rhy del sueño se había estado hundiendo, más y más, en una tumba de olas revueltas, donde la presión del agua le exprimía el aire de los pulmones.

Pero el dolor que Rhy sentía ahora no lo había perseguido desde el sueño.

No le pertenecía en absoluto.

Le pertenecía a Kell.

Rhy se estiró hacia el broche real sobre la mesa, con la esperanza de poder ver qué le estaba pasando a su hermano en vez de solo sentir los efectos. A veces pensaba que podía, en destellos y sueños, pero nada se quedaba, nunca nada permanecía.

Rhy cerró los dedos alrededor del pequeño círculo de oro, esperando sentir el calor del llamado de Kell, y solo entonces se dio cuenta de cuán desamparado estaba realmente. Cuán inútil era para Kell. Podía llamar a su hermano, pero Kell nunca lo llamaría —o no podría llamarlo— a él.

Rhy se dejó caer de nuevo a las almohadas, con el broche aferrado al pecho.

El dolor ya se estaba desvaneciendo, un eco de un eco, una marea que se retiraba, dejando solo un leve malestar y el miedo que dejaba a su paso.

Nunca volvería a dormirse.

Los decantadores en el aparador destellaban bajo la luz tenue que venía del hogar, llamándolo, y Rhy se levantó a servirse un trago y agregó una sola gota del tónico de Tieren al líquido ámbar. Rhy alzó el vaso a sus labios, pero no tragó. Algo más le atrapó la mirada. Su armadura. Estaba estirada como un cuerpo dormido sobre su sofá, los brazos con guanteletes cruzados sobre el pecho. No había necesidad para ella ahora, no con la ciudad sumida en sueños, pero aun así lo llamó, más fuerte que el tónico, con más fuerza incluso que la oscuridad… que siempre empeoraba antes del amanecer.

Rhy apoyó el vaso a un lado y levantó el yelmo dorado.

VIII

Los mitos no ocurren de golpe.

No surgen en el mundo como un todo. Se forman lentamente, circulan por las manos del tiempo hasta que sus bordes se suavizan, hasta que el relato de la historia les da suficiente peso a las palabras —a las memorias— para que circulen solas.

Pero todas las historias comienzan en algún lado y esa noche, mientras Rhy Maresh caminaba por las calles de Londres, un nuevo mito tomaba forma.

Esta era la historia de un príncipe que velaba por su ciudad mientras esta dormía. Quien iba a pie, por miedo a pisar a uno de los caídos; quien serpenteaba el camino entre los cuerpos de su gente.

Algunos dirán que se movía en silencio, con solo el suave sonido metálico que hacía su armadura dorada al pisar, un eco como de campanas distantes por las calles silenciosas.

Algunos dirán que hablaba, que incluso en la oscuridad remota, los dormidos lo escuchaban susurrar, una y otra vez: «No estás solo».

Algunos dirán que nunca sucedió.

En efecto, no había nadie de testigo.

Pero Rhy *sí* caminó entre ellos, porque era su príncipe y porque no podía dormir y porque sabía lo que era estar sujetado por un hechizo, lo que era ser arrastrado a la oscuridad, estar amarrado a algo y, aun así, sentirse completamente solo.

Una película de escarcha se posaba sobre su gente, haciendo que parecieran más estatuas que hombres y mujeres y niños. El príncipe había visto árboles caídos tragados lentamente por el musgo, trozos del mundo lentamente apropiados, y mientras avanzaba por entre la multitud de caídos, se preguntó qué pasaría si Londres permaneciera bajo este hechizo por un mes, una estación, un año.

¿Treparía el mundo sobre los cuerpos dormidos?

¿Se los apropiaría centímetro a centímetro?

Comenzó a nevar en serio (era extraño, con lo cerca que estaban de la primavera, pero no era la cosa más extraña que le ocurría a Londres entonces) y Rhy quitó los hielos de las mejillas inmóviles, arrancó lonas de la estructura fantasmal del mercado nocturno y tomó mantas de las casas ahora poseídas por los recuerdos de las respiraciones. Y pacientemente, el príncipe cubrió a todas y cada una de las personas que encontró, aunque estas no parecían sentir el frío debajo del velo de seguridad del hechizo y el sueño.

El frío mordió los dedos del príncipe, se caló por la armadura y la piel dolorida, pero Rhy no regresó, no rompió su vigilia hasta que la primera luz del día rompió el caparazón de oscuridad y el amanecer diluyó la escarcha. Solo entonces regresó el príncipe al palacio y se dejó caer en la cama y el sueño.

Doce

Traición

I

El amanecer despuntó en silencio sobre El Fantasma.

Habían arrojado los cuerpos por la borda: Hano, con su garganta rebanada, e Ilo, a quien habían encontrado muerto en la parte de abajo, y Jasta, quien los había traicionado a todos, y hasta el último de las Serpientes.

Solo Hastra fue envuelto en una manta. Kell aseguró la tela cuidadosamente alrededor de las piernas del muchacho, de la cadera, los hombros, y evitó el rostro —la sonrisa tímida ya no estaba, los brillantes rizos ahora lacios— todo lo que pudo.

Los marineros se iban al mar, pero Hastra no era un marinero. Era un guardia real.

Si hubiesen tenido flores en el barco, Kell habría colocado una en el pliegue sobre el corazón de Hastra; esa era la costumbre en Arnes, marcar la herida mortal.

Pensó en la flor que esperaba allá en la Cuenca, aquella que Hastra había hecho para Kell ese día, sonsacando vida de un terrón de tierra, una gota de agua, una semilla, la suma más que sus partes, un rayo de luz en un mundo que se oscurecía. ¿Seguiría allí cuando volvieran a casa? ¿O ya estaría marchita?

Si Lenos hubiese estado ahí, habría dicho algo, habría lanzado una plegaria a los Santos anónimos, pero Lenos también había partido, perdido a la marea, y Kell no tenía flores, no tenía plegarias, no tenía nada salvo la furia hueca que nadaba en su corazón.

—*Anoshe* —murmuró cuando el cuerpo se iba por el costado.

Deberían haber limpiado la cubierta, pero no parecía haber razón para hacerlo. El Fantasma —lo que quedaba de él— llegaría a Tanek en el transcurso de ese día.

Su cuerpo se tambaleó del agotamiento.

No había dormido. Ninguno de ellos lo había hecho.

Holland estaba concentrado en mantener el viento en las velas, mientras Alucard estaba parado frente al timón, insensibilizado; el poder era valioso, pero Lila había insistido en curar las heridas del capitán. Kell supuso que no podía criticarla. Alucard Emery había hecho todo a su alcance a mantener el barco a flote.

Lila misma estaba parada cerca, volcando las gemas faronesas de una mano a otra, mirando fijamente las lascas azules. Se le había arrugado la frente mientras reflexionaba sobre algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Kell.

—Maté a un faronés una vez —comentó, volcando las gemas de regreso a la primera mano—. Durante el torneo.

—¿Que tú *qué*? —dijo Kell, con la esperanza de haber escuchado mal, de que no se sentiría obligado a mencionarle esto a Rhy (o peor, a Maxim) cuando atracaran—. ¿Cuándo tuviste…?

—Eso no es lo importante de la historia —reprendió ella, dejando que las gemas cayeran por entre sus dedos—. ¿Alguna vez has visto que un faronés se separara de estas? ¿Alguna vez viste a alguno comerciar con algo que no fuese dinero?

Kell frunció un poco el ceño.

—No.

—Eso es porque las gemas están fraguadas en su piel. No podrías arrancar una si quisieras, no sin un cuchillo.

—No me había dado cuenta.

Lila se encogió de hombros, sostuvo la mano sobre un cajón.

—Es la clase de cosa que piensas cuando eres un ladrón.

Inclinó la mano y las gemas cayeron sobre la tapa de madera.

—Y cuando maté a ese faronés, las gemas que había en su rostro se soltaron. Cayeron, pareció que lo que fuese que estaba sosteniéndolas se había ido.

Los ojos de Kell se abrieron.

—No creerás que estos vienen de un faronés.

—Oh, estoy segura de que sí —dijo Lila, agarrando una sola gema—, pero dudo que haya tenido elección.

II

Maxim terminó su hechizo un rato después del amanecer.

Se desplomó contra la mesa y admiró su trabajo, los hombres sin rostro parados en formación, sus pechos de armadura encerraban corazones de acero. Doce cortes profundos a lo largo de la parte interna del brazo del rey, algunos que ya sanaban y otros frescos. Doce piezas de encantamiento vestidas de acero amarradas entre sí frente a él, forjadas y soldadas y completas.

El esfuerzo de amarrar la magia era extenuante, un desgaste constante de su poder, que se intensificaba con cada caparazón añadido. Le tembló levemente el cuerpo bajo el peso, pero no tomaría demasiado, una vez que la tarea comenzara. Maxim se las arreglaría.

Se enderezó —la habitación dio vueltas peligrosamente por varios segundos antes de asentarse— y bajó las escaleras para compartir una última comida con su esposa, su hijo. Una despedida sin palabras. Emira comprendería y Rhy, tenía la esperanza, lo perdonaría. El libro ayudaría.

Mientras Maxim caminaba, se imaginó sentado con ellos en el gran salón, con la mesa llena de potes de té y pan recién hecho. La mano de Emira sobre la suya, la risa rebosante de Rhy. Y Kell, donde siempre había estado, sentado al lado de su hermano.

Maxim dejó que su mente cansada viviera dentro de este sueño, de este recuerdo, dejó que lo llevara.

Solo una última comida familiar.

Una última vez.

—¡Su Majestad!

Maxim suspiró, se dio vuelta. Su último sueño murió al ver a los guardias reales sujetando a un hombre entre ellos. El cautivo llevaba las pañoletas púrpura y blanco del séquito faronés, venas plateadas corrían como metal fundido entre las gemas de su piel oscura. Sol-in-Ar avanzaba furiosamente por el pasillo tras los hombres, acortando la distancia con cada paso.

—Suéltenlo —ordenó el lord faronés.

—¿Qué significa esto? —preguntó Maxim, la fatiga le pesaba en cada músculo, cada hueso.

Uno de los guardias sostuvo en alto una carta.

—Lo detuvimos, Su Majestad, intentado escabullirse afuera del palacio.

—¿Un mensajero? —preguntó Maxim con ímpetu, volviéndose hacia Sol-in-Ar.

—¿Acaso no tenemos permitido enviar cartas? —desafió el lord faronés—. No me había dado cuenta de que éramos prisioneros aquí.

Maxim se movió para abrir la carta, pero Sol-in-Ar le tomó la muñeca.

—No convierta a aliados en enemigos —advirtió en esa manera sibilante suya—. Ya tiene suficientes de lo último.

Maxim liberó su muñeca y abrió la carta con un solo movimiento fluido, sus ojos revolotearon sobre las letras faronesas.

—Ha pedido refuerzos.

—Los *necesitamos*.

—No. —A Maxim le latía la cabeza—. Solo traerá más vidas a la pelea…

—Quizá si nos hubiera *contado* sobre el hechizo de sus sacerdotes…

—Más vidas para que Osaron tome y use contra *todos* nosotros.

Para entonces ya había llegado el príncipe veskano y Maxim dirigió su ira hacia él también.

—¿Y ustedes? ¿También han enviado los veskanos mensajes más allá de esta ciudad?

Col palideció.

—¿Y poner sus vidas en riesgo? Por supuesto que no.

Sol-in-Ar miró con furia al príncipe veskano.

—Miente.

Maxim no parecía tener energía para esto. No tenía tiempo.

—Confinen a lord Sol-in-Ar y su séquito a sus habitaciones.

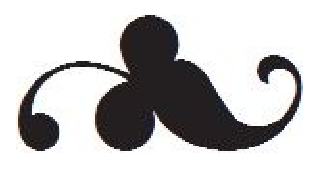
El faronés se quedó mirándolo, pasmado.

—Rey Maresh…

—Tiene dos opciones —interrumpió Maxim—: sus habitaciones o la prisión real. Y por su bien y el nuestro, espero que solo haya enviado a un hombre.

Cuando los hombres escoltaron a Sol-in-Ar hacia sus cuartos, él no protestó, no luchó. Solo dijo una cosa, las palabras en voz baja, tirantes.

—Está cometiendo un error.



La familia Maresh no estaba sentada en el gran salón. Las sillas estaban vacías. La mesa no había sido puesta, faltaban horas para que la alistaran, se dio cuenta. El sol ni siquiera había salido.

El cuerpo de Maxim había comenzado a temblar.

No tenía fuerza para seguir buscando, así que volvió a los aposentos reales, con la vana esperanza de que Emira estuviera ahí esperándolo. Se le estrujó el corazón

cuando encontró la habitación vacía, incluso cuando una pequeña parte de él soltó la respiración contenida, aliviado de ahorrarse el extenso dolor de partir.

Con manos temblorosas, comenzó a poner sus asuntos en orden. Terminó de vestirse, despejó su escritorio y apoyó el texto que había escrito para su hijo en el centro.

El hechizo tiraba de Maxim en cada respiración, cada latido, los hilos de magia tensos a través de paredes y por escaleras, drenando su energía con cada momento que no era usado.

Pronto, le prometió al hechizo. Pronto.

Escribió tres cartas, una para Rhy, una para Kell y la última para Emira, todas demasiado largas y extremadamente cortas. Maxim siempre había sido un hombre de acciones, no de palabras. Y el tiempo se estaba acabando.

Estaba soplando la tinta cuando escuchó que se abría la puerta.

Se le aceleró el corazón, la esperanza aumentó cuando se daba vuelta, esperando encontrar a su esposa.

—Mi queridísima… —Se le apagó la voz al ver a la muchacha, tez clara y rubia y vestida de verde, una corona de plata en el pelo y rojo salpicado como pintura en la parte delantera del cuerpo.

La princesa veskana sonrió. Tenía cuatro cuchillas pulidas entre los dedos, finas como agujas, y de cada una caían gotas de sangre. Cuando habló, su voz era relajada, brillante, como si no estuviera cometiendo la transgresión de entrar a la habitación real, como si no hubiera cadáveres en el pasillo detrás de ella, ni sangre embadurnada en su frente.

—¡Su Majestad! Tenía la esperanza de que estuviera aquí.

Maxim se quedó donde estaba.

—Princesa, ¿qué está…?

Antes de que pudiera terminar de hablar, la primera cuchilla ya venía volando por el aire y cuando el rey levantó la mano y su magia se alzó para desviar el golpe, un segundo cuchillo ya le atravesó la bota para sujetarle el pie al piso.

Un alarido de dolor se le escapó a Maxim cuando, pese a eso, intentó girar para esquivar el tercer filo, solo para recibir el cuarto en el brazo. Este no había volado, aún estaba en la mano de su atacante, que enterró el acero sobre su codo para clavarle el brazo a la pared.

Había ocurrido en menos tiempo del que toma hacer una respiración completa.

La princesa veskana estaba parada sobre las puntas de los pies, como si quisiera besarlo. Eran tan joven, parecía tan vieja.

—No luce bien —dijo ella.

A Maxim le latía la cabeza. Había dado demasiado de sí al hechizo. Le quedaba muy poca fuerza para invocar magia a fin de luchar. Pero todavía le quedaba la cuchilla envainada en su cadera. Otra en la pantorrilla. Crispó los dedos, pero antes

de poder agarrar alguna, una de las descartadas de Cora volvió a los dedos de ella. La llevó contra la garganta de Maxim.

—Veneno —gruñó él.

La cabeza de la princesa asintió.

—No lo matará —dijo alegremente—. Ese es mi trabajo. Pero ha sido un anfitrión encantador.

—¿Qué has hecho, muchacha tonta?

La sonrisa de Cora se afiló en una mueca de desprecio.

—Esta muchacha tonta llevará la gloria a su nombre. Esta muchacha tonta tomará su palacio y entregará su reino al propio.

Se acercó más, su voz pasó de dulce a sensual.

—Pero primero, esta muchacha tonta le cortará la garganta.

Por la puerta abierta, Maxim vio los cuerpos caídos de sus guardias en el pasillo, brazos y piernas en armaduras despatarrados e inmóviles a lo largo de la alfombra.

Y luego vio la mancha de piel oscura, un brillo de gemas como lágrimas que atrapaban la luz.

—Estás fuera de tu elemento, princesa —dijo, mientras el entumecimiento se expandía por sus extremidades y los faroneses se escabullían adentro, con Sol-in-Ar a la cabeza—. Matar a un rey te otorga solo una sola cosa.

—¿Qué cosa? —susurró ella.

Maxim la miró a los ojos.

—Una muerte lenta.

La cuchilla de Cora mordió cuando los faroneses inundaron la habitación.

En un *flash*, Sol-in-Ar tenía a la muchacha asesina contra sí, con un brazo alrededor de la garganta de la muchacha.

Ella giró el cuchillo aguja en su mano, se movió para clavar la punta en la pierna del faronés, pero los otros llegaron a ella con rapidez, le sostuvieron los brazos y la obligaron a arrodillarse ante Maxim.

El rey intentó hablar y encontró que le pesaba la lengua en la boca, su cuerpo luchaba con demasiados enemigos entre el veneno y el costo de la magia usada.

—¡Encuentren a los guardias arnesianos! —ordenó Sol-in-Ar.

Cora luchó entonces, feroz, violentamente, todo el talante infantil ido cuando la despojaron de sus cuchillas.

Maxim finalmente arrancó el cuchillo que tenía en el brazo con los dedos semientumecidos y liberó también su pie. Chapoteó con la bota en la sangre cuando avanzó con pasos irregulares hasta el aparador.

Encontró los tónicos que Tieren dejaba preparados para él, aquellos para el dolor y aquellos para dormir y uno, solo uno, contra venenos, y se sirvió un vaso del líquido rosado, como si simplemente tuviera sed y no estuviera peleando contra la muerte.

Le temblaron los dedos pero bebió a fondo y apoyó el vaso vacío a un costado, mientras la sensación regresaba en un arrebato de calor, que traía consigo el dolor. Una nueva oleada de guardias apareció en la entrada de la habitación, todos agitados y armados, Isra al frente.

—Su Majestad —dijo ella, observando la habitación, y palideció al ver a la menuda princesa veskana sujetada en el suelo, el lord faronés dando órdenes en vez de estar confinado a su ala del palacio, los cuchillos descartados y el rastro de los pasos sangrientos.

Maxim se obligó a erguirse.

—Ocúpate de tus guardias —ordenó.

—Sus heridas —comenzó a decir Isra, pero el rey la interrumpió.

—No soy tan fácil de eliminar.

Se giró hacia Sol-in-Ar. Había estado cerca, y ambos lo sabían, pero el lord faronés no dijo nada.

—Estoy en deuda —dijo Maxim—. Y lo recompensaré. —Temiendo que si se quedaba más tiempo terminaría cayéndose, Maxim volvió su atención a la muchacha veskana arrodillada en el piso—. Fracasaste, princesita, y te costará.

Los ojos azules de Cora brillaban.

—No tanto como a ti —dijo, su boca se abrió en una sonrisa fría—. A diferencia de mí, mi hermano Col jamás ha fallado en dar en un blanco.

La sangre de Maxim corrió fría por sus venas mientras el rey se giraba hacia Isra y los otros guardias.

—¿Dónde está la reina?

III

Rhy no había ido a buscar a su madre.

La encontró exclusivamente por accidente.

Antes de las pesadillas, siempre había dormido hasta tarde. Se quedaba en la cama toda la mañana, maravillándose de la forma en que sus almohadas se sentían más suaves después de dormir o de cómo la luz se movía contra el techo del dosel. Durante los primeros veinte años de su vida, la cama había sido el lugar favorito de Rhy en el palacio.

Ahora no podía esperar a salirse de ahí.

Cada vez que su cuerpo se hundía en los almohadones, sentía que la oscuridad se acercaba, lo rodeaba con sus brazos. Cada vez que su mente se resbalaba hacia el sueño, las sombras estaban ahí para encontrarlo.

Estos días Rhy se levantaba temprano, desesperado por luz.

No importaba que hubiese pasado la mayor parte de la noche haciendo vigilia en las calles, no importaba que tuviera la cabeza nublada, las extremidades agarrotadas y resentidas y doloridas con el eco de la pelea de otro. La falta de sueño le preocupaba menos de lo que encontraba cuando dormía.

El sol apenas se alzaba sobre el río cuando Rhy se despertó, el resto del palacio probablemente aún estaba plegado en sus propios sueños tormentosos. Podría haber llamado a un sirviente —siempre había dos o tres despiertos—, pero en vez de eso, se vistió él mismo, no con la armadura principesca ni con el rojo y dorado formal, sino con unos suaves pantalones negros que a veces usaba en el interior de las habitaciones del palacio.

La espada fue casi una idea de último momento, el arma desentonaba con el resto de su atuendo. Quizá fuera por la ausencia de Kell. Quizá fuera porque Tieren dormía. Quizá fuera la forma en que su padre se tornaba cada vez más pálido con el paso de los días o quizá simplemente se había acostumbrado a llevarla. Fuera la razón que fuese, Rhy tomó su espada real corta y abrochó el cinturón sobre sus caderas.

Se abrió camino distraídamente hacia el salón, su mente privada de sueño casi esperaba encontrar al rey y la reina tomando el desayuno, pero por supuesto, estaba vacío. Desde ahí vagó hacia la galería, pero dio media vuelta ante los primeros sonidos de voces, bajas y preocupadas y con preguntas que no sabía responder.

Rhy se retiró primero a los cuartos de entrenamiento, llenos con los oficiales exhaustos de la guardia real que quedaban, y luego a la habitación del mapa, donde

fue a buscar a su padre, que no estaba ahí. Rhy fue de salón en salón de baile, queriendo paz, silencio, un poco de normalidad, pero encontró plateados, nobles, sacerdotes, magos, preguntas.

Para cuando caminó hasta el Cristal, únicamente quería estar solo.

En lugar de eso, Rhy Maresh encontró a la reina.

Estaba parada en el centro de la enorme habitación de cristal, la cabeza inclinada como en rezo.

—¿Qué estás haciendo, madre? —Las palabras fueron dichas con suavidad, pero su voz hizo eco por el salón vacío.

Emira levantó la cabeza.

—Escucho.

Rhy miró alrededor, como si quizá hubiese algo —o alguien— que no había notado. Pero estaban solos en la enorme sala. Bajo sus pies, el piso estaba marcado con los círculos a medio terminar, comienzos de hechizos hechos cuando el palacio estaba bajo ataque y abandonados cuando el de Tieren había cobrado efecto. El techo se alzaba alto sobre ellos, florecillas envolvían las delgadas columnas de cristal.

Su madre se estiró y pasó los dedos por la más cercana.

—¿Recuerdas —dijo, su voz resonante— cuando creías que las flores de primavera eran comestibles?

Los pasos de Rhy sonaron sobre el piso de vidrio, lo que provocó que la habitación cantara suavemente mientras se acercaba a ella.

—Fue culpa de Kell. Fue él quien insistió en que lo eran.

—Y tú le creíste. Te descompusiste tanto.

—Pero me vengué, ¿te acuerdas?, cuando lo desafié a ver quién podía comer la mayor cantidad de pasteles de verano. No se dio cuenta hasta después del primer mordisco de que los cocineros los habían hecho todos de lima. —Se le escapó una risa suave con el recuerdo de Kell intentando resistir la necesidad de escupir para terminar vomitando en una maceta de mármol—. Nos metimos en unos cuantos líos.

—Lo dices como si alguna vez hubiesen dejado de hacerlo. —La mano de Emira cayó desde la columna—. En los primeros días de mi vida en el palacio, odiaba esta habitación —habló distraídamente, pero Rhy conocía a su madre, sabía que nada de lo que ella decía o hacía era sin sentido.

—¿Ah sí? —le dio pie.

—¿Qué podría ser peor, pensé, que un salón de baile hecho de vidrio? Solo era cuestión de tiempo para que se rompiera. Y entonces, un día, oh, estaba tan enojada con tu padre… no recuerdo por qué… pero quería romper algo, así que vine aquí, a esta frágil habitación y golpeé las paredes, el piso, las columnas. Estrellé las manos contra el cristal y el vidrio hasta que tuve los nudillos en carne viva. Pero no importaba lo que hiciera, el Cristal no se rompía.

—Incluso el vidrio puede ser fuerte —dijo Rhy— si es lo bastante grueso.

Una sonrisa fugaz, ahí, y luego ya no y luego ahí de nuevo, la primera real, la segunda puesta.

—Crie a un hijo inteligente.

Rhy se pasó una mano por el pelo.

—También me criaste a *mí*.

Su madre frunció el ceño ante eso, como había hecho ante sus ocurrencias tantas veces antes. Lo arrugó de una forma que le hacía acordar a Kell, lo que no era algo que este admitiría.

—Rhy —dijo—, nunca quise…

Detrás de ellos, un hombre se aclaró la garganta. Rhy se volteó para encontrar al príncipe Col parado a la entrada, sus ropas arrugadas y el pelo revuelto, como si nunca se hubiese ido a dormir.

—Espero no estar interrumpiendo —dijo el veskano, con una tensión sutil en la voz que hizo que el príncipe se inquietara.

—No —respondió la reina con frialdad, al mismo tiempo que Rhy decía que sí.

Los ojos azules de Col se dispararon de uno al otro, claramente registraban su incomodidad, pero no se retiró. En lugar de eso, dio un paso adelante al interior del Cristal y dejó que las puertas se cerraran detrás de él.

—Estaba buscando a mi hermana.

Rhy recordó los moretones en las muñecas de Cora.

—No está aquí.

El príncipe barrió la habitación con la mirada.

—Eso veo —dijo, caminando lentamente hacia ellos—. El palacio es realmente magnífico. —Se movía con un paso relajado, como admirando la habitación, pero sus ojos no dejaban de dispararse de regreso hacia Rhy, hacia la reina—. Cada vez que creo que lo he visto todo, encuentro otra habitación.

Llevaba una espada a la cintura, con una empuñadura cubierta de joyas que marcaba que el filo era de exhibición, aun así los pelos de la nuca de Rhy se erizaron al verla, ante el porte del príncipe, su mera presencia. Y luego la atención de Emira se disparó repentinamente hacia arriba, como si hubiera escuchado algo que Rhy no podía oír.

—Maxim.

El nombre de su padre fue un susurro estrangulado en los labios de la reina y ella comenzó a ir hacia las puertas, solo para detenerse de golpe cuando Col desenfundó su espada.

En ese único gesto, todo en el veskano cambió. Su arrogancia juvenil se evaporó, el aire de despreocupación fue reemplazado por algo nefasto, decidido. Col quizá fuese un príncipe, pero sostenía su espada con el control sosegado de un soldado.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó Rhy.

—¿No es obvio? —El agarre de Col se ajustó alrededor de la espada—. Estoy ganando una guerra antes de que empiece.

—Baja tu arma —ordenó la reina.

—Mis disculpas, Su Alteza, pero no puedo.

Rhy buscó los ojos del príncipe con la esperanza de ver la sombra de la corrupción, de encontrar una voluntad retorcida por la maldición que había más allá de los muros del palacio, y sintió un escalofrío cuando los encontró verdes y despejados.

Lo que fuera que Col estuviera haciendo, lo hacía por elección.

En algún lugar detrás de las puertas, se elevó un grito, las palabras apagadas, perdidas.

—Si de algo vale —dijo el príncipe veskano, alzando su espada— realmente solo vine por la reina.

Su madre abrió los brazos, el aire alrededor de sus dedos resplandeció con escarcha.

—Rhy —dijo, su voz una nube de niebla—, *corre*.

El veskano era rápido, pero Rhy lo era más, o eso pareció cuando la magia de la reina hizo peso sobre las extremidades de Col. El aire helado no fue suficiente para detener el ataque, pero lentificó a Col lo suficiente para que Rhy se lanzara frente a su madre y, entonces, la espada dirigida a ella se clavó en *su* pecho.

Rhy inhaló con fuerza frente al dolor salvaje del acero penetrándole la piel y por un instante estaba de vuelta en sus cuartos, con una daga insertada entre las costillas y sangre que se derramaba entre sus manos, el horrible ardor de la carne desgarrada que rápidamente daba paso al frío entumecedor. Este dolor era real, era caliente, pero no daba paso a nada.

Podía sentir cada terrible centímetro de metal desde la herida de entrada, justo bajo su esternón, hasta la de salida, debajo de su hombro. Tosió, escupiendo sangre al piso de vidrio, y las piernas amenazaron con ceder bajo su peso, pero se la arregló para mantenerse de pie.

Su cuerpo gritaba, su mente gritaba, pero su corazón seguía latiendo con terquedad, *desafiante*, alrededor de la espada del otro príncipe.

Rhy tomó aire temblorosamente y levantó la cabeza.

—Cómo… te atreves —gruñó, la boca se le llenó del gusto metálico de la sangre.

El gesto victorioso del rostro de Col se transformó en *shock*.

—No es posible —tartamudeó y luego dijo, horrorizado—: ¿Qué eres?

—Soy… Rhy Maresh —respondió—. Hijo de Maxim y Emira… hermano de Kell… heredero de esta ciudad… y futuro rey de Arnes.

Las manos de Col cayeron desde el arma.

—Pero deberías estar *muerto*.

—Lo sé —dijo Rhy, sacando su propia espada para clavar el acero en el pecho de Col.

Era una herida en espejo, pero no había ningún hechizo que protegiera al príncipe veskano. Ninguna magia que lo salvara. Ninguna vida amarrada a la suya. El filo se

hundió. Rhy esperaba sentir culpa —o ira o incluso triunfo— cuando el muchacho rubio se desplomó sin vida, pero todo lo que sintió fue alivio.

Rhy respiró hondo con esfuerzo y envolvió la empuñadura de la espada que aún tenía clavada en el pecho. Se liberó, su extensión manchada de rojo.

Dejó que cayera al piso.

Solo entonces escuchó el pequeño ahogo —un grito silencioso— y sintió que los dedos fríos de su madre se apretaban alrededor de su brazo. Se dio vuelta hacia ella. Vio la mancha roja que se expandía por el frente de su vestido donde había penetrado la espada. A través de él. A través de ella. Ahí, justo sobre su corazón. El agujero demasiado pequeño de una herida demasiado grande. Los ojos de su madre encontraron los suyos.

—Rhy —dijo ella, con una pequeña arruga de desconcierto entre las cejas, la misma cara que había hecho cientos de veces cuando él y Kell se metían en problemas, cuando él gritaba o se mordía las uñas o hacía algo que no era principesco.

La arruga se profundizó, incluso cuando sus ojos se volvían brillosos, una mano iba lentamente hacia la herida. Y luego ella se estaba cayendo. Él la sujetó, tropezó cuando el repentino peso rasgó su propio pecho abierto y arruinado.

—No, no, no —dijo mientras se hundía con ella al piso de prisma. No, no era justo. Por una vez, había sido lo bastante rápido. Por una vez, había sido lo bastante fuerte. Por una vez…

—Rhy —dijo ella otra vez, tan suave, demasiado suave.

—No.

Las manos ensangrentadas de su madre buscaron su rostro, intentaron posarse en sus mejillas y fallaron, dejando una mancha roja a lo largo de su mandíbula.

—Rhy…

Las lágrimas de Rhy se derramaron sobre los dedos de su madre.

—*No*.

La mano cayó y el cuerpo se desplomó contra él, inmóvil, y en esa repentina inmovilidad, el mundo de Rhy se estrechó a la mancha que se expandía, a la arruga que permanecía entre los ojos de su madre.

Solo entonces vino el dolor, que lo dobló al medio con semejante fuerza repentina, semejante peso horrible, que se agarró el pecho y comenzó a gritar.

IV

Alucard estaba parado frente al timón del barco, su atención iba desde los tres magos en la cubierta a la línea del mar. El Fantasma se sentía mal en sus manos, demasiado liviano, demasiado largo, un zapato hecho para otro pie. Lo que hubiera dado por la firme robustez del Aguja. Por Stross y Tav y Lenos, cada nombre, una astilla de madera bajo su piel. Y por Rhy; ese nombre, una herida incluso más profunda.

Alucard nunca había añorado tanto Londres.

El Fantasma estaba logrando un buen tiempo, pero incluso con el día frío y despejado y tres *antari* en recuperación manteniendo el viento en las velas, alguien aún debía marcar el curso, y por más pose que adoptara, Kell Maresh no sabía nada sobre timonear barcos, Holland apenas si podía mantener la comida en su estómago y Bard era rápida aprendiendo, pero siempre sería mejor ladrona que marinera —no que él fuera a decírselo a la cara—. Así, la tarea de llevar a El Fantasma y a la tripulación —los pocos que quedaban— a Tanek recaía en él.

—¿Qué significa? —La voz de Bard se elevaba desde la cubierta inferior. Estaba parada cerca del príncipe *antari* mientras este sostenía el legador hacia el sol.

Alucard hizo una mueca, recordando por lo que había pasado para conseguir el maldito objeto. La confidencia en Sasenroche. El bote a los acantilados de Hanas. La tumba sin marcar y el ataúd vacío. Y eso había sido solo el comienzo, pero con todos los ingredientes de una gran historia, y para Maris eso era la mitad del precio.

Y todos pagaban. Los primerizos más que nadie. Si Maris no te conocía, no confiaba en ti, entonces una pieza modesta probablemente te otorgara una partida rápida sin invitación a regresar, así que Alucard pagó. Desenterró ese legador y lo llevó todo el camino hasta Maris, y ahora aquí estaban, y aquí estaba el objeto, de nuevo con él.

El hermano de Rhy —Alucard descubrió que odiaba un poquito menos a Kell cuando pensaba en él de ese modo— estaba girando el aparato cuidadosamente con los dedos, mientras Bard se inclinaba sobre él.

Holland observaba a los otros en silencio, así que Alucard lo observaba a él. El tercer *antari* no hablaba mucho y cuando lo hacía, sus palabras eran secas, despectivas. Tenía todos los aires de alguien que conocía su propia fuerza y sabía que era inigualable, al menos entre sus compañeros. Le habría caído bien a Alucard si hubiera sido menos jodido. O quizá un poco más. Quizá le habría caído bien de todos

modos si no hubiese sido un traidor. Si no hubiese invocado al monstruo que ahora arrasaba a Londres como un incendio. El mismo monstruo que había matado a Anisa.

—*Dar* y *recibir* —dijo Kell, entornando los ojos.

—Cierto —presionó Bard—, pero ¿cómo funciona?

—Imagino que pinchas tu mano contra la punta —explicó.

—Dame.

—Esto no es un juguete, Lila.

—No soy una niña, Kell.

Holland se aclaró la garganta.

—Todos deberíamos estar familiarizados con él.

Kell revoleó los ojos y echó una última mirada de análisis antes de ofrecer el legador.

Holland se estiró para tomarlo cuando Kell de repente lanzó un grito sin voz y lo soltó. El cilindro cayó desde sus dedos cuando él se dobló al medio, con un gruñido bajo que se le escapaba de la garganta.

Holland atrapó el legador y Bard sujetó a Kell. Este se había puesto blanco como una vela y se agarraba el pecho con una mano.

Alucard se apresuró hacia ellos, una palabra le latía en la cabeza, en el corazón.

«Rhy».

«Rhy».

«Rhy».

La magia resplandeció en su vista cuando llegó al lado de Kell y entrevió las líneas que se enroscaban alrededor del *antari*. El nudo en el corazón de Kell seguía ahí, pero los hilos estaban irradiando una luz intensa, latiendo tenuemente ante un esfuerzo invisible.

Kell reprimió un grito, un silbido entre sus dientes apretados.

—¿Qué pasa? —preguntó Alucard, casi sin escuchar sus propias palabras por sobre el eco aterrado en su sangre—. ¿Qué está sucediendo?

—El príncipe —consiguió decir Kell, que respiraba entrecortado.

«Eso ya lo sé», quería gritar Alucard.

—¿Está vivo? —Se dio cuenta de la respuesta antes de que Kell le gruñera.

—Por supuesto que está vivo —estalló el *antari*, que tenía los dedos clavados en el pecho—. Pero… ha sido atacado.

—¿Por quién?

—No lo sé —gruñó Kell—. No soy psíquico.

—Mi dinero a que fue Vesk —ofreció Bard.

Kell dejó escapar un hipo de dolor, mientras los hilos resplandecían y el aire ardió antes de que se atenuaran a su usual resplandor plateado.

Holland guardó el legador en su bolsillo.

—Si no puede morir, entonces no hay razón para preocuparse.

—Claro que hay *razón* —disparó Kell, obligándose a ponerse de pie—. Alguien acaba de intentar *asesinar* al príncipe de Arnes. —Sacó el broche real del bolsillo de su abrigo—. Tenemos que irnos. Lila. Holland.

Alucard se quedó mirándolo.

—¿Qué hay de *mí*? —Su pulso se calmaba, pero todo su cuerpo vibraba con el pánico animal, la necesidad de actuar.

Kell presionó el pulgar contra la punta del broche y extrajo sangre.

—Te puedes quedar con el barco.

—De ninguna manera —gruñó Alucard, lanzando una mirada a la escasa tripulación que quedaba a bordo.

Holland estaba parado ahí, observando, pero cuando Lila se movió como para ir al lado de Kell, la tomó del brazo con sus dedos pálidos. Ella lo miró con furia, pero él no la soltó, y Kell no miró atrás, no quería ver si ellos lo seguían mientras llevaba el *souvenir* a la pared.

Holland negó con la cabeza.

—Eso no funcionará.

Kell no estaba escuchando.

—*As Tascen…*

El resto del hechizo fue interrumpido por un estallido que partió el aire, acompañado por el repentino cabeceo del barco y el aullido sorprendido de Kell, cuando su cuerpo fue arrojado hacia atrás con fuerza a través de la cubierta.

A los ojos de Alucard, pareció como si se hubiesen disparado los fuegos artificiales del Día de los Santos en el medio de El Fantasma.

Un restallido de luz, un chisporroteo de energía, la magia plateada de Kell colisionando contra los azules y verdes y rojos del mundo natural. El hermano de Rhy intentó levantarse, se sostenía la cabeza, claramente sorprendido de encontrarse aún en el barco.

—Por el amor eterno del infierno, ¿qué demonios fue eso?

Holland dio un lento paso adelante, arrojando una sombra sobre Kell.

—Como estaba diciendo, no puedes hacer una puerta en una nave en movimiento. Desafía las reglas de la magia transicional.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

El otro *antari* levantó una ceja.

—Obviamente, supuse que lo sabías.

El color regresaba al rostro de Kell, las arrugas de dolor se atenuaban, reemplazadas por un rubor de sofoco.

—Hasta que lleguemos a tierra —continuó Holland—, no somos más que magos ordinarios.

El desprecio en su voz rasguñó los nervios de Alucard. Con razón Bard siempre estaba tratando de matarlo.

Lila hizo un sonido entonces y Alucard se dio vuelta a tiempo para ver a Kell de pie, con las manos alzadas en dirección al mástil. La corriente de magia llenó su vista, el poder se inclinó hacia Kell como agua en un vaso. Un segundo después la ráfaga de viento golpeó con tanta fuerza que las velas chasquearon y todo el barco emitió el crujido bajo de la madera.

—¡Cuidado! —gritó Alucard, corriendo hacia el timón mientras el barco se ladeaba bajo el repentino vendaval.

Puso a El Fantasma de nuevo en curso, mientras Kell lo llevaba con un grado de concentración —de fuerza enfocada— que nunca le había visto usar al *antari*. Un nivel de fuerza reservado no para Londres, o el rey y la reina, no para Rosenal u Osaron mismo.

«Sino para Rhy», pensó Alucard.

La misma fuerza de amor que había quebrado las leyes del mundo y traído a un hermano de regreso a la vida.

Los hilos de magia se pusieron tirantes y resplandecientes mientras Kell forzaba su fuerza sobre las velas, Holland y Lila se agarraban mientras él iba más allá de los límites de su poder y se apoyaba en el de ellos.

«Resiste, Rhy», pensó Alucard mientras el barco patinaba hacia adelante, levantándose hasta rozar la superficie del agua; la espuma de mar llenaba de niebla el aire alrededor de ellos y El Fantasma aceleraba de nuevo hacia Londres.

V

Rhy bajó las escaleras de la prisión.

Sus pasos eran lentos, cuidadosos. Le dolía respirar, un dolor que no tenía nada que ver con la herida en su pecho y todo que ver con el hecho de que su madre estaba muerta.

Las vendas le rodeaban las costillas y el hombro, demasiado ceñidas, la piel debajo ya estaba cerrada. *Sanada*, si esa pudiera ser la palabra para eso. Pero no lo era, porque Rhy Maresh no había *sanado* en meses.

Sanar era natural, sanar tomaba *tiempo*: tiempo para que los músculos se fusionaran, los huesos se ensalmaran, la piel se curara, tiempo para que se formaran las cicatrices, para la lenta recesión del dolor, seguida por el regreso de la fuerza.

Para ser justos, Rhy nunca había conocido el largo sufrimiento de la convalecencia. Cuando se lastimaba de chico, Kell siempre había estado ahí para curarlo. Nada peor que un corte o un moretón: duraba más que el tiempo que le tomaba hallar a su hermano.

Pero incluso entonces había sido distinto.

Una elección.

Rhy recordó haber caído desde la pared del patio cuando tenía doce y haberse torcido la muñeca. Recordó la rapidez de Kell para sacarse sangre, la rapidez de Rhy para detenerlo, porque podía soportar más el dolor que lo que podía soportar la cara de Kell cuando el filo penetraba, saber que se sentiría mareado y descompuesto el resto del día por el uso de la magia. Y porque, secretamente, Rhy quería saber que tenía elección.

De sanar.

Pero cuando Astrid Dane había clavado la daga entre sus costillas, cuando la oscuridad lo había tragado y luego retrocedido, como la marea, no había habido elección, ni oportunidad de decir que no. La herida ya estaba cerrada. El hechizo hecho.

Se había quedado en cama tres días en una mímica de convalecencia. Se había sentido débil y enfermo, pero había tenido menos que ver con su cuerpo en proceso de sanación que con el nuevo vacío dentro de este. La voz en su cabeza que susurraba «está mal, está mal» con cada latido.

Ahora no sanaba. Una herida era una herida y después ya no.

Un escalofrío lo recorrió cuando llegaba al último escalón.

Rhy no quería hacer esto.

No quería enfrentarla.

Pero alguien tenía que encargarse de los vivos, tanto como alguien tenía que encargarse de los muertos, y el rey ya se había hecho cargo de lo segundo. Su padre, quien estaba lidiando con su duelo como si fuese un enemigo, algo que vencer, someter. Quien había ordenado que todo veskano en el palacio fuese ubicado, puesto bajo guardia armada y confinado al ala sur. Su padre, quien había recostado a su difunta esposa sobre el bloque de piedra fúnebre con un cuidado tan peculiar, como si ella fuese frágil. Como si ahora cualquier cosa pudiera tocarla.

En la penumbra de la prisión, hacían guardia un par de soldados.

Cora estaba sentada con las piernas cruzadas en el banco al fondo de su celda. No estaba encadenada a la pared, como lo había estado Holland, pero sus delicadas muñecas estaban atadas en un hierro tan pesado que sus manos tenían que descansar sobre el banco frente a sus rodillas, lo que hacía que pareciera estar inclinada hacia adelante como para contar un secreto.

Sangre le moteaba el rostro como pecas, pero cuando vio a Rhy, de hecho sonrió. No era el rictus de los locos o la sonrisa arrepentida de los culpables. Era la misma sonrisa que le había mostrado en los baños reales cuando habían estado contándose historias: alegre, inocente.

—Rhy —dijo ella, animada.

—¿Fue tu idea o de Col?

Ella frunció los labios, enfurruñada ante la falta de preámbulo. Pero entonces sus ojos fueron a la venda que se asomaba por el cuello almidonado de la túnica de Rhy. Debería haber sido un golpe fatal. Lo había sido.

—Mi hermano es uno de los mejores espadachines de Vesk —dijo Cora—. Col nunca le erra a su blanco.

—No le erró —dijo Rhy con simpleza.

La frente de Cora se arrugó, luego se relajó. Las expresiones volaban por su rostro, como las páginas pasan en la brisa, demasiado rápido como para captarlas.

—Hay rumores en mi ciudad —dijo ella—. Rumores sobre Kell y rumores sobre ti. Dicen que mor…

—¿Fue tu idea o de él? —preguntó Rhy, luchando por mantener la voz firme, por mantener su pena a raya, de la forma en que su padre lo hacía, la tristeza contenida en una represa.

Cora se puso de pie pese al peso de los grilletes.

—Mi hermano tiene un don para las espadas, no para las estrategias. —Cerró los dedos alrededor de las barras, el metal sonó contra el metal como una campana. La esposa se deslizó hacia abajo y Rhy vio otra vez la piel amoratada que le rodeaba la muñeca. Había algo antinatural en esas marcas, notaba ahora, algo inhumano.

—Ese no fue tu hermano, ¿no?

Ella vio lo que miraba, rio.

—Un halcón —admitió ella—. Hermosa ave. Es fácil olvidar que tienen garras.

Podía verlo ahora, la curva de las garras que había confundido con dedos, puntos donde las uñas del animal habían penetrado.

—Lamento lo de tu madre —dijo Cora, y lo que él más odió fue que sonaba sincera. Pensó en la noche que habían pasado juntos, la forma en que ella lo había hecho sentir menos solo. La comodidad en su presencia, el darse cuenta de que ella era solo una niña, una muchacha simulando, jugando un juego que no comprendía del todo. Ahora él se cuestionó esa inocencia, se preguntó si había sido un engaño. Si se hubiera dado cuenta. Si hubiera cambiado algo. Si. Si. Si.

—¿*Por qué* lo hiciste? —preguntó, toda su determinación amenazaba con romperse. Ella ladeó la cabeza, perpleja, como un ave de presa encapuchada.

—Soy la sexta de siete hijos. ¿Qué futuro me espera? ¿En qué mundo gobernaría?

—Podrías haber matado a tu *propia* familia en vez de a la mía.

Cora se inclinó hacia adelante, ese rostro de querubín presionado contra las barras de la celda.

—Lo pensé. Supongo que quizá un día lo haga.

—No, no lo harás. —Rhy se dio vuelta para irse—. Nunca verás el exterior de esta celda.

—Soy como tú —dijo ella en voz baja.

—No. —Descartó las palabras.

—Casi no tengo magia —insistió ella—. Ambos sabemos que hay otras clases de poder. —Los pasos de Rhy se hicieron más lentos—. Está el encanto, la astucia, la seducción, la estrategia.

—El asesinato —dijo él, encarándola.

—Usamos lo que tenemos. Creamos lo que no. Realmente no somos tan diferentes —dijo Cora, aferrada a las barras—. Ambos queremos lo mismo. Ser vistos como fuertes. La única diferencia entre tú y yo es el número de hermanos parados en el camino al trono.

—Esa no es la única diferencia, Cora.

—¿No te enloquece ser el débil?

Él envolvió la mano de ella con la suya, sujetándolas a las barras de la celda.

—Estoy vivo porque mi hermano es fuerte —dijo él con frialdad—. Tú estás viva porque el tuyo está muerto.

VI

Osaron se sentó en su trono y esperó.

Espero a que el palacio impostor cayera.

Espero a que sus súbditos regresaran.

Espero noticias de su victoria.

Cualquier noticia.

Miles de voces habían susurrado en su cabeza —decididas, sollozantes, venerantes, suplicantes, triunfales— y luego, en apenas un momento, habían desaparecido, el mundo de repente quieto.

Los buscó y tiró de los hilos, pero nadie respondió.

Nadie vino.

No podían haber muerto al lanzarse contra las defensas del palacio. No podían haberse esfumado tan fácilmente de su poder, de su voluntad.

Esperó, preguntándose si el silencio en sí mismo era una especie de truco, una trampa, pero cuando se prolongó y sus propios pensamientos se hicieron ruidosos e hicieron eco en el espacio vacío, Osaron se levantó.

El rey sombra caminó hacia las puertas de su palacio, la madera oscura y lisa se disolvió en humo ante sí y tomó forma otra vez a su estela, abriéndose como el mundo debería hacerlo ante un dios.

Contra el cielo, se alzaba el palacio de piedra del impostor, con sus defensas agrietadas, pero no rotas.

Y ahí, ensuciando los escalones, las orillas, la ciudad, Osaron vio los cuerpos de sus marionetas, sus hilos cortados.

Hacia donde mirara, los veía. Miles. Muertos.

No, muertos no.

Pero no del todo *vivos*.

A pesar del frío, cada uno tenía el brillo esencial de la vida, el ritmo tenue y constante de un corazón que aún latía, el sonido tan suave que no podía romper el silencio.

Ese silencio, ese horrible silencio ensordecedor, tan parecido al mundo —su mundo— cuando la última vida se había esfumado y todo lo que quedaba era un dejo de poder, un fragmento marchito de la magia que una vez había sido Osaron. Había caminado durante días por los restos muertos de su ciudad, cada centímetro negro, hasta que él también se había quedado quieto, demasiado débil para moverse,

demasiado débil para todo salvo existir, para latir tercamente como estos corazones dormidos.

—*Levántense* —les ordenó a sus súbditos ahora.

Nadie respondió.

—*Levántense* —gritó a sus mentes, a sus mismísimos centros, tirando de cada hilo, hurgando en recuerdos, sueños, huesos.

Aun así, nadie se levantó.

Un sirviente yacía acurrucado a los pies del dios y Osaron se arrodillo, se metió en el pecho del hombre y envolvió su corazón con los dedos.

—*Levántate* —ordenó. El hombre no se movió. Osaron apretó con más fuerza, vertiendo más y más de sí al caparazón, hasta que la forma simplemente… se desmoronó. Inútil. Inútiles. Todos ellos, inútiles.

El rey sombra se enderezó, la ceniza voló en el viento mientras dirigía la mirada a ese *otro* palacio, a ese asiento de realeza redundante, los hilos del hechizo se desenrollaban desde sus agujas. Así que ellos habían hecho esto, le habían robado a sus sirvientes, silenciado su voz.

No importaba.

No podían detenerlo.

Osaron conquistaría esta ciudad, este mundo.

Y primero, destruiría el palacio él mismo.

VII

La gente hablaba del amor como una flecha. Una cosa que volaba rápido y siempre encontraba su blanco. Hablaban como si fuese una cosa placentera, pero Maxim había recibido un flechazo una vez y sabía lo que era: un dolor atroz.

Nunca había querido enamorarse, nunca había querido recibir ese dolor, hubiera fingido alegremente la mordida de una flecha.

Y luego conoció a Emira.

Y por un largo tiempo, creyó que la flecha había hecho su truco más cruel, que le había dado a él y fallado en darle a *ella*. Creyó que ella había eludido la punta, como eludía tantas cosas que no le gustaban.

Había pasado un año intentando quitarse la punta de su propio pecho antes de darse cuenta de que no quería hacerlo. O quizá, no podía. Otro año antes de darse cuenta de que ella también había sido herida.

Había sido una persecución lenta, como el derretimiento del hielo. Una afinidad del calor y el frío, de fuerzas poderosas opuestas en igualdad, de aquellos que no sabían cómo calmar, cómo confortar, y encontraron la respuesta el uno en el otro.

Esa punta de flecha había sanado largo tiempo atrás. Se había olvidado por completo del dolor.

Pero ahora…

Ahora sentía la herida, como un asta clavada por entre sus costillas. Raspando hueso y pulmón con cada respiración agitada, y la pérdida, la mano que retorcía la flecha, intentando arrancarla antes de que matara, haciendo tanto daño en el camino.

Maxim quería estar con ella. No con el cuerpo acostado en el Salón Rose, sino con la mujer que amaba. Quería estar con ella y, en lugar de eso, estaba parado en la habitación del mapa, frente a Sol-in-Ar, obligado a atar una herida mortal, a luchar contra el dolor, porque la batalla aún no estaba ganada.

Su hechizo latía contra el costado de su cráneo y sentía gusto a sangre cada vez que tragaba y al levantar el vaso de cristal cortado a sus labios, le tembló la mano.

Sol-in-Ar estaba parado del otro lado del mapa, los dos habían dividido la amplia extensión del imperio arnesiano sobre la mesa, la ciudad de Londres se elevaba en el centro. Isra esperaba a la puerta, con la cabeza inclinada.

—Lamento tu pérdida —dijo el lord faronés, porque era lo que había que decir. Ambos sabía que las palabras quedaban cortas, siempre quedarían cortas.

La parte de Maxim que era rey sabía que no estaba bien lamentar más una vida que una ciudad, pero la parte de Maxim que había puesto la rosa sobre el corazón de su esposa aún se rompía por dentro.

¿Cuándo había sido la última vez que la había visto? ¿Qué fue lo último que él le había dicho? No sabía, no podía recordarlo. La flecha se retorció. La herida dolía. Luchó por recordar, recordar, recordar.

Emira, con sus ojos oscuros que veían tanto y sus labios que guardaban sonrisas como si fueran secretos. Con su belleza y su fuerza, su caparazón duro alrededor de su corazón frágil.

Emira, quien había bajado sus muros lo suficiente para dejarlo entrar, quien los había hecho el doble de altos al nacer Rhy para que nada pudiera entrar. Por cuya confianza había peleado, a cuya confianza le había fallado cuando le prometió una y otra y otra vez que los mantendría a salvo.

Emira había partido.

Aquellos que creían que la muerte se veía como el dormir nunca la habían visto.

Cuando Emira dormía, sus pestañas bailaban, sus labios se abrían, sus dedos se crispaban, cada parte de ella estaba viva dentro de sus sueños. El cuerpo en el Salón Rose no era su esposa, no era su reina, no era la madre de su heredero, no era nadie en absoluto. Estaba vacío, la presencia intangible de la vida y la magia y el ser consumida como una vela, solo quedaba la cera que se enfriaba.

—Sabías de los veskanos —dijo Maxim, arrastrando su mente de regreso a la habitación del mapa.

Los rasgos de Sol-in-Ar estaban serios, resueltos, los acentos de oro blanco en el rostro del lord extrañamente constantes bajo la luz.

—Lo sospechaba.

—¿Cómo?

—No tengo magia, Su Majestad —respondió Sol-in-Ar en un arnesiano lento pero parejo, con los bordes suavizados por su acento—, pero sí tengo percepción. El tratado entre Faro y Vesk se ha vuelto tenso en meses recientes. —Señaló el mapa—. Arnes se posa directamente entre nuestros imperios. Un obstáculo. Un muro. He estado observando al príncipe y la princesa desde que llegué y cuando Col respondió que no había enviado mensajes a Vesk, sabía que estaba mintiendo. Lo sabía porque usted alojó el regalo de Vesk en la habitación debajo de la mía.

—El halcón —dijo Maxim, recordando la ofrenda veskana (una enorme ave de presa) antes del *Essen Tasch*.

Sol-in-Ar asintió.

—Me había sorprendido el regalo. A un ave como esa no le gustan las jaulas. Los veskanos la usan para enviar misivas a través de las hostiles extensiones de su territorio y cuando son confinadas, graznan por lo bajo de forma constante. La que estaba debajo de mi habitación se quedó en silencio dos días atrás.

—*Por los Santos* —murmuró Maxim—. Debería haber dicho algo.

Sol-in-Ar levantó una ceja.
—¿Hubiera escuchado, Su Majestad?
—Me disculpo —dijo el rey— por desconfiar de un aliado.
La mirada de Sol-in-Ar era constante; sus abalorios blancos, gotas de luz.
—Ambos somos hombres de guerra, Maxim Maresh. La confianza no surge con facilidad.
Maxim negó con la cabeza y volvió a llenar su copa, con la esperanza de que el líquido le quitara el permanente gusto a sangre y le afirmara las manos. No había tenido intención de sostener el hechizo en el aire tanto tiempo, solo hubiera querido… ver a Emira, decir adiós…
—Ha pasado mucho tiempo —dijo, empujando sus pensamientos hacia atrás— desde que estuve en guerra. Antes de ser rey, estuve al mando en la Costa de Sangre. Ese era el apodo que mis soldados y yo teníamos para las aguas abiertas que corren entre los imperios. Esa brecha del terreno a donde iban a hacer la guerra los piratas y rebeldes y quienes rehusaban reconocer la paz.
—*Anastamar* —dijo Sol-in-Ar—. Ese era el nombre que nosotros usábamos. Significa *el Estrecho Asesino*.
—Adecuado —reflexionó Maxim, bebiendo un largo trago—. La paz era lo bastante nueva para ser frágil, aunque supongo que la paz siempre es frágil, y yo solo tenía mil hombres para contener la costa entera. Aunque tenía otro título. No uno dado por la corte o por mi padre, sino por mis soldados.
—El Príncipe del Acero —dijo Sol-in-Ar y, luego agregó, al leer la expresión de Maxim—: ¿Le sorprende que las historias sobre sus hazañas lleguen más allá de sus fronteras? —Los dedos del faronés rozaron el borde del mapa—. El Príncipe del Acero, quien destruyó el corazón del ejército rebelde. El Príncipe del Acero, quien sobrevivió a la noche de los cuchillos. El Príncipe del Acero, quien mató a la reina pirata.
Maxim terminó su trago y apoyó la copa a un lado.
—Supongo que nunca sabemos la magnitud de las historias de nuestra vida. Qué partes sobrevivirán y cuáles morirán con nosotros, pero…
Fue interrumpido por un repentino temblor, no de sus extremidades, sino en la habitación misma. El palacio se sacudió con violencia alrededor de ellos, las paredes temblaron, las figuras de piedra sobre el mapa amenazaron con caerse. Maxim y Sol-in-Ar se sostuvieron hasta que el temblor pasó.
—Isra —ordenó Maxim, pero la comandante ya avanzaba por el pasillo. Sol-in-Ar y él la siguieron.
Las defensas aún estaban débiles como consecuencia del ataque, pero no debería haber importado porque más allá de las puertas del palacio estaban todos dormidos.
Todos, salvo Osaron.
Ahora la voz de la criatura retumbaba por la ciudad, no el suave susurro seductor en la mente de Maxim, sino una cosa audible, estruendosa.

—*Este palacio es mío*.

»*Esta ciudad es mía*.

»*Esta gente es mía*.

Osaron sabía sobre el hechizo, también debió de saber que venía de adentro de los muros. Si Tieren se despertaba, el encantamiento se haría añicos. Los caídos revivirían.

Era el momento, entonces.

Maxim se obligó a ir hacia el frente del palacio, llevando el peso de su hechizo a cada paso, incluso cuando su corazón pedía a Rhy. Si tan solo su hijo estuviera ahí. Si tan solo Maxim pudiera verlo una última vez.

Como llamado por el pensamiento, el príncipe apareció en la entrada y de repente Maxim deseó no haber sido tan egoísta. La pena y el miedo estaban pintados en los rasgos de Rhy y lo hacían ver joven. *Era* joven.

—¿Qué está pasando? —preguntó el príncipe.

—Rhy —dijo, la breve palabra lo dejó sin aire. Maxim no sabía cómo hacer esto. Si dejaba de moverse, nunca podría volver a empezar.

—¿A dónde vas? —preguntó su hijo mientras la voz de Osaron sacudía el mundo.

—*Enfréntame, falso rey*.

Maxim tiró de los hilos de su poder y sintió que su hechizo se tensaba, se ceñía como una armadura alrededor de él al tiempo que los corazones de acero cobraban vida dentro de pechos de acero.

—Padre —dijo Rhy.

—*Ríndete y perdonaré a los que están dentro*.

El rey llamó a sus hombres de acero, sintió cómo marchaban por los pasillos.

—*Rehúsate y tiraré este lugar abajo*.

Siguió caminando.

—¡Detente! —exigió Rhy—. Si sales ahí fuera, morirás.

—No hay deshonra en morir —dijo el rey.

—*No eres un dios*.

—No puedes hacer esto —dijo Rhy, bloqueándole el camino cuando llegaban al vestíbulo—. Estás cayendo en su trampa.

Maxim se detuvo, el peso del hechizo y el rostro afligido de su hijo amenazaron con tirarlo abajo.

—Hazte a un lado, Rhy —ordenó con suavidad.

Su hijo negó con la cabeza furiosamente.

—Por favor. —Las lágrimas se asomaban por sus pestañas oscuras y amenazaban con derramarse. A Maxim le dolía el corazón. El palacio tembló. La guardia de acero se acercaba. Llegaron al vestíbulo, una docena de armaduras hechizadas al movimiento con sangre y voluntad y magia. Espadas reales cortas colgaban de sus cinturas y a través de sus cascos, las luces tenues de sus corazones hechizados ardían como el carbón. Estaban listos. Él estaba listo.

—Rhy Maresh —dijo Maxim con firmeza—. Te lo pediré como tu padre, pero si debo, te lo ordenaré como tu rey.

—*No* —dijo Rhy, agarrándolo de los hombros—. No te dejaré hacer esto.

La flecha en su pecho penetró más profundo.

—Sol-in-Ar —dijo Maxim—. Isra.

Y ellos comprendieron. Los dos avanzaron y tomaron a Rhy de los brazos para apartarlo. Rhy luchó ferozmente contra ellos, pero ante una señal del rey con la cabeza, Isra lanzó su puño con guantelete contra las costillas del príncipe y Rhy se dobló hacia adelante, jadeando.

—*No, no…*

—*Sosora nastima* —dijo Sol-in-Ar—. *Escucha a tu rey*.

—Mira, mi príncipe —agregó Isra—. Mira con orgullo.

—Abran las puertas —ordenó Maxim.

Las lágrimas se derramaron por el rostro de Rhy.

—Padre…

La pesada madera se dividió. Las puertas se abrieron. A los pies de la escalera, de pie estaba la sombra, un demonio haciéndose pasar por rey.

—*Enfréntame*.

—¡Suéltenme! —gritó Rhy.

Maxim atravesó las puertas caminando. No miró atrás, no miró a la guardia de acero que marchaba a su estela, ni al rostro de su hijo, con los ojos tan parecidos a los de Emira, ahora rojos de angustia.

—*Por favor* —rogó Rhy—. Por favor, déjenme…

Esas fueron las últimas palabras que escuchó Maxim antes de que las puertas del palacio se cerraran.

VIII

La primera vez que Rhy vio la habitación del mapa de su padre, tenía ocho años.

Nunca le habían permitido pasar las puertas doradas, solo había echado un vistazo a las figuras de piedra desplegadas sobre la extensión de la mesa, las escenas que se movían con el mismo encantamiento lento de los dibujos en las tablas de adivinación de la ciudad.

Había intentado escabullirse ahí dentro, obviamente, pero Kell no lo quería ayudar y había otros lugares del palacio que explorar. Pero Rhy no podía olvidar la extraña magia de esa habitación, y ese invierno, cuando el tiempo cambió y el sol no parecía salir nunca, construyó su propio mapa: confeccionó el palacio con un soporte para tortas dorado de tres pisos, el río con un trozo de gasa, cien pequeñas figuras con lo que pudo conseguir. Hizo *vestra* y *ostra,* sacerdotes y guardias reales.

—Este eres tú —le dijo a Kell, sosteniendo en alto un fósforo con punta roja, con una pincelada negra para el ojo. Kell no estaba impresionado.

—Esta eres tú —le dijo a su madre, blandiendo la reina que había modelado con un vial de vidrio.

—Este eres tú —le dijo a Tieren, mostrándole con orgullo el trozo de piedra blanca que había desenterrado del patio.

Había estado trabajando en la colección más de un año cuando su padre vino a verla. Nunca había encontrado con qué hacer al rey. Kell —que usualmente no quería jugar— había ofrecido una piedra con una docena de pequeñas muescas que *casi* formaban un rostro macabro, si la luz era la indicada, pero Rhy creyó que se parecía más al cocinero real, Lor.

Rhy estaba en cuclillas sobre el tablero antes de ir a dormir una noche, cuando entró Maxim. Era un hombre alto vestido de rojo y dorado, su barba y cejas oscuras se tragaban su rostro. Con razón Rhy no podía encontrar la pieza para representarlo. Nada se sentía lo bastante *grande*.

—¿Qué es esto? —preguntó su padre, apoyando una rodilla en el piso al lado del palacio improvisado.

—Es un juego —dijo Rhy orgulloso—, como el tuyo.

Fue entonces cuando Maxim lo tomó de la mano y lo llevó por las escaleras y el palacio, sus pies descalzos se hundían en la alfombra mullida. Cuando llegaron a las puertas doradas, el corazón de Rhy dio un salto, medio asustado, medio emocionado, mientras su padre abría las puertas.

La memoria a veces tuerce una cosa, la hace incluso más maravillosa. Pero el propio recuerdo de Rhy de la habitación del mapa palidecía en comparación con la verdad. Rhy había crecido más de cinco centímetros ese año, pero en vez de parecer más chico, el mapa era igual de grandioso, igual de extenso, igual de mágico.

—Esto —dijo seriamente su padre— no es un juego. Cada barco, cada soldado, cada pieza de piedra y vidrio… las vidas de este reino penden de los hilos de este tablero.

Rhy se quedó maravillado mirando el mapa, que se había vuelto más mágico con la advertencia de su padre. Maxim se quedó parado, con los brazos cruzados, mientras Rhy rodeaba la mesa, examinando cada cara, antes de volver su atención al palacio.

No era una tetera, ni una bandeja para pasteles. Este palacio brillaba, una miniatura perfecta —esculpida en vidrio y oro— del hogar de Rhy.

Rhy se paró en puntas de pie, espiando por las ventanas.

—¿Qué estás buscando? —preguntó su padre.

Rhy levantó la vista, los ojos bien abiertos.

—A ti.

Por fin, una sonrisa atravesó esa barba recortada. Maxim apuntó a una leve subida del paisaje urbano, una plaza a dos puentes del palacio donde un conjunto de guardias de piedra montaban a caballo. Y en su centro, no más grande que el resto, había una figura que solo se diferenciaba por el aro dorado de una corona.

—Un rey —dijo su padre— debe estar con su pueblo.

Rhy metió la mano en el bolsillo de sus pijamas y sacó una pequeña figura, un niño príncipe hecho de azúcar pura y robado del pastel de su último cumpleaños. Ahora, con cuidado, Rhy puso la figura en el mapa al lado de su padre.

—Y el príncipe —dijo con orgullo— debe estar con su rey.



Rhy gritó y se revolcó y luchó contra su agarre.

«Un rey debe estar con su pueblo».

Rogó y suplicó e intentó liberarse.

«Un príncipe debe estar con su rey».

Las puertas estaban cerradas. Su padre había desaparecido, tragado por madera y piedra.

—Su Alteza, por favor.

Rhy lanzó un puñetazo y le dio a Isra con fuerza en la mandíbula. Ella lo soltó y él logró hacer un solo paso antes de que Sol-in-Ar lo trabara con un agarre eficiente y feroz: un brazo retorcido detrás de la espalda.

—Su Alteza, no.

El dolor se encendió a través de él cuando intentó luchar, pero el dolor no era nada para Rhy ahora y se liberó de un tirón y algo se desgarró en su hombro al lanzar el codo a la cara del faronés.

Llegaban más guardias ahora, para bloquear la puerta, mientras Isra gritaba órdenes con los dientes ensangrentados.

—Córranse —exigió Rhy, con la voz quebrada.

—Su Alteza…

—*Córranse*.

Lentamente, con renuencia, los guardias se apartaron de las puertas y Rhy salió disparado hacia adelante, agarró el picaporte justo antes de que Isra le sujetara la mano contra la madera.

—Su Alteza —gruñó ella—, no se *atreva*.

«Un rey debe estar con su pueblo».

—Isra —suplicó—. Un príncipe debe estar con su rey.

—Entonces, esté con él —dijo la guardia—, honrando su último pedido.

El peso de la mano de Isra se retiró y Rhy se quedó solo ante las grandes puertas de madera. En algún lugar del otro lado, tan cerca y sin embargo tan lejos…

Sintió que algo se desgarraba dentro de él, no carne, sino algo mucho más profundo. Apoyó las manos abiertas en la madera. Rhy cerró con fuerza los ojos, presionó la frente contra la puerta, todo su cuerpo tembló con la necesidad de abrirlas, de correr en busca de su padre.

No lo hizo.

Sus piernas cedieron, su cuerpo se hundió al piso, y si el mundo hubiera elegido ese momento para tragarlo por completo, Rhy le hubiese dado la bienvenida.

TRECE

EL LUGAR DE UN REY

I

Maxim Maresh se había olvidado de la bruma.

En cuanto pisó fuera de las defensas del palacio, sintió el veneno de Osaron inundando el aire. Era demasiado tarde para contener la respiración. La enfermedad forzó su entrada y le llenó los pulmones mientras la maldición le susurraba en la cabeza.

«Arrodíllate ante el rey sombra».

Maxim resistió el llamado hipnótico de la bruma, sus nervios crujieron cuando apartó el agarre de la maldición y, en lugar de eso, se enfocó en el sonido de la guardia de acero que marchaba a sus espaldas y en la figura ondulante que esperaba a los pies de la escalera del palacio.

Sin cuerpo, el rey sombra parecía menos un hombre y más humo atrapado dentro de vidrio oscurecido, la presencia cambiante dentro de su falso caparazón, como un efecto de la luz. Solo sus ojos parecían sólidos, el negro brillante de la piedra pulida.

«Como el de Kell», pensó Maxim y luego revocó el pensamiento. «No, en absoluto como el de Kell».

La mirada de Kell tenía la calidez de una llama, mientras que los ojos de Osaron eran agudos y fríos y completamente inhumanos.

Al ver a Maxim descendiendo los escalones, el rostro del rey sombra titiló, la boca se retorció en una sonrisa.

—*Falso rey*.

Maxim se obligó a bajar escalón tras escalón, mientras se le borroneaba la vista y le hormigueaba la piel con los principios de la fiebre. Cuando sus botas golpearon contra la piedra del piso de la explanada, los doce hombres de su guardia final se desplegaron en abanico y tomaron un lugar alrededor de los dos reyes, como puntos de un reloj. Cada uno sacó una espada corta de acero, su filo hechizado para cercenar la magia.

Osaron apenas pareció notar las figuras en sus paramentos de acero, la forma en que se movían juntas como dedos de la mano, la forma en que las sombras se doblaban y revolvían alrededor de sus armaduras y sus espadas y jamás las tocaban.

—¿*Has venido a arrodillarte*? —preguntó el rey sombra, las palabras hicieron eco a través del cráneo de Maxim, resonaron en sus huesos—. ¿*Has venido a rogar*?

Maxim levantó la cabeza. No llevaba ninguna armadura, ningún yelmo, nada salvo una sola espada a la cadera y la corona de oro que descansaba en su cabeza.

Aun así, miró directo a esos ojos ónix y dijo:

—He venido a destruirte.

La oscuridad rio, un sonido como un relámpago bajo.

—*Has venido a morir*.

A Maxim casi le falló el equilibrio, no por el miedo, sino por la fiebre. Delirio febril. La noche bailaba frente a sus ojos, los recuerdos se trasponían sobre la verdad. El cuerpo de Emira. Los gritos de Rhy. El dolor como una lanza serrada atravesada en el pecho, al resistir la magia del rey sombra. La enfermedad aceleró su corazón. La maldición de Osaron agotaba su mente como su propio hechizo hacía con su cuerpo.

—¿Hago que tus propios hombres te maten?

La mano de Osaron hizo un gesto rápido, pero la guardia de acero que los rodeaba no se movió. Ninguna mano con espada se alzó para atacar. Ninguna bota avanzó obedientemente.

Una arruga de desconcierto pasó por el rostro del rey sombra como una nube pasajera, cuando se dio cuenta de que los guardias no eran reales, solo marionetas con hilos torpes, la armadura nada más que un encantamiento hueco, el último esfuerzo por salvar a los hombres de Maxim de esta tarea nefasta.

—*Qué desperdicio*.

Maxim se enderezó, le caía sudor por la nuca.

—Tendrás que enfrentarme tú mismo.

Con eso, el rey arnesiano desenvainó su espada, hechizada como las otras para romper los hilos de magia, y atravesó la masa de sombras frente a él. Osaron no se agachó ni lo eludió ni atacó. No se movió en absoluto. Simplemente se *partió* alrededor de la espada de Maxim y se volvió a formar unos pocos pasos a la izquierda.

Otra vez, Maxim atacó.

Otra vez, Osaron se disolvió.

Con cada embestida, con cada estocada, la fatiga y la fiebre de Maxim aumentaban, una marea que amenazaba con superarlo.

Y entonces, en el quinto o sexto o décimo ataque, Osaron finalmente contraatacó. Esta vez, cuando tomó forma otra vez, fue dentro de la guardia de Maxim.

—*Suficiente* —dijo el monstruo con una sonrisa titilante.

Estiró una mano insustancial, con los dedos abiertos, y Maxim sintió que su cuerpo se detenía a mitad de un paso, sintió que los huesos bajo su piel gruñían y rechinaban, el dolor encendía sus nervios, mientras él era sujetado contra la noche como un muñeco.

—*Tan frágil* —regañó Osaron.

Un giro rápido de esa mano —más bruma que dedos— y la muñeca de Maxim se hizo añicos. Su espada corta cayó al suelo, el chirrido del metal contra la piedra ahogó el resoplido de dolor.

—*Ruega* —dijo el rey sombra.

Maxim tragó saliva.

—No, yo…

Su clavícula se quebró con el chasquido feroz de un palo a la rodilla. Un grito estrangulado se escapó por entre sus dientes apretados.

—*Ruega*.

Maxim tembló, sus costillas trepidaron bajo la fuerza de la voluntad de Osaron, que golpe-golpe-golpeaba sus huesos como un repiqueteo de los dedos.

—No.

El rey sombra estaba jugando, bromeando, prolongándolo. Y Maxim lo dejó, con la esperanza de que durante todo ese tiempo Rhy estuviese a salvo dentro del palacio, lejos de las ventanas, lejos de la puerta, lejos de esto. Sus guardias de acero temblaron en sus lugares, con sus guanteletes sosteniendo las espadas. Aún no. Aún no. Aún no.

—Soy el rey… de este imperio…

Algo se quebró en su pecho y Maxim tuvo un espasmo, la sangre se alzó a su garganta.

—¿*Esto es lo que te hace pasar por rey en este mundo*?

—Mi pueblo nunca…

Ante eso, la mano de Osaron —no de carne y hueso o humo, sino de algo denso y frío e *impropio*— envolvió la mandíbula de Maxim.

—*La insolencia de los reyes mortales*.

Maxim miró a la oscuridad retorcida en la mirada de la criatura.

—La… insolencia de… los dioses… caídos.

El rostro de Osaron se retorció con una sonrisa horrorosa.

—*Vestiré tu cuerpo por las calles hasta que se queme*.

En esos ojos negros, Maxim vio el reflejo distorsionado del palacio, el *soner rast*, el corazón palpitante de su ciudad.

Su hogar.

Tiró de los últimos hilos y los guardias finalmente avanzaron. Doce hombres sin rostro desenvainaron sus espadas.

—Soy la cabeza… de la Casa Maresh —dijo Maxim—… séptimo rey de ese nombre… y no eres digno… de usar mi piel.

Osaron ladeó la cabeza.

—*Ya veremos*.

La oscuridad forzó su entrada.

No fue una ola, sino un océano, y Maxim sintió que su voluntad cedía bajo el peso del poder de Osaron. No había aire. Ni luz. Ni superficie.

Emira. Rhy. Kell.

Las flechas penetraron profundo, el dolor un ancla, pero la mente de Maxim ya se estaba quebrando, y su cuerpo se desgarró aún más cuando, con lo que le quedaba de fuerza, tiró de sus guardias de acero. Los guanteletes se ciñeron y una docena de

espadas cortas se elevaron en el aire, sus puntas se movieron hacia el centro del círculo mientras Osaron se vertía como metal fundido adentro del cuerpo de Maxim Maresh.

Y el rey comenzó a *arder*.

Su mente consumida, su vida falló, pero no antes de que una docena de puntas de acero silbaran por el aire hacia la fuente de su hechizo.

Hacia el cuerpo de Maxim.

Su corazón.

Dejó de luchar. Era como bajar una carga muy pesada, el alivio deslumbrante de soltar. La voz de Osaron se rio a través de su cabeza, pero él ya estaba cayendo, ya partía, cuando las espadas dieron en el blanco.

II

A lo largo de la ciudad de Londres, la oscuridad comenzó a disiparse.

La intensa negrura retrocedió y un panel negro brillante del río se quebró, dando lugar, aquí y allá, a violentas franjas de rojo cuando flaqueó el agarre de Osaron, se resbaló.

El cuerpo de Maxim Maresh se arrodilló en la calle, con una docena de espadas clavadas hasta la empuñadura. La sangre se acumulaba debajo de él en un charco resbaladizo de rojo intenso y por unos largos momentos, el cuerpo no se movió. El único sonido venía del *ploc, ploc, ploc* de la sangre del rey muerto al caer sobre la piedra, el silbido del viento a través de las calles adormecidas.

Y luego, tras un largo momento, el cadáver de Maxim se levantó.

Tembló, como una cortina en la brisa, y luego una espada se liberó del pecho arruinado y cayó retumbando al suelo. Y después otra y otra, una por una hasta que las doce espadas estuvieron fuera, extensiones de acero carmesí tiradas en la calle. Comenzó a salir humo como delgados tentáculos por cada herida, hasta que se unieron en una nube, luego una sombra y luego, finalmente, algo como un hombre. Tomó varios intentos, la oscuridad se desplomaba de regreso a humo una y otra vez hasta que por fin se las ingenió para sostener su forma, sus bordes temblaban vacilantes mientras su pecho se alzaba y caía con la respiración ardiente.

—*Soy rey* —gruñó la sombra, mientras desaparecían los remolinos de rojo en el río y la niebla se ponía más densa.

Pero el agarre de la pesadilla no era tan fuerte como había sido.

Osaron dejó escapar un aullido de furia cuando sus extremidades se disolvían, volvían a formarse. El hechizo grabado en esas espadas aún corría como hielo por las venas de su poder, sofocando el calor y extinguiendo la llama. Un hechizo pequeño y estúpido que había penetrado tan adentro.

Osaron miró con ceño fruncido el cadáver del rey, finalmente arrodillado ante él.

—*Todos los hombres se arrodillan*.

Un golpecito de los dedos, una vez, y el cuerpo se derrumbó, sin vida, al suelo.

«Mortal insolente», pensó el rey sombra mientras se daba media vuelta y avanzaba de prisa por la ciudad dormida y subía el puente y entraba a su palacio, echando humo mientras luchaba a cada paso por mantener su forma. Cuando su mano rozó una columna, pasó derecho a través de ella como si fuera *nada*.

Pero el falso rey estaba muerto y Osaron seguía vivo. Tomaría más que un metal hechizado, más que la magia de un hombre, matar a un dios.

El rey sombra subió las escaleras a su trono y se sentó, sus manos humeantes se cerraron alrededor de los apoyabrazos de su asiento.

Estos mortales creía que eran fuertes, creían que eran astutos, pero no eran nada más que niños en este mundo —el mundo de Osaron— y él había vivido lo suficiente como para conocer su alcance.

No tenían *idea* de lo que él era capaz de hacer.

El rey sombra cerró los ojos y abrió la mente, se estiró más allá del palacio, de la ciudad, del mundo, a los bordes mismos de su poder.

Al igual que un árbol puede conocerse a sí mismo, desde la raíz más profunda hasta la hoja más alta, Osaron conocía cada centímetro de su magia. Y entonces se estiró y se estiró y se estiró, aferrándose en la oscuridad hasta que la sintió ahí. O mejor dicho, sintió lo que quedaba de él adentro de ella.

—*Ojka*.

Osaron sabía, obviamente, que ella estaba muerta. Ida, perdida como todas las cosas con el tiempo. Había sentido el momento en que había pasado, incluso esa pequeña muerte propagada en su psiquis, la repentina sensación de pérdida, tenue pero palpable.

Y sin embargo, Osaron aun corría a través de ella. Estaba en su sangre. La sangre que ya no podía *circular*, pero aún así vivía en ella; su voluntad, un filamento, un hilo de alambre entretejido a través del cuerpo de paja. La conciencia de Ojka había desaparecido, la propia voluntad perdida, pero su forma aún era una forma. Un recipiente.

Y entonces Osaron llenó el silencio de su mente y envolvió la extremidades de Ojka con su voluntad.

—*Ojka* —dijo otra vez—. *Levántate*.

III

Londres Blanco

Nasi siempre sabía cuando algo estaba mal.

Era un saber visceral, resultado de años de observar rostros, manos, leer todas las señas minúsculas que una persona hacía antes de hacer una cosa mala.

No era una persona lo que se volvía malo ahora.

Era un mundo.

El frío había regresado al aire, las ventanas del castillo se escarchaban en las esquinas. El rey desaparecido, aún desaparecido, y sin él, Londres regresaba a estar mal otra vez, y se ponía *peor*. Sentía como que el mundo se deshilachaba alrededor de ella, todo el color y la vida se diluían del modo en que debió de haberlo hecho la primera vez, todos esos años atrás. Solo que, de acuerdo con las historias, eso había sido lento y esto era rápido, como una serpiente mudando de piel.

Y Nasi sabía que no era la única que lo sentía.

Todo Londres parecía sentir lo malo.

Unos pocos miembros de la Guardia de Hierro del rey, aquellos que aún eran leales a su causa, hacían lo mejor que podían para evitar que las cosas se salieran fuera de control. El castillo estaba bajo constante vigilancia. Nasi no había podido escabullirse afuera otra vez, así que no tenía flores frescas —aunque no demasiadas habían sobrevivido al frío repentino— para colocar cerca del cuerpo de Ojka.

Pero igual se acercó, en parte por el silencio y en parte porque el resto del mundo se estaba poniendo siniestro, y si algo pasaba, Nasi quería estar cerca de la caballera del rey, aunque estuviera muerta.

Era temprano por la mañana —ese momento antes de que el mundo se despertara del todo—, y estaba parada al lado de la cabeza de la mujer, rezando una plegaria para el poder, para la fuerza (eran las únicas que conocía). Estaba quedándose sin palabras cuando, sobre la mesa, los dedos de Ojka se *movieron*.

Nasi se sobresaltó, pero mientras sus ojos se abrían bien y su corazón se saltaba un latido, ella comenzó a hablarse a sí misma para tranquilizarse, como había hecho cuando era pequeña y cada pequeña sombra tenía la manía de transformarse en un monstruo. Pudo haber sido un efecto de la luz, probablemente lo era, así que se estiró y con vacilación tocó la muñeca de la caballera, en busca de un pulso.

Como era de esperar, Ojka seguía fría. Seguía muerta.

Y luego, abruptamente, la mujer se sentó.

Nasi se tambaleó hacia atrás cuando el paño negro se caía del rostro de Ojka.

Esta no parpadeó, no giró la cabeza, ni siquiera pareció notar a Nasi ni la mesa mortuoria ni la habitación iluminada por velas. Sus ojos estaban abiertos de par en par y apagados y vacíos, y Nasi recordó a los soldados que solían proteger a Astrid y Athos Dane, vaciados y sometidos por hechizo.

Ojka se veía como ellos.

Era real y al mismo tiempo no, viva y aún muy, muy muerta.

La herida aún estaba en su cuello, tan profunda como siempre, pero ahora Ojka movía su mandíbula. Cuando intentó hablar, salió un siseo bajo desde su garganta arruinada. La caballera frunció los labios y tragó saliva, y Nasi observó cómo los tentáculos de sombra y humo se tejían sobre y alrededor de ella, casi como un vendaje nuevo.

Saltó desde la mesa, tirando las vides y los boles que Nasi había colocado tan cuidadosamente alrededor de su cadáver. Cayeron al piso con un estruendo.

Ojka siempre había sido tan elegante, pero ahora sus pasos tenían la cualidad forzada de un potranco, o una marioneta, y Nasi retrocedió hasta que su espalda golpeó contra una columna. La caballera miró directo a la muchacha, con sombras que nadaban en sus ojos claros. Ojka no habló, solo miró, con el agua derramada que goteaba contra las piedras como fondo. Su mano había comenzado a moverse lentamente hacia la mejilla de Nasi cuando las puertas se abrieron y dos miembros de la Guardia de Hierro entraron de golpe, atraídos por el ruido.

Vieron a la caballera muerta parada y se quedaron helados.

La mano cayó desde Nasi cuando Ojka se dio vuelta hacia ellos con una elegancia que regresaba. El aire alrededor de ella resplandecía con magia, algo de la mesa —una daga— volaba a la mano de Ojka.

Los guardias estaba gritando ahora y Nasi debería haber huido, debería haber hecho algo, pero estaba congelada contra la columna, sujetada por algo tan pesado como la magia más fuerte.

No quería ver qué pasaría a continuación, no quería ver a la caballera del rey morir una segunda vez, no quería ver lo que quedaba de la guardia de Holland caer ante un fantasma, así que se agachó, cerró los ojos con fuerza y presionó las manos contra los oídos. Como solía hacer cuando las cosas se ponían mal en el castillo. Cuando Athos Dane jugaba con las personas hasta que se rompían.

Pero incluso a través de sus manos, escuchó la voz que venía de la garganta de Ojka —que no era en absoluto la de Ojka, sino la de alguien más, hueca, en eco e intensa—, y los guardias deben haber tenido miedo de los fantasmas y de los monstruos también, porque cuando Nasi finalmente abrió los ojos, no había rastros de Ojka ni de los hombres.

La habitación estaba vacía.

Estaba completamente sola.

IV

El Fantasma estaba casi de regreso en Tanek cuando Lila sintió que la nave se detenía de golpe.

No el andar suave de un barco que pierde la corriente, sino una parada chirriante, nada natural en el mar.

Ella y Kell estaban en su camarote cuando sucedió, empacando las pocas pertenencias que tenían, la mano de Lila no dejaba de ir hacia su bolsillo —la ausencia de su reloj tenía su propio y extraño peso—, mientras que la de Kell iba hacia su pecho.

—¿Aún duele? —había preguntado y Kell había comenzado a responder cuando el barco traqueteó bruscamente, un quejido de madera y velas interrumpido por el llamado de Alucard. La voz del capitán tenía la ligereza que tomaba cuando estaba borracho o nervioso, y ella estaba bastante segura de que no había estado bebiendo al mando del timón (aunque no le sorprendería si lo hubiese hecho).

Arriba el día era gris, la niebla nublaba el mundo más allá del bote. Holland ya estaba en la cubierta, mirando fijo la bruma.

—¿Por qué te detuviste? —preguntó Kell, con una arruga entre las cejas.

—Porque tenemos un problema —dijo Alucard, señalando hacia delante con la cabeza.

Lila oteó el horizonte. La bruma era más densa de lo que debería haber sido dada la hora y estaba posada sobre el agua como una segunda piel.

—No puedo ver nada.

—Esa es la idea —dijo Alucard. Abrió las manos, movió los labios y la niebla que había conjurado se diluyó un poco frente a ellos.

Lila entornó los ojos y al principio no vio nada más que mar, y entonces…

Se quedó dura.

No había tierra adelante.

Era una línea de barcos.

Diez naves descomunales con cascos de madera clara y banderas verde esmeralda que cortaban la bruma como cuchillos.

Una flota veskana.

—Bueno —dijo Lila lentamente—, supongo que eso responde a la pregunta de quién le pagó a Jasta para que nos matara.

—Y a Rhy —agregó Kell.

—¿Cuánto falta para llegar a tierra? —preguntó Holland.

Alucard negó con la cabeza.

—No estamos lejos, pero están parados directamente entre nosotros y Tanek. La costa más cercana está a horas de navegación hacia cualquier lado.

—Entonces los rodeamos.

Alucard le lanzó una mirada a Kell.

—No en esto —dijo, señalando El Fantasma, y Lila comprendió. El capitán había maniobrado de forma tal que su estrecha proa había quedado de frente a la columna de la flota. Mientras se mantuviera la neblina, mientras El Fantasma se quedara quieto, *quizá* pasaría inadvertido, pero en cuanto se acercara, sería un blanco. El Fantasma no ondeaba banderas, pero tampoco lo hacían las tres pequeñas naves que flotaban como boyas al lado de la flota, cada una con el estandarte blanco de un bote capturado. Los veskanos estaban claramente bloqueando el paso.

—¿Atacamos? —preguntó Lila.

Eso atrajo las miradas de Kell, Alucard *y* Holland.

—¿Qué? —dijo ella.

Alucard negó con la cabeza, consternado.

—Probablemente hay *cientos* a bordo de esos barcos, Bard.

—Y nosotros somos *antari*.

—*Antari*, no inmortales —dijo Kell.

—No tenemos tiempo de combatir a una flota —dijo Holland—. Necesitamos llegar a tierra.

La mirada de Alucard regresó a la línea de barcos.

—Oh, pueden llegar a la costa —dijo—, pero tendrán que *remar*.

Lila pensó que Alucard debía estar bromeando.

No lo estaba.

V

Rhy Maresh mantenía los ojos hacia la luz.

Estaba parado al borde del círculo del hechizo donde yacía Tieren y concentrado en la vela acunada en las manos del sacerdote con su llama constante y fija.

Quería despertar al *Aven Essen* de su trance, quería enterrar la cabeza en el hombro del anciano y llorar. Quería sentir la calma de su magia.

En los últimos meses, había conocido íntimamente el dolor y la muerte, pero la pena era algo nuevo. El dolor era brillante y la muerte era oscura, pero la pena era gris. Un bloque de piedra sobre su pecho. Una nube tóxica que le quitaba el aliento.

«No puedo hacer esto solo», pensó.

«No puedo hacer esto…».

«No puedo…».

Lo que fuese que su padre había tratado de lograr no había funcionado.

Rhy había visto que el río se aclaraba, las sombras habían comenzado a retirarse, había visto un destello de su ciudad de rojos y dorados como un espectro a través de la bruma.

Pero no había durado.

En pocos minutos, la oscuridad había regresado.

Había perdido a su padre ¿para qué?

¿Un momento?

¿Un suspiro?

Habían rescatado el cuerpo del rey de la explanada a los pies del palacio.

Su padre, en un charco de sangre fría.

Su padre, ahora al lado de su madre, un par de esculturas, caparazones, sus ojos cerrados, sus cuerpos repentinamente avejentados por la muerte. ¿Cuándo se habían vuelto hundidas las mejillas de su madre? ¿Cuándo habían encanecido las sienes de su padre? Eran impostores, imitaciones de mal gusto de las personas que habían sido en vida. Las personas que Rhy había amado. Verlos —lo que quedaba de ellos— lo enfermaba, así que había huido al único lugar que podía. A la única persona.

A Tieren.

Tieren, quien dormía con una quietud que podría haber pasado por muerte si Rhy no acabara de verla, si no hubiese presionado las manos sobre las costillas inmóviles de su padre, no hubiese agarrado el hombro rígido de su madre.

«Regresa…».

«Regresa…».

«Regresa…».

No dijo las palabras en voz alta, por miedo a despertar al sacerdote, por una profunda sensación de que, sin importar cuán suavemente hablara, la tristeza sería ruidosa. Los otros sacerdotes estaban arrodillados, las cabezas inclinadas como si ellos mismos estuvieran en trance, ceños fruncidos en concentración mientras el rostro de Tieren llevaba la misma palidez suave que los hombres y mujeres que dormían en las calles. Rhy hubiese dado lo que fuera por escuchar la voz del *Aven Essen*, por sentir el peso de sus brazos alrededor de los hombros, por ver la comprensión en sus ojos.

Estaba tan cerca.

Estaba tan lejos.

Las lágrimas le ardían en los ojos, amenazaban con derramarse y, cuando lo hicieran, golpearían el suelo a un centímetro del borde de cenizas del círculo de amarre. Le dolían los dedos donde habían golpeado a Isra, le latía el hombro donde se había retorcido para librarse del agarre de Sol-in-Ar. Pero estos dolores eran poco más que recuerdos, heridas superficiales, comparadas con el desgarro en su pecho, la ausencia donde habían arrancado, arrebatado a dos personas.

A los lados, le colgaban, pesados, los brazos.

En una mano, su propia corona, el círculo de oro que había usado desde que era un niño, y en la otra, el broche real capaz de contactar a Kell.

Había pensado en llamar a su hermano, obviamente. Había agarrado con fuerza el broche hasta que el emblema del cáliz y el sol le habían cortado la palma, incluso pese a que Kell dijo que la sangre no era necesaria. Kell estaba equivocado. La sangre siempre era necesaria.

Una palabra, y su hermano vendría.

Una palabra, y no estaría solo.

Una palabra… pero Rhy Maresh no podía hacerlo.

Se había fallado a sí mismo tantas veces. No le fallaría también a Kell.

Alguien se aclaró la garganta detrás de él.

—Su Majestad.

Rhy dejó escapar un suspiro tembloroso y dio un paso atrás desde el borde del hechizo de Tieren. Al darse vuelta, se encontró con la capitana de guardia urbana de su padre; a Isra le había salido un moretón a lo largo de la mandíbula y tenía los ojos pesados con la pena.

La siguió afuera de la habitación silenciosa al pasillo, donde esperaba un mensajero, sin aliento y con las ropas mojadas con sudor y barro, como si hubiera estado cabalgando a todo galope. Este era uno de los exploradores de su padre, enviados a monitorear la extensión de la magia de Osaron más allá de la ciudad y, por un instante, la mente cansada de Rhy no podía procesar por qué el mensajero había

venido a él. Luego recordó: no había nadie más; y ahí estaba otra vez, peor que un cuchillo, el repentino asalto del recuerdo, una herida reabierta.

—¿Qué pasa? —preguntó Rhy con la voz ronca.

—Traigo noticias de Tanek —dijo el mensajero.

Rhy se sentía enfermo.

—¿Tan lejos ha llegado la bruma?

El mensajero negó con la cabeza.

—No, señor, aún no, pero encontré un jinete en el camino. Divisó una flota en la boca del Isle. Diez barcos. Ondean los estandartes verde y plata de Vesk.

Isra maldijo por lo bajo.

Rhy cerró los ojos. ¿Qué era lo que su padre había dicho sobre la política y el baile? Vesk estaba tratando de establecer el *tempo*. Era hora de que Rhy tomara la delantera. Mostrara que era el rey.

—¿Su Majestad? —apuntó el mensajero.

Rhy abrió los ojos.

—Tráeme a dos de sus magos.



Se encontró con ellos en la habitación del mapa.

Rhy hubiera preferido el Salón Rose, con sus techos de piedra abovedados, su plataforma, su trono. Pero el rey y la reina estaban dispuestos ahí, así que esto tendría que bastar.

Estaba parado en el lugar de su padre detrás de la mesa, las manos apoyadas en el canto de madera, y debió haber sido un engaño de los sentidos, pero Rhy creyó sentir las marcas donde los dedos de Maxim habían presionado la mesa, la madera aún con su calidez.

Lord Sol-in-Ar estaba parado contra la pared a su izquierda, flanqueado a ambos lados por un miembro de su comitiva.

Isra y dos miembros de la guardia estaban alineados contra la pared a su derecha.

Los magos veskanos vinieron, Otto y Rul, hombres enormes escoltados adentro por un par de guardias en armaduras. Por orden de Rhy, les habían quitado los grilletes. Quería que se dieran cuenta de que no estaban siendo castigados por las acciones de su corona.

Aún no.

En el *ring* del torneo, Rul «el Lobo» había aullado antes de cada encuentro.

Otto «el Oso» se había golpeado el pecho.

Ahora estaban parados como dos pilares silenciosos. Se daba cuenta por sus rostros de que sabían de la traición de sus gobernantes, del asesinato de la reina, del

sacrificio del rey.

—Lamentamos su pérdida —dijo Rul.

—¿De verdad? —preguntó Rhy, enmascarando su pena con desdén.

Mientras Kell había pasado su infancia instruyéndose en magia, Rhy había estado estudiando a la gente, aprendiendo todo lo que podía sobre su reino, desde *vestra* y *ostra* hasta los plebeyos y criminales, y luego había pasado a Faro y Vesk. Y si bien sabía que un mundo no se podía conocer verdaderamente por los libros, tendría que ser un comienzo.

Después de todo, el saber era un tipo de poder, una especie de fortaleza. Y los veskanos, había aprendido Rhy, respetaban el enojo y la alegría, incluso la envidia, pero no la pena.

Rhy señaló el mapa.

—¿Qué ven?

—Una ciudad, señor —respondió Otto.

Rhy asintió hacia la línea de figurines que había colocado en la boca del Arnes. Pequeños barcos de piedra manchados de verde esmeralda y con estandartes grises.

—¿Y ahí?

Rul frunció el ceño ante la fila.

—¿Una flota?

—Una flota *veskana* —aclaró Rhy—. Antes de atacar a mi rey y reina, su príncipe y princesa enviaron mensajes a Vesk y llamaron a una flota de diez barcos de guerra. —Miró a Otto, quien se había tensionado ante las noticias—. ¿Se ha hartado su reino de nuestra paz? ¿Desea una guerra?

—Yo… yo soy solo un mago —dijo Otto—. No conozco el corazón de mi reina.

—Pero conoces tu imperio. ¿No eres parte de él, acaso? ¿Qué dice *tu* corazón?

Los veskanos, sabía Rhy, eran gente orgullosa y obstinada, pero no eran tontos. Saboreaban una buena pelea, pero no iban buscando la guerra.

—Nosotros no…

—Arnes podrá ser el campo de batalla —interrumpió Sol-in-Ar—, pero si Vesk busca guerra, encontrarán a Faro también. Una palabra, Su Majestad, y traeré a cien mil soldados para reunirse con los suyos.

Rul se había puesto rojo como una brasa, Otto blanco como la tiza.

—Nosotros no *hicimos* esto —gruñó Rul.

—Nosotros no sabíamos nada de este engaño —agregó Otto con firmeza—. Nosotros no queremos…

—¿Queremos? —rugió Rhy—. ¿Qué tiene que ver querer con esto? ¿Acaso quiero que mi pueblo sufra? ¿Quiero ver a mi reino sumergido en una guerra? Las masas pagan por las elecciones de unos pocos y si los miembros de su realeza hubieran acudido a ustedes y pedido su ayuda, ¿pueden decir, acaso, que no la habrían dado?

—Pero no lo hicieron —dijo Otto con frialdad—. Respetuosamente, Su Majestad, la soberana no sigue a su pueblo, pero su pueblo debe seguir sus órdenes. Tiene razón, muchos pagan por las elecciones de unos pocos. Pero la realeza es quien elige y nosotros somos quienes pagamos por ello.

Rhy luchó contra la necesidad de avergonzarse ante las palabras. Luchó contra la necesidad de mirar a Isra o Sol-in-Ar.

—Pero me pregunta sobre mi corazón —continuó Otto—, y mi corazón tiene una familia. Mi corazón tiene una vida y un hogar. Mi corazón disfruta de los campos de juego, no de guerra.

Rhy tragó y levantó uno de sus barcos.

—Escribirán dos cartas —dijo, sopesando la pieza en su mano—. Una a la flota y otra a la corona. Contarán sobre la traición despiadada del príncipe y la princesa. Les dirán que se pueden retirar ahora y que tomaremos las acciones de los dos miembros de la realeza como unilaterales. Pueden retirarse y ahorrarle a su país una guerra. Pero si avanzan un solo paso hacia esta ciudad, lo harán sabiendo que enfrentan a un rey que está muy vivo y a un imperio aliado contra ellos. Si avanzan, habrán firmado la muerte de miles.

Su voz se había ido bajando a medida que hablaba, como siempre hacía la de su padre, las palabras aún resonaban como acero recién desenfundado.

«Los reyes no necesitan alzar su voz para ser escuchados».

Una de las tantas lecciones de Maxim.

—¿Qué hay del rey sombra? —preguntó Rul con absoluta frialdad—. ¿Escribimos sobre él también?

Los dedos de Rhy se cerraron con más fuerza alrededor del pequeño barco de piedra.

—La debilidad de mi ciudad se convertirá en la suya si esos barcos entran a Londres. Mi gente dormirá, pero la suya morirá. Por el bien de ellos, sugiero que sean tan persuasivos como puedan. —Puso la pieza de regreso en la mesa—. ¿Entendido? —dijo, las palabras más una orden que una pregunta.

Otto asintió. También Rul.

Cuando las puertas se cerraron detrás de ellos, la fuerza desapareció de los hombros de Rhy. Se dejó caer contra la pared de la habitación del mapa.

—¿Cómo estuvo eso? —preguntó.

Isra inclinó la cabeza.

—Lo manejó como un rey.

No había tiempo para deleitarse.

Las campanas del Santuario se habían quedado en silencio con el resto de la ciudad, pero allí en el palacio, el reloj comenzó a sonar. Nadie más se agitó, porque nadie más había estado contando el tiempo, pero Rhy se enderezó.

Kell había estado fuera cuatro días.

«Cuatro días, Rhy. Regresaremos en ese tiempo. Y luego puedes meterte en problemas…».

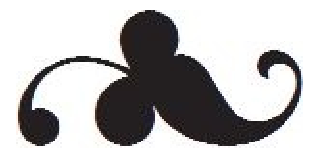
Pero los problemas habían venido y se habían ido y habían vuelto a venir, sin rastro alguno de su hermano. Le había prometido a Kell que esperaría, pero Rhy había esperado suficiente. Era solo cuestión de tiempo antes de que Osaron recuperara su fuerza. Solo cuestión de tiempo antes de que volviera a posar la vista en el palacio. La última defensa de la ciudad. Refugiaba a cada uno de los que caminaban, a los plateados, a los sacerdotes, protegía a Tieren y el hechizo que mantenía al resto dormido. Y si caía, no habría nada.

Le había hecho una promesa a Kell, pero su hermano llegaba tarde y Rhy no podía quedarse allí, sepultado con los cuerpos de sus padres.

No se escondería de las sombras cuando las sombras no podían tocarlo.

Tenía una elección. Y la haría.

Enfrentaría al rey sombra él mismo.



Una vez más, la capitana de la guardia le bloqueó el paso.

Isra tenía la edad de su padre, pero donde Maxim era —había sido— corpulento, ella era delgada, nervuda. Y sin embargo, era la mujer más imponente que había conocido, bien erguida y severa, con una mano siempre sobre la empuñadura de su espada.

—Hazte a un lado —instruyó Rhy, mientras ajustaba la capa roja y dorada a sus hombros.

—Su Majestad —dijo la guardia—. Siempre fui honesta con su padre y siempre seré honesta con usted, así que perdóneme si le hablo con franqueza. ¿Cuánta sangre más le daremos a este monstruo?

—Le daré hasta la última gota que tengo —dijo Rhy— si eso lo sacia. Ahora, hazte a un lado. Es una orden de tu rey. —Las palabras le chamuscaron la garganta al decirlas, pero Isra obedeció y salió del camino.

La mano de Rhy estaba sobre la puerta cuando la mujer habló otra vez, con voz baja, insistente.

—Cuando se despierte la gente —dijo ella—, necesitarán a su rey. ¿Quién será su líder si usted muere?

Rhy le sostuvo la mirada.

—¿No te has enterado? —dijo, abriendo la puerta de un empujón—. Ya estoy muerto.

VI

El Fantasma tenía exactamente un bote de remos, una cosa pequeña y poco profunda amarrada al costado del barco. Tenía un asiento y dos remos, hecho para llevar a una sola persona entre naves o quizá entre la nave y la costa, si alguno no podía atracar o no quería hacerlo.

El bote no parecía poder cargar a cuatro, mucho menos llevarlos a todos a la orilla sin hundirse, pero no tenían demasiada elección.

Lo bajaron al agua, Holland descendió primero y estabilizó la pequeña nave contra el costado de El Fantasma. Kell había pasado una pierna, pero cuando Lila se movió para seguirlo, vio que Alucard permanecía en el medio de la cubierta, con la atención puesta en la flota distante.

—Vamos, capitán.

Alucard negó con la cabeza.

—Me quedaré.

—Este no es el momento para grandes actos —dijo Lila—. Este ni siquiera es tu barco.

Pero por una vez, la mirada de Alucard era dura, inflexible.

—Soy el campeón del *Essen Tasch*, Bard, y uno de los magos más fuertes de los tres imperios. No puedo detener una flota de barcos, pero si deciden avanzar, haré lo que pueda para retrasarlos.

—Y te matarán —dijo Kell, regresando la pierna a la cubierta.

El capitán ofreció solo una sonrisa amarga.

—Siempre quise morir con gloria.

—Alucard… —comenzó a decir Lila.

—La niebla es de mi autoría —dijo, mirando del uno al otro—. Debería cubrirlos.

Kell asintió y luego, después de un momento, le ofreció la mano. Alucard la miró como si fuese hierro caliente, pero la tomó.

—*Anoshe* —dijo Kell.

Lila sintió una opresión en el pecho ante la palabra. Era lo que los arnesianos decían al partir. Lila no dijo nada, porque las despedidas, fueran en el idioma que fueran, se sentían como una rendición, y no estaba dispuesta a hacer eso.

Incluso cuando Alucard le envolvió los hombros con los brazos.

Incluso cuando le presionó un beso contra la frente.

—Eres mi mejor ladrón —susurró él, y a ella le ardieron los ojos.

—Debería haberte matado —murmuró ella, odiando el temblor de su voz.

—Probablemente —dijo y luego, sus palabras tan suaves que se perdieron para todos salvo ella—: Mantenlo a salvo.

Y luego, sus brazos desaparecieron y Kell tiraba de ella para ir hacia el bote, y lo último que vio de Alucard Emery fue la línea ancha de sus hombros, su cabeza bien en alto, mientras se quedaba parado solo en la cubierta, de frente a la flota.



Las botas de Lila golpearon el piso del bote, haciendo que este se meciera de una forma que hizo que Holland se aferrara a un lado.

La última vez que había visto un bote así de pequeño, había estado sentada en el medio del mar con las manos atadas y con un barril de cerveza alterada entre las rodillas. Eso había sido una apuesta. Esto era un riesgo.

El bote se alejó empujado y en pocos momentos, la niebla de Alucard se tragaba El Fantasma y lo quitaba de vista.

—Siéntate —dijo Kell, tomando un remo.

Ella se sentó, se estiró aturdida hacia el segundo palo. Holland estaba sentado en el fondo del pequeño bote, arremangándose tranquilamente el puño de la camisa.

—¿Un poco de ayuda? —dijo Lila y el ojo verde de Holland se entrecerró hacia ella mientras sacaba una pequeña daga y se la presionaba contra la mano.

Holland llevó su mano sangrienta hacia el costado del bote y dijo una frase que ella no había escuchado nunca —*As Narahi*— y la pequeña embarcación dio un tumbo hacia adelante y casi arrojó a Kell y a Lila del banco.

La neblina le roció los ojos a Lila, salada y fría, el viento se batía alrededor de su rostro, pero cuando se le aclaró la vista, se dio cuenta de que el bote avanzaba a toda velocidad, volando por sobre la superficie del agua como propulsado por una docena de remos invisibles.

Lo miró a Kell.

—No me enseñaste esta.

A Kell se le había aflojado la mandíbula.

—Yo… no la sabía.

Holland les lanzó a ambos una mirada vacía.

—Increíble —dijo secamente—. Hay cosas que todavía no aprendieron.

VII

Las calles estaban llenas de cuerpos, pero Rhy se sentía completamente solo.

Solo, dejó su hogar.

Solo, se movía por las calles.

Solo, subió el puente de hielo que llevaba al palacio de Osaron.

Las puertas se abrieron de golpe ante su contacto, y Rhy se quedó quieto; parte de él esperaba encontrar una réplica nefasta de su propio palacio, pero en lugar de eso, encontró un espectro, un cuerpo esquelético ahuecado y llenado otra vez con algo menos sustancial. No había grandes pasillos ni escaleras que llevaran a otros pisos, ni salones de baile o balcones.

Solo un espacio cavernoso, los huesos de los estadios aún eran visibles aquí y allá debajo de la capa de sombra y magia.

Las columnas crecían desde el piso como árboles que brotaban hacia a un techo que daba paso aquí y allá al cielo abierto, un efecto que hacía que el palacio pareciera una obra maestra y una ruina al mismo tiempo.

Casi toda la luz provenía de ese techo roto, el resto desde adentro, un resplandor que bañaba cada superficie como un fuego atrapado detrás de vidrio grueso. Incluso esa luz tenue era tragada, tachada, por esa misma mancha negra que Rhy había visto expandirse por la ciudad, magia que anulaba la naturaleza.

Las botas de Rhy hicieron eco mientras se convencía a sí mismo de avanzar a través del enorme salón, hacia el magnífico trono que esperaba en el centro, tan natural y antinatural como el palacio que lo rodeaba. Etéreo y vacío.

El rey sombra estaba parado varios pasos al lado, examinando un cadáver.

El cadáver mismo estaba de pie, sujetado en alto por cintas de oscuridad que iban, como hilos de una marioneta, desde la cabeza y los brazos hacia el techo. Hilos que no solo sostenían en alto el cuerpo, sino que parecían estar cosiéndolo para volver a unirlo.

Era una mujer, hasta donde podía ver, y cuando Osaron hizo un movimiento rápido de los dedos, los hilos se tensaron para levantar su rostro hacia la luz acuosa. Tenía el cabello rojo —más rojo incluso que Kell— y le caía lacio contra las mejillas ahuecadas, y debajo de un ojo cerrado, se derramaba negro por su rostro como si estuviese llorando tinta.

Sin caparazón, Osaron mismo se veía tan espectral como su palacio, una imagen a medio formar de un hombre, la luz brillaba a través de él cada vez que se movía. Su

capa ondeaba, impulsada por algún viento imaginario, y toda su forma se ondulaba y vibraba, como si no pudiera mantenerse a sí misma unida.

—¿*Qué eres*? —dijo el rey sombra y, pese a que miraba el cadáver, Rhy supo que las palabras estaban dirigidas a él.

Alucard le había advertido a Rhy sobre la voz de Osaron, la forma en que hacía eco por la cabeza de uno, serpenteaba a través de los pensamientos. Pero cuando habló, Rhy no escuchó nada salvo las palabras mismas sonando contra la piedra.

—Soy Rhy Maresh —respondió— y soy rey.

Los dedos sombra de Osaron se deslizaron de regreso a los lados. La mujer se desplomó un poco sobre los hilos.

—*Los reyes son como maleza en ese mundo*. —Se dio vuelta y Rhy vio un rostro hecho de sombra en capas. Destellaba emociones, ahí y ya no y allí y ya no, irritación y diversión, furia y desdén—. ¿*Ha venido este a rogar o a arrodillarse o a luchar*?

—He venido a verte yo mismo —dijo Rhy—. A mostrarte la cara de esta ciudad. A hacerte saber que no tengo miedo. —Era una mentira, de hecho tenía miedo, pero ese miedo palidecía contra la pena, el enojo, la necesidad de actuar.

La criatura le echó una mirada larga, escrutadora.

—*Eres el que está vacío*.

Rhy tembló.

—No estoy vacío.

—*El que está hueco*.

—No estoy hueco.

—*El que está muerto*.

—No estoy muerto.

El rey sombra avanzaba hacia él y Rhy luchó contra la necesidad urgente de retroceder.

—*Tu vida no es tu vida*.

Osaron estiró una mano y entonces Rhy dio un paso atrás, o intentó, solo para encontrar que su bota estaba fijada al piso por una magia que no podía ver. El rey sombra llevó la mano al pecho de Rhy y los botones de su túnica se disolvieron, la tela se abrió para revelar los círculos concéntricos del sello cicatrizado sobre su corazón. Astillas de frío penetraron el aire entre sombra y piel.

—*Mi magia*. —Osaron hizo un gesto, como si fuera a arrancar el sello, pero nada sucedió—. *Y no mi magia*.

Rhy dejó salir un respiro tembloroso.

—No tienes dominio sobre mí.

Una sonrisa bailó en los labios de Osaron y la oscuridad se ciñó alrededor de las botas de Rhy. El miedo se volvió más ruidoso entonces, pero Rhy luchó con fuerza para sofocarlo. No era un prisionero. Estaba ahí por elección. Llamando la atención de Osaron, su ira.

«Perdóname, Kell», pensó, alzando la vista hacia el rey sombra.

—Alguien me arrebató mi cuerpo una vez —dijo—. Tomó mi voluntad. Nunca más. No soy una marioneta y no hay *nada* que puedas hacerme.

—*Estás equivocado*. —Los ojos de Osaron se iluminaron como los de un gato en la oscuridad—. *Puedo hacerte sufrir*.

Un frío le acuchilló las pantorrillas cuando las ataduras alrededor de sus tobillos se convirtieron en hielo. Contuvo la respiración cuando comenzó a extenderse, no hacia arriba por sus extremidades, sino alrededor de todo su cuerpo, como una cortina, una columna, que devoró primero su visión del rey sombra y la marioneta de la muerta, y luego el trono y finalmente toda la habitación, hasta que estuvo atrapado dentro de un armazón de hielo. Su superficie era tan lisa que podía ver su propio reflejo, distorsionado por la curvatura del hielo al engrosarse. Podía ver la sombra de la criatura del otro lado. Se imaginó a Osaron sonriendo.

—*¿Dónde está el* antari *ahora*? —Una mano fantasmal fue a descansar contra el hielo—. ¿Le enviamos un mensaje?

La columna de hielo vibró y luego, para horror de Rhy, comenzaron a crecer pinchos. Intentó retroceder, pero no había dónde ir.

Rhy se mordió para reprimir un grito cuando la primera punta le penetró la pierna.

El dolor estalló en él, ardiente y brillante, pero fugaz.

«No estoy vacío», se dijo a sí mismo cuando un segundo pincho le perforó el costado. Un gritó ahogado, cuando otra estaca se insertó en su hombro, deslizándose adentro y afuera del cuello con una facilidad terrible.

«No estoy hueco».

El aire se quedó atrapado en su pecho cuando el hielo punzó su pulmón, su espalda, su cadera, su muñeca.

«No estoy muerto».

Había visto a su madre atravesada, a su padre muerto por una docena de espadas de acero. Y no pudo salvarlos. Sus cuerpos eran suyos. Sus vidas, suyas.

Pero la de Rhy no lo era. Eso no era una debilidad, se daba cuenta ahora, sino una fortaleza. Podía sufrir, pero eso no lo quebraría.

«Soy Rhy Maresh», se dijo a sí mismo mientras la sangre manchaba el piso.

«Soy el rey de Arnes».

«Y soy indestructible».

VIII

Estaban cerca de la costa cuando Kell comenzó a temblar.

Era un día fresco, pero el frío había venido de otro lado y cuando se dio cuenta de lo que era —un eco—, el dolor lo había alcanzado. No un golpe de refilón, sino repentino y violento y afilado como cuchillos.

«Otra vez no».

Le atravesó la pierna, el hombro, las costillas, abriéndose en un ataque a escala completa contra sus nervios.

Lanzó un grito sin voz y se agarró al costado del barco.

—¿Kell?

La voz de Lila era lejana, ahogada por el pulso que rugía en sus oídos.

Sabía que su hermano no podía morir, pero eso no apagaba el miedo, no detenía el pánico puro y animal que latía con su sangre, gritaba por ayuda. Esperó que el dolor pasara, como siempre había hecho antes, desvaneciéndose con cada pulsación, como una roca arrojada a un estanque cuya colisión con el agua daba paso a ondas más pequeñas hasta que finalmente la superficie se alisaba.

Pero el dolor no pasó.

Cada respiro traía una nueva roca, una nueva colisión.

Las manos de Lila flotaban en el aire.

—¿Puedo sanarte?

—No —dijo Kell, con la respiración entrecortada—. No está… su cuerpo no está… —La mente le daba vueltas.

—¿Vivo? —ofreció Holland.

Kell frunció el ceño.

—Por supuesto que está *vivo*.

—Pero esa vida no es de él —argumentó Holland con calma—. Solo es un cascarón. Un recipiente para tu poder.

—Basta.

—Has cortado hilos de tu magia y has hecho una marioneta.

El agua se elevó alrededor del pequeño bote con la ira de Kell.

—*Basta*. —Esta vez la palabra venía de Lila—. Detente antes de que nos hunda.

Pero Kell escuchó la pregunta en la voz de Lila, la misma que él mismo se había hecho durante meses.

¿Estaba realmente vivo algo si no se lo podía matar?

Una semana después de que Kell había amarrado la vida de su hermano a la suya, se había despertado con un dolor repentino y ardiente en la palma de la mano, abrasador, y había estado seguro de que la piel estaría ampollada. En lugar de eso, había encontrado a su hermano sentado en su habitación ante una mesa baja con una vela apoyada ahí, los ojos lejanos mientras sostenía la mano sobre la llama. Kell había arrebatado los dedos de Rhy del fuego, había presionado un trapo húmedo sobre la piel roja y pelada mientras su hermano recobraba la razón.

—Lo siento —había dicho, un refrán ahora hartante—. Solo necesitaba… saber.

—¿Saber qué? —había espetado Kell, y los ojos de su hermano se habían ido.

—Si soy real.

Ahora Kell temblaba en el piso del pequeño bote, el eco del dolor de su hermano era feroz, inalterable. Esto no se sentía como una herida autoinfligida, ni la llama de una vela o una palabra tallada en la piel. Este dolor era profundo y penetrante, como la espada en el pecho pero peor, porque venía de todos lados.

Se le llenó la boca de bilis. Pensó que ya había vomitado.

Intentó recordar que el dolor solo era aterrador porque señalaba el peligro, la muerte, que sin esas cosas era nada…

Se le nubló la vista.

… solo otro sentido…

Sus músculos aullaron.

… un vínculo…

Kell tembló con violencia y registró que los brazos de Lila lo rodeaban, delgados pero fuertes, la calidez de su cuerpo estrecho como una vela contra el frío. Estaba diciendo algo, pero él no podía distinguir las palabras. La voz de Holland iba y venía, reducida a breves estallidos de sonido incoherentes.

El dolor se estaba suavizando, no se calmaba, no exactamente, solo se estaba compensando en algo horrible pero constante. Juntó sus pensamientos con esfuerzo, enfocó la vista y vio que se aproximaban a la costa. No al puerto de Tanek, sino a un trecho de playa rocosa. No importaba. Tierra era tierra.

—Rápido —murmuró con voz ronca, y Holland le lanzó una mirada oscura.

—Si este bote va más rápido, se prenderá fuego antes de que tengamos la oportunidad de chocar contra esas piedras. —Pero vio que las yemas de los dedos del mago se ponían blancas con la fuerza, sintió que el mundo se partía alrededor de su poder.

Un momento la orilla irregular se alzaba a la distancia y al siguiente, estaba casi sobre ellos.

Holland se puso de pie y Kell se las ingenió para desenroscar su cuerpo dolorido, su mente se aclaró lo suficiente para pensar.

Tenía su *souvenir* a mano —el retazo que la reina le había dado, *KM* bordado en la seda— y sangre fresca manchaba la tela cuando el bote se acercaba precariamente

a la orilla rocosa. Sus abrigos estaban empapados con agua helada para cuando se acercaron lo suficiente para desembarcar.

Holland salió primero y se afirmó sobre las rocas resbaladizas por el mar.

Kell comenzó a seguirlo y se patinó. Se hubiera caído contra el oleaje si Holland no hubiese estado ahí para tomarlo de la muñeca y arrastrarlo hasta la orilla. Kell regresó por Lila, pero ella ya estaba al lado de él, con la mano en la suya, y Holland había apoyado la propia en su hombro cuando Kell presionó el retazo de tela contra la pared de piedra y dijo las palabras para llevarlos a casa.

La neblina helada y la costa rocosa desaparecieron instantáneamente, reemplazadas por el mármol liso del Salón Rose, con su techo abovedado, sus tronos vacíos.

No había señales de Rhy, no había señales del rey y la reina, hasta que se dio vuelta y vio la amplia mesa de piedra en el medio del salón.

Kell se quedó duro y en algún lugar detrás de él, Lila inhaló aire en *shock*.

Le tomó un momento procesar las formas que yacían encima de la mesa, comprender que eran cuerpos.

Dos cuerpos, uno al lado del otro sobre la piedra, cada uno cubierto con tela carmesí, las coronas aún brillantes en las cabezas.

Emira Maresh, con una rosa blanca, con bordes de oro, posada sobre su corazón.

Maxim Maresh, los pétalos de otra rosa desparramados sobre su pecho.

El frío se asentó en los huesos de Kell.

El rey y la reina estaban muertos.

IX

Alucard Emery se había imaginado su muerte cientos de veces.

Era un hábito morboso, pero tres años en el mar le habían dado demasiado tiempo para pensar y beber y soñar. La mayoría del tiempo, sus sueños empezaban con Rhy, pero a medida que las noches se alargaban y las copas se vaciaban, invariablemente se ponían más oscuros. Le empezaban a doler las muñecas y se le nublaban los pensamientos y entonces imaginaba. Cuándo. Cómo.

A veces era glamorosa y a veces era espantosa. Una batalla. Un cuchillo perdido. Una ejecución. Un rescate que salía mal. Se ahogaba con su propia sangre o tragando el mar. Las posibilidades eran infinitas.

Pero nunca había imaginado que la muerte se vería así.

Nunca imaginó que la enfrentaría solo. Sin una tripulación. Sin un amigo. Sin familia. Sin siquiera un enemigo, salvo las masas sin rostro que llenaban los barcos en espera.

«Tonto», habría dicho Jasta. «Todos enfrentamos la muerte solos».

No quería pensar en Jasta. O Lenos. O Bard.

O *Rhy*.

El aire marino raspaba las cicatrices en las muñecas de Alucard y él se las frotó mientras el barco —ni siquiera era *su* barco— se mecía silenciosamente con el oleaje.

Los verdes y plateados de los veskanos estaban replegados, los barcos flotaban sombríamente, con determinación, una línea montañosa a lo largo del horizonte.

¿Qué estaban esperando?

¿Órdenes de Vesk?

¿O desde la ciudad?

¿Sabían sobre el rey sombra? ¿La bruma envenenada? ¿Era eso lo que los mantenía contenidos? ¿O simplemente estaban esperando que los cubriera la noche para actuar?

Por los Santos, ¿de qué servía especular?

No se habían movido.

En cualquier momento se *podían* mover.

El sol se estaba poniendo, el cielo se tornaba rojo sangre y a él le latía la cabeza por el esfuerzo de sostener la niebla tanto tiempo. Estaba comenzando a disiparse y no había nada que él pudiera hacer salvo esperar, esperar y tratar de reunir la fuerza para…

«¿Para qué?», desafió una voz en su cabeza. «¿Mover el mar?».

No era posible. Esa no era tan solo una frase que le había dicho a Bard para evitar que acabase consigo misma. Todo tenía sus límites. Se le aceleró la mente, como había estado haciendo la última hora, terca, empecinadamente, como si finalmente fuera a doblar una esquina y encontrar una idea —no un concepto loco haciendo las veces de plan, sino una idea *real*— esperándolo.

El mar. Los barcos. Las velas.

Ahora solo estaba haciendo una lista de las cosas.

No. Espera. Las *velas*. Quizá podría encontrar la forma de…

No.

No desde esta distancia.

Tendría que mover a El Fantasma, navegar hasta la mismísima parte trasera de la flota veskana y después… ¿qué?

Alucard se frotó los ojos.

Si iba a morir, podía al menos pensar una forma de hacer que contara.

Si iba a morir…

Pero ese era el problema.

Alucard no *quería* morir.

Parado ahí en la proa de El Fantasma, se dio cuenta con una claridad deslumbrante de que la muerte y la gloria no le interesaban tanto como vivir lo suficiente para ir a casa. Para asegurarse de que Bard estuviera viva, intentar encontrar al resto de los miembros del Aguja Nocturna. Ver los ojos ámbar de Rhy, presionar los labios en el lugar donde el cuello se curvaba hacia su garganta. Arrodillarse ante su príncipe y ofrecerle lo único que Alucard alguna vez se había guardado: la verdad.

El espejo del mercado flotante yacía en su estuche en una caja cercana.

Cuatro años por un regalo que jamás sería dado.

Un movimiento en la distancia le llamó la atención.

Una sombra planeaba por el cielo crepuscular —ahora azul morado en lugar de rojo—. El corazón le dio un salto. Era un pájaro.

Se precipitó hacia uno de los barcos veskanos y fue tragado por la línea del mástil y una red y una vela plegada. Y Alucard contuvo la respiración hasta que le dolió el pecho, hasta que la vista se le llenó de manchas. Acá estaba. Esta era la orden para avanzar. No tenía mucho tiempo.

Las velas…

Si pudiese dañar las velas…

Alucard comenzó a reunir todas las piezas sueltas de acero a bordo del barco, rebuscó en los cajones y la cocina y la cubierta en busca de filos y cacerolas y cubiertos, lo que fuera que él pudiese moldear en algo capaz de cortar. La magia vibró en sus dedos cuando afiló las superficies con su voluntad, formó bordes serrados en los costados.

Los alineó en la cubierta como soldados, tres docenas de armas improvisadas que podían desgarrar y rasgar. Intentó ignorar el hecho de que las velas estaban bajas, intentó sofocar el saber que ni siquiera él tenía la habilidad de controlar esta cantidad de cosas al mismo tiempo, no con algún grado de delicadeza.

Pero la fuerza bruta era mejor que nada.

Todo lo que tenía que hacer era llevar a El Fantasma a un radio de alcance para atacar. Estaba alzando la mirada hacia sus propias velas cuando vio que las de los veskanos eran tensadas.

Sucedió en una ola, verde y plateado brotaron desde los mástiles en el barco central y luego a los que estaban a cada lado, uno tras otro hasta que toda la flota estuvo lista para navegar.

Era un regalo, pensó Alucard, mientras alistaba sus armas, tiraba del aire con lo que le quedaba de fuerza, cuando el primer barco comenzó a moverse.

Seguido por un segundo barco.

Y un tercero.

La mandíbula de Alucard se aflojó. Lo que le quedaba de fuerza flaqueó, murió.

El viento se disolvió y se quedó parado ahí, mirando, una cuchilla improvisada se le cayó de los dedos, porque los barcos veskanos no estaban navegando hacia Tanek y el Isle y la ciudad de Londres.

Se estaban *alejando*.

La formación de la flota se disolvió cuando las embarcaciones pivotaron hacia el mar abierto.

Uno de los barcos pasó lo suficientemente cerca como para que él pudiera ver a los hombres a bordo, y un soldado veskano miró en dirección a él, su cara ancha ilegible debajo de su yelmo. Alucard levantó una mano a modo de saludo. El hombre no le devolvió el gesto. El barco continuó avanzando.

Alucard observó cómo se iban.

Espero que las aguas se aquietaran, que los últimos colores se desvanecieran del cielo.

Y luego se dejó caer de rodillas a la cubierta.

X

Kell se quedó mirando, aturdido, los cuerpos en la mesa.

Su rey y su reina. Su padre y su madre…

Escuchó que Holland decía su nombre, sintió los dedos de Lila cerrándose alrededor de los suyos.

—Tenemos que encontrar a Rhy.

—No está aquí —dijo una nueva voz.

Era Isra, la capitana de la guardia de la ciudad. Kell había tomado a la mujer por estatua, vestida con armadura completa y con la cabeza inclinada; había olvidado las reglas del luto: los muertos nunca se dejaban solos.

—¿Dónde? —Se las ingenió para decir—. ¿Dónde está?

—En el palacio, señor.

Kell comenzó a ir hacia las puertas que llevaban de regreso al palacio real, cuando Isra lo detuvo.

—Ese no —dijo la mujer con desaliento. Señaló las enormes puertas principales del Salón Rose, las que llevaban a la calle—. El *otro*. Sobre el río.

El pulso de Kell comenzó a golpear intensamente en su pecho.

El palacio *sombra*.

La cabeza le dio vueltas.

¿Cuánto tiempo había pasado?

¿Tres días?

No, cuatro.

«Cuatro días, Rhy».

«Luego puedes meterte en problemas».

Cuatro días y el rey y la reina estaban muertos y Rhy no había esperado más.

—¿Tan solo lo dejaste ir? —espetó Lila, arrimándose a la guardia.

Isra se enfureció.

—No tuve opción. —Encontró la mirada de Kell—. A partir de hoy, Rhy Maresh es el rey.

La realidad aterrizó como un golpe.

Rhy Maresh, joven de la realeza, don juan coqueto, príncipe resucitado.

El niño que siempre buscaba lugares para esconderse, que se movía por su propia vida como si fuera una obra de teatro.

Su hermano, quien ahora tallaba disculpas en su piel y sostenía sus manos sobre las llamas para sentirse vivo.

Su hermano era rey.

¿Y su primer acto?

Marchar directamente al palacio de Osaron.

Kell quería retorcerle el pescuezo a Rhy, pero entonces recordó el dolor que había sentido, que ola tras ola lo había sacudido en el bote, que se estrellaba a través de él incluso ahora, una corriente de sufrimiento. *Rhy*. Los pies llevaron a Kell más allá de Isra, más allá de fila tras fila de grandes cuencos de agua, hasta las puertas del Salón Rose y afuera, a la tenue luz de Londres.

Escuchó pasos tras él, los de Lila con el sigilo y la rapidez de una ladrona, los de Holland seguros, pero Kell no miró atrás, no miró el mar de cuerpos hechizados que yacían en la calle, mantuvo los ojos apuntados al río y la sombra imposible que se estiraba hacia arriba contra el cielo.

Kell siempre había pensado en el palacio real como un segundo sol atrapado en perpetuo ascenso sobre la ciudad. Si eso era verdad, el palacio de Osaron era un eclipse, una pieza de oscuridad perfecta, solo los bordes ribeteados con luz reflejada.

En algún lugar detrás de él, Holland tomó un arma de la funda de un hombre caído y Lila maldijo en voz baja mientras serpenteaba entre los cuerpos, pero ninguno se alejó demasiado de su lado.

Juntos, los tres *antari* subieron la pendiente ónix del puente palaciego.

Juntos, llegaron a la puerta de vidrio negro pulido.

El picaporte cedió bajo el contacto de Kell, pero Lila le agarró la muñeca y la sostuvo con firmeza.

—¿Es este realmente el mejor plan? —preguntó.

—Es el único que tenemos —dijo Kell mientras Holland pasaba el legador por sobre su cabeza y deslizaba el aparato a su bolsillo. Debió haber percibido que Kell lo observaba, porque levantó los ojos y encontró su mirada. Uno ojo verde y otro negro y ambos inalterables como una máscara.

—De una manera u otra —dijo Holland—, esto termina.

Kell asintió.

—Termina.

Miraron a Lila. Ella suspiró, soltó los dedos de Kell.

Los tres anillos plateados atraparon la luz agonizante —el de Lila y el de Kell, los ecos más angostos de la sortija de Holland—, todos vibraron con el poder compartido mientras las puertas se abrían. Los tres *antari* avanzaron hacia la oscuridad.

Catorce

Aantari

I

Cuando la bota de Kell cruzó el umbral, el dolor le estalló en el pecho. Era como si las paredes del palacio de Osaron hubieran silenciado la conexión y ahora, sin esos limitadores, el cordón se ponía tirante y cada paso llevaba a Kell más cerca del sufrimiento de Rhy.

Lila ya había sacado dos cuchillos, pero el palacio estaba vacío alrededor de ellos, el salón despejado. La magia de Tieren había funcionado, había despojado al monstruo de sus muchas marionetas, pero aun así Kell sentía la tensión nerviosa de Lila en sus propias extremidades, veía la misma preocupación también reflejada en el rostro inescrutable de Holland.

Había una discordancia en este lugar, como si hubiesen salido de Londres fuera del tiempo, fuera de la vida misma, y entrado a un lugar que ni siquiera existía del todo. Era magia sin equilibrio, poder sin reglas, y estaba muriendo, cada superficie cubierta lentamente con el paño mortuorio negro brilloso de la naturaleza quemada hasta la nada.

Pero en el centro de la enorme sala, Kell lo sintió.

Un pulso de vida.

Un corazón latiendo.

Y entonces, cuando los ojos de Kell se adaptaron a la luz baja, vio a Rhy.

Su hermano estaba colgado a varios metros del piso, suspendido dentro de una red de hielo, sujetado en alto por una docena de puntas filosas que penetraban y atravesaban el cuerpo del príncipe; las superficies escarchadas, rojas.

Rhy estaba vivo, pero solo porque no podía morir.

Su pecho trastabillaba y jadeaba. Tenía lágrimas congeladas en las mejillas. Movía los labios, pero sus palabras se perdían. Su sangre, un enorme charco oscuro debajo.

«¿Es esto tuyo?», había preguntado Rhy cuando eran niños y Kell se había cortado las muñecas para sanarlo. «¿Es todo esto tuyo?».

Ahora la sangre de Rhy salpicaba bajo las botas de Kell, que corría hacia adelante con un aire metálico en la boca.

—¡Espera! —llamó Lila.

—Kell —advirtió Holland.

Pero si era una trampa, ya habían sido atrapados. Atrapados en cuanto entraron al palacio.

—Resiste, Rhy.

Ante la voz de Kell, las pestañas de Rhy se agitaron. Este intentó levantar la cabeza, pero no pudo.

La mano de Kell ya estaba mojada con su propia sangre cuando llegó al lado de su hermano. Hubiera derretido el hielo con un solo toque, una palabra, si hubiese tenido la oportunidad.

En lugar de eso, sus dedos se detuvieron a unos centímetros del hielo, bloqueados por la voluntad de otro. Kell luchó contra el agarre de la magia mientras una voz se derramaba desde las sombras detrás del trono.

—*Eso es mío*.

La voz venía de ningún lado. De todos lados. Y sin embargo, estaba contenida. Ya no era una construcción de sombra y magia, sino delimitada por labios y dientes y pulmones.

Ella caminó hasta la luz, el cabello rojo se alzaba en el aire alrededor de su rostro, como atrapado por un viento imaginario.

Ojka.



Kell la había *seguido*.

Había escuchado sus mentiras en el patio del palacio —las palabras mezcladas con duda y furia para formar algo venenoso— y había permitido que lo llevara por una puerta en el mundo a una trampa.

Y cuando vio a Ojka ahora, tembló.



Lila la había *matado*.

La había enfrentado en el pasillo más allá del cual Kell gritaba tras una puerta, y Rhy que agonizaba a un mundo de distancia; no había tenido otra opción más que luchar, había perdido un ojo de vidrio antes de cortar la garganta de la mujer.

Y cuando vio a Ojka ahora, sonrió.



Holland la había hecho.

La había sacado de las calles de Kosik, los callejones que habían moldeado su propio pasado tantos años atrás, y le había dado la oportunidad que Vortalis le había dado a él, la oportunidad de hacer más, de ser más.

Y cuando vio a Ojka ahora, se paralizó.

II

Ojka, la asesina…

Ojka, la mensajera…

Ojka, la *antari*…

… ya no era Ojka.

«Mi rey», le había dicho a Holland tantas veces, pero su voz siempre había sido baja, sensual, y ahora resonaba por la sala y en su cabeza, familiar y extraña, tal como este lugar era familiar y extraño. Holland había enfrentado a Osaron en un eco de este palacio cuando el rey sombra no era nada más que vidrio y humo y la brasa agonizante de la magia.

Y ahora lo volvía a enfrentar, en este nuevo caparazón.

Ojka había tenido ojos amarillos una vez, pero ahora ambos brillaban negros. Tenía una corona apoyada en el cabello, un aro oscuro y sin peso que lanzaba puntas, como estalagmitas, hacia arriba en el aire sobre su cabeza. Su garganta estaba envuelta con cinta negra, su piel luminosa con poder y al mismo tiempo innegablemente muerta. No tomaba aire nunca y sus venas oscuras resaltaban en su piel, reseca, vacía.

Las únicas señales de vida, increíblemente, venían de esos ojos negros —los ojos de *Osaron*— que bailaban con luz y sombras que se arremolinaban.

—*Holland* —dijo el rey sombra, y la furia ardió en él al escuchar que el monstruo formaba la palabra con los labios de Ojka.

—Te maté —reflexionó Lila, agazapada a la izquierda de Holland con los cuchillos listos.

La cara de Ojka se contorsionó entretenida.

—*La magia no muere*.

—Suelta a mi hermano —exigió Kell, dando un paso más adelante que los otros dos *antari*, su voz arrogante incluso ahora.

—¿Por qué debería?

—No tiene poder —dijo Kell—. Nada que puedas usar, nada que puedas *tomar*.

—*Y sin embargo vive* —reflexionó el cadáver—. *Qué curioso. Toda vida tiene hilos. Entonces, ¿dónde están los de él?*

El mentón de Ojka se alzó y el hielo que atravesaba el cuerpo de Rhy se separó como dedos, provocando un grito reprimido del príncipe. El color abandonó el rostro de Kell, que luchó contra un alarido en espejo; el dolor y la resistencia, en guerra en

su garganta. El anillo vibró en los dedos de Holland cuando su poder compartido zumbó entre ellos, tratando de inclinarse hacia Kell en su sufrimiento.

Holland lo mantuvo firme.

Las manos de Ojka, delicadas pero fuertes, se levantaron, palmas arriba.

—*¿Han venido finalmente a rogar, antari? ¿A arrodillarse?* —Aquellos ojos arremolinados se dirigieron hacia Holland—. *¿A dejarme entrar*?

—Nunca más —dijo Holland y era verdad, aunque el legador le pesaba en el bolsillo. Osaron tenía un talento para deslizarse por la mente de uno, de dar vuelta los pensamientos, pero Holland tenía más práctica que la mayoría en ocultar los suyos. Obligó a su mente a alejarse del dispositivo.

—Estamos acá para detenerte —dijo Lila.

Las manos de Ojka se cayeron a los lados.

—*¿Detenerme*? —dijo Osaron—. *No pueden detener el tiempo. No pueden detener el cambio. Y no pueden detenerme a mí. Soy inevitable*.

—Tú —dijo Lila— no eres más que un demonio que se hace pasar por un dios.

—*Y tú* —dijo Osaron, tranquilamente— *morirás despacio*.

—Maté ese cuerpo una vez —contraatacó—, creo que puedo hacerlo de nuevo.

Holland aún estaba mirando fijo el cadáver de Ojka. Los moretones en su piel. La tela que le envolvía con fuerza la garganta. Como si Osaron sintiese el peso de esa mirada, giró su rostro robado hacia Holland.

—¿No te alegra ver a tu caballera?

La ira de Holland nunca había ardido. Estaba forjada fría y filosa, y las palabras fueron una piedra de afilar a lo largo de su borde. Ojka había sido leal, no a Osaron, sino a él. Le había servido. Había confiado en él. Lo había mirado y no había visto a un dios, sino a un rey. Y estaba muerta, como Alox, como Talya, como Vortalis.

—Ella no te dejó entrar.

Una inclinación de la cabeza. Una sonrisa vacía.

—*En la muerte, nadie puede rehusarse*.

Holland sacó una cuchilla, una guadaña, tomada de un cuerpo en la explanada.

—Te sacaré de ese cuerpo —dijo—, incluso aunque tenga que rebanar un trozo por vez.

El fuego se encendió en los cuchillos de Lila.

La sangre caía desde los dedos de Kell.

Se habían ido moviendo lentamente alrededor del rey sombra, rodeándolo, enjaulándolo.

Tal como lo habían planeado.



—Nadie se ofrece —instruyó Kell—. No importa lo que diga o haga Osaron, no importa lo que prometa ni con qué amenace, *nadie* lo deja entrar.

Estaban sentados en la cocina de El Fantasma, el legador entre ellos.

—¿Entonces se supone que tan solo jugamos a tentarlo? —dijo Lila, haciendo girar una daga apoyada en punta contra la mesa de madera.

Holland comenzó a hablar, pero el barco se sacudió repentinamente y tuvo que detenerse, tragar saliva.

—Osaron desea lo que no tiene —dijo cuando la oleada de náuseas pasó—. El objetivo no es *darle* un cuerpo, sino forzarlo a necesitar uno.

—Espléndido —dijo Lila, mordaz—. Así que todo lo que tenemos que hacer es derrotar a una encarnación de la magia lo bastante fuerte como para arruinar mundos.

Kell le lanzó una mirada.

—¿Desde cuándo rehúyes una pelea?

—No estoy rehuyendo —espetó ella—, solo quiero estar segura de que podemos *ganar*.

—Ganamos siendo más fuertes —dijo Kell—. Y con los anillos, quizá lo seamos.

—*Quizá* lo seamos —repitió Lila.

—Cada recipiente puede ser vaciado —dijo Holland, girando el anillo de amarre plateado alrededor de su dedo—. No se puede matar la magia, pero puede ser debilitada, y el poder de Osaron puede ser vasto, pero de ninguna manera es infinito. Cuando lo encontré en el Londres Negro, estaba reducido a una estatua, demasiado débil para mantener una forma movible.

—Hasta que *tú* le diste una —dijo Lila con dientes apretados.

—Exactamente —dijo Holland, ignorando el golpe.

—Osaron se ha estado alimentando de mi ciudad y su gente —agregó Kell—. Pero si el hechizo de Tieren funciona, debería estar quedándose sin fuentes.

Lila quitó su daga de la mesa.

—Lo que significa que debería estar bien listo para una pelea.

Holland asintió.

—Todo lo que tenemos que hacer es darle una. Debilitarlo. Hacer que se desespere.

—Y entonces, ¿qué?

—*Entonces* —dijo Kell— y solo entonces, le damos un portador. —Kell señaló a Holland con la cabeza al decirlo, el legador colgaba del cuello del *antari*.

—¿Y si no te elige? —gruñó—. Es muy lindo y bueno que te ofrezcas, pero si me da a mí la oportunidad, la voy a tomar.

—Lila —comenzó a decir Kell, pero ella lo interrumpió.

—Tú también. No te hagas el que no.

El silencio se posó sobre ellos.

—Tienes razón —dijo finalmente Kell, y para sorpresa de Holland (aunque ya no debería haberlo sorprendido), Lila Bard sonrió. Era una sonrisa rígida y sin humor.

—Es una carrera, entonces —dijo ella—. Que gane el mejor *antari*.



Osaron se movía con una fracción de la elegancia de Ojka, pero el doble de velocidad. Las espadas gemelas brotaron de sus manos en columnas de humo y se volvieron reales, sus superficies brillaban al rebanar el aire donde Lila había estado un momento atrás.

Pero Lila ya volaba, tras impulsarse contra la columna más cercana, mientras Holland llamaba con voluntad una ráfaga de viento, que atravesó el salón con una fuerza deslumbrante, y las astillas de acero de Kell volaron sobre el viento como lluvia pesada.

Las manos de Ojka se levantaron, inmovilizaron el viento y el acero que iba dentro, mientras Lila caía en picada sobre el cadáver y tallaba un camino hacia abajo por la espalda.

Pero Osaron era demasiado rápido y el cuchillo de Lila apenas raspó el hombro de su portadora. De la herida salió una sombra, como vapor, que cosió la piel muerta para unirla.

—*No fue lo bastante rápido, antari* —dijo, dándole un golpe de revés en la cara.

Lila cayó de costado, el cuchillo se escapó de su agarre incluso cuando rodó para quedar agazapada en posición de ataque. Hizo un movimiento rápido con los dedos y la cuchilla caída silbó en el aire para ir a enterrarse en la pierna de Ojka.

Osaron gruñó cuando más humo se derramó desde la herida, y Lila mostró una sonrisa fría.

—Eso lo aprendí de ella —dijo, y una nueva cuchilla apareció en sus dedos—, justo antes de rebanarle la garganta.

La boca de Ojka era un rugido.

—*Te haré…*

Pero Holland ya se estaba moviendo, sobre su guadaña bailaba electricidad al rebanar el aire. Osaron giró y bloqueó el golpe con una espada y llevó la otra hacia el pecho de Holland. Este rotó para eludirlo, la cuchilla le raspó las costillas, mientras Kell atacaba por el otro lado con hielo enroscado alrededor del puño.

El hielo se hizo añicos contra la mejilla de Ojka y rebanó hasta el hueso. Antes de que la herida pudiera sanar, Lila estaba ahí, su filo resplandecía rojo con el calor.

Se movían como piezas de la misma arma. Bailaban como los cuchillos de Ojka —tiempo atrás cuando *ella* los había blandido—, cada tira y afloja transmitido por el vínculo entre ellos. Cuando Lila se movía, Holland percibía su recorrido. Cuando Holland amagaba, Kell sabía dónde atacar.

Eran borrones de movimiento, esquirlas de luz que bailaban alrededor de una espiral de oscuridad.

Y estaban ganando.

III

Lila se estaba quedando sin cuchillos.

Osaron había transformado tres de ellos en cenizas, dos en arena y el sexto —el que le había ganado a Lenos— se había esfumado por completo. Solo le quedaba uno —el cuchillo que había birlado de la tienda de Fletcher en su primer día en el Londres Rojo— y no le entusiasmaba perderlo.

Le caía sangre en el ojo bueno, pero no le importaba. Salía humo del cuerpo de Ojka en decenas de lugares mientras Kell y Holland y el demonio chocaban. Habían dejado su marca.

Pero no era suficiente.

Osaron aún estaba de pie.

Lila se pasó un dedo por la mejilla ensangrentada y se arrodilló para presionar la mano contra la piedra, pero cuando intentó llamarla, esta se resistió. La superficie vibró con magia, pero sonó hueca.

Porque, claro, no era *real*.

Una cosa de fantasía, muerta por dentro, tal como…

El piso comenzó a ablandarse y ella dio un salto atrás el instante previo a que se volviera brea. Otra de las trampas de Osaron.

Estaba harta de jugar con las reglas del rey sombra.

Rodeada por un palacio que solo él podía controlar a voluntad.

La mirada de Lila barrió la sala y luego subió, más allá de las paredes, al lugar donde el cielo brillaba. Se le ocurrió una idea.

Lila se estiró con toda su fuerza —y parte de la de Holland, parte de la de Kell— y *tiró*, no del aire, sino del Isle.

«No puedes ejercer tu voluntad sobre el océano», le había dicho Alucard una vez.

Pero nunca dijo nada sobre un río.



La sangre se deslizó por la garganta de Lila mientras ella se presionaba el pañuelo contra la nariz.

Alucard estaba sentado frente a ella, con el mentón en una mano.

—Honestamente no estoy seguro de cómo has vivido tanto tiempo.

Lila se encogió de hombros, la voz apagada por la tela.

—Soy difícil de matar.

El capitán se puso de pie.

—Terca no es lo mismo que infalible —dijo mientras se servía un trago—, te he dicho tres veces que no puedes mover el maldito océano, sin importar con cuánta fuerza lo intentes.

—Quizá *tú* no estés tratando con *suficiente* fuerza —murmuró ella.

Alucard negó con la cabeza.

—Todo tiene una escala, Bard. No puedes ejercer tu voluntad sobre el cielo, no puedes mover el mar, no puedes correr un continente entero bajo tus pies. Las corrientes de viento, los cuencos de agua, las porciones de tierra, esa es la amplitud del alcance de un mago. Esa es la circunferencia de su poder.

Y entonces, sin advertencia alguna, le lanzó la botella de vino a la cabeza.

Ella fue lo suficientemente rápida para atraparla, pero por lo justo, dejando caer la tela de su nariz sangrienta.

—¿Qué demonios, Emery? —estalló ella.

—¿Puedes cerrar la mano alrededor de la botella?

Ella miró el recipiente, envolvió el vidrio con los dedos, las yemas a un suspiro de tocarse.

—Tu mano es tu mano —dijo Alucard con simpleza—. Tiene límites. También los tiene tu poder. Puede sostener cierta medida y sin importar cuánto intentes estirar los dedos alrededor de ese vidrio, nunca se tocarán.

Ella se encogió de hombros, hizo girar la botella en su mano y la estrelló contra la mesa.

—¿Y ahora? —dijo.

Alucard Emery gruñó. Se pellizcó el caballete de la nariz como hacía cuando ella se comportaba particularmente enfurecedora. A ella se le había dado por contar el número de veces al día que podía provocar que lo hiciera.

Su récord actual era siete.

Lila se sentó hacia adelante en su silla. La nariz le había dejado de sangrar aunque aún podía sentir el gusto a cobre en la lengua. Llamó los pedazos de vidrio roto con la voluntad para que se elevaran en el aire entre ellos, donde formaron una nube con la forma vaga de una botella.

—Eres un mago brillante —dijo—, pero hay algo que no entiendes.

Él se desplomó de nuevo en su asiento.

—¿Qué?

Lila sonrió.

—El truco para ganar una pelea no es la fuerza, sino la estrategia.

Alucard levantó las cejas.

—¿Quién dijo algo sobre peleas?

Ella lo ignoró.

—Y *estrategia* es solo una palabra sofisticada para un tipo especial de sentido común, la habilidad de ver opciones, de hacerlas cuando no hay ninguna. No se trata de saber las reglas.

Dejó caer la mano y la botella volvió a desarmarse en una lluvia de vidrio.

—Se trata de saber cómo romperlas.

IV

No era suficiente, pensó Holland.

Por cada golpe que daban, Osaron eludía tres, y por cada uno que ellos esquivaban, Osaron daba tres en retribución. La sangre comenzaba a manchar el piso.

Se derramaba por la mejilla de Kell. Goteaba desde los dedos de Lila. Embadurnaba tela en el torso de Holland.

La cabeza le daba vueltas mientras los otros dos *antari* recurrían a su poder.

Kell estaba ocupado invocando una fuerza de viento, mientras Lila se había quedado muy quieta y tenía la cabeza inclinada hacia atrás para apuntar al lugar donde los huesos del techo se encontraban con el cielo.

Osaron vio la oportunidad y se movió hacia ella, pero el viento de Kell azotó por el salón del trono, atrapando al rey sombra dentro de un túnel de aire.

—Tenemos que hacer algo —gritó por sobre el viento cuando Osaron acuchilló la columna. Holland sabía que esta no resistiría y, como era de esperar, momentos después el ciclón se destruyó, lanzando hacia atrás con el estallido a Kell y Holland. Lila trastabilló, pero se mantuvo de pie, un chorro rojo le caía de la nariz mientras se elevaba la presión en el palacio y la oscuridad ennegrecía las ventanas a cada lado.

Kell recién conseguía ponerse de pie cuando Osaron arremetió contra ella otra vez, demasiado rápido para que Kell pudiera alcanzarlo. Holland se tocó el tajo en las costillas.

—*As Narahi* —dijo, las palabras tronaron a través de él.

Acelerar.

Era una pieza de magia difícil en las mejores circunstancias y en estas era extenuante, pero valía la pena porque el mundo alrededor de él se *lentificó*.

A su derecha, Lila aún miraba hacia arriba. A su izquierda, Kell estaba separando las manos contra la enorme fuerza del tiempo, una chispa de fuego en cámara lenta entre sus palmas. Solo Osaron aún se movía con algo parecido a la velocidad, sus ojos negros se movieron hacia él mientras Holland blandía la guadaña y arremetía.

Chocaron entre sí, se apartaron, volvieron a chocar.

—*Haré que te doblegues*.

Arma contra arma.

—*Te quebraré*.

Voluntad contra voluntad.

—*Eras mío, Holland*.

Su espalda golpeó contra una columna.

—*Y serás mío otra vez*.

La cuchilla le arañó el brazo.

—*Una vez que te escuche rogar*.

—Nunca —gruñó Holland, dando un guadañazo. Debería haber encontrado las espadas de Osaron, pero en el último instante, las armas desaparecieron y este atrapó la cuchilla de Holland con las manos desnudas de Ojka y dejó que el acero las cortara profundo. Sangre (muerta, negra, pero aún *antari*) manchó el filo, y la cara robada de Osaron se extendió en una sonrisa triunfal, nefasta.

—*As Ste*…

Holland lanzó un grito sordo y soltó la guadaña antes de que saliera el hechizo.

Fue un error. El arma se convirtió en ceniza en el agarre de Osaron y antes de que Holland pudiera esquivarlo, el demonio le envolvió la cara con una mano sangrienta y lo sujetó contra el pilar.

Arriba, una sombra estaba tapando el cielo. La mano de Holland se cerró alrededor de las muñecas de Osaron, intentando aflojar el agarre a la fuerza, y por un instante los dos se trabaron en un abrazo extraño, hasta que el rey sombra se inclinó hacia adelante y susurró a su oído.

—*As Osaro*.

Oscurecer.

Las palabras hicieron eco en su cabeza y se convirtieron en sombra, se convirtieron en noche, se convirtieron en un manto negro que se ciñó sobre la vista de Holland, bloqueando a Osaron y el palacio y la ola de agua que crecía arriba, y sumergieron el mundo de Holland bajo negro.



A Lila le goteaba sangre de la nariz cuando la ola de agua negra se encrespó sobre el palacio…

Demasiado grande…

Verdaderamente demasiado grande…

Y luego *cayó*.

Lila soltó el río, la cabeza le daba vueltas cuando este se vino abajo contra el salón del palacio. Lanzó las manos hacia arriba para bloquear el peso aplastante, pero su magia era lenta —demasiado lenta— como secuela del conjuro.

La columna protegió a Holland de lo peor del golpe, pero el agua tiró el cuerpo de Ojka contra el piso con un crujido audible. Lila se zambulló en busca de refugio, pero no encontró ninguno y solo los reflejos rápidos de Kell los salvaron de ese mismo destino. Sintió que su poder disminuía al tirar Kell de él para acercarlo al suyo y

arrojarlo sobre la cabeza de Lila en forma de escudo. El río cayó como lluvia pesada y se derramó como en cortinas alrededor de ella.

A través del velo, vio que el cuerpo de Ojka se retorcía y flexionaba, las piezas rotas ya se unían entretejidas al forzar Osaron a su marioneta a levantarse.

Cerca de ahí, Holland estaba en cuatro patas, los dedos abiertos sobre el piso inundado como buscando algo que se le había caído.

—¡Levántate! —gritó Lila, pero cuando la cabeza de Holland giró hacia ella, ella se echó hacia atrás. Los ojos del mago estaban mal. No negros, sino obturados, ciegos.

No había tiempo.

Osaron estaba de pie y Holland no, y ella y Kell corrían ambos hacia adelante, sus botas salpicaban en el agua poco profunda que se aceleraba alrededor de ellos para transformarse en armas.

Una espada se derramó de la nada a la mano de Osaron mientras Holland forcejeaba sin ojos. Sus dedos envolvieron el tobillo del rey sombra, pero antes de que pudiera lanzar un hechizo, una patada feroz lo mandó patinando hacia atrás por el piso inundado.

Kell y Lila corrían, pero eran demasiado lentos.

Holland estaba de rodillas frente al rey sombra con la espada alzada.

—*Te dije que te haría arrodillar*.

Osaron bajó la espada y Kell desaceleró el arma con una nube de escarcha mientras Lila se zambullía en busca de Holland y lo empujaba fuera del camino el instante previo a que el metal golpeara piedra.

Lila se dio vuelta, lanzando agua como astillas de hielo que silbaron en el aire. Osaron alzó una mano, pero no fue lo suficientemente rápido, lo bastante *fuerte*, y varias esquirlas de hielo encontraron carne antes de que él pudiera correrlas con la voluntad.

No había tiempo para disfrutar de la victoria.

Con un simple barrer de la mano, cada gota de agua de río que ella había llamado se unió y arremolinó en una columna para convertirse en piedra oscura. Tan solo otro pilar en su palacio.

Osaron apuntó a Lila.

—*Tú vas…*

Ella saltó hacia él y quedó en *shock* cuando el piso que ahora estaba seco salpicó bajo sus pies. La piedra se convirtió en charco alrededor de sus tobillos, un momento líquida y al siguiente otra vez sólida, y la fijó al piso como había hecho con Kisimyr en la azotea del palacio.

«No».

Estaba atrapada y tenía su último cuchillo en la mano y en la otra comenzaba arder el fuego mientras ella se preparaba para un ataque que nunca vino.

Porque Osaron se había dado vuelta.

E iba en busca de *Kell*.



Kell solo tenía un momento robado mientras Lila luchaba con Osaron, pero corrió a toda velocidad hacia la prisión de hielo.

«Resiste, Rhy», suplicó, dando una estocada a la jaula congelada, solo para ser repelido por la voluntad del rey sombra.

Intentó otra vez y otra vez, un sollozo de frustración le rasgaba la garganta.

«Detente».

No supo si había escuchado la voz de su hermano o la había sentido al intentar alcanzarlo. La cabeza de su hermano estaba inclinada hacia abajo, la sangre le caía sobre los ojos ámbar y los volvía dorados.

«*Kell…*»

—¡Kell! —gritó Lila, y él levantó la vista y vio el reflejo de Ojka en la columna de hielo, que se disparaba hacia él.

Kell giró, levantando el agua manchada de rojo a sus pies en forma de lanza, y alzó el arma un instante antes de que el rey atacara.

Las cuchillas gemelas de Osaron bajaron con fuerza e hicieron añicos la lanza en manos de Kell antes de trabarse en las paredes de la prisión de Rhy. El hielo se agrietó pero no se rompió. Y en ese momento, con las armas de Osaron atrapadas y su cascarón robado entre el ataque y la retirada, Kell insertó la astilla de hielo roto en el pecho de Ojka.

El rey sombra bajó la mirada a la herida, como entretenido por el débil ataque, pero la mano de Kell era un desastre por agarrar la lanza rota, embadurnada de sangre y hielo por igual, y cuando él habló, el hechizo resonó en el aire.

—*As Steno*.

Romper.

La magia desgarró el cuerpo de Ojka, en guerra con la voluntad de Osaron, los huesos se rompían y sanaban, se destruían y cuajaban, una marioneta que era desarmada con un aliento y remendada al siguiente. Luchando por mantener su forma —y perdiendo—, el caparazón robado del rey sombra comenzó a verse grotesco, con piezas que se despegaban, toda la cosa unida por magia más que por tendones y nervios.

—Ese cuerpo no resistirá —gruñó Kell cuando manos quebradas lo empujaron contra la jaula de su hermano.

Osaron mostró una sonrisa ruinosa.

—*Tienes razón* —dijo mientras una punta de hielo atravesaba la espalda de Kell.

V

Alguien gritó.

Una sola nota agonizante.

Pero no fue Kell.

Él *quería* gritar, pero la mano arruinada de Ojka le envolvía la mandíbula, cerrándole la boca a la fuerza. El filo helado lo había penetrado sobre la cadera y había salido por el costado, la punta cubierta con sangre rojo intenso.

Más allá de Osaron, Lila estaba intentando liberarse y Holland estaba en cuatro patas buscando algo perdido en el piso.

Un gemido escapó de la garganta de Kell cuando el rey sombra pinchó el desgarró en su costado.

—*Esta no es una herida mortal* —dijo Osaron—. *Aún no*.

Sintió que la voz del monstruo se escabullía por su mente, sopesándolo.

—*Déjame entrar* —susurró.

«No», pensó Kell visceral, violentamente.

Esa oscuridad —la misma oscuridad que lo había atrapado cuando cayó en el Londres Blanco tan recientemente— le envolvió el cuerpo herido, cálida, suave, agradable.

—*Déjame entrar*.

«No».

La columna de hielo ardía gélida contra su columna.

«Rhy».

Osaron hizo eco en su mente. Dijo: «*Puedo ser misericordioso*».

Kell sintió que las astillas de hielo se deslizaban para salir no de su propio cuerpo, sino del de su hermano, el dolor retrocedía miembro por miembro. Escuchó un suspiro breve, el sonido suave y húmedo de Rhy colapsando al suelo ensangrentado y el alivio brotó a través de él a pesar de que el frío se arraigó otra vez, creció, floreció.

—*Déjame entrar*.

En una esquina de la vista de Kell, algo destelló en el piso. Una pieza de metal cerca de la mano con la que Holland buscaba a tientas.

El legador.

La mente de Kell se escurría con el dolor cuando él lo llamó hacia sí, pero cuando el cilindro se alzó en el aire, su poder falló, repentina, completamente. Como cercenado, robado.

Birlado por una ladrona.



Lila no se podía mover.

El piso le agarraba las piernas en un abrazo de piedra, sus huesos amenazaban con quebrarse con cada movimiento. Del otro lado de la sala, Kell estaba atrapado y sangraba, y ella no podía llegar hasta él, no con las manos, no podía forzar a Osaron a apartarse. Pero ella podía atraerlo hacia ella. Tiró del vínculo entre ellos, robando la magia de Kell y, con esta, la atención de Osaron. El poder estalló como luz ante los ojos de Lila y el demonio giró hacia ella, una mosca atraída por la llama.

«Mírame», quería decir cuando Osaron abandonó a Kell. «Ven a mí».

Pero en cuanto esos ojos negros la apuntaron, ella hubiera dado lo que fuera por soltarse. Por ser libre.

Kell estaba horriblemente pálido, los dedos se resbalaban sobre la cuchilla de hielo que le atravesaba el costado. Holland se agarró a una columna y luchó para ponerse de pie. El legador estaba apoyado en el piso cerca, pero antes de que Lila pudiera llamarlo, Osaron estaba ahí, con una mano deforme enredada en su pelo y un filo contra su garganta.

—*Suelta* —susurró el monstruo, y ella no supo si se refería al cuchillo o a su voluntad. Pero al menos tenía su atención ahora. Dejó que el arma cayera ruidosamente al piso.

Él la forzó a mover su rostro al de él, su mirada hacia la de él, sintió que se deslizaba por su mente, sondeaba pensamiento, recuerdos.

—*Tanto potencial*.

Ella intentó apartarse, pero estaba agarrada, el piso le sujetaba los tobillos y Osaron la cabeza, y el filo aún en su garganta.

—*Soy lo que viste en el espejo en Sasenroche* —dijo el rey sombra—. *Soy lo que sueñas ser. Puedo hacerte imparable. Puedo dejarte libre*.

Del otro lado del salón del trono, Kell finalmente había reunido la fuerza para liberarse. El hielo se hizo añicos y él colapsó en el piso. Osaron no se dio vuelta. Su atención estaba en ella, con ojos que bailaban hambrientos bajo la luz de su poder.

—Libre —dijo ella con suavidad, como sopesando la palabra.

—*Sí* —susurró el rey sombra.

En el negro de los ojos de Osaron, ella vio esa versión de sí misma.

Invencible.

Inquebrantable.

—*Déjame entrar, Delilah Bard*.

Era tentador, incluso ahora. Su mano se había movido lentamente hacia arriba hasta el brazo de Ojka. El abrazo de una bailarina. Los dedos sangrientos se clavaron en la carne arruinada.

Lila sonrió.

—*As Illumae*.

Osaron se retorció hacia atrás, pero era demasiado tarde.

El cuerpo de Ojka comenzó a arder.

La cuchilla rebanó ciegamente hacia la garganta de Lila, pero ella la esquivó y luego ya había desaparecido, había caído de la mano de Ojka mientras el cadáver ardía en llamas.

Del cuerpo que se retorcía salió humo, primero lo acre de la carne que se quemaba y luego la bruma oscura del poder de Osaron, que finalmente era forzado a escapar de su caparazón.

El palacio tembló con la repentina pérdida de su poder, de su control. El piso se aflojó alrededor de las botas de Lila, que tropezó hacia adelante, mientras Osaron luchaba por encontrar una forma.

Las sombras se arremolinaron, se desmoronaron, volvieron a arremolinarse.

El Osaron que cobró forma era un fantasma de sí mismo.

Una fachada frágil, transparente y chata. Sus bordes se diluían y borroneaban y, a través de su centro espectral, ella pudo ver a Kell sujetando la herida a lo largo de su pecho. A Rhy luchando por levantarse.

Era ahora.

Su oportunidad.

La oportunidad de todos.

Flexionó los dedos, estirándose hacia el legador. Este tembló en el suelo y se alzó hacia ella.

Y luego cayó, regresó al piso cuando la fuerza de Lila desapareció. Fue como ser tragada por una ola en reversa. Todo el poder estaba desbordándose repentina, violentamente hacia afuera. Lila lanzó un grito silencioso mientras el mundo se inclinaba debajo de ella, sus piernas cedieron, se le oscureció la vista.

La magia era una cosa tan nueva que su ausencia no debería haber dolido tanto, pero Lila se sentía destripada cuando la última gota de su poder fue arrancada. Buscó a Kell, segura de que él le había robado la fuerza, pero Kell seguía en el piso, aún sangraba.

El rey sombra se ceñía sobre ella, con las manos abiertas, y el aire comenzó a retorcerse alrededor de la garganta de Lila y se ciñó hasta que ella no pudo hablar, no pudo respirar.

Y ahí, detrás de él, en un halo de luz plateada, se erguía Holland.



Holland no podía ver.

La oscuridad estaba en todos lados, bramando como una tormenta alrededor de él, tragándose el mundo. Pero podía oír. Así que escuchó que Kell era apuñalado, escuchó que Ojka ardía, escuchó el legador cuando Lila lo llamó desde el piso y supo que era su chance. Y cuando recurrió al anillo de amarre y tiró de la magia de los otros dos *antari* hacia él, encontró una especie de visión. El mundo cobró forma no en luz y sombra, sino en lazos de poder.

Las hebras resplandecían, fluían alrededor y a través de las formas arrodilladas de Lila y Kell y Rhy, todo dibujado en luz plateada.

Y ahí, frente a él, la ausencia.

Un hombre en forma de vacío.

Un vacío con forma de hombre.

Ya no más una marioneta. Solo una pieza de magia corrupta, lisa y negra y vacía.

Y cuando el rey sombra habló, fue solo con su propia voz, líquida, susurrante.

—*Conozco tu mente, Holland* —dijo la oscuridad—. *Viví dentro de ella*.

El rey sombra se fue hacia él y Holland dio un solo y último paso hacia atrás, sus hombros encontraron la columna mientras sus dedos apretaron el cilindro metálico.

Podía sentir el hambre de Osaron.

Su necesidad.

—¿Quieres ver tu mundo? ¿Cómo se viene abajo sin ti en él?

Una mano fría, no de carne y hueso sino sombra y hielo, fue a posarse sobre el corazón de Holland.

«Estoy cansado», pensó, sabiendo que Osaron escucharía. «Cansado de pelear. De perder. Pero nunca te dejaré entrar».

Escuchó que la oscuridad sonreía, enfermiza y triunfal.

—¿*Lo has olvidado*? —susurró el rey sombra—. *Tú nunca me expulsaste*.

Holland exhaló. Un suspiro tembloroso.

Para Osaron, pudo haber sonado como miedo.

Para Holland, simplemente fue alivio.

«Termina», pensó mientras la oscuridad lo envolvía y se sumergía en él.

VI

Lila estaba de rodillas cuando ocurrió.

Osaron regresó a Holland, como vapor volviendo a la tetera, y su cuerpo se puso rígido. Se le arqueó la espalda. La boca abierta en un grito silencioso y por un momento horrible, Lila pensó que era demasiado tarde, pensó que él había sido demasiado lento, no había tenido tiempo o la fuerza o la voluntad de resistir…

Y entonces Holland estrelló la punta del legador en la palma de su mano y dijo una palabra entre dientes cerrados.

—*Rosin*.

Dar.

Un instante después, el palacio sombra explotó a la luz.

Lila inhaló con fuerza cuando algo comenzó a desgarrarse dentro de ella y recordó el anillo de amarre. Cerró la mano en un puño y destruyó el anillo contra el piso de piedra, cortando la conexión antes de que el legador pudiera llevársela también a ella.

Pero Kell no fue lo suficientemente rápido.

Un grito escapó de su garganta y Lila se levantó de prisa y fue tropezando hacia él, que se enroscaba y agarraba el anillo con dedos resbalosos con sangre.

Rhy llegó a él primero.

El príncipe temblaba, su cuerpo resbalaba entre la vida y la muerte, entero y deshecho y entero otra vez, mientras se arrodillaba sobre Kell y envolvía con dedos fantasmales la mano de su hermano. El anillo se liberó. Patinó sobre el suelo, rebotó una vez antes de disolverse en humo.

Kell se desplomó contra Rhy, pálido y quieto, y Lila cayó de rodillas al lado de ellos, manchó de sangre la mejilla de Kell al sentir su rostro, pasó una mano por su pelo, el cobre separado por una línea plateada.

Estaba vivo, tenía que estar vivo, porque Rhy aún estaba ahí, inclinado sobre él, con ojos vacíos y llenos a la vez, estaba empapado en sangre pero respiraba.

En el centro de la habitación, Holland era una esfera de luz, un millón de hilos plateados entrelazados con negro, todo visible, todo se desenredaba en el aire alrededor de él en un silencio que no era silencio en absoluto, sino que sonaba en los oídos de Lila.

Y entonces, de repente, la luz desapareció.

Y el cuerpo de Holland se dobló hacia el piso.

VII

Kell abrió los ojos y vio que el mundo se venía abajo.

No, no el mundo.

El palacio.

Se desmoronaba, no como un edificio de acero y piedra, sino como brasas ardientes, elevándose en vez de derrumbarse. Esa fue la manera en que cayó el palacio sombra. Simplemente se desarmó, lo imaginado se disolvió dejando atrás solo lo real, parte por parte, piedra por piedra, hasta que él quedó recostado sobre el piso no de un palacio, sino de los restos arruinados del estadio central, los asientos vacíos, los banderines azules y plateados aún ondeando en la brisa.

Kell intentó sentarse e inhaló con fuerza, al recordarle el dolor, que había sido apuñalado.

—Con calma —dijo Rhy con una mueca dolorida. Su hermano estaba arrodillado a su lado, cubierto de sangre, con la ropa desgarrada en una docena de lugares donde el hielo lo había atravesado. Pero estaba vivo, la piel debajo de la tela ya sanaba, aunque la sombra del dolor permanecía en sus ojos.

Las palabras de Holland regresaron a Kell.

«Has cortado hilos de tu magia y has hecho una marioneta».

Holland. Se puso de pie lentamente, con esfuerzo, y encontró a Lila agachada sobre el otro *antari*.

Holland yacía de costado, acurrucado como si simplemente se hubiera ido a dormir. Pero la única vez que Kell lo había visto dormir, todo en él había estado tenso, retorcido por las pesadillas, y ahora sus rasgos estaban calmos, su dormir sin sueños.

Solo tres cosas rompían la imagen de paz.

Su cabello carbón, que se había vuelto de un blanco impactante.

Sus manos, que aún agarraban el legador, cuya punta estaba clavada en su palma.

Y el dispositivo mismo, que había adquirido una oscuridad escalofriante pero familiar. Una ausencia de luz. Un vacío en el mundo.

Holland lo había hecho.

Había atrapado al rey sombra.

VIII

En los mitos, el héroe sobrevive.

El mal es derrotado.

El mundo se enmienda.

A veces hay celebraciones y a veces hay funerales.

Los muertos son enterrados. Los vivos siguen adelante.

Nada cambia.

Todo cambia.

Esto es un mito.

Esto no es un mito.

La gente de Londres aún yacía en las calles, envuelta con firmeza en el manto de sueño. Si se hubieran despertado en ese mismo momento, habrían visto el estallido de luz dentro del palacio espectral, como una estrella agonizante, que disipó las sombras.

Habrían visto cómo la ilusión se derrumbaba, el palacio volviendo a los esqueletos de los tres estadios, los banderines aún ondeando en el aire.

Si se hubieran puesto de pie, habrían visto la oscuridad aceitosa del río resquebrajarse como hielo, dando paso al rojo, la niebla disipándose como hace por la mañana antes de que el mercado abra.

Si hubieran mirado por suficiente tiempo, habrían visto las figuras eligiendo el camino fuera de los escombros; el príncipe (ahora su rey) tambaleándose al bajar el puente que se desarmaba, con un brazo alrededor de su hermano, y quizá se habrían preguntado quién se apoyaba en quién.

Habrían visto a la muchacha parada donde habían estado las puertas del palacio, no la entrada colapsada del estadio. Habrían visto cómo ella se cruzaba de brazos contra el frío y esperaba que los guardias reales vinieran. Habrían visto cómo estos llevaban el cuerpo, con el cabello del mismo blanco que la estrella muerta.

Pero la gente en la calle no despertó. Aún no.

No vieron lo que había sucedido.

Y entonces nunca lo supieron.

Y nadie de los que habían estado dentro del palacio sombra —que ya no era un palacio, sino los huesos de algo muerto, algo arruinado, algo roto— dijo nada de esa noche, salvo que había terminado.

Un mito sin voz es un diente de león sin un soplido.

No hay forma de esparcir las semillas.

Quince

Anoshe

I

Al rey de Inglaterra no le gustaba que lo dejaran esperando.

Una copa de vino le colgaba de los dedos, el líquido se movía precariamente mientras él caminaba de un lado a otro de la habitación y evitaba que se derramara solo con sus constantes sorbos. George IV había abandonado la fiesta —una fiesta en *su* honor (como la mayoría a las que se molestaba en ir)— para llegar a esta reunión mensual.

Y Kell llegaba tarde.

Había llegado tarde antes —el arreglo, después de todo, había sido con el padre de George y cuando al anciano le había fallado la salud, Kell había comenzado a llegar deliberadamente tarde para irritarlo a él, George estaba seguro—, pero el mensajero nunca había llegado *tan* tarde.

El arreglo era claro.

El intercambio de cartas estaba pautado para el quince de cada mes.

A las seis de la tarde y no más tarde de la siete.

Pero cuando el reloj de pared anunció las *nueve*, George se vio obligado a volver a llenar su propia copa, porque había despachado a todos los demás. Todo para complacer a su huésped. Un huésped que ahora estaba ausente.

Una carta resaltaba en la mesa. No solo una misiva —el tiempo de la correspondencia inútil había pasado—, sino un conjunto de exigencias. Instrucciones, en realidad. Un artefacto mágico por mes a cambio de la mejor tecnología de Londres. Era más que justo. Las semillas de la magia a cambio de las semillas de la fuerza. Poder a cambio de poder.

El reloj sonó otra vez.

Nueve y media.

El rey se dejó caer en el sofá, los botones tirantes contra su figura para nada despreciable. Su padre había estado bajo tierra solo seis semanas y Kell ya estaba demostrando ser un problema. Iba a tener que corregir su relación. Redefinir las reglas. No era un anciano tonto y no iba a soportar el temperamento del mensajero, tuviera este magia o no.

—Henry —llamó George.

No gritó el nombre —los reyes no necesitaban levantar la voz para ser escuchados —, pero un momento después la puerta se abrió y un hombre se acercó.

—Su Majestad —dijo con una reverencia.

Henry Tavish era unos centímetros más alto que el propio George —un detalle que irritaba al rey—, tenía un bigote tupido y negro, el cabello recortado. Un hombre atractivo con el poco atractivo trabajo de conducir los negocios que la corona no quería —no podía— hacer por sí misma.

—Está llegando tarde —dijo el rey.

Henry sabía el nombre del visitante y su puesto.

George había sido cuidadoso, obviamente, no había ido difundiendo la información de este otro Londres, por mucho que le hubiera gustado. Sabía qué pasaría si lo revelaba antes de tiempo. Algunos podrían estar de acuerdo con él, pero habría un hilo de escepticismo venenoso.

—Semejantes historias —dirían—. Quizá la locura sea un mal familiar.

Los revolucionarios eran fácilmente tomados por dementes.

Y George no quería eso. No, cuando desvelara la existencia de la magia a este mundo —*si* la revelaba—, no sería un susurro, un rumor, sino una amenaza demostrable, innegable.

Pero Henry Tavish era diferente.

Era esencial.

Era un *escocés* y todo buen inglés sabía que los escoceses tenían pocos escrúpulos para ensuciarse las manos.

—No hay señales de él todavía —dijo el hombre, con su modo hosco pero cantarín.

—¿Te has fijado en Tiro de Piedra?

El rey George no era tonto. Había hecho seguir al «embajador» extranjero desde antes de ser coronado, había tenido una buena cantidad de hombres que le habían reportado que perdían de vista al extraño hombre con el extraño abrigo, que simplemente había desaparecido —«Disculpas, Su Majestad, lo lamento tanto, Su Majestad»—, pero Kell nunca dejaba Londres sin visitar Tiro de Piedra.

—Ahora se llama Cinco Puntas, señor —dijo Henry—. Lo atiende un hombre bastante nervioso llamado Tuttle, tras la muerte de su antiguo dueño. Una cosa desagradable, según las autoridades, pero…

—No necesito una lección de historia —interrumpió el rey—, solo una respuesta honesta. ¿Te has fijado en la taberna?

—Sí —dijo Henry—. Pasé, pero el lugar estaba cerrado. Algo raro, ya que podía escuchar que había alguien ahí dentro, a las corridas, y cuando le pedí a Tuttle que abriera, dijo que no podía. No que no abriría, sino que no podía. Me resultó sospechoso. O estás o no estás, y sonaba más agitado de lo normal, como que algo lo había asustado.

—Crees que estaba escondiendo algo.

—Creo que se estaba *escondiendo* —corrigió Henry—. Es sabido que ese bar atiende a ocultistas y Tuttle es un mago autoproclamado. Siempre pensé que era un engaño, incluso cuando usted me contó sobre este Kell (una vez entré, no había nada

salvo algunas cortinas y bolas de cristal), pero quizá haya una razón por la que su viajero frecuentaba ese lugar. Si está tramando algo, quizá este Tuttle sepa qué. Y si su viajero tiene en mente dejarlo plantado, bueno, quizá aparezca por ahí.

—La insolencia de esto —murmuró George. Apoyó la copa en la mesa, se puso de pie y arrebató la carta de la mesa.



Se estaba poniendo peor.

Mucho peor.

Ned había intentado con hechizos de disipación en tres idiomas distintos, uno de los cuales ni siquiera *hablaba*. Había quemado toda la salvia que había almacenado y luego la mitad de otras hierbas que guardaba en la cocina, pero la voz se estaba volviendo cada vez más fuerte. Ahora su respiración se nublaba sin importar cuánto atizara el fuego en el hogar, y ese punto negro en el piso había crecido primero al tamaño de un libro, luego al de una silla, y ahora era más grande que la mesa que con prisa había empujado contra las puertas.

No tenía opción.

Tenía que invocar al maestro Kell.

Ned nunca había invocado a nadie con éxito, a menos que contara su tía abuela cuando él tenía catorce años, y aún no estaba del todo seguro de que fuera ella, ya que la tetera había estado demasiado llena y el gato se asustaba rápido. Pero eran tiempos desesperados.

Existía, obviamente, el problema de que Kell estaba en otro mundo. Pero por otro lado, también lo estaba esta criatura, al parecer, y *esta* lo estaba alcanzando en este, así que quizá Ned pudiera susurrar al otro lado. Quizá las paredes eran más finas aquí. Quizá había una corriente de aire.

Ned encendió cinco velas alrededor del juego de elementos y la moneda que Kell le había regalado en su última visita, un altar improvisado en el centro de la mesa más propicia de la taberna. El humo pálido, que se extendía a pesar de la falta de salvia, parecía curvarse alrededor de la ofrenda, lo que Ned tomó como una muy buena señal.

—Muy bien —dijo a nadie y a Kell y a la oscuridad entre medio. Se sentó, apoyó los codos en la mesa y puso las palmas hacia arriba, como esperando que alguien se estirara y le tomara las manos.

—*Déjenme entrar* —susurró la voz omnipresente.

—Invoco a Kell… —Ned hizo una pausa, al darse cuenta de que no sabía el nombre completo del mago y comenzó otra vez—. Invoco al viajero conocido como Kell, del Londres lejano.

—*Venérenme*.

—Invoco una luz contra la oscuridad.

—*Soy su nuevo rey*.

—Invoco a un amigo contra un enemigo que no conozco.

Surgió un escalofrío que dejó la piel erizada en el brazo de Ned —otra buena señal, al menos eso esperaba—. Continuó.

—Invoco al extraño con muchas capas.

—*Déjenme entrar*.

—Invoco a hombre con la eternidad en un ojo y la magia en la sangre.

Las velas temblaron.

—Invoco a *Kell*.

Ned cerró las manos en puños y las llamas temblorosas se apagaron.

Contuvo la respiración cuando cinco tentáculos de delgado humo blanco se extendieron en el aire formando cinco rostros con cinco bocas en bostezo.

—¿Kell? —se atrevió a preguntar con la voz temblorosa.

Nada.

Ned se dejó caer en su silla.

Cualquier otra noche, se hubiera sentido extasiado por haber apagado las velas, pero no era suficiente.

El viajero no había venido.

Ned se estiró y tomó la moneda extranjera con la estrella en el centro y el olor a rosas que aún emanaba. La dio vuelta con los dedos.

—Vaya mago —murmuró para sí.

Detrás de la puerta trabada, escuchó las pisadas fuertes de un carruaje y cuatro caballos que se detenían y, un momento después, un puño golpeaba la madera.

—¡Abran! —gritó una voz grave.

Ned se enderezó en la silla, guardando la moneda en su bolsillo.

—¡Estamos cerrados!

—¡Abran esta puerta! —ordenó el hombre otra vez—. ¡Son órdenes de Su Majestad, el rey!

Ned contuvo la respiración como si pudiera matar el momento con la falta de aire, pero el hombre siguió tocando a la puerta y la voz seguía diciendo «*Déjenme entrar*», y él no sabía qué hacer.

—¡Rómpanla! —ordenó una segunda voz, esta suave, pomposa.

—¡Esperen! —exclamó Ned, quien no podía permitirse perder la puerta de entrada, no cuando esa tabla de madera era lo único que evitaba que la oscuridad se expandiera hacia afuera.

Deslizó la traba, abrió apenas la puerta, solo lo suficiente para ver a un hombre con un elegante bigote retorcido ocupando el escalón.

—Me temo que ha habido una fuga, señor, no es apto para…

El hombre del bigote envió la puerta hacia adentro de un solo empujón y Ned tropezó hacia atrás cuando George IV entró caminando a su taberna.

El hombre no estaba vestido como rey, obviamente, pero un rey era un rey ya fuera que vistiera de seda y terciopelo o arpillera. Estaba en su porte, en su mirada altiva y, por supuesto, en el hecho de que su rostro estaba en la moneda recién acuñada que Ned tenía en el bolsillo.

Pero incluso un rey estaría en peligro.

—Les ruego —dijo Ned—. Abandonen este lugar ya mismo.

El servidor del rey rio por la nariz, mientras que el propio George lo miró con desprecio.

—¿Acabas de darle una orden al rey de Inglaterra?

—No, no, por supuesto que no, Su Majestad, pero… —Su mirada se disparó nerviosamente por la habitación—. No es seguro.

El rey arrugó la nariz.

—Lo único que podría hacerme enfermar es el estado de este lugar. Ahora, ¿dónde está Kell?

Los ojos de Ned se abrieron.

—¿Su Majestad?

—El viajero conocido como Kell. El que ha frecuentado esta taberna una vez por mes sin falta en los últimos siete años.

Las sombras comenzaban reunirse detrás del rey. Ned maldijo para sus adentros, mitad insulto, mitad plegaria.

—¿Qué fue eso?

—Nada, Su Majestad —tartamudeó Ned—. No he visto al maestro Kell este mes, lo juro, pero puedo avisarle… —Las sombras ahora tenían rostro. Los susurros aumentaban—… avisarle si pasa por aquí. Conozco su dirección. —Una risa nerviosa. Las sombras miraban con malicia—. A menos que me dirija a…

—¿Qué demonios estás mirando? —exigió saber el rey, echando una mirada por sobre su hombro.

Ned no podía ver el rostro de Su Majestad, así que no podía evaluar la expresión que cruzó al rey cuando vio los fantasmas con sus bocas abiertas y sus ojos desdeñosos, sus órdenes silenciosas de *arrodillarse*, de *rogar*, de *venerar*.

«¿Podrían escuchar también ellos las voces?», se preguntó Ned. Pero nunca tuvo la chance de preguntar.

El servidor del rey se persignó, dio media vuelta sobre sus talones y dejó Cinco Puntas sin mirar atrás.

El propio rey se quedó muy quieto, abrió y cerró la mandíbula sin emitir sonido alguno.

—Sí… —dijo George lentamente, acomodándose el abrigo—. Bueno, entonces…

Y sin otra palabra, el rey de Inglaterra se irguió bien derecho y se fue caminando con mucha prisa.



II

Estaba lloviendo cuando el halcón regresó.

Rhy estaba parado en un balcón superior, bajo el refugio del alero, observando cómo se llevaban del río los restos de los estadios del torneo. Isra esperaba justo tras las puertas. Quien había sido capitana de la guardia urbana de su padre, ahora capitana de *su* guardia real. Era una estatua vestida con armaduras, mientras el propio Rhy estaba vestido de rojo, como era costumbre para aquellos que estaban de luto.

Los veskanos, había leído, se cubrían el rostro con ceniza negra, mientras que los faroneses pintaban sus gemas de blanco por tres días y tres noches, pero las familias arnesianas conmemoraban la pérdida celebrando la vida y lo hacían vistiendo de rojo: el color de la sangre, del amanecer, del Isle.

Sintió que el sacerdote atravesaba la puerta detrás de él, pero no se dio vuelta, no lo saludó. Sabía que Tieren también estaba de luto, pero él no podía soportar la tristeza en los ojos del anciano, no podía soportar la calma, el azul frío. La forma en que había escuchado las noticias de Emira, de Maxim, con los rasgos quietos, como si hubiera sabido, antes de terminar el hechizo, que se despertaría para encontrar el mundo cambiado.

Y entonces se quedaron parados en silencio bajo la cortina de lluvia, solos con sus pensamientos.

La corona de rey se posaba pesada en el cabello de Rhy, mucho más grande que el aro dorado que había usado la mayor parte de su vida. Ese aro había crecido con él, el metal prolongado cada año para que se adecuara a su estatura cambiante. Debería haberle durado otros veinte años.

En lugar de eso, había sido removida, guardada para un futuro príncipe.

La nueva corona de Rhy era un peso demasiado grande. Un recordatorio constante de su pérdida. Una herida que no se cerraría.

El resto de sus heridas *sí* sanaron; demasiado rápido. Como un alfiler clavado en arcilla, el daño absorbido apenas retirada el arma. Aún podía invocar las sensaciones, como un recuerdo, pero eran lejanas, se desvanecían, dejando una horrible pregunta a su paso.

¿Fue real?

¿Soy real?

Lo bastante real para doler de pena. Lo bastante real para estirar la mano y saborear la lluvia de primavera que goteaba fría contra su piel. Para salir del refugio

del palacio y dejar que lo empapara hasta los huesos.

Y lo bastante real para que se le acelerara el corazón cuando la mancha de oscuridad pasó volando contra el pálido cielo.

Reconoció el pájaro de inmediato, sabía que venía de Vesk.

La flota extranjera había retrocedido de la boca del Isle, pero la corona aún debía responder por sus crímenes. Col estaba muerto, pero Cora estaba sentada en las prisiones reales, esperando saber su destino. Y ahí estaba, atado al tobillo de un halcón.

Las noticias de la traición de Col y Cora se habían difundido con el despertar de la ciudad y Londres ya llamaba a Rhy a llevar al imperio a la guerra. Los faroneses se habían comprometido a ayudar —con demasiada rapidez para su gusto— y Sol-in-Ar había regresado a Faro en el nombre de la diplomacia, lo que Rhy temía que significase alistar a sus soldados.

Sesenta y cinco años de paz, pensó con amargura, arruinados por un par de niños aburridos y ambiciosos.

Rhy se dio media vuelta y se abrió paso hacia abajo por las escaleras, Isra y Tieren lo alcanzaron y caminaron a su lado. Otto esperaba en el vestíbulo.

El mago veskano se sacudió la lluvia del pelo rubio y grueso, tenía un pergamino —con el sello ya roto— en la mano.

—Su Majestad, traigo noticias de mi corona.

—¿Cuáles son las noticias? —preguntó Rhy.

—Mi reina no ansía la guerra.

Era una frase hueca.

—Pero sus hijos sí.

—Desea reparar el daño.

Otra promesa vacía.

—¿Cómo?

—Si le place al rey arnesiano, ella enviará vino de invierno por un año, siete sacerdotes y a su hijo menor, Hok, cuyo don para la magia pétrea no tiene igual en todo Vesk.

«Mi madre está muerta», quería gritar Rhy, «y no quiere darme más que alcohol y peligro». En lugar de eso, solo dijo:

—¿Y qué hay de la princesa? ¿Qué me dará la reina por ella?

La expresión de Otto se endureció.

—Mi reina no quiere saber nada con ella.

Rhy frunció el ceño.

—Ella es su sangre.

Otto negó con la cabeza.

—Lo único que despreciamos más que a un traidor es el fracaso. La princesa fue contra las órdenes de la reina de mantener la paz. Planeó su propia misión y fracasó. Mi reina le concede permiso para hacer con Cora lo que desee.

Rhy se frotó los ojos. Los veskanos no veían fuerza en la misericordia y él sabía que la única solución que buscaba la reina, la única que *respetaría*, era la muerte de Cora.

Rhy resistió la necesidad de caminar de un lado a otro, de morderse las uñas, de hacer una docena de cosas distintas que no eran *dignas* de un rey. ¿Qué diría su padre? ¿Qué *haría* su padre? Reprimió el impulso de mirar a Isra o a Tieren, de posponer, de escapar.

—¿Cómo sé que la reina no usará la ejecución de su hija en mi contra? Ella podría declarar que rompí los últimos lazos de paz, que maté a Cora en nombre de la venganza.

Otto no dijo nada por un largo rato y luego:

—No conozco la mente de mi reina, solo sus palabras.

Podía tratarse de una trampa y Rhy lo sabía. Pero no veía otra alternativa.

Su padre le había dicho muchas cosas sobre la paz y la guerra, las había comparado con un baile, un juego, un viento fuerte; pero las palabras que surgieron ahora en la mente de Rhy eran de las primeras.

Una guerra contra un imperio, había dicho Maxim, era como un cuchillo contra un hombre con una buena armadura. Podía tomar tres ataques o treinta, pero si la mano estaba decidida, el filo tarde o temprano encontraría el lugar por donde entrar.

—Al igual que tu reina —dijo finalmente—, no ansío la guerra. Nuestra paz se ha vuelto frágil y una ejecución pública puede o bien calmar la ira de mi ciudad o bien inflamarla.

—No es necesario que haya una exhibición para que una acción sea un acto —dijo Otto—. Siempre y cuando los ojos adecuados lo vean hecho.

La mano de Rhy se había ido a la empuñadura de la espada corta de oro a su cadera. Estaba hecha como adorno, otra pieza de su elaborado traje de luto, pero había sido lo bastante filosa para rebanar a Col. Haría lo mismo con Cora.

Al ver el gesto, Isra dio un paso adelante y habló por primera vez.

—Yo lo haré —ofreció y Rhy quería dejar que lo hiciera, quería deshacerse del asunto de matar. Había habido demasiada sangre.

Pero negó con la cabeza, se obligó a ir hacia la celda de la prisión.

—Esa muerte es mía —dijo, intentando infundirles a las palabras una furia que no sentía, que deseaba sentir, porque hubiera ardido con calor donde la pena corría helada.

Tieren no lo siguió —los sacerdotes estaban hechos para la vida, no la muerte—, pero Otto e Isra avanzaron tras él.

Rhy se preguntó si Kell podría sentir su corazón acelerado, si vendría corriendo; el rey se preguntó, pero no lo deseaba. Su hermano tenía sus propios capítulos que cerrar.

Apenas las botas de Rhy golpearon los escalones, supo que algo andaba mal.

En vez de encontrarse con la voz cantarina de Cora, se encontró con el silencio y el sabor metálico de la sangre en la lengua. Saltó los últimos pocos escalones hasta la prisión y asimiló la escena.

No había guardias.

La celda de la princesa aún estaba cerrada.

Y Cora yacía dentro, estirada en el banco de piedra, con los dedos colgando sin fuerza sobre el suelo, las uñas tragadas por el brillante manchón de sangre.

Rhy se tambaleó hacia atrás.

Alguien debió de haberle alcanzado una cuchilla. ¿Había sido por piedad o por escarnio? De cualquier modo, se había cortado desde el codo a la muñeca y había escrito una sola palabra veskana en la pared sobre el banco.

Tan'och.

Honor.

Otto se quedó mirando en silencio, pero Rhy se apresuró a abrir la celda, con qué fin, no sabía. Cora de Vesk estaba muerta. Y aunque había venido a matarla, ver el cuerpo sin vida, la mirada vacía, igual lo descompuso. Y luego —vergonzosamente —, lo alivió. Porque no había sabido si podía hacerlo. No hubiera querido averiguarlo.

Rhy destrabó la celda y entró.

—Su Majestad… —comenzó a decir Isra, mientras la sangre le manchaba las botas, le salpicaba la ropa, pero a Rhy no le importó.

Se arrodilló, corrió el cabello rubio del rostro de Cora antes de obligarse a erguirse, a calmar su voz. La mirada de Otto estaba apuntada no al cuerpo sino a la palabra pintada con sangre en la pared, y Rhy percibió el peligro en ella, la llamada a la acción.

Cuando los ojos azules del veskano regresaron a los de Rhy, estaban apagados, firmes.

—Una muerte es una muerte —dijo Otto—. Le diré a mi reina que está hecho.

III

Ned se caía del cansancio. No había dormido más que un puñado de horas en los últimos tres días y nada desde la visita del rey. Las sombras se habían detenido en algún momento antes del amanecer, pero Ned confiaba en el silencio tanto como en el sonido, así que mantuvo las ventanas tapadas con madera y la puerta trabada y se apostó en una mesa en el centro de la habitación con un vaso en una mano y su daga ceremonial en la otra.

Comenzaba a cabecear cuando escuchó las voces en el escalón de la entrada. Se puso de pie a los tropezones y casi tiró la silla al hacerlo, cuando las trabas de la puerta de la taberna comenzaron a *moverse*. Observó con horror sumiso cómo los tres pasadores se deslizaban hasta liberarse, uno por uno —arrastrados hacia atrás por alguna mano invisible— y luego el picaporte tembló, la puerta crujió al abrirse hacia adentro.

Ned agarró la botella casi vacía con su mano libre y la blandió como un bate, ignorando las últimas gotas que se derramaron sobre su pelo y hacia abajo por su cuello, cuando dos sombras cruzaron el umbral, sus contornos bordeados por la niebla.

Se movió para atacar, solo para encontrar que le quitaban la botella de los dedos. Un segundo después, esta se estrelló contra la pared y se hizo añicos.

—*Lila* —dijo una voz familiar (y exasperada).

Ned entrecerró los ojos, que se adaptaban a la repentina luz.

—¿Maestro Kell?

La puerta se cerró de golpe, sumergiendo la habitación de nuevo a la oscuridad cubierta, mientras el mago avanzaba.

—Hola, Ned.

Llevaba puesto su abrigo negro, el cuello levantado contra el frío. Sus ojos brillaban de esa forma magnética propia, uno azul, otro negro, pero una línea plateada ahora estropeaba su pelo cobrizo, y había una delgadez nueva en su rostro, como si hubiera estado enfermo por un largo tiempo.

Al lado de él, la mujer —Lila— ladeó la cabeza. Era elegantemente delgada, con cabello oscuro que le rozaba la mandíbula y le caía sobre los ojos, uno marrón, el otro negro.

Ned se quedó mirándola con abierto asombro.

—Eres como él.

—No —dijo Kell, secamente, pasando al lado de él—. Ella es única en su especie.

Lila guiñó ante eso. Sostenía un pequeño cofre entre las manos, pero cuando Ned se ofreció a tomarlo, ella se replegó y, en lugar de eso, lo apoyó sobre la mesa con una mano protectora sobre la tapa.

El maestro Kell recorría en círculo la habitación, como buscando intrusos, y Ned comenzó a hablar, al recordar sus modales.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó—. ¿Han venido a beber un trago? Quiero decir, por supuesto que no han venido solo por un trago, salvo que así sea, y entonces realmente me sentiría honrado, pero…

Lila hizo un ruido decididamente impropio de una dama y Kell le lanzó una mirada antes de ofrecerle a Ned una sonrisa cansada.

—No, no hemos venido por un trago, pero quizá va a ser mejor si nos sirves uno.

Ned asintió y se agachó detrás de la barra para buscar una botella.

—Un poco sombrío, ¿no? —murmuró Lila, dando una vuelta lenta.

Kell observó las ventanas cerradas, el libro de hechizos y el piso cubierto de cenizas.

—¿Qué pasó aquí?

Ned no necesitaba más estímulo. Se lanzó a contar la historia de las pesadillas y las sombras y las voces en su cabeza y para su sorpresa, los dos magos escucharon, sus bebidas intactas, su propio vaso dos veces vacío antes de terminar el relato.

—Sé que suena como una locura —terminó él—, pero…

—Pero no lo es —dijo Kell.

Los ojos de Ned se abrieron.

—¿Usted también vio las sombras, señor? ¿Qué eran? ¿Algún tipo de eco? Era magia oscura, eso se lo puedo decir. Hice todo lo que pude aquí, bloqueé la taberna, quemé toda la salvia que tenía e intenté una docena de cosas diferentes para despejar el aire, pero seguían apareciendo. Hasta que se detuvieron, rápido como usted. Pero, ¿y si vienen de nuevo, maestro Kell? ¿Qué debo hacer?

—No regresarán —dijo Kell—. No si me ayudas.

Ned se sobresaltó, seguro de haber escuchado mal. Había soñado cientos de veces con este momento, con ser requerido, con ser necesitado. Pero era un sueño. Él siempre se despertaba. Debajo del canto de la barra, se pinchó con fuerza pero no se despertó.

Ned tragó.

—¿*Mi* ayuda?

Y Kell asintió.

—La cosa, Ned —dijo y los ojos se le fueron al cofre sobre la mesa—. He venido a pedirte un favor.



Lila, por su parte, pensaba que era una mala idea.

Lo cierto era que pensaba que cualquier cosa que involucrara al legador era una mala idea. Según ella, la cosa debía ser sellada en piedra y guardada en un cofre cerrado y arrojada a un agujero que llevara al centro de la tierra. En lugar de eso, estaba sellada en piedra y guardada en un cofre cerrado y fue traída aquí, a una taberna en el medio de una ciudad sin magia.

Confiada a un hombre, *este* hombre, que se parecía un poco a una paloma, con sus ojos grandes y sus revoloteos de un lado a otro. Lo extraño era que le hacía acordar un poco a Lenos; el aire nervioso, las miradas serviles, incluso cuando se dirigían a Kell en vez de a ella. Parecía tambalear en el límite entre el asombro y el miedo. Ella observó mientras Kell le explicaba el contenido del cofre, no por completo, sino lo suficiente —lo que probablemente era demasiado—. Observó cómo este Ned asentía tan rápido que parecía tener una bisagra en el cuello, los ojos redondos como un niño. Observó cómo los dos llevaban el cofre al sótano.

Lo enterrarían ahí.

Los dejó con eso, mientras vagaba por la taberna, sintiendo el familiar crujido de las tablas bajo sus pies. Rascó con la bota un pequeño trecho negro liso, la misma mancha sospechosa que permanecía en las calles del Londres Rojo, lugares donde la magia se había podrido. Incluso al irse Osaron, el daño había sido hecho. Al parecer, no todo se podía arreglar con un hechizo.

En el pasillo, encontró las estrechas escaleras que llevaban a un rellano, luego desde ahí hacia arriba a una pequeña puerta verde. Sus pies se movieron sin ella, subieron los escalones gastados uno por uno hasta llegar a la habitación de Barron. La puerta estaba entreabierta, dando paso a un lugar que ya no era de él. Apartó la mirada, sin saber si alguna vez estaría lista para verlo, y siguió subiendo, la voz de Kell desapareció para cuando llegó a la cima. Detrás de la pequeña puerta verde, su habitación estaba intacta. Parte del piso estaba oscuro, aunque no liso, la huella de los dedos apenas visible en la mancha rojiza donde Barron había muerto.

Se agachó, llevó la mano a las marcas. Una gota de agua golpeó el piso, como la primera señal de una lluvia londinense. Lila se limpió la mejilla bruscamente y se puso de pie.

Desparramados por el piso, como estrellas sin brillo, estaban los restos de los perdigones disparados por el arma de Barron. Los dedos de Lila se cerraron, la magia vibró en su sangre y el metal se alzó en el aire; como un disparo en reversa, los restos se fueron acercando, se unieron, se fusionaron y formaron una sola esfera de acero que cayó en la palma abierta. Lila deslizó la bola a su bolsillo y saboreó el peso mientras bajaba las escaleras.

Estaban de nuevo en la taberna Ned y Kell; Ned hablaba y Kell escuchaba indulgentemente, aunque ella podía ver el esfuerzo en sus ojos, la fatiga. Él no había estado bien, no desde la batalla y el anillo, y era un tonto si creía que ella no se había dado cuenta. Pero ella no había dicho nada y cuando sus ojos se encontraron, el esfuerzo se desvanecía, reemplazado por algo dulce, cálido.

Lila pasó las yemas de los dedos a lo largo del mostrador de madera, la superficie marcada con la estrella de cinco puntas.

—¿Por qué cambiaste el nombre?

La cabeza de Ned giró hacia ella y Lila se dio cuenta de que era la primera vez que le hablaba.

—Fue solo una idea —dijo—, pero sabes, he tenido la peor de las suertes desde que lo hice, así que creo que es una señal de que debo volverlo a cambiar.

Lila se encogió de hombros.

—No importa cómo se llame.

Ned ahora entornaba los ojos en su dirección, como si ella estuviera fuera de foco.

—¿Nos conocíamos? —preguntó él y ella negó con la cabeza, aunque lo había visto una decena de veces, cuando todavía se llamaba Tiro de Piedra, cuando Barron había sido quien estaba detrás del bar, sirviendo tragos aguados a hombres que buscaban una muestra de magia, cuando ella iba y venía como un fantasma.

—Si tu rey pasa por aquí otra vez —estaba diciendo Kell—, dale esta carta. *Mi* rey quiere que sepa que será la última…

Lila se escabulló por la puerta frontal y salió al día gris. Levantó la vista al cartel sobre la entrada, más allá las nubes oscuras amenazaban con lluvia.

La ciudad siempre se veía apagada a esa altura del año, pero se veía más sombría ahora que ella conocía el Londres Rojo y el mundo que lo rodeaba.

Lila inclinó la cabeza hacia atrás contra los ladrillos fríos y escuchó a Barrón como si estuviera parado al lado de ella, con un cigarro entre los labios.

—*Siempre buscando problemas*.

—¿Qué es la vida sin problemas?

—¿*Me extrañas*? —Su tono grave parecía flotar en el aire.

—Como a una picazón —murmuró ella.

Sintió que Kell se acercaba al lado de ella, percibió que trataba de decidir si tocarle el brazo o darle espacio. Al final, se quedó rondando por ahí, medio paso atrás.

—¿Estás seguro sobre él?

—Lo estoy —dijo con voz tan firme que ella quería apoyarse contra esta—. Ned es un buen hombre.

—Se cortaría una mano para hacerte feliz.

—Cree en la magia.

—¿Y no crees que intentará usarlo?

—Nunca abrirá la caja y aunque la abriera, no. No creo que lo haga.

—¿Por qué?

—Porque le pedí que no lo hiciera.

Lila rio por la nariz. Después de todo lo que habían visto y hecho, Kell aún tenía fe en la gente. Esperaba, por el bien de todos, que tuviera razón. Solo esta vez.

Alrededor de ellos, los carruajes repiqueteaban y la gente corría y paseaba y se tropezaba. Se había olvidado de la solidez sencilla de esta ciudad, de este mundo.

—Nos podemos quedar un tiempo, si quieres —ofreció Kell.

Ella respiró hondo, en su lengua el aire se sentía viciado y lleno de hollín, en lugar de magia. No había nada aquí para ella, ya no.

—No. —Sacudió la cabeza y se estiró para agarrarle la mano—. Vayamos a casa.

IV

El cielo era una sábana de azul intenso, tirante detrás del sol. Se extendía, sin nubes y despejado, salvo por una sola ave negra y blanca que planeaba en lo alto. Al cruzar la esfera de luz, el pájaro se transformó en una bandada, que se abrió como un prisma cuando encuentra el sol.

Holland estiró el cuello, fascinado por la exhibición, pero cada vez que trataba de contar cuántos eran, la vista se le iba de foco, fatigada por la luz veteada.

No sabía dónde estaba.

Cómo había llegado aquí.

Estaba parado en un patio, los muros altos cubiertos de vides que arrojaban flores de un púrpura suntuoso —una tonalidad imposible—, pero sus pétalos eran sólidos, suaves. El aire se sentía como la cúspide del verano, un indicio de calor, el dulce aroma de los capullos y la tierra arada, lo que le decía dónde *no* estaba, dónde no podía estar.

Y sin embargo…

—¿Holland? —llamó una voz que no había escuchado en años. En una eternidad. Se dio vuelta, buscando la fuente, y encontró un hueco en la pared del patio, un umbral sin puerta.

Lo atravesó y el patio se esfumó; el muro, sólido detrás de él, y el estrecho camino adelante lleno de gente, sus ropas blancas pero sus rostros llenos de color. *Conocía* este lugar… era en el Kosik, la peor parte de la ciudad.

Y sin embargo…

Un par de ojos verdes fangosos se abrieron camino hacia él, destellando desde una sombra al final de la callejuela.

—¿Alox? —llamó él, avanzando hacia su hermano, cuando un grito lo hizo darse vuelta.

Una niña pequeña pasó corriendo, solo para ser alzada por los brazos de un hombre. Volvió a soltar un chillido cuando el sujeto la hizo dar vueltas. No era un grito en absoluto.

Una risa breve, encantada.

Un anciano tiró de la manga de Holland y dijo:

—Está viniendo el rey. —Y Holland quiso preguntarle qué quería decir, pero Alox se escabullía, así que Holland se apresuró a seguirlo por la calle, al doblar una esquina y…

Su hermano ya no estaba.

Como tampoco el camino estrecho.

De golpe, Holland estaba en el medio de un mercado ajetreado, los puestos rebosantes de frutas de colores brillantes y pan recién horneado.

Conocía este lugar. Era la Gran Plaza, donde tantos habían sido degollados a lo largo de los años, su sangre devuelta a la tierra furiosa.

Y sin embargo.

—¡*Hol*!

Se dio vuelta otra vez, buscando la voz, y vio el extremo de una trenza de color miel desapareciendo entre la multitud. El giro de una falda.

—¿Talya?

Había tres bailando en el extremo de la plaza. Las otras dos bailarinas vestidas de blanco, mientras Talya era una flor de rojo.

Se abrió paso a los empujones por el mercado hacia ella, pero cuando llegó al borde de la muchedumbre, las bailarinas ya no estaban ahí.

La voz de Talya susurró a su oído.

—El rey está viniendo.

Pero cuando se giró hacia ella, una vez más, ella ya no estaba. Tampoco el mercado ni la ciudad.

Todo ello se había esfumado, llevándose el ajetreo y el ruido, el mundo se sumergió nuevamente en el silencio, roto solo por el susurro de las hojas, el graznido lejano de los pájaros.

Holland estaba parado en el medio del Bosque Plateado.

Los troncos y las ramas aún destellaban con su brillo metálico, pero el suelo bajo sus botas era rico y oscuro, las hojas arriba eran de un verde deslumbrante.

El arroyo serpenteaba por el bosquecillo, el agua descongelada, y un hombre agachado a la orilla para pasar los dedos a través de esta, una corona posada en la hierba a su lado.

—Vortalis —dijo Holland.

El hombre se puso de pie, giró hacia Holland y sonrió. Comenzó a hablar, pero sus palabras fueron tragadas por un viento fuerte y repentino.

Atravesó los árboles, agitando las ramas y quitando las hojas. Estas comenzaron a caer como lluvia, cubriendo el mundo de verde. A través del diluvio, Holland vio los puños apretados de Alox, los labios separados de Talya, los ojos bailarines de Vortalis. Ahí y ya no, ahí y ya no, y cada vez que daba un paso hacia uno, las hojas los tragaban, dejando solo sus voces en eco por los árboles a su alrededor.

—El rey está viniendo —exclamó su hermano.

—El rey está viniendo —cantó su amada.

—El rey está viniendo —dijo su amigo.

Vortalis reapareció, caminando bajo la lluvia de hojas. Estiró la mano, palma hacia arriba.

Holland aún se estiraba hacia esta cuando se despertó.



Holland supo dónde estaba por el lujo de la habitación, rojo y dorado salpicados como pintura en cada superficie.

El palacio real Maresh.

A un mundo de distancia.

Era tarde, las cortinas estaban cerradas, la lámpara al lado de su cama sin encender.

Holland buscó distraídamente su magia, hasta que recordó que no estaba ahí. La comprensión lo golpeó como pérdida, dejándolo sin aire. Se quedó mirándose las manos, sondeando las profundidades de su poder —el lugar donde siempre había estado su poder, donde debería estar— sin encontrar nada. Ninguna vibración. Ningún calor.

Una exhalación temblorosa, la única señal externa de pena.

Se sentía hueco. *Estaba* hueco.

Detrás de las puertas se movían cuerpos.

El paso del peso de un lado a otro, el sutil *clanc* de una armadura al moverse, al asentarse.

Vacilante, Holland se incorporó, desenterrando su cuerpo de las mantas gruesas de la cama, la aglomeración de almohadas. La irritación se revolvió en él. ¿Quién podía dormir de semejante forma?

Era más amable, quizá, que una celda en la prisión.

No tan amable como una muerte rápida.

El acto de levantarse le tomó demasiado esfuerzo, o quizá simplemente quedaba muy poco para dar; estaba sin aliento para cuando sus pies encontraron el piso.

Holland se inclinó hacia atrás contra la cama, su mirada viajó por la habitación oscurecida, encontró un sofá, una mesa, un espejo. Vio su reflejo ahí y se quedó duro.

Su pelo, antes carbón —luego, brevemente, negro vibrante—, ahora era una mata blanca. Un velo de hielo, repentino como una nevada. Emparejado con su piel pálida, lo dejaban casi incoloro.

Excepto por sus ojos.

Sus ojos, que habían marcado su poder por tanto tiempo, definido su vida. Sus ojos, que lo habían hecho un blanco, un desafío, un rey.

Sus ojos, *ambos*, ahora era de un verde vívido casi como las *hojas*.

V

—¿Estás seguro? —preguntó Kell, mirando hacia la ciudad.

Creía —no, *sabía*— que era una pésima idea, pero también sabía que no era decisión suya.

Una sola arruga profunda partió la frente de Holland.

—Deja de preguntar.

Estaban en una colina que daba a la ciudad, Kell de pie y Holland en un banco de piedra, recuperando el aire. Era evidente que había necesitado toda su fuerza para la subida, pero había insistido en hacerlo y ahora que estaban ahí, insistía en esto también.

—Puedes quedarte aquí —ofreció Kell.

—No quiero quedarme aquí —respondió Holland rotundamente—. Quiero ir a casa.

Kell dudó.

—Tu hogar no es exactamente amable con aquellos sin poder.

Holland le sostuvo la mirada. Contra su tez pálida y su nueva melena de cabello blanco, sus ojos eran de un tono verde incluso más vívido y mucho más deslumbrante ahora que ambos lo eran. Y sin embargo, Kell aún sentía que estaba mirando una máscara. Una superficie lisa detrás de la cual Holland —el *verdadero* Holland— se escondía incluso ahora. Siempre se escondería.

—Sigue siendo mi hogar —dijo—. Nací en ese mundo…

No terminó. No era necesario. Kell sabía qué diría.

«Y moriré ahí».

Tras su sacrificio, Holland no se veía *viejo*, solo cansado. Pero era un agotamiento que llegaba profundo, a un lugar antes lleno de un poder ahora extraído, lo que había dejado atrás solo el caparazón vacío. La magia y la vida estaban entrelazadas en todos y todo, pero en los *antari* más que en nada. Sin ella, Holland claramente no estaba completo.

—No estoy seguro de que esto funcione —dijo Kell—, ahora que…

Holland lo interrumpió.

—*Tú* no tienes nada que perder con intentarlo.

Pero eso no era estrictamente verdad.

Kell no le había dicho a Holland —no le había contado a nadie salvo a Rhy y a él solo por necesidad— el verdadero alcance del daño. Que cuando el anillo de amarre

se le había atascado en el dedo y Holland había vertido su magia —y la de Osaron y casi la de Kell— en el legador, algo se había desgarrado dentro de él. Algo vital. Que ahora cada vez que invocaba fuego o llamaba el agua con la voluntad o conjuraba algo con sangre, le dolía.

Cada una de las veces, dolía, una herida en el mismísimo centro de su ser.

Pero a diferencia de una herida, se negaba a sanar.

La magia siempre había sido parte de Kell, tan natural como respirar. Ahora, no podía recuperar el aire. Los actos más sencillos requerían no solo fuerza, sino voluntad. La voluntad de sufrir. De doler.

«El dolor nos recuerda que estamos vivos».

Eso es lo que Rhy le había dicho la primera vez que se despertó para encontrar sus vidas entrelazadas. Cuando Kell lo pescó con la mano sobre la llama. Cuando supo lo del hechizo de amarre, el costo de su magia.

«El dolor nos recuerda».

Kell temía al dolor, que parecía empeorar cada vez, se sentía mal al pensar en eso, pero no le negaría a Holland este último pedido. Kell se lo debía, así que no dijo nada.

En lugar de eso, miró la cuesta alrededor, la ciudad debajo de ellos.

—¿Dónde estamos ahora en tu mundo? ¿Dónde estaremos una vez que pasemos?

Un destello de alivio cruzó el rostro de Holland, rápido como luz en el agua.

—El Bosque Plateado —dijo—. Algunos dicen que es el lugar donde murió la magia. —Después de un momento agregó—: Otros piensan que no es nada, que nunca ha sido nada más que un bosquecillo de árboles viejos.

Kell esperó a que el hombre dijera algo más, pero este solo se puso lentamente de pie, apoyándose sobre un bastón tan levemente que solo sus tensos nudillos blancos traicionaron cuánto le costaba pararse.

Holland puso la otra mano sobre el brazo de Kell, como señal de que estaba listo, y entonces Kell sacó su cuchillo y se cortó la mano libre, el malestar tan simple comparado con el dolor que le esperaba. Tiró del *souvenir* del Londres Blanco que llevaba alrededor del cuello, manchó de rojo la moneda y se estiró para posar la mano en el banco.

—*As Travars* —dijo, la voz de Holland hizo eco suavemente bajo la suya, cuando ambos avanzaron.



«El dolor nos recuerda…».

Kell apretó los dientes contra el espasmo, se estiró para sostenerse contra la cosa más cercana, que no era un banco ni una pared, sino el tronco de un árbol, su corteza

lisa como el metal. Se apoyó contra la superficie fresca, esperando que la oleada pasara, y cuando lo hizo, arrastró la cabeza hacia arriba para ver el pequeño bosquecillo y a Holland, a unos pocos metros de distancia, vivo, intacto. Un arroyo interrumpía el suelo debajo de él, poco más que una cinta de agua, y más allá del bosque, se alzaba el Londres Blanco con sus torres de piedra.

En la ausencia de Holland —y Osaron—, el color había comenzado a drenarse de nuevo fuera del mundo. El cielo y el río eran otra vez de un gris pálido, el suelo desnudo. Este era el Londres Blanco que Kell siempre había conocido. Esa otra versión —la que había vislumbrado desde el patio del castillo, en los momentos anteriores a que Ojka cerrara el collar alrededor de su garganta— era algo como sacado de un sueño. Y sin embargo a Kell le dolía el corazón de verlo perdido y de ver a Holland cargando esa pérdida, los planos lisos de su máscara finalmente agrietados dejaban ver la tristeza debajo.

—Gracias, Kell —dijo este y Kell supo lo que las palabras eran: una despedida.

Sin embargo, se sintió arraigado al lugar.

La magia hacía que todo se sintiera tan temporal, era fácil olvidar que algunas cosas, una vez cambiadas, no tenían vuelta atrás. Que no todo era mutable o infinito. Algunos caminos seguían avanzando y otros tenían un final.

Por un largo rato, los dos hombres se quedaron parados en silencio, Holland incapaz de avanzar, Kell incapaz de retroceder.

Finalmente, la tierra soltó su agarre.

—De nada, Holland —dijo Kell, liberándose con esfuerzo.

Llegó al borde del bosquecillo y se dio vuelta para mirar a Holland por última vez, el otro *antari* estaba parado en el centro del Bosque Plateado, con la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos verdes cerrados. La brisa invernal le revolvió el pelo blanco, agitó las ropas negro ceniza.

Kell se quedó un momento, buscando en los bolsillos de su abrigo de muchos lados, y cuando finalmente se dio vuelta para irse, apoyó un *lin* rojo en el tocón de un árbol. Un recordatorio, una invitación, un regalo de despedida, para un hombre que Kell no volvería a ver otra vez.

VI

Alucard Emery caminaba de un lado al otro fuera del Salón Rose, vestido de un azul tan oscuro que se registraba como negro hasta que atrapaba la luz de cierta forma. Era el color de las velas de su barco. El color del mar a medianoche. Sin sombrero, sin faja, sin anillos, pero su cabello marrón estaba lavado y atado hacia atrás con plata. Sus puños y botones también brillaban, pulidos como cuentas de luz.

Era un cielo nocturno de verano, salpicado de estrellas.

Y había pasado la mayor parte de una hora armando el atuendo. No podía decidirse entre Alucard el capitán y Emery el noble. Al final, no había elegido ninguno. Ahora era Alucard Emery, el hombre que cortejaba a un rey.

Había perdido el zafiro sobre su ojo y había ganado una nueva cicatriz en su lugar. No destellaba bajo el sol, pero iba con él de todas maneras. Los hilos plateados que marcaban su piel, las reliquias del veneno del rey sombra, brillaban con su propia luz tenue.

«Me gusta bastante el plateado», había dicho Rhy.

A Alucard le gustaba bastante también.

Sentía los dedos desnudos sin anillos, pero la única ausencia que importaba era la pluma de plata que había usado alrededor de su pulgar. La marca de la Casa Emery.

Berras había sobrevivido a la bruma ileso —lo que quería decir que había caído— y se había despertado en la calle con el resto y aseguraba que no tenía recuerdos de lo que había dicho o hecho bajo el hechizo del rey sombra. Alucard no le creía una sola palabra, había estado en su compañía solo lo suficiente como para contarle sobre la destrucción de la mansión y la muerte de Anisa.

Después de un largo silencio, Berras solo había comentado:

—Y pensar que el linaje depende de nosotros.

Alucard había negado con la cabeza, asqueado.

—Es todo tuyo —había dicho y se había marchado. No le había arrojado el anillo a su hermano, aunque eso se hubiera sentido bien. En vez de eso, simplemente lo había dejado caer en los arbustos cuando se iba. En cuanto ya no estuvo, se sintió más liviano.

Ahora, cuando las puertas del Salón Rose se abrieron, se sintió mareado.

—El rey lo recibirá ahora —dijo el guardia real y Alucard se obligó a avanzar.



El salón no estaba lleno, pero tampoco vacío, y de repente Alucard deseó haber solicitado una reunión privada con el príncipe… con el *rey*.

Vestra y *ostra* estaban reunidos, algunos esperando una audiencia, otros simplemente esperando que el mundo regresara a la normalidad. La comitiva veskana seguía confinada a sus cuartos, mientras los faroneses se habían dividido, la mitad había regresado navegando a casa con lord Sol-in-Ar, los otros permanecían en el palacio. Consejeros que antes eran leales ayudantes de Maxim ahora estaban listos para aconsejar, mientras los miembros de la guardia real estaban apostados en el salón y a los flancos de la plataforma.

El rey Rhy Maresh estaba sentado en el trono de su padre, el asiento de su madre vacío al lado de él. Kell estaba parado a su lado, con la cabeza inclinada sobre su hermano, en conversación silenciosa. El maestro Tieren estaba del otro lado de Rhy, se veía más viejo que nunca, pero sus ojos azul claro eran nítidos entre los huecos y arrugas de su rostro. Posó una mano en el hombro de Rhy al hablar, el gesto simple, cálido.

La cabeza del propio Rhy estaba inclinada hacia abajo al escuchar, la corona era un aro de oro pesado sobre su cabello. Había tristeza en sus hombros, pero entonces los labios de Kell se movieron y Rhy se las arregló para mostrar una sonrisa fugaz, como luz entre las nubes.

El corazón de Alucard se animó.

Observó la habitación rápidamente y vio a Bard apoyada contra uno de los maceteros de piedra, ladeando la cabeza como hacía siempre que estaba tratando de escuchar a escondidas. Se preguntó si habría birlado algo de algún bolsillo esta mañana o si esos días ya habían pasado.

Kell se aclaró la garganta y Alucard se sobresaltó al darse cuenta de que los pies lo llevaban todo el camino hasta la plataforma. Encontró los ojos ámbar del rey y vio que se ablandaban brevemente con ¿qué?, ¿felicidad?, ¿interés?, antes de que Rhy hablara.

—Capitán Emery —dijo, su voz era la misma y sin embargo diferente, distante—. Solicitó una audiencia.

—Como prometió que podría, Su Majestad, si regresaba… —La mirada de Alucard se disparó hacia Kell, la sombra del rey en su hombro—… sin matar a su hermano.

Un murmullo de diversión atravesó el salón. Kell frunció el ceño y Alucard inmediatamente se sintió mejor. Los ojos de Rhy se abrieron una fracción, se había dado cuenta de a dónde estaba yendo esto y obviamente había creído que Alucard pediría una audiencia *privada*.

Pero lo que habían tenido era más que besos robados entre sábanas de seda, más que secretos compartidos solos bajo las estrellas, más que un coqueteo juvenil, un amor de verano.

Y Alucard estaba allí para probarlo. Para poner su corazón al desnudo ante Rhy y el Salón Rose y el resto de Londres.

—Hace casi cuatro años —comenzó a decir—, dejé su… corte sin explicaciones o disculpas. Al hacerlo, temo haber herido a la corona y su estima hacia mí. He venido a enmendar las cosas con mi rey.

—¿Qué hay en su mano? —preguntó Rhy.

—Una deuda.

Un guardia dio un paso adelante para buscar el paquete, pero Alucard se apartó y miró de nuevo al rey.

—¿Podría?

Después de un momento, Rhy asintió y se puso de pie mientras Alucard se acercaba a la plataforma. El joven rey descendió los escalones y se encontró con él frente al trono.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Rhy suavemente, y todo el cuerpo de Alucard vibró al escuchar *esta* voz, la que pertenecía no al rey de Arnes, sino al príncipe que había conocido, de quien se había enamorado, a quien había perdido.

—Lo que prometí —susurró Alucard, agarrando el espejo con las dos manos para inclinar la superficie hacia el rey.

Era un *liran*.

La mayoría de las tablas de adivinación podían compartir los contenidos de la mente de alguien, las ideas y recuerdos se proyectaban sobre la superficie, pero la mente era una cosa veleidosa: podía mentir, olvidar, reescribir.

Un *liran* solo mostraba la verdad.

No como era recordada, no como uno *quería* recordarla, sino como había ocurrido.

No era una magia simple filtrar la verdad del recuerdo.

Alucard Emery había intercambiado cuatro años de su futuro por la chance de revivir la peor noche de su pasado.

En sus manos, la superficie del espejo se oscureció, tragándose el reflejo de Rhy y el salón detrás de él, y otra noche, otra habitación tomaron forma.

Rhy se puso tenso al ver sus aposentos, a *ellos*, con los cuerpos enredados y risas silenciosas en su cama, sus propios dedos navegando la piel desnuda de Alucard. Las mejillas de Rhy se sonrojaron cuando él estiró la mano y tocó el borde del espejo. Al hacerlo, la escena cobró vida. Afortunadamente, el sonido de su placer no resonó en la habitación del trono. Permaneció atrapada entre ellos, mientras la escena se desarrollaba.

Alucard que se levantaba de la cama de Rhy, intentaba vestirse mientras el príncipe desabrochaba juguetonamente cada broche que él ajustaba, desataba cada

nudo. Su beso de despedida y la partida de Alucard a través del laberinto de pasillos escondidos y su salida hacia la noche.

Lo que Rhy no podía ver —ni entonces ni ahora— en la superficie del espejo era la felicidad de Alucard mientras se abría paso por el puente de cobre hacia la orilla septentrional, su corazón acelerado mientras subía los escalones de entrada a la mansión Emery. No podía sentir el repentino trastabillar de su corazón al ver a Berras parado en el vestíbulo esperándolo.

Berras, quien lo había seguido al palacio.

Berras, quien *sabía*.

Alucard había intentado simular, había fingido una borrachera, se había dejado caer ligeramente hacia atrás contra la pared mientras divagaba sobre las tabernas a las que había ido, lo mucho que se había divertido, los problemas en los que se había metido en el transcurso de la noche.

No había funcionado.

La repulsión de Berras se había endurecido como piedra. Igual que sus puños.

Alucard no quería pelear con su hermano, incluso había esquivado el primer golpe y el segundo, solo para ser alcanzado en la parte de arriba de la cabeza por algo filoso y plateado.

Cayó, el mundo zumbaba. La sangre se le derramó sobre los ojos.

Su padre estaba parado sobre él, el bastón destellaba en su mano.

De regreso en el Salón Rose, Alucard cerró los ojos, pero las imágenes se reprodujeron en su mente, quemadas en la memoria. Sus dedos se ciñeron al espejo, pero no lo soltaron, ni siquiera cuando su hermano lo llamó una vergüenza, un estúpido, una puta. Ni cuando escuchó el chasquido de huesos, su propio grito apagado, silencio y luego desagradable chapoteo de un barco.

Alucard hubiese dejado que el recuerdo siguiera, dejado que mostrara esas primeras noches horrorosas en el mar y su escape, todo el camino hasta la prisión y las esposas de hierro y la barra de metal caliente, su regreso forzado a Londres y la advertencia en los ojos de su hermano, el dolor en los del príncipe, el odio en los de Kell.

Hubiese dejado que se reprodujera todo lo que Rhy quisiera, pero algo hizo peso repentinamente contra la superficie del espejo y Alucard abrió los ojos para ver al joven rey parado muy cerca, una mano abierta sobre el vidrio para bloquear las imágenes, los sonidos, los recuerdos.

Los ojos ámbar de Rhy brillaban, la frente fruncida de enojo y tristeza.

—Suficiente —dijo, con voz temblorosa.

Alucard *quería* hablar, intentó encontrar las palabras, pero Rhy ya lo soltaba —demasiado rápido—, se daba vuelta —demasiado rápido— y volvía a su trono.

—He visto suficiente.

Alucard dejó que el espejo regresara a su lado, el mundo que lo rodeaba volvía lentamente a estar en foco. Alrededor de él, la habitación se había quedado quieta.

El joven rey apretó los posabrazos de su trono y habló en un tono susurrante con su hermano, cuya expresión pasó de la sorpresa a la irritación hasta finalmente asentarse en algo más resignado. Kell asintió y cuando Rhy se giró hacia la habitación y habló otra vez, su voz era firme.

—Alucard Emery —dijo, con tono suave pero severo—. La corona aprecia su honestidad. *Yo* la aprecio. —Miró a Kell una última vez antes de continuar—. Desde este momento, será despojado de su título de corsario.

Alucard casi se quiebra ante el veredicto.

—Rhy… —El nombre salió antes de darse cuenta de su error. De lo inapropiado —. Su Majestad…

—Ya no navegará para la corona en el Aguja Nocturna ni en ningún otro barco.

—Yo no…

La mano del rey se alzó como simple pedido de silencio.

—Mi hermano desea viajar y le he dado permiso. —La expresión de Kell se resintió ante la palabra, pero él no interrumpió—. Por lo tanto —continuó Rhy—, necesito un aliado. Un amigo comprobado. Un mago poderoso. Lo necesito aquí en Londres, maestro Emery. Conmigo.

Alucard se puso tenso. Las palabras fueron un golpe, repentino pero no fuerte. Caminaban por la línea entre el placer y el dolor, así que temió haber escuchado mal y tuvo esperanza de no haberlo malinterpretado.

—Esta es la primera razón —continuó Rhy sin alterarse—. La segunda es más personal. He perdido a mi madre y a mi padre. He perdido a amigos y a extraños que podrían haberlo sido algún día. He perdido a demasiadas personas como para contar. Y no sufriré perderte.

La mirada de Alucard apuntó a Kell. El *antari* encontró sus ojos y él encontró una advertencia en ellos, pero nada más.

—¿Obedecerás la voluntad de la corona? —preguntó Rhy.

A Alucard le tomó varios segundos de estupefacción recuperar el uso de sus facultades lo suficiente para hacer una reverencia, lo suficiente para formar tres simples palabras.

—Sí, Su Majestad.



El rey acudió a la habitación de Alucard esa noche.

Eran unos aposentos elegantes en el ala occidental del palacio, adecuada para un noble. Un miembro de la realeza. No había puertas ocultas que encontrar. Solo la gran entrada con su madera taraceada, sus bordes dorados.

Alucard estaba apoyado en el borde del sofá, rotando un vaso entre sus manos, cuando vino un golpe a la puerta. Había deseado y no se había atrevido a desear.

Rhy Maresh entró en la habitación. Tenía el cuello sin abotonar, la corona le colgaba de los dedos. Se veía cansado y triste y hermoso y perdido, pero al ver a Alucard, algo en él se iluminó. No una luz que Alucard pudiese ver en los hilos fundidos que se enroscaban alrededor de él, sino una luz detrás de sus ojos. Era la cosa más extraña, pero Rhy pareció volverse *real* entonces, sólido de una forma en que no había sido antes.

—*Avan* —dijo el príncipe que ya no era príncipe.

—*Avan* —dijo el capitán que ya no era capitán.

Rhy miró toda la habitación.

—¿Es adecuada? —preguntó, pasando la mano distraídamente a lo largo de una cortina, con dedos largos que se enredaban en rojo y dorado.

La sonrisa de Alucard se ladeó.

—Supongo que servirá.

Rhy dejó caer la corona en el sofá mientras avanzaba y sus dedos, ahora libres del peso, delinearon la mandíbula de Alucard, como asegurándose de que Alucard estaba ahí, era real.

El corazón del propio Alucard estaba acelerado, incluso ahora amenazaba con huir. Pero no había necesidad. No había dónde ir. Ningún lugar en el que prefiriese estar.

Había soñado con esto cada vez que las tormentas rugían en el mar. Cada vez que alguien desenvainaba una espada cerca de él. Cada vez que la vida mostraba su fragilidad, su veleidad. Había soñado con esto parado en la proa de El Fantasma enfrentando la muerte en una línea de barcos.

Ahora se estiró para atraer a Rhy contra sí, solo para ser desairado.

—No está bien que hagas eso —reprendió este con suavidad— ahora que soy el rey.

Alucard retrocedió, intentando mantener fuera de su rostro el dolor y la confusión. Pero entonces las pestañas oscuras de Rhy se hundieron sobre sus ojos y los labios se deslizaron a una sonrisa coqueta.

—Al rey debería permitírsele tomar la *iniciativa*.

A Alucard lo inundó el alivio, seguido por una ola de calor cuando Rhy enredó la mano en su pelo y desordenó los broches de plata. Labios le rozaron el cuello, la calidez le raspó el mentón.

—¿No lo crees? —suspiró el rey, mordisqueando la clavícula de Alucard de una forma que le robó el aire del pecho.

—Sí, Su Majestad —apenas pudo decir y luego Rhy lo besaba, larga, lentamente, saboreándolo. La habitación se movió bajo sus pies, que se trastabillaban. Los botones de su camisa se iban desabrochando. Para cuando Rhy se echó hacia atrás, Alucard estaba contra el pilar de la cama con la camisa abierta. Dejó escapar una

pequeña risa deslumbrada, resistió la urgencia de arrastrar a Rhy hacia sí, de presionarlo contra las sábanas.

El deseo lo dejó sin aliento.

—¿Así es como va ser ahora? —preguntó—. ¿Seré tu compañero de cama además de tu guardia?

Los labios de Rhy se abrieron en una sonrisa deslumbrante.

—Entonces lo admites —dijo, cerrando la distancia que quedaba para susurrar al oído de Alucard—, que eres mío.

Y con eso, el rey lo arrastró a la cama.

VII

Los arnesianos tenían una docena de forma de decir *hola*, pero ninguna palabra para *adiós*.

Cuando se trataba de despedidas, a veces decían *vas ir*, lo que quería decir *en paz*, pero con más frecuencia elegían decir *anoshe: hasta otro día*.

Anoshe era la palabra para extraños en la calle y amantes entre encuentros, para padres e hijos, amigos y familia. Suavizaba el golpe de irse. Calmaba el esfuerzo de partir. Un guiño cauto a la certeza de hoy, el misterio de mañana. Cuando un amigo se iba con pocas probabilidades de volver a casa, decían *anoshe*. Cuando un ser amado agonizaba, decían *anoshe*. Cuando se enterraba un muerto, el cuerpo devuelto a la tierra y las almas a la corriente, aquellos de luto decían *anoshe*.

Anoshe daba consuelo. Y esperanza. Y la fuerza para dejar ir.

La primera vez que Kell Maresh y Lila Bard tomaron caminos distintos, él susurró la palabra cuando ella se iba, como un suspiro, lleno de certeza —esperanza— de que volverían a verse. Había sabido que no era un final. Y este tampoco era un final o, si lo era, entonces simplemente era el final de un capítulo, un interludio entre dos encuentros, el comienzo de algo nuevo.

Y así Kell se abrió camino hacia los aposentos de su hermano; no los que había tenido al lado de los del propio Kell (aunque aún insistía en dormir ahí), sino los que habían pertenecido a su madre y padre.

Sin Maxim y Emira ahí, había poca gente de la que Kell quisiera despedirse. Ni *vestra* ni *ostra*, ni sirvientes ni los guardias que quedaban. Le hubiera dicho adiós a Hastra, pero Hastra también estaba muerto.

Kell ya había ido a la Cuenca esa mañana y había encontrado la flor que el joven guardia había traído a la vida aquel día, marchitándose en una maceta. La había llevado hasta el huerto, donde Tieren estaba parado entre filas de invierno y verano.

—¿Puedes arreglarla? —preguntó Kell.

Los ojos del sacerdote fueron a la pequeña flor seca.

—No —dijo con amabilidad, pero cuando Kell había comenzado a protestar, Tieren había levantado una mano huesuda—. No hay nada que arreglar. Es una acina. No están hechas para durar. Solo florecen una vez y luego desaparecen.

Kell miró hacia abajo con impotencia el capullo blanco marchito.

—¿Qué hago? —preguntó, la pregunta mucho más grande que las palabras.

Tieren sonrió suavemente, hacia adentro, y encogió los hombros como solía hacer.

—Déjala ser. La flor se desmoronará, el tallo y las hojas también. *Para eso* existen. La acina fortifica el suelo para que otras cosas puedan crecer.



Kell llegó a la cima de las escaleras y desaceleró el paso.

Había guardias reales alineados a lo largo del pasillo hasta la habitación del rey y Alucard estaba parado al lado de las puertas, apoyado contra la madera y pasando las páginas de un libro.

—¿Es así como piensas protegerlo? —dijo Kell.

El hombre dio vuelta una página enfáticamente.

—No me digas cómo hacer mi trabajo.

Kell tomó aire para tranquilizarse.

—Sal de mi camino, Emery.

Los ojos azul tormenta de Alucard se dispararon hacia arriba desde el libro.

—¿Por qué asunto vienes a ver al rey?

—Es personal.

Alucard sostuvo una mano en alto.

—Quizá debería registrarte para ver si traes armas…

—Ponme un dedo encima y te romperé los dedos.

—¿Quién dijo que tengo que tocarte? —Sacudió la mano y Kell sintió que el cuchillo en su manga vibraba antes de empujar al hombre otra vez contra la madera.

—¡Alucard! —exclamó Rhy detrás de la puerta—. Deja entrar a mi hermano, antes de que deba que buscar *otro* guardia.

Alucard sonrió con superioridad e hizo una amplia reverencia y se corrió a un lado.

—Imbécil —murmuró Kell cuando pasó al lado.

—Bastardo —exclamó el mago a su estela.



Rhy lo esperaba en el balcón, con los codos apoyados en el barandal.

El aire aún se mantenía frío, pero el sol era cálido en su piel, abundante en la promesa de la primavera. Kell atravesó con rapidez la habitación.

—¿Se están llevando bien ustedes dos, entonces? —preguntó Rhy.

—Espléndidamente —masculló su hermano cuando pasaba por las puertas. Kell se inclinó hacia adelante sobre el barandal al lado de él. Un reflejo de su propia postura.

Se quedaron parados así por algún tiempo, contemplando el día, y Rhy casi olvida que Kell había venido a despedirse, que se iba, y luego una brisa los interrumpió, repentina y penetrante, y la oscuridad le susurró desde el fondo de su mente, la tristeza de la pérdida y la culpa de sobrevivir y el miedo de que seguiría sobreviviendo a aquellos que amaba. De que esta vida prestada sería demasiado larga o corta, y ahí, siempre, el inevitable umbral, bendición o infortunio, bendición o infortunio, y la sensación de estar inclinándose hacia delante contra la ráfaga de viento mientras esta intentaba tirarlo atrás a cada paso.

Los dedos de Rhy se cerraron con más fuerza alrededor de la baranda.

Y Kell, cuyos ojos de dos colores siempre habían visto a través de él, dijo:

—¿Desearías que no lo hubiese hecho?

Abrió la boca para decir «Claro que no» o «Santos, no» o alguna de cualquiera de las otras cosas que debería haber dicho, que *había* dicho decenas de veces, con la repetición sin sentido de alguien a quien le preguntan cómo está ese día y responde «Bien, gracias», sin importar su verdadero ánimo. Abrió la boca, pero nada salió. Había tantas cosas que Rhy no había dicho desde su regreso —que no se *permitía* decir—, como si ponerlas en palabras significara darles peso, lo suficiente como para inclinar la balanza y aplastarlo. Pero tantas cosas lo habían intentado y aquí estaba, aún de pie.

—Rhy —dijo Kell, su mirada pesada como la piedra—, ¿desearías que no te hubiese traído de vuelta?

Respiró hondo.

—No lo sé —dijo—. Pregúntame por la mañana, después de que pasé horas aplastado por pesadillas, drogado más allá de toda razón solo para poder reprimir los recuerdos de mi muerte, que no fue tan malo como regresar, y te diré que sí. Que desearía que me hubieras dejado morir.

Kell pareció descompuesto.

—Yo…

—Pero pregúntame por la tarde —interrumpió Rhy—, cuando he sentido cómo el sol atraviesa el frío o la calidez de la sonrisa de Alucard o el peso firme de tu brazo alrededor de mis hombros, y te diré que valió la pena. Que *vale* la pena.

Rhy giró el rostro hacia el sol. Cerró los ojos, deleitándose en la forma en que la luz aún llegaba a él.

—Además —agregó, esbozando una sonrisa—, ¿quién no ama a un hombre con sombras? ¿Quién no quiere a un rey con cicatrices?

—Oh, claro —dijo Kell secamente—. Por eso lo hice, en realidad. Para hacerte más atractivo.

Rhy sintió que la sonrisa se le escurría.

—¿Por cuánto tiempo te vas?

—No lo sé.

—¿Dónde vas?

—No lo sé.

Rhy inclinó la cabeza, cansado de repente.

—Desearía poder ir contigo.

—Yo también —dijo Kell—, pero el imperio necesita a su rey.

Suavemente, Rhy respondió:

—El rey necesita a su hermano.

Kell se afligió y Rhy sabía que podía hacer que se quedara y sabía que no podía hacerlo, porque no lo soportaría. Dejó salir un suspiro largo y tembloroso y se enderezó.

—Es hora de que seas un poco egoísta, Kell. Haces que el resto de nosotros nos veamos mal. Intenta quitarte ese complejo de santo mientras estás fuera.

Del otro lado del río, las campanas de la ciudad comenzaron a dar la hora.

—Ve —dijo Rhy—. El barco te espera. —Kell dio un solo paso atrás y se demoró en la puerta—. Pero haznos un favor, Kell.

—¿Cuál? —preguntó su hermano.

—Trata de que no te maten.

—Haré lo mejor que pueda —dijo Kell y ya se iba.

—Y regresa —agregó Rhy.

Kell hizo una pausa.

—No te preocupes —dijo—. Volveré. Cuando lo haya visto.

—¿Visto qué? —preguntó Rhy.

Kell sonrió.

—Todo.

VIII

Delilah Bard se abrió paso hacia los embarcaderos con una pequeña bolsa colgada al hombro. Todo lo que tenía en el mundo que no estuviese ya en el barco. El palacio se alzaba detrás de ella, piedra y oro y luz rojiza.

No miró atrás. Ni siquiera desaceleró.

Lila siempre había sido buena para desaparecer.

Se escabullía como luz entre las tablas.

Cortaba vínculos con tanta facilidad como cortaba carteras.

Nunca decía adiós. Nunca le vio sentido. Decir adiós era como estrangularse despacio, cada palabra ceñía la cuerda. Era más fácil simplemente escabullirse por la noche. Más fácil.

Pero se dijo a sí misma que él la hubiese descubierto.

Así que, al final, había ido a él.

—Bard.

—Capitán.

Y luego había dado vueltas. No había sabido qué decir. Por esto odiaba las despedidas. Miró toda la habitación del palacio, contempló el piso taraceado, el techo de gasa, las puertas del balcón, hasta que se quedó sin lugar qué mirar y tuvo que dirigir la mirada a Alucard Emery.

Alucard, quien le había dado un lugar en su barco, quien le había enseñado las primeras cosas sobre magia, quien había… Se le hizo un nudo en la garganta.

Malditas despedidas. Cosas tan inútiles.

Aceleró el paso al dirigirse a la primera línea de barcos.

Alucard se había apoyado hacia atrás contra el pilar de la cama.

—Una moneda de plata por tus pensamientos.

Y Lila había ladeado la cabeza.

—Solo pensaba —había dicho— que debería haberte matado cuando tuve la oportunidad.

Él había levantado una ceja.

—Y yo debería haberte arrojado al mar.

Se había instalado un silencio cómodo y ella sabía que lo extrañaría, sintió que se encogía ante la idea de extrañar, exhaló y dejó que la respiración cayera, se asentara. Había cosas peores, supuso.

Sus botas sonaron sobre el muelle de madera.

—Cuida ese barco —le había dicho él, y Lila se había ido solo con un guiño, tal como los que Alucard siempre le había lanzado. Él había tenido un zafiro que atrapaba la luz y todo lo que ella tenía era un ojo de vidrio negro, pero pudo sentir la sonrisa del capitán como el sol en su espalda mientras salía caminando y dejaba que la puerta se cerrara tras ella.

No era un adiós, no realmente.

¿Cuál era la palabra para partir?

Anoshe.

Eso era.

Hasta otro día.

Delilah Bard supo que regresaría.

El muelle estaba lleno de barcos, pero solo uno le atrapó la mirada. Un aparejo extraordinario con un casco oscuro y pulido y velas azul medianoche. Subió la rampa hasta la cubierta, donde esperaba la tripulación, algunos miembros viejos, otros nuevos.

—Bienvenidos al Aguja Nocturna —dijo, con una sonrisa afilada como un cuchillo—. Pueden decirme capitana Bard.

IX

Holland estaba parado solo en el Bosque Plateado.

Había escuchado los sonidos de la partida de Kell, esas pocas pisadas que dieron paso al silencio. Inclinó la cabeza hacia atrás y respiró hondo, mientras entornaba los ojos al sol.

Un punto negro manchaba las nubes arriba —un pájaro, como en su sueño—, y su corazón cansado se aceleró, pero solo había uno y no estaban Alox, ni Talya, ni Vortalis. Voces largamente acalladas. Vidas largamente perdidas.

Al irse Kell y sin nadie más para verlo, Holland se apoyó contra el árbol más cercano, su superficie helada como un fría hoja de acero contra su columna. Se dejó caer, su cuerpo cansado se hundió hacia la tierra muerta.

Una suave brisa voló a través del bosquecillo estéril y Holland cerró los ojos e imaginó que casi podía oír el susurro de las hojas, casi podía sentir el peso plumoso de estas al caer, una por una, sobre su piel. No abrió los ojos, no quería perder la imagen. Solo dejó que las hojas cayeran. Dejó que el viento soplara. Que los árboles murmuraran sonidos sin forma que se hilaban en palabras.

«El rey está viniendo», parecían decir.

El árbol comenzaba a entibiarse contra su espalda y Holland supo, de forma distante, que ya no se levantaría.

«Termina», pensó, sin miedo, solo alivio y tristeza.

Lo había intentado. Había dado todo lo que podía. Pero estaba tan cansado.

El susurro de las hojas en sus oídos se hacía más fuerte y sintió que se hundía contra el árbol, al abrazo de algo más suave que el metal, más oscuro que la noche.

Su corazón desaceleró, perdiendo potencia como una caja de música, el final de una estación.

Lo que quedaba de aire dejó los pulmones de Holland.

Y luego, por fin, el mundo respiró.

X

Kell vestía un abrigo que ondeaba en el viento.

No era ni rojo de la realeza ni negro de mensajero ni plateado de competencia. Este abrigo era de simple lana gris. No estaba del todo seguro de si era nuevo o viejo o algo intermedio, solo que nunca lo había visto antes. No hasta esa mañana cuando, dando vuelta el abrigo más allá del rojo y el negro, se había encontrado con un lado que no reconoció.

Este nuevo abrigo tenía el cuello alto y bolsillos profundos y sólidos botones negros que recorrían el frente. Era un abrigo para tormentas y mareas fuertes y los Santos sabían qué más.

Tenía planeado averiguarlo, ahora que era libre.

La libertad en sí misma era una cosa vertiginosa. A cada paso, Kell se sentía desorientado, como si pudiera irse a la deriva. Pero no, había una soga, invisible pero fuerte como el acero, que iba entre su corazón y el de Rhy.

Se estiraría.

Los mantendría en contacto.

Kell se abrió camino por los embarcaderos, pasó ferris y fragatas, naves locales, las confiscadas a los veskanos y los esquifes faroneses, barcos de todo tamaño y forma, mientras buscaba el Aguja Nocturna.

Debería haber sabido que ella elegiría ese, con casco oscuro y velas azules.

Avanzó todo el camino hasta la rampa del barco sin mirar atrás, pero ahí finalmente flaqueó y se dio vuelta, para contemplar el palacio una última vez. Vidrio y piedra, oro y luz. El corazón palpitante de Londres. El sol naciente de Arnes.

—¿Te estás arrepintiendo?

Kell estiró el cuello para ver a Lila apoyada en el barandal del barco, el viento estival le revolvía la oscura melena corta.

—Para nada —dijo—. Solo disfruto la vista.

—Bueno, vamos, antes de que decida navegar sin ti. —Se dio media vuelta, dando órdenes a la tripulación del barco como una verdadera capitana, y los hombres a bordo escucharon y obedecieron todos. Se pusieron manos a la obra con una sonrisa, arrojaron las sogas y levaron el ancla como si no pudiesen esperar para zarpar. No podía culparlos. Lila Bard era una fuerza que merecía respeto. Ya fuera que sus manos estuviesen llenas de cuchillos o fuego, su voz baja y persuasiva o cubierta de acero, ella parecía sostener el mundo en sus manos. Quizá así fuera.

Después de todo, ya se había adueñado de dos Londres.

Era una ladrona, una fugitiva, una pirata, una maga.

Era feroz y poderosa y aterradora.

Era un misterio.

Y él la amaba.

Un cuchillo se clavó en el muelle entre los pies de Kell y él saltó.

—¡Lila! —gritó.

—¡Nos vamos! —respondió ella desde cubierta—. Y tráeme ese cuchillo de regreso —agregó—. Es mi favorito.

Kell negó con la cabeza y liberó el cuchillo de donde se había atascado en la madera.

—*Todos* son tus favoritos.

Cuando subió a bordo, la tripulación no se detuvo, no hizo reverencias, no lo trató como nada más que otro par de manos y pronto el Aguja salió de los muelles y las velas atraparon la brisa matinal. El corazón le golpeaba el pecho y cuando cerró los ojos, pudo sentir un latido gemelo, un eco del propio.

Lila vino a pararse al lado de él y él le devolvió el cuchillo. Ella no dijo nada, guardó el filo en alguna funda escondida y apoyó el hombro contra el de él. La magia corría entre ellos como una corriente, una cuerda, y él se preguntó quién habría sido ella si se quedaba en el Londres Gris. Si nunca le hubiese robado del bolsillo, si nunca hubiese secuestrado los contenidos para obtener aventuras a cambio.

Quizá nunca hubiese descubierto la magia.

O quizá simplemente hubiera cambiado su propio mundo en lugar del de Kell.

Los ojos de Kell se fueron al palacio una última vez y él creyó que casi podía divisar la forma de un hombre parado solo en un balcón alto. A esta distancia, era poco más que una sombra, pero Kell podía ver el aro de oro destellando en su cabeza, cuando una segunda figura vino a pararse al lado del rey.

Rhy levantó la mano y lo mismo hizo Kell, una sola palabra sin decir entre ellos.

Anoshe.



VICTORIA E. SCHWAB. Nacida en 1987 es una autora de fantasía estadounidense cuyas obras más conocidas son la novela de 2013 *Vicious*, la saga *Shades of Magic* y sus libros infantiles y juveniles publicados con el seudónimo Victoria Schwab.

The Guardian dijo de *Vicious* que era «una brillante exploración de la *mythos* del superhéroe y un emocionante *thriller* enfocado en la venganza». Recibió asimismo una reseña positiva de *Publiserhrs Weekly*, que llegó a considerarla uno de los mejores libros de ciencia ficción, fantasía y terror de 2013. La Reference and User Services Association de la American Library Association también la colocó en la cima de su lista de lecturas para 2014.

A finales de 2013, Story Mining & Supply Co. y Scott Free Productions de Ridley Scott compraron conjuntamente los derechos para una adaptación cinematográfica.